TEMPORADA DE GOLPES

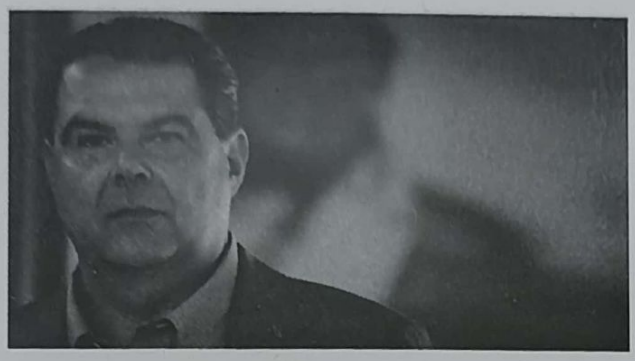
LAS INSURRECCIONES MILITARES CONTRA RÓMULO BETANCOURT

Edgardo Mondolfi Gudat

EDITORIAL **ALFA**

[COLECCIÓN TRÓPICOS / *Historia*]

EDGARDO MONDOLFI GUDAT



Historiador y escritor. Profesor de la Escuela de Estudios Liberales y de la Maestría en Estudios Políticos y de Gobierno de la Unimet. Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia. Doctor *summa cum laude* en Historia (UCAB). Es autor de *El águila y el león. El presidente Benjamín Harrison y la controversia de límites entre Venezuela y Gran Bretaña*; *General de armas tomar. La actividad conspirativa del general Eleazar López Contreras durante el Trienio 1945-1948*; y *Diplomacia insurgente. Contactos de la insurgencia venezolana con el mundo inglés (1810-1817)*, publicados por la ANH. Para la Biblioteca Biográfica Venezolana, editada por *El Nacional* y Fundación Bancaribe, escribió las biografías de José Tomás Boves, Daniel O'Leary, Carlos Eduardo Frías y Luis López Méndez. Durante el período 2008-2009 fue Andrés Bello Visiting Fellow en el Saint Antony's College de la Universidad de Oxford. También es autor de *El lado oscuro de una epopeya. Los legionarios británicos en Venezuela*; y *El día del atentado. El frustrado magnicidio contra Rómulo Betancourt*, ambos publicados por la Editorial Alfa.

F2321
M6
e.2.

1.ª edición: abril de 2015

© Editorial Alfa, 2015

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Editorial Alfa
Apartado postal 50304. Caracas 1050 A, Venezuela
Teléfono: [+58 212] 762. 30. 36 / Fax: [+58 212] 762. 02. 10
e-mail: contacto@editorial-alfa.com
www.editorial-alfa.com

ISBN: 978-980-354-391-4
Depósito legal: lf5042015320347

Diseño de colección
Ulises Milla Lacurcia

Diagramación
Rozana Bentos

Corrección
Magaly Pérez Campos

Imagen de portada
El Porteñazo, año 1962. José Luis Blasco
Archivo Fotográfico/Grupo Últimas Noticias

Fotografía de solapa
Guillermo Suárez

Impresión
Editorial Melvin, C.A.

Printed in Venezuela

TEMPORADA DE GOLPES

LAS INSURRECCIONES MILITARES CONTRA RÓMULO BETANCOURT

Edgardo Mondolfi Gudat

EDITORIAL ALFA

UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
DEPARTAMENTO ADQUISICIONES
BIBLIOTECA CENTRAL
COMPRA

ÍNDICE

Una nota acerca de las fuentes 9

Temporada de golpes 17
¿Golpes de derecha *versus* rebeliones de izquierda? 21
¿Con quién está la patria? 33
¿Cuánto de veras a la izquierda? 37
Lo que dicen los papeles 43
Marxistas de verde oliva 51
Emoción y espontaneísmo 56
El efecto de remolque 58
Fichas militares 65
Recelos mutuos 67
Alergia a los golpes 69
Una experiencia singular 76
La deserción de los dioses 83
La Marina antes que nada 94
La estampa del 62 100

Clima de estreno 105
Dos hombres y dos estilos 105
La situación económica 114
La respuesta de Betancourt 118
La política del viraje 124
La teoría del trapo rojo 126
El rabioso anticomunismo de R.B. 135

UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
DEPARTAMENTO DE ADQUISICIONES
BIBLIOTECA CENTRAL
COMPRA

El conspirador vitalicio 139
Conspirando desde La Planicie 139
Insurgencia en Semana Santa 158
De gallo madrugador a león cazado 171
La reacción de los partidos 177
La reacción a través de la prensa 179
Juntos pero jamás revueltos 188
«¡Paredón!» 191
¿Adiós al pasado? 195

De Táchira a Barcelona 199
Hora y media de balazos 204
Esto es culpa de URD 208
Acusaciones cruzadas 212
La izquierda ante Barcelona 216
¿El fin de las revueltas? 219

El aciago 62 227
Annus horribilis 227
Adiós al ARS 241
La juventud se rebela frente al izquierdista del 28 251
La huelga de transporte 259

La chispa y la pradera 269
El militar que debió haber leído a Clausewitz 269
Lila debuta y Carúpano también 278
La hora de las brujas 283
Machetes sobre Carúpano 301
El gobierno de Carúpano 308
La estampa del diablo 309
Horas de combate 311
Lluvia de balas 316
La hora de las cuentas 322

Explicando las cosas con frialdad 326

El Carupanazo y sus secuelas 331
Los hombres del 4 de mayo 331
Cárcel y fuga 340
Cubanos de ambos lados 344
La batalla por la prensa 346
Cortina de humo en el Congreso 359
El debate entre los diputados 360
Mientras los vientos soplan, las campanas repican 365
La morfina del decreto 752 377
Otra vez entre diputados 382
Frustrado allanamiento 401
¿El último golpe contra el Sr. Betancourt? 409

Fin de semana en Puerto Cabello 413
«Los dejamos guaralear y después templamos» 425
Al tanto, pero en Barinas 427
Atrapados en pleno sueño 431
«La novedad es que aquí todo el mundo está alzado» 435
Hasta el último cartucho 439
La foto y la alcantarilla 445
El sagrado derecho a la insurrección 453

Epílogo 475

Abreviaturas 497

Bibliografía 499

UNA NOTA ACERCA DE LAS FUENTES

Como todo hecho propio de la historia contemporánea, los brotes militares contra el gobierno de Rómulo Betancourt (especialmente el Carupanazo y el Porteñazo, e incluso más la segunda asonada que la primera) generaron memorias, entrevistas, recuentos personales y, en general, una prolífica literatura testimonial, buena parte de la cual fue consultada para esta investigación. Aunque a veces, a la vista de esos textos, cueste separar lo anecdótico de lo medular, se trata a fin de cuentas de un valioso acervo que permite asomarnos a un fenómeno de particular relevancia: la dinámica de la violencia iniciada en la década de 1960. Pese a las debilidades o limitaciones que entraña este acervo testimonial vinculado al tema, resulta del todo afortunado contar con tal clase de materiales puesto que, como bien lo ha observado el historiador Domingo Irwin, se trata de un período escaso en referencias bibliohemerográficas[1].

Lo cierto es que gracias a los participantes directos, y también a quienes figuraron vinculados a diversos sucesos insurreccionales en su condición de periodistas y corresponsales, se comenzó a registrar desde muy temprano la experiencia vivida durante aquellos episodios o a reseñarse aspectos ignorados de la acción militar, e incluso civil, de las asonadas. Foco importante de tales testimonios son, desde luego, los escasos libros escritos por sus principales protagonistas o por quienes, debido a una razón u otra, estuvieron en la primera línea de comba-

1 Irwin, 2000: 122.

te. Aparte de un raro y poco difundido opúsculo titulado *La batalla de Carúpano*, escrito en prisión por el entonces teniente Héctor Fleming Mendoza, dos son quizá las fuentes más valiosas en este terreno. Por un lado, el libro que lleva por nombre *El Porteñazo, historia de una rebelión*, escrito por Alí Brett Martínez, corresponsal del diario *El Nacional*, quien, precisamente por haber actuado en calidad de testigo circunstancial dada su condición de reportero en la zona de guerra, terminó ofreciendo un trabajo tenso y lleno de dramatismo acerca de lo ocurrido en Puerto Cabello en junio de 1962. En buena medida, el libro de Brett es producto de su temple periodístico; pero también resulta valioso por la acertada incorporación que hizo de evidencias testimoniales generadas por ambos bandos. Brett era hombre inclinado a la fotografía. Quizá por ello, como lo advirtió en algún momento Jesús Sanoja Hernández, su obra tiene la virtud de abundar con ojo de buen cronista a la hora de desplazarse por los sitios claves en los que ocurrieron los enfrentamientos dentro de la ciudad y sus alrededores. Se trata en todo caso de una obra escrita en fecha casi inmediatamente posterior al Porteñazo pero que, dadas las sensibles circunstancias del momento, terminó siendo publicada ocho años más tarde[2].

Por otra parte existe el volumen autorreferencial titulado *Del Porteñazo al Perú*, escrito por quien tuvo a su cargo dirigir las operaciones terrestres de la insurgencia durante el alzamiento de Puerto Cabello. Hablamos de Víctor Hugo Morales, capitán de corbeta en 1962 y desde entonces, cuando no de antes, figura indisolublemente ligada al PCV. Se trata de un libro que deslumbra por su sinceridad y por los matices con que cautiva la atención del lector. El suyo es, más que todo, un análisis que descansa sobre el ángulo militar de los sucesos y, especialmente por ello mismo, en la forma como se desarrolló la toma de la base naval, el factor sorpresa que debió servir de inicio a la acción, la respuesta que se esperaba de otras guarniciones (en función de las conexiones previamente establecidas) y, por último, en los descuidos, azares e inhibiciones que facilitaron que las fuerzas leales se hiciesen cargo de la recaptura de la base. Es un libro que tiene además la particularidad de responder a una coyuntura específica y que, por ello mismo, circuló con una clara intencionalidad política: publicado en 1971, pero con el empeño de querer ver en el golpe de Estado ocurrido en el Perú de 1968 una experiencia alejada del golpe militar clásico, el autor pretendía dejar establecido así cierto grado de conexión ideológica entre la vía peruana, como expresión de la participación de los militares en un pronunciamiento de corte «nacionalista» «popular» y «progresista», y los alzamientos protagonizados por ellos, seis años antes, en Venezuela.

2 Jesús Sanoja Hernández. «A 40 años de la aventura militar que desembocó en subversión». *El Nacional*, 02/06/12: C-6.

Ahora bien, existe un hecho que salta a la vista: contrario a lo que suele decirse con respecto a quién es, a fin de cuentas, el que escribe la historia, nada confirma, a la hora de consultar las fuentes, que los vencedores hayan lapidado a los vencidos cuando se habla de las insurrecciones militares ocurridas entre 1960 y 1962. De hecho, en los registros figura con mucha mayor amplitud el testimonio de los derrotados que el de quienes obraron desde el campo contrario. Tanto así que con toda propiedad podría afirmarse que, entre los defensores que tuvo el gobierno de Betancourt, apenas dos oficiales –el general Carlos Soto Tamayo y el contralmirante Ricardo Sosa Ríos– dejaron algún recuento sobre aquellos sucesos[3].

Sin embargo, un problema que suele plantearse a la hora de abordar los testimonios suministrados por los propios protagonistas es que, con notable frecuencia, es más lo que pretenden justificar que revelar. Por ello mismo, pareciera darse en muchos casos la tendencia a minimizar o ignorar la importancia de ciertos aspectos relacionados al esquema golpista-insurreccional que estos intentaron promover. Al mismo tiempo, como consecuencia de lo anterior, lo que aportan viene a ser hasta

3 Ricardo Sosa Ríos. *Mar de Leva*. Caracas: Edreca Editores, 1979; Carlos Soto Tamayo. *Rómulo: Democracia con garra*. Caracas: Editorial Texto, 1986.

cierto punto redundante y así ocurre cuando, al revisar varios testimonios generados por un mismo testigo o actor, se tiene la impresión de que no suelen alejarse mucho de una especie de libreto preconcebido. A veces, incluso, tales relatos adquieren las cualidades poco objetivas de quien solo pretende saldar viejas cuentas, lo cual provoca un efecto fatigoso a menos que se esté de su lado, políticamente hablando. También es frecuente que algunos de estos testimonios recurran a evasivas, criterios selectivos y planteamientos autocongratulatorios cuyo único propósito de justificarse hacia el futuro les resta atractivo e interés.

Debo confesar sin embargo que mientras revolvía esos materiales pude hallar mucho de cuanto andaba buscando gracias a la astucia con que el periodista y profesor universitario Agustín Blanco Muñoz fue capaz de arrinconar a sus entrevistados y arrancarles las respuestas más sinceras. A ese torrente de fascinantes entrevistas, llevadas a cabo por él bajo el patrocinio del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CDCH) y del Instituto de Investigaciones Rodolfo Quintero de la FACES/UCV en el marco de su investigación en torno a la violencia política en la Venezuela reciente (1958-1980), debe muchísimo este libro, y el superlativo no es simple adorno en este caso, como el lector podrá constatarlo fácilmente. Para decirlo con el sentido de justicia que se merece, y como lo ha hecho antes que yo Jesús Sanoja Hernández, pocos se han afanado como Blanco Muñoz a la hora de reconstruir el mural conspirativo en la Venezuela de aquellos años. No en vano, Sanoja llegó a definirlo como «tenaz investigador de las etapas violentas de la historia contemporánea»[4]. Otro autor que ha sabido ponderar el valor que entraña esta compilación de fuentes orales ha sido el ya citado historiador Domingo Irwin, quien la considera el resultado de un rescate testimonial, pulcramente logrado, por Blanco Muñoz[5].

En vista de que he mencionado a Sanoja Hernández, también debo hablar de él como otro autor que ha incursionado en los pre-

4 Sanoja Hernández. «El Barcelonazo», 14/10/2002.

5 Irwin y Micett, 2010: 217.

dios de la insurrección, aun cuando no a través de compilaciones testimoniales vinculadas a las acciones violentas de los años 60 sino de artículos e, incluso, crónicas de largo aliento, publicadas en distintos diarios nacionales. Algunos de esos textos, junto a su libro *Entre golpes y revoluciones* (Debate, 2007), resultaron de enorme valía y, como tales, figuran extensamente citados a lo largo de la obra.

De modo parecido a lo que fue mi experiencia anterior en torno al atentado del 24 de junio de 1960 contra Rómulo Betancourt, los periódicos de la época funcionaron como una cantera rica en posibilidades investigativas, revelando el nivel de profesionalismo alcanzado por la prensa venezolana durante aquellos años iniciales del régimen democrático. Diarios como *El Nacional, La Esfera, La República, El Universal, El Mundo* y *Últimas Noticias,* al igual que la revista *Élite*, vinieron en auxilio de muchos detalles a la hora de asomarme a la coyuntura que abarca el libro.

Por otra parte, al proponerme dar con los expedientes que fueron instruidos a raíz de las varias asonadas, la suerte que me falló en los casos de Carúpano, Barcelona y el alzamiento de Jesús María Castro León en el Táchira, me sonrió en cambio en el caso concreto de Puerto Cabello. Porque así como no hallé rastros de los tres primeros ni tan siquiera tras hurgar debajo de las piedras, pude acceder con facilidad al expediente elaborado por el Consejo de Guerra que tuvo a su cargo conocer de las actuaciones de los militares y civiles que estuvieron comprometidos en el Porteñazo. Dicho Tribunal se constituyó en la sede del Batallón Carabobo, en Valencia, y dictó sentencia el 28 de junio de 1962, o sea, veintiséis días después de ocurrida la rebelión[6]. La circunstancia de haber podido manejar ese expediente se la debo a Oscar Zamora Conde, quien fungió como secretario del Tribunal y que, en tal condición, conserva hasta el día de hoy un ejemplar del mismo. Con esta ya son dos oportunidades que le debo a don Oscar el haberme proporcionado materiales de valía: la primera, al facilitar-

6 Brett, 1970: 32.

me el expediente del atentado contra Betancourt y esta vez, como he dicho, el de Puerto Cabello. Las declaraciones tomadas directamente a los implicados, y que comprenden medio centenar de folios en su pieza más significativa (la número VI del expediente), me sirvieron para clarificar algunos aspectos de enorme relevancia.

Otra fuente que no puedo soslayar es el archivo privado de Santiago Gerardo Suárez, a quien Simón Alberto Consalvi calificó –y no sin razón– en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia como uno de los grandes historiadores de las instituciones militares venezolanas. Don Santiago dispuso que su colección personal de recortes de prensa referidos a motines, sublevaciones e insurrecciones ocurridas en el país durante el siglo XX reposara en la Dirección de Investigaciones de la ANH. Se trata de una colección valiosísima y útil pero difícil de manejar en la medida en que la sistematización de su contenido es muy cruda y porque, además, adolece de un defecto: muchos de tales recortes de prensa figuran con sus datos hemerográficos incompletos, especialmente en lo que se refiere al número específico de la página de la fuente consultada. Es por ello que me propuse darle un manejo muy cuidadoso al señalar en todo momento, bajo la abreviatura ASGS (Archivo de Santiago Gerardo Suárez), la existencia de tal o cual artículo como parte de ese acervo.

Por otra parte, debo consignar mi agradecimiento a la Hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia por haberme permitido examinar su rica colección de revistas y periódicos venezolanos del siglo XX. Otro tanto debo decir, en términos de igual gratitud, acerca de la Fundación Rómulo Betancourt, especialmente por la facilidad con que se me permitió consultar el diario *La República*, el semanario *AD* y parte de la correspondencia privada (no publicada) del propio presidente Betancourt.

A la historiadora María Consuelo Andara debo también una palabra de agradecimiento por la paciencia y el empeño con que, en repetidas oportunidades, me permití importunarla en procura de localizar materiales dispersos. Lo mismo ocurre a la hora de referirme al

valioso apoyo que me ha dispensado invariablemente el historiador Pedro Correa. Igual cosa debo decir acerca de Celina Salas en la secretaría de la Academia Nacional de la Historia, así como del personal que labora en las áreas de archivo y hemeroteca de esa institución que se ha convertido para mí en una especie de segunda morada.

Una palabra de gratitud debe ir dirigida al mismo tiempo a la Biblioteca Pedro Grases de la Universidad Metropolitana y, asimismo, a mi colega y amigo Gustavo Vaamonde, director de la Casa de Estudio de la Historia de Venezuela Lorenzo A. Mendoza Quintero por haberme proporcionado una reproducción fotostática completa del libro de Víctor Hugo Morales de difícil, cuando no de imposible adquisición o consulta en otras bibliotecas.

Por último, y de manera muy especial a la hora de las gratitudes difíciles de recompensar, debo hacer mención a mi estudiante y asistente de investigación Leonardo Alberto Rey, quien mientras efectuaba su propia revisión documental para completar su tesis de licenciatura en la Escuela de Estudios Liberales de la Unimet, tuvo la paciencia de inventariar un cúmulo de valiosísima información hemerográfica para el libro que ahora se ofrece.

EMG

TEMPORADA DE GOLPES

El quinquenio presidido por Rómulo Betancourt entre el 13 de febrero de 1959 y el 11 de marzo de 1964 no fue precisamente una etapa de hibernación cuartelaria. En realidad, podría sostenerse todo lo contrario, al menos durante sus tres primeros años de gestión. A lo largo de este período, y según cifras que apenas difieren entre sí, el régimen sostuvo alrededor de veinte o veintiséis conspiraciones en su contra, la mayoría de las cuales quedaron sin materializarse, no pasaron de la sorpresa o fueron simplemente aplastadas al nacer.

Sin embargo, transcurridos unos meses de haber concluido aquellos tres primeros años de gobierno, vendrían a estallar dos conjuras contra Betancourt que ya no serán meros «pasapalos» sino verdaderos «banquetes» desde el punto de vista militar: las insurrecciones de Carúpano y Puerto Cabello, en mayo y junio de 1962[1].Más aún: si extendiésemos la cifra y englobáramos todas las agitaciones, campañas de rumores y hechos de violencia que se suscitaron durante ese lapso de tres años, los 1 095 días que sumaría la Presidencia de Betancourt solo hasta febrero de 1962 fueron testigos de un fallido atentado en su contra (24 de junio de 1960), cuarenta y cuatro disturbios callejeros, una ola de pánico bancario (marzo de 1960), seis huelgas (incluyendo una a nivel cuasinacional, en enero de 1962) y dos levantamientos militares de relativa envergadura (en San Cristóbal, en 1960, y en Barcelona, en 1961). Frente a una dinámica

1 Entrevista con Ricardo Sosa Ríos. En: Blanco Muñoz, 1981(a): 80.

de golpes, o de amagos de golpe, casi trimestrales con base en la cual podría medirse el clima de la época, convendría acudir a lo que observara alguna vez el dirigente político Domingo Alberto Rangel cuando se refería a las «campanadas» del golpismo que, a su juicio, sonaban con la exactitud de un reloj[2].

Si prestamos atención a lo señalado recientemente por el historiador Germán Carrera Damas en su obra *Rómulo histórico*, resulta fácil advertir que ninguna de aquellas insurrecciones cuartelarias tuvo repercusión más allá de sus focos de origen[3]. En este sentido, lo mismo puede decirse acerca del intento motorizado por el general Jesús María Castro León en San Cristóbal, en abril de 1960, como de los alzamientos navales de Carúpano y Puerto Cabello, independientemente de que estos últimos (sobre todo el caso de Puerto Cabello) alcanzaran un significativo nivel de violencia y arrojaran un considerable saldo de bajas. Además, la más simple constatación lleva a concluir que todas, por igual, fueron sometidas prontamente, que ninguna se vio secundada por otras guarniciones y, quizá lo más importante, que todas subestimaron en igual grado la capacidad de respuesta que llegó a ofrecerles el Poder Público[4]. Pero fuera de estos mínimos comunes denominadores, que fueron en realidad resultados a la postre, se mantiene en pie el hecho indiscutible de que, durante más de la primera mitad de su quinquenio, Betancourt debió responder prácticamente sin tregua a una seguidilla de conatos y rebeliones militares.

En tal sentido, 1962 –año a partir del cual el político guatireño estrenaría el cuarto de su mandato constitucional– funciona como fecha clave para el libro que ahora se ofrece. No en vano, el periodista Jesús Sanoja Hernández lo definió como el más convulsionado de todos en materia militar, con derrotas que hicieron que la izquierda variara radicalmente de estrategia y se planteara otras formas orientadas a la

2 Domingo Alberto Rangel, «Los misterios de Castro León». *La Esfera*, 26/04/60: 13.

3 Carrera Damas, 2013: 326.

4 Ibídem.

toma violenta del poder[5]. A partir de entonces, las tentaciones levantistas de las Fuerzas Armadas, en combinación con elementos civiles, prácticamente cesaron de existir.

En efecto, la derrota de las asonadas ocurridas en Carúpano y Puerto Cabello, y que marcaron el fin de las revueltas militares durante el período presidencial de Betancourt, tendrá un peso tan decisivo en la dinámica venezolana que con toda propiedad podría sostenerse que, exceptuando un amago que tuvo lugar en Maracay en 1963 y otro efímero intento en Maturín en 1965[6], la vía del alzamiento cuartelario desaparecerá completamente de nuestro mapa de navegación.

Al menos así será durante treinta años, hasta que las conspiraciones de febrero y noviembre de 1992 vinieran a revelarse como una sorpresa y un elemento de novedad para buena parte de los veinte millones y tanto de venezolanos que por primera vez en sus vidas verían tanquetas rodando fuera de sus nidos o aviones de combate retumbando en los cielos de la capital. Tuvieron que transcurrir exactamente tres décadas (1962-1992) para que el golpismo, o la alternativa insurreccional vinculada a los cuarteles, que fue perdiendo terreno desde los años sesenta, reapareciera en el horizonte.

¿Qué ocurrió para que esos golpes de 1992 provocaran tanta sorpresa? Porque el hecho cierto, como lo apunta Sanoja Hernández, es que el 99, 99 % de quienes vivían en la calle jamás sospecharon, adivinaron que existían logias militares subterráneas que urdían planes conspirativos dentro de los cuarteles[7], a pesar de que ciertas voces agoreras de la tribu, como Arturo Úslar Pietri, vaticinaran esa posibilidad en 1991[8]. Al parecer algo falló en la expresión autocongratulatoria según la cual el peligro de las asonadas había pasado. Sin embargo, este

5 Jesús Sanoja Hernández. «A 40 años de la aventura militar que desembocó en subversión». *El Nacional*, 02/06/12: C-6.

6 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 367.

7 Sanoja, 2007, II: 170.

8 Jesús Sanoja Hernández. «A 40 años de la aventura militar que desembocó en subversión». *El Nacional*, 02/06/12: C-6.

tipo de frases, utilizado como siempre lo fue por los políticos, perdía de vista un detalle. Y es que, como lo saben aquellos que se dedican al oficio de historiar, no existen caminos rectos en la trayectoria descrita por un modelo institucional determinado. En otras palabras, tomando en préstamo lo que alguna vez afirmara el propio Betancourt cuando se dispuso a evaluar la formación del proceso democrático de Venezuela, se hace evidente que el país no circuló siempre en línea recta, como las autopistas modernas[9]. En tal sentido, por mucho que se hable de la forma como la institución militar se vio permeada por el poder civil a lo largo de los treinta años posteriores al Carupanazo y el Porteñazo, la insurrección de 1992 terminó revelando la existencia de canales subterráneos que se expresaron de nuevo una vez que cierto sector de la izquierda que se había mostrado renuente a pacificarse, que se pacificó tardíamente, o que se negó a acogerse a la pacificación hasta último momento, entroncara su vereda con la vía militar que terminó perdiendo terreno en la década de los sesenta[10].

Así pues, aun cuando la alianza entre militares y civiles insurgentes fracasara como opción durante el resto del régimen democrático, hubo quienes, con el transcurrir de los años, estuvieron dispuestos a fijar nuevamente la vista en los cuarteles y tocar a sus puertas. En este sentido, por más atípica que fuera la rebelión del 4-F, para el observador avisado no escapó a su atención lo que sí escapó al común de los venezolanos: la floración del fenómeno traía antecedentes o, para decirlo más claramente, venía de atrás, desde los tiempos en que el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) asumieron la tarea de vincularse a los cuarteles como parte de una estrategia múltiple de lucha. De modo que si treinta años exactos separan las acciones de Carúpano y Puerto Cabello de aquel año 1992 en que el país ya se creía inmunizado contra el virus golpista, todo aconseja revisar los residuos de un pasado reciente que remite de vuelta al motivo de este libro.

9 Betancourt, 2013, I: 28.

10 Sanoja, 2007, II: 134.

¿GOLPES DE DERECHA *VERSUS* REBELIONES DE IZQUIERDA?

Ahora bien, el hecho de hablar de aquella izquierda que en los años sesenta hizo las veces de «trotacuarteles»[11]da pie para formular una aclaratoria respecto a la naturaleza y alcance que tuvo la disidencia militar en tiempos del segundo desempeño de Betancourt al frente del poder, ya como presidente constitucional. Ello es así puesto que, como si se tratara de un reloj que diera limpiamente la vuelta, algunos historiadores han tendido a clasificar la cosecha de insurrecciones que enfrentó el quinquenio betancourista como si esta respondiera, de modo drástico, a dos etapas distintas y dos orientaciones ideológicas claramente diferenciadas entre sí. Así, pues, se tendría de un lado, desde 1959 hasta 1961, lo que el propio Betancourt se hizo cargo de definir como la «conspiración dictatorialista de derecha»[12] y, a partir de enero del 62 y hasta mediados de ese mismo año, las insurrecciones animadas por la izquierda insurgente. Pero ni la opinión interesada de Betancourt ni la del PCV, que más tarde reivindicaría como suyas las acciones del Carupanazo y el Porteñazo, resultan ser guías muy confiables. De hecho, hasta podría argumentarse que ambas le dan base a una tradición historiográfica que divide la acción golpista entre derechas e izquierdas, atribuyéndole además una perfecta claridad de fechas y propósitos y como si, de manera mosaica, fuera posible separar las aguas entre los militares que protagonizaron las distintas asonadas.

Contrario a lo que postula esta tradición, Carrera Damas se cuenta entre quienes observan que, más allá de las aparentes diferencias que podrían advertirse entre los intentos de golpe pre-1962 y los sucesos de Carúpano y Puerto Cabello, había algo que los emparentaba en el fondo. Por ello, a su juicio, resulta falso y artificial establecer una división del período puesto que, si en el primero de los casos podría hablarse de la presencia de los «añorantes del régimen dictatorial», en

11 La expresión pertenece al historiador Manuel Caballero. Caballero, 2008: 318.

12 Betancourt, 2007, VII: 307.

el segundo habría que hacerlo de los «militaristas continuistas». Y así lo explica, sin necesidad de comentario adicional alguno:

> La reinstauración de la *República liberal democrática* [en 1959] transcurrió en permanente enfrentamiento con dos amenazas. Una estuvo representada por los deudos directos de la dictadura militar [...] La otra lo estuvo por dos organizaciones políticas legales: el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), encandiladas por el prestigio de la entonces denominada *Revolución cubana*. Los continuistas militaristas y los añorantes del régimen dictatorial se repartían entre ambas amenazas[13].

De hecho, a la vuelta de un centenar de páginas, el propio Carrera alude específicamente a los sucesos de Carúpano y Puerto Cabello pero esta vez para calificarlos, con toda la rotundidad del caso, como de naturaleza «reaccionaria». Llama mucho la atención que así lo hiciera, pues hasta ahora, y a la vista de tan intrincada cuestión, por «golpes reaccionarios» se han entendido aquellos que tuvieron exclusivamente su epicentro en los cuarteles, que fueron alentados por factores añorantes del depuesto régimen militar y que, cronológicamente hablando, hallaron expresión entre 1959 y 1961; mientras que, al contrario, por asonadas «progresistas» (eludiendo siempre el calificativo de «golpe») se conocen aquellas que ocurrieron en 1962 y que, además, implicaron algún grado de fusión cívico-militar con el fin de estimular una salida insurreccional y revolucionaria. Lejos de comulgar con esta idea, Carrera, al hablar de los hechos del año 62, simplemente los define como «la alianza del militarismo tradicional con civiles organizados que le sirviesen de mampara, cual sucedió en las asonadas, históricamente reaccionarias [ocurridas en Carúpano y Puerto Cabello], por cuanto insurgieron contra un régimen legal y legítimamente constituido[14]. Carrera parece negado a admitir entonces cualquier clasificación tajante entre izquierda y derecha a la hora de examinar el fenómeno de las insurrecciones militares que tuvieron lugar durante el quinquenio de Betancourt.

13 Carrera Damas, 2013: 318.
14 Ibíd., 417.

Otro autor que también se ha detenido a analizar esa arbitraria clasificación entre «golpes de derecha y asonadas de izquierda», contribuyendo a ponerla en duda, es el historiador Manuel Caballero. A su juicio, si bien hubo una perceptible influencia de la izquierda entre los oficiales que se alzaron primero en Carúpano y luego en Puerto Cabello, tampoco es cuestión de exagerarla. Aún a comienzos de ese aciago año 62, los oficiales, generalmente de pensamiento nada izquierdista por decir lo menos, estaban dispuestos a alzarse contra el gobierno de Betancourt, hallasen o no apoyo civil[15]. Tampoco parece cosa de creer –y así lo sostiene de seguidas– que los dirigentes del PCV y del MIR se tragaran la culebra de que habían llegado a «captar» a esos soldados impacientes[16]. El argumento madre de Caballero, atractivo y novedoso como resulta, es, pues, como sigue: para la izquierda, la crisis planteada en 1962 –*annus horribilis*, según el propio historiador– no dejaba de tener numerosos puntos de contacto con la conspiración que condujo al 18 de octubre de 1945. De hecho, Caballero se permite sostener que la izquierda imitó de alguna forma el razonamiento que inspiró a Betancourt en las vísperas octubristas del 45[17]. Convendría observarlo en sus propias palabras:

> [La izquierda argumentó] que si no participaba en la aventura [del Carupanazo y el Porteñazo], ella se produciría de todas formas, y como había entre los oficiales insurrectos una cantidad no determinada pero real de oficiales marxistas, lo mejor era lanzarse con ellos para reproducir una nueva «revolución de octubre» pero esta vez leninista de verdad[18].

15 Caballero, 2008: 316.
16 Ibídem.
17 Ibíd., 310.
18 Ibídem.

Compartiendo pareceres en tal sentido con Manuel Caballero, el historiador Domingo Irwin define esto como la segunda edición, mejorada, ampliada y corregida, del golpe del 18 de octubre que los sectores más radicalizados de la izquierda pretendieron impulsar en 1962[19].

A la hora de citar el testimonio de un actor contemporáneo a los hechos, la opinión de Héctor Pérez Marcano acude en este punto por lo precisa y oportuna. El dirigente político y cofundador del MIR pareciera coincidir con Caballero en que, en el caso de ambos intentos –Carúpano y Puerto Cabello–, el sector civil radicalizado simplemente resolvió treparse a la cola de la rebelión militar sin mayor sentido de planificación:

> Los militares se vieron en situaciones difíciles en el seno del Ejército y tuvieron que tomar sus decisiones. Y a esas decisiones se insertaba la dirección política [de la insurgencia]. Ahí no había en verdad una planificación en ese sentido. [E]l movimiento revolucionario [fue] insertándose, yendo a la cola de los acontecimientos. [...] [L]a dirección revolucionaria realmente estaba siempre a la cola y tratando de aprovechar, de una manera insurreccional, situaciones que se estaban planteando en el desarrollo de la política del país[20].

19 Irwin, 2000: 97.
Por otra parte, llama la atención que a la hora de deslindarse de toda sombra de *octubrismo*, Domingo Alberto Rangel expresara lo siguiente en un debate que tuvo lugar en la Cámara de Diputados con motivo del alzamiento de Carúpano, ocurrido en mayo de 1962: «Se equivocaron [quienes] llegaron hasta hacernos proposiciones conspirativas. Y voy a decirlo en este debate para que ustedes vean cuál es la calidad de nuestros principios. Recién constituido el MIR, a mí me llamaron varios coroneles del Ejército [...] y me dijeron: 'este es el movimiento que necesitamos porque ahora ya tenemos una fuerza civil en la oposición, que era lo que faltaba para derribar este gobierno. Juntando al MIR (que tiene tanta fuerza en las plazas, porque hemos visto los mítines de ustedes, y el del Nuevo Circo fue una revelación extraordinaria) con la fuerza nuestra podemos dar al traste con este Gobierno'. *Y yo les dije de manera categórica, porque no soy aventurero: 'Ustedes se han equivocado de puerta. Yo no soy un Rómulo Betancourt, ni el MIR aspira a hacer un 18 de Octubre. [...] Si he roto con Betancourt es precisamente porque considero que el 18 de Octubre fue una aventura pactada a medianoche con un grupo de militares'*». *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 9 de mayo de 1962, n.º 22: 793. Énfasis agregado.

20 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 319.

Curiosamente, sin embargo, Pérez Marcano también deja abierta la posibilidad de ver que este proceso se planteara al revés, o sea, que fueran los oficiales golpistas quienes pretendieran buscar aliados fuera del medio militar o, al menos, que esperaran recibir alguna señal concreta de parte del mundo civil antes de declararse en rebelión. Así lo da a entender el propio Pérez Marcano al repasar ante el periodista Agustín Blanco Muñoz el cuadro conspirativo de 1962:

> [P]uedo referirte que en las conversaciones que se hacían con los militares, éstos pedían acciones de masas por parte de la dirección revolucionaria, que sirvieran de elemento de agitación y que les permitiera a ellos lanzarse. [...] Ahora bien, [...] no se llegó a dar una demostración evidente por parte de la dirección revolucionaria de las posibilidades de agitación en la calle, y esto crea en el Ejército una situación abortiva. En Carúpano, por ejemplo, tengo entendido que los militares actuaron porque estaban al descubierto. También los de Puerto Cabello[21].

Cuál de los dos sectores –el militar o el civil– debía actuar como detonante de la acción conjunta es una cuestión que recurre entonces sin una respuesta clara ni definitiva en medio de los testimonios[22]. Pero hay un hecho cierto: 1962 vendrá a plantear una forma de comunicación novedosa entre militares y civiles de izquierda. Sumado a que la propia izquierda podrá jactarse de afirmar que el

21 Ibíd., 323.
En ello coincide el dirigente comunista Pedro Ortega Díaz cuando sostiene que Carúpano fue justamente una «acción abortiva» dado que sus responsables militares se vieron descubiertos, lo que implicaba el riesgo de que se les privara inmediatamente del mando y se les trasladara a algún cargo administrativo. Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 54.

22 Agustín Blanco Muñoz, no sin cierta aspereza, observa lo siguiente: «El PCV o el MIR jugaban en todo esto un papel de espectadores o mediadores pero no de actores principales llamados a ejercer la toma de decisiones. De allí que los militares hayan tomado la decisión de no alzarse por encima y en contra de la decisión político-militar del PCV. Y observaremos que en lo sucesivo la mayor parte de las decisiones militares no toman en cuenta en forma directa la opinión político-militar del PCV y el MIR. Más bien puede decirse que éstas van a la zaga de lo que resuelvan los militares». Blanco Muñoz, 1992(b): 148.

advenimiento de esta nueva modalidad de lucha ponía en duda el mito según el cual la totalidad de la Fuerzas Armadas profesaba un credo anticomunista. Además, ganarse a los cuarteles equivalía, en cierto modo, a ver enriquecido el repertorio táctico de la izquierda[23]. Convendría, de paso, detenerse en la siguiente observación que corre a cargo de Blanco Muñoz:

> La «novedad» está dada por un hecho específico: el PCV había tenido en forma permanente una abierta oposición a todo lo que se llamase golpe contra las instituciones democráticas. Ahora, sin embargo, entendía que la participación de militares en una empresa [...] [como] la aplicación de una política de izquierda, «nacionalista, patriótica y revolucionaria», no significaba la puesta en práctica del golpismo largamente conocido en el país, sino de algo muy diferente[24].

Por otra parte, a Betancourt, a quien jamás le faltó olfato para descifrar las oportunidades, las revueltas de Carúpano y Puerto Cabello habrían de reportarle un beneficio adicional: frente a una variante del golpismo ya en franca retirada, el mandatario tendrá todo de su lado para atribuirle un carácter rotundamente comunista a ambas insurrecciones. Para ello, los recursos argumentales estarán de su lado, comenzando por el hecho de que la izquierda no solo no negará haber estimulado las dos rebeliones navales de 1962 sino que se preciaba de ello[25]. Además, en todo esto tendrá mucha incidencia el peso del discurso y, en tal sentido, basta revisar los mensajes dirigidos por Betancourt a la nación y los cuarteles, especialmente a partir de 1962, para confirmar la lectura que el presidente, mediante su lenguaje hábil y característico, le daría a los nuevos alzamientos prohijados por la izquierda.

23 Blanco Muñoz, 1994: 104.

24 Ibídem.

25 Caballero, 2008: 309.

Además, Betancourt había regresado del exilio y, de ahí, al poder, con el expreso propósito de terminar de depurar su proverbial anticomunismo, resultado de las circunstancias de aquel tercero y último destierro que tuvo lugar entre 1948 y 1958. Se trataba, de alguna forma, de desbloquear las aprensiones residuales que aún, entre ciertos sectores, provocaban sus antiguos devaneos marxistas. Ello por más que desde 1945, al mando de la Junta Revolucionaria de Gobierno, cuando no de antes, Betancourt ya hubiera dado muestras de mantener un claro distanciamiento y una confrontación abierta con los sectores comunistas. Tal es lo que la historiadora Corina Yoris ha definido precisamente como una diferenciación de vieja data entre Betancourt y el PCV que antecedía al derrocamiento de Isaías Medina Angarita[26]. Esto, en todo caso, formaba parte de lo que Carrera Damas observa como la formulación de su estrategia de retorno al poder al producirse la caída de Marcos Pérez Jiménez. En tal sentido, tiene mucha razón el historiador al señalar que, a partir del 58, Betancourt redobló su lucha contra el comunismo como una cruzada de carácter personal, puesto que en ella se hallaba comprometida su aspiración de restablecer el proyecto de república liberal democrática que había sido interrumpido en 1948 y que ahora, en 1959, podía verse asediado por nuevos factores y amenazas. Aún más, si era por la vía del debate público que dicha confrontación habría de verificarse, tanto mejor, tal como había ocurrido en 1945 al producirse la legalización del PCV. El hecho de que, en aquel entonces, los comunistas pudiesen operar legalmente gracias a la reforma constitucional promovida por Medina Angarita facilitaba su identificación y, por lo mismo, el combatirlos políticamente en la calle[27].

26 Yoris, 2004: 85.

27 Carrera, 2013: 139.
El dirigente político Américo Martín anota, por su parte, lo siguiente: «Rómulo seguía influido por una reserva anticomunista alimentada por las fuertes discrepancias del pasado. A eso se uniría otra motivación: su deseo de conjurar las presiones norteamericanas contra el naciente régimen». Martín, 2013, II: 14.

Ahora, en el contexto de una Guerra Fría caracterizada por la consolidación de áreas de influencia a nivel global pero, al mismo tiempo, por tensiones implacables en ciertas zonas como el Caribe (a la vista del impacto y la onda expansiva allí creada por la Revolución cubana), ese enfrentamiento, que el propio Betancourt no avizoraba aún como armado y violento, serviría para ratificar la confianza de Estados Unidos ante la conducta de un gobierno como el que recién se había restablecido en Venezuela[28]. Además, llegado el momento en que el desafío se planteara por la vía de las armas, la posibilidad de deslindar campos se haría más fácil. Así llegó a entenderlo el veterano dirigente del PCV Pedro Ortega Díaz al expresarse de este modo:

> Una vez, en el CEN de AD, se aprobó reclamarle a Betancourt que no le consultaba al partido su política [...] frente al Partido Comunista [...]. Betancourt contestó: «al Partido Comunista yo sé cómo tratarlo, eso déjenmelo a mí. En este momento a mí me interesa que me tiren peñonazos, y eso es lo que estoy haciendo, obligándolos a que me tiren peñonazos». [...] [D]espués [...] obtuvo el gran argumento para agrupar a todo el mundo contra nosotros: la insurrección. Ante la insurrección él logró reunir a todo su partido, incluso a los que no querían apoyarlo. [...] Y así además logró el apoyo también de la alta burguesía del país, que siempre había tenido reservas con él pero que, ante el terror que les ocasionaba un poder comunista, se aliaron a Betancourt[29].

Simón Sáez Mérida, actor sobre quien recayó una apreciable responsabilidad durante esa etapa[30], comparte la misma postura, redondeando la situación en estos términos:

28 Carrera, 2013: 122.
29 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 51.
30 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 86.

> [Betancourt] entiende que su estabilidad, y la estabilidad de la democracia formal, pasa por ser anticomunista y pasa por congelar el movimiento de masas, por reprimirlo. Por allí pasa la estabilidad del sistema. Por allí pasa su manera de ganarse los sectores militares y de neutralizarlos sobre la base de ser anticomunista como ellos[31].

Así lo admite también Manuel Caballero con todas sus letras: «[L]a participación comunista en ambas insurrecciones se revelará como una bendición para la política de Betancourt»[32]. El dilema comunismo/democracia, así planteado por Betancourt, mojará la pólvora en los cuarteles, llevando a que se cerrara el ciclo de intranquilidad militar. No podía existir en tales circunstancias un expediente más efectivo para compactar detrás de su gobierno a la mayoría de las Fuerzas Armadas que aterrorizarlas con la posibilidad de un alzamiento de inspiración comunista[33]. La opinión que ofrece el dirigente de AD Carlos Canache Mata también podría resultar orientadora en este punto:

> A partir de 1960 otro factor viene en ayuda de Rómulo Betancourt. Un factor no buscado por él. A partir de octubre-noviembre de 1960 [...], cuando se ve que evidentemente hay un plan para derrocar el gobierno por parte de la insurgencia extremista ayudada por Fidel Castro desde Cuba, cuando ocurre eso, entonces llega un momento en que el Ejército coge miedo que si llega a triunfar [...] la insurrección, no sólo va a ser abatido el gobierno democrático de Betancourt, sino que sería abatido, eliminado también el propio Ejército, la propia institución armada. Se veían en el ejemplo de Cuba, y eso entonces les dio terror a los militares. Y los militares llegaron a pensar que el mal menor era defender a Betancourt. Si ellos se deshacían de Betancourt para enfrentar la insurrección, que tenía soportes importantes dentro y fuera del país [...], les iba a ser más difícil dominarla. Y pensaron

31 Ibíd., 135.
32 Caballero, 2008: 310.
33 Ibíd., 309.

> que teniendo un partido de la potencia popular de AD y un gobierno democrático legitimamente constituido a su lado, les era más fácil enfrentar[la] y liquidar[la]. Ese factor de miedo vino indudablemente a ser un factor estabilizador [...] a favor de Rómulo Betancourt[34].

Vale agregar que la repetición constante de esa amenaza a nivel del discurso presidencial, centrada en una agresión foránea de tipo «castroide», sentará las bases para generar una lealtad militar al régimen y propiciar una reorientación de su misión ante la sociedad venezolana. Al mismo tiempo, la izquierda, llamada como se veía por el afán de recuperar «el tiempo perdido» a través de la lucha insurreccional, se hallaba ante una situación que podía ser fácilmente explotada por aquellos sectores de las FF. AA. que recelaban de ella. En este sentido, si por un lado los promotores de la lucha armada veían la posibilidad de explorar una alianza táctica con oficiales identificados como «progresistas», «nacionalistas» y «patriotas», por el otro debían guardarse de ser vistos como promotores de la idea guevarista según la cual era una equivocación asignarles un papel revolucionario a los militares puesto que, por formación y doctrina, eran irrecuperables para la causa. ¿Podía pensarse en la extinción, a la larga, de aquel aliado circunstancial para suplantarlo por milicias populares? ¿Podría tratarse del mismo caso de Cuba con Fidel o de Bolivia en 1952? ¿Acaso la Revolución cubana no había comenzado a transformar los cuarteles en escuelas?[35].

Eso pudieron haberlo concluido aquellos militares institucionalistas que, en 1962, se veían precisamente predispuestos frente a la posible penetración «comunista» de los cuarteles. Sin embargo, no deja de resultar curioso que, menos de veinte años antes, entre 1945 y 1948, y en un momento en que los militares habían tenido tantos motivos reales o supuestos para desconfiar de Betancourt, la acusación de que AD pretendía eliminar a las Fuerzas Armadas para sustituirlas

34 Entrevista con Carlos Canache Mata. En Blanco Muñoz, 1981(a): 371-372.

35 Caballero, 2007: 41.

por milicias formó parte de los ataques más acres dirigidos contra la Junta Revolucionaria de Gobierno[36].

«Comunistas» será, pues, la forma que tendrán tanto las Fuerzas Armadas como el propio Betancourt de marcar al rojo vivo y descalificar brutalmente a los artífices del golpismo a partir de ese momento. Ello explicaría entonces que la táctica de neutralizar las insurrecciones del 62 mediante una hábil operación discursiva llevara a que, a la larga, el presidente contribuyese a alimentar la tradición historiográfica que divide a los golpes intentados en su contra en dos órbitas ideológicas distintas.

Cercano a esta interpretación, pero partiendo de suponer que un porcentaje nada desdeñable de la oficialidad había asumido una «toma de conciencia nacionalista», figura el parecer de José Vicente Rangel. En medio de polémicas y desencuentros, el entonces diputado que migraría de las filas de URD era del parecer que el «nacionalismo» que llegó a gestarse en las entrañas de las Fuerzas Armadas a principios de los años sesenta se vio asfixiado «por el falso esquema acuñado por Betancourt mediante el cual se dividía a los oficiales [...] en 'reaccionarios' e 'institucionalistas'». Y, en esta misma línea, agregaría: «La respuesta del *betancourismo* a la irrupción del fenómeno nacionalista en las Fuerzas Armadas consistió en acusar a ese sector de 'comunista', en contraste con la oficialidad institucionalista»[37]. A su juicio, pues, quienes simplemente habían apostado por la ejecución de un programa de corte nacionalista y progresista –como fórmula de solución política y económica ante el supuesto entreguismo de Betancourt, por una parte, y el carácter enfeudado de las Fuerzas Armadas, por la otra– termina-

36 Caballero, 2008: 305-306.
De hecho, Eleazar López Contreras, en su libro *El triunfo de la verdad*, le endilgará esta misma acusación a la alta plana del Gobierno de la Junta Revolucionaria: «Desgraciadamente, estos hombres no se han conformado con la conquista del poder, ni con la eliminación de los elementos militares que consideran peligrosos, por no ser adictos a ellos. Seguros de su fuerza política, han organizado sus huestes sectarias en Milicias Armadas del Partido como tropas de choque, para enfrentarlas, en competencia desleal, al ejército regular, legalmente constituido y técnicamente organizado, único responsable de la custodia del material de guerra que posee la nación». López, 1949: 75.

37 José Vicente Rangel, «El Porteñazo en la historia». *Últimas Noticias*, 17/05/71: 51.

ron viéndose acribillados por una poderosa retórica construida desde el poder que tachaba de comunistas a quienes en realidad no lo eran, o estaban muy lejos de serlo.

Frente a la disyuntiva planteada y elaborada retóricamente por Betancourt, la actitud de la oficialidad «nacionalista» sería la de preguntarse lo siguiente: «¿Acaso es privativo del comunismo combatir la corrupción, tratar de erradicar la miseria, rescatar la soberanía nacional, o llevar a las Fuerzas Armadas a ocupar el plano de dignidad que le corresponde?»[38]. Quien así hablaba era Víctor Hugo Morales, uno de los principales protagonistas del Porteñazo en junio del 62 y, a la vez, uno de los teóricos con los que contó la cofradía «nacionalista-progresista» opuesta a Betancourt. A su juicio, y a la hora de hacer un paralelismo con salvedades al fenómeno del «Nasserismo» y la revuelta de los coroneles en Egipto, dirá:

> Las rebeliones del 4 de mayo [en Carúpano] y 2 de junio [en Puerto Cabello] de 1962 [...][t]uvieron una orientación clara y distinta [...], demostrando que en Venezuela muchos militares han adquirido una conciencia que los identifica con los ideales populares, nacionalistas y revolucionarios puestos en práctica con éxito por algunos ejércitos del Medio Oriente, en especial en Egipto, sin que eso significara que se trataría de actuar en Venezuela en base a un esquema «nasserista», puesto que los problemas de nuestro país sólo pueden ser resueltos con métodos ajustados a la realidad nacional[39].

Para abonar la idea de que el dilema comunismo/democracia se convirtió en uno de los objetivos más efectivos alcanzados por Betancourt, acude la opinión de otro testigo y protagonista de la coyuntura: Manuel Quijada, líder civil del Porteñazo y a quien, por cierto, Blanco Muñoz considera como uno de los testimoniantes más calificados de

38 Morales, 1971: 40.
39 Ibíd., 41.

ese proceso[40]. En primer lugar, al referirse a los amagos conspirativos que tuvieron lugar entre enero y fines de febrero de 1962, o sea, tres y cuatro meses antes del Carupanazo y el Porteñazo respectivamente, Quijada enfatiza: «[E]l gobierno no había especulado [aún] con la cuestión comunista» y, retrocediendo un poco en el tiempo, agrega: «[E]n el 61 el gobierno de Betancourt no era un gobierno consolidado. Betancourt se consolida con su anticomunismo después de estos movimientos». Luego afirma: «Betancourt maniobró muy hábilmente. Decía que ese era un movimiento eminentemente comunista y entonces todo el mundo se paró». En buena medida, Quijada responsabilizaba de ello a la forma como la izquierda pretendió monopolizar la lucha insurreccional, atribuyéndose, a fin de cuentas, su sola autoría. Pero el testimoniante iría más allá. A la hora de hacer un balance de las posibilidades reales con las cuales contaba Betancourt en el poder y, especialmente, sobre cómo su prédica anticomunista, tras los fracasos de Carúpano y Puerto Cabello, terminaría dándole un segundo aire, Quijada concluye señalando lo siguiente:

> [Y]o sí creo que el gobierno de Betancourt pudo haber caído. Y había ambiente para hacerlo. Sin embargo, el conjunto de errores trajo como consecuencia que terminara fortaleciéndose. Ya después de los fracasos de Carúpano y Puerto Cabello hay una alineación de fuerzas. Y ahí Betancourt depura: divide al país en dos, comunismo y anticomunismo, y sale fortalecido, que era lo que él andaba buscando[41].

¿CON QUIÉN ESTÁ LA PATRIA?

Valiéndose justamente de la importancia que el lenguaje suele cobrar en la política, Betancourt hará uso de otro efectivo recurso a

40 Blanco Muñoz, 1981(a): 9.
41 Entrevista con Manuel Quijada. En ibíd., 18, 27, 43.

la hora de calificar tales conspiraciones como producto de acciones «antivenezolanas» y «extranjerizantes». Eso sin duda tendrá un peso emocional de primer rango, tal como había ocurrido antes cuando se registraron los intentos insurreccionales motorizados por aquellos sectores añorantes de recuperar el poder desde 1959 y a raíz de lo cual había resultado más o menos fácil descubrir que la base príncipe de sus operaciones se hallaba en la República Dominicana del Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo o en la Madrid del otro Generalísimo –Francisco Franco–, donde también anidaban algunos «desplazados del 23 de Enero». Vinculando así toda oposición violenta a una intervención foránea en los asuntos venezolanos, sobre todo ya en su versión castrista, el gobierno contribuirá a legitimar aún más el rol de las Fuerzas Armadas en el mantenimiento de la estabilidad democrática. Para Betancourt, a la hora de dirigirse a los militares, la idea de que toda insurrección obedecía a un movimiento patrocinado desde afuera (especialmente por el «castro-comunismo» acerca del cual tanto hablaría) lleva a suponer que, frente a su propia «revolución democrática», no existía tal cosa como una revolución venezolana de izquierda, sino una guerra contra Venezuela.

Así, aunque sus protagonistas fuesen oficiales venezolanos, la repetición de esa amenaza a través de los pronunciamientos públicos del presidente –una amenaza ya no solo comunista sino cuyos protagonistas fungían (a su juicio) como instrumentos dirigidos desde Cuba y la Unión Soviética– demuestra que, en este punto, volvería a imponerse la astucia política de Betancourt. A partir de entonces, y aun cuando muchos otros factores pudieron haber incidido en que los cuarteles se vieran aquietados, la construcción discursiva en torno a una amenaza comunista y, sobre todo, venida de afuera, figura en un lugar principalísimo: a fin de cuentas, como lo sostiene Caballero, Betancourt tocaba una tecla muy sensible al dirigirse a las Fuerzas Armadas y afianzarse ante semejante amenaza[42].

42 Caballero, 2008: 318.

Quizá porque, en el plano externo, Betancourt sí afrontaba una doble y clara confrontación ideológica (por un parte, con Cuba y, por la otra –hasta 1961– con la tiranía de Rafael Leónidas Trujillo), esto pudo contribuir a que el gobierno intentara minar cualquier disidencia dentro de las Fuerzas Armadas sobre la base del siguiente dilema: o respondían a la central soviética, a través de la estafeta cubana, o representaban a los resentidos y desplazados de la jerarquía militar luego del 23 de Enero, quienes tenían su centro de acción en la isla gobernada por Trujillo. Además, en el caso de Trujillo, su actividad conspirativa e injerencista había quedado claramente de manifiesto en distintas instancias, incluyendo el frustrado magnicidio del 24 de junio de 1960. Bajo tal premisa fue que el régimen de Betancourt pudo desmantelar de manera efectiva ante la opinión pública la asonada liderada por Castro León en 1960 o la ocurrida en el cuartel Pedro María Freites de Barcelona, situándolas dentro de la órbita del «trujillismo», mientras que otro tanto haría con el conato del Guairazo, o los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello en 1962 (y en los cuales el MIR y el PCV tuvieron una destacada actuación), ubicándolos dentro de la órbita del «castrismo». Para Betancourt no había, ni podía haber, golpes de naturaleza endógena.

En esta tarea de calificar y poner adjetivos, la campaña de Betancourt será tan efectiva que llegó al punto de remachar que el PCV actuaba solamente en obediencia mecánica a las directrices de Moscú. Esto, por supuesto, estaba muy lejos de ser verdad. Guillermo García Ponce, a través de un valioso testimonio, ha puesto de relieve lo que significó el grado de autonomía con que el PCV actuó frente a sus aliados moscovitas y cubanos. Como parte de la entrevista que sostuviera con Agustín Blanco Muñoz, el jefe máximo del aparato militar del PCV fue preciso al señalar lo siguiente:

> En esa época, en todo ese período, el PCV tenía una dirección que hacía respetar su condición de tal, que no era una dirección subordinada a ningún partido extranjero. Nosotros sabíamos que los compañeros soviéticos

tenían una opinión y que nosotros teníamos otra. De tal manera que nosotros no estábamos pendientes de lo que dijeran los soviéticos para elaborar nuestra política. Nosotros marchamos junto con los cubanos y el día que nosotros decidimos que teníamos que cambiar la política, la cambiábamos sin tener que consultar ni a los cubanos ni a los soviéticos. Esa política de independencia le [daba] una gran seguridad al partido y creaba en el partido una atmósfera distinta, positiva[43].

Al mismo tiempo, la apropiación de cierta retórica nacionalista por parte de ambos bandos es otro elemento que llama la atención a la hora de analizar el contexto que caracterizó la década de los sesenta. ¿Cuál de ambos pretendía ser más «patriótico», los que acusaban a Betancourt de haberse colocado supuestamente al servicio del Departamento de Estado, o el Betancourt que acusaba a sus adversarios de actuar como supuestos instrumentos del imperialismo extracontinental? Visto con cuidado, este recurso según el cual el «otro» actuaba como «apátrida» e instrumento de designios imperiales fue utilizado con igual fuerza por ambos adversarios.

Frente a las acusaciones contra Betancourt, calificado desde la izquierda como «entreguista», las de AD correrán exactamente en sentido, contrario, como lo demuestra un editorial del semanario del partido para el cual el enemigo era la izquierda «extranjerizante», cuyo propósito no era otro que «convertir a Venezuela en una colonia más del imperialismo chino-soviético»[44]. La misma nota hablaría más adelante acerca de «una lucha sin cuartel que no hemos propiciado» y, por si acaso no fuera suficiente, de una «guerra fríamente calculada en las

43 Entrevista con Guillermo García Ponce. Blanco Muñoz, 1980: 386.
Otro opinante cuyo parecer es muy valioso a este respecto es Pedro Ortega Díaz, quien llegó a sostener lo siguiente: «[E]l PCUS [Partido Comunista de la Unión Soviética] estaba en contra del proceso que estábamos viviendo. [...] Y ese es el ejemplo que yo siempre pongo cuando nos dicen que aquí nosotros seguimos los lineamientos de Moscú. [...] Aquí se aprobó la lucha armada por nuestra cuenta y riesgo [y] la suspendimos por nuestra propia cuenta y riesgo». Entrevista con Pedro Ortega Díaz. Ibíd., 75-76.
44 *AD*, n.º 2.03 12/05/62: 3.

oficinas del Kremlin y del desgobierno habanero»[45]. En este sentido, en medio de la guerra de palabras, mientras todos los alzamientos del 62 invocaban con mayor o menor grado de vaguedad un programa sustentado sobre líneas «populares» y «nacionalistas», Betancourt hablará por su parte de la «patria» como «un mito superior al de las ideologías internacionalizantes [*sic*] que pretenden destruir las bases mismas de nuestra nación autónoma y soberana y convertirnos en simples satélites del eje Chino-Soviético», agregando sin tropiezos que los rebeldes de Carúpano y Puerto Cabello eran «miembros de los partidos extremistas» que pretendían convertir a Venezuela en un simple satélite de ese eje[46].

¿CUÁNTO DE VERAS A LA IZQUIERDA?

Ahora bien, frente al discurso en torno a la «amenaza comunista» cabría formular la siguiente pregunta: ¿puede sostenerse de veras que las acciones del 62 respondían a una inspiración netamente «revolucionaria»? Tal cosa no parece percibirse con suficiente claridad ni siquiera en el caso de la insurrección que tuvo lugar en el cuartel Antonio José de Sucre de Carúpano, donde el trabajo militar y político del PCV y el MIR fue sin duda intenso a la hora de buscar contactos que estimularan el alzamiento. Tal es, por ejemplo, el parecer del historiador Juan Bautista Fuenmayor cuando glosa y comenta parte de la entrevista que el jefe de esa revuelta, el capitán Jesús Molina Villegas, le ofreció años después al periodista Blanco Muñoz: «De todos los párrafos [de esta entrevista] parece deducirse claramente que ese alzamiento no era en realidad de carácter comunista, pues su mismo nombre indicaba que era de 'Recuperación Democrático-burguesa', y no estaba destinado a instaurar un gobierno de marxistas-leninistas, al menos en forma mayoritaria»[47]. Ade-

45 Ibídem.
46 «Los intentos de Carúpano y Puerto Cabello fracasaron porque faltó el apoyo del pueblo, dijo Betancourt». [Diario sin especificar], 02/07/62. ASGS.
47 Fuenmayor, 1988, XIV: 194.

más, Fuenmayor tampoco figura entre quienes le dan crédito a la idea de que muchos oficiales venezolanos se vieran tocados por ideas marxistas o, dicho en otras palabras, que la labor de captación por parte de la izquierda fuera realmente efectiva o que, en el mejor de los casos, existiera una suficiente capacitación ideológica entre las filas castrenses. Antes bien, Fuenmayor sostiene que muchos oficiales se inhibieron de participar en las conspiraciones alentadas por el PCV y el MIR, rehenes como eran «de prejuicios anticomunistas sembrados desde mucho tiempo antes»[48]. De paso, frente a todo esto, el historiador agrega algo que resulta lógico inferir luego de concluido, en un pasado muy reciente, el decenio militar: «La mayor parte de los oficiales, en aquel entonces, era de mentalidad regresiva, aleccionada por Pérez Jiménez»[49].

La opinión del propio García Ponce acude por lo oportuna cuando, en el contexto de discutirse en la Cámara de Diputados los alcances e implicaciones de la asonada carupanera, este expresara lo siguiente al referirse al «Programa del 4 de mayo» suscrito por sus protagonistas:

> *El programa levantado por los oficiales del 4 de mayo no es evidentemente un programa comunista*, no es evidentemente un programa que se identifica en todo con los lineamientos y planteamientos formulados por nuestra organización política. *El programa del 4 de mayo es un programa amplio, nacionalista y patriótico* [...] Nosotros, aun cuando no compartimos todos y cada uno de los aspectos de este programa, queremos expresar nuestra adhesión total a su conjunto. [...]
>
> *El grupo de oficiales del 4 de mayo no es fidelista*, no se proponía establecer en nuestro país un gobierno fidelista. En su mismo pronunciamiento declararon que se someten a las decisiones del Congreso Nacional. Nosotros queremos expresar que, en este aspecto, también nuestro partido acompaña a los oficiales del 4 de mayo. *Tampoco nuestro partido ha declarado que su intención es implantar en nuestro país un gobierno que sea copia fiel y exacta del Gobierno de Fidel Castro en Cuba.* Consideramos que nuestro país atraviesa una etapa distinta [...] y lo que conviene [...] es un gobierno amplio [...], cuya esencia sea [...] el desarrollo de una línea independiente, tanto en la política exterior como en la reconstrucción económica de Venezuela[50].

48 Ibíd., 93.

49 Ibíd., 60-61.

La situación se ve igualmente a merced de la duda en el caso de la rebelión que se registró cinco semanas después en Puerto Cabello. Si le seguimos la pista a los testimonios ofrecidos por sus protagonistas, habremos de topar con dos actores de igual peso –uno militar y otro civil– cuyas visiones difieren a tal punto que el hecho no puede menos que llamar poderosamente la atención. El primero es Víctor Hugo Morales, quien formó parte de la terna jerárquica del Porteñazo y que, por ello mismo, asumió un papel clave durante el desarrollo de la asonada. Al ser interrogado por Blanco Muñoz sobre si la insurrección de Puerto Cabello se vio influida por ideas cercanas al comunismo, este responde: «Sí era un movimiento que iba hacia el socialismo, porque si no, ¿para qué íbamos a insurgir contra Betancourt?»[51].

Pero, por otra parte, como queda dicho, corre el parecer de un civil –en este caso, de Manuel Quijada–, quien cree abusiva la apropiación que la izquierda hizo del Porteñazo. Vale la pena citar en este caso la forma como Manuel Caballero utiliza su testimonio al tocar el punto: «[Quijada] considera [...] que se trató de un golpe heterogéneo, [...] donde la derecha tenía la fuerza determinante, incluso en el directorio que se formó para dirigir la insurrección y, dado el caso, gobernar»[52]. A la hora de darle mayor precisión a las palabras del propio Quijada, volvamos a lo que este agrega directamente en la entrevista con Blanco Muñoz: «Había [...] un directorio de dieciocho personas cuando

50 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 9 de mayo de 1962, n.º 22: 775. Énfasis agregado.

51 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 206.

52 Caballero, 2008: 309.

el Porteñazo, en el cual la mayoría era de derecha. [...] [Te] repito, el esquema que se plantea es el de un movimiento de derecha»[53].

De hecho, Quijada va más allá y cuestiona el rol protagónico que el PCV quiso arrogarse en ambas asonadas, negándoles de esa forma toda posibilidad de liderazgo a los restantes grupos que cooperaban en la misma coyuntura:

> Los comunistas [...] intentaron hacer un movimiento eminentemente puro, y eso no era posible, era muy difícil» [...] [El] Partido Comunista [...] siempre quiso cogerse esos movimientos. Y prácticamente el responsable de esos fracasos ha sido el Partido Comunista por su precipitación y deseo de ser sus líderes los únicos y descartar cualquiera que no fuese de ellos[54].

Su crítica a la forma como los partidos de izquierda, especialmente el PCV, pretendieron capitalizar aquellos movimientos continúa de esta manera:

> Y una de esas cosas era que el Partido Comunista quería el gobierno para sí, no quería un gobierno de amplitud. Y tanto es así que el Carupanazo se produce apartando a muchos de nosotros, quienes estábamos metidos en una conspiración mucho más amplia. Ellos tenían un enfoque errado en cuanto a las consecuencias que iba a tener un movimiento militar cualquiera que fuera. Ellos subestimaron la importancia que podían tener otros grupos. [...] Y luego el Partido Comunista salió diciendo en el Congreso que ellos habían dirigido el movimiento [del Porteñazo]. Y eso era falso, completamente falso[55].

Existe otro testigo de la época que coincide ampliamente con estas apreciaciones de Quijada, solo que partiendo de una esquina distinta puesto que, como militar, venía de estar vinculado a los sectores de izquierda desde el fin de la dictadura de Pérez Jiménez. Nos referimos a Carlos Fermín Castillo, quien participaría en los sucesos del Porteñazo como el teniente de fragata de mayor antigüedad en esa base naval. Según su testimonio, él y su núcleo conspirativo terminaron articulándose con otros grupos de distintas orientaciones apenas en la antevíspera de la insurrección. En conversaciones para este libro, Fermín señala lo siguiente:

> En mi caso concreto, yo estaba ligado al sector de Simón Sáez Mérida dentro de las Fuerzas Armadas. [...] Trabajamos en conjunto con los que eran fichas del PCV. [...] Luego confluimos con otros grupos que al mismo tiempo estaban conspirando, donde estaban Manuel Quijada, Manuel Ponte Rodríguez, Pedro Medina Silva, y que actuaban aparte de nosotros. Yo vine a saber que Ponte Rodríguez estaba en eso el 1 de junio en la noche; a Manuel Quijada lo vine a conocer el propio 1 de junio en la noche[56].

Volviendo de nuevo al testimonio de Manuel Quijada, este figura entre quienes estiman que todo el empeño insurreccional del 62 debió cristalizar en un movimiento «nacionalista» y «progresista» y, si bien no «anticomunista», tampoco uno que llegara a imponerse como «movimiento marxista»[57]. Los primeros en simpatizar con que ello fuera así, o sea, que se tratara de una rebelión «nacionalista» y «progresista», eran muchos de los propios militares que se hallaban dispuestos a alzarse contra el gobierno de Betancourt pero a quienes, al mismo tiempo, les era difícil digerir la gramática de un movimiento de orientación comunista. La radiografía que ofrece Quijada sobre este punto es reveladora. Por una parte, le dice a Blanco Muñoz:

> [Te] advierto, la situación era tal en aquel momento que no recuerdo un caso en que se hablara con un militar, que hubieses conocido previamen-

53 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 30-31.32.
54 Ibíd., 19, 30.
55 Ibíd., 28, 31.

56 Entrevista con Carlos Fermín Castillo. Caracas, 30 de julio de 2013.
57 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 30-31.

te, y no se convenciera de entrar en un movimiento de estos, siempre y cuando no fuese un movimiento comunista, marxista, porque así no te ganabas a nadie[58].

Por la otra, cuestionando la forma como la izquierda se ufanaba de controlar un número nada despreciable de militares, observa: «Allí es donde está el fracaso y de donde viene la debacle. Ellos creyeron contar con unas fuerzas que en realidad no tenían. En la Marina, los dedos de la mano derecha sobran para contar los cuadros de ellos. Igual en el Ejército. En la Guardia Nacional había dos»[59].

La sinceridad con que a este respecto se expresa Quijada contrasta con la forma como tanto el Betancourt que atizó el miedo a la asonada comunista como la propia izquierda, que se hizo cargo de mistificar su participación en las dos rebeliones del 62, contribuyeron a edificar aquella tradición de «golpes de derecha *versus* golpes de izquierda» acerca de lo cual se ha venido comentando[60]. Todo esto le daría mucha razón a Manuel Caballero cuando sostiene que si algo privó, más en el caso de Puerto Cabello que en el de Carúpano, fue una suerte de minestrón ideológico. Pero también concluye señalando que si algo había emparentado a ambas insurrecciones entre sí fue la enorme impaciencia que sus promotores tuvieron por alzarse[61]. Acerca de este factor, que Caballero define como «impaciencia», el dirigente político y también actor y testigo de la coyuntura, Teodoro Petkoff, hizo un análisis que resulta muy revelador al referirse específicamente al PCV:

58 Ibíd., 33.

59 Ibíd., 49.

60 Otro testigo de la época, cuyo parecer contribuye a darle sustancia a esta esquematización, es Pedro Ortega Díaz, a juicio de quien «[n]osotros fuimos antigolpistas, es cierto, pero de golpes de contenido reaccionario que querían tumbar a Larrazábal [en 1958] [...] Ahora, después nosotros entramos en la época insurreccional y allí sí establecimos contacto con militares pero para dar golpes progresistas. Para realizar acciones militares que ayudaran al pueblo a derrocar a Betancourt y a establecer un gobierno popular». Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 52-53.

61 Caballero, 2008: 309.

Yo no creo que el partido se paseó con responsabilidad, con seriedad por el análisis de la época, por extraer conclusiones, por un manejo orgánico, de los pies a la cabeza, de la situación. [...] El clima de que la victoria era inminente, de que el gobierno estaba debilitado de tal modo que bastaba un pequeño esfuerzo, que bastaba que se alzara una alcabala. [...] La concepción de que aquello era un gobiernito que no resistía [...] tendía a distorsionar la visión de la dirección [del partido]. Era obvio, tendían a tener una visión un poco delirante de las cosas[62].

LO QUE DICEN LOS PAPELES

Ante la abundancia de opiniones, muchas veces contradictorias entre sí, cabría insistir si en el caso específico de la rebelión de Carúpano, comúnmente tildada como de inspiración «marxista», podría hablarse realmente de un proyecto caracterizado por su radicalismo ideológico. Existe, en este sentido, un testimonio que vale la pena citar por su proximidad a los hechos. Se trata de una breve declaración ofrecida por el entonces mayor de la Guardia Nacional, Pedro Vegas Castejón, segundo jefe de la insurrección de Carúpano y ficha militar del PCV. Precisamente porque el mayor llegó a entregarse por separado a las fuerzas leales al gobierno, esta circunstancia le permitió mantener un fugaz contacto con los reporteros y expresarse públicamente sobre las intenciones del movimiento[63]. En este caso, al preguntársele si la asonada era un movimiento de inspiración comunista, Vegas Castejón contestó lo siguiente: «Fue un movimiento nacionalista, sin ninguna ideología política extranjera». Inquirido nuevamente acerca de qué tipo de nacionalismo propugna-

62 Entrevista con Teodoro Petkoff. Blanco Muñoz, 1980: 204, 210.

63 El único oficial que, aparte de Vegas Castejón, llegó a ser brevemente abordado por los periodistas inmediatamente luego de ocurrir la derrota de La Asonada fue el jefe máximo del movimiento, Jesús Molina Villegas; sin embargo, otros dos militares rebeldes –Héctor Fleming Mendoza y Omar Echeverría– rindieron escuetas declaraciones a la prensa mientras eran trasladados, días más tarde, de Maturín a Ciudad Bolívar. *El Nacional*, 09/05/62: 32.

ban, se limitó a señalar: «Esa respuesta está contenida en el espíritu de la proclama numerosas veces leída por Radio Carúpano»[64].

Aparte de ese «Manifiesto» o proclama inicial del autodenominado «Movimiento de Recuperación Democrática» al que alude Vegas Castejón, y que fuera trasmitido por Radio Carúpano una vez que la emisora cayera en poder de las fuerzas rebeldes, existe un comunicado difundido el mismo día del alzamiento, firmado por quienes constituían el «comando» de la insurrección, reproducido en su totalidad por el vespertino *El Mundo*. Ambos documentos permiten apreciar que lo más sobresaliente de sus párrafos son acusaciones vagas y generales dirigidas contra Betancourt o contra el supuesto «sectarismo» de su gobierno; pero, al mismo tiempo, si algo está ausente de estos textos es un lenguaje de extracción marxista. Veamos algunos ejemplos tomados del segundo de ellos: «El Gobierno de Rómulo Betancourt se ha colocado al margen de los principios»; «estos principios han sido pisoteados, se ha usurpado el régimen democrático y los problemas del país han sido agravados por este Gobierno»; «[el gobierno de Betancourt ha puesto] en práctica un ventajismo irritante y una represión contra el pueblo cada vez más agresiva y brutal»; «Contra estas desviaciones y esos vicios hemos insurgido porque sabemos que no habrá continuidad constitucional mientras este régimen sectario e ineficaz, brutal por demás, perdure»; «El llamamiento del Gobierno al pueblo quedará en el vacío porque el Gobierno le ha negado su respaldo a ese pueblo y porque la gestión del Gobierno ha estado contra él y sus más sentidos intereses»[65].

Tal vez con excepción del último pasaje, donde se le da cabida al concepto de «pueblo», este comunicado pudo haber sido suscrito indistintamente por los sectores que, desde la izquierda o la derecha, se oponían a Betancourt. La vaguedad y amplitud de sus enunciados así permite sostenerlo. Nada ofrece en ellos la posibilidad de ver alguna traza propia del léxico marxista ni expresiones típicas de los llamados

64 *El Nacional*, 07/05/62: 23.

65 *El Mundo*, 04/05/62. ASGS.

(por sus oponentes) «bolcheviques» criollos. Por su parte, el «Manifiesto de Carúpano» contiene frases que también podrían verse sometidas al rigor del mismo análisis. Veamos algunos ejemplos: «[Asumimos] una actitud responsable ante la trágica situación que vive el país, depauperado, dividido y desangrado por los desmanes de grupos minoritarios»; «Otra vez Venezuela vive bajo el terror de Betancourt la vieja división de los venezolanos en dos sectores: los que tienen todas las garantías y los que no las poseen, la de perseguidos y perseguidores, la de presos y de carceleros»; «La crisis económica, el despilfarro de los dineros públicos, la hipoteca irresponsable [...] han conducido al país a la peor situación de su historia»; «El Congreso Nacional es burlado en sus decisiones fundamentales»; «Nuestro movimiento tiene entre sus finalidades esenciales la de restaurar la vigencia plena del sistema democrático [...] para que, dentro de ese marco de verdaderas libertades democráticas, pueda el país reconstruir su economía, dar empleo a los cientos de miles de desempleados, mejorar el nivel de ingreso de los venezolanos, realizar una verdadera Reforma Agraria y desarrollar nuestra economía teniendo como norte los supremos intereses nacionales»[66].

Varias cosas llaman la atención acerca de estos fragmentos. En primer lugar, lo que se refiere al hecho de que el Congreso Nacional se viera burlado «en sus decisiones fundamentales». En este punto vendría al caso comentar lo siguiente: en marzo de ese mismo año 62, cuando el gobierno perdió por primera vez su condición mayoritaria en la Cámara de Diputados, la propia izquierda estaba convencida de que Betancourt trataría de impedir a toda costa la instalación de la nueva Cámara; y tanto se preparó para la eventualidad de lo que sería –a su juicio– un asalto a la legitimidad del Congreso a la usanza del 24 de enero de 1848 que en los corrillos de la izquierda se hablaba de una inminente revolución «marzista» (que no marxista[67]). Sin embargo, tal

66 *Últimas Noticias*, 05/05/62: 13; *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 9 de mayo de 1962, n.º 22: 773.

67 Fuenmayor, 1980, XIV: 18.

cosa no solo no ocurrió sino que la Cámara de Diputados se instaló tal cual estaba previsto; y lo hizo presidida, primero, por uno de los máximos líderes de la disidente AD-Oposición (mejor conocido como grupo ARS) y, más tarde, por Ignacio Arcaya, en representación del ya opositor partido Unión Republicana Democrática.

Lo segundo tiene que ver con lo que los autores del «Manifiesto» llamaran «la crisis económica». En este sentido, hay algo que los insurrectos no vieron o que tal vez no quisieron tener en cuenta: el hecho de que Betancourt hubiese tenido que comenzar gobernando, tres años antes de que ocurrieran los hechos de Carúpano, haciendo frente al profundo desorden administrativo dejado por el régimen de Marcos Pérez Jiménez. Por ello, contra sus profundas convicciones, el presidente debió empeñarse en llevar adelante una política de austeridad fiscal que, luego de pasar por el trapiche propagandístico de la izquierda, terminó siendo bautizada sencillamente como una política «antipopular».

Lo tercero acerca de lo cual conviene llamar la atención es lo referente a la «hipoteca irresponsable del país». Con ello los rebeldes seguramente aludían al hecho de que, por primera vez, los venezolanos se habían enterado de la existencia del Fondo Monetario Internacional; pero, como lo ha señalado Manuel Caballero, «Betancourt no se arredró, y prefirió afrontar ese riesgo antes que encontrarse con una caja vacía, lo cual no sólo le obligaría a emitir dinero inorgánico sino que daría al traste con sus planes de reforma económica y social»[68]. En cuarto lugar, figura el llamado a una «verdadera» reforma agraria, según lo reclamaban los insurgentes. Excepto que estuviesen hablando acerca de una colectivización revolucionaria de la tierra (y en tal caso, desde luego, la palabra ya no sería reforma), la Reforma Agraria integral, tal como venía implementándola el propio Betancourt desde marzo de 1960, representaba el tipo de política de la cual casi nunca pueden percibirse sus resultados en un plazo corto y ni siquiera mediano[69].

68 Caballero, 2008: 326.

69 Ibíd., 329.

Por su parte, uno de los principales cuestionamientos que le formula Blanco Muñoz al Manifiesto de Carúpano es más áspero aún:

> Importa en este punto [...] el nivel ideo-político de los conductores de este movimiento. El [...] *Manifiesto* califica al alzamiento de «Movimiento de Liberación Nacional» destinado a restaurar la vigencia del sistema democrático y al lado de esto se plantea la reconstrucción de la economía. Aquí surgen las preguntas: ¿Qué es esto de reconstruir la economía? Y aún más: ¿un movimiento de liberación nacional para restaurar la vigencia de algo que legal y constitucionalmente está rigiendo?[70].

Pero Blanco Muñoz tiene en cuenta otros reparos que también vale la pena mencionar. Según lo observa, y si se toman en conjunto, los pronunciamientos y proclamas de Carúpano, por vagos y generales que sean, suelen referirse a la instauración de un gobierno que rehabilitara la Constitución, respetara los poderes judicial y legislativo y resolviera los problemas que aquejaban a las masas populares, consignas que –a su juicio– podían corresponder perfectamente con algunos momentos de la política liberal del siglo XIX[71].

Por nuestra parte cabría agregar algo más al hablar acerca del pensamiento del grupo de militares que lideró la insurrección de Carúpano. Como no podía faltar, está presente en este caso la idea de una insurrección encomendada al espíritu de Bolívar. Esa invocación redentora y providencial de El Libertador quedaría expresada en una carta pública dirigida por el capitán Jesús Molina Villegas desde el sitio de su cautiverio tras el fracaso de la rebelión:

> En ese 4 de mayo de 1962 se recogieron los votos de Bolívar cuando pedía en el Congreso de Angostura en el día de su instalación: «Un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que

70 Blanco Muñoz, 1994: 54.

71 Ibíd., 105.

encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz». [...] Por todo esto nos rebelamos en Carúpano[72].

Frente al lenguaje empleado por los insurrectos, tal vez tenga cabida la posibilidad de formular una lectura distinta: que los autores de aquellas proclamas y manifiestos, como los emitidos en Carúpano, se trazaran como táctica evitar, con el máximo cuidado posible, el empleo de un lenguaje capaz de alejarlos de circunstanciales aliados. De allí que manejarse dentro de tal prudencia implicara, entre otras cosas, invocar a Bolívar y no asumir la encendida retórica típica de cualquier pronunciamiento que pudiese calificar de izquierda. Se trata apenas de una mera conjetura; pero el hecho de vernos ante un cúmulo vago y general de cuestionamientos al *statu quo* como el que se desprende de ambos documentos conduce inevitablemente a tal suposición. En resumidas cuentas, lo más que revelan tales papeles es el empeño de confrontar a Betancourt y abogar por la conformación de un nuevo gobierno cuyo carácter, como lo ha hecho notar Blanco Muñoz, no llega a definirse en ningún momento[73].

Sin embargo, para el mismo Blanco Muñoz, quedan a la vista dos puntos adicionales que acusan una debilidad extrema a la hora de juzgar el contenido de los pronunciamientos librados por los rebeldes en Carúpano. Primero: el hecho de que los promotores de la asonada se autocalificaran como voceros de un movimiento de «Recuperación Democrática» hace suponer entonces que desde el 23 de enero, y hasta los primeros tiempos del gobierno de Betancourt, había existido algún tipo de democracia auténtica en el país[74]; segundo: si a través del Carupanazo y del llamado «Movimiento de Recuperación Democrática» se aspiraba a derrocar al gobierno para restablecer la «vigencia»

72 *Tribuna Popular*, 02/09/62, n.º 22: 11. Citado por Blanco Muñoz, ibídem.
73 Ibíd., 135.
74 Ibíd., 107.

de la Constitución y a fin de que se respetasen la vida y las libertades de los venezolanos, supuestamente desnaturalizadas por el régimen de AD, esto bien habría podido lograrse a través de un proceso electoral como el que estaba previsto para fines de 1963[75].

Visto así, el lenguaje empleado por los insurgentes, en este y otros capítulos de la dinámica golpista del año 62, pareciera remitir a lo que observara alguna vez Ramón Guillermo Aveledo al hablar del «nacionalismo militar» y señalar, en tal sentido, que los exponentes de este tipo de pensamiento tan influyente en Venezuela siempre han tendido a confundir categorías consideradas de izquierda y de derecha, emparentadas en su simplicidad romántica, su extremismo y, no pocas veces, en su sentido radical de la antipolítica[76]. Como lo advierte por su parte el politólogo Hernán Castillo, fue precisamente ese sector de las Fuerzas Armadas que se autodefinía (sin mayores detalles programáticos) como «nacionalista» y «progresista» el que se enfrentó con mayor agresividad y violencia al gobierno de Betancourt[77].

El historiador Juan Bautista Fuenmayor, crítico irreductible de la aventura guerrerista de los años sesenta, sentenciaría lo siguiente respecto a este mismo punto: «[E]l Presidente Betancourt se preparaba para hacer frente a la lucha armada que la izquierda había decretado para sacarlo del poder e instaurar un gobierno nuevo cuya composición jamás fue ni siquiera esbozada por los líderes de los partidos MIR y Comunista»[78]. Sin embargo, a juicio de Simón Saéz Mérida, quien fungió como uno de los principales artífices de la acción de Carúpano en el campo civil, ello no era así. De hecho, al referirse al nuevo gobierno que pretendía reemplazar al de Betancourt por el atajo de la insurrección, Sáez Mérida lo definiría de este modo: «Era un gabinete amplio, que llamarían hoy pluralista, con todo el espectro opo-

75 Ibídem.
76 Aveledo, 2007: 85.
77 Castillo, 1998: 260.
78 Fuenmayor, 1988, xrv: 163.

sicionista y con figuras independientes de mucho relieve nacional»[79]. Este detalle acerca de la amplitud que debía tener el tren gubernativo, aunado a la presencia de figuras «de mucho relieve nacional», hace que resulte difícil derivar de su testimonio algún indicio que confirme que aquel proyecto pretendiera verse regido por una logia de inspiración jacobina. Después de todo, aparte de la «amplitud» a la cual se refiere Sáez Mérida, ¿quiénes, en ese año 62, podían ser calificadas como «figuras de mucho relieve nacional?». No serían precisamente los capitanes de corbeta, los tenientes de fragata o los mayores de la Guardia Nacional que tuvieron a su cargo alzar la guarnición de Carúpano. Ni tampoco los jóvenes del MIR o los del aparato militar del PCV. Habría que pensar entonces en la posibilidad de que los candidatos llamados a integrar un hipotético gobierno «pos-Betancourt» fueran intelectuales o empresarios, lo que no necesariamente en un caso ni precisamente en el otro les confería la condición de verse a la izquierda del arco político.

Lo interesante es que, a pesar de la profesión de fe hecha por Sáez Mérida, quien insistiría en hablar del «pluralismo» que había inspirado al movimiento insurreccional de Carúpano, un marxista convencido como el historiador Juan Bautista Fuenmayor anota, entre la lista de errores atribuibles a todas aquellas asonadas promovidas por el PCV y el MIR, el hecho de que sus autores subestimaran el poder que habría podido cobrar un movimiento «anti-Betancourt» auténticamente caracterizado por su amplitud. Y así lo señala a la hora de criticar el carácter perjudicial que tuvo, a su juicio, el «purismo» de la juventud comprometida en la lucha insurreccional: «[E]l deseo de hacer un movimiento de elementos marxistas-leninistas puros condujo a la restricción indebida de unas acciones que debían tener solamente el carácter de lucha por la independencia nacional y el establecimiento de una democracia auténtica»[80].

79 Roo, 1982: 26.

80 Fuenmayor, 1988, XIV: 93.

Esta opinión de Fuenmayor deja por cierto al descubierto la postura cauta y «etapista», asociada a la vieja dirigencia del PCV, a juicio de la cual, en lugar de preparar y organizar pacientemente las acciones de masas en pos de objetivos revolucionarios a largo plazo, como lo habría recomendado el más apropiado análisis marxista-leninista, se optó más bien por el camino de un desviacionismo militarista y, por tanto, de un profundo y peligroso voluntarismo que terminó perjudicando lo que el propio Fuenmayor definiera como «el porvenir inmediato de la revolución venezolana»[81]. Por una suerte de extraña e involuntaria paradoja, el historiador vendría a coincidir en cierta forma con su némesis Betancourt. Si, para este, la acción emprendida por la izquierda era obra de quienes él calificaba, con su particular léxico, como los «termocéfalos», para Fuenmayor los hechos insurreccionales eran producto «del recalentamiento sufrido por algunas cabezas dirigentes del PCV y del MIR» víctimas, a su juicio, de «impaciencia pequeño burguesa». A fin de que no faltasen desmerecimientos en la lista, Fuenmayor agregaría los términos «improvisación», «espontaneísmo» (vocablo que él mismo admitía como necesario pero desagradable al oído castellano) e «infantilismo» para referirse así a quienes, en mala hora, habían escogido el camino de las armas[82].

MARXISTAS DE VERDE OLIVA

Existe, frente a lo que acaba de señalarse, otro asunto que no debiera verse alejado de estos comentarios, y es el grado de penetración efectiva que pudo tener la izquierda dentro de las filas militares. A la hora de evaluar la consistencia ideológica de los principales responsables de ambas insurrecciones ocurridas en 1962, las palabras de Omar Echeverría acuden en este punto como un testimonio revelador. Habiendo actuado con el grado de capitán durante la asonada de Carú-

81 Ibíd., 201.

82 Ibíd., 83.

pano, Echeverría pone de relieve lo que significó para él su precaria formación política a la hora de confeccionar la lista de desengaños que le produjo aquella experiencia insurreccional:

> ¿Dígame qué militar de nosotros había leído marxismo? Tal vez dos o tres que venían de la Juventud Comunista. ¿Qué había leído yo? A [Georges] Politzer. Pero ninguno de nosotros tenía una formación marxista. No podíamos entonces pensar en llevar los principios del marxismo a la actuación política. No había ningún líder militar que tuviera esa capacidad[83].

Si no bastara con este testimonio podríamos citar también el caso de los dos jefes que comandaron las asonadas de Carúpano y Puerto Cabello: el capitán de corbeta Jesús Molina Villegas y el capitán de navío Manuel Ponte Rodríguez, respectivamente. Ante la grabadora de Blanco Muñoz, el capitán Molina habría de referirse también a la limitada formación política que lo había caracterizado hasta esa fecha. Y lo hizo en estos términos: «No soy aficionado a lecturas [*sic*] [...] [E]n mi caso particular, si yo te digo que cuando me rebelo el 4 de mayo en Carúpano, tenía claridad ideológica, te estaría mintiendo. Sí tenía mis inquietudes *patrióticas, nacionalistas,* pero con ideas muy generales acerca de las corrientes políticas actuales»[84]. Por otra parte, al hablar acerca de Ponte Rodríguez contamos a este respecto con el testimonio del propio Molina, quien, como él mismo confiesa, se sentía ligado por sentimientos de honda amistad y cercanía con el máximo jefe de la insurrección de Puerto Cabello. Veamos: «[E]n el caso de mi hermano y compadre, el capitán Ponte Rodríguez, no había [tampoco] esa claridad política e ideológica. Él no leía [*sic*], él era un hombre burgués por ancestro, era descendiente del Libertador. Un *patriota,* indudablemente»[85]. Como puede verse, estamos en presencia de dos de los cerebros militares de la

83 Entrevista con Omar Echeverría. En Blanco Muñoz, 1981(a): 162.
84 Entrevista con J.T. Molina Villegas. En ibíd., 102, 107. Énfasis agregado.
85 Ibíd., 110. Énfasis agregado.

insurgencia, uno de los cuales hablaba a la vez en nombre de ambos, permitiéndose calificar su actitud como de «patriota» y «nacionalista». Sin embargo, por propia confesión de Molina, ninguno de los dos leía, lo cual lleva a dudar seriamente del alcance que en ellos pudo llegar a tener la catequesis marxista.

Otra opinión confiable sobre este punto es la del dirigente pecevista Pedro Ortega Díaz, quien al referirse a la terna jerárquica del Porteñazo –el propio Manuel Ponte Rodríguez, Pedro Medina Silva y Víctor Hugo Morales– dice lo siguiente acerca de dos de los tres militares mencionados: «Y allí participaron gente muy valiosa, muy honorable, incluso que no eran comunistas [*sic*]. Ponte Rodríguez no era comunista, Medina Silva tampoco. Era amigo nuestro pero nunca fue comunista»[86].

Para un oficial como Molina Villegas, quien creía en las «asonadas progresistas», el problema había pasado por una apreciación equivocada de lo que a su juicio, y coincidiendo en cierta forma con Fuenmayor, debió haber sido más bien un movimiento amplio y capaz, por ello mismo, de confrontar al gobierno de Betancourt. Estas son sus palabras en lo tocante al MIR y la visión que tuvieron los militantes de esa nueva formación política al plantarse frente a la realidad:

> Viene entonces el problema ideológico en Acción Democrática, la fundación del MIR, y yo me alineo con esa fuerza concretamente porque me pareció un experimento muy saludable para Venezuela. Desgraciadamente ya conocemos todos los errores: aquello de declararse, en forma extemporánea y prematura, marxista-leninista en lugar de hacer una política que sirviera para dejar ver la calidad del gobierno adeco. Y el MIR toma un camino equivocado. El MIR estaba llamado a sustituir a Acción Democrática en el ámbito político venezolano, en forma *nacionalista y patriótica.* Pero ellos no entendieron eso[87].

86 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 55.
87 Entrevista con J.T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a):106. Énfasis agregado.

Acerca de este mismo problema, que podría definirse como de falta de claridad ante las condiciones planteadas por la coyuntura, llegó a opinar también otro de los partícipes del Carupanazo, el ya citado capitán Omar Echeverría. Desde su más franco y rotundo parecer,

> [las] insurrecciones de Carúpano y Puerto Cabello [fueron] inspiradas por los comunistas. Y precisamente el error estuvo en que nosotros pensamos que por estar dotados del pensamiento dialéctico, interpretarían adecuadamente las condiciones objetivas y subjetivas. Pero no fue así... Y ese fue el gran error y por ello van a embarcar a brillantes oficiales jóvenes. Y los embarcaron en esos dos movimientos. La filosofía la daban ellos, y si la filosofía estaba equivocada, ¿qué esperar de la táctica? Una táctica superequivocada. De ese modo nos convirtieron en aventureros ante el pueblo venezolano. Duélale a quien le duela, fuimos unos aventureros[88].

Incluso, a la hora de las confesiones más sinceras, Guillermo García Ponce, quien no solo fue uno de los promotores más visibles de aquella guerra librada durante la década de los sesenta, sino que se empeñó en darles un tono de insurrección popular-militar a las asonadas promovidas por el PCV y el MIR, reconocería a la vuelta de los años que se había incurrido en desviaciones propias del militarismo. Calificándolas entonces como acciones «putchistas» dirá, en este sentido, lo siguiente: «Yo creo que todos estos intentos demostraban que éramos golpistas, o que por lo menos estábamos muy cerca de eso»[89].

Además, como ya lo precisara antes el testimonio de Manuel Quijada, estaba de por medio la falta de comprensión del PCV hacia otros cuadros que también compartían el ímpetu conspirativo pero que no eran bien vistos porque no calificaban de marxistas-leninistas. Ese «sectarismo», como llegó a observarlo por su parte el capitán Molina Villegas, era profesado incluso por aquellos miembros de las FF. AA. que

88 Entrevista con Omar Echeverría. En ibíd., 153.

89 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 371.

actuaban como fichas, tanto del PCV como del MIR. Aludiendo en este sentido al capitán Víctor Hugo Morales, otro activísimo protagonista de la insurrección de los sesenta, Molina sintetiza su parecer así:

> Víctor Hugo Morales [...] no quería el aporte sino de la gente pura. Y llegó al extremo de no actuar por no contar con gente ideológicamente pura. Es más [a su juicio], la gente tenía que ser del PCV. [...] [Él] pensaba que la revolución tenía que ser eminentemente pura, marxista-leninista. Es decir, no se concebía que otros oficiales, de otra posición, llamémosla democrática o no, estuvieran participando en ella. Y ese sectarismo de que tenía que ser un golpe dirigido y patrocinado por el PCV es algo que perjudic[ó] notablemente[90].

Al parecer, sin embargo, no se trataba solo de separar el agua del barro o, dicho de otra forma, a los revolucionarios auténticos de aquellos que no lo eran. También se planteaba cierta desconfianza entre los propios partidos revolucionarios, que hizo que se tradujera en un serio problema de incomunicación entre los militares que respondían a cada una de aquellas dos organizaciones. Así lo reconoce el mayor Héctor Vargas Medina quien, en un primer tiempo de actividad conspirativa, se declaró cercano al PCV[91]. A su juicio, gracias a los antagonismos que fueron creándose entre los dos partidos políticos, los oficiales con que contaban el MIR y el PCV muchas veces no llegaban a tener contacto entre sí[92]. Es por ello que se permite observar que la falta de coordinación entre los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello pudo deberse, en alguna medida, a esas diferencias entre ambas organizaciones: mientras Víctor Hugo Morales, como responsable de la rebelión de Puerto Cabello, trabajaba de manera cercana al PCV, Jesús Molina Villegas, como jefe de Carúpano, lo hacía para el MIR[93].

90 Entrevista con J. T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 117-118.

91 Entrevista con Héctor Vargas Medina. En ibíd., 223.

92 Ibíd., 294.

93 Ibíd., 299.

El mismo Molina ha reconocido que la absurda situación planteada entre ambas parcelas políticas llevó a que la opción insurgente compartida con los militares se frustrara en cierta forma por obra de celos y rivalidades. Así, por ejemplo, a la hora de ofrecer un retrato acerca de aquella competencia que se fue gestando entre los dos partidos que pretendían dirigir la lucha, el capitán fue claro al decir lo siguiente: «Esa cuestión [...] era [...] tan incoherente que se llegan a dar casos de deslealtad increíbles: había gente del PCV que quería captar a los oficiales simpatizantes del MIR y los del MIR querían captar a los simpatizantes del PCV»[94].

EMOCIÓN Y ESPONTANEÍSMO

Mucho del sectarismo ideológico, o de las ambivalencias e indefiniciones que hallaron cabida bajo la genérica definición «de acción militar progresista» podría explicar también que la insurrección, más que resultado de un proceso frío y analítico, derivara de manera emotiva y espontánea de las circunstancias planteadas y que, en tal sentido, fuese más bien el inmediatismo y el sentido de aventura lo que le confiriera su cariz más definido al cuadro de conspiraciones que se puso en pie durante el año 62. A este respecto, y como factor que explica en buena medida el surgimiento de la tesis insurreccional, no puede dejar de tomarse en cuenta lo que significó, para ciertos sectores de la izquierda, el afán por recuperar el «tiempo perdido». Tal cosa partía de suponer que, desde 1958 y dentro de un cuadro de permanente agitación callejera, se había dejado perder la oportunidad de alcanzar el poder mediante la acción de masas. Y la forma de conjurar ese «tiempo perdido» implicaba, por tanto, establecer contactos con el mundo militar y darle curso a la tesis insurgente, aun cuando esto planteara discrepancias insalvables, por lo menos en el seno del PCV, donde figu-

94 Entrevista con J.T. Molina Villegas. En ibíd., 117.

ras como Gustavo Machado, Jesús Faría y Pedro Ortega Díaz desaprobaron desde un principio la línea armada y la idea de tomar contacto con los cuarteles.

También ayuda –y mucho– entender este problema en la forma como llegó a expresarlo el capitán Molina Villegas, jefe máximo de la conspiración de Carúpano, en conversación con Agustín Blanco Muñoz: «Tampoco te voy a decir que aquello lo hicimos por romanticismo, ni por un arranque. No fue nada repentino sino pensado, meditado, *aunque no tan madurado*»[95].

Con todo, cabe suponer también que se trató de un diseño insurreccional en el cual tuvo parte importante el hecho de que, hasta ese punto, la izquierda solo había llevado la procesión por dentro, lo cual se explica puesto que los choques, cada vez más frontales y violentos, que venían ocurriendo entre el gobierno y la izquierda desde 1959, presagiaban la posibilidad de que en algún momento se diera ese viraje hacia la confrontación armada[96]. Tal cosa llevaría a ver la experiencia insurgente como una onda emocional, es decir, como un fenómeno que respondía al grado de ebullición que terminó cobrando la política durante aquellos años iniciales del régimen de Betancourt, llevando a que tanto el PCV como el MIR viviesen la experiencia de las asonadas militares.

Lo que termina dándole crédito a esta idea es la forma como así llegó a entenderlo Domingo Alberto Rangel cuando admite que si algo le dio voz a la estrategia insurreccional fue un sentimiento intuitivo del momento. En su calidad de actor y protagonista de aquella coyuntura, Rangel es el primero en afirmar que ni la dirección del PCV ni la del MIR tuvieron un esquema insurreccional claro y definido de antemano. De acuerdo a como él mismo lo explica, «a la insurrección se llegó más por fuerza [...] del calor emocional que iba desprendiéndose de la política venezolana, que por una decisión fría y exactamen-

95 Ibíd., 107-108. Énfasis agregado.

96 Sanoja, 2007, II: 61.

te calculada»[97]. Tanto así que, por otra parte, y de acuerdo con Jesús Sanoja Hernández, ninguna de aquellas dos organizaciones habían participado en los movimientos golpistas producidos hasta entonces; antes bien, los habían combatido, tanto en la etapa provisoria de la Junta de Gobierno presidida por Wolfgang Larrazábal como durante el controvertido lapso comprendido entre febrero de 1959, al asumir Betancourt la Presidencia, y los primeros meses de 1960, cuando la izquierda actuó en pleno contra el intento insurreccional liderado por Jesús María Castro León en el Táchira[98].

Lo curioso es que, para 1962, cuando el PCV y el MIR figuren como activos promotores de insurrecciones al estilo de Carúpano y Puerto Cabello, lo harán en tiempos en que el régimen democrático ya se preciaba de contar con un aparato castrense relativamente más consolidado y hasta cierto punto unificado; situación que contrastaba sin duda con el escenario de provisionalidad que había existido en 1958, en medio del cual las posibilidades que pudo tener la izquierda de estimular la insurrección habrían sido mucho mayores, de habérselas planteado, frente a la debilidad militar que había imperado tras la caída de Pérez Jiménez.

EL EFECTO DE REMOLQUE

Convendría añadir algo más a la forma como Domingo Alberto Rangel juzgó el origen de aquel proceso insurgente que no tardaría en estimular los contactos de la izquierda con el sector militar «progresista». A su juicio, fue el MIR el que arrastró al PCV a participar del chispazo insurreccional. Dicho de otro modo: aquel sector desprendido del vientre de Acción Democrática y que habría de montar tienda aparte

97 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. En Blanco Muñoz, 1981(b): 28.

98 Sanoja, 2007, II: 61.

en abril de 1960[99], reveló que dentro del treintañero PCV habitaban dos partidos a la vez: el de su dirigencia histórica, formada desde los tiempos finales del *Gomecismo*, cuyas proposiciones eran manejadas como herencia de una política de colaboración con fuerzas democráticas de distinto signo, y el de su juventud, que sostenía en cambio que la conducta del partido no fue la de desarrollar la crisis que produjo la caída de Pérez Jiménez sino, antes bien, desaprovecharla, incluso apagarla[100].

¿Estaríamos hablando de una ruptura, una escisión o un abismo generacional no solo ante la vieja guardia de AD sino frente a los viejos camaradas del PCV? Tal vez por ello convendría retener lo que señala el historiador Carlos Marín al hablar de esa juventud regida por la emotividad y la entrega voluntarista, especialmente en el caso de los nuevos líderes de la izquierda embrionaria de AD quienes, durante la dictadura de Pérez Jiménez, habían corrido el albur de lo que significaba compartir la empresa de la clandestinidad y la resistencia junto a los jóvenes comunistas:

> Nutrida de sus propios mártires, de sus genuinos ejemplos, esta juventud llegaría a 1957 con una madurez interesante; esta juventud no saldría de la nada, como el discurso oficial ha testificado desde sus torres de marfil, sino que fue lentamente entrenándose, criándose, estirándose. Ya en 1960, la historia política del mirismo tendría en ella uno de sus principales protagonistas[101].

Efectivamente, a juicio de Marín, en esta experiencia habrá mucho de juvenilismo, de apetitos vanguardistas, de voluntad contestataria y,

99 En los registros prevalece cierta confusión con respecto a la fecha fundacional del MIR: algunos señalan que fue el 9 de abril de 1960. Esa fecha —según lo apunta Américo Martín— fue deliberadamente escogida por los disidentes como homenaje al líder liberal colombiano Jorge Eliécer Gaitán, asesinado doce años antes, el 9 de abril de 1948 (Martín, 2013, II: 51). Sin embargo, según lo precisa el historiador Carlos Marín, el 9 de abril corresponde a la fundación de ADI (Acción Democrática de Izquierda), núcleo embrionario de la división. Es solo a partir de junio de ese año que la novel agrupación comienza a recibir la denominación definitiva de MIR, cuya legalización como partido tendría lugar el 26 de agosto del 60. Marín, 2011: 122-126, 135.

100 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 191.

101 Marín, 2011: 70.

detrás de todo ello, la presencia de la Revolución cubana como rampa decisiva para la insurrección[102].

Será entonces sobre aquella juventud del PCV sobre la que los jóvenes del MIR obrarán con la fuerza con que es capaz de hacerlo cualquier fenómeno de arrastre. Pompeyo Márquez opina a este respecto lo siguiente: «[E]l MIR impulsó una política de enfrentamiento mucho más abierta y también errónea. Empuja al PCV, eso es indudable»[103]. Por su parte, aunque sin asumir en principio un tono tan convencido, Teodoro Petkoff señala:

> Yo creo que el PCV caminó por su cuenta. Claro, seguramente la aparición de un partido que surge con el radicalismo con que lo hace el MIR, debe haber tenido alguna influencia. [...] Ahora bien, seguramente hoy, con los documentos, oyendo otras gentes, tal vez pueda decirse que la presión del MIR fue un factor[104].

Para la vieja guardia del PCV, que no concebía otro camino que no fuera el institucional y constitucional, el desafío planteado era mayor. De allí que la mayoría de quienes mantenían el control del partido hicieran todo lo que estuviese a su alcance por frenar a aquellos que entendían «como algo imperioso el lanzarse de una vez contra el enemigo, contra el imperialismo, que es el enemigo principal, y contra Betancourt [...], que es sólo un agente, un obstáculo transitorio»[105].

Por su parte, a la hora de observar el papel que cumplió el MIR dentro de una órbita subjetivo-emotiva y la forma como impactó en las filas del PCV al darle impulso a la línea insurreccional, el periodista Agustín Blanco Muñoz concuerda en que la novísima organización habría de constituir un apreciable impulso en la radicalización del resto de la izquierda en su oposición al gobierno. Aún más: será gracias

102 Ibíd., 19.
103 Entrevista con Pompeyo Márquez. En Blanco Muñóz, 1980: 106.
104 Entrevista con Teodoro Petkoff. En ibíd., 200.
105 Blanco Muñoz, 1992(a): 85.

al apoyo del MIR que el sector «duro» del PCV actuará en función de lograr una declaración de guerra. Por ello apunta lo siguiente:

> La división de AD, y el consecuente surgimiento del MIR, producen un fuerte impacto en la vida interna del PCV. Este partido, de acuerdo a su incoherencia, desde el mismo año 59 había visto y estudiado la posibilidad de influir en lo que denominaba los sectores progresistas de AD, pero una vez que ocurre el nacimiento del MIR resulta que es esta organización quien va a influir sobre el PCV.

Y concluye citando a este respecto una opinión del historiador estadounidense Robert J. Alexander: «La escisión dentro de Acción Democrática tendió a intensificar una división análoga ya existente dentro del PCV»[106].

Una opinión interesante en este sentido, por provenir de quien proviene, es la del dirigente socialcristiano Rodolfo José Cárdenas, quien observaba lo siguiente en 1962 a través de las páginas del diario *La Esfera*:

> La triste suerte comunista se vio agravada con la aparición del MIR. Porque el MIR es más disparatadamente fidelista que el propio Partido Comunista. El MIR prefiere desintegrarse antes que desfidelizarse, y lo está logrando. Pero el MIR tiene acosado al PCV, lo mantiene arrinconado. Porque si el PCV quisiera ser sensato, el MIR se lo impediría. El MIR está penetrado de la teoría insurreccional y el PCV no puede pasar a ser un partido conservador[107].

Dentro de este cuadro también resulta preciso tener en cuenta la singularidad de los partidos comunistas en América Latina, para los cuales la idea de democracia era un valor históricamente arraigado. No de otra forma se explica que, en 1958, el PCV saliera en celosa defensa del orden recién restaurado frente a las amenazas militares que se aba-

106 Ibíd., 16, 55, 86.
107 Rodolfo José Cárdenas, «El PCV prisionero de la violencia». *La Esfera*, 30/01/62. ASGS.

tieron contra la Junta de Gobierno y que, además, hubiese impulsado el llamado a elecciones a fines de ese mismo año y aceptado en toda regla sus resultados. Sin embargo, frente a la cautela, el «etapismo», y la fe democrática profesada por la dirigencia histórica del partido, la joven militancia del PCV actuará convencida de que había dejado perderse una oportunidad única para capturar el control del Estado en los meses siguientes a enero de 1958 y, por tanto, que era preciso compensar aquella cautela, que ya resultaba extemporánea, mediante el atajo de la aventura. Ahora bien, entre muchas cosas curiosas, tomando en cuenta que fue el MIR el que arrastró al PCV a la violencia y no al revés, llama la atención que desde el gobierno se persistiera en hablar del MIR como una simple «filial» del PCV, queriendo tal vez subestimar así a aquella organización desprendida del vientre de Acción Democrática.

Para el sector juvenil del propio PCV, al cual Pedro Ortega Díaz bautizaría como de «emotivo», de más emocional que consciente, la Revolución cubana vino a plantear otro motivo de confrontación con la máxima dirigencia del partido en vista de que, para algunos de sus miembros, las actuaciones de Fidel, previas a la gesta de la Sierra Maestra, habían sido más propias de un aventurero pequeño-burgués que de un revolucionario auténtico. Por tanto, la irrupción de Castro como figura seductora, y la novedad del fidelismo, fueron determinantes, como lo explica el propio Ortega:

> [E]l factor de la Revolución Cubana como cuestión emocional fue importante porque fueron dos procesos parecidos. Es decir, nosotros habíamos triunfado aquí [derrocando a Pérez Jiménez] y ellos también [derrocando a Batista]. Y como ellos siguieron un camino, nosotros quisimos seguirlo también. Y si ellos habían tenido éxito, nosotros también debíamos tenerlo. Si ellos habían tomado el poder nosotros también podríamos[108].

108 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 74.

Por otra parte, Domingo Alberto Rangel, veterano dirigente quien a lo largo de su vida pasó por experiencias radicales distintas, llegó a referirse a la comunión que vino a plantearse entre las juventudes del PCV y del MIR en función de ciertos códigos generacionales compartidos. Así lo explica:

> La Juventud Comunista se parecía al MIR porque fue formada, no en un largo período de decantación, desde los tiempos de la generación del 28 [...] sino en los años de la resistencia contra Pérez Jiménez, cuando ninguno de los viejos prohombres [...] del Partido Comunista estaba en el país. Entonces, esa Juventud Comunista surge de la misma manera que la del MIR, en el magma de la vida venezolana más caliente. La de una lucha de resistencia que culmina en [la] insurrección [del] 23 de enero de 1958. Entonces, la alianza MIR-Juventud Comunista, que no fue una alianza clara ni preconcebida, sino hecha por los acontecimientos [...] lleva a la política insurreccional[109].

Américo Martín, líder cofundador del MIR, también aprecia el fenómeno en términos similares:

> Empujado desde sus mismas bases, el PCV, de mala o buena gana, hubo de plegarse al radicalismo del MIR. Abandonó la tesis del «viraje» y se preparó para entrar en el infierno de la guerra. Fue un paso erróneo, lamentable, dictado por el temor a ser desplazado por un exacerbado MIR en el universo de la tempestuosa izquierda de aquellos años, y especialmente en el combativo movimiento estudiantil[110].

109 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. En Blanco Muñoz, 1981(b): 30.
Por su parte, Guillermo García Ponce estima también que el MIR actuó como un factor decisivo o, en otras palabras, como una fuerte inyección capaz de empujar al PCV hacia la apuesta militarista. Y en tal sentido observó lo siguiente: «La aparición del MIR significó un acontecimiento extraordinario [...] Indudablemente que este fue uno de los factores que influyeron poderosamente en la posterior política insurreccional». Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 345.
110 Martín, 2013, II: 66.

Tanto más interesante resulta lo que apunta por su parte Juan Bautista Fuenmayor aunque, en este caso, lo haga para dar a entender las razones que llevaron a que el MIR, por su origen adeco, empujara al PCV hacia el terreno de una dinámica golpista que le era extraña:

> [L]os izquierdistas venezolanos, en su conjunto, adoptaron una línea que incorporaba los golpes militares a los métodos idóneos para alcanzar finalidades revolucionarias, habida cuenta de la presencia de muy contados miembros de las Fuerzas Armadas que abrigaban ideas afines a la izquierda. [...] Tal cosa involucraba un evidente cambio de mentalidad de los marxistas, en especial de los del PCV, porque muchos miristas, por el contrario, tenían una tradición, heredada de Acción Democrática, según la cual, mediante golpes de mano, podría alcanzarse la victoria en Venezuela[111].

Héctor Pérez Marcano, quien también protagonizó esa coyuntura desde las filas del MIR, coincide en afirmar que la estrategia insurreccional fue producto, sobre todo, de un aceleramiento de las circunstancias: «Lo que yo entiendo de esta fase es que se dinamizaron las cosas con una gran velocidad, como producto de la situación política, económica y social que vivía el país»[112]. Por otra parte, y aunque también comparta la tesis de que el PCV se vio llevado a asumir la estrategia insurreccional una vez que el MIR lo estimulara a ello, Pérez Marcano va más allá y señala que la Juventud Comunista resolvió alzarse frente a la dirección de su propio partido como una forma de deslindar posiciones respecto a la coyuntura política del momento:

> El MIR ocupa realmente la posición de vanguardia y, en cierto modo, tengo entendido que en el [PCV], al analizar esta situación, han concluido en que fueron empujados por el MIR a asumir posiciones que todavía para ellos no estaban perfectamente decididas. Y, sí, en efecto, había grupos constituidos por militantes del MIR y el [PCV] que se impacientaban ante lo que llamaban la vacilación de las dos direcciones políticas que no se terminaban de decidir hacia el desarrollo de una lucha armada[113].

111 Fuenmayor, 1988, XIV: 9.

112 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 315.

FICHAS MILITARES

Frente a quienes insisten en referirse a la confusión ideológica que privó dentro del maridaje civil y militar en 1962, Domingo Alberto Rangel figura en cambio como un firme convencido de que una fracción importante de las Fuerzas Armadas había pasado por las «aguas liberadoras» de la izquierda, como lo demostraron quienes, a su juicio, combatieron en Carúpano y Puerto Cabello. En ello concuerda Jesús Sanoja Hernández cuando observa el grado de penetración que tuvo la izquierda insurgente en los cuarteles, algo que se ve confirmado por el hecho de que, luego del fracaso de las acciones de Carúpano y Puerto Cabello, la mayoría de sus jefes militares participaron en la creación y desarrollo de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, las FALN[114].

Similar opinión tuvo Guillermo García Ponce, quien «con jactancia de organizador de la lucha armada» (y tales son las palabras de Sanoja) llegó a confesar alguna vez que el PCV constituía una fuerza dentro del Ejército, y que sus contactos en los cuarteles se extendieron durante esa época a unos trescientos oficiales[115]. En este sentido figura también el testimonio del capitán Omar Echeverría, participante directo del alzamiento de Carúpano, y quien, ante la pregunta que le formulara Agustín Blanco Muñoz sobre si era cierto que tanto el PCV como el MIR contaban con fichas militares o, si más bien se trataba de meros simpatizantes de ambos partidos, responde: «¡Simpatizantes!

113 Ibídem.

114 Sanoja, 2007, II: 84.

115 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 362.

Hoy se puede hablar claro: había tipos que habían sido de la Juventud Comunista. Eso lo sabe todo el mundo. Muchachos de la Juventud Comunista que estaban en las Fuerzas Armadas»[116].

Ya se ha visto en líneas anteriores cómo el parecer de Manuel Quijada, o el análisis que ofrece el historiador Juan Bautista Fuenmayor, difieren de muchos otros opinantes al referirse a este punto. Por ello resulta difícil precisar hasta dónde los testimonios de Domingo Alberto Rangel, Omar Echeverría y Guillermo García Ponce se hallan cercanos a la verdad, puesto que también convendría confrontarlos con la opinión del capitán Víctor Hugo Morales, uno de los máximos jefes militares del Porteñazo. Morales estima que el número de oficiales plenamente identificado con el PCV y el MIR abarcaba una franja muy delgada del componente militar y a lo cual agrega que la fuerza de estos cuadros radicaba más en la calidad que en los números:

> Porque, numéricamente, unos 40 o 50 oficiales, ¿qué porcentaje representaban? Y muchos de ellos no eran gente completamente ganada. Pero, supongamos que lo hubieran estado, de todos modos el número no era muy grande. Para Venezuela tal vez esa cantidad de oficiales era potente, pero tú te pones a ver en proporción y uno se da cuenta de que no era ni tanto como se decía[117].

Al hablar del peso de la izquierda dentro de las FF. AA. y, en concreto, sobre si de veras fue capaz de dominar el músculo militar con tal amplitud, todo aconseja volver una vez más al carácter revelador que cobran las palabras de quien fuera uno de los principales protagonistas que tuvo la rebelión de Puerto Cabello en el campo civil. Nos referimos de nuevo a Manuel Quijada y a lo que se permitió confiarle a Blanco Muñoz al repasar los eventos del año 62:

116 Entrevista con Omar Echeverría. En Blanco Muñoz, 1981(a): 155.
117 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En ibíd., 208.

> Debo empezar por decirte que todavía con Betancourt existen las conspiraciones de derecha, de tal modo que incluso te puedo afirmar que Puerto Cabello no es un movimiento autónomo. Lo que después se llamó el «Porteñazo» está en un cuadro de una conspiración donde hay una mayoría de derecha[118].

Tan interesante como lo anterior es lo que el propio Quijada habrá de agregar en su testimonio al referirse al hecho de que el mismo día en que hubo de estallar la revuelta de Puerto Cabello se tenía previsto que Betancourt se hallara en Mérida, a cargo de clausurar la Convención Anual de Fedecámaras. En tal sentido precisa:

> Te puedo decir [...] que cuando se alza Puerto Cabello [las autoridades encargadas del poder en Caracas le ordenaron] al jefe de la guarnición de Mérida que si estallaba otro movimiento después del de Puerto Cabello hiciera preso en pleno a Fedecámaras porque entre ellos había algunos [...] a quienes se les temía. O sea que ese movimiento [conspirativo], aún en 1962, era un movimiento de derecha[119].

RECELOS MUTUOS

Aún más revelador es que, de acuerdo con Quijada, la alianza cívico-militar que protagonizó las acciones del 62 llegó a verse dominada por cierto grado de recelo: «[I]ntenté dejar [establecidos] algunos contactos entre las fuerzas de izquierda de AD y la gente que se consideraba progresista de la Marina, pero [aquellos] se negaron aduciendo que no querían contacto con los militares»[120]. A la hora de hacer el balance retrospectivo, existe otro testigo de la época cuyo parecer apunta en esa

118 Entrevista con Manuel Quijada. En ibíd., 26.
119 Ibídem.
120 Ibíd., 27.

misma dirección: «A mi juicio –y tales son las palabras de Héctor Pérez Marcano– no había la suficiente confianza por parte de ninguno de los dos lados y cada cual esperaba una demostración del otro para poder asumir sus responsabilidades»[121].

Entre aquellos que, como Domingo Alberto Rangel y Guillermo García Ponce, creyeron ver una eficaz labor de captación dentro de las Fuerzas Armadas y aquellos que, como Quijada y Pérez Marcano llegaron a percibir roces entre la izquierda y sus socios militares, vale la pena consultar también, una vez más, la opinión del capitán Jesús Molina Villegas. Si bien el jefe de los militares sublevados en Carúpano comparte la tesis de la falta de definición ideológica del movimiento, es enfático a la hora de aclarar los límites que existían entre su cultura castrense y las seducciones que provenían de la izquierda. En sus respuestas al periodista Blanco Muñoz, y rememorando lo que fueran sus relaciones con la AD clandestina en los años 50 y, más tarde, con el MIR, el capitán Molina aclara lo siguiente:

> Cuando viene la división [de Acción Democrática] no es que yo me pliego, porque yo como militar no podía tomar banderas, pero fueron ellos quienes siguieron en contacto conmigo. Puedo decirte entonces que el 'Movimiento de Recuperación Democrática', mal llamado «Carupanazo», es la consecuencia de la división de AD y el surgimiento del MIR[122].

En otras palabras, el jefe militar del Carupanazo daba a entender así que el camino insurreccional fue algo que terminó cocinándose más al interior del principal partido de gobierno, una vez ocurrida la división, que en las entrañas de los propios cuarteles. Además, este testimonio de Molina revela algo fundamental: la influencia del MIR fue mayor que la del PCV en el intento por sublevar a la Infantería de Marina de Carúpano, aun cuando García Ponce, por ejemplo, siempre

121 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 323.

122 Entrevista con j. T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 119.

insistió en que los pecevistas tuvieron un peso igual o mayor durante aquel alzamiento[123]. En todo caso, dentro de la propia izquierda persistió una suerte de paternidad disputada en torno a la experiencia de Carúpano, tal como ocurriría también con muchas otras operaciones, incluso ya cuando ambas organizaciones resolvieron poner el acento en la lucha guerrillera.

ALERGIA A LOS GOLPES

Más allá del debate en torno al grado de afinidad que pudo existir entre la izquierda y sus socios militares figura un aspecto que sería lamentable pasar por alto. Se trata de los prejuicios que llegaron a plantearse entre ambos sectores, los cuales, si bien difíciles de estimar con algún nivel de precisión, no dejaron de existir. De allí que convendría decir algo acerca de la actitud que la izquierda traía ante los militares para el momento en que resolvieron aproximarse a los cuarteles. Un caso particularmente extremo de recelo, pero que vale la pena consignar por la calidad del protagonista, es el de Gustavo Machado. El veterano comunista, que actuó como uno de los cuadros directivos del PCV y quien siempre cuestionó las tesis militaristas del partido, se permitió confiarle lo siguiente a Blanco Muñoz:

> Al principio yo asistí a algunas cosas, porque era el que tenía más experiencia [...] Y me dije: [...] no vuelvo a hablar con militares, porque todo se lo cuentan. Siempre he sostenido la tesis de que todo militar, cuando llega a la Academia, es un hombre susceptible de convertirse en algún momento en miembro de la inteligencia militar. Es decir, para ellos no es ningún problema ser espía y en cualquier momento un militar sabe que puede ser destinado a ser parte del aparato de inteligencia. Entonces, claro, si uno se ponía a hablar y decía todos los secretos se estaba exponiendo de verdad.

123 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 362.

> ¿Por qué el gobierno sabía todas las cosas? Porque nosotros mismos se las comunicábamos, a través de los militares, cuando hacíamos «trabajo» con ánimo de conquistarlos[124].

Otro marxista venezolano que mostró siempre su desacuerdo con las cuarteladas como medio de alcanzar el poder fue, como se ha dicho, Juan Bautista Fuenmayor. En este caso, a su juicio, tal desacuerdo traía además una larga historia en lo que al propio PCV se refiere, habiéndose logrado un importante aprendizaje durante la etapa inicial de la lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Aprendizaje que ahora, cuando la izquierda ejercía presión para comprometer a los cuarteles, parecía haberse olvidado o puesto simplemente de lado. De allí que, en un tono de impecable honestidad, Fuenmayor ofreciera su análisis de aquellas tentativas en estos términos:

> El punto de vista tradicional de los comunistas venezolanos había sido contrario a la utilización de los golpes militares dirigidos a lograr cambios favorables en el curso de la política venezolana. [...] [L]os comunistas fueron contrarios a todas las conspiraciones urdidas por Betancourt y sus seguidores contra la tiranía de Marcos Pérez Jiménez. [...]
> Contrariamente a esta política, se realizaron acciones golpistas en que participaron los comunistas, en el año de 1950 cuando se realizó, concomitantemente con ellos, la huelga petrolera, acciones organizadas fundamentalmente por el partido Acción Democrática. Toda esa política golpista, que duró los nueve largos años de la dictadura castrense, produjo amargos frutos para nuestro pueblo, y no logró en ningún momento el objetivo de sacar de raíz a los gobernantes usurpadores[125].

Frente a la dinámica insurreccional planteada durante los tempranos años sesenta, Fuenmayor pudo haber dicho, como buen marxista, aquello de que la historia se expresa una vez en tono de tragedia y se repite en otra como farsa:

124 Entrevista con Gustavo Machado. En Blanco Muñoz, 1980: 21.
125 Fuenmayor, 1988, XIV: 199-200.

> Tal fue [...] el punto de partida para realizar una nueva política [...] en la cual las conspiraciones militares iban a jugar el papel estelar en la caída que deseaban producir del régimen de la democracia representativa escenificado por el señor Rómulo Betancourt. Allí empezaron los contactos, elaboración de planes golpistas, las alianzas con militares tocados por las ideas marxistas [...] Las cuestiones programáticas e ideológicas fueron dejadas, en la práctica, totalmente de lado, para sólo mirar los frutos inmediatos, consistentes en la posible caída de Rómulo Betancourt. De todo lo dicho se deduce que se estaba incurriendo en una desviación militarista y golpista muy peligrosa para el porvenir inmediato de la revolución venezolana. [...] En una palabra, se estaba reeditando la errada política de Acción Democrática en tiempos de la dictadura castrense: confiarlo todo en la suerte de las armas, y nada más[126].

Simón Sáez Mérida opina por su parte que, para los comunistas, esa labor de captación en el seno de las Fuerzas Armadas fue en efecto algo bastante difícil de llevar a cabo debido a sus viejas aprensiones históricas, a pesar de que tal vinculación terminara desarrollándose[127]. Pero también cita el caso de quienes, como él, provenían de AD y que, más tarde, formarían el MIR. La explicación que proporciona a este respecto es bastante interesante y conviene detenerse en ella.

Sáez comienza admitiendo que, en vísperas de la caída de Pérez Jiménez, existían vínculos entre los militares y los cuadros jóvenes de AD que participaban en la resistencia, pero que no había, ni se hizo, ningún trabajo orientado a cooptar cuadros dentro de las FF. AA., algo que terminó marginándolos en tal sentido. Esto –a su juicio– resulta posible explicarlo porque «en AD, la izquierda, teníamos un prejuicio antimilitarista, porque la vieja dirección [del partido] había utilizado

126 Ibíd., 200-201.
127 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 146.

[durante el régimen militar] la táctica de despreciar el trabajo de masas y apoyarse sólo en el golpe de Estado». Y agrega lo siguiente, a fin de darle mayor claridad a esa política de corte golpista que se implementó a comienzos de la resistencia contra Pérez Jiménez:

> [G]ente como [Alberto] Carnevali, [Leonardo] Ruiz Pineda y los demás que les sucedieron, despreciaron ese trabajo [de masas] para promover [en cambio] golpes de Estado que nunca llegaron a fructificar. [...] [T]eníamos alergia a la vieja orientación que había existido y, en oposición, terminamos en una actitud absolutamente antimilitarista[128].

Se trata, a fin de cuentas, de lo que Sáez define como una AD clandestina que se hallaba saturada «de una izquierda que venía de criticar profundamente todas las tendencias golpistas de la vieja dirección» y que, por tanto, rechazaba la actividad conspirativa por arriba[129]. Dicho con mayor redondez, Sáez se expresará así a la hora de subrayar las diferencias:

> Es decir, para que no nos llegaran a confundir con la vieja dirección [de AD], no hicimos nunca una política hacia las Fuerzas Armadas. Tampoco la hizo el PCV. De modo que cuando cae [Pérez Jiménez] no tenemos vínculos reales con las Fuerzas Armadas. Por esta vía llegamos al otro extremo, al de una política antimilitarista, anti-militar[*sic*][130].

Además, para confirmar que los prejuicios corrían parejos en ambos sentidos, Sáez reconocería que la propia AD, dentro de la cual actuó como secretario general durante el último tramo de la resistencia y los inicios del régimen pos-1958, era aún «una especie de urticante para los medios militares»[131].

128 Ibíd., 89.
129 Ibíd., 119, 146.
130 Ibíd., 146.
131 Ibíd., 103.

Si bien se llegó a enero de 1958 sin establecerse ninguna vinculación efectiva, Sáez Mérida sostiene que ya para 1959, y sobre todo, 1960, él y los suyos pudieron percatarse de que existían otras tendencias dentro del campo militar que no habían sido detectadas por ellos antes del 23 de enero y que, ya descubiertas, fueron creando las condiciones necesarias para propiciar el contacto con los cuarteles. Esas «otras tendencias» equivalían, pues, a reconocer que dentro del sector castrense existía un movimiento que apostaba a una vigorización institucional de las Fuerzas Armadas y que, por ello mismo, estaba dispuesto a frenar el avance de los elementos reaccionarios que aún gravitaban en su seno[132]. Esto es lo que, a su entender, explica que los prejuicios retrocedieran o se vieran superados, abriéndole paso a la posibilidad de que se planteara un esquema distinto frente a las FAN que diera pie justamente a que comenzara a desarrollarse una alianza con los cuarteles. «Y ese trabajo en el seno de las Fuerzas Armadas –concluye afirmando el opinante– es lo que va a dar lugar a Carúpano y Puerto Cabello y a otros proyectos que no prosperaron»[133].

Nada de ello quiere decir, desde luego, que toda la dirigencia juvenil desprendida del vientre de AD hubiese estado de acuerdo en acoger la tesis de la lucha insurreccional en alianza con los militares. Por ejemplo, para Jorge Dáger, quien participó en la dirección del MIR como miembro de su buró político, valía por igual haber cuestionado la fórmula del alzamiento militar contra Pérez Jiménez, al considerar que «eso era caer en el putchismo», como haberlo hecho contra el gobierno de Betancourt en 1962. A su juicio, el alzamiento militar «a lo *putch*» no era patrimonio exclusivo de la derecha, estimando, de paso, que semejante esquema entrañaba el riesgo de aislar al entonces recién creado MIR de la política de masas. Así se permitió explicarlo en una oportunidad:

132 Ibíd., 106, 107.
133 Ibíd., 146.

> [P]or eso fui opuesto [...] a lo que para mí era simplemente putchismo. Porque cuando se lanzó el golpe de Carúpano (del cual no se me informó absolutamente nada, porque sabían que yo era opuesto a este tipo de cosas), ya yo objetaba la política militarista que se estaba siguiendo por parte de algunos dirigentes del MIR, por considerar que eso era putchismo. Y el putchismo no es un arma que debe ser utilizada por los revolucionarios, no porque yo considerara putchismo el hecho simple de que los militares intervinieran, sino que se tratara de hacer un cambio de gobierno a través exclusivamente de la sorpresa del golpe militar. Si los militares participan en un movimiento popular, si forman parte de él, pueden tener en ese movimiento una participación revolucionaria. Pero cuando los movimientos políticos se pliegan a la suerte u orientación de un golpe exclusivamente militar, eso es putchismo. Y nunca en la historia un putch se ha convertido en una revolución. Además, yo consideraba que por sí solos los militares que pudiera tener el MIR, como lo demostraron después los hechos fehacientemente, no eran suficientes para dar al traste con el gobierno[134].

Por otra parte, desde la acera de enfrente, hubo quien también opinó acerca de la técnica «putchista» alentada por la izquierda. Hablamos en este caso de alguien cuyos artículos hallaron frecuente cabida en las páginas del oficioso diario *La República*. Para tal articulista, que no era otro que Guillermo Feo Calcaño, el «putchismo tardío» de la izquierda criolla respondía a una contradicción y a dos defectos a la vez. La contradicción estribaba en hacer justamente lo que tanto se le había cuestionado a Acción Democrática durante la dictadura militar; los defectos, en cambio, se resumían así: por un lado, en la culpa de haberse «saltado a la torera» la etapa de la Sierra Maestra; por el otro, en haber juzgado a Fidel Castro como un aventurero pequeño-burgués solo para tratar de compensar rápidamente aquella cautela lanzándose a la aventura de las armas. Por ello dirá:

134 Entrevista con Jorge Dáger. En ibíd., 245.

> [L]os bolcheviques –al menos los bolcheviques criollos– son unos verdaderos chivatos en el arte del oportunismo. A Fidel Castro lo llamaron «putchista» cuando sudaba la gota gorda en los tiempos verdaderamente difíciles de la Sierra Maestra: pero a última hora se sumaron a los barbudos. [...] Cuando Pérez Jiménez también condenaban el «putchismo» y criticaban a Acción Democrática por actos de auténtico valor como el asalto a Boca de Río y los intentos subversivos de Turén y Maturín [...]
> Ahora es distinto. Ahora, cuando ya los sables no andan desenvainados en Miraflores, [...] los comunistas descubren que «las condiciones están dadas», que «la correlación de fuerzas» los favorece, y que por tanto es el momento de desatar [...] toda esa arrogancia conspirativa y terrorista [...] que hasta ayer condenaron como «putchista» para enfrentarse a los esbirros del perezjimenato. No cabe duda de que los comunistas, cuando menos, saben administrar el valor y la retrechería política[135].

Héctor Pérez Marcano, otro testigo y actor inmediato de los acontecimientos, observa por su parte que el «putchismo» fue simplemente resultado de que los partidarios de la izquierda jugaran a la insurrección por cuotas. A su juicio, en lugar de apostar a una política de acumulación de fuerzas, el movimiento insurgente se dejó dominar por la impaciencia y el «cortoplacismo»:

> [A] la huelga de transporte [de enero de 1962] se incorporó tardíamente la dirección revolucionaria tratando de sacarle provecho. Posteriormente, entregó lo que se había logrado acumular en el seno del ejército [...] Por supuesto, aquí jugó un papel muy importante la concepción *putchista* que tuvo el movimiento revolucionario. Y al privar esa concepción se dejó de tener confianza en otras vías, tanto de parte del [PCV] como del MIR. Se pensaba más en la posibilidad del alzamiento militar. Eso fue lo que se llamó «cortoplacismo», que sobrestimó el desarrollo del movimiento»[136].

135 Guillermo Feo La Cruz. «La concentración de 'El Silencio'». *La República*, 18/02/62: 6.
136 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 319.

A la hora de hacer el balance, Pérez Marcano concluye señalando que «el error cometido por la dirección revolucionaria reside en la política del cortoplacismo, donde [privó] la política *putchista* que llevó al movimiento revolucionario a un desgaste[137].

Al juzgar los hechos de este modo, Pérez Marcano se ve llevado a concluir que, cronológicamente hablando, el gobierno de Betancourt batió una insurgencia de corte «putchista» y «cortoplacista», experiencia muy distinta a la que le tocaría afrontar a su sucesor, Raúl Leoni. Y así lo explica:

> [L]os años del 62 y 63 son intentos, muy heroicos y todo lo que se quiera, pero que ya no tenían ninguna posibilidad. Y en 1963 se liquidan los últimos cartuchos reales del movimiento revolucionario. [...] Lo que viene después [con Leoni] [...] es todo un desarrollo donde [...] hay los intentos de hacer la lucha revolucionaria por otra vía. [...] Se hace un análisis y se concluye [que] ha habido toda una etapa de cortoplacismo, de política *putchista* equivocada, que ha desgastado al movimiento popular. Ahora vamos a desarrollar el «largoplacismo», y se señala que la estrategia tiene que ser de guerra prolongada, que el acento debe ponerse en las guerrillas del campo, y que el apoyo fundamental debía ser para las acciones a desarrollar en los frentes guerrilleros[138].

UNA EXPERIENCIA SINGULAR

Al margen de los recelos que pudieron generarse entre civiles y militares existe otro elemento que no debiera ser desdeñado a la hora del análisis. Nos referimos al hecho de que la variante venezolana de la lucha insurreccional fue muy distinta a otras experiencias que tuvieron lugar en la región. Ni en Colombia, donde la lucha armada

137 Ibíd., 327.
138 Ibíd., 320.

comenzó tempranamente, ni en Argentina, luego del derrocamiento de Arturo Frondizi en 1962 y del surgimiento de los primeros brotes violentos, se planteó la posibilidad de semejante alianza entre civiles y militares. Tampoco ocurrió en Uruguay, aunque sí podría decirse que funcionó en cierta forma en el caso del Perú en 1968 tras el golpe de Estado protagonizado por Juan Velasco Alvarado. Pero la variable venezolana –vale repetirlo– es bastante peculiar al compararla incluso con el caso del propio Perú, donde los sucesos del 68 se resumieron dentro del clásico golpe de Palacio y sin que los militares sublevados dejaran de reiterar el carácter «institucional» de su pronunciamiento.

De hecho, para buena parte de la izquierda de la región (por razones que seguramente tenían mucho que ver con el origen de sus Fuerzas Armadas y la extracción social de su oficialidad[139]), semejante alianza era, por decir lo menos, impensable. Incluso, por muy singular que fuera el caso venezolano, para miristas y pecevistas estaba de por medio el caso de Cuba y lo que para sus principales dirigentes como Fidel Castro o el Che Guevara significaban las Fuerzas Armadas como un elemento controlado por las clases dominantes y, en consecuencia, como factor reacio a la lucha revolucionaria. Visto por un testigo como Sáez Mérida, quien fungió como protagonista del movimiento de Carúpano, estos desencuentros sobre el tema cobraban particular relevancia a la hora de buscar la solidaridad internacional, y así lo explica:

> [C]uando nosotros discutíamos con el comandante Guevara, en Cuba [...], cuando conversábamos con Fidel, tanto Fidel como el Che nos criticaban a

139 Una opinión característica de la izquierda a este respecto se ve reflejada en las líneas que a continuación siguen: «Esencialmente, el ejército argentino no es distinto del peruano ni del guatemalteco, ni del brasileño, ni de ningún otro del continente, con la posible excepción —muy discutible— del boliviano. [...] Todos ellos son custodios de un orden socioeconómico-político dado, mucho más que guardianes de fronteras o soberanías geográficas que han dejado de estar en tela de juicio, que nadie amenaza ni discute, y que no son puestas en peligro por medio de las armas». Gregorio Selser. «Militarismo y educación». *¿Qué pasa en Venezuela?*, 08/12/64. ASGS.

> nosotros el trabajo en las Fuerzas Armadas. Nosotros lo defendíamos. [...] Lo defendíamos como parte de una política militar. Ellos no lo entendían porque ellos simplificaban su experiencia exitosa, llegando a una dogmatización de la experiencia guerrillera. Para ellos lo único importante era la guerrilla, lo demás no tenía sentido. En cambio, por ejemplo, los chinos comprendían muy bien la estrategia múltiple nuestra, porque los chinos habían alzado a las academias militares [...], trabajaron en las Fuerzas Armadas. [...] Como tenía que ser. Pero los cubanos no entendían eso. [...] Los soviéticos tampoco lo entendían mucho[140].

Siguiendo de cerca la evolución que se dio entre 1958 y 1962 descrita por Sáez Mérida podríamos suponer entonces que, en el caso venezolano, el maridaje insurreccional cívico-militar terminó dándose sin traumas, o con la interferencia de mínimas tensiones dentro de las propias organizaciones de izquierda, a pesar de las reservas y opiniones en contrario como las expresadas por Jorge Dáger. Además, para los llamados «duros», o sea, el sector más «guerrerista» del PCV y del MIR, la conexión con los militares tenía mucha lógica. Tal es la opinión por ejemplo de Gustavo Machado quien, a pesar de sus propios recelos hacia la lucha armada, hablaría de esta forma acerca de la posición asumida por su hermano Eduardo, quien formaba parte del grupo de los «duros»: «Eduardo [...] estuvo metido en la cuestión de los militares. Según él, lo que teníamos que hacer era trabajar con los militares, descomponer el aparato y conquistarlo»[141].

Sin embargo, llegados a este punto, vale la pena adentrarse en un terreno pedregoso acudiendo a algunas preguntas sobre lo que ha solido ocurrir cuando se ha dado el caso de tales alianzas entre insurgentes civiles y militares. ¿Cuál de ambos sectores hubiese terminado imponiendo la agenda? ¿Quiénes habrían sido los verdaderos beneficiarios de los hechos insurreccionales del 62, los del cuartel o los de la

140 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 147.

141 Entrevista con Gustavo Machado. En Blanco Muñoz, 1980: 26.

calle? ¿En qué punto habría podido dejar de ser útil esta alianza? ¿Sería posible que a la larga, como ocurrió luego del 18 de octubre de 1945, los libretos difirieran hasta el término de lo irreconciliable? Tales preguntas no son ociosas si se da cabida a la siguiente suposición: que la aventura compartida en 1962 entre civiles y militares pudo ser acogida por estos, al igual que el 18 de octubre, con base en el perenne argumento de la legitimidad que persiguen los militares a la hora de tomar el camino insurreccional. Hablando justamente del 24 de noviembre del 48 como corolario del 18 de octubre, el historiador Manuel Caballero dirá lo siguiente al hablar de la aventura compartida hasta entonces: «El 24 de noviembre demostró hasta la saciedad que esas alianzas 'cívico-militares' son tan ventajosas para ambas partes como lo sería en el reino animal una alianza del zorro y las gallinas»[142].

En todo caso, al margen de lo ideológicamente heterogéneo que pudieron resultar aquellos experimentos de mayo y junio de 1962, se trataba sin duda del comienzo de una etapa distinta dentro de la dinámica de la violencia que habría de caracterizar a esa década: la insurrección por la vía de la unidad entre militares y civiles. Eso no había sucedido durante ninguno de los levantamientos que se produjeron contra el gobierno provisorio de Wolfgang Larrazábal, ni de los que ocurrieron contra Betancourt hasta 1962. Más bien, si algo caracterizó los dos conatos de 1958, uno dirigido por el entonces ministro de la Defensa Jesús María Castro León, el 23 de julio, y el golpe de mano protagonizado por algunos oficiales en septiembre de ese mismo año, es que ambas fueron acciones de inspiración netamente militar y que, por ello mismo, se circunscribieron fundamentalmente a su epicentro en los cuarteles. Cuando Castro León vuelva a alzarse en abril de 1960 –esta vez con Betancourt en el poder–, o cuando se produzca el levantamiento conocido como el Barcelonazo (junio de 1961), la situación será prácticamente la misma, aun cuando haya quienes sostengan que este último brote contó con cierta participación de elementos civiles.

142 Caballero, 2007: 115.

Pero insistimos: si algo viene a constituirse en un hecho que en buena medida tipifica y separa las conjuras de 1959-1961 de las dos insurrecciones que tuvieron lugar en 1962 es que, en el curso de estas últimas, se registraron conexiones efectivas con el mundo civil, y que esto obró como un factor decisivo. Ahora bien, como se sabe, tampoco puede conferírsele una total originalidad a ese intento de «fusionismo» cívico-militar. De hecho, no será ese año 62 cuando tal cosa ocurra por primera vez en la historia venezolana del siglo XX. Los intentos golpistas de jóvenes oficiales unidos a jóvenes civiles ya habían tenido lugar –y ese fue uno de sus estrenos– durante la llamada «Conspiración del año 19» contra Juan Vicente Gómez. El fenómeno se repetirá en tiempos del mismo Gómez con el alzamiento del 7 de abril de 1928. Pero más tarde, a partir del 18 de octubre de 1945 –y como se ha hecho cargo de observarlo Manuel Caballero–, existe al menos una novedad que terminará caracterizando también el «fusionismo civil-militar» del año 62: ya no serán civiles sueltos los que acompañen la aventura, sino el partido político. Si el 18 de octubre esta posibilidad estaba representada en AD, diecisiete años después lo estará en el PCV y el MIR.

Tal vez algo de ese cariz «cívico-militar» pueda conferírsele también a la acción del 23 de enero de 1958 aunque, en este caso, las características luzcan algo diferentes. En tal sentido basta decir que las jornadas finales contra el régimen de Pérez Jiménez llevaron a una participación mucho más amplia y compleja de la sociedad venezolana, empezando por la emergencia de la calle. Así, por ejemplo, viene a aclararlo el ex dirigente del MIR Héctor Pérez Marcano: «[N]o puede alegarse [...] el hecho de que el puntillazo final se lo haya dado un levantamiento militar, porque el Ejército venía de actuar, en este caso, como la culminación de todo un proceso que se había iniciado, en su fase final, con la famosa huelga del 21 de noviembre de 1957»[143]. Una valoración similar corre por cuenta del capitán Víctor Hugo Morales, quien fuera una de las figuras más importantes del elenco que jefaturó el Porteñazo:

143 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 275.

> Llegó un momento en que las masas populares, los militares y los partidos políticos se unieron en ese esfuerzo y provocaron la caída de la dictadura. Es decir, no vamos a afirmar que fueron sólo las masas populares, ni los militares solos, porque si no hubiera existido la presión de la protesta popular, quizás muchos de los militares que actuaron a última hora y contribuyeron al derrocamiento del régimen, no hubiesen actuado[144].

En todo caso, si hubo algo que en 1962 caracterizó esa unión del sector castrense con elementos civiles frente a todas las demás experiencias ocurridas hasta ese momento fue que ambos movimientos, Carúpano y Puerto Cabello, tuvieron en su raíz algún grado de inspiración ideológica. Más importante aún, e independientemente de cuánto se discrepe de la efectividad de tal motivación, se trató del primer caso de una insurrección militar con tendencias de izquierda en el contexto de la Guerra Fría y, al mismo tiempo, de los dos únicos proyectos golpistas con significativa participación civil que tuvieron lugar a lo largo del régimen democrático representativo pos-1958. En todo caso, como ya se dijo, tal fenómeno solo habrá de recurrir treinta años más tarde y en otro escenario, cuando las logias militares conspirativas entren nuevamente en contacto con sectores radicalizados del mundo civil para enrumbarse hacia otra sedición, al darse la asonada del 4 de febrero de 1992[145].

Otro aspecto que conviene poner de bulto al hablar de las asonadas del 62, pero siempre dentro de esta órbita de la vinculación civil-militar, apunta al hecho de que no sepamos con mayor exactitud cuál de ambos sectores presionó al otro a la hora de actuar. En este, como en otros puntos, el testimonio de los protagonistas genera contradicciones visibles. Tomemos como ejemplo de ello a dos dirigentes que estuvieron en los centros de dirección de un mismo partido: Gustavo Machado y Pedro Ortega Díaz. Según el primero:

144 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 188.

145 Irwin, 2005: 330-331; Sanoja, 2007, II: 84-85.

> «Lo de Carúpano [refiriéndose al Carupanazo de mayo del 62], se hizo porque los oficiales ahí nos tenían presionados, diciéndonos que los iban a declarar en rebeldía. Ese era el pretexto de ellos. Sobre todo el que más presionaba era el jefe de la Infantería de Marina. Él decía que eso era un hecho, que si no se lanzaban iban a perder la posición que habían alcanzado»[146].

Ortega Díaz habla prácticamente en términos contrarios cuando alude a los sucesos del Guairazo, acción ocurrida en enero del 62 y que llegó a cobrar contornos muy vagos dentro del plan insurreccional: «El primer plan más o menos serio fue el de La Guaira. Y resulta que el gobierno lo conocía de tal manera que agarraron preso a todo el mundo [...] Estábamos casi obligando a los militares a que se alzaran en ese momento»[147].

Además de todo cuanto se ha mencionado hasta ahora, existe un punto que podría ayudar a comprender mejor el afán con que se cocinaron aquellos proyectos: la manía golpista o el protagonismo militar, resultado de una herencia histórica bastante reciente en esos momentos. En tal sentido, Jesús Sanoja Hernández maneja la tesis de que la larga cadena de alzamientos y conatos que se produjo después de 1958 tuvo su origen en las huellas dejadas por el 18 de octubre de 1945. A su entender:

> El virus golpista introducido en 1945 y expandido en el decenio dictatorial [1948-1958] intentó infectar una vez más a la naciente democracia, primero durante la provisionalidad de Larrazábal [...], y luego durante el quinquenio de Betancourt, tanto con la invasión de [Jesús María] Castro León como con sucesivos movimientos cuartelarios (Barcelonazo, Carupanazo y Porteñazo) vinculados a grupos civiles[148].

146 Entrevista con Gustavo Machado. En Blanco Muñoz, 1980: 23-24.
147 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En ibíd., 53.
148 Sanoja, 2007, II: 227.

Manuel Caballero concluye de modo similar al tocar este punto y lo hace, incluso, en términos más gráficos: «[En 1962] el Presidente vencedor parecía haber devuelto al corral el toro que él mismo había soltado en 1945»[149].

Frente a este asunto de la conspiración civil-militar cabe anotar también lo que, según la jefatura de AD de la época, significaba que la izquierda se aprovechara de las Fuerzas Armadas con dos propósitos distintos. Por un lado estaría, lógicamente, lo del maridaje directo, es decir, que un sector militar actuara, para utilizar una frase de Agustín Blanco Muñoz, materialmente ligado a las organizaciones de izquierda[150]; pero el otro propósito habría consistido en alentar el caos y la violencia callejera como una forma de animar a los militares a insurreccionarse contra el régimen de Betancourt, lo cual le daría a la izquierda la oportunidad no solo de circunvalar el pecado del golpe sino justificar una acción «contragolpista» propia con fines revolucionarios. El resto de esta hipótesis lo resumiría el semanario *AD* en estos términos:

> La instalación de ese régimen de fuerza determinaría por sí sólo la irrupción de las masas a la calle [...], oportunidad que [el esquema insurreccional de la izquierda] aprovecharía para desarrollar la última parte del plan: encauzar esas masas por el camino de la insurrección y, entonces, con una sola piedra, [matar] dos pájaros: [destruir] el régimen constitucional y también [destruir] al ejército[151].

LA DESERCIÓN DE LOS DIOSES

¿Hasta qué punto cabe suponer que aquellas dos rebeliones del año 62 –Carúpano y Puerto Cabello– llegaron a contar con la anuen-

149 Caballero, 2008: 310.
150 Blanco Muñoz, 1981: 5.
151 *AD*, n.º 200, 14/04/62: 11.

cia de los dioses? La pregunta, desde luego, va más allá del mito de que ambas acciones fueron repudiadas por un generalizado sentimiento democrático de la sociedad venezolana. Después de todo, más allá del fuerte arraigo social de los valores democráticos que según el historiador Germán Carrera Damas se vieron sembrados durante el intenso lapso de 1945 a 1948[152], la recuperación de la institucionalidad democrática estaba sencillamente en germen y era apenas una forja de ilusiones. Los frutos de ese esfuerzo se verán, cuando mucho, hacia la década de 1970.

La pregunta está dirigida más bien hacia dos aspectos que trataremos de clarificar de seguidas. El primero tiene que ver con lo contradictorio que resultaba el llamado insurreccional que, en este caso, comprometía a los militares frente a unas masas a las cuales la propia izquierda, apenas tres años antes, les había pedido respeto por los resultados electorales. Eso lo habrían podido entender algunos sectores de vanguardia pero difícilmente la militancia de base y el electorado que había acompañado al PCV hasta ese momento. Frente a consignas al estilo de ¡Nuevo Gobierno Ya! puestas a circular a fines del 61, dirá, por ejemplo, el dirigente comunista Pedro Ortega Díaz: «Nosotros no podíamos pretender que el pueblo de Venezuela, después de haber estado treinta años diciéndole que lo fundamental era que eligiera a sus gobernantes, y después que se logró [...], viniéramos entonces a decirle que queríamos derrocar ese gobierno»[153].

En términos aún más gráficos, el propio Ortega Díaz volvería sobre el tema al comentar los resultados electorales de diciembre de 1958 –concretamente en Caracas– y contrastarlos con el llamado a la rebelión, ahora en contacto directo con los militares:

> Y entonces gana Betancourt las elecciones y el pueblo de Caracas se quiere alzar porque no acepta los resultados. Ese pueblo [de Caracas] había votado en un 80 % en contra de Betancourt y sin embargo lo ve elegido. Y entonces, protesta y se alza, no entiende ese triunfo. Y resulta que somos nosotros [...] quienes salimos a decir: señores, hay que respetar los resultados electorales. Y después de haber sostenido esa posición [...] le estamos pidiendo a ese mismo pueblo que ahora sí se alce contra Betancourt. Y en mi opinión esto fue un extraordinario disparate político[154].

152 Carrera, 2013: 393.

153 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 46.

Con enorme claridad, el veterano dirigente del PCV concluirá diciendo lo siguiente: «A las masas se les pidió, se les exigió el respeto a los resultados electorales [de fines de 1958], y apenas [después] se les dijo que había que olvidarse de las elecciones y que había que alzarse»[155].

El otro sentido que tiene la pregunta apunta a saber si las insurrecciones de Carúpano y Puerto Cabello habrían sido capaces de generar un efecto de contagio, o de onda expansiva, dentro de los propios cuarteles. Hasta ahora, de las valoraciones ofrecidas por sus protagonistas se desprende que una de las causas por las cuales los dioses desertaron de la empresa fue porque aquellas acciones se vieron inspiradas en la tesis del *chispazo*, es decir, confiando en que las posibilidades de éxito que pudieran darse en una guarnición se vieran ligadas, en el plano militar, a que se produjese una cadena espontánea de alzamientos en otros cuarteles y, por extensión, en las calles del país. Sin llegar al punto de mistificar tal estrategia como lo hicieron quienes creyeron que bastaba con alzar una alcabala para que la chispa surtiera efecto, lo cierto es que los testimonios llevan a concluir que sus organizadores confiaron seriamente en esa modalidad insurreccional, aun cuando más tarde se retractaran de ella. De otra forma no se explica que en ambos casos asumieran el riesgo de alzarse en sitios tan vulnerables como Carúpano y Puerto Cabello con la alta posibilidad, como en efecto ocurrió, de quedar rápidamente cercados por fuerzas leales al gobierno si la «chispa» que debía encender la pradera no surtía el efecto deseado. De

154 Ibíd., 42.

155 Ibíd., 50.

hecho, a la vista de los resultados, Agustín Blanco Muñoz deja caer una observación implacable:

> No parece difícil colegir que se [estaba] frente a un movimiento que no tenía posibilidades reales de triunfar. Y si esto ocurría en el centro mismo de la chispa que debía iniciar el incendio, no había porqué [*sic*] esperar que hubiese un mejor funcionamiento en el conjunto de las plazas «comprometidas»[156].

Sin embargo, todo cuanto de erróneo pudo tener ese voluntarismo característico de la época no minimiza su importancia a la hora de analizar el cuadro insurreccional planteado en el año 62. Para muchos de sus protagonistas, se trataba de un intento –como se ha dicho– de recobrar el tiempo perdido ante el dilema que significó haber navegado hasta ese momento entre la lucha legal y el pronunciamiento armado. O, en otras palabras, que la chispa estaba llamada a responder al aceleramiento que había cobrado la convulsionada dinámica desatada a inicios de ese año 62 cuando se dio, por una parte, la huelga nacional de transporte y, por la otra, un aborto insurreccional que debió ser protagonizado por la Infantería de Marina acantonada en La Guaira[157].

Teodoro Petkoff, por un lado, y Domingo Alberto Rangel, por el otro, se declararon más tarde o más temprano acerbos críticos de la línea de la chispa. Para Petkoff, la concepción guerrerista que predominó a comienzos del 62, y el hecho de que se perdiera de vista todo el contexto político del proceso, hizo que la «chispa» fuera simplemente reflejo del grado de irresponsabilidad que llegó a cobrar el asunto[158]. En la misma acera, aunque manejando otros supuestos, se ubicaría también Domingo Alberto Rangel. Al figurar entre quienes cuestionaron esa fórmula que condujo a las acciones de Carúpano, el 4 de

156 Blanco Muñoz, 1994: 87.
157 Sanoja, 2007, II: 68.
158 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 209.

mayo, y de Puerto Cabello, el 2 de junio, Rangel consideraba que «el chispazo cifraba sus únicas esperanzas de éxito en levantar una guarnición a ver qué pasa[ba], sin tomar ninguna clase de precauciones, sin vincular eso con ningún otro movimiento». A la hora de hacer el balance, el opinante creería ver en ello «una irresponsabilidad digna del fusilamiento»[159]. Los alcances de tal estrategia habrían resultado significativamente mayores, a juicio del propio Rangel, si ambos alzamientos hubiesen estado efectivamente imbricados dentro del clima de huelgas, protestas callejeras y ofensivas guerrilleras que comenzaban a perfilarse como signo distintivo de ese año 62[160].

Al mismo tiempo que esa característica de brote aislado, calculado para provocar el chispazo, que tuvieron ambas insurrecciones, se impone otra razón que podría ayudar a explicar el fracaso. De acuerdo, por ejemplo, con Manuel Caballero, una vez debelada la primera acción –la de Carúpano–, fue un «error garrafal de la izquierda» haber estimulado la segunda –la de Puerto Cabello– apenas veintiocho días más tarde, cuando lo lógico y conveniente habría sido «guardar la pólvora»[161]. Sin embargo, el mismo Caballero admite que a la izquierda quizá no le quedara otro camino luego de verse debelada la primera acción y en camino de gestarse la segunda[162]. Esta afirmación, con la que de algún modo coincide también el periodista Jesús Sanoja Hernández, deja claro que ambos brotes, si bien improvisados y mal planificados, corrían parejos dentro de un mismo calendario, por lo cual el error determinante consistió en no haberlos coordinado para que su ejecución fuera simultánea, lo cual habría aumentado sus posibilidades de éxito[163].

Como en muchos otros aspectos ligados a ambas asonadas, el tema de la coordinación –o la falta de ella– acusa contradicciones mayús-

159 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. En Blanco Muñoz, 1981(b): 74.
160 Ibídem.
161 Caballero, 2008: 310.
162 Ibídem.
163 Sanoja, 2007, II: 85-86.

culas entre un testimonio y otro. Por ello convendría recoger la visión que ofrece Simón Sáez Mérida a la hora de hacer el balance e introducir, por esa vía, una variante que merece ser tomada en cuenta. A su juicio, el problema no había radicado tanto en una falta de coordinación como en el hecho de que, mientras en Cumaná la alta oficialidad estaba ganada para la acción, en el caso de Puerto Cabello esta debió efectuarse, simple y llanamente, mediante un golpe de mano. Resulta justo por tanto consignar el juicio de quien asumió responsabilidades apreciables (entre otras, como redactor del Manifiesto de Carúpano), puesto que sus palabras corren en sentido contrario a muchas de las afirmaciones comúnmente conocidas:

> Carúpano y Puerto Cabello iban a estallar juntos. Lo que pasó es que en Carúpano nosotros controlábamos toda la unidad y en Puerto Cabello había que dar un golpe de mano. En Puerto Cabello [...] no teníamos ninguna jefatura. Teníamos una segunda jefatura allí [...] para dar un golpe de mano. Pero resultó que los tipos sabían que iba a haber un golpe y los jefes amanecieron en sus puestos. Y con los jefes en sus puestos, es muy difícil, a menos que les metas un tiro. Aun así, tomamos la base, tomamos la infantería, alzamos dos barcos, tomamos la flota, etc. Pero no pudo simultanearse Carúpano y Puerto Cabello por la situación peculiar de cada uno. Aquí en Carúpano teníamos el control de la unidad a partir del jefe, que eran los jefes de las tres unidades, flota, infantería y base; en Puerto Cabello, tenían jefes distintos[164].

Acerca de este punto existe otro testimoniante cuya opinión merece ser tenida en cuenta puesto que, a su juicio, no puede dársele cabida al término «coordinación» sencillamente porque ambas acciones –Carúpano y Puerto Cabello– no fueron simultáneas, y al respecto dice:

> [T]ampoco fue que Puerto Cabello estaba preparado y que no estalló junto con Carúpano, como se imagina alguna gente. Algunos piensan que las dos cosas estaban preparadas juntas. Pero no fue así. Puerto Cabello se preparó a renglón seguido, luego de la desesperación de Carúpano, con los restos del desastre de Carúpano. Y seguimos pa'lante y pa'lante. [...][F]ue una gran pira donde íbamos tirando toda nuestra riqueza, los sindicatos, la liga campesina, la universidad, los estudiantes, y entonces también tiramos Carúpano para gastar los oficiales que teníamos. Y todavía no satisfechos, recolectamos todos los oficiales que nos quedaban y los tiramos en Puerto Cabello para que se quemara todo[165].

164 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 164.

Del otro lado del redil, es decir, desde una visión contraria a los insurrectos, figura la opinión del general Carlos Soto Tamayo, quien sostiene, como punto adicional, que los sublevados subestimaron en todo momento la capacidad de respuesta que las FF. AA. leales a Betancourt estuvieron dispuestas a ofrecer. Sin embargo, a renglón seguido, Soto Tamayo ofrece un dato que concita la duda en la medida en que el autor pareciera sobrestimar el alcance del aparato de inteligencia con que contaba el gobierno. Ello es así puesto que, a su entender, se pudo calcular el lugar, la hora y el número de efectivos comprometidos en el Porteñazo[166]. Eso de que el «factor sorpresa» se viera frustrado en tales proporciones por obra de la efectividad con que actuaron los servicios de inteligencia acusa dos debilidades: primero, colide con otros testimonios oficiales según los cuales se tenían indicios de que algo se tramaba, aunque sin saberse exactamente que el movimiento podía tener su epicentro en Puerto Cabello; segundo: cuesta creer que Betancourt, lejos de abortar lo que supuestamente ya se conocía al detalle, tuviese la frialdad de ánimo suficiente para aguardar a que el movimiento se materializara.

En cambio, en lo que sí podría estarse plenamente de acuerdo con el autor es con respecto al hecho de que los insurgentes dejaron de prever hasta tal punto la efectividad de la reacción gubernamental

165 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 54-55.

166 Soto, 1986: 310.

que estos fueron incapaces de tomar aquellas medidas que les hubiesen permitido mantener un control efectivo de Puerto Cabello. Para remate, como lo apunta Jesús Sanoja Hernández, los oficiales presos, que no se habían sumado a la rebelión, lograron liberarse y reconquistar la base naval[167].

Parte de lo anterior, visto en redondo, permite apreciar con mayor claridad lo planteado por Domingo Alberto Rangel: si la improvisación fue el común denominador de ambas rebeliones, la descoordinación de aquello que mínimamente pudo coordinarse le permitió a Betancourt batir «al detal» todas las insurrecciones cívico-militares que se plantearon en 1962. Su tesis es que, de lo contrario, el régimen no habría sobrevivido durante ese año del tigre, según el horóscopo chino. Escuchémoslo:

> [L]a caída del gobierno de Rómulo Betancourt hubiera venido si se junta, por ejemplo, el Carupanazo y el Porteñazo con la huelga de choferes de San Cristóbal, que fue uno de los signos más importantes de la temperatura insurreccional del país. [De esa forma] la suerte de Betancourt hubiera quedado sellada. Hay que recordar que la huelga de transporte paralizó a todo el país desde San Cristóbal hasta Güiria. No se movió ni un camión, ni un autobús, ni un carro de plaza durante una semana. Si [los dos regimientos de Cumaná y Puerto Cabello], junto con el de La Guaira y el de la Península de Paraguaná que estaban también comprometidos, es decir, si los cuatro batallones de Infantería de Marina –Carúpano, Puerto Cabello, Maiquetía y Punto Fijo– [...] se juntan, el gobierno hubiera caído indefectiblemente. Pero no se hizo eso y entonces el gobierno de Betancourt pudo batir la insurrección al detal, es decir, enfrentarse a Carúpano y Puerto Cabello aislados, enfrentarse a la huelga de San Cristóbal aislada, enfrentarse a la guerrilla aislada[168].

167 Sanoja, 2007, II: 86.

168 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. En Blanco Muñoz, 1981(b): 33, 74.

Sobre esa «batida al detal», Pérez Marcano coincide señalando que:

> la dirección revolucionaria [...] jugó a la insurrección en varias etapas, en varios momentos, en los cuales no estaban dadas todas las condiciones para la insurgencia. Eso le permitió a Betancourt ir derrotando por etapas, ir desgastando al movimiento popular. La huelga del transporte fue un desgaste, luego, en [mayo y junio de] 1962, se dan los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello, que tuvieron como consecuencia que el movimiento revolucionario malbaratara lo que había acumulado en el seno del Ejército[169].

Sin embargo, el capitán Víctor Hugo Morales, uno de los jefes máximos del Porteñazo, maneja su propia versión del asunto, la cual, precisamente por lo mucho que difiere de otras, vale la pena reseñar. A su juicio, la incoordinación intentó evitarse a toda costa, de tal modo que no puede adscribirse ese factor a la lista de las simples torpezas. Veamos:

> [A]llí [en Carúpano y Puerto Cabello] hubo una falta de coordinación [...], y entonces se mandó a decir a Carúpano para que suspendieran el movimiento, pero la noticia no les llegó. Y Carúpano se lanza solo confiado en que por lo menos [el batallón de Infantería de Marina de] Maiquetía les iba a responder. Allí hubiera tenido que tomar el mando yo, porque no había sino oficiales subalternos. En Maiquetía me habían sacado a mí y habían sacado a dos o tres oficiales más que éramos claves. Y en consecuencia no fue posible hacer una buena coordinación con los que quedaron allá. En virtud de eso se les mandó a decir a los de Carúpano que suspendieran la acción[170].

Independientemente de cómo se juzgue la supuesta falta de coordinación de los elementos militares, ambas acciones acusaron proble-

169 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En ibid., 317.

170 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 203-204.

mas de otra naturaleza. Hubo en tal sentido fallas adicionales, una de las cuales fue que sus protagonistas, al menos aquellos que actuaron como soporte civil, se vieron llevados a improvisar sobre el terreno, sin mucho conocimiento del teatro donde la insurgencia pretendía medirse con las fuerzas gubernamentales. Tanto del testimonio de Guillermo García Ponce, en el caso de Carúpano, como de Manuel Quijada, en el de Puerto Cabello, se desprende con toda franqueza la admisión de esa circunstancia a la hora de evaluar los errores. Escuchemos al primero: «[P]ara ese momento yo no conocía a Carúpano, si lo hubiese conocido tal vez hubiese hecho todo lo posible para que aquello no se diera porque esa es una ciudad encerrada»[171]. Ahora, al segundo: «Yo entre allí [a la base naval de Puerto Cabello] a última hora. Y ya al final, cuando vi que no se podía hacer nada, me fui [...] hacia el Castillo Libertador para conocerlo»[172]. Frente al infortunio que significaba no manejar el sitio donde debía darse la confrontación, Quijada va más allá y reconoce, incluso, que el capitán de corbeta, Pedro Medina Silva, quien como segundo jefe de la base era uno de los responsables de iniciar la acción, «tenía pocos días de haberse encargado» y remata diciendo lo siguiente cuando ya estaba a punto de desencadenarse la conjura: «Perucho [Pedro Medina Silva] en verdad estaba viendo cómo tomar la base, pero como estaba nuevo no conocía a nadie, y además no tenía ninguna conexión»[173].

Además, la improvisación parecía tocar otro aspecto que iba más allá de la escasa o nula familiaridad con el terreno. En este sentido privaba también la falta de una adecuada planificación que, de otra forma, hubiese permitido que los contingentes que participaban de la insurrección contrarrestaran de manera efectiva el alcance de la respuesta enemiga. Así lo observa por ejemplo Jesús Molina Villegas al referirse al caso de Carúpano:

171 Blanco Muñoz, 1981(a): 113.
172 Entrevista con Manuel Quijada. En ibíd., 29.
173 Ibíd., 28-29.

> [Si] nosotros hubiéramos dado una preparación de antemano a esos hombres, tú los llevas adonde tú quieras y ellos te acompañan en una forma consciente. [...] Por eso es que yo digo que no se puede imponer una estrategia, una táctica a última hora. Y no es que yo quiera excusarme, pero si a ti te dicen de un momento para otro: nos vamos a alzar mañana, ¿qué tiempo tienes tú para planificar?[174].

Otra limitante que pareció haber hecho de las suyas fue que, con reiterada frecuencia, los insurgentes tendieron a sobrevalorar sus propios recursos a expensas de subestimar la capacidad del adversario. Y este fenómeno recurre a la hora de evaluar las oportunidades planteadas para la lucha tanto en el terreno militar como político. Por su sinceridad hay que agradecer la forma como llegó a expresarse el mismo comandante Molina al aludir a este punto:

> [L]a petición de un «nuevo gobierno ya» eran cosas que se hacían sin tener en cuenta que Betancourt había impuesto el gobierno más fuerte que hemos tenido. Y, sin embargo, para la izquierda el de Betancourt era un «gobiernito» que habría de caer con el simple levantamiento de una prefectura[175].

Partiendo de una percepción similar, el capitán Víctor Hugo Morales reconoce también que la izquierda se asomó al abismo gracias, en buena medida, a este juego de ilusiones: «[Los de la izquierda] creían que con quemar cuatro autobuses, y con los revólveres y fusiles que se tenían en las Fuerzas Armadas, iban a tumbar a Betancourt, y se iba a repetir el 23 de enero. Eso era lo que se creía, pero lo que operaba era todo lo contrario»[176].

Un detalle digno de atención a la hora de examinar la coyuntura es que Betancourt y, por extensión, el régimen democrático recién

174 Entrevista con J.T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 116.
175 Ibíd., 111.
176 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En ibíd., 199.

instaurado, tampoco contaban para la fecha de las asonadas de 1962 con un aparato de seguridad lo suficientemente efectivo u homogéneo como para detectar y desmontar los dispositivos urdidos por la izquierda en combinación con el sector militar-insurreccional. Así lo explica, por ejemplo, Domingo Alberto Rangel:

> [E]l 23 de enero destruye todo el aparato policial venezolano que había montado Pedro Estrada en los diez años de dictadura. Y cuando nosotros nos alzamos, el Estado venezolano no tiene ningún aparato policial eficiente, o quizás sería mejor decir que no tiene ningún aparato policial. La Digepol es un organismo en proceso de formación [...] Y el SIFA era también un organismo en proceso de formación porque también había sido materialmente liquidado en el 58, por la depuración a que lo sometieron durante los doce meses [de la Junta de Gobierno][177].

La conclusión que se deriva es, pues, clara: solo cuando Betancourt estructura sus aparatos policiales es cuando el Ejército adquiere mayor unidad de propósito para enfrentar la insurgencia[178].

LA MARINA ANTES QUE NADA

Otro aspecto interesante que conviene tener en cuenta es que se trató de alzamientos en los cuales la Marina –y no el Ejército– fue la protagonista, algo que hasta ese momento corría contrario a la tradición venezolana. Efectivamente, las rebeliones de Carúpano y Puerto Cabello fueron de origen naval, y ambas a la vez, como lo observa Domingo Alberto Rangel, debieron contar al menos en principio con el apoyo de otras dos guarniciones también navales, la de La Guaira y la de Punto Fijo. Muy distinto será, por ejemplo, el caso de la Argentina,

177 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. Blanco Muñoz, 1981(b): 37.
178 Entrevista con Celso Fortoul. Ibíd., 190.

donde ya la Marina había tenido experiencia en distintas conspiraciones como las que se fraguaron contra Juan Domingo Perón, especialmente durante la llamada Revolución Libertadora, que condujo a su caída en 1955, uno de cuyos nervios centrales fue la amenaza, por parte de la flota rebelde, de bombardear blancos militares y edificios industriales en las cercanías de Buenos Aires[179].

Valdría la pena detenerse en este punto y consultar el parecer de Domingo Irwin sobre la forma como, frente a la posición históricamente protagónica del Ejército venezolano, terminó emergiendo con fuerza el componente marino a partir de la crisis y caída del perezjimenismo:

> El papel dominante del Ejército se reafirma durante el Trienio [1945-1948] y la década siguiente de gobiernos bajo dominio militar, hasta 1958. Los avances profesionales logrados por la Armada [...] durante la década de 1950, producto de la adquisición de modernas unidades de combate, se evidencia en las acciones castrenses decisivas para deponer al gobierno del general Pérez Jiménez. [...] Durante los gobiernos civiles, desde la década de 1960, la supremacía del Ejército se debilita[180].

Esta opinión es compartida por el historiador Edwin Lieuwen, a juicio de quien el Ejército, caído en desgracia a causa de su asociación con Pérez Jiménez, debió verse frente a una Armada en ascenso[181]. Al mismo tiempo, la valoración que hace un historiador como Juan Bautista Fuenmayor ayuda a comprender mejor el asunto:

> Nuestra Marina de Guerra gozaba de una imagen muy favorable en el seno de las grandes masas venezolanas, producto del papel que le tocó jugar en el movimiento que derrocó a la dictadura de Pérez Jiménez, luego ratificado

179 Page, 1999: 384; Luis Herrera Campíns, «La era de los almirantes». *El Nacional*, 11/06/58. ASGS.
180 Irwin, 2005: 322.
181 Lieuwen, 1965: 192.

> por la actuación de Wolfgang Larrazábal en la Presidencia de la Junta de Gobierno, durante el año de 1958. Acerca de las restantes fuerzas militares del país podían haber [*sic*] ciertas reservas o desconfianza en el seno de la sociedad venezolana, porque de ellas habían salido muchos de los hombres que despotizaron a Venezuela en el pasado[182].

Incluso, la valiosa opinión de un testigo presencial acude como prueba de que, en el frágil contexto que supuso la caída de la dictadura, la Marina fue bien vista por el movimiento popular: «La Marina le lavó la cara al movimiento del 23 de enero. Al Ejército no lo quería nadie en ese momento. Si no es por la Marina, no hay cómo evitar la furia contra los efectivos de otros componentes. La Marina tuvo que salir a la calle para evitar que lincharan a los militares»[183]. Además, según lo anotan por su parte Inés Guardia Rolando y Giannina Olivieri, las presiones más visibles para que Pérez Jiménez abandonase el poder procedieron de la Armada[184]. Probablemente tal circunstancia bastó para darle a la Marina cierto aire de superioridad frente al resto de los componentes.

Asimismo, a la hora de suponer que la Marina terminó fortaleciéndose como «cantera conspirativa» por obra del papel que le tocó jugar en el contexto de la crisis de enero del 58, no puede perderse de vista que su protagonismo en las jornadas antiperezjimenistas fue tal que la noche del 22 de enero no solo la base naval de Puerto Cabello ya había sido tomada por los marinos rebeldes, sino que la flota fondeada en La Guaira había zarpado para amunicionarse en la propia Puerto Cabello en previsión de posibles enfrentamientos con las unidades que permanecían leales al régimen[185].

182 Fuenmayor, 1988, xiv: 84.

183 Entrevista a Carlos Fermín Castillo. Caracas, 30 de julio de 2013.

184 Guardia y Olivieri, 2005: 63.

185 Morales, 1971: 36. El propio Morales sostiene que los buques de la Armada fondeados en La Guaira fueron prácticamente reducidos a la impotencia, despojados de su munición, el 9 de enero del 58 por obra de una decisión del régimen, ejecutada por varias unidades de tropa al mando de Luis Felipe Llovera Páez, lo cual incluyó la toma de la Escuela Naval. Ibíd., 35.

Por otro lado, a la hora de coincidir con el hecho de que la Marina fuera vista como el componente «heroico» de la insurrección que depuso a Pérez Jiménez, el antes citado historiador estadounidense Edwin Lieuwen subraya también que la capacidad de fuerza representada por la Infantería de Marina, compuesta por unos cinco mil efectivos e introducida como arma moderna en tiempos de la dictadura, era resentida por la rama terrestre[186].

Aparte de su eficiente capacitación técnica, o el poderío bélico que fue capaz de poner en evidencia, conviene insistir en el peso que cobró la Armada durante aquella coyuntura en función de su prestigio, algo que sin duda logró sobrevivir a la descomposición final del régimen militar en 1958. En este sentido, si algún sector salió ileso ante la sociedad venezolana luego de un decenio de gobiernos castrenses fue justamente la Marina, al menos comparado con su principal rival, sin dejar de tomar en cuenta, como lo hace Irwin, que el desprestigio de las FF. AA. era por lo general intenso, popularmente hablando, y no sin razón[187]. Así lo entiende también Manuel Quijada quien, en conversación con Agustín Blanco Muñoz, explicaba lo siguiente:

> En ese momento –se refiere al año 62– la única fuerza que la opinión pública veía con una cierta simpatía era la Marina. No te olvides que hasta esa fecha había una cierta aprensión hacia todo lo que fuese militar [después del 23 de Enero] […] Y en este sentido la parte civil sentía grandes temores hacia todo lo que fuese el Ejército[188].

Quizá otra prueba del peso que se viene comentando, y sobre la base del cual el factor naval hubo de gravitar en tales circunstancias, radique en el hecho de que, según el contralmirante Ricardo Sosa Ríos, se trató del componente que a fin de cuentas se vio menos desarticu-

186 Lieuwen, 1965: 192.

187 Irwin, 2000: 95.

188 Entrevista a Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 22.

lado, desde el punto de vista de sus jerarquías y escalafones de mando, al darse la caída de Pérez Jiménez[189], todo lo cual explicaría, de acuerdo con Guillermo García Ponce, el origen de la jefatura de Wolfgang Larrazábal al frente de la Junta:

> Él entra porque es el oficial de más alta graduación. Él es Contralmirante, General de División. No había otros Generales de División. Los otros son los que han salido, los derrocados. Y los que quedaban son coroneles. El militar de más alta graduación es Larrazábal y por eso se le designó Presidente de la Junta[190].

Lo dicho por García Ponce cobra una importancia capital si se le aprecia dentro de lo que significó la ruptura de la hegemonía que había caracterizado hasta entonces al Ejército, algo que se pondría de bulto de manera mucho más evidente frente al cuadro de poder que terminó emergiendo a la caída de Pérez Jiménez. No será de sus filas sino de la Armada –como se apuntó– de donde surja la primera y más duradera jefatura de la Junta de Gobierno entre el 24 de enero y el 14 de noviembre de 1958, en la persona del contralmirante Wolfgang Larrazábal[191]. De hecho, según lo observa por su parte Iván Darío Jiménez, la Marina sobrevivió compactada en torno a Larrazábal hasta que los sucesos de Carúpano la dividieron irremediablemente[192].

En todo caso, con Wolfgang Larrazábal, los sucesos de enero del 58 le dieron, por primera vez en la historia, la Presidencia de un Ejecutivo colegiado a un miembro de la Armada. Además, como otra demostración de la ascendencia que había cobrado la Marina figura el hecho de que el propio Larrazábal terminara perfilándose más tarde como una de las opciones de la fallida fórmula unitaria para las elecciones de 1958 y, en todo caso, como el candidato que contó con el apoyo de URD y del PCV frente a la alternativa de Betancourt[193].

189 Entrevista con Ricardo Sosa Ríos. En ibíd., 80.
190 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 36.
191 Irwin, 2000: 95.
192 Jiménez, 1996: 121.

Ese grado de estabilidad institucional que se ve confirmado por varios testimonios fue quizá lo que le permitió a la Marina evitar la desmoralización y el debilitamiento que llegó a apoderarse del Ejército que, en cambio, sí se vio sometido a un proceso de cribas y depuraciones al caer la dictadura. Pero, paradójicamente, ese mismo factor pudo ser el acicate para el malestar que se gestaría dentro de un sector de la Armada, capaz, por tanto, de explicar que se acelerara la conspiración naval. Dentro de esta lectura estarían las palabras del comandante de la Infantería de Marina, Jesús Molina Villegas, quien detentó la máxima jefatura durante el Carupanazo:

> [E]n aquel momento, en los oficiales que íbamos a ejercer el mando, iba a haber un cambio de jerarquía. El 23 de enero mantuvo las jerarquías. [...] Entonces los oficiales progresistas que estábamos comprometidos o vinculados íbamos a ejercer un mando real. Nosotros, el 23 de enero, estuvimos en el gobierno pero bajo la tutela, la dirección de otras jerarquías y otras mentalidades, otros intereses[194].

En relación directa con el cuadro que acaba de describirse, Edwin Lieuwen va más allá y sostiene que entre la Marina y la izquierda terminó planteándose una simbiosis que hallaría su expresión más cabal en la candidatura de Wolfgang Larrazábal, uno de cuyos principales sostenes lo constituía el PCV, partido del cual, durante la Presidencia interina del propio Larrazábal, habían salido muchos de los cuadros que tuvieron la responsabilidad de gerenciar a nivel medio el Plan de Emergencia impulsado por la Junta. Además, según el propio Lieuwen, la Marina continuaría operando bajo el firme control del clan Larrazábal una vez que el expresidente fuera designado como embajador

193 Lieuwen, 1965: 192.
194 Entrevista con J. T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 103-104.

en Chile y su hermano, el almirante Carlos Larrazábal, y su cuñado, el almirante Ricardo Sosa Ríos, pasaran a asumir los cargos de mayor responsabilidad dentro de la Armada. Al mismo tiempo el historiador agrega que Betancourt, ya al ejercer como presidente, intentó sortear la rivalidad planteada entre la Marina y el Ejército confiriéndole un trato privilegiado a la Fuerza Aérea[195]. Por último, resulta altamente probable concluir que el celo y la determinación con que operó el Ejército a la hora de enfrentar a los marinos rebeldes de Carúpano y Puerto Cabello en 1962 tuviera su origen en aquella competencia que llegó a intensificarse entre ambos sectores de las FF. AA. durante el mandato de Betancourt. Lo que no queda claro es si la intensificación de esa rivalidad interfuerzas era producto de una política alentada por el presidente o una situación que en realidad venía desarrollándose desde el fin de la dictadura militar y de la cual este, simplemente, llegó a beneficiarse.

LA ESTAMPA DEL 62

Por cierto que dentro del acontecer violento de esa década que recién se estrenaba, el año 62 habrá de perfilarse como propicio a los golpes de Estado, triunfantes –o no– en la región. Así, mientras por un lado Venezuela era gobernada por Betancourt y República Dominicana apenas salía del régimen trujillista, los militares tomaron el atajo de la insurrección al deponer a Manuel Prado Ugarteche en Perú, mientras sus colegas argentinos harían otro tanto al asestarle un golpe de Estado al presidente Arturo Frondizi[196]. Aún más, cabe recordar que, dentro de la cronología de los golpes de Estado en la región, siete años separaban la caída de Frondizi y de Prado Ugarteche, o las intentonas golpistas de Carúpano y Puerto Cabello, del último asalto armado al poder, como lo supuso la rebelión militar que depuso a Perón en 1955.

195 Lieuwen, 1965: 192.

196 Sanoja, 2007, II: 28-29.

Descontando obviamente la caída de Pérez Jiménez, en 1958, o la de Fulgencio Batista, en 1959, ambas de las cuales se apartaban del clásico esquema de los pronunciamientos militares, 1962 solo se verá superado por los cinco golpes de Estado que se dieron en 1963 en Perú, República Dominicana, Ecuador, Guatemala y Honduras. En 1964, la cifra bajará a uno (Brasil), se mantendrá igual en 1966 (Argentina), subirá a dos en 1968 (Perú y Panamá) y se detendrá nuevamente en uno, en 1971 (Bolivia). A partir de entonces, con la regresión militarista que habrá de sufrir la región durante la década que recién se iniciaba, el rosario de golpes y cuartelazos formará una nomenclatura común y correrá como peste, especialmente en el Cono Sur y la región andina: Ecuador (1972), Chile (1973), Uruguay (1973) y Argentina (1976).

Por el contrario, en el caso particular de Venezuela, y como lo ha observado Domingo Irwin, con cada conspiración que terminara en fracaso, se viera debelada o se frustrara durante su presidencia, Betancourt lograría avanzar un paso más en el proceso de institucionalización de las Fuerzas Armadas[197]. Desde luego, esto no quiere decir que, en tan corto tiempo, los oficiales leales al régimen democrático y de orientación profesional lograran controlar de manera efectiva la estructura militar hasta purgarla de elementos golpistas. De otro modo no se explicaría que en el contexto específico de 1962, cuando el recurso al golpe de Estado se creía depositado en la morgue política tras las fracasadas conjuras de los años 60 y 61, un alzamiento como el de Carúpano, y luego otro de la magnitud, intensidad y calibre como el de Puerto Cabello vinieran a plantearle a Betancourt un nuevo desafío en términos armados.

Si tuviese que buscarle algún origen a este libro que ahora se ofrece, creo que podría hallarlo en las clases que me impartiera Domingo Irwin en la UCAB en torno a las relaciones civiles y militares en Venezuela. Fue de Irwin de quien escuché un dato que desde entonces retengo en la memoria: el hecho es que, descontando la batalla de Ciudad Bolívar en 1903, con la cual Juan Vicente Gómez (a las

197 Irwin, 2000: 96.

órdenes de Cipriano Castro) cerró el ciclo de las guerras civiles, no había existido en la historia venezolana una acción militar que involucrara tal capacidad de fuego ni que reportara tantas bajas como las registradas durante el Porteñazo. Ello no quiere decir que el libro se ciña exclusivamente a ese episodio pero, como resulta lógico suponerlo, la dimensión que llegó a cobrar le otorga una jerarquía particular dentro de estas páginas.

Existe además otro motivo que vincula directamente la génesis de este libro con la acción de Puerto Cabello. Como hijo de la estabilidad democrática, al menos hasta el 27 de febrero de 1989, siempre guardé vívidamente en el recuerdo la estampa de Andrés de Jesús Garcés, cabo de la Primera Compañía de Fusileros del Batallón Piar, desplomado de rodillas mientras sus manos se aferraban a los brazos del padre Luis María Padilla, capellán de la Base Naval de Puerto Cabello, quien auxiliaba al soldado moribundo en medio del fuego cruzado. Supongo, al juzgar por mi propia experiencia, un tanto posterior a los hechos, que una imagen tan impactante como esa gráfica de Héctor Rondón Lovera, reportero del diario *La República*, y que le valió doce premios, entre ellos el World Press Photo y el Pulitzer, debió contribuir como pocas cosas a consolidar, emocionalmente hablando, lo que significó que un joven recluta perdiera la vida en Puerto Cabello «defendiendo la Constitución y las instituciones democráticas», como lo dijo el propio Betancourt al declarar tres días de duelo nacional a raíz de lo ocurrido.

Tan impactante fue esa fotografía que la Comandancia General de la Marina ordenó reproducirla y colocarla en todas las dependencias navales del país[198] y, apenas un año más tarde, en 1963, llegaría a ser utilizada en un afiche de Acción Democrática durante la campaña electoral que llevó a Raúl Leoni a la Presidencia[199]. Así lo llegaría a admitir también Héctor Pérez Marcano, uno de los testigos de la época a quien se le debe el hecho de haber ofrecido un balance muy objetivo

198 *Élite*, n.º 1.916, 16/06/62: 35.
199 Brett, 1970: 32.

de la coyuntura, más allá de sus convicciones personales de entonces: «A partir de Puerto Cabello, el gobierno realizó una propaganda muy efectiva, con aquel famoso afiche del cura sosteniendo por un brazo al soldado moribundo»[200]. Para complicar aún más las cosas, el historiador Juan Bautista Fuenmayor llegó a afirmar que ni siquiera se trataba de un soldado leal, sino de uno de los infantes de marina rebeldes y que, de ese modo, la célebre gráfica de Rondón Lovera se prestó a ser empleada de manera tendenciosa[201]. Como muchos otros aspectos que tienen que ver con esta historia de armas y pronunciamientos armados, resulta difícil precisar el límite exacto en donde descansa la verdad.

Probablemente, ya con los años transcurridos desde entonces, nuestra sensibilidad ante la violencia política haya cambiado o se haya curtido, si se piensa en los muertos dejados a su paso por el 27 de febrero de 1989, o durante los singulares intentos de golpe de febrero y noviembre de 1992. Además, la magnitud mediática de estos últimos acontecimientos tal vez exceda en mucho la memoria, así como el entendimiento que podamos tener aún acerca de los sucesos del ya remoto año 62. Sin embargo, dentro de esa fábrica oculta, donde la historia labora silenciosamente, es probable que entre una y otra fecha, con treinta años de diferencia y a través de diferentes versiones o formas de expresión, pueda percibirse cierta continuidad cuando de la violencia política se trata. De algún modo, como lo advirtió en su momento el periodista Jesús Sanoja Hernández, lo que no logró el PCV ni el MIR en los años sesenta lo lograrían los comandantes «bolivarianos» del 4-F a través de una atípica rebelión militar, promotora de una nueva etapa[202].

Sin duda, la época es otra. En su edición del 2 de junio del 2012, al cumplirse medio siglo de la acción del Porteñazo, el diario *El Nacional* llamaba la atención acerca de los actos que el alcalde de aquella ciudad había preparado para conmemorar la fecha. Aparte del

200 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 326.
201 Fuenmayor, 1988, XIV: 241.
202 Sanoja, 2007, II: 131.

tradicional discurso de orden que, en este caso, estuvo a cargo de José Vicente Rangel (testigo clave de la coyuntura) y de la realización de murales en la famosa esquina de La Alcantarilla, lugar donde se le tendió una emboscada a las tropas del gobierno con saldo de numerosísimos muertos[203], hubo otras actividades para conmemorar el cincuentenario del suceso, entre ellas, un acuatlón, una mezcla de maratón y nado[204]. La pregunta se impone, desde luego: ¿Había algo qué conmemorar fuera de los cuatrocientos muertos y setecientos heridos dejados por una asonada que hizo que muchos de sus propios promotores, con el correr de los años, se vieran minados por las dudas? En todo caso, ¿qué pudo haber llevado a que el alcalde de Puerto Cabello le diera un tono tan festinado a los cincuenta años del Porteñazo? En realidad, resulta difícil saberlo. Quizá se tratara simplemente de la forma más alegre y entusiasta que pudo hallar aquel burgomaestre para elevar el Porteñazo al rango de epopeya y, de paso, darle un carácter deportivo a la historia, en tiempos tan proclives a ello.

203 Fuenmayor, 1988, xiv: 235.
204 *El Nacional*, 02/06/2012: C6.

CLIMA DE ESTRENO

DOS HOMBRES Y DOS ESTILOS

El 7 de diciembre de 1958 Rómulo Betancourt ganó las elecciones en Venezuela pero las perdió en Caracas. En términos nacionales, el candidato de Acción Democrática obtuvo cerca de 1 300 00 votos mientras que su más cercano contendor –el hasta hacía poco presidente de la Junta de Gobierno, Wolfgang Larrazábal– alcanzó la suma de 903.479[1]. Ahora bien, desglosadas las cifras, el 66,87 % de los sufragios en el Distrito Federal favoreció a Larrazábal, gracias al apoyo que le brindaran Unión Republicana Democrática y el Partido Comunista a la hora de lanzar su candidatura. De hecho, URD le aportó el 59,78 % del total, en tanto que el PCV, el 7,09 %[2]. Según una nota publicada tres años más tarde por Guillermo Feo Calcaño en el oficioso diario *La República*, la mayoría de ese casi 60 %, que URD decía reclamar como suyo, provino en realidad de un caudal de electores que simplemente había sentido simpatía por el fenómeno Larrazábal, hombre políticamente desprevenido y hábilmente aprovechado por el propio URD y el PCV[3].

Lejos de ser un dato menor, el hecho de que Betancourt ganase en Venezuela y al mismo tiempo perdiera en Caracas revela mucho de

1 Las cifras definitivas fueron de 1 284 092 votos para Betancourt frente a los 903 479 obtenidos por Larrazábal, y 423 262 votos para Rafael Caldera. Marín, 2011: 94, nota 140.
2 Guillermo Feo Calcaño, «La concentración de 'El Silencio'». *La República*, 18/02/62: 6.
3 Ibídem.

las tensiones que habrían de generarse a partir de ese momento. Tanto así que, según Teodoro Petkoff, antes de que lo hiciera la Revolución Cubana un mes más tarde, en enero del 59, lo primero que impactó al Partido Comunista fue el triunfo electoral de Betancourt en diciembre del 58. Y agrega:

> [E]so impactó mucho al partido, sobre todo porque impactó a los caraqueños, quienes eran el punto de apoyo principal de los comunistas. Y así sintió un poco que comenzaba un nuevo período. Porque si algo [caracterizó] siempre [al] Partido Comunista fue [el hecho de ser] terriblemente antiadeco y sobre todo antibetancourista. Era el gran rival, el gran enemigo quien había llegado al poder. Allí comenzó la intuición de que la luna de miel [del 23 de enero] estaba quebrada, de que se abría un nuevo período[4].

Pero Petkoff irá más allá a la hora de opinar sobre la capital convertida en reducto del descontento desde el 23 de enero y, especialmente, en torno a las expectativas que se habían acumulado durante la gestión provisoria de Larrazábal al frente de la Junta. Por ello hablaría de seguidas en estos términos:

> [Los caraqueños] empezaron a sentir que esa lucha [del 23 de enero] no sólo no había terminado en nada sino que además el Presidente del país [Rómulo Betancourt] era uno que ellos no querían. El clima político, en consecuencia, se cargó muchísimo. A partir de ese momento comenzó a cargarse aceleradamente[5].

Tal fue la magnitud de la diferencia registrada entre los resultados electorales de Caracas, algunas de las principales ciudades del país y el resto de Venezuela, que Gustavo Machado, veterano dirigente del PCV, diría al respecto lo siguiente:

4 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 185.
5 Ibíd., 186.

> Recuerdo que cuando se supo el resultado electoral nos llegaron a proponer abiertamente que desconociéramos el triunfo de Betancourt. A esto nosotros respondimos con un «no» tajante. Es cierto que ganamos aquí en Caracas y en las ciudades, pero el pueblo no hubiera entendido eso[6].

Por su parte, otro dirigente comunista –Pedro Ortega Díaz– también se detendría a analizar lo que significó el dilema de alzarse o no frente al resultado de los primeros comicios presidenciales libremente celebrados en el país desde diciembre de 1947:

> [E]n ese momento había una alianza que se expresaba como URD/PCV, pero que en la práctica era PCV y Larrazabalismo. Y eso era lo que mandaba en Caracas. Eso es real. Si nosotros hubiéramos dicho ese día: Caracas se alza, se hubiera alzado. Sin embargo, creo que lo correcto fue no alzarnos. Tomando la comparación en su debida forma, si recuerdas el problema de la Comuna de París, algo similar nos hubiera ocurrido. París se alzó con la clase obrera, pero estaba aislada del resto de Francia y no pudo resistir. Aquí, evidentemente que el resto de Venezuela era adeca, había votado por Betancourt y lo hubiera defendido[7].

Para rematar, el dirigente rememoraba de este modo el desconcierto que corrió entre las filas del PCV:

> Betancourt perdió en las grandes ciudades, es decir, donde se había sentido el espíritu del 23 de enero [...]. En esos sitios perdió Betancourt y Larrazábal ganó. Pero claro, en los centros apartados, en la Venezuela interiorana, mucho más atrasada incluso que hoy, y donde lo que privaba era la democracia [*sic*], esa democracia significaba para ellos Acción Democrática, y allí ganó Betancourt[8].

6 Entrevista con Gustavo Machado. En ibíd., 19.
7 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En ibíd., 50.
8 Ibíd., 41-42.

Es probable que las expectativas frustradas dijesen mucho acerca de aquel contexto de fines del 58; pero ello no le resta crédito a la idea de que el país continuaba viviendo un clima de euforia larrazabalista, tal como lo describe un testigo: «Pasadas las elecciones con la amplia victoria de Rómulo Betancourt, se registró sin embargo un triunfo muy grande de Larrazábal en Caracas. La foto de Wolfgang se encontraba en todos los ranchos. Su victoria se daba por descontada en la capital y la región central de Venezuela»[9]. Esta última observación es importante puesto que, a la bajísima votación de AD en la capital, se sumaba el pobre resultado obtenido en Aragua, Miranda y Carabobo[10]. La radiografía de esa derrota en los principales núcleos urbanos de la región centro-norte del país llevó a Ramón Guillermo Aveledo a observar lo siguiente a cincuenta años de distancia:

> [E]ntre las elecciones y la toma de posesión de Betancourt hay en Caracas un clima de agitación creciente con disturbios, quemas de automóviles y protestas. Los desórdenes se presentan como espontáneos. Es que Caracas «no cree» en el triunfo de Betancourt porque en su área metropolitana y en los estados vecinos de Miranda y Aragua había perdido ante Larrazábal[11].

En medio de los preparativos para la campaña, y ante un reto que no podía menos que interpretarse como una cuesta empinada, el partido de Betancourt hubo de encomendarle a Domingo Alberto Rangel la dirección de las actividades electorales en la capital de la república. En opinión del dirigente Américo Martín, nadie estaba dispuesto a cargar con el revés y probablemente esa fue la causa del nombramiento de Rangel. En todo caso, al entonces líder de la Juventud de AD se le encargó «la defensa de la trinchera más difícil», siendo Caracas la

9 Martín, 2013, II: 36.
10 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 132.
11 Aveledo, 2007: 90.

plaza fuerte de Larrazábal[12]. Como nunca faltan las paradojas, quien puso cuerpo y alma en el intento por ganar la capital será el mismo que, menos de un año y medio más tarde, terminaría erigiéndose como uno de los más fieros e implacables detractores de la gestión gubernamental de Betancourt.

Hubo quien, ante estos resultados que hablaban de dos países distintos, pretendió hacer ver que el presidente electo actuaba como una especie de representante del cacicazgo rural frente al fermento urbano que había caracterizado al electorado lazarrabalista:

> Un partido político de larga trayectoria obtuvo la mayoría de votos en los comicios. Rómulo Betancourt fue elegido Presidente. La población campesina, no incorporada aún al proceso revolucionario nacional, respaldó en un buen porcentaje a la organización que lo postuló. Influyeron en ella numerosos factores, cuyo análisis no cabe en la brevedad de una crónica. Pero sí conviene señalar el efecto psicológico de la tarjeta blanca, la acción eficaz del Jefe Civil ventajista en connivencia con los cuadros rurales; el recuerdo de los créditos y otros beneficios que obtuvo, a cambio del voto, en los procesos electorales del 47 y del 48. Sin embargo, frente a ese sector surge ahora la masa combatiente de las ciudades [...]. La de los obreros en las fábricas, la que se mueve dentro de los organismos sindicales y se agita en el corazón de los más importantes centros urbanos.

Luego vendría una advertencia:

> Esos hombres y mujeres de los barrios de Caracas, Maracaibo y Valencia que durante la dictadura alimentaron el ideario de la lucha insurreccional, que hacían circular, como aquellos repartidores de «octavillas» de la revolución soviética, panfletos clandestinos, son los que engrosan la vanguardia del movimiento que acompaña a Larrazábal. [...]

12 Martín, 2013, II: 36.

> [E]s lo cierto, más allá de cualquier otra consideración, que esas muchedumbres vigorosas, dispuestas a mantener las conquistas logradas en un año, que aclaman a Wolfgang [Larrazábal], a [Jóvito] Villalba, a [Gustavo] Machado, a Fidel Castro, son las mismas que determinaron la fuga de Pérez Jiménez[13].

El que así opinaba era José Herrera Oropeza, quien en nombre de su partido –URD– defendía la meteórica trayectoria de Larrazábal y atajaba las acusaciones adecas según las cuales el contralmirante, expresidente de la Junta y ahora derrotado candidato presidencial había devenido en una especie de Juan Domingo Perón:

> Desde que Larrazábal fue postulado por URD, la actitud de los escritores de AD ha sido ante él y ante mi partido muy definida, de ataque abierto e implacable. A raíz del primer acto de masas de El Silencio descubrieron en el Wolfgang Larrazábal humano, desprendido, democrático, el germen de un furioso Perón venezolano. Encontraron similitudes entre los «cabecitas negras» del dictador argentino y los valientes urredistas de La Charneca y San Juan. [...] Y aquel hombre y aquel partido que recibían las más fuertes embestidas de las organizaciones contrarias, fueron los primeros en hacer presencia para invitar al orden y la ponderación cuando, el 8 de diciembre, el pueblo de Caracas manifestaba su rechazo al Presidente electo [Rómulo Betancourt][14].

¿Perón redivivo? Tal vez esa fuera la imagen que sus detractores, desde las filas de AD, pretendieron cultivar en torno al oficial de marina desconocido hasta las vísperas del 23 de enero y metido desde entonces a político. Pero lo cierto del caso es que Larrazábal descubrió –y saboreó– en poco tiempo un arrastre callejero que parecía contrastar con el liderazgo más bien organizativo de Betancourt. De hecho,

13 José Herrera Oropeza. «El recurso del Ejército». [Diario sin especificar], 28/01/59. ASGS.

14 Ibídem.

el entonces dirigente de AD y futuro cofundador del MIR, Simón Sáez Mérida, resume de esta forma la situación que confrontaba Betancourt ante la imagen de Larrazábal:

> [C]uando comenzaron a regresar los líderes en enero del 58, la concurrencia más grande que hubo en Maiquetía para recibir a líder alguno, fue la de Rómulo Betancourt. Y la concurrencia más grande que se reunió en la Plaza Ibarra, para escuchar a orador alguno, fue la de Betancourt. Eso nos causó mucha impresión porque pensábamos que era una figura deteriorada. Betancourt se desprestigia después en Caracas enfrentado a una imagen como la de Larrazábal, que parecía muy popular, muy identificada con las exigencias populares, muy plástica, si se quiere. En cambio, Betancourt aparecía entrevistándose [...] con banqueros, comerciantes, profesionales, técnicos, propietarios y empresarios del campo, etc. Esa conducta, frente a un hombre que [era] jefe del gobierno y que andaba solo por los barrios de Caracas, hace que se convierta Betancourt en una figura impopular. Y hasta tal punto fue esto que [...] perdimos las elecciones en Caracas de una manera arrasadora[15].

Existe, desde luego algo de injusticia y quizá mucho de mala intención al querer interpretar el interés de Betancourt por los sectores empresariales y profesionales como reflejo de una actitud de menosprecio hacia las organizaciones populares –obreras y campesinas– a las cuales, dicho sea de paso, hubo de prestarles atención durante su mandato constitucional. Frente al intento de verlo así, como lo hace Sáez Mérida, valdría la pena traer a colación lo que Germán Carrera Damas expresa a este respecto: «No fue menor la importancia atribuida por Rómulo Betancourt a los gremios. En su desempeño como Presidente constitucional de la República puso igual cuidado en asistir a las reuniones anuales y convenciones de empresarios, obreros y

15 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 102.

campesinos»[16]. Importa subrayar entonces que, en su condición de candidato, Betancourt sabía muy bien cuáles eran las tareas que tenía por delante y el mensaje que debía trasmitir en tan difícil coyuntura.

En este sentido, Betancourt no hacía otra cosa que contactarse, como necesariamente debía hacerlo, con sectores ante los cuales resultaba preciso formular planteamientos específicos en materia productiva. Puede que la afirmación de Sáez Mérida, según la cual Larrazábal «andaba solo por los barrios de Caracas» tienda a distorsionar la imagen del entonces candidato de Acción Democrática; pero la actitud de Betancourt servía, en todo caso, como contraste, buscando diferenciarse electoralmente del mensaje errático que Larrazábal les había transmitido a esos mismos sectores y que, a juicio de quien aspiraba a volver al poder (esta vez por la puerta principal), debían ser consultados y oídos. En todo caso, el estilo que anunciaba Betancourt quedaría demostrado con su comparecencia, ya como presidente constitucional, a las asambleas anuales de Fedecámaras pero, también, desde muy temprano, a las asambleas obreras y campesinas, como fue el caso del I Congreso de Campesinos de Venezuela y el III Congreso de Trabajadores, en julio y noviembre de 1959, respectivamente. Por ello acude una vez más, en tanto que precisa y equilibrada, la opinión de Carrera Damas en este sentido:

> La asiduidad demostrada por Rómulo Betancourt en su asistencia a los congresos de trabajadores y de campesinos, a la par de las conferencias anuales de empresarios, se correspondía con un genuino propósito de propiciar contactos y modos de avenimiento que redundasen en beneficio de los principales agentes de la producción[17].

Desde luego, el estilo de ambos hombres –el del expresidente derrotado y del expresidente triunfante– contrastaba visiblemente y,

16 Carrera, 2013: 155.

17 Ibíd., 434.

con la oposición a Betancourt convertida en hervidero por las calles de Caracas, ello se haría mucho más evidente con el correr de los primeros meses al frente del gobierno. Según Sáez Mérida, durante el período de la Junta de Gobierno, presidida por Larrazábal, los conflictos irresueltos eran canalizados a través de protestas callejeras más o menos continuas de las cuales la Junta era espectadora pasiva. «En el gobierno de Larrazábal esas protestas tuvieron cierto canal institucional. No fueron reprimidas. Pero Betancourt prometió acabar con ese bochinche (¡Ese bochinche hay que acabarlo!). El bochinche era el auge de masas»[18]. En ello concuerda Teodoro Petkoff, a juicio de quien la política de desalojar a la gente de la calle figuraba entre los primeros objetivos que se trazó Betancourt[19].

Pero también coincide a este respecto quien, en diciembre de 1958 fuera el jefe de la campaña electoral de Betancourt en Caracas y, para comienzos del 60, uno de los principales artífices de la primera escisión del partido que daría lugar a la conformación del MIR. Estas son las palabras de Domingo Alberto Rangel al analizar lo ocurrido a veinte años de distancia:

> [Y]a para 1959 sí hay gobierno. […] ¿Y qué es lo que hace Rómulo Betancourt? En primer término, restablecer la autoridad del Estado, desaparecida durante el gobierno de Larrazábal. ¿Y cuál es la primera medida de Betan-

18 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 134.

19 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 199.

Esto es algo que hasta el propio presidente ratificará expresamente luego de que su primer año de gestión experimentara una secuencia de choques callejeros: «[E]ste gobierno es respetuoso de la dignidad y libertades humanas, pero […] la calle no le pertenece al primer grupo de baladrones agavillados, armados de cabillas y de las llamadas 'bombas Molotov' que pretenda hacerla teatro de sus desmanes». Betancourt, 2007, VII: 139. He aquí otro ejemplo tomado de ese mismo año 60: «Hablo con claridad al país. Hablo con claridad a los venezolanos. Y les garantizo a los venezolanos que van a poder vivir, trabajar, actuar en sus actividades normales, con tranquilidad. *Porque la calle no será de los bochincheros. La calle será primero de las fuerzas de seguridad pública;* luego de los partidos políticos y de los sectores que soliciten permiso para manifestaciones pacíficas. Cualquier manifestación no permisada, sea cual fuere el sector que la encabece, será reprimida, será disuelta; y sus organizadores serán entregados a los tribunales para que los juzguen y para que los castiguen». Betancourt, 1969, I: 259. Énfasis agregado.

court? La calle no es de los manifestantes sino de la policía. Le[s] quita a las masas el primer elemento de poder, la calle, de la cual habían gozado durante los doce meses del baile de Larrazábal. Luego, comienza a restaurar los cuerpos policiales, a darles disciplina, armamento, combatividad, etc. Y traza una política muy clara en el orden económico-social que tiende a restaurar el Estado[20].

LA SITUACIÓN ECONÓMICA

Sin embargo, entre fines de 1958 y los primeros meses de 1959, los empeños de Domingo Alberto Rangel no solo habrán de verse centrados en la tarea de intentar ganar la plaza más fuerte del país en términos electorales, sino en explicar a través de la prensa, una vez electo como diputado por AD, los alcances de la política económica que, de manera inevitable, debía implementar la gestión de Betancourt:

> Estamos en un período de ajustes económicos en que todos los departamentos del Ejecutivo han sufrido podas. Obras apremiantes y servicios valiosos para nuestro desarrollo económico han sido pospuestos para adaptar los desembolsos a los ingresos del Fisco [...] [E]stoy seguro [de] que tanto los oficiales del Ejército como las gentes del pueblo sabrán valorar el esfuerzo que se ha hecho para preservar, sin mengua de nuestro desarrollo, el equilibrio económico del país amenazado por el desbarajuste que nos legó el señor Pérez Jiménez[21].

Justamente porque en Caracas estaba asentada la «Venezuela neurálgica», aquella que según el propio Rangel incubaba contradicciones y sembraba sus pugnas[22], los efectos del cuadro económico se sentían

20 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. En Blanco Muñoz, 1981(b): 69.
21 Domingo Alberto Rangel. «El manifiesto del golpismo». *¿El Nacional?*, 13/06/59.
22 Domingo Alberto Rangel. «El marino al timón». *¿El Nacional?*, 22/07/58.

con mayor intensidad en la capital que en cualquier otra región del país. En tal sentido, no resulta exagerado señalar que los principales rasgos de la situación postdictadura conformaban un paisaje sumamente crítico para un gobierno que, como el del entonces recién electo Betancourt, debía moverse con pies de plomo frente a todas las oposiciones posibles[23].

Para comenzar, en el área petrolera se registraba una drástica reducción de los ingresos, debido a varios factores que interactuaban entre sí. Por un lado, pesaba la política de restricción al consumo de combustibles que venía implementándose en los Estados Unidos; al mismo tiempo, el mercado internacional de crudos se veía sometido a una feroz competencia, razón por la cual las empresas se hallaban reduciendo drásticamente sus costos de producción[24]. A la vez, los años finales de la década del 50 coincidirían con otros sucesos que habrían de debilitar aún más la posición exportadora de Venezuela. Así lo explica Domingo Alberto Rangel:

> Esos sucesos fueron el desarrollo de los campos del Medio Oriente a partir de 1956, cuando la Arabia Saudita adquiere la jerarquía que ha llegado a alcanzar, y la aparición de ciertos campos altamente productivos como [los] de Libia y Nigeria, que comienzan a ser explotados justamente a partir de 1959. [Esta] sobre-oferta de petróleo [...] se traduce en dos fenómenos que afectan a Venezuela. El primero es la baja de los precios ocurrida a mediados de 1959 y que se profundiza a partir de 1960 [...]. Y el otro es el estan-

23 Así describe Ramón J. Velásquez el cuadro en cuestión: «[L]a crisis económica y fiscal que había comenzado en 1956, y que trajo la cesación de pagos por parte del Estado en el año 1957 y las crecientes dificultades que confrontó la dictadura en sus últimos meses, se había agravado a lo largo de 1958 por la fuga de capitales [y] la paralización de las obras confiadas a compañías constructoras que eran propiedad de figuras prominentes del régimen derrocado». Velásquez, 1980: 63. Por su parte, coincidiendo extensamente con lo apuntado por Velásquez, el dirigente de AD Carlos Canache Mata observaba lo siguiente: «No debemos olvidar que desde 1914 ningún gobierno se había atrevido a tomar una medida, una decisión de rebajar los sueldos de los empleados públicos. Rómulo Betancourt tomó dos veces esa decisión en el año 59-60. Redujo en un 10% el sueldo de los empleados públicos y de los trabajadores al servicio del Estado, comenzando por el sueldo del propio Presidente de la República». Entrevista con Carlos Canache Mata. En: Blanco Muñoz, 1981(a): 375.
24 Martín, 2013, II: 27.

camiento de nuestras exportaciones porque el cartel prefiere alimentar los mercados internacionales con el petróleo recientemente descubierto, que es mucho más barato y deja una tasa mayor de utilidad que con el viejo petróleo venezolano[25].

Por más obvio que resulte decirlo, hay que recordar que todo fenómeno de peso que haya ocurrido en la economía venezolana desde el siglo xx ha encontrado su primera y más plausible explicación en la conducta descrita por el sector petrolero. De allí que el gobierno que recién se estrenaba con Betancourt se viera obligado a tomar una medida que se había hecho efectiva una sola vez en la historia de ese siglo y, en todo caso, durante la etapa aún prepetrolera del régimen de Juan Vicente Gómez: la reducción de sueldos y salarios de los empleados públicos[26]. A ello se sumaría el alza de los impuestos y la eliminación de gastos redundantes en las oficinas del Estado, así como la posposición por un año de cualquier discusión con el gobierno en materia de contratos colectivos3. A todo esto se agregó, para hacer más delicado el cuadro, un presupuesto deficitario que venía a ser consecuencia del estado de merma en que la dictadura había dejado las reservas internacionales. A la vez, a tal agotamiento se sumaba la necesidad en la que se veía la debutante gestión gubernamental de zanjar, por medio de nuevos empréstitos, las obligaciones contraídas por la República durante el régimen militar. Frente a semejante laberinto, Betancourt debía buscarle salida a la situación aplicando un conjunto de medidas restrictivas que se verían consagradas en la llamada Ley de Medidas Económicas de Urgencia, y que la izquierda no tardaría en bautizar como Ley del Hambre, orientada a la superación del déficit fiscal y la amenaza inflacionaria[27].

25 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. En Blanco Muñoz, 1981(b): 25-26.

26 Así lo sostiene Ramón J. Velásquez: «La baja en los ingresos fiscales obligó al gobierno por primera vez desde 1914 a reducir los sueldos de los empleados públicos en dos oportunidades». Velásquez, 1980: 63.

27 Martín, 2013, II: 59.

Buena parte de lo dicho lo resume Manuel Caballero en estos términos:

> Como sea, el gobierno debe empeñarse en una política de austeridad si quiere encontrar ayuda de afuera: por primera vez, los venezolanos se enteran de la existencia del Fondo Monetario Internacional cuando se decide hacer tragar a los trabajadores la amarga medicina de una rebaja general, en un 10 por ciento, de sueldos y salarios, combinada con un control de cambios y un aumento de la carga impositiva en un país donde los impuestos casi se desconocían[28].

Si nada de esta situación llegó a revelarse con fuerza antes de 1959 no fue precisamente porque el régimen de Pérez Jiménez se hubiese caracterizado por exhibir una política providente en materia fiscal[29]. Antes bien, operando sobre la base de una frenética expansión del gasto público y de una economía altamente consumidora de divisas, el gobierno perezjimenista había logrado evitar cualquier freno brusco de sus políticas mediante el otorgamiento de nuevas concesiones petroleras que, durante los años intermedios de la dictadura, se tradujeron en ingresos adicionales bastante significativos[30]. Pero ya hacia los dos últimos años de ese régimen, el acelerado ritmo de crecimiento había perdido vigor, paralizándose por un lado las operaciones de descuento en el sector financiero mientras que, por el otro, se registraba un alarmante declive en la industria de la construcción, principal motor de la economía perezjimenista[31]. Sobre la incidencia que tendrían tales efectos, Simón Sáez Mérida observa lo siguiente: «[E]n el último semestre

28 Caballero, 2008: 325-326.

29 En este punto coincidimos con Andrés Stambouli, quien asegura que «las disponibilidades fiscales del Estado no mermaron en ningún momento entre 1950 y 1958; todo lo contrario. Por lo tanto, los motivos de la crisis hay que buscarlos en el manejo que de los recursos hizo el gobierno, y por ello dijimos que se trató de una crisis de desorden fiscal». Stambouli, 1999: 247.

30 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 276.

31 Martín, 2013, II: 58.

del 57 hay ya cierta desaceleración económica, casi una depresión con la disminución de inversiones en la construcción y el aumento de la desocupación sobre todo a nivel metropolitano»[32]. A ello se agrega lo que apunta por su parte Américo Martín, quien también atestiguó de cerca la época: a su juicio, del empleo pleno de los factores, signo del que tanto se ufanó el gobierno de Pérez Jiménez, la situación derivó, primero para Wolfgang Larrazábal y luego para Betancourt, en el riesgo de un peligroso desempleo[33].

LA RESPUESTA DE BETANCOURT

Si bien, ya de por sí, el ritmo de la construcción se había desacelerado de manera notable durante los últimos años del régimen militar, la transición pos-1958 buscó la forma de reemplazar esa política centrada en el concreto armado para reorientar el gasto hacia otros objetivos como, por ejemplo, en procura de revitalizar el proceso de industrialización a nivel nacional. Por algo la opinión de Eugenio Mendoza y Blas Lamberti, representantes de ese sector industrial tan desdeñado por el régimen militar (que buscó favorecer más bien a las empresas constructoras y el comercio de importación[34]) cobraría peso durante la provisionalidad de Larrazábal, al menos en sus comienzos. Sin embargo, por tratarse la construcción de un sector altamente empleador, uno de los problemas más urgentes que debió afrontar la Junta lo representaba la masa de trabajadores que la contracción de ese sector había dejado cesante, a lo cual no tardaría en sumarse el cambio de prioridades anunciado por el gobierno en materia fiscal. Tratándose de una cifra nada desdeñable de desempleados (alrededor de treinta mil obreros solo en la capital), los cuales no podían ser fácil ni rápidamente absor-

32 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 90

33 Martín, 2013, II: 58.

34 Sobre este interesante punto véase Stambouli, 1999: 243-247.

bidos por otros sectores, la solución que propuso la Junta fue crear el llamado Plan de Emergencia, cuyo objetivo consistía en la asignación de recursos destinados a obras más bien de carácter puntual o carentes de mayor ingeniería. En todo caso, como señala Américo Martín, «los beneficiados [del Plan] se aferra[ron] a esa tabla y bendi[jeron] al popular marino»[35].

El plan en cuestión, que requería el desembolso semanal de millones de bolívares[36] no tardó en ser demonizado por quienes lo consideraban un subsidio de paro disimulado, una vasta y colosal operación para disfrazar el desempleo, una simple subvención del ocio o una forma rápida a fin de que Larrazábal ganase prosélitos en las barriadas caraqueñas. Opiniones como estas circulaban comúnmente al respecto: «[H]abérsele dado más extensión de la que debió tener, han [*sic*] convertido al Plan en organización que, en lugar de aliviar el desempleo, ha creado una situación ficticia y desmoralizadora»[37]. O como esta otra, cuya principal característica era la dureza con que corría expresada: «Se crea *ad-hoc* el famoso 'Plan de Emergencia' e invocado el 'Hambre del Pueblo' se extraen del Tesoro Nacional cientos de millones para comprar votos, aplausos y muecas de sonrisas al bajo pueblo de Venezuela que, envilecido y embobado, acudiría a los comicios a consignar sus votos por la candidatura [de] Larrazábal»[38]. Sin embargo, a la hora de analizarlo como la única respuesta posible al cese abrupto que intentó ponérsele a la esquizofrénica política perezjimenista de la construcción hay quien, como el ingeniero Celso Fortoul Padrón, observa lo siguiente:

35 Martín, 2013, II: 58.

36 Así lo resume Ramón J. Velásquez al referirse al Plan de Emergencia: «El Plan requería el desembolso semanal de millones de bolívares sin resolver el problema, ni traducirse el gasto en la realización de ninguna obra de importancia». Velásquez, 1980: 63.

37 Rivas Rivas, J., 1965, IV: 43.

38 Domingo Ramón Castillo al Cardenal Arzobispo José Humberto Quintero. Caracas, 08/02/62. ARB, Documentos. Correspondencia personal y oficial de Rómulo Betancourt. Tomo XXXIX (comp.) Doc. n.º 9.

> «El Plan de Emergencia» fue muy criticado por los sectores de la burguesía en general. Sin embargo, fue ese plan precisamente quien salvó a la burguesía y permitió que se mantuviera el régimen democrático. Porque si se hubiese agudizado la crisis a través del problema del desempleo, quizás habría habido un ascenso en el auge de masas que hubiera podido conducir a una revolución muy similar a la cubana[39].

Por su parte, el periodista Agustín Blanco Muñoz es también concluyente al hablar del Plan de Emergencia como una concesión realista por lo que de estabilizador podía tener en tales circunstancias: «Un Estado que carece en ese momento de policía, necesita de una gente en la calle que enfrente a los llamados enemigos de la democracia. Aquí se estaba pagando no a alguien para que construyera, sino a alguien para que cuidara la democracia naciente»[40].

Posesionado del mando en febrero del 59, a Betancourt se le planteaba la tarea de salvaguardarse de los efectos que podía acarrear la drástica terminación de un programa hecho sobre la base de paños calientes como el que implementó Larrazábal a través del Plan de Emergencia. A juicio de Germán Carrera Damas, el nuevo presidente estaba consciente de que medidas paliativas de esa naturaleza solo vulneraban la ética del trabajo y afectaban su función de control social[41]. Sin embargo, una política ya de por sí lo suficientemente dirigida a desestimular el gasto público, como la que se había propuesto impulsar a través de la Ley de Medidas Económicas de Urgencia, colocaba a Betancourt en el trance de buscarle una salida compensatoria a este caso, como terminó siéndolo la adopción de un programa transitorio conocido como Plan de Obras Extraordinarias. Su propósito fundamental consistía en darle un sentido más elevado y orgánico al Plan de Emergencia, ejecutando para ello obras en cierta

39 Entrevista con Celso Fortoul. En Blanco Muñoz, 1981(b): 174.

40 Blanco Muñoz, 1981(b): 375.

41 Carrera, 2013: 312.

forma perdurables o, al menos, con mayor sentido de planificación. Así lo estima Celso Fortoul:

> «[E]se Plan de Obras Extraordinarias», [...] en el fondo no era más que una continuación, con un nivel un poquito más elevado, si se puede decir, pero para los mismos propósitos, [del] «Plan de Emergencia». Ahí tal vez se hicieron algunas obras de mayor envergadura, pero el propósito fundamental seguía siendo resolver un problema: el del desempleo[42].

Según las cifras disponibles, este programa sustitutivo permitió que al cabo de los primeros seis meses de la gestión de Betancourt la cifra de 32 000 trabajadores amparados originalmente por el Plan de Emergencia se redujera a 22 500, pasando el resto a fuentes de trabajo permanente[43]. Sin embargo, aparte de darle de este modo una respuesta más ordenada a la misma situación de desempleo que había afrontado la Junta, Fortoul figura entre quienes piensan que el Plan de Obras Extraordinarias le sirvió a Betancourt para desmontar el control político y los beneficios que el Partido Comunista había derivado del plan de Larrazábal[44].

En todo caso, para el equipo económico del nuevo presidente, el Plan de Emergencia había implicado costos que no se correspondían con el monto de sus beneficios. Como prueba de ello, el despacho de Obras Públicas señaló que el plan había insumido durante el año en que el gobierno provisorio estuvo en el poder el equivalente al presupuesto anual del Ministerio de Educación y algo menos del situado constitucional destinado a las 23 entidades de la República durante el

42 Entrevista con Celso Fortoul. En Blanco Muñoz, 1981(b): 192.

43 Rivas Rivas, J., 1965, IV: 43.

44 A la pregunta de Agustín Blanco Muñoz, ¿Por qué, dada esa situación, se elimina el Plan de Emergencia?, responde Celso Fortoul: «Yo creo que ese era un problema político. Sabían que políticamente quienes se estaban beneficiando de eso era el Partido Comunista y la izquierda de AD también». Entrevista con Celso Fortoul. En Blanco Muñoz, 1981(b): 192.

mismo lapso[45]. Por si fuera poco, hubo cierta irritación no disimulada entre los funcionarios a cargo de reemplazar el Plan de Emergencia por el Plan de Obras Extraordinarias, quienes creyeron detectar «corruptelas y vicios» en la ejecución del programa lazarrabalista[46]. Aun así, a fin de no herir más de lo necesario las susceptibilidades del expresidente y excandidato designado ahora como embajador de Venezuela en Chile, los voceros del gobierno recién electo aclararían lo siguiente: «No es que el Plan no diera resultado beneficioso de ningún género al país, sino que el beneficio es muy escaso comparado con lo que podría hacerse de acuerdo con el gasto»[47].

Frente a las metas de austeridad fiscal planteadas para salir de la crisis, la gradual eliminación del plan impulsado por Larrazábal por medio de otro que el gobierno de Betancourt consideraba como más racional y eficiente era prueba, según lo entendía la izquierda, de que el nuevo presidente traía el propósito de imponer una política antipopular concebida durante su último exilio. A lo que no escapaba una segunda apreciación: el hecho de que Betancourt pretendiera hacer que, de esta forma, la izquierda cayese en la trampa de un plan gestado desde el poder a fin de provocarla, segregarla, aislarla y reprimirla[48]. En abono de esta idea acude lo dicho por Pedro Ortega Díaz:

> Ese plan lo traía Betancourt en su maleta [desde que regresó del exilio]. Él comienza a atacar. Lo hizo con la manifestación de desempleados [de agosto de 1959]. Y a medida que nosotros ganábamos sindicatos y aumentábamos nuestra votación él profundiza la represión. Evidentemente que la violencia la desata el gobierno. Eso es así[49].

45 Rivas Rivas, J., 1965, IV: 43.
46 Ibídem.
47 Ibídem.
48 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 32.
49 Ibídem.

En opinión del historiador Ramón J. Velásquez, «[e]l Partido Comunista acusa[rá] al presidente Betancourt de promoverle una situación de hostilidad y aislamiento que lo obligará a responder en el plano de la violencia»[50].

Teniendo en cuenta, como lo hace Carrera, que el elemento urbano había descollado desde el 23 de enero como el actor de mayor protagonismo durante la nueva coyuntura, era fácil prever entonces que la aplicación del programa sustitutivo habría de estimular choques callejeros y dar lugar a que afloraran las primeras manifestaciones de conflicto directo con el Partido Comunista y los llamados grupos larrazabalistas, que buscarían hacer que el gobierno retrocediera ante sus propias decisiones[51]. Y así ocurrió, pues las cosas llegarían a punto el 4 de agosto de 1959: ese día, según lo refiere Manuel Caballero, una manifestación de desempleados (que la oposición presentó luego como «pacífica») fue disuelta con saldo sangriento. Y agrega: «Los muertos que toda insurrección necesita para encender las pasiones [...] estaban servidos»[52]. Con toda la carga emotiva y simbólica que suelen tener las fechas, el 4 de agosto del 59 se vería incorporada al martirologio, sellando así el momento en que advendría la declaración de guerra puesto que, hasta entonces, y más allá de los disturbios que habían tenido lugar desde las elecciones del 7 de diciembre del 58, Betancourt no había enfrentado un cuestionamiento tan serio por parte de la izquierda[53]. Según Simón Sáez Mérida, el anunciado desmantelamiento del Plan de Emergencia había conllevado a incidentes esporádicos hasta culminar «en una gran manifestación de obreros y empleados en la Plaza de la Concordia, el 4 de agosto de 1959, en la cual nosotros (la izquierda de AD) estábamos metidos y la cual Betancourt disolvió por la fuerza»[54]. A lo que Celso Fortoul agrega por su

50 Velásquez, 1980: 70.
51 Carrera, 2013: 312, 338-339.
52 Caballero, 2008: 315.
53 Ibídem.
54 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 133.

parte: «Allí hubo heridos y muertos. Fue una verdadera lucha. Estaban presentes también el Partido Comunista y los sectores de izquierda. Esa manifestación ya no tenía un carácter tan espontáneo. Había allí ya un problema político de enfrentamiento»[55].

LA POLÍTICA DEL VIRAJE

Lo dicho por Caballero, según lo cual Betancourt no había afrontado hasta entonces un cuestionamiento tan severo por parte de la izquierda, coincide con lo que subrayan a su vez algunos testimonios. Por ejemplo, de acuerdo con Pompeyo Márquez, los siete meses que separaban la toma de posesión de Betancourt de la acción callejera que se saldó con violencia en la plaza de la Concordia fueron de repetidas exhortaciones por parte del PCV a fin de que el gobierno hiciese un viraje, le torciera el rumbo a las políticas que traía anunciadas, le imprimiera un contenido más popular y progresista a su gestión y retornara de ese modo al espíritu unitario del 23 de enero[56]. Tanto que, a juicio del mismo testimoniante, el PCV intentó que a Betancourt se le presionara desde adentro, es decir, animando a que fueran la propia ala izquierda de Acción Democrática y URD, como partido cogobernante, los que se hicieran cargo de influir a fin de que tal viraje tuviese efecto[57].

Da la impresión de que el curtido dirigente estaba lejos de incurrir en simplismos o de que su intención fuera, lisa y llanamente, justificar la posterior actitud del PCV, atribuyéndole a Betancourt haberlos desviado del camino democrático para llevarlos al territorio de la violencia. De allí que, viendo el problema más a fondo –como lo hace Pompeyo Márquez–, lo que parecía estar planteado era una confrontación de visiones entre la dirección «histórica» del PCV, que proponía tal viraje,

55 Entrevista con Celso Fortoul. En ibíd., 189.
56 Entrevista con Pompeyo Márquez. En Blanco Muñoz, 1980: 95.
57 Ibíd., 102.

y la fuerza con que los sectores juveniles y cuadros medios sentían el impacto de la reciente Revolución Cubana y la enorme presión que esta ejercía dentro del partido. Según Pompeyo Márquez, la generación más joven, embelesada con lo ocurrido en Cuba, se veía tomada por «la manía de comparar cómo se habían resuelto los problemas del poder allá y cómo se habían resuelto aquí»[58] y, en consecuencia, como agrega por su parte Teodoro Petkoff, se mostraba decidida a responder golpe con golpe en ese mismo terreno[59].

En este sentido, el sector emergente del PCV juzgaba la actitud de los viejos cuadros como muy reformista y conciliadora y, por tanto, apegada a lo que había sido la tradicional tendencia democrática de los partidos comunistas en América Latina. Prueba de ello es lo siguiente, de acuerdo con Petkoff: «Creo que consciente o inconscientemente la política comunista no iba más allá de desear [...] que se abriera un período constitucional, de institucionalización democrática en el país. Su objetivo no iba más allá de eso»[60]. Como prueba de esa cauta actitud asumida por la vieja dirigencia del PCV podría citarse también el empeño que esta puso, durante el propio año 58, con el fin de impulsar el proceso electoral y darle curso de ese modo a una pronta restauración de la democracia representativa[61]. E, incluso, algo también podría decirse acerca de esa misma actitud conciliadora si se toma como prueba de ello la protesta meramente formal que expresó el PCV al ser excluido del Pacto de Puntofijo. Una vez más vale la pena darle cabida a lo expresado por Petkoff:

> Los comunistas están dispuestos a aceptar, sobre todo en aquellos años, en nombre de la estabilización de la democracia, esa condición de inferioridad. Los comunistas venezolanos entendían que no podían formar parte de un acuerdo de los partidos venezolanos para gobernar el país. Por supuesto, podían patalear, pero en el fondo aceptaban más o menos con

58 Ibíd., 85.
59 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Ibíd., 1980: 198.
60 Ibíd., 182.
61 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 108.

> resignación [...] que el acuerdo era a tres [AD-COPEI-URD] y que no podía ser a cuatro[62].

Para otro testigo, sería justamente esa propuesta del «viraje», mediante la cual la cúpula del PCV intentaba mantener con vida la política unitaria acordada desde el derrocamiento de la dictadura, lo que se constituyó en un lastre para la lucha insurreccional que abrigaban otros sectores del partido en esos momentos[63].

LA TEORÍA DEL TRAPO ROJO

El debate acerca de cuál de ambos lados fue el iniciador de la violencia remite en cierto modo a polémicas que también se han librado en torno a otras coyunturas de la historia venezolana. Además, partiendo de que no siempre resulta fácil rastrear de dónde salió aventada la primera piedra, volver sobre el origen de la violencia de los tempranos años sesenta podría resultar hasta cierto punto un ejercicio estéril si no fuera porque los testimonios consultados le confieren enorme relevancia al asunto. Incluso, dentro de la propia izquierda, parecieran existir opiniones divergentes en tal sentido. Por ello convendría, en primer lugar, traer a colación lo que sostuvieron aquellos dirigentes del PCV que siempre se negaron a abandonar la política «etapista» a favor de la corriente guerrillera, la corriente insurreccional en alianza con la calle, o la corriente golpista en alianza con los militares desafectos.

Según Gustavo Machado, uno de los críticos más serios que tuvo la política armada dentro del PCV, «nosotros cometimos la tontería de no darnos cuenta del trapo rojo que [Betancourt] nos puso delante», dando a entender así que el movimiento obrero, sobre todo el movimiento obrero petrolero, estaba con el PCV y no con AD, lo cual

62 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 184.
63 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 292.

convenció a Betancourt de que debía provocar a la izquierda mediante constantes acciones represivas a fin de que cayera en la trampa de decretarle la guerra al gobierno[64]. Por otra parte, según Pedro Ortega Díaz, «en el año 60 fuimos víctimas de las trampas de Betancourt, quien nos lanzó a la violencia para él realizar su política. Nosotros hemos analizado mucho, comentado mucho, y nos da esa impresión de que fuimos víctimas»[65].

Por otra parte, aunque ya entre quienes compartieron el impulso guerrerista dentro del PCV, Pompeyo Márquez también se expresó en algún momento en sintonía con la teoría de la provocación inducida por el gobierno. Y, en tal sentido, fue enfático a este respecto: «[P]isamos el peine que Betancourt nos puso de una manera un tanto infantil. Él nos llamó a una pelea en el terreno en el cual él podía nuclear el mayor número de fuerzas contra nosotros»[66].

En cambio, Teodoro Petkoff, quien al igual que Márquez abrazó la línea violenta que se planteó un sector del partido, discrepa de tal parecer e insiste en algo que resulta muy revelador. Escuchémoslo:

> Yo no creo, por ejemplo, en esa teoría del peine, de que Betancourt nos puso un peine para que nos alzáramos. No la creo. Él tenía una política anticomunista que esperaba se desarrollara dentro de los marcos de la democracia representativa, con los comunistas en el Congreso, con los comunistas fuertemente atacados allí [...] Lo que seguramente no esperaba fue que el proceso se desarrollara en el sentido de una confrontación armada[67].

Por ello, líneas más adelante, insistiría una vez más en referirse al carácter «conservador» que privaba en la dirección del PCV y su línea de conducta frente a Betancourt:

64 Entrevista con Gustavo Machado. En Blanco Muñoz, 1980: 15.
65 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En ibíd., 40.
66 Entrevista con Pompeyo Márquez. En ibíd., 101.
67 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 192.

> Él lo que quería era que nosotros le hiciéramos una oposición de frente. [...] ¿Cómo acogen los comunistas las elecciones? Ganó Betancourt y hay que consolidar la democracia. Entonces Betancourt necesitaba un Partido Comunista en la oposición, que demostrara que él no era comunista, sino al contrario, que le permitiera demostrar que él era un anticomunista furibundo. Por supuesto, trazó una política que condujera al PCV hacia allí. Pero lo que quiero decir es que ni él ni nadie imagin[aron] nunca que el PCV [...] se iba [...] a la lucha armada[68].

Héctor Pérez Marcano agrega por su parte que la vieja dirigencia del PCV estaba tan aferrada a los cauces institucionales que, a pesar de que Betancourt, ya en sus primeros discursos como gobernante, había ofrecido pistas muy elocuentes acerca de su propósito de aislar a la izquierda, «se levant[ó] la política del viraje, planteada por el PC como último coletazo de esa táctica de unidad que todavía intentaba mantener»[69]. Otra opinión que coincide en tal sentido es la de Simón Sáez Mérida, quien afirma lo siguiente:

> [E]l PCV, *a posteriori*, ha dado la idea de que Betancourt les montó una provocación, les tiró un trapo rojo y ellos lo embistieron. Eso no es verdad. Claro, ellos examinan el episodio concreto de la lucha armada y aquí hay un montón de gente que con tal de quitarse el remoquete de que era[n] subversivo[s] y partidario[s] de la guerra, ha[n]caído en el arrepentimiento y sólo pone[n] énfasis ahí en la propia guerra y en la lucha armada[70].

En todo caso, según Petkoff, la respuesta que Acción Democrática se trazó ante la presión de la calle, y sobre todo a partir de los hechos de agosto del 59, fue violenta y brutal, al estilo de lo que a su juicio era la única forma en que los adecos entendían la política:

68 Ibíd., 193.

69 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 312.

70 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En ibíd., 134.

«dándole palos a los demás»[71]. El juicio proviene, desde luego, de un adversario histórico de Betancourt, por lo cual convendría tomarlo con todas las prevenciones del caso. Pero tampoco se trata de excusar la forma como el régimen que recién se estrenaba trató de defenderse de un enfrentamiento serio, violento y ya declarado en la calle por parte de la izquierda.

Rafael Elino Martínez, quien como testigo y protagonista llegaría a ofrecer años más tarde una valoración muy crítica de cuanto había significado que su partido –el PCV– derrochara, gracias a la apuesta insurreccional, el capital político y de masas que había acumulado desde enero de 1958, no deja empero de coincidir con sus antiguos camaradas a la hora de sostener que la violencia tuvo su origen del lado del gobierno, lo cual venía a resumirse, una vez más, en la tesis de la instigación alentada por Betancourt. En otras palabras, lo que Martínez denomina miopía, impaciencia e irresponsable afán por parte del sector insurgente de la izquierda vino a ser a su juicio efecto, y no causa, de la situación planteada. Y así lo explica:

> [E]l gobierno actuaba, con la clásica y tradicional represión policial, ejecutada fundamentalmente por Acción Democrática a través de sus bandas armadas, entre ellos los conocidos «cabilleros». [...]
>
> [L]as manifestaciones pacíficas eran disueltas violentamente a cabillazos y a tiros por las bandas armadas de Acción Democrática. Sindicato que convocaba elecciones, fuesen estos campesinos o fabriles, de manera especial los petroleros, sindicato que ganaba el PCV, solos o acompañado por otras fuerzas políticas [...] [era asaltado] por las mencionadas bandas armadas de AD, destrozando todo a plomo limpio [...]
>
> En estas condiciones, a los partidarios de la lucha armada [...] no hubo necesidad de tentarnos demasiado [...] para responder [...] a las provocaciones oficiales y justificar [...] las acciones armadas que adelantábamos. [...] [N]o dejamos pasar la oportunidad para caer en la provocación que

71 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 192.

> adelantaba el gobierno presidido por Rómulo Betancourt [y] sin pensarlo dos veces, iniciamos la gran aventura[72].

Sin embargo, a la hora de evocar la «gran aventura», no se desprende de este pasaje ofrecido por Rafael Elino Martínez ningún reconocimiento de que el sector «duro» de la izquierda resolviera pasar sin titubeos de los «panfletos explosivos» a las «bombas explosivas», como diría el propio Betancourt[73], ni que ese sector, que estaba dispuesto a actuar por medio de la violencia, calculara de algún modo la dimensión del juego en el que estaba incurriendo como respuesta, supuestamente, a las incitaciones de Betancourt. Ni tampoco parece haber sido el caso que entre ellos privara la voluntad de detenerse y reflexionar sobre la capacidad de respuesta que el gobierno estaría resuelto a ofrecerles en ese contexto.

Desde la acera contraria, el dirigente adeco Carlos Canache Mata desestimaría en estos términos la tesis de la «provocación» esgrimida por la izquierda:

> Esa fue una estrategia fría y deliberadamente adoptada en plenos de dirigentes. Basta leer los libros, y no sólo las resoluciones de esos plenos, [...] publicados ahora después [de] que regresaron a la vida democrática [para darse cuenta de] que ellos hacen su [...] autocrítica: realmente nosotros hicimos un diagnóstico equivocado de las posibilidades que estaban planteadas a la revolución, creíamos que era posible llegar al poder por la vía de la lucha armada y fue una equivocación. De tal manera que aquí no hubo ningún empujón dado por el gobierno al PC para que tomara la vía insurreccional. Fue una estrategia adoptada libremente. Y ellos estaban en plena libertad para adoptarla. Hicieron un diagnóstico equivocado y por eso cogieron la vía de la rebelión armada[74].

72 Martínez, 2013: 138-139.
73 Betancourt, 2007, VII: 138.
74 Entrevista con Carlos Canache Mata. En Blanco Muñoz, 1981(a): 388.

Frente a esta polémica resulta conveniente oír la opinión de alguien como Germán Carrera Damas, quien no excusa la práctica de la represión por parte del oficialismo ni tampoco deja de reconocer que ese primer gobierno constitucional pos-1958 arrojó un déficit considerable en aspectos básicos de derechos políticos y humanos. Pero contraargumenta del siguiente modo al evaluar el tipo de violencia que ese mismo gobierno vio generarse y las situaciones que provocó:

> Se creaba [...] una situación de confrontación que rebasaba los límites de lo político ordinario [...] El celoso respeto de la legalidad liberal democrática [...] hacía en extremo difícil cumplir, a la letra, con el mandato pautado en el *Programa mínimo conjunto de gobierno*, que no pudo haber previsto este grado de agudización de la reacción contra la instauración de la *República liberal democrática*[75].

Además, a juicio de Carrera, existían tres elementos que complicaban la labor represiva por parte del gobierno de Betancourt, uno de los cuales le dejaba abierto el camino a cierto grado de paralegalidad. Detengámonos en esto último puesto que revela mucho acerca del tipo de respuesta que pretendía dársele a una violencia inédita hasta entonces, como la que se planteó durante los tempranos años sesenta. En tal sentido, el historiador habla de la falta de una legislación ordinaria provista de suficientes criterios como para asegurar una acción eficaz en defensa del sistema sin contradecir su esencia. Por ello apunta: «Mientras se lograba la actualización del marco legal, reforzando las penas, la represión rebasó los iniciales límites que se había fijado mientras se trató de contener manifestaciones callejeras y actos de protesta»[76].

También convendría decir algo sobre los otros dos elementos a los cuales hace referencia Carrera Damas, especialmente porque jamás fueron tenidos en cuenta por los más implacables detractores de Betan-

75 Carrera, 2013: 319.
76 Ibíd., 323.

court, quienes insistirían en denunciar la presencia de una mano de hierro que, desde lo alto del poder, no guardaba miramientos de ninguna clase ni se ponía a sí misma frontera alguna frente al desmán. El primero de tales elementos debe examinarse en correspondencia con la aplicación del principio de la separación de poderes; de este modo, resulta frecuente constatar, en papeles públicos y privados, las frustraciones del propio Betancourt ante el hecho de que la independencia de los tribunales significara (como de hecho lo significó en muchos casos) retardo procesal o exoneración de penas. Y a tal respecto observa el historiador:

> Rómulo Betancourt fue muy insistente en este punto. Pero demostró tener escrúpulos insuperables respecto de tal autonomía; y absoluto rechazo respecto del despotismo, en la aplicación de las leyes y en cuanto a los procedimientos represivos arbitrarios, legado de la dictadura militar; sobre todo la prisión-secuestro, la tortura y el exilio[77].

El otro elemento que debe tenerse en cuenta a la hora de darle un tratamiento adecuado al tema pasa, a juicio de Carrera, por evaluar la conducta de Betancourt como la persona históricamente responsable de conducir el proceso de restauración democrática desde 1959 pero quien, a la vez, respondía a su propia experiencia de cárceles y exilios. Por ello apunta:

> Rómulo Betancourt acumulaba una experiencia política en la cual se habían conjugado la cárcel; el destierro, reiterado y prolongado; la precariedad en el asilo [¿exilio?] y la pobreza; el atentado, en potencia y en acto; la clandestinidad y el acoso policial; y la persecución ideológica, en escala nacional e internacional. [...]
> Este conjunto de circunstancias y motivaciones formaba una red en la cual la conciencia crítica, el humanitarismo y la sensibilidad personal eran presas de un permanente e implacable contrapunteo con la firmeza doctrinaria, el sentido de responsabilidad política [...] y del desempeño del Poder Público. [...] De lo que ofreció una explicación muy personal: «Yo sólo sé cuánto me desagrada, en lo íntimo de mí mismo, tener que proceder así, porque entre cárceles y exilio han transcurrido muchos de los treinta años que ya cuento de vida pública. Pero los sentimientos personales los hago a un lado, y los haré siempre, cuando estén en juego la salud y la felicidad de la República».
> El tener que vivir honestamente este trance obligaba, a Rómulo Betancourt hombre político, a comparecer con frecuencia ante la opinión pública. Rendía cuentas de su desempeño en una función de vigilante represión, cuya responsabilidad siempre asumió personalmente[78].

Conjugando estos tres elementos, Carrera ofrece una síntesis invalorable:

> [L]a fuerza, responsablemente ejercida, estaba subordinada a principios y valores siempre invocados de manera expresa [por Betancourt]; pero cuya vigencia reflejaba, necesariamente, los tropiezos de la creación de la instrumentación jurídica requerida para librar, con arreglo a esos principios y valores, la lucha contra una colecticia tropa de adversarios en cuyas acciones terminaron por amalgamarse –y en no pocos casos combinarse– las formas más arcaicas del despotismo con las pretendidas más modernas y proclamadas revolucionarias del mismo[79].

Para concluir, todo esto lleva a una reflexión que ofrece Carrera acerca de lo que, para Betancourt, significaba afrontar un «falso dilema», algo que de paso le permite al historiador ir más allá de un análisis circunscrito al período de actuación de aquel como presidente constitucional para referirse al reto que debe afrontar un Estado democrático a la hora de asumir funciones represivas. Veamos:

77 Ibíd., 319.

78 Ibíd., 321.

79 Ibíd., 321-322.

Podía parecer que la mayor implicación ética que le fue necesario superar a Rómulo Betancourt consistió en el siguiente falso dilema, formulado en términos de aparente fuerza lógica: *Si la democracia no se defiende con firmeza, corre el riesgo de perecer. Pero si lo hace contrariando sus valores, ¿no les da razón a sus adversarios y, en cierta forma, sufre una derrota ética y política que podría resultarle fatal?* Pero ocurrió que él ya había resuelto este falso dilema. Lo hizo al declarar en [una] carta a Juan Pablo Pérez Alfonzo, de 31 de enero de 1952, que no padecía la aversión principista a la violencia. [...] Por una parte, rigió la necesaria contención de las reacciones sociales desbordadas; como también la contención de las reacciones que, enarbolando banderas políticas o ideológicas, tomaron caminos extralegales, pese a que se les mantuvo abierta la posibilidad de competir políticamente por el favor de la soberanía popular libremente ejercida. Por la otra parte, rigió la necesaria preservación de la legalidad [...] aunque ello significase también, en algunas ocasiones, incurrir en actuaciones que traspasaron los límites de la contienda política, invadiendo los predios de la vigencia de los derechos políticos democráticamente ejercidos por vía electoral, y aun los más elementales derechos humanos.

Se planteó, en suma, el dilema de la desigualdad de los términos en que se libraba la confrontación. Escuetamente planteado, ese dilema significó la contraposición entre la necesaria observancia de la legalidad y de los principios democráticos, y la permisiva violación *revolucionaria* de los mismos. Esto, válido para ambos bandos. Visto el caso con criterios actualmente en vías de consolidación, parece posible afirmar que, hasta el presente, no ha sido posible formular criterios [...] para establecer responsabilidades en esta materia; pues si toca a un Estado preservar la legalidad y velar por los derechos humanos, no parece que pueda ignorarse esa responsabilidad de parte de quienes insurgen contra ese Estado; más aún si este, como era entonces, estaba revestido de la legitimidad que derivaba de su legalidad originada en el ejercicio libre de la soberanía popular. ¿La ignorancia de estas circunstancias por el insurgente podría exonerar al Estado de la obligación de cuidar de su vigencia?[80]

80 Ibíd., 320-321, 322.

EL RABIOSO ANTICOMUNISMO DE R.B.

Si la protesta de los desempleados de agosto del 59 fue rápidamente elevada a los altares de la guerra, la izquierda tampoco dejó de alentar una intensa batida publicitaria a fin de que el nuevo presidente fuese visto como agente, socio e instrumento de los Estados Unidos. Ello explicaría dos cosas a juicio de sus voceros: primero, la aplicación de una política intensamente antipopular que desestimulara la calle; segundo, su rabioso anticomunismo. Así lo explica Simón Sáez Mérida:

> [Esto] se corresponde con la idea de que [para] Betancourt el auge de masas que se produce con la caída de la dictadura había que reducirlo para asegurarle a los inversionistas una imagen de orden y respeto frente a los Estados Unidos. Al mismo tiempo entendía que reducir ese auge de masas era importante para ganarse a los elementos anticomunistas de las Fuerzas Armadas. Betancourt calificaba [al] gobierno de Larrazábal como un «agobierno», como un «desgobierno». Consideraba que aquí lo que había era un despelote y que lo que había que hacer era poner el orden[81].

Pedro Ortega Díaz sostiene por su parte que Betancourt había regresado del exilio con una visión más clara respecto a los comunistas[82]; entretanto, para Teodoro Petkoff, el empeño por marcar el deslinde definitivo a partir de su retorno al país en enero del 58 no solo obedecía al propósito de proyectar una imagen hacia afuera sino ante la propia sociedad venezolana. Por ello afirma lo siguiente:

> [Betancourt] tenía que lavarse todo el pasado radical, izquierdista, limar todas las asperezas con las Fuerzas Armadas, con el clero, que no tragaba a Betancourt tampoco. [A fines del 58 Betancourt] era en verdad un can-

81 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b): 132.

82 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 48.

> didato increíble. [A] Betancourt lo rechazaban lo que se llama todas las fuerzas vivas del país: la burguesía, las Fuerzas Armadas, la Iglesia. Tenían hacia Betancourt una aversión que no ocultaban. Y por eso toda su política estaba dirigida a ganarse esos sectores. Y para eso necesitaba algo a su izquierda. Por eso Betancourt de entrada anuncia una política anticomunista y una política de provocaciones hacia el comunismo. Ahora, yo no creo que Betancourt pensara que los comunistas iban a responder como respondieron[83].

Ahora bien, si nos detuviéramos por otra parte a examinar el modo como Estados Unidos medía la confiabilidad de Betancourt, sería injusto no darle cabida aquí, ni tomar en cuenta para este análisis, la forma en que el líder máximo de AD era percibido ya por el Departamento de Estado desde la época del trienio 1945-48, cuando no desde el último año del régimen de Medina Angarita. En tal sentido, la historiadora Corina Yoris rescata esta observación hecha en el año 45 por la Embajada de EE. UU. en Caracas: «Rómulo Betancourt, fuerza motriz del actual partido opositor 'Acción Democrática', flirteó con el comunismo en Costa Rica, aunque más tarde abjurara de sus doctrinas, a cambio de lo cual se ganó el odio eterno y la aprensión de sus 'camaradas'»[84]. Ello sin mencionar la forma como el propio Betancourt, ya desde 1931, y especialmente a partir de 1937, actuando ya al frente del clandestino PDN, había creído indispensable diferenciarse de quienes figuraban adscritos a la ortodoxia de la Tercera Internacional, por considerar que tal corriente era ajena a las especificidades propias de Venezuela y América Latina[85].

Pero, particularmente respecto a su último exilio, en algo no se equivocaba Pedro Ortega Díaz al afirmar que Betancourt había regresado al país con una visión mucho más clara acerca de los comunistas. Para ello convendría consultar una vez más la opinión de Carrera Damas. A su juicio, al Betancourt de aquel último y más prolongado exilio (1948-1958) se le imponía un deslinde estratégico, político e ideológico mucho más radical respecto del comunismo y los comunistas de lo que lo había sido hasta entonces si la estrategia era el retorno al poder en condiciones que invitaran a presumir que no solo se daba por descontada una ratificación del carácter democrático de su primera experiencia de gobierno (1945-48) sino una clarificación total de dudas acerca de su pasado ideológico. Además, y en esto coincide Carrera con Petkoff, tales dudas persistían, especialmente entre los militares y ciertos sectores de la sociedad, a pesar de que ya abundaban indicios de lo que el abandono de ese pasado de militante comunista habría podido implicar[86].

Por otra parte, a fin de redondear el punto, Carrera hace referencia a lo que en este nuevo contexto habría de significar una Guerra Fría que, si por un lado había alcanzado cierto nivel de estabilidad o de «institucionalización» en virtud de la aceptación mutua de áreas de influencia, por el otro estimulaba que se recalentaran las tensiones dentro de ciertas zonas, como en el caso del Caribe:

> Entraba en una nueva fase el papel que venía desempeñando Rómulo Betancourt en la tarea de atenuar las reticencias del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, respecto de la reinstauración de la *República liberal democrática* en un área cuya estabilidad resultaba ser de gran importancia estratégica en el marco de la *Guerra Fría*. Para estos altos fines, el realismo político de Rómulo Betancourt tuvo que torcerle el cuello –aunque no del todo– al cisne de su pasado de militante comunista y fervoroso antiimperialista; lo que incitó a sus consecuentes enemigos de secta y demás detractores, quienes estaban dispuestos a poner en riesgo la resurgente democracia venezolana obedeciendo los dictados estalinistas, a acentuar denuncias que han perdurado hasta el presente [...].

83 Entrevista con Teodoro Petkoff. En ibíd., 192.

84 Citado por Yoris, 2004: 145. La traducción del documento citado es nuestra.

85 Ibídem.

86 Carrera, 2013: 230, 234-235.

Para la promoción de sus altos fines patrióticos, encaraba Rómulo Betancourt la difícil tarea de dar prueba de no ser comunista. Lo hizo hábilmente: sin afirmar no haberlo sido. [...] Lo hizo procurando dejar claramente sentada, mediante un discurso nunca obsecuente con aquellos de quienes reclamaba ser escuchado [...], su genuina disposición de enfrentar el expansionismo soviético, al mismo tiempo que combatía la dictadura e impulsaba la democracia, no sólo en Venezuela sino en toda Latinoamérica[87].

87 Ibíd., 269.

EL CONSPIRADOR VITALICIO

CONSPIRANDO DESDE LA PLANICIE

En su biografía de Wolfgang Larrazábal, el periodista Omar Pérez anota que Jesús María Castro León, quien durante los primeros seis meses de 1958 ejercería el cargo de ministro de la Defensa del gobierno surgido tras el fin de la dictadura el 23 de enero, era popularmente conocido entre sus pares como «El Cabito» debido a la cortedad de su estatura[1]. Puede que el dato fuera correcto en un sentido; pero en realidad el remoquete respondía a una tradición familiar que el aviador reivindicaba como timbre de orgullo: Castro León venía a ser sobrino nieto de Cipriano Castro, quien era apodado del mismo modo[2].

Si se le sigue la pista a lo que fue su carrera profesional desde el ocaso del gomecismo, podría concluirse que Castro León poseía todas las características del irredento e inveterado conspirador. De hecho, el escritor Juan Liscano lo bautizaría como el «conspirador vitalicio»[3] mientras que Domingo Alberto Rangel, a la hora de trazar su perfil, lo definirá como «militar educado en la vieja escuela del complot»[4]. En 1928, justo cuando egresó de la Academia Militar

1 Pérez, 2008: 73.

2 Según Iván Darío Jiménez, Castro León era nieto de Cipriano Castro (Jiménez, 1996: 112); sin embargo, nos inclinamos a considerar más confiable lo que apunta Rodolfo José Cárdenas, como testigo cercano a los hechos y oriundo del Táchira, quien lo califica de sobrino nieto del jefe de la Causa Liberal Restauradora (Rodolfo José Cárdenas, «El golpe de Castro León, la dirección de Miraflores». *La Esfera*, 27/04/60: 13).

3 Juan Liscano, «La respuesta de Sanabria o poder de fuego y poder del pueblo». *El Nacional*, 23/04/60: 4.

4 Domingo Alberto Rangel, «Los misterios de Castro León». La Esfera, 26/04/60: 13.

como alférez mayor, fue dado de baja al sospechársele involucrado en la rebelión militar de abril de ese mismo año que condujo a la cárcel, entre otros, al cadete Eleazar López Volkmar, hijo de Eleazar López Contreras. Dedicado durante un par de años a una vida gobernada por oficios ocasionales, trabajó, entre otras cosas, como peón de albañilería en la construcción de una estatua del apóstol san Juan en san Juan de los Morros[5]. En 1930, luego de verse reenganchado en los cursos de piloto de la Escuela de Aviación Militar, fue retirado de filas un año más tarde tras ser sometido a un Consejo de Guerra y encarcelado en Maracay. Readmitido como aviador militar en 1937, en tiempos de Eleazar López Contreras, tomará parte en los sucesos del 18 de octubre de 1945 que condujeron al derrocamiento de Isaías Medina Angarita. Tres años más tarde, ascendido a mayor según lo estipulaban los reglamentos, pero sin haber sido distinguido con ningún cargo durante el gobierno provisorio de Rómulo Betancourt, fue alejado discretamente del país por el nuevo presidente, Rómulo Gallegos, a fin de que realizara cursos de táctica aérea en los Estados Unidos. A su regreso, antes del 24 de noviembre del 48, siguió conspirando contra el gobierno adeísta y participó en la conjura que finalmente depuso a Gallegos[6]. Mal avenido con el régimen presidido por Carlos Delgado Chalbaud apoyará, dos años después del asesinato de este, el pronunciamiento de Marcos Pérez Jiménez del 2 de diciembre de 1952 para ser premiado con el cargo de director de la Escuela de Aviación Militar y jefe del Estado Mayor Aéreo (1953) para luego serlo, en enero del 58, con el de ministro de la Defensa por la entereza con que se opuso a la continuación del régimen *perezjimenista*. Empero, en medio de tanto aventurerismo, sorprende el nivel de capacitación técnica que llegó a adquirir el general rebelde: su currículo figura repleto de estudios de adiestramiento como piloto de combate, incluyendo los más modernos

5 Elvira Mendoza, «Castro León a la vista». *El Mundo*, 23/04/60. ASGS.

6 Ibídem.

cursos en tácticas de bombardeo que se dictaban por aquel entonces en distintas escuelas del exterior[7].

A pesar de que el hecho de entrar en discordia con Pérez Jiménez lo catapultaría a titular del Ministerio de la Defensa, permitiéndole escalar de paso al rango de general de Brigada[8], el mando tampoco pareció aquietarlo ni dejarlo conforme en esta oportunidad. Ahora, en 1958, conspirará abiertamente contra el gobierno provisional de Larrazábal y, dos años más tarde, en abril de 1960, reaparecerá comandando una insurrección contra el gobierno constitucional de Rómulo Betancourt. Esta vez su conducta de golpista contumaz lo llevará a emular a su tío abuelo Cipriano al intentar irrumpir, para sorpresa de Betancourt, desde la frontera del Táchira. Parecía pues que, para Castro León, conspirar formara parte de un dictado que le salía de las entrañas, un requerimiento de su existencia o una inveterada afición por alcanzar el protagonismo político.

Tal vez se tratara de una mera coincidencia, pero no hay duda de que el número 23 gobernó la actuación de Castro León durante 1958. El 23 de enero de ese año asumió como ministro de la Junta presidida por Wolfgang Larrazábal y, cinco meses más tarde, exactamente el 23 de julio, renunció a su cargo luego de verse derrotado en un duelo de poder que pretendió librar desde La Planicie, donde entonces funcionaba la sede del Ministerio de la Defensa. De hecho, aquellos seis meses fueron creando un clima de tensión en medio del cual Castro León creyó advertir una actitud complaciente por parte de la Junta hacia la forma como las organizaciones sindicales y el movimiento estudiantil se adueñaban de la calle, al tiempo que AD y el PCV hacían frecuentes cuestionamientos al estamento militar heredado de la dictadura. A juicio de quienes pulsaban de cerca sus malestares, Castro León solía quejarse de que algunos prominentes miembros de las FF. AA. fuesen

7 Jiménez, 1996: 112,114; Pérez, 2008: 73; *La Esfera*, 21/04/60: 9; *La Esfera*, 13/07/65: 20; *El Nacional*, 13/07/65: 8, 10.

8 Castro León recibió su ascenso a general de Brigada poco después de los sucesos del 23 de enero de 1958. Elvira Mendoza, «Castro León a la vista». *El Mundo*, 23/04/60. ASGS.

blanco de constantes ataques dirigidos a través de la radio y la prensa, cuando no ultrajados en los mítines de calle[9].

Fue precisamente entre esos meses de enero y julio del 58 cuando al ministro le dio por hablar de una «campaña difamatoria» destinada a mantener a las Fuerzas Armadas en un plano de desprestigio para hacerlas aparecer ante la opinión pública como las únicas responsables del decenio recién concluido. Ante una libertad de prensa sin restricciones, y que volvía a ejercerse luego de tanto silencio autoimpuesto, el tono de sus declaraciones no podía menos que interpretarse como un gesto de desprecio hacia el clima de opinión que había ido creándose en el país. En este sentido, Castro León hablará, en giros un tanto rebuscados, acerca del «foetazo artero de la prensa pasquinesca y procaz» para definir lo que, a su juicio, eran las extralimitaciones en las cuales se había estado incurriendo gracias a la actitud, supuestamente lenitiva, de Larrazábal.

Incluso, hasta una campaña con afanes pedagógicos para defender la imagen de los militares fue impulsada por Castro León a través de una serie radial y televisiva denominada «Venezuela, conoce a tus Fuerzas Armadas». En la presentación de la serie, el propio ministro soltó algunas veladas advertencias como esta:

> Las Fuerzas Armadas tienen sus propios códigos y es hora ya de que se silencien las campañas de tutelaje y las demandas de depuración. La institución se basta a sí sola para salvar sus posibles escollos, sin directrices ni intromisiones ajenas. Ella exige que respeten sus fueros, como ella respeta los fueros que le son ajenos[10].

Pareciera entonces como si, a la antigua usanza, el fuero militar privara para Castro León como un sagrado e inmutable principio. Además, a la hora de exhortar al país a que conjurara la mentalidad

9 *Élite*, n.º 2.130, 23/07/66: 59.

10 *El Nacional*, 05/04/58. ASGS.

golpista, el ministro terminó trazando quizá un involuntario retrato de sí mismo: «Demos un mentís, de una vez y para siempre, a la amenaza golpista, la cual sólo existe en la mente enfermiza de líderes veteranos en tales menesteres»[11].

Sin embargo, no solo lo que se dijera desde la calle contra el estamento armado alimentaba las prevenciones del ministro. En el mismo saco cabía la opinión que le merecían los partidos que volvían a reclamar espacios a partir de la dinámica iniciada el 23 de enero, algo que de paso revelaba muy claramente cuál era su posición ante la eventualidad de que Betancourt, contra quien había conspirado durante el trienio 1945-48, regresara al poder o acampara en sus inmediaciones. Para Agustín Blanco Muñoz, su posición antipartidos dejaba traslucir la aversión que le profesaba a los adecos y a Betancourt en particular desde que este presidiera la Junta de Gobierno[12].

De acuerdo con Eduardo Mayobre, el hecho de que Castro León se convirtiera en un tenso cable para la Junta se explica porque las Fuerzas Armadas, al igual que los diferentes sectores que contribuyeron a la caída de la dictadura, habían saboreado la experiencia de su protagonismo y presionaban para que se avanzara en el cumplimiento de sus aspiraciones. Además, entre los militares se habían roto las cadenas de mando y tanto las manifestaciones de calle como el exceso de declaraciones públicas les hacían creer que el orden público y la propia institución armada corrían peligro. Agrega Mayobre que también estaba presente el temor a retaliaciones contra quienes habían participado en el régimen anterior[13].

A la hora de recapitular sus distintos desencuentros con la Junta, pero seguramente creyendo hallar entre ciertos sectores algún eco favorable a su pregonado anticomunismo, Castro León le subiría el tono a este punto al señalar lo siguiente en unas memorias escritas desde la prisión algunos años más tarde:

11 Ibídem.

12 Blanco Muñoz, 1992(b): 149.

13 Mayobre, 2009: 48.

> También contribuyó al disgusto del Presidente de la Junta el haberme yo negado al envío a Cuba de un valiosísimo armamento para Fidel Castro. Me negué a ello porque ese cuantioso armamento y municiones eran patrimonio nacional y mi responsabilidad como Ministro de la Defensa no me permitía disponer de ello sin una orden debidamente firmada por la Junta de Gobierno. Solicité dicha orden y no me fue dada. El valioso armamento no salió para Cuba durante mi administración; pero supe que salió durante el segundo semestre del 58 y que otro semejante fue enviado a Fidel durante mediados del año 59 y de que algunos oficiales de nuestra Fuerza Armada fueron enviados a Cuba en estas misiones[14].

Las tensiones con Larrazábal llegaron a cobrar su mayor nivel en mayo de ese año tras la renuncia de Eugenio Mendoza y Blas Lamberti, los dos empresarios que formaban parte del gobierno provisional, y su reemplazo por otros dos civiles, José Antonio Mayobre y René de Sola. Tal renuncia, y el nombramiento inmediato de sus reemplazantes, fue interpretada por Castro León como una decisión «inconsulta» que daba pie a que el «filocomunismo» dictara a partir de entonces el rumbo económico de la Junta[15]. A juicio de quien despachaba desde la sede del Ministerio de la Defensa y de quien aún creía que ese Ministerio fungía como la antesala directa al poder en Miraflores, solo los comandantes de las distintas fuerzas, que habían elegido la Junta el 23 de enero, tenían la potestad de aprobar –o improbar– la incorporación de nuevos miembros al poder colegiado[16].

Básicamente, la lista de sus malestares se contraía a lo siguiente: en primer lugar, la pésima imagen internacional que había generado el aparatoso recibimiento del vicepresidente estadounidense Richard Nixon en Caracas, muestra –a su juicio– de falta de autoridad suficiente por parte

14 *Élite*, n.º 2.080, 07/08/65: 35.

15 *Élite*, n.º 2.130. 23/07/66: 59-60.

16 Según la revista *Élite* su opinión fue expresada de esta manera: «[L]a disolución y la integración de la Junta eran potestativas de los comandantes de las distintas armas, que eran los que la habían elegido el 23 de enero». ibíd., 60.

del gobierno para garantizar el orden público; la actitud «cómplice» que este hecho había evidenciado con grupos de talante insurgente; la forma «pública y notoria» con que AD y el PCV influenciaban la mayoría de las decisiones gubernamentales; la manera como estos mismos partidos, a través de acciones de calle, desorientaban a la opinión pública; el modo como el movimiento sindical, sobre la base de protestas, ocupaciones y confiscaciones, chantajeaba a los organismos económicos; la manera «irritante y descarada» con que eran «cotidianamente injuriados» los miembros de las Fuerzas Armadas y, por último, la renuncia de Lamberti y Mendoza, lo cual –a su parecer– era demostrativo de que, en el seno de la Junta presidida por Larrazábal, anidaban «vicios radicales»[17].

Todos estos elementos figuraban recogidos en un documento que Castro León se propuso presentar ante el gobierno provisional junto a una lista de exigencias que Larrazábal y sus ministros rechazaron de plano al considerarla no solo contraria a las expectativas de convivencia democrática impulsadas por la Junta sino concebida a modo de ultimátum[18]. Entre tales propuestas figuraban estas cuatro como las más importantes: el diferimiento de las elecciones previstas para fines de año en el entendido de que, según él, privaba el ventajismo; la aceptación de una nómina de oficiales, elaborada por el Ministerio de la Defensa, para cargos específicos en la administración pública, la adopción de mecanismos de censura y, por si fuera poco, la eliminación de Acción Democrática y del Partido Comunista[19]. Para una Caracas devorada por la impaciencia, ese ambiente generado por el duelo Larrazábal/Castro León hacía recordar, en cierta forma, las vísperas del 24 de noviembre de 1948[20].

Castro León admitiría incluso haber desatendido en medio de aquella crisis que había comenzado a edificarse en torno a su persona y el presidente de la Junta el consejo que le impartiera uno de sus principales mentores. Así lo confesó años más tarde desde la prisión:

17 Ibidem.

18 Ibid., 61; *Élite*, n.º 2.078, 24/07/65: 34.

19 Blanco Muñoz, 1991: 149; Mayobre, 2009: 49.

20 *Élite*, n.º. 2.026, 25/07/64. ASGS.

> Motivado [por] la extraordinaria responsabilidad que yo tenía [...] fui a hablar con el general [Eleazar] López Contreras y le planteé la situación. Y su opinión fue la de que me quedara tranquilo, que no hiciera nada, porque hacer algo en ese momento significaba sacrificar muchas vidas, sobre todo de estudiantes, y eso no me convenía a mí, ni al país, ni a nadie, y que era mejor que eso no continuara y que dejara las cosas así[21].

De acuerdo con una versión periodística de los hechos, aquel documento, junto al pliego de exigencias, más que ser producto de una elaboración propia de Castro León reflejaba el descontento de un sector de la oficialidad que lo apoyaba frente a Larrazábal. De allí que este sector lo conminara, en su calidad de ministro de la Defensa, a tomar una actitud de abierto y público rechazo ante lo que consideraban unas FF. AA. amenazadas de disolución[22]. A raíz del documento presentado a la Junta, y según una crónica publicada por la revista *Élite*,

> Los doctores Jóvito Villalba y Rafael Caldera, y don Eugenio Mendoza, visitaron La Planicie en calidad de mediadores. A su llegada, el general Castro León trataba de que las radios y televisoras entraran en cadena para dirigirse al país, pero no hubo manera de obtener esto. Los mediadores se entrevistaron con él y discutieron sus aspiraciones. [...] Tres viajes hicieron los mediadores de Miraflores al Ministerio. La situación era peligrosa. Las Fuerzas Armadas estaban divididas: unas apoyaban al contralmirante Larrazábal y otras al general Castro León. Cualquier orden apresurada o mal interpretada podía prender la mecha[23].

Si fuera posible creer (y tal parece haber sido el caso) que Castro León aceptó el cargo de ministro de la Defensa para organizar la conspiración contra el gobierno provisional desde lo alto de La Planicie, su

21 Entrevista con Tesalio Morillo. En Blanco Muñoz, 1981(a): 319.

22 *Élite*, n.º 2.130. 23/07/66: 60.

23 Ibíd., 61.

empeño se vino abajo cuando, entre el 20 y el 23 de julio, pudo percatarse de que contaba con el apoyo de algunos de los cuarteles más importantes de la capital, mas no así con los sectores de la calle que saldrían a combatir lo que ya se había convertido en rebelión declarada y abierta. Como habría de precisarlo la revista *Élite*, Castro León permanecería «acuartelado con 27 oficiales en el despacho de La Planicie solicitando la renuncia de la Junta de Gobierno»[24].

La desembozada actitud del ministro, efectiva a partir del día 22 (aunque difundida a base de rumores desde al menos 48 horas antes) llevaría a que una multitudinaria manifestación, calculada en unas sesenta mil personas[25], se congregara en los alrededores de El Silencio, al tiempo que los recién restablecidos sindicatos se dispusieron a convocar un paro a escala nacional[26]. Esto, en palabras de Omar Pérez, significó que la presión de la calle llevó a que Castro León se mantuviera inmovilizado en su despacho y, a fin de cuentas, bajara la guardia: «La gente se lanzó a las calles para respaldar la acción del gobierno de una manera tan determinante y masiva que a Castro León no le quedó otro camino que desistir de sus demandas y renunciar al despacho que titulaba»[27].

Para los dirigentes de izquierda, proclives a construir símiles y convencidos de que el pueblo había derrotado la conspiración, Castro León venía a ser una especie de general Lavr Kornilov que había pretendido derrocar al gobierno provisional de Alexander Kerensky, solo para que la propia izquierda (la de 1917 y la de 1958) terminara descubriendo que la lucha contra el presunto usurpador había revelado la fortaleza y el músculo de la masa, así como las potencialidades para una gimnasia revolucionaria capaz de ser empleada en el futuro.

24 *Élite*, n.º 1.805, 30/04/60: 57. Según el periodista Omar Pérez, la cifra de los oficiales que acompañaban a Castro León en La Planicie llegaba al centenar. Omar Pérez, «Castro León niega que exista un movimiento perezjimenista en el Ejército». *El Nacional*, 26/07/58. ASGS.

25 Alberto Jordán Hernández. «Castro León casi liquida una democracia naciente». *El Diario de Caracas*, 23/07/87: 30.

26 Blanco Muñoz, 1991: 151.

27 Pérez, 2008: 73.

Actuando todavía desde las filas de Acción Democrática, pero pronto a dejar su vientre al darse el parto final del mirismo, Domingo Alberto Rangel ya se había anticipado a calibrar la actitud díscola del ministro publicando un artículo en el diario *La Esfera* justamente bajo el sugestivo título de «El general Kornilov»:

> A veces son útiles los paralelos históricos. Constituyen, cuando se toman ciertas precauciones, una guía valedera para devanar la madeja de las complicaciones que ofrezca una determinada situación. La historia, ciertamente, no se repite como lo pretenden los estribillos de algunos tangos pegajosos. Pero el tiempo va trayendo a las sociedades fenómenos y problemas cuya solución podría facilitarse si tendemos una mirada al pasado. [...]
> El general Kornilov pretendió derrocar al gobierno provisional de Kerensky que imperaba, como el corcho, sobre aquel océano de aguas tempestuosas. Era comandante de algunos cuerpos del Ejército en los alrededores de San Petersburgo –capital entonces de Rusia– [y se dispuso a] embestir contra el Consejo de Ministros. [...] Y marchó hacia ella, con fanfarria de conquistador. Sus cálculos eran aparentemente correctos. [...] Y el general Kornilov, el de los cálculos exactos, resultó derrotado. [...]
> En Venezuela, un Kornilov que tuviera la estupidez de escuchar las consejas de los golpistas no haría otra cosa que encender el mechero del levantamiento nacional [...] Los cachicamos de la conspiración deberían consultar esas perspectivas. Porque si salen de sus cuevas, entrarán en ellas las lapas de la insurgencia popular[28].

Al igual que en el caso de Kornilov en la Rusia de 1917, el recurso a la huelga también se hizo efectivo entre quienes se propusieron derrotar el pronunciamiento de Castro León. En este sentido, la actuación de Fabricio Ojeda, quien aún se mantenía al frente de la cada vez más simbólica Junta Patriótica, fue decisiva a fin de intentar que los trabajadores paralizaran sus actividades por tiempo indefinido

28 Domingo Alberto Rangel, «El General Kornilov». [diario sin especificar], 27/06/59: 13. ASGS.

como respuesta a la amenaza que se gestaba desde La Planicie[29]. De algún modo, las desafiantes jornadas de enero del 58 seguían frescas en la memoria de Ojeda. Lo mismo puede decirse acerca de la actitud mostrada por la Federación de Centros Universitarios, que movilizó y concentró a siete mil estudiantes quienes, de paso, le reclamaron a la Junta de Gobierno la entrega de armas para reforzar a las fuerzas leales en caso de que fallase la vía reglamentaria[30]. Para agregarle mayor tono a lo que, a su juicio, fue el protagonismo de la calle a la hora de refrenar el intento golpista de Castro León, el dirigente del PCV Pedro Ortega Díaz señalaría lo siguiente: «Yo recuerdo que ese día había alcabalas populares en toda Catia, en toda la carretera hacia La Guaira, y para pasar se necesitaban pases del Partido Comunista»[31].

Ahora bien, por mayor que fuera la gesta popular, o por mayor que pareciera ser el consenso de políticos y testigos según el cual –en palabras del entonces ministro del Interior, Numa Quevedo– «el pueblo venezolano con su actitud viril, de abnegación y sacrificio»[32] hizo retroceder a Castro León, pudo tratarse en realidad de un duelo a pulso entre quienes manejaban el elemento militar en tales circunstancias y a ambos lados de la línea. De acuerdo con Iván Darío Jiménez, y dicho fríamente, la poblada caraqueña no habría podido detener una acción tan contundente como la que estaba planteada si esta, finalmente, se hubiese dado[33]. Por otra parte, según Teodoro Petkoff, ambas razones se combinan en este caso para tratar de entender a qué se debió la derrota de las intenciones insurreccionales de Castro León. A su juicio, el intento golpista fue aplastado por un sector de las Fuerzas Armadas pero dentro de un contexto de amplísima movilización popular[34].

29 Pérez, 2008: 79.
30 Ibíd., 78.
31 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 49.
32 Quevedo, 1963: 199-200.
33 Jiménez, 1996: 114.
34 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 179.

Comoquiera que fuese, entre Larrazábal y Castro León existía la suficiente cantidad de armamento como para temerse una confrontación ante la cual no parecía estar claro quién podría llevar las de ganar. Según el mismo Iván Darío Jiménez, el ministro de la Defensa tenía en sus manos la brida de las Fuerzas Armadas, en tanto que otros han puesto el énfasis en lo que significaba el apoyo que la Marina –componente de origen de Larrazábal– podía ofrecerle a la Junta en el contexto de aquella crisis. Tal sería la falta de certeza que planteaba este duelo que si se consultan las notas tomadas por uno de los ministros de Larrazábal (y que figuran citadas por Eduardo Mayobre) se llega a la conclusión de que la idea de pactar con el ministro rebelde no estuvo lejos de ser la salida más aconsejable en un momento determinado. La otra alternativa era que no hubiese transacción posible y que, ante la persistencia de Castro León, el Gabinete renunciara en pleno. Ante cualquiera de ambos casos, y según el parecer de este ministro, «el gobierno estaba prácticamente caído», lo cual se veía confirmado por la opinión de uno de los miembros militares de la Junta quien, en plan de sondeo, pudo determinar que los cuarteles de Caracas estaban a la orden de Castro León y no de la Junta[35].

Sin embargo, la cuestión de fondo –el duelo de fuerza– persistía. Porque el hecho era que Larrazábal contaba también con elementos militares resueltos a respaldarlo y que, en este caso, no se hallaban concentrados en la capital sino en los puertos. De allí que, por un lado, quienes con fuerzas terrestres y suficientes aprestos de guerra se congregaron en torno a Castro León en la propia sede del Ministerio de la Defensa y algunos cuarteles aledaños han debido evaluar lo que significaba que, por el otro, la Escuadra y la Infantería de Marina, fieles a la Junta y controladas por Carlos Larrazábal Ugueto, hermano del presidente y el capitán de navío Armando López Conde, respectivamente, estuviesen en capacidad de aislar a la capital. De hecho, el plan que consistía en que la flota levara anclas y cerrara de ese modo todas

35 Mayobre, 2009: 51.

las vías posibles de acceso fue lo que, a juicio del propio presidente Larrazábal, terminó minando el ánimo de los alzados[36].

Como la guerra es también imagen de autoridad, Castro León apostó a debilitar a sus oponentes trasladando al campo de los Larrazábal la actitud de rebeldía que a él se le imputaba en La Planicie. Dicho de otro modo, tratándose de un gobierno colegiado del cual el ministro de la Defensa tenía tanta voz como parte, el hecho de que Carlos Larrazábal, como comandante de las Fuerzas Navales, amenazara con que la flota saliese al mar, fue interpretado por Castro León como un acto de insubordinación siendo él quien, como ministro de las FF. AA., era el único autorizado a impartir una orden semejante[37]. De allí que, acto seguido, instruyera a todas las guarniciones, tanto de Caracas como del interior, a que no acataran órdenes que no emanaran del Ministerio de la Defensa y que se mantuvieran en estado de alerta[38].

Lo cierto del caso, y lo cual dice mucho acerca de la dinámica que planteaba este duelo, es que Wolfgang Larrazábal y la Junta de Gobierno resolvieron trasladarse a Macuto. De ese modo, al sesionar desde el Comando de la Marina, que funcionaba provisionalmente en la casa presidencial de La Guzmania, Larrazábal y los suyos confiaban en verse cerca de la flota y, sobre todo, fuera de su alcance, si esta decidía bombardear el Palacio Blanco en caso de que Castro León decidiera salir de La Planicie y tomar por asalto la improvisada sede de gobierno desde donde gobernaba Larrazábal[39].

Los cálculos militares hechos por los hermanos Larrazábal no comportaban exageración alguna si se toma en cuenta que, a pesar de que se interpusiese la mole del Ávila, no más de cuarenta kilómetros separaban al puerto de La Guaira de la capital. Esto hacía que la tasa de tiro de los destructores a las órdenes de la Junta tuviese un alcance efectivo a tal distancia. De hecho, según se desprende de unas notas

36 Pérez, 2008: 83.
37 *Élite*, n.º 2.130. 23/07/66: 60.
38 Ibídem.
39 Blanco Muñoz, 1991: 150.

personales que el propio Wolfgang Larrazábal redactara años más tarde, en La Guzmania se tramó la «Operación Julio», que consistió justamente en ubicar a los buques en posición de bombardear los sitios donde se concentraban los conspiradores. Aún más, según la misma versión de Larrázabal, una vez que este regresó a la capital a pesar de que el ministro de la Defensa continuaba atrincherado en La Planicie, el riesgo de que la Operación Julio se abatiera sobre los rebeldes fue lo que llevó a Castro León y al alto mando militar a trasladarse al Palacio Blanco a fin de dialogar con el presidente. Ocurrió simplemente que Castro León, quien amanecía desde hacía días en La Planicie, estaba quedando aislado[40]. Según lo apuntara años después un columnista de *El Nacional*, el cuadro azuloso de la TV resaltó el momento cúspide de la ceremonia cuando se dio el protocolar intercambio de saludos entre el vencido Castro León y el vencedor Larrazábal[41].

A pesar de que este diálogo que condujo a la dimisión del ministro se prolongó una eternidad, tal como lo registraría Larrazábal entre sus apuntes, y a despecho del sofocante abrazo que ambos se dieron luego de que Castro León firmara su renuncia en presencia del resto del Gabinete durante la noche del 23/24 de julio, el «lobo» quedó atrapado solo para salir de Palacio cuando, horas después, fue transportado al aeródromo de La Carlota y, de allí, sin escalas, hasta Puerto Rico, justamente la isla en la cual terminó recalando para siempre su tío abuelo don Cipriano. Otro cronista, en este caso de la revista *Élite,* ofrecería la estampa de quien, en lo más alto del poder de las FF. AA. apenas veinticuatro horas antes, debió salir precipitadamente del país sin uniforme, coincidiendo con el 175 aniversario del nacimiento de Bolívar:

> [El] General Castro León llegó [a La Carlota] en su Cadillac amarillo [...] en traje de civil y con escolta. Su esposa, Carmen Luisa Carabaño, con quien se casó en 1946, no fue a despedirlo. El General Castro León llevaba sus anteojos y éstos no alcanzaban a borrarle la fatiga del rostro. Su almuerzo había consistido en un sándwich de jamón y un vaso de cerveza. Ahora estaba en la escalerilla del exilio, sin pasaporte y sin dinero, con una maleta de cuero, un pantalón negro, una camisa abierta y una chaqueta gris. Un 24 de julio, 175 años antes, había nacido Bolívar, por eso era día feriado y nadie trabajaba. Estaba programado que el General Castro León saliera [...] a las 4 de la tarde en el C-47[42].

Al margen de la gravedad con que se planteó el enfrentamiento que desembocó en el *impasse* ocurrido a mediados de julio del 58, el conflicto Larrazábal-Castro León tuvo ribetes realmente curiosos. Solo para comenzar figura la circunstancia de que el ministro de la Defensa ordenara que Larrazábal fuera sorprendido y arrestado en su despacho provisional del Palacio Blanco, algo de lo cual solo se salvó gracias a la inveterada afición deportiva que tantas críticas suscitara entre quienes veían al presidente de la Junta, expresidente del Instituto Nacional de Deportes y *pitcher* aficionado en la Marina más interesado en seguir por radio un partido de béisbol que en tomar decisiones de gobierno. Lo cierto del caso es que esa noche en que llovía a cántaros sobre Caracas, y en la que Castro León debía tener en su poder al vicealmirante para saldar la creciente tensión entre ambos, este se encontraba fuera de Palacio, asistiendo a un *match* de boxeo en el estadio universitario, donde se ponía a prueba el prestigio del púgil criollo Ramón Calatayud frente a su contendor estadounidense Jimmy Abeyta. Razones de Estado más que suficientes para que Larrazábal, siempre dispuesto a ir adonde hubiese público y mezclado entre los casi siete mil espectadores, se complaciera esa noche viendo lo que él mismo llamara una «lid» como jamás había disfrutado hasta entonces[43]. Solo luego de verse alertado acerca de lo que ocurría en

40 *Élite*, n.º 2.078, 24/07/65: 34.
41 Francisco Leiva. «Se murió El Cabito». *El Nacional*, 14/07/65: C-1.
42 *Élite*, n.º 2.026, 25/07/64. ASGS.
43 Ibídem; Pérez, 2008: 81.

La Planicie, y «mojado hasta los huesos» por la lluvia que caía densa y sin interrupciones al salir del *match*, fue cuando Larrazábal resolvió trasladar el gobierno en pleno hasta La Guzmania y allí, junto a sus ministros y oficiales de la Marina, tramar la forma de hacer frente al desafío planteado por el ministro de la Defensa. El escritor y periodista colombiano Plinio Apuleyo Mendoza, por entonces residenciado en Caracas, lo puso así: «El contralmirante Larrazábal, que es un buen lector de novelas de acción, sabe que en estos casos gana el que madruga. Y aquella noche, después del boxeo, no se fue a dormir. Llamó a sus compañeros de la Junta y bajó con ellos a La Guaira, a bordo de un Cadillac negro de la Presidencia»[44].

Más allá de este inicio, el movimiento de Castro León fue curioso en muchos otros sentidos, y no solo porque no se disparara un tiro, a pesar de que hasta los cañones de la Marina de Guerra fueron aprestados para ello. Después de todo, el suyo no sería el único caso de un pronunciamiento sin balas, puesto que también lo fue el que, en noviembre del 48, condujo al derrocamiento de Rómulo Gallegos. Fue curioso por otros motivos que el periodista Agustín Blanco Muñoz intenta explicar en un trabajo dedicado a la asonada y que, no en vano, lleva parcialmente el título de «Un golpista que se atrinchera»[45]. Para Blanco Muñoz, un alzamiento que se planteó como táctica no salir de La Planicie, ni mover a las fuerzas supuestamente comprometidas con la insurrección de ninguno de sus sitios de acantonamiento, parecía revelar, desde el comienzo, cierto aire de fracaso[46]. Más aún, si Castro León había pretendido utilizar el Ministerio de la Defensa como antesala al poder, resulta desconcertante observar que el inveterado golpista requiriera tanto tiempo para hacer que cuajara una acción que, en el mejor de los casos, solo se contrajo a la sede de su propio despacho. Una explicación posible, entre muchas otras, es que el ministro rebelde, poco

44 Plinio Apuleyo Mendoza, «Operación limpieza». [Diario sin especificar], 28/07/58. ASGS.
45 Blanco Muñoz, 1991: 147.
46 Ibídem.

ducho en entender de acuerdos y negociaciones, se viera «envuelto» por los emisarios cuya presencia él mismo solicitara públicamente: Rafael Caldera, Jóvito Villalba y el empresario Eugenio Mendoza. Rómulo Betancourt, como lo aclara Mayobre, también fue convocado pero no asistió; más bien, por precaución, permaneció oculto[47].

Fueran cuales fuesen los puntos en torno a los cuales se concertó su rendición, lo cierto es que Castro León impuso, de entrada, que se garantizase su traslado inmediato al exterior luego de darse su renuncia, inmediata y efectiva, al cargo de ministro. Por otro lado, y aunque el oficial rebelde insistiera en que la prensa solo buscaba descalificar su posición en medio de aquella crisis, los tres mediadores lograron disuadirlo de la idea que se había propuesto de entrar en contacto con el país a través de la radio y la televisión a fin de exponer los motivos de su pronunciamiento[48].

En todo caso, la explicación menos creíble –si la hubiere– es que tal actitud de rebeldía debía leerse como una forma de presionar a Larrazábal a fin de que ello condujese a cambios en la línea de gobierno como eran exigidos por quienes hacían causa común con Castro León. Pero, como bien lo observa Blanco Muñoz, un movimiento que apela a este tipo de presión solo para hacer que advenga el diálogo, el debate o el acuerdo contradice lo básico y esencial del golpismo[49]. Y golpista era sin duda su conducta, por más que algún partidario suyo pretendiera justificarla posteriormente alegando que el único objetivo que tuvo el ministro fue exigirle a la Junta modificaciones sustanciales, incluyendo el reemplazo de Larrazábal por Eugenio Mendoza al frente de la misma[50]. Carlos Alarico Gómez, biógrafo del propio Mendoza, aclara el punto señalando que, en efecto, Castro León le ofreció la Presidencia de la República, pero que el industrial declinó la oferta[51].

47 *Élite*, n.º 2.026, 25/07/64. ASGS; Mayobre, 2009: 50.
48 Blanco Muñoz, 1991: 158.
49 Ibíd., 156.
50 Ibíd., 158.
51 Gómez, 2006: 115.

Otra versión apunta a que Castro León vaciló porque, a diferencia de Napoleón –tan emulado por su tío abuelo Cipriano–, quiso evitar el derramamiento de sangre. Y así lo expresó ante un grupo de periodistas que le hizo corro al descender del C-47 que lo había trasladado a Puerto Rico: «Eso de disparar, matar y perseguir, para imponerse se le ocurrió a Napoleón, en Francia [...]; pero yo no soy Napoleón»[52]. Ciertamente, la sangre derramada tiene, de por sí, un terrible poder de denuncia. Es un clamor que hiela a los vivos, según el poeta Liscano[53]. Pero amenazar, como lo hizo desde La Planicie, y no querer sangre luce contradictorio. De alguna forma, dicho así desde Puerto Rico, ello funcionaba como la perfecta excusa ante la derrota a cambio de exhibir un elevado tono de hidalguía. Algo similar al argumento utilizado por Isaías Medina Angarita el 18 de octubre[54] o, incluso, por Marcos Pérez Jiménez, en la noche del 22/23 de enero, cuando dijo aquello que supuestamente se le atribuye de preferir marcharse antes que manchar con sangre de cadetes las calles de Caracas[55].

Con todo, a partir de este punto, el de Castro León no fue el caso de cualquier otro desterrado. En primer lugar, se le trasladó al exterior en cumplimiento de una condición que él mismo impuso y, además, no fue retirado del servicio activo ni dado de baja en esas circunstancias, como ocurrió con otros militares facciosos después del 23 de enero al estilo de Roberto (el Turco) Casanova[56]. Esto, de por sí, debe leerse como indicio de la sensibilidad con que se manejó su caso y como producto del ascendiente que aún podía hallarse ejerciendo sobre cierto sector de las FF. AA. Y no solo eso. Ante el rumor según el cual Castro León iba a ser designado para un cargo en el exterior, y pese a que el ministro reemplazante, general de Brigada Josué López Henríquez, insistiera en que el rebelde no sería objeto de ningún nombramiento[57], Castro León fue improvisadamente investido con el cargo de jefe de la misión de Venezuela ante el Consejo Interamericano de Defensa en Washington, trocándose en el camino esta designación por un destino más bien indefinido como parte del personal adscrito a la Agregaduría Aérea de la Embajada de Venezuela en Londres[58]. Aventado al exterior con relativo decoro, el caso de Castro León cobra un carácter más singular todavía si se piensa que su designación, primero en Washington y, luego, en Londres, ocurrió una vez fuera de Venezuela. En realidad, debe tratarse del único caso de un oficial desafecto cuando este ya se encontraba fuera del país. Lo cierto es que Castro León terminó vegetando por un tiempo en la capital británica aunque, según un simpatizante suyo, no le giraran el sueldo ni le asignaran oficina o cuando apenas, en el mejor de los casos, pasara fugazmente por la embajada antes de guarecerse de nuevo en su hotel[59].

Habrá quien más tarde, al referirse al «desaire» sufrido por Castro León y el malestar que suscitó el trato que se le había dispensado, hablaría de ello como otro acicate que dio motivo para alzarse, aunque, en este caso, cuando ya Betancourt estaba en Miraflores. Quien así hablaba era Tesalio Morillo, nada menos que el oficial activo de mayor rango que, casi tres años después (junio de 1961) habría de protagonizar el alzamiento conocido en la jerga criolla como El Barcelonazo:

> Castro León [...] accedió a salir del país [...] Y puso una condición que fue aceptada por Larrazábal. Y ahí viene [...] lo que enardece más a la oficialidad, lo que hace que después, yo entre ellos, siguiéramos con más acción los movimientos conspirativos. Castro León se va, accede a salir del país [...], pero a cambio de una condición: le pide a la Junta que respete a los oficiales

52 Pérez, 2008: 75.

53 Juan Liscano, «La respuesta de Sanabria o poder de fuego y poder del pueblo». *El Nacional*, 23/04/60: 4.

54 Nos referimos a la frase que el presidente Medina se atribuye a sí mismo ante los hechos del 18 de octubre: «Isaías Medina, puesto en la tremenda disyuntiva de sacrificar su persona o ensangrentar su tierra, no vaciló en sacrificar su persona». Medina, 1963: 176.

55 Sierra, 2009: 90.

56 DHV, 1988: I, 606. Voz: «Casanova, Roberto».

57 La Esfera, 10/08/58. ASGS.

58 *Élite*, n.º 2.080, 07/08/65: 36.

59 Citado por Blanco Muñoz, 1991: 149.

que lo habían apoyado. Y le dijo: no quiero que a estos oficiales los perjudiquen porque ellos tienen sus carreras. Y con esa promesa de Larrazábal, Castro León se va [...]

Y ¿qué pasó después? [...] [P]or un lado se fue Castro León, y por otro mandaron a buscar a todos los oficiales, los detuvieron y los sacaron del país. Y por otra parte, cuando Castro León llegó a Inglaterra, prácticamente lo pasaron a retiro en ausencia. Eso no se puede hacer, ni se debe hacer, ni está permitido. Y hasta le quitaron el sueldo. ¿Tú sabes lo que hacían los oficiales de la Fuerza Aérea? Recogían y le mandaban dinero a Castro León, por compañerismo. Fíjate cómo lo querrían[60].

INSURGENCIA EN SEMANA SANTA

Sin embargo, los sucesos de julio del 58 no curaron de aventuras al mal avenido exministro y, durante un tiempo, miembro del personal militar acreditado en Londres. Dos años más tarde, y a diferencia de lo que pudo haber sido el deseo de su tío abuelo Cipriano desde que se viera aventado al exilio, Castro León logró poner en marcha un plan insurreccional con el fin de presentarse de regreso a Venezuela en nombre de un autoproclamado «Movimiento Revolucionario Milcivilista». Luego de la renuncia que hiciera de su cargo en el exterior y de dos cartas dirigidas a Betancourt en noviembre del 59, una (considerada netamente subversiva e irrespetuosa) exponiendo lo que, a su juicio, eran los vejámenes y atropellos de los que había sido objeto, y otra protestando por habérsele dado de baja del servicio, Castro León intentará solicitar asilo político en los Estados Unidos donde, según su propio testimonio, tanto el Departamento de Estado como el de Inmigración, así como la FBI, le aconsejaron abandonar el país cuanto antes por presiones del gobierno de Betancourt[61].

60 Entrevista con Tesalio Morillo. En Blanco Muñoz, 1981(a): 319.
61 *Élite*, n.º 2.081, 14/08/65: 26.

Luego de aquel accidentado tránsito por los Estados Unidos, sus pasos se pierden hasta reemerger de nuevo en el Táchira, a mediados de abril del año 60, ya provisto de sus aperos de guerra. Según llegó a apuntarlo en sus *Memorias*:

> En marzo de ese mismo año [1960] recibí inesperada correspondencia [...] donde se me comunicaba que para el mes de abril se produciría en Venezuela un movimiento militar contra la dictadura del grupo de Rómulo Betancourt, movimiento que estallaría en todo el país el día 20 de abril de 1960[62].

Además, en atención a como él mismo lo refiere, su traslado vía aérea por Avianca lo había colocado de un salto en Bogotá luego de salir de Nueva York[63], aunque otras fuentes aseguran que se trató de un itinerario lleno de discretas circunvalaciones que incluiría una escala en los predios de Rafael Leónidas Trujillo. Quienes sostenían esta tesis llegaron a afirmar que los trajines conspirativos habían llevado al sobrino nieto de Cipriano Castro a cubrir la ruta Nueva York-Jamaica-Ciudad Trujillo-Medellín-Cali para luego trasladarse hasta Cúcuta, «confundiéndose con cientos de venezolanos que fueron allí a descansar y comprar durante la Semana Santa»[64]. Resuelto a entrar subrepticiamente por Colombia como parte de su plan conspirativo y, de darle crédito a lo señalado por la prensa, es muy probable que Castro León lo hiciera portando un pasaporte que lo acreditaba como ciudadano dominicano[65].

Vale la pena detenerse en este detalle, puesto que hubo razones para suponer que la «invasión» de Castro León se había gestado como parte de las conspiraciones que procedían de Santo Domingo bajo patrocinio de Trujillo. No tenía nada de extraño que el hecho

62 Ibídem.
63 Ibíd., 28.
64 *La Esfera*, 22/04/60: 5.
65 *La Esfera*, 19/04/60: 24; *La Esfera*, 22/04/60: 8.

se viera caracterizado así, sobre todo por parte de la prensa venezolana, puesto que en la República Dominicana había vuelto a asentarse, luego del 23 de enero de 1958, el mayor reducto antibetancourista en el Caribe. Más aún, llama la atención que los reportajes publicados por distintos periódicos caraqueños hablasen ya, a una semana del pronunciamiento que habría de ocurrir en el Táchira, acerca de una nave de dudosa identificación que merodeaba en el litoral noroccidental del país. Bajo el título de «Buque Fantasma se acerca a la costa venezolana» fue como el diario *La Esfera* reseñó la novedad el día 12 de abril: «Al mismo [tiempo] trascendió que unidades de la Marina [...] tratan de localizar un buque no identificado que maniobraba cerca de la costa». A continuación vendrá el dato que vinculaba esta acción a los ya frecuentes intentos desestabilizadores promovidos por Trujillo:

> La presencia del buque desconocido parece estar ligada con la información recibida desde la República Dominicana, a través de canales de la resistencia anti-trujillista [*sic*], según la cual en bases navales dominicanas se están entrenando [...] buzos [...] que podrían ser utilizados en incursiones a la costa [venezolana] en actitud de sabotaje[66].

A primera vista, lo afirmado por *La Esfera*, y de lo cual se harían eco otros diarios como *El Universal*, podría ser tomado como parte de cierto clima sensacionalista alentado por la prensa; sin embargo, lo cierto del caso, como también trascendió a la opinión pública, fue que el gobierno procedió a tomar medidas para la protección de instalaciones cercanas a Chichiriviche e, incluso, de las plantas de reinyección de gas en las inmediaciones de Maracaibo en previsión, precisamente, de posibles planes de sabotaje[67].

66 *La Esfera*, 12/04/60: 1.
67 Ibídem.

El gobierno, desde un principio, optó por restarle importancia al asunto insistiendo, como lo haría el ministro de la Defensa Josué López Henríquez, en que las precauciones obedecían al tipo de respuesta que mínima y lógicamente debía dispensársele a los rumores, mas no a la gravedad de ninguna circunstancia específica. Aún más, el ministro concluiría asegurando que tales rumores carecían de veracidad[68]. Sin embargo, una pregunta se hace inevitable: ¿por qué se tomaron entonces medidas tan sensibles como la de proteger puertos e instalaciones petroleras si los rumores resultaban ser poco veraces? Por su parte, el comandante general del Ejército, Pedro José Quevedo, dirá, cuando no había ocurrido aún el intento insurreccional de Castro León, que el gobierno se hallaba bien informado acerca de una conspiración que se fraguaba en el exterior, pero que las medidas que debían tomarse solo podrían ejecutarse en secreto con el fin de no alarmar a la colectividad[69].

A primera vista esto pone de bulto cierta contradicción entre un gobierno que, al tiempo de aprestarse a responder rápida y celosamente a las amenazas, desestimaba los rumores o simplemente tendía a minimizarlos. Incorregiblemente terco como lo sería a este respecto durante su presidencia constitucional, quizá la única manera de entenderlo sea prestando atención al modo como Betancourt tendió a desdeñar la mecánica del rumor, aun a costa de correr altos e innecesarios riesgos personales en ese sentido. Su estilo, lejos de haber sido el de quien insistiera en ver intentos de golpe gestándose en cualquier recodo del mapa, era más bien el de quien parecía verlos solo de soslayo. Al menos esa fue la imagen que pretendió cultivar durante el quinquenio constitucional, sirviendo en cierta forma de contraste a una actitud más denunciante y prevenida ante los rumores de golpe que lo asediaron cuando le tocó jefaturar el país entre 1945 y 1948.

Por muy positiva y tranquilizadora que resultara esta nueva actitud asumida desde el poder, el hecho es que su decisión de exponerse

68 *La Esfera*, 17/04/60: 1,4.
69 *La Esfera*, 19/04/60: 1.

a los riesgos en función de una excesiva y temeraria confianza en las fortalezas del gobierno cobró un saldo que pudo ser fatal cuando, dos meses más tarde, el 24 de junio de 1960, fue víctima de un atentado en momentos en que se presentaban fundados indicios de que algo así podía ocurrir. El historiador Juan Bautista Fuenmayor ofrece sin embargo otra explicación al respecto: a su juicio, Betancourt no ignoraba estas cosas, pues era «hombre avisado y despierto en sumo grado»; ahora bien, que algunos miembros de los círculos superiores de las FF. AA. sobre los cuales se cernía la sospecha de motorizar tales conspiraciones se movieran a sus anchas, solo podía explicarse por el deseo de neutralizarlos dejándolos en paz, «lo cual no parecía ser una política muy acertada»[70]. El historiador redondearía tal opinión señalando que aplastar a los sectores golpistas de la sociedad venezolana (lo que, en otras palabras, equivalía a enfrentar a los exponentes más atrasados de la economía nacional) habría exigido de Betancourt medidas de fondo que el presidente no estaba dispuesto a asumir. De allí su visible desaprensión ante cualquier riesgo que pudiese provenir de aquellos a quienes el mismo Betancourt calificara como la «camarilla despótica» que había humillado a los venezolanos hasta el 23 de enero[71].

Dirigiéndose al país en vísperas de las fiestas pascuales, el propio presidente había dicho: «Pueden dormir, soñar y amar tranquilos», como una forma de desmentir los rumores que corrían por la capital y devolverle el sosiego a los miles de caraqueños que se aprestaban para sus vacaciones de Semana Santa[72]. Lo cierto es que aun cuando la acción insurreccional del Táchira demostró que tanto las palabras del ministro de la Defensa como las del propio Betancourt al hablarle a la nación vacacionista se las llevaría el viento, el presidente insistió en trasmitir el mensaje de hallarse sosteniendo con ambas manos el gobernalle de la nave, dejando claro en esta oportunidad que «El

70 Fuenmayor, 1985, XII: 316.
71 Ibíd., 314; Betancourt, 1969, III: 63.
72 *Élite*, n.º 2.078, 24/07/65: 45.

Estado [contaba] con servicios bastantes para mantener un control completo de la situación»[73].

Lo que en cambio pareció un regalo caído del cielo fue que la ola de rumores sirviera para continuar desprestigiando a los comunistas. Ello es así puesto que el senador y dirigente del PCV Jesús Faría estuvo entre los primeros en manejar la especie de que algo se cocinaba en los predios militares durante esos días de abril de 1960. Ante el hecho de que Betancourt le respondiera indirectamente a Faría y se permitiera especular, a título personal, que tales rumores ponían al descubierto una maniobra alentada por los comunistas para mantener al país en estado de innecesaria tensión, el senador pecevista se defendería diciendo que, lejos de pretender sacarles provecho a las «bolas», fue él mismo quien, entre otras cosas, creyó necesario imponer a alguien que no gozaba precisamente de las simpatías de los comunistas (el presidente de la Cámara de Diputados y jefe máximo de Copei, Rafael Caldera) acerca de un golpe de Estado que su partido consideraba inminente[74]. No obstante, a pesar de sus protestas invocando el fuero parlamentario, Faría fue conminado a presentarse ante la Digepol a fin de que precisara con mayor exactitud lo que sabía acerca de ese supuesto golpe, algo que el senador comunista interpretó como una afrenta insólita[75].

En sintonía con Betancourt se hallará el parecer de Arístides Calvani, miembro del coalicionista partido Copei. A su juicio, la izquierda actuaba como golpista vestida de antigolpista desde que se propuso capitalizar la defensa de la democracia a partir del 23 de enero. Al hablar precisamente de la asonada de Castro León, que había sido denunciada por el PCV días antes de que ocurriera, Calvani sostendrá que la «insurgencia popular» promovida por la izquierda pretendía beneficiarse directamente de los hechos ocurridos en el cuartel Simón Bolívar de San Cristóbal: «Hay quienes han llegado a creer que los

73 *La Esfera*, 13/04/60: 1.
74 Ibídem.
75 Ibídem; *La Esfera*, 22/04/60, 5.

rojos de Venezuela esperaban anhelantes a que ocurriera [un] alzamiento para lanzarse a una contraofensiva de corte comunista a partir de la confusión»[76].

Más allá de la «nave fantasma» que rondaba a corta distancia de la costa o de cualquier otro elemento que alimentara la fábrica de rumores, llama la atención que el Gobierno Nacional ya hubiese dirigido concretamente su dedo acusador hacia Castro León señalándolo de proyectar una invasión armada contra Venezuela. Al menos, como lo observa Juan Bautista Fuenmayor, la denuncia fue hecha a través de un comunicado oficial días antes de que la asonada tuviese lugar[77]. Por lo visto, se trataba entonces de un golpe avisado. Siendo así, ¿por qué Castro León se dio el lujo de amanecer posesionado del Agrupamiento Militar N.° 1 del Táchira durante la noche del 19/20 de abril? Quizá una explicación redunde en el hecho de que la amenaza fue subestimada en tanto que la idea de «invadir» a Venezuela era percibida como una temeridad en la medida en que Castro León no tuviese fuerzas efectivas a su disposición y cuando ya era imposible que el General rebelde obrara con la ventaja que supone siempre contar con el factor sorpresa.

Pese a la gravedad de los rumores, el gobierno y su aparato militar procuraron proyectar en todo momento la imagen de que se hallaban en plena capacidad de mantener a raya cualquier movimiento conspirativo, por más que los comentarios en la calle insistieran en que el Ejército se hallaba dividido y que Castro León aún disponía de partidarios entre sus filas. Poca duda cabe de que, más allá de las apariencias, existía preocupación, aun cuando para Betancourt resultara motivo de alivio constatar, a fin de cuentas, que aquella rebelión, acerca de la cual se había rumoreado con tanta insistencia, no pasara de que sus promotores controlasen por menos de veinticuatro horas las instalaciones del cuartel Simón Bolívar y parte del centro de San Cristóbal antes de ser repelidos, con algunas bajas de por medio, por la Guardia

76 Arístides Calvani, «Complejo de frustración». *La Esfera*, 25/04/60: 11.
77 Fuenmayor, 1985, XII: 287.

Nacional y algunas cuadrillas de campesinos y estudiantes mal armados. Porque lo cierto es que, a pesar de sus intentos por establecer contacto radiofónico con otros cuarteles del oriente y centro del país, o de creer hasta ese momento que contarían con el apoyo de guarniciones más próximas, como las de Trujillo, Mérida y Maracaibo, los rebeldes comandados por Castro León no pasaron de verse confinados al sitio que dio origen a la asonada[78].

A partir de ese punto el gobierno se propuso darle un carácter meramente policial al asunto, ordenando una cacería que habría de concluir con la captura de Castro León y algunos de los oficiales comprometidos en la asonada cuando, al parecer, se disponían a cruzar la frontera con destino a Cúcuta. Si bien, como se ha dicho, el gobierno quiso conferirle a partir de entonces un tratamiento más policíaco que político al caso de los insurrectos en fuga, la Cancillería activó gestiones inmediatas por instrucciones directas del propio Betancourt en procura de que el presidente de Colombia, Alberto Lleras Camargo, hiciera todo cuanto estuviese a su alcance para controlar a los desafectos que aún pudiesen hallarse rondando en la frontera colombiana del Norte de Santander y evitar así nuevas concentraciones militares antidemocráticas que estuvieran fuera del alcance de las autoridades venezolanas. Para ello despachó una misión confidencial a Bogotá cuyo resultado, por lo que trascendió a la prensa, fue la instrucción impartida, y comunicada por el canciller y futuro presidente Julio César Turbay, a fin de que fuera detenido de inmediato «cualquier elemento que llegue [...] huyendo de Venezuela [...] sin consideración de ninguna naturaleza»[79]. De hecho, hubo quien incluso insistiera en señalar que los funcionarios diplomáticos venezolanos acreditados en Colombia eran culpables por omisión al no haber denunciado en su momento la presencia de más de un centenar de exagentes de la

78 *Élite*, n.° 2.078, 24/07/65: 46-47.
79 *La Esfera*, 22/04/60: 1.

Seguridad Nacional concentrados en Cúcuta[80]. Otros hablarían de la «sordera crónica» de la Digepol, que no atendía los numerosos avisos sobre trasiego de armas y trajines conspirativos que, desde semanas antes, habían tenido lugar en la frontera.

De modo que la abortada conspiración tuvo más implicaciones de carácter internacional que nacional, no solo por las sospechas que obligaban a mirar hacia Santo Domingo o a la hora de solicitar el apoyo policial de Colombia sino porque, curiosamente, hasta la propia Cuba, presidida entonces por Oswaldo Dorticós y con el pleno respaldo del primer ministro Fidel Castro, ofrecería ayuda en armas y hombres para sofocar la rebelión y actuar en solidaridad con Venezuela. Para la dupla Dorticós/Castro, detrás del rebelde alzado en el Táchira debía hallarse operando la mano larga de Trujillo y de Pérez Jiménez, pero también la de Fulgencio Batista[81]. Si bien el gobierno de Betancourt declinó el gesto, tales ofrecimientos jamás volverían a repetirse ante las tensiones que a poco brotarían también con aquella isla debido a lo que Carlos Marín define como la «cubanización» del acontecer político[82]. En todo caso, aún eran tiempos de gruesas coincidencias frente a hechos como el protagonizado por Castro León: al repudio expresado por la Cuba efervescente se sumaría el del Departamento de Estado y del propio presidente Dwight Eisenhower[83].

El ingreso clandestino al país del otrora ministro de la Defensa entre el 19 y 20 de abril de 1960 había coincidido con la reciente celebración de la Semana Santa. Este dato, por lo demás, no tiene nada de extraño si se piensa que los insurrectos pudieron aprovechar la circunstancia de lo que significaba el largo receso de la prensa y de otros vehículos informativos impuesto por las festividades religiosas con el fin de motorizar ventajosamente sus planes. Después de todo, durante la semana que recién concluía, el país se había hallado muerto,

80 *La Esfera*, 25/04/60: 11.
81 *La Esfera*, 21/04/60: 8.
82 Marín, 2011: 154.
83 *La Esfera*, 21/04/60: 9.

periodísticamente hablando[84]. Sin embargo, no era la primera vez en la historia venezolana que se intentaba insurgir por las armas durante tan apacibles y desprevenidos días del calendario cristiano. De hecho, las Pascuas de Resurrección de 1947 también habían atestiguado apuros y sobresaltos cuando el Gobierno de la Junta Revolucionaria, presidido justamente por Rómulo Betancourt, sorprendió un brote conspirativo dentro del Ejército liderado por el entonces teniente coronel Julio César Vargas[85].

Aunque el cruce de Castro León desde Cúcuta al Táchira se verificó prácticamente a bordo de un automóvil, sin tropas y –más importante aún– sin contratiempos, otros datos, todavía más pintorescos, ligarían esta insurrección con la cobertura que las celebraciones pascuales pudieron haberles dispensado a los insurrectos. Por ejemplo, según llegó a reseñarlo el diario *La Esfera,* un grupo de civiles había sido detenido días antes de iniciarse la Semana Santa por hallarse supuestamente implicado en actividades conspirativas. Aparte del material de guerra que les fuera incautado, aparecieron «hábitos de Nazareno de los utilizados en las procesiones de Semana Santa». La nota agregaba que se trataba de «vestiduras religiosas [...] utilizadas por los fieles que quieren pagar promesas. Este detalle ha llevado a un formidable despliegue [...] a fin de prevenir cualquier acto [...] durante las celebraciones de los Días Santos»[86].

Por otro lado, no se trataba tampoco de una Semana Santa cualquiera; de hecho, para cuando Castro León intente llevar a cabo su fugaz ocupación de San Cristóbal, el gobierno de Betancourt ya se había aprestado, desde el propio Domingo de Resurrección, a dar inicio en la plaza Diego Ibarra y en el casco histórico de Caracas a las festividades sesquicentenarias del 19 de Abril. ¿Resulta posible pensar que la empresa de Castro León buscaba darle alguna resonancia emblemática

84 *La Esfera*, 19/04/60: 24.
85 Mondolfi, 2009: 105-111.
86 *La Esfera*, 12/04/60: 1.

a sus acciones en medio de una celebración tan redonda como aquella fecha patria? Es difícil saberlo, aunque no hay duda de que su acción insurreccional vino a aguar aquellas vísperas festivas. Pero, además, hubo alteraciones mucho más sensibles en la agenda del presidente provocadas por la rebelión castro-leonista. Entre ellas, que el intento de sedición terminara aguando también un evento celosamente promovido por Betancourt desde que este tuviera la oportunidad de organizarlo por primera vez en La Habana durante uno de los tramos de su último exilio: la celebración del II Congreso Interamericano Pro Democracia y Libertad, que debía sesionar esos mismos días en Caracas en presencia del propio Betancourt, del expresidente de Costa Rica, José Figueres; del jefe del Partido Liberal de Colombia, Carlos Lleras Restrepo; del expresidente y de nuevo candidato presidencial en Ecuador, Galo Plaza Lasso, y del entonces senador chileno Salvador Allende.

A pesar de una concurrida apertura en los espacios de la UCV a cargo del senador, escritor y cofundador del diario *El Nacional* Miguel Otero Silva, quien presidiría aquella II edición del congreso, las confusas noticias acerca del alzamiento convencieron a sus organizadores de que era prudente continuar las deliberaciones fuera de la capital y, en la medida de lo posible, abreviar la agenda a fin de que los delegados estuviesen en libertad de regresar cuanto antes a sus respectivos países. Betancourt, a pesar de todo, pudo pronunciar su discurso inaugural del congreso con un día de retraso[87]. Como se ve, la acción tramada por Castro León no solo vino a darse al término del receso pascual y en medio de las festividades sesquicentenarias, sino en el marco de un significativo acto de apoyo al sistema democrático. Por si fuera poco, su pronunciamiento coincidió también con días durante los cuales se intensificaba la actividad antitrujillista del nuevo régimen venezolano como lo demuestra el hecho de que, junto a las fiestas del sesquicentenario y el congreso de solidaridad regional por la democracia, también tuviese lugar en Caracas el III Congreso de Liberación Dominicana

87 *La Esfera*, 22/04/60, 3.

cuya sede había sido escogida precisamente «por la actitud vertical del Gobierno de Venezuela frente a la tiranía de Trujillo»[88].

Conviene señalar que las conexiones de Castro León y sus parciales con la dictadura trujillista intentarían ponerse de relieve una vez más a los pocos días de ocurrida la asonada. Sin embargo, hay algo interesante en esto: tales conexiones se verán circunscritas más que nada al terreno de lo especulativo y a las meras presunciones. Resulta obvio que, habiendo sido Trujillo la principal némesis del presidente venezolano, prevaleciera la determinación de convertirlo automáticamente en fuente de toda sospecha. Así, mientras el gobierno insistía en tener pruebas de que la conspiración se había gestado bajo el patrocinio del régimen dominicano, la prensa se haría eco de la noticia según la cual el exgobernador perezjimenista del Táchira, Antonio Pérez Vivas, había sido trasladado hasta el aeropuerto de La Fría a bordo de un avión procedente de Santo Domingo el mismo 20 de abril[89]. Pero más allá de especies de este tenor, las pruebas resultan débiles o poco concluyentes. Nada de lo ocurrido lleva a concluir fehacientemente que los sediciosos derrotados en el Táchira hubiesen recibido apoyo directo de Santo Domingo o que algún indicio de los pasos seguidos por Castro León durante la asonada calificara seriamente como muestra de una probada connivencia con el régimen de Trujillo. Ello por no hablar de notas que sin duda comportaban cierta exageración, como lo dicho por el embajador de Venezuela en México, Alirio Ugarte Pelayo, según el cual algunos miembros de la División Azul española, que habían combatido junto a los nazis en la URSS, también habían sido invitados a participar del movimiento insurgente[90].

En este punto convendría citar la opinión de Juan Bautista Fuenmayor acerca de las presuntas conexiones que pudo tener Castro León con Rafael Leónidas Trujillo. A su juicio, y ello derivado de importantes

88 *La Esfera*, 18/04/60: 3.
89 *La Esfera*, 23/04/60: 1.
90 *La Esfera*, 23/04/60: 5; *El Nacional*, 23/04/60: 39.

testimonios, las discrepancias de ambos eran de fondo; a tal grado que, en muchos sentidos, el general venezolano estaba muy lejos de compartir las opiniones políticas del dictador de Santo Domingo[91]. En todo caso, la explicación ofrecida por el historiador corre en el sentido de suponer que dentro del movimiento «milcivilista» coexistían fuerzas disímiles e incluso antagónicas, cuyos propósitos diferían profundamente, no bastando para darles la suficiente cohesión el objetivo común de deponer a Betancourt[92]. Es por el camino de esta disparidad de criterios y opiniones que pudieron colarse las simpatías trujillistas de algunos partidarios de la asonada e, incluso, el apoyo que, a control remoto, brindaran connotadas figuras del régimen perezjimenista que formaban parte del exilio caribeño o madrileño. En la base de esta disparidad programática –remata señalando Fuenmayor– radicó el revés sufrido por el exministro de la Defensa[93]. Por su parte, el periodista Agustín Blanco Muñoz comparte el juicio de Fuenmayor del siguiente modo:

> En esta conspiración había muy poca coherencia en cuanto a los participantes. Son muchos los grupos e intereses, de allí las contradicciones y enfrentamientos [...] Entre ellos e internamente había diferencias, de allí que no es nada extraño que se haya llegado a [...] situaciones conflictivo-violentas intergrupales. Todo lo que podría calificarse como «reacción militar» estaba dispuesto para el golpe, pero la falta de unidad de criterios y mandos no permitía su avance sobre los objetivos propuestos [...] Se trata de un movimiento dividido en términos ideológicos, de mandos, de participación y, por supuesto, en términos de ambiciones[94].

Incluso, para ilustrar lo que denomina «conflictos intergrupales», Blanco Muñoz cita una fuente directa, según la cual, en Medellín, hubo hasta un cruce de disparos entre distintos grupos que formaban el núcleo de la conspiración porque no lograban ponerse de acuerdo entre sí[95].

91 Fuenmayor, 1985, XII: 298.
92 Ibídem.
93 Ibídem.
94 Blanco Muñoz, 1992(a): 58-60.

DE GALLO MADRUGADOR A LEÓN CAZADO

Al juzgarlo desde el punto de vista estrictamente militar, el pronunciamiento castro-leonista resultó ser bastante cuestionable. Aparte de clavar la pica en Flandes mediante la toma del cuartel Simón Bolívar de San Cristóbal, de procurar sumar la adhesión del destacamento del Ejército acantonado en Colón y de tratar de inutilizar la pista de aterrizaje de La Fría, la única otra acción, fallida por demás, fue el intento de apoderarse del aeropuerto de San Antonio, el más importante del occidente del país, el cual fracasó puesto que, al parecer, los efectivos que tenían a su cargo cumplir la misión desertaron de ella[96]. Los entendidos en el asunto aseguran que se trataba de un aspecto clave, dado que solo así Castro León podía proveerse de una línea en la retaguardia que le sirviera para reforzar sus tropas y, al mismo tiempo, que actuara como la puerta más rápida para el repliegue en caso de fracaso. De tal forma, el núcleo rebelde terminó circunscribiéndose a un simple foco en San Cristóbal; aunque huelga decir que, hasta ese punto, no hizo falta que el exministro gastara una sola bala, puesto que el comandante de la guarnición, y gran parte de la oficialidad de la misma, le entregaron el cuartel para que estableciera su comando de operaciones.

Lo cierto es que, luego de amanecer del lado venezolano y de entrar sin tropiezos desde Cúcuta hasta las instalaciones del Simón Bolívar, Castro León dio inicio a la segunda fase de su acción con la lectura de una proclama dirigida a tres escogidos destinatarios (el

95 Ibíd., 59.
96 Alejandro García Maldonado. «Reflexiones sobre la intentona». *El Nacional*, 26/04/60: 4; *Élite*, n.º 2.078, 24/07/65: 46-47.

«pueblo», el «clero» y las «vejadas Fuerzas Armadas») a través de la emisora Ecos del Torbes. Aunque la aparatosa arenga del jefe rebelde no despeje el camino para entender sobre qué clase de programa se sustentaba el pronunciamiento, se desprenden de la misma varios elementos de interés. Para comenzar, sobresale su estampa a lo san Jorge, adarga al brazo, dándole rienda suelta a un anhelo redentor: «He visto cómo se tiraniza al pueblo y cómo se violan los derechos humanos [*sic*] por el solo hecho de disentir de las ideas y medidas oficialistas». También estará presente en sus palabras un soplo de aliento a sus pares de uniforme: «Venimos a salvar a las Fuerzas Armadas de su destrucción definitiva por donde ya la encaminan los intereses partidistas del gobierno actual». De seguidas, y como no podía faltar, Castro León acudiría a invocar la dupla «Pueblo-Ejército», ya en boga desde los albores del trienio: «Sépanlo bien: esta es la revolución [*sic*] del Pueblo, para el Pueblo y el Ejército, y para el Pueblo y el Ejército serán sus beneficios». Por otra parte, «Clero» y «Ejército» también tendrán su lugar, uno al lado del otro, dentro de este inverosímil sancocho radial: «Hemos visto vejar a las Fuerzas Armadas y al Clero venezolano por el sólo hecho de saberlos dignos». Casi por último figurará su empeño por desligar esta asonada de cualquier asociación con el pasado: «Están equivocados quienes creen que venimos a dar nuestras vidas por retornar a los métodos perezjimenistas de enriquecimiento ilícito y de vicios administrativos». A fin de dotar al pronunciamiento de la altisonancia necesaria, el rebelde concluiría dejando caer esta frase, mezcla a la vez de arenga decimonónica y proclama ciprianista: «La Patria gime y aguanta, pero nunca se suicida»[97]. Inmediatamente después de haber radiado su bravata, Castro León se dispuso a decretar la Ley Marcial sobre el exiguo territorio bajo su control que, en el mejor de los casos, no pasaba del centro de la ciudad de San Cristóbal[98].

97 La Esfera, 21/04/60: 9.
98 *El Nacional*, 13/07/65: 10.

Juan Bautista Fuenmayor, crítico como el que más de este mensaje, sostiene lo siguiente: «[Su] sola lectura [...] nos da la idea de que sus autores no tenían la claridad y precisión necesarias ni para elaborar una simple proclama subversiva, presentándonos, en cambio, una serie de frases deshilvanadas que servían apenas para saber el descontento anidado en sus autores». Y remata diciendo más adelante lo siguiente:

> El general Castro León se forjaba ilusiones acerca de las fuerzas con las cuales podía gobernar. [...] Detestaba a los adecos, a los comunistas, a los hombres de izquierda democráticos y también a los urredistas y copeyanos, que formaban parte de la coalición a quienes iba a derrocar. [...] De donde se desprende que Castro León no estaba en este mundo sino en otro de fantasías. [...] [L]a proclama no esclarece cuál era el programa o plan que previamente se habían trazado, fuera del asalto al Poder, lo cual estaba a la vista de todos[99].

Sin embargo, más allá de los redentores y gaseosos conceptos que atronaron a través de Ecos del Torbes, hubo dos elementos que terminaron por conferirle rasgos bastante particulares a la intentona liderada por Castro León frente a las restantes asonadas promovidas contra el gobierno de Betancourt entre 1960 y 1962. El primero de ellos es que, por más que el militar rebelde intentara imprimirle al suyo el carácter de un «movimiento», la impronta personalista que cobró la insurrección resultaba indubitable. A tal punto ello es así que el tratamiento que le confirió la prensa –y que, como tal, ha pervivido en la percepción de los hechos– hace que el «levantamiento» adquiriera renombre no a partir de la zona donde este ocurrió (por contraste con el Barcelonazo, el Carupanazo o el Porteñazo), sino de la catadura de su principal protagonista y la atención mediática que se le dispensó. A este respecto no faltarán en la prensa esquelas biográficas de Castro León, ni tan siquiera un análisis psiquiátrico del

99 Fuenmayor, 1985, XII: 290, 292,293.

personaje, publicado en uno de los diarios de la capital, además de innumerables caricaturas como las que, en su momento, pretendieron ridiculizar a su tío abuelo Cipriano. La imagen más recurrente será, desde luego, la de un león «cazado» por Betancourt o, en su defecto, por el «pueblo»[100].

Por otra parte, junto al peso personalista que tuvo la insurrección figurará cierta ambigüedad a la hora de que Castro León se refiriera al origen regional de lo que supuestamente estaba llamado a convertirse en una asonada de alcances, implicaciones y proporciones nacionales. Ello es así puesto que si bien, dentro de su ampuloso discurso, el jefe rebelde aludiría a un movimiento que hacía «acto de presencia en el escenario grandioso de la patria [*sic*] de los Andes» a fin de dejar «ya superados para siempre los prejuicios regionalistas», hubo quienes, entre los contemporáneos a los hechos, creyeron ver en ese lenguaje una forma de pulsar teclas históricamente sensibles que sirvieran para galvanizar la insurrección, habida cuenta de la procedencia, mayoritariamente andina, que aún caracterizaba al estamento militar. Por cierto que, dentro de estas vinculaciones regionales, figuraría un dato que tampoco dejaba de resultar curioso, como lo sería el hecho de que el plan golpista comprendiera ofrecerle la Presidencia provisional de la República al Dr. Ángel Biaggini, el civil tachirense que no pudo alcanzarla en buena lid debido a la insurrección del 18 de octubre de 1945[101]. Además, frente al gobierno de Betancourt, el supuesto nombramiento de Biaggini comportaba una intención más de fondo resumida de este modo por la prensa:

> [S]e trataba de estimular viejos agravios de algunas fuerzas políticas, creyendo que la persona indicada sería Ángel Biaggini. Se dijo que los conspiradores tuvieron conocimiento de que el Dr. Biaggini declinó aceptar un importante cargo diplomático que le fue[ra] propuesto por el presidente Betancourt y que, por este gesto, pensaron en la posibilidad de incorporar a una figura conocida como la del doctor Biaggini[102].

100 Tal vez una de las caricaturas más elocuentes sea la que publicara el diario *La Esfera* en la que una figura que representa al pueblo, con un león rendido a sus pies y blandiendo un garrote en la punta del cual se lee «Unidad», se dirige a Betancourt diciéndole: «Bueno, Presidente, ya matamos el león, ahora ¡Palos con ese cuero!» *La Esfera*, 24/04/60: 13.

101 *La Esfera*, 19/04/60: 24.

Aparte de la arenga radial es poco lo que, de otra forma, puede saberse acerca de los propósitos gubernamentales que anidaron en la cabeza del exministro o sobre su elenco de colaboradores. Según la corresponsal del diario *La Esfera*, quien fue la primera periodista en poder ingresar a las instalaciones del cuartel Simón Bolívar acompañando a las fuerzas leales, Castro León había dejado sobre el escritorio que ocupó durante la toma del cuartel una lista de 474 personas que podían servirle al Ministerio del Interior y al Congreso Nacional para atar vínculos con posibles colaboradores directos en el complot. Además de ello, figuraban sobre el revuelto e improvisado escritorio unas notas en las que el militar rebelde expresaba objeciones a la Ley de Reforma Agraria, aprobada apenas unas semanas antes por el Congreso Nacional[103].

A pesar de la amenaza que supuso la incursión del exministro de la Defensa, llama poderosamente la atención la forma tan rápida como se deshizo la conjura. De allí que por ejemplo, a juicio de Juan Bautista Fuenmayor, resulte preciso tener en cuenta lo siguiente a fin de derivar de ello alguna explicación más o menos convincente:

> Los conspiradores [...] estaban convencidos de que los hechos ocurridos en el seno de Acción Democrática [incluyendo la separación de la juventud de izquierda] abrían perspectivas muy favorables para intentar un movimiento militar. [...] La acción popular de las masas desempleadas [...] restaba aún más las simpatías de que pudiera disfrutar el régimen recién instaurado. La crisis económica, que golpeaba a todas las clases sociales,

102 Ibídem.

103 *La Esfera*, 22/04/60: 2

pero en especial a los trabajadores, parecía ser un elemento coadyuvante de primer orden para la ejecución de dichos planes[104].

Al mismo tiempo, Fuenmayor figura entre quienes estiman que la frustrada asonada contó con el concurso de algunas complicidades más allá de su radio inmediato de acción; como prueba de ello está el hecho de que, al fin y al cabo, fuesen a parar a la cárcel 127 individuos, tanto civiles como militares, sospechosos de haber estado involucrados de una u otra forma[105]. Pero el autor cree advertir también otra serie de razones que abonaron el fracaso: en primer lugar, la idea de armar un ejército que enfrentara al gobierno en San Cristóbal no pareció pasar por la mente de los promotores del movimiento «milcivilista» quienes, antes bien, parecían aguardar una respuesta espontánea de otras guarniciones. Tal vez, en este sentido, los castro-leonistas esperaban que se diera un golpe seco, fulminante y total; pero al no producirse ningún acontecimiento que desencadenara los hechos, sus promotores estimaron que el movimiento había fracasado y que todo estaba perdido: de ahí el intento de regresar a Colombia[106]. En segundo lugar, y como ya se mencionó brevemente, aquella conspiración se movía dentro de parámetros muy confusos y contradictorios, dada la presencia de diversas corrientes de pensamiento que coexistían dentro del elenco promotor. Esto también pudo contribuir a refrenar la actuación de una serie de oficiales con cargos de comando en otras guarniciones que, en principio, pudieron haber simpatizado con el golpe[107].

104 Fuenmayor, 1985, XII: 296-297. El análisis de Fuenmayor coincide ampliamente con lo que apuntara a su vez el diario *El Nacional* en su edición del día 22 de abril de 1960: «Toda la información que [...] había llegado a poder de los complotistas les permitía a ellos establecer que en Venezuela la situación era muy oportuna para el golpe de Estado. Los desajustes económicos, problemas en el frente laboral; crisis en los partidos políticos –particularmente el movimiento del sector juvenil de AD–; dificultades en la coalición gubernamental [...]; todos estos eran factores que Castro León tomaba en cuenta». *El Nacional*, 22/04/60: 9.

105 Fuenmayor, 1985, XII: 302.

106 Ibíd., 302-303.

107 Ibíd., 300-301.

LA REACCIÓN DE LOS PARTIDOS

De acuerdo con el politólogo Hernán Castillo, lo que terminó imprimiéndole mayor peligro a esta asonada eran las antiguas credenciales de Castro León como ministro de la Defensa y el prestigio que, secretamente, aún parecía ostentar entre muchos de sus pares[108]. Prueba de ello es que, a su parecer, el recién inaugurado Congreso Nacional percibió la intensidad del alzamiento de la guarnición del Táchira recomendando al gobierno someter a juicio a los militares que apoyaron la intentona, actitud que contrastaría con el modo como ese mismo Congreso buscaría bajarles el tono a otras insurrecciones como, por ejemplo, la que ocurriría un año más tarde en Barcelona[109].

Aunque, como se ha dicho, el gobierno intentó minimizar las incidencias de la asonada, considerando incluso, dentro de su inusitado despliegue de optimismo, que no había sido necesario suspender las garantías constitucionales, los líderes de la coalición tripartita confluyeron en el Palacio de Miraflores a fin de interpretar, cada cual a su manera y con su particular tono, los acontecimientos ocurridos en San Cristóbal: Rafael Caldera, desde Copei, apelando al sentimiento demócrata cristiano de los lugareños, por el hecho de ser el estado Táchira uno de los pilares más fuertes de su partido; entretanto Jóvito Villalba, sin perder la oportunidad de dejar caer alguna crítica a la política social del gobierno, ratificaría el respaldo de URD al régimen constitucional, mientras que la «voz trémula» de Raúl Leoni alertaría desde la Presidencia de AD que la República comenzaba a vivir una hora de dificultades»[110].

Menos formalistas que la alta dirigencia fueron los sindicatos y cuadros medios de las organizaciones partidistas, los cuales, frente al amplio prontuario golpista que exhibía el militar rebelde, creyeron necesario aprestarse en términos concretos ante las posibles ramificaciones que pudiera tener la insurrección. En este sentido, una crónica

108 Castillo, 1998: 260.

109 Ibíd., 264.

110 *La Esfera*, 22/04/60: 5.

reseña que la CTV decretó un paro inmediato a nivel nacional[111] mientras que los militantes de URD convirtieron su Casa Nacional en escenario de resistencia. Según esta misma crónica, Luis Miquilena y otros dirigentes del partido portaban «ametralladoras belgas», ordenando el cierre de vías que conducían al lugar y apostando civiles armados en las azoteas colindantes[112]. Inútiles esfuerzos hizo el partido de Jóvito Villalba –agregaba la crónica– para que el gobierno suministrara armas a la calle[113]. Y concluía diciendo: «[D]esde el punto de vista militar, las únicas fuerzas civiles debidamente equipadas para hacer frente a una agresión se encontraban distribuidas en grupos de a cien, en distintos lugares de la capital. Era gente de Acción Democrática, entrenada y bajo la dirección de un comando militar»[114]. Por su parte, el historiador Carlos Marín observa la reacción desde la izquierda en estos términos: «[L]a izquierda ordenaría a todos sus cuadros y militantes mantenerse alerta para colaborar, en forma unitaria, con todas las fuerzas democráticas del país a fin de frustrar [la aventura golpista] de Jesús María Castro León». Y añade un dato significativo, referido específicamente al MIR: «El nuevo partido [cuyo núcleo embrionario se fundaría ese mismo mes de abril] consideraba que la repetición de las aventuras golpistas era resultado de la lenidad con la cual el gobierno venía tratando el problema conspirativo»[115].

El propio Congreso, al igual que la militancia de base, parecía verse más preocupado y atento a las repercusiones que pudiera tener el acontecimiento que el presidente Betancourt o la alta personería tripartita que, desde la mansión ejecutiva, pretendía dirigirse al país mediante exhortaciones y llamados a la calma. Al mismo tiempo, según lo informara la prensa, con la misma velocidad con que Castro León entró al Táchira y se apoderó de la Guarnición Militar de San Cristóbal para lue-

111 *La Esfera*, 22/04/60: 1,4.
112 *La Esfera*, 22/04/60: 5.
113 Ibídem.
114 Ibídem.
115 Marín, 2011: 126.

go abandonar la ciudad con destino desconocido, la Guardia Nacional y lugareños armados con lo que la Federación Campesina de Venezuela llamara «las armas clásicas del campesinado», emprendieron una cacería del jefe rebelde y su grupo de oficiales[116]. Entre quienes dirigían parte de estas brigadas campesinas figuraba justamente, de acuerdo con el mismo diario, un grupo de parlamentarios a la cabeza del cual se hallaban los diputados de AD y Copei Simón Alberto Consalvi y Valmore Acevedo, respectivamente, quienes tomaron el primer avión que salió de Maiquetía al conocerse noticias de la asonada[117]. Acerca de esta dupla parlamentaria metida en la acción guerrera un periodista dirá: «Valmore Acevedo, al frente de una columna campesina, y Simón Alberto Consalvi, flaco como López Contreras. Y como López, guerrillero. [...] Lo llaman 'la llave' con Acevedo. Juntos en la paz. Juntos en la guerra. Y juntos en la fracción 'tibia-testa' [del Congreso]»[118].

LA REACCIÓN A TRAVÉS DE LA PRENSA

El camino que Castro León recorrió por segunda vez a medias durante los días santos de 1960 duró menos de veinticinco horas desde que su pronunciamiento fuera conocido oficialmente en Caracas. Según Juan Bautista Fuenmayor:

> El servicio radiotelefónico de la Guardia Nacional dio el primer anuncio de lo ocurrido, en trasmisión al Palacio de Miraflores, pocos minutos después de la invasión. A las cuatro [a. m. del día 20 de abril], el presidente Betancourt, junto con el Comando Militar y los más destacados personajes del Gobierno, empezaron la movilización, ya poseedores de una información completa de todo cuanto estaba sucediendo[119].

116 *La Esfera*, 22/04/60: 1.
117 Ibídem.
118 César Cienfuegos, «Nombres nuevos». *La Esfera*, 27/04/60: 14.
119 Fuenmayor, 1985, XII: 289.

Pero la medida del fracaso no solo la ofrece su duración. También puede medirse por su limitado radio de alcance, y por el hecho de que solo hizo falta la intervención de la Guardia Nacional acantonada en la región para derrotar de una sola batida a los sediciosos, a pesar de que el gobierno había dispuesto que una unidad de Infantería se movilizara en respaldo a las fuerzas leales al gobierno[120]. Como lo resumiría la prosa incisiva de un periodista: «Lo que [Castro León] no había logrado desde el Ministerio de la Defensa [en 1958], a menos de cinco kilómetros del [Palacio Blanco], lo intentaba ahora a casi mil kilómetros y sin ningún poder de mando[121]. Tal vez más incisivo resulta ser el cierre que el dirigente copeyano Rodolfo José Cárdenas quiso darle a la fallida asonada: «Hay una inmensa diferencia entre la peripecia aventurera de tres Castros en el Caribe. La diferencia entre la aventura exitosa de Cipriano; la aventura exitosa de Fidel, y la aventura torpe, fracasada, de Jesús María [...] Las diferencias son oceánicas en este apellido que, mal o bien, ha hecho historia en el área del Caribe»[122].

En todo caso, para desengaño de Castro León, quien se apoderó sin dificultad de la guarnición de San Cristóbal, nada llevó a que se produjera la reacción en cadena que esperaba ocurriese a raíz de su pronunciamiento. El movimiento simplemente se contrajo a la difusión de proclamas, consignas y manifestaciones contra el régimen constitucional, pero también a un carrusel de indecisiones, marchas y contramarchas en el campo militar. De esta forma, el general quedó finalmente vencido dentro de la jurisdicción del municipio Capacho, localidad de origen de su tío abuelo don Cipriano, cuando fue denunciado por un conuquero de la zona al momento en que se disponía a tomar el rumbo que lo conduciría nuevamente a la frontera. La revista *Élite* le daría este amargo remate a la aventura protagonizada

120 El dato de esta movilización lo proporciona Juan Bautista Fuenmayor. Ibíd., 287.
121 *El Nacional*, 13/07/65: 10.
122 Rodolfo José Cárdenas, «Por qué fracasó Castro León». *Élite*, n.º 1.805, 30/04/60: 35.

por el exministro de la Defensa: «Al campesino copeyano le dieron un tractor y un jeep. A Castro León, desde entonces, lo metieron a varias cárceles y de ellas sólo salió para el cementerio[123].

El historiador Juan Bautista Fuenmayor resume de esta forma el fin de lo ocurrido:

> Gracias a las vacilaciones [de] Castro León, que al parecer no sabía cuál camino tomar, un grueso núcleo de sus partidarios lo fue dejando solo y, así, pudo ser capturado con suma facilidad por una brigada de campesinos partidarios del gobierno. [...] Según relataba la prensa, la captura la realizaron los campesinos después de proceder al desarme de los fugitivos, y fueron entregados a miembros de la Guardia Nacional que los condujeron a San Cristóbal. [...] En forma tan desairada y poco marcial, terminó aquella aventura[124].

El resto del tránsito lo define su itinerario iniciado como prisionero en San Cristóbal; luego sería trasladado al aeropuerto Grano de Oro, en Maracaibo, con el fin de ser remitido a la base naval de La Orchila a la espera del juicio que habría de seguírsele por el delito de rebelión[125]. Para el PCV, mantener a Castro León confinado a La Orchila era una forma de ponerlo a salvo de la justa ira popular[126]. Irónicamente, quien tripulaba la nave que conduciría como prisionero al jefe máximo del «Movimiento Revolucionario Milcivilista» desde Maracaibo hasta La Orchila sería el capitán Pedro Medina Silva quien, dos años más tarde, habría de figurar entre los protagonistas del Porteñazo. Para mayor ironía aún, Castro León navegaría detenido a bordo del destructor D-22 Morán, el mismo que también, dos años más tarde, tendría a su cargo trasladar desde oriente al diputado pecevista Eloy Torres y otros civiles de izquierda implicados en el Carupanazo. A ello seguiría un confi-

123 *Élite*, n.º 2.078, 24/07/65: 35.
124 Fuenmayor, 1985, XII: 304.
125 *El Nacional*, 23/04/60: 1.
126 *Tribuna Popular*, 24/04/60: 1. Citado por Blanco Muñoz, 1992(a): 65.

namiento de varios meses en el Castillo Libertador de Puerto Cabello antes de concluir purgando presidio en el cuartel San Carlos de Caracas. Según lo refiere él mismo, en las tres ocasiones en que ocurrieron los pronunciamientos de Barcelona (junio del 61), Carúpano (mayo del 62) y Puerto Cabello (junio del mismo año), Castro León se vio sometido a un régimen de severa incomunicación[127].

Cinco años y unos meses después de la asonada del Táchira, la muerte habría de sorprenderlo en julio del 65, víctima de un violento ataque al corazón mientras se daba una ducha en la sala de baño de su celda. Para el momento de su muerte, el fiscal militar a cargo de la causa había solicitado entre 18 y 20 años de presidio para el general a raíz de su pronunciamiento armado contra Betancourt, aunque sus apoderados confiaban en la posibilidad de que el nuevo presidente, Raúl Leoni, la sobreseyera[128]. Se trataría en todo caso del segundo militar de más alto grado que habría de fallecer en el San Carlos: antes que él lo había hecho, en circunstancias similares, Manuel Ponte Rodríguez, jefe máximo del alzamiento de Puerto Cabello[129]. Según se desprende de una nota necrológica, Castro León murió a los 57 años, dos meses y cinco días de haber nacido en Capacho. Fue velado con su uniforme de general de Brigada[130].

Ahora bien, nada de lo que en términos reales o efectivos significó la pequeña escala de aquel alzamiento arredró a quienes creyeron necesario buscarle algún sentido, o darle alguna explicación a lo ocurrido a través de la prensa. Llama la atención por cierto que quienes con más abundancia opinaran al respecto fuesen figuras ligadas al mundo intelectual venezolano y no propiamente a los círculos políticos, como lo evidencia la media docena de artículos que llevan la firma de los poetas José Ramón Medina, Juan Liscano y Eduardo Arroyo Lameda; del periodista y cuentista Héctor Mujica; del crítico de arte Rafael Pineda y del abogado y escritor Rafael Clemente Arráiz.

127 *Élite*, n.º 2.081, 14/07/65: 29.
128 *El Nacional*, 18/11/64; 04/12/64: D-15; *Élite*, n.º 2.081, 14/07/65: 29.
129 Francisco Leiva. «Se murió El Cabito». *El Nacional*, 14/07/65: C-1.
130 *El Nacional*, 13/07/65: 8.

No obstante, entre los políticos que sí se aprestaron a terciar sobre el tema destacarían algunos representantes de la izquierda cuyos juicios son dignos de ser tomados en cuenta. Ello es así por dos razones: en parte, porque se expresaban como voceros de la generación emergente del MIR y de la Juventud Comunista; pero en parte también porque cuando, dos años más tarde, la izquierda caiga en la misma dinámica de las asonadas, mucho de cuanto dijeron en tono de crítica hacia los métodos castro-leonistas se revertiría frente a las experiencias del Carupanazo y el Porteñazo. Para comenzar, este será el caso de Domingo Alberto Rangel, a cuyo juicio Castro León había quedado inmovilizado y sin dolientes, reducido a un fragmento del estado Táchira y, además, vencido por la desesperación de comprobar que la reacción en cadena que esperaba que se desatara a través de su pronunciamiento finalmente no se daría. Acaso por ironía, esa misma suerte habría de caberles a quienes más tarde, en Carúpano (mayo de 1962), también aguardarían inútilmente a que la «chispa» de aquella focalizada rebelión surtiera efecto.

Pero la opinión de Rangel, a la hora de diagnosticar la conducta del sobrino nieto de Cipriano Castro es valiosa en muchos otros sentidos. A su parecer, las motivaciones de Castro León solo podían explicarse en la medida en que, para este oficial formado en la escuela de las conspiraciones contra AD durante el trienio, el camino al poder era visualizado a través del «golpe frío» al estilo del que derrocara a Gallegos en noviembre del 48. A la hora de preguntarse por qué, en términos de estrategia militar, Castro León resolvió quedarse confinado dentro de las cuatro paredes de un cuartel, Rangel diría lo siguiente:

> Entre Cipriano Castro, su pariente, y Jesús María Castro León, media una cierta diferencia. El «Cabito», con todos los defectos de su aventurerismo y de su codicia, ganó el poder a sangre y fuego, a la vieja manera venezolana del desprecio de la vida. Castro León pretendía conquistar por radio, encerrado en un cuartel, esperando el milagro de otros pronunciamientos que le franquearan las puertas de la capital. No necesitaba el ex General ganar fronteras o asegurar aeropuertos [aludiendo así a la fallida toma del

aeropuerto de San Antonio]. El teléfono y la radio, en una campaña más descabellada que heroica, eran sus instrumentos obvios[131].

De hecho, aunque Rangel no hiciera expresa mención de ello, se trataba de la segunda vez en dos años que el jefe rebelde optaba por la ruta del golpe frío: una vez, desde su despacho, como ministro de la Defensa; en esta oportunidad, desde el cuartel Simón Bolívar de San Cristóbal. Para el opinante en cuestión, Castro León estaba persuadido de que bastaba su sola presencia en San Cristóbal a fin de que el país se sumara a la rebelión o que, simplemente, cayera rendido a sus pies como fruta madura. Por ello dirá: «Castro León estaba persuadido de que bastaba su presencia en San Cristóbal para que toda Venezuela se sumara a su conspiración en marcha»[132].

Sin embargo, a pesar de la calma o la seguridad con que había respondido la coalición betancourista, Rangel figuraba entre quienes estaban convencidos de que resultaba prácticamente imposible que Castro León entrara sin tropiezos y tomara San Cristóbal sin que hubiese habido a sus espaldas el apoyo de otras guarniciones y que por tanto, a despecho de su fracaso, la conspiración debió ser más extensa de lo que permitía suponerlo el cuadro de los acontecimientos. Irónicamente, como se ha dicho, quien dos años más tarde sería también promotor de la violencia cuartelaria estimaba que el gobierno mostraba excesiva negligencia hacia los conspiradores por el hecho de conciliar y perdonar con repetida regularidad[133].

Otro que también opinaría desde los predios de la izquierda sería Pedro Duno, cuyas reflexiones, si bien encaminadas por una ruta diferente, resultaban igualmente provocadoras. Por ello vale la pena reparar en lo que, a su parecer, significaba que Castro León hubiese pretendido robarles a Betancourt y al gobierno coaligado el lenguaje

131 Domingo Alberto Rangel, «Los misterios de Castro León». *La Esfera*, 26/04/60: 13.
132 Ibídem.
133 Ibídem.

del «anticomunismo». Solo que, a su entender, existía una diferencia propia del mundo de la «derecha» de entonces: la del militar rebelde, que no pasaba de ser una derecha «salvaje», «semi-feudal», llamada a preservar las viejas estructuras, y la «derecha organizada», «moderna», expresada por el tándem Betancourt-Caldera que no solo reflejaba el nuevo orden de cosas sino que, en último término, expresaba mejor los intereses de la burguesía internacional[134].

Por su parte, Guillermo García Ponce aprovecharía para disparar a su manera contra la acción golpista de Castro León: a su juicio, no podía mantenerse la tregua política en defensa de la democracia, como se había hecho a raíz de los sucesos del Táchira, luego de que el gobierno de Betancourt cometiera el atentado más grande contra las libertades después del 23 de enero como lo suponía prohibir que tanto Acción Democrática de Izquierda (ADI) como el PCV celebraran mítines y actos públicos[135]. En realidad, y como cabía esperarlo, la izquierda en general fue duramente crítica de aquella medida, como lo testimonian las palabras de García Ponce; pero quienes acuden al recuento de la aventura castro-leonista por lo común olvidan, o subestiman, que se trató de una medida transitoria llamada a regir durante el lapso de unos quince días mientras se aclaraba la atmósfera golpista y se enfriaba la calle, no habiendo el gobierno decretado siquiera la suspensión de las garantías constitucionales como lo había hecho, y lo haría de nuevo, en muchas otras oportunidades.

Más allá del arco de la izquierda pero siempre dentro del debate librado desde la prensa, el politólogo y periodista Luis Esteban Rey confrontará la sensibilidad que el tema andino había suscitado a raíz de esta asonada, así como la equivocada asociación que aún persistía en el imaginario del venezolano cuando del «regresionismo» y de sus orígenes geográficos se trataba. Por ello dirá:

134 Pedro Duno, «El Golpe de Estado». *La Esfera*, 26/04/60: 13.
135 Guillermo García Ponce, «Peligran las libertades democráticas». *La Esfera*, 29/04/60: 14.

> La segunda conclusión que se deriva [del complot de Castro León] es la liquidación definitiva del mito [del] andinismo como irracional expresión regionalista. Es perfectamente justo y plausible el andinismo como sano impulso de superación regionalista [...] Pero siempre hemos sostenido que como «doctrina» de la predestinación de los Andes –y en particular del Táchira– a gobernar a Venezuela, el andinismo fue inventado en Caracas por ambiciosos doctorcitos tachirenses que hacían partícipe de ella a oficiales de las FAN oriundos de la misma región[136].

Coincidiendo con Rey, el poeta Juan Liscano, vocero independiente pero simpatizante de Betancourt, señalará que la derrota de Castro León por mano de los propios tachirenses destruía la leyenda según la cual esa región era proclive al militarismo o el autoritarismo político, aunque tampoco desaprovecharía la ocasión para referirse irónicamente al protagonista de la asonada como el «aspirante a heredero de las glorias del Restaurador [Cipriano Castro]»[137]. Por su parte, a la hora de enaltecer el civismo con que los estudiantes respondieron en las calles de San Cristóbal al alzamiento de Castro León, *El Nacional* contribuiría con una mancheta de este tenor: «Ya no hay Táchira de Cipriano Castro sino Táchira de Ruiz Pineda», aludiendo así al secretario general de AD en la clandestinidad ultimado a balazos por la Seguridad Nacional en octubre del 52[138].

Por cierto que acerca de este mismo debate en torno al «andinismo» que propició la aventura político-militar de Castro León, el dirigente de Copei y también asiduo opinante, Rodolfo José Cárdenas, dirá al respecto lo siguiente:

> La leyenda negra del Táchira se creó con el gomecismo y murió con la instauración democrática de 1946 [...] Es el pueblo del Táchira un pueblo

136 Luis Esteban Rey, «Las conclusiones de San Cristóbal». *El Nacional*, 26/04/60: 4.
137 Juan Liscano, «Balance». *El Nacional*, 22/04/60: 4
138 *El Nacional*, 22/04/60: 4

> de partidos, y esta gran realidad la olvidó Castro León... La leyenda negra habla de un Táchira reaccionario, de un Táchira militarista, de un Táchira caudillista, de un Táchira que pare dictadores. [...] Castro León creyó en la leyenda negra [...] Fue la leyenda negra del Táchira su perdición[139].

Por su parte, al terciar sobre el tema del alzamiento, el periodista Carlos Díaz Sosa le reclamará a Colombia que habiendo tenido en el poder a Alberto Lleras Camargo, viejo amigo personal de Betancourt y tan electo por el voto popular como este, permitiera que los golpistas venezolanos entrasen o saliesen de su territorio con nombres propios o falsos. Por ello dirá: «En Colombia poseen haciendas y negocios diversos, y es allá donde maniobran con entera libertad contra Venezuela». Al señalar luego que los desplazados del 23 de enero se hallaban interesados en instalar sus bases de operación en la proximidad fronteriza, exclamará: «Necesita la democracia venezolana confiar en Colombia porque si nuevamente cae en manos de verdugos como Castro León, peligraría también la estabilidad del régimen que ahora preside Lleras Camargo»[140].

Entre ciertas filas afines al gobierno anidará la idea de que la sedición en el Táchira pudo haber sido obra directa del perezjimenismo o de sus agentes residuales; pero también se dirá que los fatales desplantes promovidos por la izquierda contra Betancourt colaboraban en avivar el desprecio que la derecha sentía hacia las libertades conquistadas desde el 23 de enero. En tal sentido, quienes así opinaban sostendrán que entre el autoritarismo anhelado por los dolientes de la dictadura y la confusión propiciada por la izquierda se perseguía un mismo fin: ambos pugnaban con el igual empeño por socavar las bases de la institucionalidad y desacreditar el sistema democrático. Tal vez suene exagerado verlo así aunque, según lo observa Agustín Blanco Muñoz, la propia dinámica de los hechos hacía posible que se produjera una especie de entrecruzamiento, una interrelación no planificada ni estrictamente consciente

139 Rodolfo José Cárdenas, «Por qué fracasó Castro León». *Élite*, n.º 1.805, 30/04/60: 35.
140 Carlos Díaz Sosa, «Preguntas a Colombia». *El Nacional*, 23/04/60: 4

entre ambos sectores oposicionistas[141]. El hecho cierto es que esta idea de una izquierda empeñada en derrocar al gobierno, coincidiendo en objetivos con las fuerzas reaccionarias, figura entre las visiones que se confrontaron a través de la prensa a raíz de la tentativa de Castro León y, por tanto, conviene reseñarla. De allí que quienes así opinaran se refirieran a la existencia de un «binomio rojo-negro» cuyo solo objetivo era exterminar el sistema democrático. Hubo incluso quien, a tal respecto, llegó a sostener lo siguiente: «Esa coincidencia histórica [...] de las llamadas fuerzas extranjeras de derecha e izquierda nada tiene de raro que se produzca en Venezuela entre el Perezjimenismo y el Comunismo». Para tal articulista bastaba recordar el pacto nazi-soviético de 1939, o la colaboración prestada por el PC francés a los partidarios de Philippe Pétain en 1935 para darse cuenta de que lo único que importaba a ambas parcelas era el fin en sí mismo: «Va siendo costumbre entre las fuerzas negras y rojas [...] el entendimiento para desacreditar y exterminar el sistema democrático». Así, pues, lo que este articulista bautizara como la «coincidencia entre perezjimenistas y comunistas» se resumía, a su juicio, en el hecho de que la izquierda viviera de denunciar asonadas golpistas al tiempo que no le temblaba el pulso para atentar, de palabra y acción, contra las instituciones democráticas[142].

JUNTOS PERO JAMÁS REVUELTOS

Pese a la exageración que pudiera desprenderse de tales conceptos, el hecho cierto es que el articulista en cuestión ponía el ojo en una

141 Blanco Muñoz, 1992(a): 15.

142 J.M. Machín. «La crítica golpista y demagógica». *La Esfera*, 27/04/60: 13. A ello agregará Luis Esteban Rey lo siguiente: «[E]sa manera de [la izquierda] de sostener al gobierno es muy semejante a la cuerda que sostiene al ahorcado. Por eso no comprendemos la táctica comunista. Por un lado hacen todo lo posible por destruir la confianza del pueblo en el gobierno [...] y, por el otro, cuando el gobierno está amenazado, se proclaman los más valientes de sus defensores». Luis Esteban Rey, «Las conclusiones de San Cristóbal». *El Nacional*, 26/04/60: 4.

frágil y ambigua línea sobre la cual transitarían el PCV y la versión aún embrionaria del MIR conocida en ese momento como «Acción Democrática de Izquierda» (ADI). Porque embestir con tanta violencia contra Betancourt a través de acciones callejeras y actuar simultáneamente exhibiendo el cariz de una oposición de tipo constitucional colocaba a la izquierda en un vértice polémico. Esto quedaría demostrado, a dos días de fracasar la asonada, al celebrarse un mitin en El Silencio en el cual se estima que se concentraron casi cien mil asistentes en respaldo al sistema[143]. Más allá del mínimo común denominador que servía de motivo a la convocatoria, las fisuras en el arco democrático quedarían de manifiesto, incluso a nivel de la inusitada violencia verbal que se desencadenó entre los oradores que se rotaron en la tarima y sus respectivas organizaciones políticas.

Podría decirse que se trató no menos de un acto en defensa del régimen democrático como de un torneo a cielo abierto, de una especie de medición entre las fuerzas coalicionistas de AD, Copei y URD, por un lado, y las distintas tendencias de la izquierda por el otro. Aparte de las pitas copeyanas dirigidas a Gustavo Machado y de los abucheos pecevistas contra Raúl Leoni y el secretario general de Copei, Rafael Caldera, algunos oradores lograron colarse hasta el presídium a costillas de quienes aún esperaban su turno de hablar ante el micrófono. Tan caótico fue el ambiente que, incluso, la palabra orientadora de algunos de los exmandatarios y figuras internacionales que habían asistido al II Congreso Pro Democracia y Libertad naufragó entre pitas y abucheos.

Ciertos dirigentes del patio local, como Gustavo Machado por el PCV, aprovecharían sus brevísimos discursos para arrimar las sardinas a sus propias brasas:

> Nosotros los comunistas [decimos] hoy que no es la hora de la coalición tripartita [...] Decimos que no son tres los grandes partidos, que son cuatro,

143 *La Esfera*, 22/04/60: 6.

> porque el Partido Comunista es el partido que lucha más consecuentemente. [...] Ya habíamos dicho la verdad cuando anunciamos golpes anteriores, y en esta oportunidad se acaba de comprobar que teníamos razón cuando llamábamos al pueblo a estar alerta, porque se estaba fraguando una conspiración que debía estallar en la Semana Santa, cuando informamos de las actividades de los golpistas[144].

El expresidente ecuatoriano Galo Plaza Lasso habló prácticamente sin tropiezos desde lo alto de la tarima, pero cuando le tocó el turno al jefe liberal y futuro presidente de Colombia, Carlos Lleras Restrepo, la hosquedad de los comunistas y el rechazo explícito de los jóvenes «cabezas calientes» de la izquierda adeca se hicieron sentir en la plaza. El presidente de AD y del Congreso, Raúl Leoni, también habló brevemente en medio de aquel ambiente tenso. Las pitas de la izquierda no fueron menos sonoras cuando les correspondió el turno a los máximos dirigentes agrarios y sindicales de Acción Democrática[145]. La única coincidencia que se registró entre los oradores fue a la hora de exigir la máxima pena que las leyes contemplaban ante el delito de rebelión, cuidándose en todo momento de no prestar cuidado a la algarabía con que, entre las filas de la juventud de izquierda, se insistía en la coreada petición de ¡Paredón!, ¡Paredón![146]. Juan Liscano, desde las páginas de *El Nacional*, sentenciaría lo siguiente: «Lo que se debe evitar ahora es perder [la] victoria. El primer tropezón fue el mitin del Silencio, ayer. Hombres dignos de respeto fueron abucheados por exaltados o sectarios, según fuera el color de la parcialidad a la que pertenecían. El mitin del Silencio fue la división, tras el triunfo de la unión»[147].

144 Citado por Fuenmayor, 1985, XII: 311.
145 *La Esfera*, 22/04/60: 6
146 Ibídem.
147 Juan Liscano, «Balance». *El Nacional*, 22/04/60: 4.

«¡PAREDÓN!»

Betancourt no tardaría en asegurarles a los principales dirigentes de los partidos coalicionistas, así como a los delegados del PCV, a los jóvenes del futuro MIR y las autoridades estudiantiles agrupadas en la Federación de Centros Universitarios que fueron a entrevistarse con él a Miraflores, que el gobierno ya había impartido instrucciones a fin de que, sin excepción, los militares implicados en el pronunciamiento de San Cristóbal fuesen degradados, sin que se les pagara en lo sucesivo remuneración alguna ni se les permitiera ocupar cargos públicos[148]. El hecho es que la reacción de la opinión pública ante el intento insurreccional liderado por Castro León tendió a ser mucho más agresiva que la que se registraría dos años más tarde en relación con el Carupanazo y el Porteñazo, revelándose con particular fuerza entre el sector estudiantil y la militancia de base de los partidos. Tal vez ello fuera así a causa de la relativa proximidad que el hecho tuvo con el fin del régimen perezjimenista y las vinculaciones que, de paso, pudo guardar con los dolientes del 23 de enero. Pero más allá de suponer que el tiempo pudo hacerse cargo de diluir semejante dureza al advenir nuevas asonadas en el futuro, surge la duda sobre si esas diferencias a la hora de reaccionar ante nuevos hechos de fuerza pudieron deberse en buena medida a que, para 1962, el sector estudiantil, ya enrumbado dentro de su propio esquema insurreccional, estaba dispuesto a brindarle su apoyo a aquellas otras asonadas que, como Carúpano y Puerto Cabello, resultarían ser ideológicamente más afines.

Juan Bautista Fuenmayor es claro en su análisis:

> La idea del «paredón» estaba flotando en el ambiente de la Plaza de El Silencio, como expresión de la ira popular desatada con motivo de los acontecimientos de San Cristóbal. [...] El pueblo de Venezuela había observado

148 *La Esfera*, 22/04/60: 4.

> cómo en Cuba, después de la caída de Batista por obra de una revolución popular, habían sido fusilados algunos de los esbirros que martirizaron a la perla de las Antillas. [...] Sin embargo, los dos casos eran diferentes [...] Llegados a la constitucionalidad, el gobierno estaba en situación de Derecho, dentro de la cual era imposible realizar o tomar medidas de excepción, como lo sería el ajusticiamiento de los cabecillas alzados en San Cristóbal. La consigna de «paredón» no provenía de las filas del PCV o de la izquierda acciondemocratista, sino que estaba en la mente de muchísimas personas, aunque esos partidos fueron los que la expresaron con mayor vigor[149].

Lo cierto es que en la prensa de esos días de abril del 60 son innumerables las referencias que se hacen al deseable «fusilamiento» de los insurrectos, entre ellas la que provino de Wolfgang Larrazábal, quien explícitamente pidió «paredón» en un mensaje que, desde Chile, le trasmitiera a Rómulo Betancourt: «A esta hora que le envío mi mensaje de apoyo absoluto estarán en el paredón [*sic*] esos desalmados»[150]. El escritor y político Héctor Mujica saldría a secundarlo expresando lo siguiente: «Paredón para los facciosos como lo ha pedido ese gran venezolano, Almirante del Pueblo, que es Wolfgang Larrazábal. [...] Es la hora de las definiciones. [...] O el gobierno acaba con los golpistas o los golpistas acabarán con el gobierno»[151]. Todo esto, como se ha dicho, acusaba un tono particularmente vehemente frente a otras asonadas. Tanto, que así como la izquierda reclamaba paredón, lo mismo habrían de hacerlo quienes actuaban agrupados en el «Comité Nacional de Veteranos de Guasina y Sacupana». Los curtidos sobrevivientes del terror perezjimenista, quienes también se dirigieron por telegrama a Betancourt, solicitaron sin palanganeos la ejecución «inmediata» de los insurrectos alegando que las «tibiezas estimulan las asonadas»[152].

149 Fuenmayor, 1985, XII: 308.
150 *La Esfera*, 22/04/60: 12.
151 Héctor Mujica, «La asonada». *El Nacional*, 22/04/60: 4.
152 *La Esfera*, 23/04/60: 3.

De un modo como no volvería a repetirse en el futuro, el eslogan «¡Paredón Ya!» estuvo a la orden del día como el más ejemplar de los castigos deseables y a favor del cual clamaban algunos sectores, como parecía ser el caso de la juventud de la izquierda congregada en El Silencio. Eso –diría un articulista– podía ser el caso en un régimen de facto y sin ataduras legales como el de Cuba, pero no formaba parte de las prácticas propias de un gobierno constitucional que respondía a una estructura jurídica y no a la existencia de tribunales populares. Por ello dirá: «La palabra 'paredón' ya suena a nuestros oídos con ritmo de rumba antillana». El mismo opinante tampoco dejaba de observar el hecho de que Larrazábal, al escribir en semejantes términos desde Chile, parecía abandonar el comedimiento y protocolo debido a su investidura como embajador. Lo raro –concluía señalando– era que cuando prácticamente ese mismo grupo de oficiales encabezado por Castro León se alzó en julio de 1958 contra el Gobierno provisional presidido por él mismo, Larrazábal no apelara al paredón que ahora le reclamara a Betancourt con tanta vehemencia[153]. Para quien así opinaba –un veterano de las cárceles del perezjimenismo– bastaba que la conspiración fuese extirpada de raíz, investigándose a fondo sus posibles ramificaciones y presionando a fin de que se confiscaran los bienes de sus responsables y se les decretara cárcel «de la dura», o sea, «sin radio ni televisión, ni periódicos ni juegos de mesa, ni jugos de naranja fríos, ni muelles colchones»[154].

Betancourt mismo, a la hora de intervenir al respecto, será enfático al señalar que las leyes contemplaban penas máximas de treinta años contra el delito de rebelión; que nadie iba a presenciar el espectáculo de un fusilamiento; que los ejecutores y protagonistas del fugaz pronunciamiento serían juzgados severamente; que tales juicios se llevarían a cabo hasta el final; y lo más importante, al darse las consabidas alusiones al caso cubano, que todo se haría con arreglo a las leyes y

153 Marcial Mendoza Estrella, «Paredón». *La Esfera*, 27/04/60: 14.
154 Ibídem.

costumbres venezolanas. Por ello hizo claro lo siguiente en un mensaje radiotelevisado a la nación:

> Ni Wolfgang Larrazábal, ni Rafael Caldera ni yo, cuando hacíamos nuestra campaña electoral, nos comprometimos a fusilar a nadie, porque en Venezuela no existe la pena de muerte. El Libertador se la aplicó a Piar, juzgándolo, y en un momento en que estaba complicada la suerte de la República. Guzmán [Blanco] fusiló a Matías Salazar y [Cipriano] Castro a [Antonio] Paredes, y es bien sabido que nunca se ha reconciliado el venezolano con la idea de esos fusilamientos. No está dentro de nuestra índole, de nuestra idiosincrasia, de nuestra psicología de pueblo. No es por azar que los campesinos que detuvieron al jefe de la reciente intentona debelada no lo machetearon, sino que lo llevaron preso y lo entregaron a las autoridades de San Cristóbal. Y resultaría inconcebible que, cuando desde hace meses en el país de América donde se realizaron fusilamientos, ya no se están realizando, nosotros fuéramos a aplicar aquí lo que andan pidiendo por allí unos cuantos revoltosos irresponsables: eso del «paredón». No hay mayor rigor que el de la Ley. La Ley bien aplicada; la Ley rectamente aplicada; la Ley aplicada sin blanduras, sin complacencias cómplices[155].

Habrá quien insista en decir que, cuando se hablaba de «paredón», era en sentido figurado, simplemente como equivalente a la idea del castigo más ejemplar. De algún modo una mancheta publicada en *El Nacional* pretendía que de ese, y no de otro modo, fuera interpretado el sentido y alcance de semejante clamor: «Cuando el pueblo pide paredón quiere impedir que el paredón le toque al pueblo»[156]. Haciéndose eco del ingenioso juego de palabras, Héctor Mujica señalará por su parte que los estudiantes enarbolaban la consigna y la izquierda la inscribía en muros y fábricas invocando el pedimento justamente del mismo modo como lo expresaba la mancheta: «Para

155 *El Nacional*, 27/04/60: 29.
156 *El Nacional*, 22/04/60: 4.

impedir que el paredón le tocara al pueblo». Mujica insistía en que tal consigna era coreada en la calle por su pura carga simbólica, ya que se veía forzado a coincidir con el presidente en que «no existía en nuestra legalidad la pena de muerte»; pero cuestionaba en cambio que Betancourt y Caldera hubiesen condenado esa expresión de genuina raigambre popular calificándola simplemente de intemperante e inadecuada. Intemperante será a su juicio el lenguaje empleado por Caldera al arremeter contra la izquierda durante un acto en San Cristóbal en repudio a la entonces recién fracasada insurgencia de Castro León, o la forma como el propio Betancourt hablaba de la calle como nido de «bochincheros». Mujica agregará que fueron esa «calle» y esos «bochincheros» los que hicieron posible deponer a Pérez Jiménez y, más importante aún, los que permitieron el retorno al país de quien ahora detentaba la Presidencia de la República. Y concluía con lo siguiente, interpretando a su aire el contenido de la mancheta: «Cuando el pueblo pide paredón es, simple y llanamente, para impedir que lo pongan contra la pared»[157].

¿ADIÓS AL PASADO?

El diario estadounidense *The Washington Post* buscaría darle un tono conclusivo a la asonada expresando algo que, por lo singular que resulta dentro de la fronda de opiniones emitidas durante esa coyuntura, vale la pena comentar así sea brevemente. La nota en cuestión señalaba –palabras más, palabras menos– que si, por un lado, los partidarios de Cuba y la Revolución Cubana se hallaban creándoles dificultades a los dirigentes latinoamericanos de tendencia democrática, por el otro los exabruptos provocados por asonadas al estilo de Castro León contribuían a robustecer la posición de los moderados. Y aún más: que puestos ante el riesgo de lo que significaba implantar un régimen como el cubano,

157 Héctor Mujica, «Paredón». *El Nacional*, 28/04/60: 4.

aquellos que desde las filas conservadoras habían persistido en juzgar a Betancourt como un agente de Satán debían reflexionar y valorar mejor las virtudes de la centroizquierda encarnadas en el presidente venezolano[158].

Habrá conclusiones de otro tenor, como aquella según la cual la revolución democrática en Venezuela y la revolución fidelista eran dos historias que marchaban al unísono. A la hora de dar a entender de esa forma que ambas eran epítomes del proceso renovador que se había iniciado en la zona del Caribe, hubo quien sostuvo que si con el hipotético triunfo de Castro León la causa democrática venezolana hubiese corrido el peligro de frustrarse, lo mismo habría podido ocurrirle a la Cuba revolucionaria[159]. De lo que se infiere, como señala el historiador Carlos Marín, el profundo impacto que el «faro» cubano estaba provocando en el accionar político de entonces[160].

Entretanto, el diario *La Esfera* cerró el capítulo de la insurrección castro-leonista con una nota editorial que corría parcialmente en estos términos: «No hay mal que por bien no venga. Con todo el sarcasmo que pueda encerrar la frase [...] la fracasada intentona ha servido para galvanizar la confianza en torno al régimen democrático»[161]. A juicio de este diario, el complot originado en San Cristóbal había sido inevitable: sencillamente debió ocurrir para que, de una vez por todas, los anhelos regresionistas y sus lastres fuesen descubiertos y aplastados. Juan Liscano, por su parte, comentaría algo semejante: «La tentativa golpista propició definiciones»[162].

Sin embargo, el optimismo con que habría de expresarse *La Esfera* iría más lejos aún: «[E]l golpismo y los golpistas son ya unas curiosas piezas de museo, fósiles [frente a la] renovación social de nuestra época». Incluso, como si el vuelo que cobraban tales palabras no fuera suficiente, la nota concluiría de este modo:

158 Citado por *La Esfera*, 25/04/60: 6.
159 Julio Álvarez del Vayo, «Emoción por Venezuela». *El Nacional*, 25/04/60: 4.
160 Marín, 2011: 148.
161 *La Esfera*, 27/04/60: 1.
162 Juan Liscano, «Balance». *El Nacional*, 22/04/60: 4.

> Estamos seguros [de] que así como hasta ahora nuestra historia ha quedado marcada por [los] hechos culminantes de la Independencia y la Federación, desde el 20 de abril [día de la derrota de Castro León] habremos de añadir [al calendario] uno nuevo que nos llenará de no menos gloria: Año 1.° de la Estabilidad Constitucional[163].

Empero, mucho antes de que fuera posible recomendar el 20 de abril a los cuidados del tiempo, o que la derrota del sobrino nieto de Cipriano Castro pudiese ser elevada al altar de las fechas patrias, faltarían otras pruebas, mucho más serias, que aguardaban en el horizonte.

163 *La Esfera*, 27/04/60: 1.

DE TÁCHIRA A BARCELONA

Habían bastado apenas dos años y medio del gobierno constitucional de Rómulo Betancourt para que no quedara prácticamente nada del «espíritu unitario» surgido el 23 de enero 1958. Un «espíritu» que, a pesar de sus agónicos estertores, intentó verse resucitado en dos oportunidades más durante 1960: primero, al ocurrir el levantamiento de Jesús María Castro León en el Táchira, en abril; y, luego, al producirse el fallido atentado contra Rómulo Betancourt, el 24 de junio de ese mismo año. Ni siquiera el rostro institucional de la unidad, el Pacto de Puntofijo, había logrado salir indemne de las pruebas planteadas a partir de 1959. Para 1961 solo se mantenía en pie la fórmula ejecutiva AD-Copei, mientras que la colaboración del tercer socio –URD–, a diferentes niveles del gobierno, se había esfumado. Parecían, pues, haber quedado atrás, muy atrás, los tiempos en que Raúl Leoni, Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Gustavo Machado o Fabricio Ojeda hablaran en un mismo mitin. O se sentaran juntos a compartir la misma mesa con el ilustrísimo y reverendísimo arzobispo de Caracas. El llamado unitario –festivo y jubiloso– tendrá cada vez menos correspondencia con la realidad[1]. Al referirse a este punto, a Agustín Blanco Muñoz se le debe una observación interesante: a su juicio, frente a la amplia unidad que había comenzado a desdibujarse, la democracia ya no dependía de las «masas» sino de los partidarios directos del gobierno

1 Blanco Muñoz, 1992(a): 11.

coaligado y, sobre todo, de su aparato de seguridad[2]. Las animosidades serán tales que, desde la prensa afín al gobierno, el PCV, el MIR –y ahora URD– serían bautizados como «la triple alianza extremista» o, en el mejor de los casos, se hablaría del PCV y de sus «insomnes y forzosos ordenanzas del MIR y URD»[3]. Dentro de este clima tendría lugar, el lunes 26 de junio de 1961, el alzamiento que en el argot político venezolano quedaría rotulado como el Barcelonazo, y algunas de cuyas características difirieron visiblemente de otras asonadas ocurridas hasta entonces o que aguardaban en el futuro próximo. Para comenzar, fue el más breve de todos los levantamientos armados (los insurrectos mandaron solo hasta las diez de la mañana luego de verse en control de la situación durante seis horas[4]); a diferencia de la insurrección de San Cristóbal, ciudad a la cual Jesús María Castro León controló así fuera parcialmente en abril de 1960 o, más tarde, del Carupanazo, que se derramó sobre el radio de algunos caseríos vecinos, el Barcelonazo se libró prácticamente dentro del cuartel que le servía de sede a la guarnición de Barcelona o en sus calles adyacentes. Pero al mismo tiempo, como no había ocurrido antes en San Cristóbal ni se repetiría al mismo nivel en Carúpano, los facciosos lograron apoderarse de un preciado botín, como lo supuso el hecho de que pescaran entre la madrugada y la mañana del golpe, y condujesen como rehenes a las instalaciones del cuartel del cual se habían apoderado por sorpresa, a las principales autoridades del estado Anzoátegui, desde el propio gobernador hasta el director de la policía, pasando por el secretario general de Gobierno, Carlos Canache Mata. Sin embargo, como habría de precisarlo una crónica, no los encalabozaron sino que los mantuvieron en los corredores y pasillos del cuartel, sirviéndoles de «escudo» a los insurrectos en caso de que el Gobierno Nacional pretendiera efectuar un asalto armado o un bombardeo aéreo[5].

2 Blanco Muñoz, 1992(b): 37-38.

3 Carlos Luis Barrera. ¿Golpe militar o golpe urredista? *La Esfera,* 06/07/61:11.

4 *Élite*, n.º 2.075, 03/07/64. ASGS.

5 «Vida Nacional», junio-julio de 1961. *Revista SIC.* gumilla.org/biblioteca/.../SIC1961237_333-338.pdf

Si antes la insurrección había sido motorizada desde el Táchira, ahora lo sería desde oriente. Pero aunque las geografías eran distintas, se trataba más o menos del mismo elenco de protagonistas. El movimiento de Barcelona estuvo fundamentalmente capitaneado por dos oficiales que no solo se hallaban desde hacía mucho tiempo fuera del servicio activo sino que habían participado en la conjura de Castro León del 20 de abril de 1960. Uno de ellos, el exmayor Luis Alberto Vivas Ramírez, estuvo tan comprometido en la insurrección castro-leonista que, según lo observara un diario, en la carrera por salir del cuartel Simón Bolívar de San Cristóbal dejó abandonada la gorra, la guerrera y una copia del plan de operaciones del movimiento dirigido por Castro León[6]. El otro era el capitán retirado Rubén Massó Perdomo quien, desde Caracas, le había servido de enlace a Castro León al darse la revuelta del 20 de abril[7]. Entretanto, uno de los complotados de mayor jerarquía que obraban en la trastienda del movimiento era el teniente coronel retirado Oscar Tamayo Suárez, comandante de la Guardia Nacional en tiempos de Carlos Delgado Chalbaud y luego con Pérez Jiménez y, según lo apuntaba un semanario, «socio de diversiones» de Ramfis Trujillo, jugador de polo, *bon vivant* e hijo predilecto del Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo[8]; el otro era el también teniente coronel retirado Martín Parada, quien venía aureolado por el hecho de haber dirigido el fallido alzamiento de la Aviación Militar el 1.º de enero de 1958 y que, en consecuencia de ello, fuera promovido a jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea (cargo que antes ocupara Castro León) durante el gobierno provisorio de Wolfgang Larrazábal sin haberse avenido nunca a reconocer el régimen constitucional[9].

Fue a raíz del perfil de estos protagonistas que el gobierno de Betancourt no tardó en calificarlo de «movimiento reaccionario», con

6 *El Nacional*, 22/04/60: 2.

7 «Vida nacional», junio-julio de 1961. *Revista SIC.* gumilla.org/biblioteca/.../SIC1961237_333-338.pdf

8 Ibídem.

9 Ibídem.

todo el peso que ello tenía ante la opinión pública. Ahora bien, según uno de sus actores no se trataba de un movimiento «regresionista» sino más bien «anticomunista» justo en tiempos en que, por otro lado, comenzaba a cuajar el acercamiento entre la fracción «progresista» de las Fuerzas Armadas y la línea insurreccional de la izquierda. Ante ello, Blanco Muñoz deja caer una pregunta provocadora: si se trataba de enfrentar al comunismo, ¿por qué insurgir contra un gobierno claramente anticomunista como el de Rómulo Betancourt si, por encima de todo, este se veía guiado por el mismo objetivo?[10]. Esa pregunta en torno a la concepción eminentemente anticomunista de Betancourt y de los comprometidos en la insurrección del Barcelonazo se la formuló el propio Blanco Muñoz al entonces capitán Tesalio Morillo, el único que participó como oficial activo en la promoción de la asonada y que, de hecho, había servido como segundo al mando de la guarnición de Barcelona y que, por ello mismo, conocía las instalaciones y la rutina de la tropa acantonada en aquella plaza de la Infantería venezolana. Morillo simplemente se limitó a responder: «Creo que ya estamos cayendo en un campo político en el cual no me gustaría meterme porque yo no soy político, ni me gusta la política y en ese terreno no me gustaría mucho incursionar»[11].

Tal explicación resulta tanto más curiosa cuanto que, para decirlo de la forma más sucinta posible, toda insurrección debería contar con algún grado de motivación política. De lo contrario, no sería una insurrección. Pero al insistir en torno a ese carácter «no comunista» del movimiento gestado en la capital del estado Anzoátegui, el entrevistado concede diciendo, más adelante, lo siguiente: «[N]osotros simplemente nos identificábamos como elementos que no queríamos nada con el comunismo [...] Quizás a eso se debió también que [saliéramos] de la cárcel más rápido que los demás»[12]. Sin embargo, más sorprendente

10 Blanco Muñoz, 1981(a): 309-310.
11 Entrevista con Tesalio Morillo. En ibíd., 320.
12 Ibíd., 312-313.

todavía fue lo que dijo a modo de remate cuando Blanco Muñoz le inquirió nuevamente acerca de los fines que perseguía el movimiento: «Lo que buscaban todos los movimientos, tumbar al gobierno, llegar al poder», fue la lacónica respuesta de su interrogado[13]. En todo caso, esta forma tan emotiva de explicar los sucesos ocurridos en junio del 61 dentro del cuartel Pedro María Freites de Barcelona pudo haberse visto determinada también por un sesgo de tipo personal acerca de lo cual habría de referirse el otrora capitán Morillo al hablar de los resquemores que había suscitado el trato que se le dispensara a Castro León y a los oficiales que lo habían acompañado durante los sucesos del 58 contra Wolfgang Larrazábal y que habían sido dados de baja tras el arribo de Betancourt al poder[14]. Todo esto, a falta de otros argumentos de peso, nos colocaría en presencia no solo de un movimiento «anticomunista» sino rabiosa y visceralmente antiadeco, como se haría cargo de explicarlo otro de los protagonistas del lado insurgente:

> Ese es un alzamiento de derecha y tenía como finalidad contrarrestar la acción de desmantelamiento de los cuadros militares que estaba llevando a cabo Rómulo Betancourt desde la Presidencia de la República. Se perseguía derrocar al gobierno e instaurar un gobierno militar en vista de que el país iba por un despeñadero. Se [...] estaban ejerciendo medidas represivas contra todos los cuadros superiores de las Fuerzas Armadas y se habían reincorporado a todos aquellos oficiales que, por una u otra razón, habían tenido vinculaciones con Acción Democrática[15].

En el caso del Barcelonazo no solo se repetiría el mismo esquema conspirativo de Castro León, es decir, de oficiales retirados que tendrían el propósito de hacerse con el mando de la acción («Éramos

13 Ibíd., 313.
14 Ibíd., 319.
15 Entrevista con Elonis López Curra. En ibíd., 335.

cuatro oficiales retirados y yo era el único oficial activo», dirá el capitán Tesalio Morillo[16]) sino que privaría la misma mecánica de apoderarse de un cuartel –tal como ocurrió en San Cristóbal– en el entendido de que habrían de producirse otros levantamientos[17]. Se trató, en pocas palabras, de una «chispa de derecha», de un brote solitario que dependía de que otros se alzaran puesto que, por sí solo, nada podría hacerse en Barcelona[18].

HORA Y MEDIA DE BALAZOS

Por una casual ironía, un cartelón del Cine Central, muy cercano al cuartel que serviría de epicentro a la asonada, anunciaba la proyección del film *Hora y media de balazos* del director Alejandro Galindo, con Luis Aragón y Lupe Carriles en los roles principales. El enfrentamiento dentro de las instalaciones del cuartel Pedro María Freites no duró tanto como el título de aquel *western* mexicano, pero dejó un saldo, en quince largos minutos o poco más de balaceo, de dieciocho muertos y diecinueve heridos, aunque algunas fuentes hablan de una cantidad aún mayor de bajas. Esta particular circunstancia se hará extensiva al trato que a ello le darían los principales medios informativos nacionales. En este sentido, la prensa hablará, más que de «golpe», de «balacera» para describir a su manera la situación que se planteó dentro de las instalaciones del Pedro María Freites.

Al mismo tiempo, no todos los caídos fallecieron inmediatamente dentro del cuartel, sino que lo hicieron luego de haber sido trasladados al hospital Luis Razetti de Barcelona. El detalle es importante, puesto que le servirá como argumento de peso a Canache Mata para insistir que no hubo fusilamientos ni ejecución a sangre fría de los alzados, como se hicieron cargo de pregonarlo algunos dirigentes de URD y del PCV a tono con un «sentimentalismo explotado a la vista de los muertos»[19]. Canache dirá a este respecto lo siguiente para desmentir rotundamente la especie: «[C]uatro de esos muertos murieron cinco o seis días después en el Hospital Razetti»[20]. Lo cual complementaría en otra oportunidad expresándose del siguiente modo: «Hasta ahora no se ha conocido esa rara modalidad de fusilamiento donde se hirieran y se dejaran graves a las víctimas para que después vayan a terminar de morirse en un Instituto asistencial»[21].

La captura del cuartel fue una acción ejecutada con relativa facilidad; lo que no lo fue en cambio fue sostener la situación a la espera de que, en el curso de las horas siguientes, respondieran otras guarniciones. De hecho, entre los detalles curiosos que sobresalen de aquella toma figura el engaño del que fuera objeto el jefe del cuartel, a quien los insurrectos le cursaron un radiograma apócrifo mediante el cual se le conminaba a presentarse en Caracas con motivo de las condecoraciones que iban ser impuestas durante los actos del 5 de julio[22]. Tal circunstancia obligaba entonces a que el capitán Morillo se hiciera cargo de la plaza, previa coordinación con algunos oficiales de menor rango ganados a la conjura[23]. Sin embargo, la sedición no solo consistía en sublevar a los 250 efectivos acantonados en el Pedro María Freites sino en franquearles el acceso a las instalaciones del cuartel a unos cien elementos civiles que, además de verse provistos de armas y uniformes para posar como falsos soldados, se identificaban a sí mismos mediante una insignia tricolor ceñida al brazo derecho, lo cual los convirtió en blanco fácil, en medio de la

16 Blanco Muñoz, 1992(b): 41.
17 Ibíd., 38.
18 Ibíd., 41.

19 «Vida Nacional», junio-julio de 1961. *Revista SIC*. gumilla.org/biblioteca/.../SIC1961237_333-338.pdf
20 «Hasta ahora a nadie se va a fusilar y se le va a dejar herido para que después muera en un hospital», agregaría Canache Mata en sus conversaciones con Blanco Muñoz. Entrevista con Carlos Canache Mata. En Blanco Muñoz, 1981(a): 394.
21 Carlos Canache Mata, «La polémica sobre el Barcelonazo». *La República*, 02/09/63. ASGS.
22 Entrevista con Elonis López Curra. En Blanco Muñoz, 1981(a): 340; *Élite*, n.º 2.075, 03/07/64. ASGS.
23 *Élite*, n.º 2.075, 03/07/64. ASGS.

confusión, cuando se produjo la recaptura del cuartel en medio del intenso, aunque breve, balaceo[24].

Visto a la distancia, y por boca de algunos de sus principales protagonistas, el brote conspirativo acusó al menos tres fallas de envergadura. La primera de ellas fue la falta de ascendencia que tenían entre la tropa los oficiales que estuvieron a cargo de la asonada. Tal situación comenzaba por el propio capitán Morillo quien, como él mismo lo confiesa, se vio ausente del cuartel durante largos intervalos mientras completaba en Caracas sus cursos de ascenso al rango de mayor. Y así lo explica: «Por lógica figuraba [yo] como el oficial activo más antiguo. Massó [Perdomo] estaba retirado, [Luis Alberto] Vivas Ramírez, que era mayor, también. Así que el único capitán activo era yo y, por consiguiente, tenía que aparecer como el responsable»[25]. La falta de familiaridad con muchos reclutas incorporados durante sus largas ausencias hizo, por tanto, que se le juzgara como una presencia ajena a las instalaciones del cuartel, tanto como podrían haberlo sido los dos exoficiales perezjimenistas que también se habían hecho cargo de infiltrarse en el cuartel Pedro María Freites durante la madrugada del 26 de junio. En tal sentido, el testimonio antes citado se ve enriquecido por el del entonces teniente Elonis López Curra:

> [L]a situación de la tropa era difícil: los estaban mandando su segundo comandante, el capitán Tesalio Morillo, y oficiales que no eran de allá. [A]l ver la tropa un personal que no conocían [...] se resistió a obedecer. La tropa obedece ciegamente al oficial que conoce pero, cuando no, son bastante reticentes para obedecerlo[26].

El historiador Juan Bautista Fuenmayor redondea el punto al señalar lo siguiente:

24 *El Nacional*, 27/06/61: 29.

25 Entrevista con Tesalio Morillo. En Blanco Muñoz, 1981(a): 311.

26 Entrevista con Elonis López Curra. En ibíd., 340-341.

> Analizando fríamente el caso de Barcelona, no es posible pasar por alto el hecho de que hayan sido dos oficiales, en situación de retiro, los encargados de poner en ejecución el plan [...] Tal cosa hace pensar que muy escasos estaban los conspiradores de oficiales en servicio activo, cuando tienen que recurrir a quienes ya no están ni tienen, por consiguiente, mando alguno de tropas. Muy endeble, pues, parece esta tentativa de derrocar al gobierno de Betancourt, y esta sospecha sube de punto al saber que varios ciudadanos de la vida civil penetraron al cuartel para reforzar la posición de los jefes conspiradores[27].

La segunda falla consistió en que se viera abortada la participación de Martín Parada quien, según los planes trazados de antemano, debió hacer que algunas unidades del escuadrón de los B-40 concentrado en Maiquetía alzaran vuelo y recorrieran las diferentes regiones comprometidas en señal de que la conjura se hallaba en marcha. Por tanto, al no avistarse los aviones, hubo repliegue allí donde los insurrectos creían haber contado con apoyo. Según concuerdan en referirlo los testimonios, Parada optó más bien por asilarse en la Embajada de Colombia a las primeras horas de la acción[28]. La tercera falla de envergadura fue que, al repartirse las misiones junto al personal de tropa, los oficiales del propio cuartel Freites fueron requeridos a que tomasen algunas dependencias públicas, así como la casa regional de Acción Democrática situada en las adyacencias del cuartel, en previsión de cualquier movimiento de su militancia. Quienes fueron llamados a atender ese requerimiento se vieron forzados a dejar la guarnición exclusivamente a cargo del propio Morillo, de los dos exoficiales perezjimenistas y de algunos subtenientes que fueron quienes, a fin de cuentas, lograron provocar la reacción de los reclutas para que abandonasen a los insurrectos y prendieran la chispa del tiroteo.

27 Fuenmayor, 1987, XIII: 237.

28 Entrevista con Tesalio Morillo. En Blanco Muñoz, 1981(a): 315; entrevista con Elonis López Curra. En ibíd., 337-338.

De acuerdo con el entonces capitán Tesalio Morillo, todo estuvo «perfectamente bien» hasta las siete de la mañana de ese 26 de junio, puesto que no había ocurrido ni resistencia ni muertos y, más importante aún, se había cumplido la misión de tomar como rehenes al gobernador del estado y al secretario general de Gobierno, Canache Mata.

> Ya para esa hora –prosigue su testimonio– se esperaba recibir noticias de otras partes, esperando que se alzara Maturín, Ciudad Bolívar, pero nada se recibió, y no se alzaron. Nos dimos cuenta en ese momento que nos habíamos quedado solos. Ahí sí vino nuestra preocupación: ¿qué hacemos ahora? Esa era nuestra pregunta. ¿Seguir y esperar a ver si en el transcurso [del día] surgían otros movimientos?[29].

Tal circunstancia explica entonces que ocurriese el «contragolpe» en la medida en que, ante el riesgo del fracaso y la perspectiva de ver perdidas sus carreras, aquellos subtenientes resolvieran prender la mecha de un tiroteo, convencidos de volver a una actitud de respaldo al gobierno constitucional una vez que vieron que no contaban con el respaldo de otras guarniciones. Para el capitán Morillo era lógico que así ocurriese: «[Un] grupo de oficiales subtenientes, tres, cuatro, cinco, ven que el movimiento estaba perdido y tratan de salvar su carrera. Para ello dan el contragolpe»[30].

ESTO ES CULPA DE URD

El hecho de que parte de los cien civiles comprometidos en el abortado intento insurreccional fuesen militantes de URD, y que al menos cinco de ellos cayeran abatidos en el patio del cuartel como

29 Entrevista con Tesalio Morillo. En ibíd., 322.

30 Ibíd., 323.

consecuencia de la refriega, llevó a que los organismos regionales de Acción Democrática dispararan la acusación de que aquel partido, exmiembro de la coalición desde mediados de 1960, había fungido como el principal instigador de la asonada.

Si bien dos hechos noticiosos le pondrán cierta sordina al Barcelonazo (el juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén y el suicidio de Ernest Hemingway en Ketchum, Idaho), los dimes y diretes entre AD y URD se harán cada vez más agrios a través de la prensa nacional. En este sentido, un articulista dirá lo siguiente respecto a los urredistas que se habían visto supuestamente implicados en la insurrección: «Las únicas sedes de partidos que fueron allanadas por los golpistas fueron las de los partidos democráticos, Acción Democrática y Copei». Luego de ello vendrá una conjetura con la que el autor pretendería hundir el acero de la espada hasta la altura del mango:

> Mientras [tanto] los otros partidos no fueron tomados en cuenta [por los golpistas]. Son sus aliados naturales, ya directos, ya indirectos. [...] Los golpistas saben que los otros grupos pueden ser sus excelentes colaboradores en un Gobierno de «Unidad» mientras toman posiciones estratégicas, mientras se hacen fuertes. Tal como [ocurrió] el 24 de noviembre de 1948[31].

En tanto que URD era acusado por AD, aquel partido respondería diciendo que «el golpismo es obra adeca». Una vez más, como solía suceder en medio de las provocaciones entre ambas toldas, saldrá a relucir el «24 de noviembre» mientras que en otras ocasiones, siempre de parte de URD, lo hará el «18 de octubre» como una forma de hincarle el diente a los blancos cuando de aventuras golpistas se trataba[32]. Sin embargo, a la hora de las alusiones al pasado habrá algo aún peor que correría dentro del saco de las acusaciones que AD le tenía reservado a

31 Carlos Luis Barrera. «Otra intentona fracasada». *La Esfera*, 01/07/61: 11.

32 De hecho, no en vano, cuando URD le dio su respaldo oficial a la candidatura de Wolfgang Larrazábal lo hizo desde su Casa Nacional en San Martín justamente el 18 de octubre de 1958, como un gesto de provocación. Entrevista con Carlos Canache Mata. En Blanco Muñoz, 1981(a): 378.

URD: así como durante el trienio 45-48 se decía que gomecistas y lopecistas habían anidado en las filas de la joven agrupación Copei, ahora se sostenía que URD había terminado convirtiéndose, como supuestamente lo demostraba su participación en aquellos hechos de Barcelona, en reducto de irredentos perezjimenistas[33].

A juicio de un columnista que opinaba desde la acera contraria, Acción Democrática pretendía convertir el golpe de Barcelona en una tribuna abierta contra el urredismo[34]. Los intercambios llegarán al punto de terminar manifestándose a nivel de comunicados oficiales, tal como lo demostraba un aviso publicado por el Comité Ejecutivo Seccional de AD en Anzoátegui, acusando a URD de haber aportado dirigentes y militantes a la asonada:

> [L]os hechos nos prueban que conocidos dirigentes y militantes urredistas anzoatiguenses, disfrazados con uniforme militar y con cinta tricolor y banda amarilla en el brazo, estaban en el interior del cuartel «Pedro María Freites» y que, como agentes activos de la insurrección, andaban en comisión por las calles de Barcelona.

Líneas más adelante agregaría:

> Que no venga URD con el cuento de que tales acciones son «de la responsabilidad individual» de cada uno de sus militantes. Los partidos no son entidades abstractas. [...] Cuando es uno o pocos militantes que se extravían, podría aceptarse la teoría de «las responsabilidades individuales»; pero cuando es todo un equipo de dirigentes y militantes que equivocan la ruta, la responsabilidad es entonces colectiva para la organización[35].

33 Carlos Luis Barrera. «¿Golpe militar o golpe urredista?» *La Esfera*, 06/07/61: 11.
34 César Cienfuegos, «Otro match». *La Esfera*, 01/07/61: 11.
35 «Comunicado de AD. URD y el golpe de Barcelona». Barcelona, 1 de julio de 1961. *La Esfera*, 05/07/61: 3.

El CES de AD dirá por último que la participación de los urredistas de Anzoátegui obedecía a una línea de la Dirección Nacional de ese partido cuyos miembros eran «fieles y agresivos devotos de la conspiración»[36].

Fue justamente el elevado tono de esta acusación lo que llevó a la jefatura máxima de AD a nivel nacional a tratar de morigerar las críticas dando a entender, a medio camino, lo siguiente: si bien la «responsabilidad» de los urredistas era obvia, no por ello implicaba que la alta dirigencia de ese partido –con Jóvito Villalba a la cabeza– le hubiese dado su consentimiento a la acción, o que ni tan siquiera hubiese estado impuesta de ella. La respuesta al problema era otra, haciéndose cargo de expresarla un columnista que resumiría así, de paso, la opinión de los máximos dirigentes de Acción Democrática: «[H]ay que decir que el control de URD se les ha ido de las manos a estos líderes [Jóvito Villalba, Ignacio Arcaya y el resto de la alta dirigencia de URD], aunque ellos tratan de hacerse la ilusión de que sí controlan el partido»[37]. A fin de ofrecer mayores pruebas en ese sentido, el propio Canache Mata, quien terciaría durante las secuelas del debate, dirá: «Fue [...] del conocimiento general de toda Barcelona que el doctor Villalba, el mismo 26 de junio, le dio una fuerte reprimenda telefónica al Directorio Regional de URD en Anzoátegui por la participación de esa Seccional en el golpe»[38]. Como otra prueba de lo que revelaba la reacción oficial de URD ante la forma como su seccional anzoatiguense se había visto inmiscuida en el asunto, Canache puntualizaría lo siguiente en las páginas de *La República*:

> [S]e anuncia que los implicados en el golpe [serán] pasados al Tribunal Disciplinario del partido. Eso es toda una confesión de la Dirección Nacional de URD [...] ¿No es, pues, la propia Dirección Nacional de URD quien ha

36 Ibídem.
37 Carlos Luis Barrera. «¿Golpe militar o golpe urredista?». *La Esfera*, 06/07/61: 11.
38 Carlos Canache Mata, «La polémica sobre el Barcelonazo». *La República*, 02/09/63. ASGS.

reconocido y admitido la participación urredista en el golpe de Barcelona? Y no fueron dos o tres urredistas los que actuaron en el golpe, sino decenas de urredistas, entre los cuales habían nada menos que dirigentes distritales y un dirigente regional[39].

ACUSACIONES CRUZADAS

Desde luego, las imputaciones formuladas por Acción Democrática desataron los ánimos en el partido amarillo, cuya Dirección Nacional se defendería a través de un comunicado en el cual se proponía aclarar en primer lugar, y tal vez exagerando su propio perfil, que «con una organización tan vasta», cuyos militantes se contaban «por cientos de miles en toda la República», era fácil que se presumiera tal cosa; en otras palabras, a juicio de URD, constituía una circunstancia lamentable, pero explicable en todo caso, que algunos de sus militantes incurriesen en una acción manifiestamente personal. Al mismo tiempo –según lo precisaba el propio comunicado– nada diferenciaba este «desviacionismo» del hecho de que algunos correligionarios de AD y Copei se hubiesen visto implicados en el alzamiento de Castro León en abril de 1960. De ser entonces el caso, argumentaba URD, se habría tratado de hechos ejecutados a espaldas de la Dirección Regional o Nacional del partido. Comoquiera que fuese, tal brote conspirativo era considerado «contrario a su línea política», la cual no solo consistía en

39 Ibídem.

Queda la duda de saber hasta dónde el propio Jóvito Villalba estaba informado acerca de la actitud conspirativa de cierto sector de URD. Por ejemplo, de acuerdo con Manuel Quijada: «Ahora, con respecto a Jóvito [...], se vio que ellos mantenían al maestro al tanto de todo, pero la táctica era que el maestro no sabía nada. Los urredistas eran muy activos a ese respecto. A pesar de estar al tanto de todo, ellos disimulaban, eximiéndolo así de toda responsabilidad, como si estuvieran actuando a espaldas de él». Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 37. El capitán Jesús Teodoro Molina Villegas, principal protagonista del Carupanazo, es casi de un idéntico parecer: «Creo que ellos siempre trataban con el maestro Villalba. Ahora, no sé si era por táctica que ellos decían siempre que el maestro Villalba nunca sabía nada. Pero ¿hasta dónde es eso verdad? No sé... Ellos siempre trataron de hacer creer que todo eso se hacía a espaldas de él». Entrevista con J.T. Molina Villegas. En ibíd., 126.

respaldar el orden constitucional sino en enfrentar «aquellos actos del Poder Ejecutivo y de los partidos de la coalición oficialista que envuelven violación de la Carta Fundamental de la República», en un intento por no dejar pasar sus recurrentes críticas a la gestión de Betancourt desde que rompieran con el gobierno[40].

No obstante, sus dirigentes no solo repudiarán esa implicación sino que devolverán los golpes señalando que lo ocurrido dentro de las instalaciones del cuartel Freites había sido una auténtica «masacre». La hipótesis de que el alzamiento concluyó en una acción alevosa por parte de quienes efectuaron la retoma del cuartel se sustentaba en la idea de que la cosecha de muertos y heridos solo se produjo del lado de los insurrectos. Las versiones difieren radicalmente en este punto. Según el capitán Morillo, «la tropa [apuntó] con las ametralladoras mientras los civiles estaban sentados en unos pasillos esperando a ver qué pasaba. Y cuando un soldado echó un tiro, los barrieron a todos»[41].

Según Carlos Canache Mata, quien fue tan testigo ocular de lo ocurrido como Morillo, sí hubo enfrentamiento, pero en condiciones desiguales. Por ello dirá: «Aun cuando no hubo muertos en el bando del Gobierno, sí hubo heridos, lo que prueba que hubo pelea o combate»[42]. De allí que, como insistiría en recalcarlo:

> Los urredistas anzoatiguenses fabricaron la leyenda del «fusilamiento» [...] porque hubo una circunstancia que los ayudó en ese sentido. ¿Cuál fue esa circunstancia? La circunstancia de que sólo hubo muertos en el bando faccioso: en el bando del Gobierno hubo heridos, pero no muertos. Ese hecho se prestaba para la maniobra diversionista del «paredón»[43].

40 «Unión Republicana Democrática ante los sucesos de Barcelona». Caracas, 27 de junio de 1961. *El Nacional*, 28/06/61: 21.

41 Entrevista con Tesalio Morillo. En Blanco Muñoz, 1981(a): 324.

42 Carlos Canache Mata, «La polémica sobre el Barcelonazo». *La República*, 02/09/63. ASGS.

43 Ibídem.

Sin embargo, Canache será más detallista a la hora de aportar otros argumentos para refutar semejante especie. De acuerdo con su parecer, y descontando que uno de los bandos estuviese integrado por gente con manejo de la cuestión militar y, el otro, por civiles sin mayor instrucción en el uso de las armas, el dirigente de AD precisaría lo siguiente:

> [L]os soldados y oficiales, una vez que resuelven ponerse al lado del gobierno democrático, al ver que no hubo apoyo de ninguna guarnición del país, se van a sus cuadras, se meten en sus cuartos, mientras que los civiles, que eran como cien, que habían ido a apoyar el golpe, se quedan en el patio. Entonces, ellos disparaban contra los soldados que estaban en las cuadras y éstos sacaban sus fusiles por las rejas de las ventanas. Entonces era una pelea desigual. Porque éstos estaban a la intemperie y aquéllos estaban protegidos por las paredes de las cuadras[44].

Por tratarse de un tema tan áspero y tal vez también porque la palabra «fusilamiento» tendía a prestarse a distintas interpretaciones, el dirigente de AD era del parecer de que un «fusilamiento» precisaba, por su propia naturaleza, apenas un número determinado de balas por cada sentenciado que debiera sufrir ese final. Por ello afirmó ironizando: «Si hubiese habido fusilamiento, como fueron 16 los muertos, se hubiesen escuchado solo 16 tiros. Toda Barcelona escuchó que hubo más de 2.000 tiros durante más de 15 minutos [...] No es de creer que los 'fusiladores' tuvieran tan mala puntería que necesitaran de 2.000 tiros para fusilar a 16 personas»[45]. De todos sus argumentos uno de los que lucen más contundentes correría así: «De haber habido 'paredón' contra los facciosos, era presumible que las primeras víctimas hubieran sido los propios cabecillas [militares]. [Ninguno de ellos hizo] resistencia [y todos] salieron ilesos»[46].

44 Entrevista con Carlos Canache Mata. En Blanco Muñoz, 1981(a): 394-395.
45 Carlos Canache Mata, «La polémica sobre el Barcelonazo». *La República*, 02/09/63. ASGS.
46 Ibídem.

Por último, a juicio de Canache Mata, «se trató de formar un escándalo alrededor de un hipotético fusilamiento para que la gente se olvidara de lo primero, de lo que realmente ocurrió: la intentona golpista contra un gobierno democrático»[47]. Por su parte, la revista *SIC*, en un número publicado en fecha cercana a los acontecimientos, será de la misma opinión, señalando que, frente al hecho «inconstitucional», lo de la «masacre» había sido un ardid urdido entre el senador pecevista Pompeyo Márquez y un líder regional de URD. «La consigna [de la masacre] es hábil», terminaba agregando el órgano de la comunidad jesuita[48].

Tratándose de la palabra de Morillo frente a la de Canache Mata, resulta difícil saber exactamente quién de los dos está en lo cierto, en la medida en que ambos fueron testigos de excepción de una refriega particularmente confusa. Lo que en todo caso debe reconocérsele a Morillo fue la forma como insistió en desmentir que Canache Mata hubiese llegado a tener algún grado de responsabilidad en haber enervado a la tropa para que esta abriese fuego, versión que comenzó a circular con fuerza entre los corrillos de la izquierda. Ello, a juicio de Morillo, por la sencilla razón de que Canache Mata era civil y «militarmente [...] no tenía posibilidad de nada, simplemente porque los soldados sólo obedecen a sus superiores, que son oficiales»[49]. Agustín Blanco Muñoz, quien tuvo la oportunidad de arrancarles a ambos sus respectivos testimonios, duda al menos de lo comprensible que pudiese resultar que un bando, en este caso, el de los civiles armados, resolviera permanecer a la intemperie para atacar al otro bando que se hallaba totalmente resguardado[50]. Al mismo tiempo introduciría una inquietante pregunta: ¿acaso se les brindó la oportunidad de rendirse a quienes permanecían expuestos? Por ello, sin necesidad de darse a sí mismo otra respuesta, concluiría diciendo: «No hay elementos que nos autoricen a sostener

47 Entrevista con Carlos Canache Mata. En Blanco Muñoz, 1981(a): 400.
48 «Vida nacional», junio-julio de 1961. *Revista SIC*. gumilla.org/biblioteca/.../SIC1961237_333-338.pdf
49 Entrevista con Tesalio Morillo. En Blanco Muñoz, 1981(a): 323.
50 Blanco Muñoz, 1992(b): 45.

que hubo una orden de fusilamiento. Pero consideramos que, en la práctica, éste se produjo»[51].

LA IZQUIERDA ANTE BARCELONA

Según el testimonio del capitán Morillo, la negativa del PCV y del MIR a respaldar la asonada estuvo presente desde el primer momento. Tanto así que, según su propia confesión, se intentó cooptar en vano al capitán Víctor Hugo Morales, quien se hallaba a cargo de la Infantería de Marina de La Guaira y quien, justo un año más tarde, sería uno de los principales protagonistas del Porteñazo. De acuerdo con lo sostenido por otro de los insurrectos, parte de la Infantería de Marina había estado comprometida, pero se desentendió de la acción ante el convencimiento de que se trataba de un movimiento de inspiración derechista[52]. Aún más, este mismo oficial asegura que fue Morales quien más lo vejó al caer prisionero luego de que intentaran incorporar a los destacamentos acantonados en el departamento Vargas a la asonada que debía principiar en Barcelona. Y así lo confiesa: «Me detuvieron y caí en manos del capitán Víctor Hugo Morales quien me vejó, me dijo de todo, me metió en un calabozo sucio y asqueroso sin respetar mi condición de oficial»[53].

Por otra parte, Morillo deplorará con amargura que cuando los parlamentarios de izquierda defendían las acciones de Carúpano y Puerto Cabello en el Congreso Nacional no se aludiera jamás a los sucesos de Barcelona[54]. Pero nada de eso, a juicio del gobierno, eximía al «miri-comunismo» de exhibir cierta aquiescencia, cuando no de haber asumido una posición ambigua, frente al brote conspirativo que tuvo lugar en el cuartel Freites. Esta sería al menos la opinión de algunos

51 Ibíd., 46.
52 Ibíd., 39.
53 Entrevista con Elonis López Curra. En Blanco Muñoz, 1981(a): 339.
54 Entrevista con Tesalio Morillo. En ibíd., 312.

columnistas que insistirán en que la toma de aquel cuartel, y la balacera que se produjo, habría podido servirle de pretexto a la izquierda para derivar de las acciones de Barcelona el necesario «contragolpe» frente al «golpe reaccionario».

Muy similar será el parecer del diario *El Tiempo* de Bogotá al editorializar sobre el abortado golpe:

> Nunca fue más verdadero aquello de que los extremos se tocan. [...] Aparentemente, a juzgar por cuanto ha sucedido en Venezuela, hay una especie de pacto tácito entre los dos extremismos. El de izquierda sabe que puede precipitar con sus desmanes el de derecha. Pero abriga la secreta esperanza, si no andamos mal informados, de tomar el poder después de un lapso a través del cual el descontento radicalice a la opinión pública de Venezuela. [...] No de otra manera se explicaría la actitud sincronizada de este extremismo y la emulación en perturbar el sano ejercicio de las instituciones democráticas[55].

Un elemento, entre otros, que daría pie a tales sospechas fue el hecho de que Américo Martín, por el MIR, y Alfredo Maneiro, por el PCV, ambos con cargos directivos dentro de la Federación de Centros Universitarios de la UCV, se negaran a respaldar un comunicado del Consejo Universitario mediante el cual se repudiaba el golpe y se daba un voto de confianza al gobierno constitucional. Por ello, Héctor Turuhpial, desde las páginas de *La Esfera*, comentaría lo siguiente:

> No firmaron el Comunicado. ¿Por qué? Conocemos su planteamiento. No están de acuerdo con la insurgencia reaccionaria. Ellos no son reaccionarios. ¿Pero están en contra [del Comunicado]? Es una posición rara. Dicen no estar de acuerdo con un golpe militar contra este gobierno. Pero no apoyaron medidas contra el golpe reaccionario [...] Los extremos se tocan. Tienen un mismo objetivo: derrocar al gobierno[56].

55 «Otra amenaza superada». Editorial de *El Tiempo*. *El Nacional*, 29/06/61: 4.
56 Héctor Turuhpial, «Política universitaria». *La Esfera*, 03/07/61: 12.

Sin embargo, a la hora de consignar su «voto salvado» esto fue lo que argumentaron los dos dirigentes estudiantiles:

> [T]eníamos que salvar nuestro voto por la redacción del Acuerdo, que pone incondicionalmente a las órdenes del Gobierno a la Universidad como institución. [...] [N]osotros no podemos actuar en esa forma con un gobierno que no se ha caracterizado precisamente por una actitud positiva hacia el movimiento estudiantil[57].

Américo Martín, como presidente de la FCU, y Alfredo Maneiro, como secretario general, le imprimirían mayor formalidad a su postura a través de un comunicado propio en el cual precisaban lo siguiente:

> Suscribimos la condenación del cuartelazo golpista que [...] se intentó la madrugada del 26 de junio [...] pero, en nombre de la lucha [anti]golpista, nadie nos puede pedir que avalemos ni apoyemos la política del actual gobierno [...] [D]eclaramos que podíamos suscribir todo el Acuerdo del Consejo, siempre y cuando [...] la condena del intento golpista no [hiciera] afirmaciones sobre el carácter democrático de este Gobierno porque no creemos que exista tal carácter[58].

El razonamiento de ambos dirigentes terminaba obrando dentro de una línea muy delgada: si el suceso de Barcelona equivalía a un caso de golpismo reaccionario, ¿qué significaba entonces el gobierno de Betancourt para no salir en su defensa? Según Martín y Maneiro se trataba, lisa y llanamente, de un régimen «no democrático». Esta curiosa explicación la pescaría en el aire el diputado por AD Gonzalo Barrios, a cuyo juicio tal posición colocaba a la izquierda en un doble estado de beligerancia: «contra los golpistas y contra el gobierno constitucional, simultáneamente»[59]. Barrios concluiría sentenciando desde las páginas de *El Nacional* que «lo malo no es el golpe sino quien lo quiere dar»[60]. No obstante, antes de rematar sus observaciones sobre el comunicado suscrito por la FCU, el diputado adeco alertaba que la «confusa estrategia» del sector «revolucionario» era solo aparente; a su juicio, la izquierda no construía su oposición en las nubes sino que manejaba hábilmente, y en términos concretos, sus desplantes hacia el régimen negándole sistemáticamente todo viso de legitimidad con el fin de llevar adelante sus propios planes golpistas[61].

57 *El Nacional*, 27/06/61: 22.

58 «Voto salvado en el Consejo Universitario». Américo Martín y Alfredo Maneiro. Caracas, 27 de junio de 1961. *El Nacional*, 28/06/61: 27.

¿EL FIN DE LAS REVUELTAS?

Otro tema que daría de qué hablar a través de la prensa era la actitud con que los promotores del Barcelonazo se proponían interpretar los alcances de la política económica impulsada por Betancourt. Ello se hacía evidente sobre todo a la vista de los comunicados difundidos durante las breves horas del golpe antes de que la emisora Radio Barcelona fuera silenciada, y los cuales calzaban, entre otros, la firma del capitán Tesalio Murillo. Esto es, por ejemplo, lo que se afirmaba en el segundo comunicado radiado en la mañana del 26 de junio por Radio Barcelona en relación con la política impositiva que el gobierno intentaba aplicar:

> El país ha sido testigo de la ineficacia en los planes del gobierno de partidos; la burocracia partidista consume la totalidad del presupuesto y la crisis fiscal que se presenta periódicamente sólo son confrontadas [*sic*] por el gobierno creando nuevas cargas de impuestos sobre los hombros de los ciudadanos que ya no resisten más. Deseamos un país sin impuestos, donde el hombre

59 Gonzalo Barrios, «La lección de Barcelona». *El Nacional*, 01/07/61: 4.

60 Ibídem.

61 Ibídem.

> pueda disfrutar razonablemente del esfuerzo que realiza y no se vea obligado el fruto de su trabajo [a] mantener vagos con carnets blancos o de otros colores [*sic*][62].

Una vez más, como en el caso de la revuelta de Castro León un año antes, se le atribuía a la gestión de Betancourt un rosario de males económicos, como si el régimen democrático hubiese sido capaz de poner la casa en orden durante los tres años y pocos meses que separaban los sucesos del Barcelonazo del 23 de enero del 58. En tal sentido, si quedasen dudas acerca de cómo el régimen de Betancourt fue objeto de los efectos de la política económica de la dictadura, bastaría con examinar estas cifras citadas por Andrés Stambouli: las reservas internacionales netas de 1 500 millones de dólares, existentes en 1957, habían descendido al orden de los 405 millones en 1960; las reservas del Tesoro, calculadas en 1957 en 2 400 millones de bolívares, habían descendido a la alarmante suma de 244 millones en 1960. Y, por si fuera poco, la rata de crecimiento anual del PTB, la cual descendió a 4 % entre 1957 y 1959, cayó a su vez al 0,2 % de 1960 a 1961[63].

Por ello, Héctor Stredel, militante de AD, les saldrá al paso a las elucubraciones del capitán Morillo y sus conmilitones afirmando lo siguiente: «No es argumento en contra el de las dificultades económicas que actualmente padece el país. El propio presidente Betancourt, a su hora de candidato, conocía de esas dificultades y de ellas habló en todo el territorio nacional durante su campaña, sin dorarlas con contornos amables»[64]. Por su parte, para Braulio Jatar Dotti se trataba de un círculo vicioso: más allá de que Venezuela se viera experimentando un ciclo recesivo o la falta de rendimientos previstos por las nuevas industrias, su razonamiento apuntaba en esta dirección: «[M]ientras estén a la orden del día las asonadas cuartelarias o las insurgencias espurias, difícil será restablecer el clima de confianza que permita, por la vía de un incremento de las inversiones, la recuperación económica nacional»[65]. *El Tiempo* de Bogotá también dirá algo sobre la impaciencia o, en otras palabras, acerca de la tendencia a atribuirle exclusivamente a Rómulo Betancourt los «frutos de la desgracia». Lo hará citando como ejemplo el caso del también recientemente depuesto gobierno de Gustavo Rojas Pinilla:

> A las autoridades democráticas [de Venezuela] había de tocarles el deber de hacer cuentas y de descubrir la auténtica realidad de la economía venezolana. Entre nosotros sucedió lo mismo. Si el dictador hubiese continuado lo habría sorprendido, en medio de sus pompas de jabón, la ruina que silenciosamente había ido labrando[66].

A la hora de tratar de equilibrar el clima de las opiniones, otro diario extranjero –en este caso *The New York Times*– le dedicaría unas líneas a la revuelta de Barcelona, tratando de enfocarse a medio camino entre la política y la economía, y sin eximirse al mismo tiempo de un tono crítico hacia las compañías petroleras estadounidenses:

> Si por un lado hay que dejar de darle importancia a la gravedad de los sublevamientos que se producen de vez en cuando contra el gobierno venezolano, tampoco debe caerse en el error más grande de exagerar su alcance. [...] [Sin embargo] no deben tomarse a la ligera rebeliones tan estúpidas [como la de Barcelona], pues el dictador Pérez Jiménez dejó una economía en bancarrota y la industria petrolera norteamericana, esencial para la economía venezolana, no ayuda al régimen de Betancourt[67].

62 Citado por Blanco Muñoz, 1992(b): 39.
63 Stambouli, 1999: 248.
64 Héctor Stredel, «Otra vez el golpismo». *El Nacional*, 28/06/61: 4.
65 Braulio Jatar Dotti, «El golpismo contra la recuperación económica». *El Nacional*, 29/06/61: 4.
66 «Otra amenaza superada». Editorial de *El Tiempo*. *El Nacional*, 29/06/61: 4.
67 «Enjuicia *The New York Times* la rebelión de Barcelona». *El Nacional*, 28/06/61: 5.

Aludido repetidas veces como terminaría viéndose nuevamente Pérez Jiménez a propósito del brote conspirativo de Barcelona, Rafael Gallegos Ortiz, también desde *El Nacional*, observará el problema con mucha mayor profundidad. A su parecer, en la medida en que se hicieran insalvables las discordias entre los sectores democráticos, como lo atestiguaban los eventos más recientes de la política nacional, y a la vista de los yerros sobre los cuales se especulaba con facilidad en la calle, las fuerzas adversas al régimen constitucional se sentían estimuladas a reanudar sus acometidas –y tales son sus palabras– «bajo el disfraz de un fascinante super-patriotismo [*sic*]». Y lo peor, a juicio del propio Gallegos, era que el mal recuerdo de Pérez Jiménez tendía a borrarse peligrosamente de la memoria de los venezolanos. El autor concluía refiriéndose a lo que consideraba la «eficacia de la nueva técnica perezjimenista» de explotar para su provecho «el mercado del anti-comunismo [*sic*]». De allí que el articulista se preguntara: «¿No acaba de declarar el abogado de Pérez Jiménez que los comunistas de Venezuela tienen el firme propósito de apoderarse del ex Dictador para trasladarlo a su país y llevarlo ante los tribunales?»[68].

En un primer momento, la acción ocurrida en Barcelona pudo haber sido interpretada por el alto gobierno como una amenaza por el hecho de que, como lo sostiene el politólogo Hernán Castillo, el alzamiento había sido comandado por oficiales de mediana jerarquía quienes no solo constituyen la mayoría dentro de las Fuerzas Armadas sino que suelen tener una relación directa con la tropa[69]. Pero, al mismo tiempo, según el propio Castillo, no puede perderse de vista que, a diferencia de lo ocurrido más tarde en Carúpano y Puerto Cabello, el alzamiento de Barcelona fue derrotado principalmente mediante el empleo de recursos políticos y militares propios de la región. Además de ello, la ausencia de toda discusión pública en torno a este alzamiento, más allá de las acusaciones cruzadas entre AD y URD, minimizó la

68 Rafael Gallegos Ortiz, «El odio como sistema político». *El Nacional*, 30/06/61: 4.

69 Castillo, 1998: 265.

gravedad de los sucesos en un momento crítico, políticamente hablando, en que el gobierno debía ampliar su cuadro de defensa[70]. Según el autor, buena prueba de ello fue que el mismo Congreso Nacional, tan activo como se había mostrado (y se mostraría) ante otras asonadas, contribuyó a relativizar las incidencias del Barcelonazo, puesto que prácticamente no se registró ningún debate de importancia en torno al hecho en ninguna de las dos cámaras legislativas[71].

Tal como lo observara Juan Bautista Fuenmayor, para la fecha en que habría de ocurrir el fallido alzamiento de Barcelona había logrado regresar subrepticiamente al país un buen número de exoficiales que habían participado en intentonas anteriores, bien que estas no pasaran del simple amago o quedasen reducidas a la mera sospecha. Sin embargo, nada de ello había sido óbice para que el gobierno dejara de practicar cierto número de allanamientos, efectuara el decomiso de armas y realizara una serie de detenciones, medidas que, al fin y al cabo, no fueron suficientes para detener la hemorragia golpista[72]. Tal era la opinión de Fuenmayor, quien siempre dudó de la sinceridad de los esfuerzos de Betancourt por emplearse a fondo a la hora de extirpar los brotes levantiscos que llevaran la firma del perezjimenismo. Pero, al mismo tiempo, resultaría injusto suponer que lo dicho por el comandante general del Ejército, Pedro José Quevedo, días más tarde a la prensa, fuera una simple excusa ante la sorpresa y la total inacción inicial por parte del gobierno frente a los sucesos ocurridos en el estado Anzoátegui. Lo cierto del caso es que el alto oficial declararía que hasta último momento se había ignorado por dónde se originaría el golpe acerca del cual ya se tenían algunas sospechas; pero que, una vez conocido, la misma madrugada del 26 de junio, que el epicentro de la acción era el cuartel Freites de Barcelona, simplemente se dejó que sus promotores actuaran «para

70 Ibídem.

71 Ibídem.

72 Fuenmayor, 1987, XIII: 235. El propio Ministerio de Relaciones Interiores había anunciado, semanas antes, el ingreso clandestino al país de oficiales retirados como los mismos Oscar Tamayo Suárez, Martín Parada y Vivas Ramírez. *El Mundo*, 06/11/67. ASGS.

que, de una vez por todas, se definieran en Venezuela, los enemigos de las instituciones»[73]. Por cierto que esta tesis habría de coincidir con la que alguna vez expresara Canache Mata al referirse a lo que, a su juicio, había sido la única forma que tuvo Betancourt de actuar ante los difíciles predicamentos que se le plantearon en ese terreno. Para ello, el veterano dirigente adeco se permitiría traer a colación lo que en una oportunidad le confiara el propio presidente:

> Se me pedía [me decía Betancourt], por parte de los comunistas y por parte de sectores del propio partido [AD], que yo procediera a hacer una limpieza masiva y rápida en los altos niveles de oficiales de las Fuerzas Armadas Nacionales, para así poder estabilizar la democracia. Yo no seguí ese consejo porque ese era un mal consejo. No podía proceder a hacer esas destituciones masivas, esos cambios en los comandos, porque entonces el cambiado iba a ser yo.
> Rómulo Betancourt tenía que aprovechar, como lo hizo, con una inteligencia y con una habilidad insuperables en el arte de manejar realidades políticas y militares, las insurgencias, las tentativas golpistas que se iban produciendo en los primeros meses de su gobierno, y a lo largo de todo su período, para ir limpiando a las FAN de los oficiales enemigos del régimen democrático[74].

Complementando en cierto modo lo dicho por el dirigente adeco, Agustín Blanco Muñoz agrega por su parte el siguiente parecer:

> [N]o podía ser otro el plan de combate al golpismo que pusiera en práctica el presidente Betancourt: desde el inicio de su mandato estuvo claro que el cuadro militar le era adverso y que debía enfrentar el golpismo de manera prudente, sistemática y profunda. De entrada estaban negadas las actuaciones que pudieran producir conflictos en el seno de las Fuerzas Armadas. Hacer preso en frío, por ejemplo, a un grupo de oficiales con la acusación de conspiradores (máxime si éstos contaban con apoyo político y ascendencia entre los miembros de la institución) podía resultar inconveniente[75].

73 *La Esfera*, 01/07/61: 1.

74 Entrevista con Carlos Canache Mata. En Blanco Muñoz, 1981(a): 371.

En todo caso, si tal había sido la política, es decir, la de negarse a llevar a cabo una depuración preventiva, la apuesta para Betancourt resultaba extremadamente arriesgada y difícil. Así lo demostraría el hecho de que las intentonas continuaran repitiéndose, partiendo de suponer que las depuraciones tampoco habrían funcionado necesariamente como una garantía segura ante lo imprevisto. Comoquiera que fuese, luego del Barcelonazo, la prensa citaría las declaraciones del director general del Ministerio de Relaciones Interiores y pronto a convertirse en titular de ese despacho, Carlos Andrés Pérez, según las cuales «[a]quí se acabaron los golpes», al referirse así a las insurrecciones que habían ocurrido hasta entonces en el país, desde San Cristóbal, en abril del 60, hasta la más reciente de Barcelona. Para CAP, simplemente se cerraba un ciclo. Todo pareciera indicar que sus palabras destilaban una excesiva confianza en el porvenir.

Por el contrario, para Héctor Mujica, quien aún temía que adviniese algún otro coletazo del sector irredento de las Fuerzas Armadas, resultaba difícil determinar si todo había concluido en Barcelona, como lo sostenía el gobierno. Se preguntaba, pues, si todo había llegado a su fin con esta aventura en tono menor o si, más bien, se trataba apenas de un episodio más de una serie por entregas. A su juicio, para ponerlo en términos muy gráficos, a la democracia le había ocurrido una vez más lo que solía suceder en las sagas del oeste americano: a último momento alguien evitó que el tren despanzurrara a la criatura atada a los rieles del tren en marcha. Según lo entendía aquel periodista y narrador de fuste ligado al PCV, mientras Betancourt continuase respondiendo a las amenazas a través de

75 Blanco Muñoz, 1996: 23.

«comunicados anodinos» las tentaciones bonapartistas de la derecha seguirían retoñando con fuerza[76].

Si bien la realidad habría de desmentir tales temores por el lado de la derecha, Mujica no previó, o no quiso ver, que tales tentaciones sí habrían de retoñar. Solo que esta vez lo harían plegadas a la línea insurreccional de la izquierda, a ese fenómeno que, según un columnista afín al gobierno, ya tendría nombre propio: los «bolcheviques militareros»[77].

76 Héctor Mujica, «La conjura». *El Nacional*, 06/07/61: 4.

77 Guillermo Feo Calcaño, «La conspiración en marcha». *La República*, 04/10/62. ASGS.

EL ACIAGO 62

El enfrentamiento estaba planteado y ninguna de las fuerzas parecía dispuesta a renunciar o demorar una contienda que estaba destinada a producir un ganador. Era la violencia «constitucional y libérrima» contra la violencia propugnada e impulsada por el «extremismo». La lucha pronto llenó el panorama nacional que tendió a hacerse cada vez más complejo y difícil. El año 62 registra una gran cantidad de hechos violentos y la movilización y tensión habida en ese momento no tendrá la misma intensidad en los restantes años del enfrentamiento.

AGUSTÍN BLANCO MUÑOZ[1]

El año 1962 mostraba [...] un contexto donde cualquier aventura podía esperar el triunfo.

MANUEL CABALLERO[2]

Por supuesto, pongo 1962, porque en ese año es la derrota.

POMPEYO MÁRQUEZ[3]

La derrota izquierdista permite a Betancourt enseñorearse en el poder [...]
Es por eso que los acontecimientos de 1962 revisten un carácter muy importante y hasta decisivo en el acontecer venezolano.

JUAN BAUTISTA FUENMAYOR[4].

ANNUS HORRIBILIS

Para aquellos que creían en presagios, el 4 de febrero de 1962 anunciaba que la tierra entraría en una nueva era. Tanto así, que no bastaba con que ese día tuviera lugar un eclipse total del sol sino que se produjera la conjunción simultánea de cinco planetas. En todo caso, se trataba de un encuentro astral nada común: Marte, Venus, Mercurio, Júpiter y Saturno se saludarían luego de ocho siglos de vagabundear

1 Blanco Muñoz, 1992(b): 116.

2 Caballero, 2008: 317.

3 Entrevista con Pompeyo Márquez. En Blanco Muñoz, 1980: 86.

4 Fuenmayor, 1980, XIV: 11.

en torno al sol sin acercarse los unos a los otros. Si para la comunidad científica de los Estados Unidos, Europa y el resto del mundo el eclipse solar y la conjunción de los planetas de febrero del 62 equivalía al acontecimiento astronómico del siglo, para los devotos de la astrología el fenómeno vaticinaba en cambio una ola de catástrofes. Mientras los astrólogos llenaban páginas de la prensa anunciando un cataclismo cósmico o una lluvia de meteoros radioactivos que sería provocada por el acercamiento de los planetas, los redactores de horóscopos, sin llegar a tales extremos, se hacían cargo de vaticinar que Nikita Kruschev, Fidel Castro y el congoleño Moisé Tshombe quedarían borrados del mapa político; otros colegas, entretanto, harían una lista de países a los que supuestamente les iría bien o mal según bajo qué signo del zodíaco se hallaran durante los meses venideros. En suma, la conjunción planetaria provocaría el nacimiento de una nueva era, cuando no el fin de la humanidad. Se trataba del aciago 62[5].

Probablemente, como todo el mundo, Rómulo Betancourt pudo respirar tranquilo cuando los astrólogos fallaron en su predicción de que el globo terráqueo iba a desaparecer el 4 de febrero de 1962 a causa de aquella conjunción de planetas. El presidente al menos se tomó el cuidado de referirse a aquel fracaso adivinatorio durante un mitin celebrado el día 13 en la plaza O'Leary de El Silencio, al cumplirse el tercer aniversario de su gobierno y, de paso, fustigar a quienes, en el corro de la política local, andaban también en plan de profetas: «Fracasaron en sus predicciones catastróficas los astrólogos [...] y así fracasaron también los 'mabitólogos' criollos cuando dijeron que por ser hoy martes, y 13, esta reunión de El Silencio tendría un melancólico aspecto de velorio»[6]. A pesar del derroche de confianza que exhibía el presidente, no existía nada dentro del arte de la predicción que pudiera vaticinar que aquel año 62 devendría, en muchos sentidos, en el *annus horribilis* del régimen betancourista.

5 Luis Buitrago Segura. «Llega el fin del mundo». *Venezuela Gráfica*. n.º 538, 26/01/62: 10.

6 Betancourt, 2007, VII: 307.

Para Betancourt, aquel 13 de febrero significaría una apuesta importante a la hora de poner a prueba el respaldo con que contaba su gobierno frente al clima de escepticismo en el cual se había sumido el país, pero también ante el creciente optimismo que se había apoderado de la izquierda. No en vano, un semanario que se hacía eco de tal clima observaba lo siguiente: «El Gobierno parece haber perdido definitivamente la batalla de la opinión pública, en tanto que la oposición se ha robustecido con un nuevo y poderoso sector militante», en franca alusión al desprendimiento recientemente sufrido por AD y la nueva correlación de fuerzas que ello pudiera plantear a nivel del Congreso[7].

Lo cierto es que los partidos de la coalición gubernamental, la CTV y la Federación Campesina lo acompañaron justamente durante esa concentración de El Silencio en ocasión de conmemorarse sus tres años de gobierno pero, también, como muestra de respaldo colectivo al régimen constitucional. Al parecer, para tranquilidad de Betancourt, la concurrencia no defraudó sus expectativas: a los pocos días, el semanario *AD* calculó la concentración en más de doscientas mil personas[8]. En todo caso, no era la primera vez que El Silencio le servía de escenario para una rendición de cuentas; de hecho, año tras año, cada 13 de febrero, aquella especie de ágora de concreto se había convertido en un espacio ritual de encuentro con la sociedad, los partidos políticos y las organizaciones gremiales desde que Betancourt asumiera la Presidencia, por segunda vez, en 1959. En cierto sentido, la práctica remedaba los fervorosos mítines de la época del trienio 45-48, tan denostados por muchos de sus adversarios de entonces, como Germán Borregales, quien había llegado a sostener que, a falta de una obra material propia, a Betancourt y los suyos no les había quedado más remedio que exaltar y glorificar *su* Revolución de Octubre desde los mismos balcones de El Silencio que fueron construidos por Isaías Medina Angarita[9].

7 *Élite*, n.º 1.900, 24/02/62: 7.

8 Henríquez Vera, 1989, II: 206-207; *AD*, n.º 192, 17/02/62: 3.

9 Germán Borregales, «Carnaval Político», El Gráfico, 15/10/48, PVSXX, 1989: 170.

Si bien hasta ese momento la confrontación callejera había sido una característica de los tiempos que habían signado su trienio constitucional entre 1959 y 1962, hubo quienes pensaron que la concentración de ese 13 de febrero podía deparar la sorpresa de un incómodo vacío para el gobierno. Y no era para menos: el país acababa de atestiguar una de las más graves huelgas a nivel nacional de las que tuviera memoria, como lo fue la del transporte, una de cuyas secuelas más visibles fue que Caracas terminó convirtiéndose en escenario de jornadas particularmente violentas apenas dos semanas antes de que tuviese lugar la nueva concentración del 13 de febrero. Había pues, lógica y naturalmente, razones de sobra para suponer que la población capitalina optaría por replegarse y evitar todo roce con la calle. Sin embargo, tal como lo había hecho dentro del trayecto democrático recorrido desde 1959, Betancourt concurrió esa noche con la carga simbólica de lo que significaba haber cumplido un año más de ejercicio constitucional.

Luego de cuarenta minutos al frente del micrófono durante los cuales hizo una radiografía de la situación política venezolana, Betancourt dijo mucho. Probablemente más de lo que se esperaba que dijera e, incluso, cosas que tal vez se arrepintió más tarde de haber dicho. Fue en todo caso la arenga pública más encendida de toda su presidencia o, al menos, la más similar a sus tiempos de fogoso y agresivo líder de la Junta Revolucionaria de Gobierno. Era, en pocas palabras, un discurso de guerra.

Así como desmerecería de aquellos analistas de la política local que, a su juicio, habían estado llamados a convertirse en profetas de sus propias equivocaciones, Betancourt subrayó el empeño de continuar mostrando una mano «firme y decidida» ante los brotes insurreccionales que habían continuado recurriendo desde 1960. Para que nadie predicara inútilmente sobre quién estaba al mando de la nave, su advertencia en esa ocasión no pudo ser más clara: «[Q]uien se introduzca en un cuartel en Venezuela no será recibido con serpentinas y confetis, sino con plomo»[10]. Fue una frase contundente

10 Betancourt, 2007, VII: 307.

que se vio acompañada de otra que, en manos de la izquierda, terminaría por convertirse en la *némesis* de Betancourt durante el resto de su presidencia: aquella según la cual el gobierno estaba dispuesto a «disparar primero y averiguar después». Frase que, según se ha hecho cargo de aclararlo el historiador Manuel Caballero, Betancourt sí pronunció en el mitin de El Silencio pero que luego hizo todo lo posible por negar[11]. Lo cierto es que si se revisa la versión taquigráfica del discurso preparada por el gobierno, y que el propio Betancourt se preció de guardar entre los papeles más importantes de su quinquenio, la frase en cuestión se halla totalmente ausente. Es probable que la misma haya sido podada del discurso del 13 de febrero y así lo asume Caballero; pero, más allá de esa circunstancia y sin la intención de excusarla, el propio Caballero procura encuadrarla dentro de su contexto correcto:

> Se impone aquí un análisis más detallado de esa frase, acaso la más citada contra Betancourt, para hacerlo aparecer como un «bebedor de sangre» o algo por el estilo. Él mismo se dio cuenta del error cometido al pronunciarla, no sólo suprimiéndola de la versión escrita del discurso, sino negándola mucho tiempo después. La frase no sólo fue pronunciada, sino que en las circunstancias en que lo hizo, ella pierde mucho de su ferocidad[12].

¿A qué circunstancias aludía el historiador? Obviamente al hecho de que, a fines de enero de ese mismo año 62, había tenido lugar uno de los conatos más oscuros dentro de la seguidilla insurreccional. Conocido como el Guairazo, dos o tres centenares de miembros de la Juventud Comunista –la mayoría de ellos, liceístas aún– se presentaron en los alrededores del cuartel de la Infantería de Marina de La Guaira, donde les habían anunciado un alzamiento, para reclamar armas y

11 Caballero, 2008: 307-308.

12 Ibíd., 308.

avanzar sobre Caracas[13]. De allí que Caballero prosiga diciendo: «En primer lugar, [la frase] fue dicha después de que el hecho [del Guairazo] se había producido, y los muchachos no habían sido recibidos con plomo, ni se les había disparado antes de averiguar quiénes eran. Era sobre todo una advertencia para que, habiendo salido tan bien librados una primera vez, no se les ocurriese repetir la hazaña»[14]. Con todo, conviene retener el balance que ofrece Caballero y las implicaciones que, a su parecer, tuvo aquella frase que Betancourt soltó a los cuatro vientos en medio de su acalorado discurso:

> Pero el hecho permanece: esa frase fue pronunciada y es imposible no considerarla como uno de sus más gruesos errores políticos. En primer lugar, en un país con las tradiciones represivas de Venezuela, ella podía ser tomada como un cheque en blanco para una policía a la cual eso no le hacía falta. Por otra parte, un hombre de la sagacidad de Betancourt no podía ignorar que eso era un regalo a sus peores enemigos, quienes lo recibieron como tal, aislando la frase de su contexto y empleándola con [sistemática] persistencia y éxito[15].

Así como Caballero matiza los efectos de la frase tomando en cuenta el contexto y las circunstancias en que fue pronunciada, Agustín Blanco Muñoz concentra su análisis en los antecedentes que esta traía:

> Esta expresión marca una mayor apertura represiva pero no es nada nuevo en las órdenes [...] presidenciales. Ya [en] noviembre de 1960 había dado «orden de disparar contra los saqueadores e incendiarios» [...]. Y en fecha anterior, el 21 de enero del mismo año, había expresado: «La orden es ésta: sobre quien sea ubicado por un cuerpo armado colocando una bomba o lanzándola, se aplicará la *ultima ratio* de una descarga»[16].

13 Ibíd., 307.
14 Ibíd., 308.
15 Ibídem.
16 Blanco Muñoz, 1992(b): 163.

Entre quienes no pasaron la frase por alto figura Juan Bautista Fuenmayor, para quien el aforismo betancuriano de «disparar primero y averiguar después» era el lema con que su gobierno había anunciado desde temprano sus preparativos contra la violencia armada[17]. Además, para el historiador, el mitin de El Silencio era contradictorio por naturaleza: frente al afán de conmemorar los tres primeros años de un gobierno «constitucional», Betancourt se había dedicado a ofrecer un inventario de acciones punitivas llevadas a cabo por el régimen, incluyendo sus imprecaciones contra algunos jueces que, según el leal saber y entender del presidente, aplicaban medidas tímidas ante la violencia y la rebelión[18]. Para Fuenmayor, se trataba de un discurso que respondía, sin más, a la política provocadora de Betancourt y a su afán histórico por seguir golpeando a las fuerzas de izquierda; para Betancourt, en cambio, se trataba de la raya que resultaba preciso trazar en el suelo para hacerles comprender a los partidarios de la violencia que no estaban en presencia, como lo dijo alguna vez y lo repetiría en otro discurso, de «una democracia laxa, blanda y bobalicona»[19].

Aventurándose a especular sobre el estado de ánimo del mandatario, Fuenmayor dejó asentado lo siguiente: «Por ello, es de considerarse si el presidente estaba sereno o se hallaba seriamente alterado»[20]. Razones para estar alterado –o a la defensiva– sobraban en todo caso.

17 A tal respecto, Fuenmayor, apunta lo siguiente: «Al retirar de la versión escrita y publicada la famosa consigna de DISPARAR PRIMERO Y AVERIGUAR DESPUÉS, se estaba reconociendo que semejante frase era una bárbara manera de resguardar el llamado orden público en forma tal que desprestigiaba al gobierno dentro del país y fuera de él. En realidad, semejante frase constituía una verdadera declaración de guerra a muerte». Fuenmayor, 1980, XIV: 57.
18 Ibíd., 47.
19 *El Nacional*, 19/05/62: 21. El 17 de mayo de ese mismo año 1962, Betancourt, al hacer un balance de la violencia reciente que había tenido lugar en Carúpano y frente a noticias que seguían hablando en paralelo de la actividad de grupos guerrilleros, dijo lo siguiente durante la instalación del III Congreso de Trabajadores Petroleros: «[É]sta no es una democracia laxa, blanda y bobalicona. Y si están creyendo los compañeros de Eloy Torres que van a continuar desafiando las leyes de la república, terminarán haciéndole compañía a Eloy Torres en el sitio donde éste se encuentra ahora». Por otra parte, hablando desde el exilio acerca de la experiencia del trienio, Betancourt le escribiría lo siguiente a Carlos Canache Mata, en 1956, utilizando la misma expresión: «Alguna vez me pronuncié desde el gobierno contra la 'democracia bobalicona'». Citado por Carrera, 2013: 419-420.
20 Fuenmayor, 1980, XIV: 47.

Sus destellos de irritación en público no solo obedecían a la reciente detención masiva de jóvenes del PCV apresados en La Guaira cuando esperaban que ocurriera el levantamiento del cuartel de los infantes de Marina y a quienes les dedicó un párrafo entero de su discurso; venía el presidente de sortear también, como se ha dicho, una huelga nacional de transporte que, si bien estalló para sorpresa de muchos sin motivos políticos[21], produjo un movimiento que abarcó las principales ciudades del país a tal punto que el propio Betancourt reconocería años más tarde que se trató del momento más difícil vivido durante toda su presidencia[22]. Para colmo, la segunda escisión que acababa de consumarse dentro de su propio partido, y que llevaría a que la tolda blanca se dividiera esta vez en AD-Gobierno y AD-Oposición, amenazaba con que el gobierno se viera ante la perspectiva de perder por primera vez el control de las cámaras legislativas al abrirse el nuevo período de sesiones en marzo de 1962.

A medida que la concentración de El Silencio cobraba calor la noche del 13 de febrero, Betancourt aseveró que el enemigo tenía una doble cara y, por tanto, que el gobierno se veía asediado por dos conspiraciones de corrientes ideológicas distintas: la primera, la que pretendía devolverle el poder a Pérez Jiménez por la vía cuartelaria, había tenido su último y quizá definitivo episodio en Barcelona, apenas meses antes, donde –de acuerdo con el presidente– «la mayoría de los invasores quedaron tendidos en el piso del cuartel». La otra conspiración –esta, en cambio, en ciernes– era la que le permitía asegurar que el PCV, el MIR y «una de esas fuerzas de oposición [que] me estuvo acompañando durante los dos primeros años de mi gobierno» (en clara alusión a URD) actuaban con el propósito de convertir a Venezuela en una sucursal de Cuba, sucursal esta a su vez, según Betancourt, «de los que ejercen el gobierno en Rusia y en la China comunista»[23].

21 Sanoja Hernández, 2007, II: 66.
22 Entrevista con Pompeyo Márquez. En Blanco Muñoz, 1980: 130, 205.; Sanoja Hernández, 2007, II: 72.
23 Betancourt, 2007, VII: 307.

Al enfatizar que su gobierno tenía «derecho a defenderse»[24], el presidente le subió aún más la temperatura a su discurso al referirse al frustrado asalto del cuartel de la Infantería de Marina que había tenido lugar en La Guaira apenas unas semanas antes, revelando que existían alrededor de mil militantes comunistas presos, y que ninguna presión obligaría al gobierno a rectificar o anular la orden de prisión acordada contra ellos en Consejo de Ministros «porque los estudiantes que están presos por haber ido a asaltar un cuartel, seguirán presos»[25].

Más adelante, sin darle tregua al tono, insinuó la posibilidad de que tanto el MIR como el PCV fuesen ilegalizados, algo que se desprendía de su afirmación según la cual el Gobierno se hallaba preparando un alegato para ser presentado por el procurador general en el que se historiaba la actividad reciente de ambas agrupaciones y que podría concluir en la posibilidad de que se les despojase del derecho de actuar legalmente porque si bien «la Constitución autoriza [...] la organización de ciudadanos en partidos democráticos que procedan 'con métodos democráticos' [...] no son métodos democráticos el asesinato a mansalva y por la espalda de miembros de las Fuerzas Armadas o de simples ciudadanos pacíficos»[26].

Robustecida la oposición a causa de la entonces reciente escisión de AD-Oposición, Betancourt afrontaba la posibilidad de que en la Cámara de Diputados, cuyo control daba por perdido el gobierno, prosperara una moción que tendría como fin que la Corte Suprema de Justicia exigiera su renuncia; pero también la posibilidad de que esa misma Cámara pretendiera, por vía de una oposición hostil, quebrar las curvas económicas del gobierno, vetando las entonces recientes solicitudes que el presidente había hecho ante el Congreso para la tramitación de nuevos créditos públicos. Frente a ambas cuestiones, Betancourt soltó sus palabras de esta forma:

24 Ibíd., 309.
25 Ibídem.
26 Ibíd., 308.

> Quiero aclarar aquí que no hay ninguna razón ni motivos para temer que se presente una gran crisis en el país si al reunirse el Congreso se produce un nuevo alineamiento de fuerzas dentro de la Cámara de Diputados, porque en la Cámara del Senado se conserva firme y sólida la mayoría coalicionista que respalda al Gobierno Constitucional.
> La Constitución de la República [...] establece en una forma taxativa y clara el sistema mediante el cual puede ser destituido un Presidente por el Congreso en pleno. Es necesario que previamente se instaure un proceso por ante la Corte Suprema de Justicia, y es necesario que ese Presidente haya dado motivos para que se le enjuicie. Como no hay una mayoría en el Congreso, ni la habrá subordinada a las consignas soviético-habaneras y como yo no he dado ni daré motivos para que se me considere indigno por el Congreso y por mis compatriotas, no hay, pues, ninguna posibilidad de que se me pudiera pedir la renuncia.
> Y en el imposible caso de que se formara un alineamiento *sui generis* dentro de la Cámara de Diputados, un alineamiento que no espero ni concibo, porque pienso que entre los elementos opositores al Gobierno hay bastantes que no están dispuestos a subordinarse a las consignas del Partido Comunista y del MIR... Pero en caso de que prosperara una moción en la Cámara de Diputados pidiéndome la renuncia, la actitud del gobierno será la de solicitar del Fiscal del Ministerio Público que analice la situación de esos diputados, quienes estarían así colocándose en actitud contraria a la Constitución[27].

Al mismo tiempo, sobre la posible actitud obstruccionista del nuevo Congreso, Betancourt tuvo estas palabras qué decir para desafiarlo ante el país:

> Préstamos para acelerar el desarrollo industrial del país a fin de que aumente la absorción de mano de obra y disminuya el índice de desocupación de Venezuela. Y también un préstamo que tendría que ir al conocimiento y aprobación del Congreso el próximo marzo. Y de una vez quiero adelantar que considero habrá suficiente patriotismo en el sector sano de los grupos parlamentarios de la oposición para apoyar este empréstito a largo plazo. [...]
> Voy a recorrer el país antes de que se reúna el Congreso, y voy a ir exponiendo en Oriente y en Occidente, y en el Llano y en el Centro, cuáles son los proyectos concretos que piensa presentar al Congreso Nacional el Poder Ejecutivo y que necesitan, de acuerdo con la Ley de Crédito Público, el apoyo de las mayorías parlamentarias. Y voy a pedirles a los pueblos que les hagan saber a sus representantes en el Congreso que obstaculizar la realización de esas medidas no es ponerle piedras en los rieles a este Gobierno, sino impedir la felicidad de millares y millares de venezolanos[28].

Tomándole el pulso a lo dicho por Betancourt, la revista *Élite* describiría el inminente duelo en estos términos, a la hora de glosar el discurso del 13 de febrero: «Todo [...] evidencia que las relaciones entre el Gobierno y el Congreso serán de una tirantez y de una agresividad hasta ahora jamás vista en la historia parlamentaria de Venezuela»[29]. Además, fue justamente durante este discurso que Betancourt, en respuesta a la entonces recientemente facturada consigna de ¡GOBIERNO NUEVO YA! y a las pintas callejeras promovidas por la izquierda de ¡ABAJO ESTE GOBIERNITO! y de R/R («¡RENUNCIA RÓMULO!»), dejó consagrada ante la concentración de aquella noche una de sus frases que corrió con más fortuna dentro del reportorio popular: «Yo soy un Presidente que ni renuncia ni lo renuncian»[30].

La reacción inmediata por parte del MIR, a través de Domingo Alberto Rangel, fue acusar al gobierno de haber dado un golpe de Estado en El Silencio, afirmando que, mediante ese discurso, Betancourt se había «alzado» contra la Constitución. Por su parte, como máximo dirigente de los divisionistas, Raúl Ramos Giménez sostendría que el

27 Ibíd., 309-310.

28 Ibíd., 311.

29 *Élite*, n.º 1.900, 24/02/62: 7.

30 Betancourt, 2007, VII: 310.

discurso de Betancourt tuvo «todas las características de provocación y ventajismo», en tanto que algunos de sus compañeros de tolda dirán que el presidente se había limitado, durante sus cuarenta minutos de arenga, a revelar los planes de «carácter represivo» que contemplaba el régimen[31]. Para restarle aún más efecto al acto de El Silencio, el grupo ARS (AD-Oposición) observaría lo siguiente a través de un comunicado difundido por su Dirección Nacional a los pocos días del mitin: «Los claros que se advirtieron en el mitin de El Silencio, la inferioridad numérica del acto en relación con otros anteriores y similares, revelan a las claras que no basta la transportación de miles de personas desde el interior del país para suplir artificiosamente el sentimiento de inconformidad que prevalece en el pueblo de Venezuela»[32].

Mientras algunos partidarios de Betancourt se harían cargo de responderle al vocero del MIR, otros se encargarían de confrontar las opiniones expresadas por la gente de «Puente República», forma con que, por antonomasia, se conocía a los militantes de AD-Oposición, cuya sede funcionaba en aquella populosa esquina de Caracas. Para empezar, frente al aserto de Domingo Alberto Rangel según el cual en El Silencio «se dio un golpe de Estado», el diputado por AD, Rigoberto Henríquez Vera, contestará diciendo que «lo que se dio [fue] más bien, propiamente, un certero guantazo en el alucinado meollo de los empresarios del golpe de Estado o de la asonada cuartelaria»[33]. Entretanto, el semanario del partido le respondería en estos términos a la gente de AD-Oposición acerca del discurso del 13 de febrero:

> El grupo de Puente República usa el mismo lenguaje de los extremistas. Sobre el acto de masas de «El Silencio» hace coro con los comunistas y miricos casi con sus mismas palabras. No está de acuerdo con la celebración de ese acto porque fue una demostración de «provocación y ventajismo»; no obstante, cuando todavía estaban en AD organizaron y realizaron un acto similar el año pasado. Las palabras despectivas dirigidas hacia la CTV; su afirmación de que «el Gobierno ha virado en sentido contrario al interés de las mayorías»...; catalogar de «fascistas» al Buró Sindical de AD, etc., etc., son demostraciones elocuentes del camino que ha abrazado ARS[34].

31 *Élite*, n.º 1.900, 24/02/62: 7.

32 *El Nacional*, 17/02/62: 3-1. En Fuenmayor, 1988, XIV: 50; Blanco Muñoz, 1992(b): 156.

33 *La República*, 16/02/62: 6.

Por su parte, Guillermo Feo Calcaño, columnista habitual en las páginas del diario *La República*, saldrá en defensa del discurso de Betancourt expresando lo siguiente:

> Justo en la pasada concentración de El Silencio, la oposición canibalista del bloque rojo parece haber comprendido que la paciencia de los sectores democráticos, con el Presidente Betancourt a la cabeza, estaba llegando a un límite. Las palabras del Presidente fueron esta vez más firmes. [...]
> [Para la izquierda] había llegado, pues, la hora [...] del «defenderse atacando» marxista-leninista. Y empezaron las frases hechas: «el Presidente amenazador»; «el Presidente militarizado»; «el oscuro Jefe Civil de aldea»; «la sombra de Monagas»; etc., etc., etc. Sin embargo, para ser un Presidente libremente elegido por el pueblo [...] Rómulo Betancourt apenas [sí] dijo en esa concentración lo que la más elemental ética política democrática y el más elemental instinto de conservación política demandaban [...]
> Porque decir que «quien se introduzca en un cuartel en Venezuela no será recibido con serpentinas y confeti», es apenas hacer resaltar con la evidencia de las palabras una resolución que en cualquier país del mundo, muy especialmente en el totalitarismo comunista, es cosa tácita y por demás sabida. Si en estos países un mandatario no necesita verbalizar tal advertencia es, seguramente, porque en ellos no andan tantos locos sueltos; o bien porque a esos mandatarios les convienen esas locuras para así poder justificar purgas a la luz del sol.
> Que el Presidente Betancourt haya dicho que si en la Cámara de Diputados se produce un amotinamiento para pedir al Congreso su renuncia, «la

34 *AD*, n.º 197, 24/03/62: 4.

> actitud del Gobierno sería la de pedir al Fiscal del Ministerio Público que analice la posición de esos diputados que estarían así colocándose en actitud contraria a la Constitución»; afirmar tal cosa no es amenazar a nadie; es sí, cuando mucho, una simple defensa profiláctica, expresada con argumentos legales [contra] quienes han hecho de la amenaza un arma constante y de la lealtad a los votos del pueblo, un fraude.
>
> Por último, que el Presidente haya dicho en El Silencio que «se está preparando un alegato para ser presentado por el Fiscal General [...], alegato demostrativo de que el Partido Comunista y el MIR están empeñados en una actividad conspirativa para derrocar al Gobierno Constitucional»; haber anunciado tal procedimiento jurídico [...] no es otra cosa que cumplir –tardíamente, por cierto– con el mandato constitucional que instruye sobre la vigilancia y defensa del sistema democrático[35].

Sin embargo, como se verá de seguidas, el mitin de El Silencio tuvo también cierto grado de repercusión internacional. Al menos así se desprende de la respuesta que el presidente venezolano le enviara a John F. Kennedy luego de que este elogiara su discurso del 13 de febrero. La respuesta en cuestión demuestra que Betancourt, al tiempo de plantarse ante el desafío insurgente, se hallaba en la necesidad de refrenar a parte del sector militar que aún creía advertir en su discurso ciertos pruritos legalistas a la hora de enfrentar a sus opositores en armas. Hablando a las claras en tal sentido, Betancourt le diría lo siguiente a su colega estadounidense:

> Estimé mucho sus palabras de solidaridad con motivo de mi discurso del 13 de febrero pasado. [...] A ambos grupos se les está golpeando en serio y a fondo, pero [...] no son expeditivos nuestros procedimientos, como no lo son tampoco en Estados Unidos y en los otros países donde rige el sistema representativo de gobierno. [...] Los impacientes querrían que pasáramos por encima de la ley escrita y aun de la ley no escrita [...] [p]ero no me desviaré de una línea de conducta que me trazan la Ley fundamental de Venezuela y mi propia conciencia[36].

35 Guillermo Feo Calcaño, «La palabra del Presidente». *La República*, 18/03/62: 6.

El dilema para Betancourt era en extremo complicado. Si algo tenía claro era que no pretendía que lo derrocasen como a Rómulo Gallegos en 1948; al mismo tiempo, la violencia callejera podía brindarles a los militares el estímulo necesario para que tal cosa ocurriera. Lo cierto es que si la izquierda acusaba públicamente al presidente por su intemperancia y mano dura, sus voceros tal vez nunca imaginaron lo que el propio Betancourt debió hacer para tascarles el freno a quienes reclamaban acciones mucho más contundentes contra los promotores de la insurrección.

ADIÓS AL ARS

Entre todos los factores que pudieron contribuir a que Betancourt se viera asediado por las tensiones durante los inicios de ese *annus horribilis* figura, en lugar muy relevante, la nueva división que sufriera el partido de gobierno desde la separación que dio origen al MIR el 9 de abril de 1960. Era la segunda vez en dos años que AD se dividía como partido eje de la coalición URD-COPEI-AD, habiendo perdido también en el camino el soporte de URD[37].

Esta vez, en enero del 62, se trató del desprendimiento del grupo ARS que, si bien no tuvo la pretensión de convertirse en un partido político autónomo como lo hizo el MIR, funcionaría a partir de febrero de ese año como grupo fraccional que intentaría reclamar a todo trance el nombre, la tarjeta y los símbolos de Acción Democrática. El

36 Rómulo Betancourt a John F. Kennedy. Miraflores, 9 de mayo de 1962. ARB, Tomo XXXIX (1962). Complemento «B». Doc. 17.

37 Blanco Muñoz, 1981(b): 11.

La salida de URD se dio exactamente en julio de 1960. De esta forma, según Ramón J. Velásquez, la coalición tripartita había durado exactamente dos años y dieciséis días. Velásquez, 1980: 69.

incordio planteado por el grupo ARS será tan persistente que la vieja AD se vio obligada a concurrir a las siguientes elecciones presidenciales de 1963 sin poder utilizar el color blanco entre sus símbolos electorales mientras se aclaraba la disputa entre ambos sectores[38]. Sus miembros acogieron para sí el eslogan de la empresa publicitaria fundada y dirigida por Carlos Eduardo Frías –«Permítanos pensar por usted»– como una forma acre de denunciar lo que, a juicio de sus principales dirigentes, era la actitud «monolítica» que venía asumiendo Betancourt dentro de AD y desde el poder[39]. De acuerdo con otra versión, fue el propio Betancourt quien, en tono de ironía, les endilgó a los disidentes el ya por entonces famoso lema de la agencia publicitaria debido a su pretenciosa y arrogante «inteligencia»[40].

Dicho en otras palabras, ARS terminaría separándose del sector que respaldaba a Betancourt, formando tienda aparte y haciéndose llamar

38 Caballero, 2008: 325. De acuerdo con Juan Bautista Fuenmayor, «Los dos partidos que surgieron [...] iniciaron una controversia legal disputándose la representación y el uso del nombre tradicional del partido, así como de los símbolos y del color electoral, hasta que el 11 de marzo de 1963, el Consejo Supremo Electoral dio una solución al problema, calificada de salomónica, asignándoles los nombres de AD-OPOSICIÓN, al grupo de Ramos Giménez; y de AD-GOBIERNO al que encabezaba el doctor Raúl Leoni. Se prohibió la utilización del color blanco para las elecciones, aceptándoseles, más tarde, el negro para AD-Gobierno, y el plata, para AD-OPOSICIÓN. De la misma manera, se les prohibía el uso de los símbolos del antiguo partido Acción Democrática, hasta tanto se resolviera el problema legal de fondo, esto es, cuál de las dos fracciones tendría la representación de Acción Democrática». Fuenmayor, 1988, XIV: 42.

Coincidiendo en mucho con lo que apunta Fuenmayor, Américo Martín observa, por su parte, lo siguiente: «Por no haberse resuelto a quién pertenecen el nombre 'AD' y la tarjeta blanca, Leoni usará la negra y Ramos Giménez la plateada. *¡Si no es blanco es negro! ¡Vota negra para recuperar la blanca!*, claman los adecos. El que saque más votos entre los dos recuperará para su uso exclusivo el nombre y el color». Y más adelante agrega: «El resultado no pudo ser más lamentable. Ramos Giménez, un hombre meritorio y hasta donde se puede, muy buen candidato, ha sido derrotado. Por lo demás, lo ha sido en forma humillante. Al perder la pugna por el nombre AD y el color blanco, su movimiento queda flotando en el aire». Martín, 2013, II: 131,133.

39 *Élite*, n.º 1.897, 03/02/62: 34.

40 Caballero, 2008: 324-325. Américo Martín, por su parte, concuerda con esta segunda versión según la cual fue Betancourt quien les atribuyó la denominación. Y, en tal sentido, apunta lo siguiente: «Rómulo les encasquetó el nombre de ARS para usar el popular lema de la famosa agencia publicitaria. [...] –*Quieren pensar por el gobierno*–, farfulló Betancourt. Y con ese nombre pasará a la historia aquella [...] disidencia de AD». Y, también, al igual que otros autores, puntualiza las motivaciones divisionistas de los ade-arsistas: «Sin embargo no se jactaban de pertenecer a una corriente ideológica distinta a la oficial. [...] La crisis planteada por el grupo ARS tenía un trasfondo estatutario y una índole generacional». Martín, 2013, II: 44-45, 49.

AD-OPOSICIÓN hasta las elecciones del 63[41]. Lo peor para Betancourt y sus más cercanos correligionarios era que, desde los tempranos meses de 1959, el –ahora– grupo disidente había funcionado como fiel de la balanza entre el propio Betancourt y las corrientes de izquierda dentro de AD. De hecho, la posición del ahora llamado ARS había sido tan determinante que, en 1958, cuando se celebró la Convención de AD que debía dirimir el tema de la candidatura presidencial, sus dirigentes, junto a la Juventud de AD (los «cabeza-caliente», comandada por Domingo Alberto Rangel), con la cual había discrepado hasta entonces en relación con muchos temas, se coaligaron para enfrentar la opción de Betancourt y favorecer, en cambio, la fórmula «unitaria» que promovía la candidatura del profesor universitario Rafael Pizani para enfrentar a Wolfgang Larrazábal. Como resultado de tal alianza, la candidatura de Betancourt se impuso apenas por escaso margen durante aquella Convención Nacional del partido[42]. Sería conveniente escuchar en este punto la opinión que en algún momento formulara el dirigente adeco Carlos Canache Mata: «Dentro del partido, el grupo extremista, que ya estaba identificado con la posición marxista, quería el candidato de unidad para ir contra Rómulo»[43]. Para Canache no existían dudas: quienes habían sostenido la candidatura de Pizani no eran otros que la futura gente del MIR[44].

Luego, con el triunfo de Betancourt en las elecciones de diciembre de ese mismo año 58, había sonado la mejor hora para ARS: por un lado, la «Vieja Guardia» (con el propio Betancourt a la cabeza, junto a Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto y Gonzalo Barrios) debía pasar a ocupar puestos legislativos o llenar los cargos más relevantes de la Administración Central, obligando tal circunstancia a poner en suspenso, al menos en lo inmediato, los compromisos que exigía la vida militante; al mismo tiempo, la amenaza de que la Juventud de AD persistiera en tomar

41 Castillo, 1998: 259.

42 *Élite*, n.º 1.893, 06/01/62: 61.

43 Entrevista con Carlos Canache Mata. En Blanco Muñoz, 1981(a): 378.

44 Ibíd., 379.

el control de la organización le hizo ver a la propia «Vieja Guardia» que no quedaba otro camino que la táctica extrema de propiciar una alianza con ARS que entrañaba, entre otras cosas, la necesidad de ceder transitoria y provisionalmente los órganos de comando más importantes del partido. El historiador Carlos Marín evalúa el proceso de esta forma y lo explica de modo convincente: «[P]ara el viejo guardismo, [el partido] debía [conservarse en manos de] sus padres fundadores costase lo que costase mediante alianzas estratégicas, artimañas de última hora o, mejor aún, mediante la purga y la expulsión». De esta manera, «la Vieja Guardia» [preservaría] lo suyo mediante tácticas extremas y alianzas con el Grupo ARS»[45]. Por su parte, el dirigente político y cofundador del MIR Américo Martín, quien atestiguó aquel proceso desde sus inicios, hablará de lo mismo, pero en este caso poniendo más bien de relieve la notable influencia obtenida por el grupo ARS ,«a punto de manejo de muñeca», en el aparato y dirección de AD[46].

El gran problema que se le planteaba al grupo de Betancourt era que, en medio de este arreglo que había implicado dejar los órganos de dirección en manos de dirigentes considerados como de «segunda fila», los arsistas pretendieran alzarse, a fin de cuentas, con el santo y la limosna[47]. En este sentido, Juan Bautista Fuenmayor observa lo siguiente:

> Ahora bien, Betancourt no cifraba sus esperanzas ni depositaba su plena confianza en los *arsistas*, integrantes del nuevo CEN de Acción Democrática. Por tales razones no solía consultar ninguna de las decisiones oficiales que tomaba con la dirección del partido, la cual se encontraba, en tal virtud, algo así como menospreciada o relegada por el Presidente[48].

De allí que más adelante, cuando la «Vieja Guardia» pretendió regresar por el control de las direcciones de cara a la nueva Convención Nacional de AD que debía dirimir el tema de la candidatura presidencial de 63, lo hiciera valiéndose, por un lado, de su actividad fundacional, del prestigio histórico de sus dirigentes y, por el otro, del hecho de haberse visto actuando con responsabilidades de gobierno, con la madurez y experiencia que ello suponía para el manejo de la gestión pública. Al final, sin embargo, la situación fue tan inédita que la Convención de AD se celebró entre el 12 y el 14 de enero del 62 en dos teatros distintos de la capital: el sector de la «Vieja Guardia», que sesionó en el Teatro Boyacá y los arsistas que hicieron otro tanto en el Teatro Caracas. Con un Papa en Roma y otro en Aviñón, una crónica periodística resumiría de este modo las incidencias de lo ocurrido:

> El más afectado en esta Décima Segunda Convención de Acción Democrática fue Rómulo Betancourt. Durante su intervención en el Boyacá se le rompió el tímpano del oído derecho, con intenso dolor que lo obligó a marcharse a Miraflores, luego que su pañuelo le comprobó que sangraba un poco. Hubo de ponérsele morfina para disminuir la intensa dolencia, recrudecida [...] por los hechos políticos en desarrollo. Sin duda que Betancourt y Acción Democrática están viviendo la más intensa etapa de su dramática carrera, y que las decisiones del Boyacá y del Caracas producen cambio del panorama nacional[49].

A partir de entonces, ARS postularía su propio candidato presidencial: su jefe máximo, Raúl Ramos Giménez; Betancourt, desde el poder, apoyaría a otro: al senador guayanés y presidente del partido, Raúl Leoni. El empeño puesto por algunos en intentar llegar unidos a las elecciones del 63 fue vano: mantener compactadas a las dos AD equivalía, a esas alturas, a mantener unida una porción de mercurio sobre un plato.

Ahora bien, resulta preciso subrayar una diferencia significativa entre los dos desprendimientos que sufriera hasta ese momento AD como

45 Marín, 2011: 170.
46 Martín, 2013, II: 134.
47 Fuenmayor, 1988, XIV: 40-41.
48 Ibíd., 42.
49 *Élite*, n.º 1.895, 20/01/62: 50.

partido eje de la coalición gubernamental. Cabe decir que la escisión de ARS fue más bien burocrática, por el control de las instancias partidistas y por tener mayor voz en los asuntos del gobierno. Visto como fuera, no se trató del tipo de ruptura que se planteó entre el MIR y su incubadora –AD–, por más que en aquella oportunidad el CEN del partido tratara de reducir el conflicto al simple ángulo de la disciplina cuando, en realidad, el contenido ideológico era ya evidente para todos[50]. En tal sentido, así como el propio Betancourt fue quizá quien más estimuló aquella primera división sin disimular siquiera su interés en que los dirigentes de la juventud de AD rompieran filas y abandonaran el partido[51], la separación del grupo ARS le planteaba en cambio un motivo de inquietud para el futuro de Acción Democrática. Así, pues, dentro del partido se debatiría una cuestión distinta a la que, dos años antes, había llevado a la formación del MIR con base en lo que Carlos Marín define como la «cubanización» del acontecer político[52]. Mientras ARS

50 Blanco Muñoz, 1992(a): 46. Agustín Blanco Muñoz recalca esta tesis al hablar de nuevo sobre la segunda división experimentada por AD: «Ésta, a diferencia de la primera –cuando surge el MIR– no está motivada por elementos político-ideológicos. La base de este movimiento está en algo muy claro: es la manifestación de un grupo que no ha recibido oportunidad, cuota de poder y que además se le mantiene a raya en lo que se refiere al control del aparato partidista. Este era un grupo 'tradicional' en la política adeca. Un grupo con muchos años y con una amplia experiencia en la política de ese partido y en los manejos de toda la maquinaria». Blanco Muñoz, 1992(b): 154.

Por su parte, Juan Bautista Fuenmayor agrega este elemento adicional para explicar la escisión: «La causas determinantes de esta segunda división de Acción Democrática se diferenciaban totalmente de las que produjeron la primera, esto es, la que dio nacimiento al partido llamado Movimiento de Izquierda Revolucionaria, en cuyo caso, fueron profundas divergencias ideológicas las que determinaron la ruptura. El Grupo ARS criticaba a la Vieja Guardia el haber abandonado sus consignas y banderas revolucionarias iniciales, es decir, las que enarboló en 1937 cuando se constituyó el PDN, y haber adoptado otras totalmente divorciadas de ellas. Por consiguiente, reclamaban la reposición de la línea política de aquel entonces». Fuenmayor, 1988, XIV: 40.

51 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. En Blanco Muñoz, 1981(b): 294-295.

A tal respecto, Caballero señala lo siguiente: «Betancourt estimuló esa división [...] Sabía que habían sido muy influidos por el marxismo leninista y que, por tal, terminarían siendo absorbidos por el Partido Comunista, o convirtiéndose en su rival: su intuición se reveló certera». Caballero, 2008: 324. Tal vez podría argumentarse en este sentido que Betancourt hizo suya, una vez más, una frase que ya había empleado en el pasado: «El lastre siempre se bota». Rómulo Betancourt. Carta n.º 1. Las Juntas de Abangares, 27 de enero de 1932. CC. Valmore [Rodríguez], Ricardo [Montilla] y Raúl [Leoni]. En: *Libro rojo* (2005): 143.

52 Marín, 2011: 154.

controlara el movimiento sindical, el movimiento agrario, los gremios profesionales y, por extensión, casi todas las organizaciones del país que tuviesen algún contenido político, este nuevo desgaje significaba un rudo descalabro para Betancourt en el poder. En otras palabras: si Betancourt pudo arriesgarse con el MIR a perder buena parte de su militancia, ahora –frente al ARS– no podía correr el riesgo de perder el gobierno.

Pero más allá de la ascendencia que pudiese tener el grupo ARS entre gremios y sindicatos, estaba también de por medio el tema del Congreso. En este sentido, la principal preocupación de Betancourt radicaba en que ARS, ahora desde el Parlamento, volviera a «coquetear» con los elementos desafectos a la «Vieja Guardia» o que llegara a entendimientos puntuales con la izquierda que pudiesen obstaculizar la gestión ejecutiva a nivel de las cámaras. En efecto, el hecho de que AD-OPOSICIÓN fuera fuerte dentro del espacio parlamentario implicaba el riesgo de que, al instalarse el nuevo Congreso en marzo de ese año, el gobierno perdiera el control de ambas cámaras. Sin embargo, contra todos los pronósticos –tanto los de Betancourt como los de sus adversarios– la Cámara del Senado se instaló con una ligera mayoría a favor del oficialismo (27 escaños contra 24) y la de Diputados lo hizo, pasando a verse controlada esta vez por los partidos de oposición (78 a 55) sin que, en ningún caso, se produjera lo que tanto vaticinara la izquierda: que el gobierno impidiera la instalación del Congreso por haber perdido la mayoría en la Cámara Baja[53]. Lo cierto es que, como llegó a observarlo Simón Sáez Mérida, la alianza opositora –PCV, MIR, URD y AD-OPOSICIÓN– pasaría a controlar materialmente la Cámara de Diputados. «Por primera vez en la historia de Venezuela –agregaba Sáez– una oposición controla una Cámara y la utiliza para desarrollar

53 Blanco Muñoz, 1981(b): 8; Rey, 1999: 146.

Sin embargo, dicha instalación no ocurrió sin jaleos, tumulto y trompicones entre varios diputados en el recinto de la Cámara, como lo reseñara el diario *El Nacional* en su edición del 3 de marzo. Una de las trifulcas más notorias durante esa sesión fue la que protagonizó el diputado arsista César Rondón Lovera. *El Nacional*, 03/03/62: 29.

una política de oposición frontal al gobierno»[54]. Algo similar sostendrá Gustavo Machado, dirigente del PCV: «El hecho de que nosotros le hubiéramos quitado la mayoría al gobierno en Diputados tuvo una gran repercusión»[55]. La conclusión que ofrece Américo Martín es, en cambio, amarga: «El presidente Betancourt queda en minoría en la Cámara Baja. Es un cambio de alta significación. La izquierda hubiese podido aprovecharlo si no se hubiera colocado al margen, con su estrategia de lucha armada»[56].

Si bien el oficialismo logró retener el Senado por un estrecho margen, el hecho de haber perdido el control de la Cámara de Diputados[57] hizo que Betancourt se expusiera de esa forma, como se adelantó a vaticinarlo en su discurso del 13 de febrero, a que toda la política de empréstitos, así como las propuestas de ley más importantes, incluyendo la Ley de Presupuesto, sufrieran un entorpecimiento al pasar ya no solo por el cedazo del PCV, el MIR, URD, el uslarismo y el Movimiento Republicano Progresista (pro uslarista) sino ahora del arsismo, o de AD-OPOSICIÓN. Una vez que en marzo del 62 quedó instalada la nueva directiva de Diputados, cuya presidencia pasó efectivamente a manos de AD-OPOSICIÓN luego de haber sido ejercida por Rafael Caldera como aliado del Gobierno coaligado, el semanario *AD* creyó necesario llamar la atención sobre los tambores de guerra que ahora cobraban mayor fuerza a nivel del Parlamento:

> [E]l arsismo se decidió por el entendimiento con las fuerzas de extrema izquierda, enemigas suyas hasta ayer, para la integración de la Junta Directiva de la Cámara de Diputados [...] y, lo que es más importante, para convertir a la Cámara en altavoz de las consignas insurreccionales de los comunistas y sus aliados, los miricos y el ala aventurera de Unión Republicana Democrática. [...]
> Echada la suerte, es indudable que con la nueva correlación de fuerzas dentro de la Cámara de Diputados y con las acciones que, con base en esa correlación, intentará poner en práctica el frente de la extrema seudoizquierdista, la Nación ha de enfrentarse a duras experiencias. La Cámara de Diputados [...] querrá ser usada [...] como poder obstaculizador de las iniciativas del Ejecutivo [...] Ya se anuncia alegremente que la Cámara vetará resoluciones del Ejecutivo orientadas a la preservación del orden público [...] en momentos en que el Partido Comunista y el MIR, con el aliento y respaldo moral y económico de la satrapía fidelista y la convivencia del sector golpista de URD, organiza guerrillas en algunas regiones venezolanas y amenazan con desatar sobre el país nuevos atentados, nuevos crímenes, nueva ola de violencia. Ya se anuncia que hay acuerdo para impedir la aprobación de empréstitos destinados a la realización de grandes obras reproductivas y a la ejecución del plan de desarrollo comunal. Y como ésas, otras medidas con las que se pretende sujetar al Presidente de la República, inhabilitarlo, asesinarle los propósitos de redención nacional que, aun contra las dificultades económicas, viene haciendo realidad promisoria [...] La Nación tenía derecho a [ver una] conducta distinta [de parte] de quienes hasta ayer no más militaron en las filas revolucionarias de Acción Democrática [...] Pero era de prever, como claramente lo previó Acción Democrática, que el arsismo iría a formar órbita alrededor del eje extremista integrado por comunistas, miricos y urredistas. [...] [P]refirió esta vía, aparentemente más propicia para la caza de simpatías, y echando al olvido que, como invitado de última hora, no merece la mínima confianza de sus circunstanciales aliados de hoy. [...] El ARS pudo convertirse en grupo de alguna significación política, por lo menos de mayor significación que la del MIR. [...] No nos amilana la voluntad la pasajera derrota sufrida en Diputados, a cuyas consecuencias habremos de enfrentarnos [...] en el camino que queda por recorrer hasta el 64[58].

54 Entrevista con Simón Sáez Mérida. En Blanco Muñoz, 1981(b):141.
55 Entrevista con Gustavo Machado. En Blanco Muñoz, 1980: 15.
56 Martín, 2013, II: 105.
57 *Élite*, n.º 1.902, 10/03/62: 50. Efectivamente, a principios de marzo, la Presidencia de la Cámara de Diputados pasaría a ser encabezada por el grupo *ARS* a través del diputado Manuel Vicente Ledezma Caballero, 2008: 317.

58 *AD*, n.º 195,10/03/62: 3.

Sin embargo, no era cuestión de llorar sobre la leche derramada como insistieron en hacerlo algunos voceros de AD quienes señalaban que fue con los colores de este partido que los ahora miristas, por un lado, y arsistas, por el otro, llegaron al Congreso en las elecciones de diciembre de 1958; lo cierto del caso –y tal era, objetivamente hablando, el desafío planteado en ese momento–, la desgarradura sufrida con la salida de ARS implicaba, como se ha dicho, la posibilidad de una nueva correlación de fuerzas que privara a la coalición gubernamental (integrada únicamente por AD y Copei desde que URD abandonara el gobierno en 1960) de poder hacer efectiva una serie de políticas que contaran con el aval de la Cámara de Diputados. De allí que, a diferencia del agrio tono asumido por el semanario *AD*, Leoni y el resto de quienes hasta entonces habían proclamado haber formado parte del legítimo CEN, optaron por enviarles a los disidentes de ARS un mensaje que invitaba a la reflexión. Así lo harían a través de un comunicado oficial cuyo propósito se contraía a que se abriese un compás de espera:

> [O]tro grupo de parlamentarios refuerza desde hoy las posiciones de miricos, comunistas y urredistas dentro del Congreso. Desprendido de Acción Democrática por fuerza de su actividad fraccional, el arsismo se enfrenta hoy al dilema de alinearse definitivamente, a título de socio precario, con sus enemigos de ayer para convertir a la Cámara de Diputados y al Congreso en poder al servicio de los oscuros intereses extremistas; o de actuar con sentido de independencia[59].

Aunque, a la larga, el triunfo en este duelo correspondió al aparato de la Vieja Guardia, desde la cúpula del partido se hacía un llamado a los antiguos compañeros de tolda para que definieran su actitud ante la disyuntiva planteada. Betancourt y el gobierno tendrían que esperar hasta constatar el alcance real que cobraría esta nueva disidencia, incluyendo desde luego su conducta y la forma como esta sería puesta a prueba, unos meses más tarde, ante las asonadas de Carúpano y Puerto Cabello. En pocas palabras, como lo ha observado Agustín Blanco Muñoz, resultaba imposible prever este triunfo de la «Vieja Guardia» y, por tanto, los meses de enero y febrero del 62 fueron de conjeturas respecto al significado de la crisis adeca. Por lo pronto, la izquierda se limitó a calcular el provecho que podría derivar de tal crisis, resultándole «fuera de toda duda que AD carecía de apoyo popular y que, ahora, la lucha por su derrocamiento produciría un resultado casi inmediato»[60].

59 *AD*, n.º 194, 03/03/62: 3.

LA JUVENTUD SE REBELA FRENTE AL IZQUIERDISTA DEL 28

Betancourt no exageró en ningún momento cuando dijo, durante su encendida arenga del 13 de febrero de El Silencio, que la muchachada del PCV había sido fríamente apresada en La Guaira mientras esperaba el levantamiento del cuartel de la Infantería de Marina Simón Bolívar de Maiquetía. Mucho menos exageró el capitán de navío Víctor Hugo Morales, quien tenía a su cargo la jefatura de aquel cuartel, cuando dijo haber sido el primero en verse sorprendido ante semejante acción. Años después confesaría lo siguiente:

> La decisión de mandar para La Guaira a esa cantidad de jóvenes fue una acción completamente aventurera, y que ha podido ocasionar una verdadera masacre [...] porque la mayoría de los muchachos no tenían más de 20 años. Fue una acción aventurera, tomada, según tengo entendido, en un período de muy cortas horas, a partir de la cual a todo el que venía se le mandaba para La Guaira. Sí, así como lo oyes, decían: «vámonos para La Guaira, que allí tenemos un cuartel»... Bueno, imagínate, yo era el jefe del cuartel, y de repente me encuentro con que el cuartel está lleno y rodeado de jóvenes que vienen a buscar armas. Pero bueno, ¿qué asunto es este? Era

60 Blanco Muñoz, 1992(b): 155.

> la primera noticia que recibía, y el gobierno en cambio ya lo sabía y tenía todo aquello rodeado de patrullas. Todo el que venía lo ponían preso[61].

Teodoro Petkoff, militante por aquel entonces del PCV, aunque de quien en ningún caso pudiera decirse que actuara aún como un elemento de peso dentro de la estructura armada, como llegaría a serlo más tarde, recuerda que Guillermo García Ponce y él formaban parte del aparato militar del PCV y que en el plan del Guairazo afloraron contradicciones desde el primer momento. El plan, al parecer, consistía no solo en alzar la Infantería de Marina y tomar otros puntos estratégicos del litoral (incluyendo el destacamento de la Guardia Nacional acantonado en el departamento Vargas), sino entrar en una acción combinada con el regimiento motoblindado de Caracas. Así lo explicaría en algún momento al periodista Blanco Muñoz:

> Entonces con eso, abrir las puertas, armar el gentío que se iba a mandar para esa lavativa, montar las armas en los camiones, avanzar hasta Caracas, llegar hasta la plaza de Catia, encontrarnos con el Motoblindado y con los tanques avanzar sobre Miraflores. Simultáneamente debían alzarse Carúpano, Puerto Cabello [...], Apure [...], Caracas. Era el plan que se había discutido tantas veces, pero que no se había puesto en práctica porque si la coyuntura, porque no sé cuánto, etc. Y llegado el momento, en enero del 62, se vio que no era tan fácil[62].

En otro testimonio, esta vez ofrecido al periodista Ramón Hernández, Petkoff insistió en subrayar algunos de los elementos que le confiara a Blanco Muñoz, pero agregó otros como, por ejemplo, que en enero del 62 se estuvo en presencia de una situación de enorme convulsión política y social, coexistente con un aparato militar relativamente importante por parte de la izquierda. Al estallar la huelga

61 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 201.

62 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 206.

nacional de transporte –recalcó– el país prácticamente se paralizó y en ese trance el PCV decidió promover el levantamiento militar. «En todo caso, ese levantamiento debía comenzar por el batallón de Infantería de Marina de La Guaira. Debía extenderse al batallón de la Guardia Nacional, también en La Guaira, subir a Caracas, combinarse con el Motoblindado»[63].

Sin embargo, frente a un cuadro de tan rotundo optimismo como el que se había planteado el aparato militar del PCV, lo cierto fue que no ocurrió la adhesión de las otras unidades de la Infantería de Marina en Carúpano o Puerto Cabello, ni se alzó el propio batallón de la Infantería de Marina de La Guaira, ni tampoco el destacamento de la GN ni el Motoblindado de Caracas, mientras que más de doscientos adolescentes esperaron en vano el momento decisivo que a la postre, como lo ha señalado Jesús Sanoja Hernández, resultó ser el de su prisión[64]. Con palabras más ásperas, Agustín Blanco Muñoz dirá que el intento por echar a andar el plan conspirativo mediante la toma del cuartel de la Infantería de Marina Simón Bolívar acantonado en La Guaira murió en sus inicios[65].

Uno de los peores resultados que tuvo el Guaraizo para el futuro del movimiento insurreccional fue que el capitán Víctor Hugo Morales quedó inmediatamente bajo sospecha, viéndose trasladado con el fin de prestar servicio en Caracas a las órdenes de la Comandancia General de la Marina y, en consecuencia de ello, desplazado del mando del cuartel Simón Bolívar por un oficial de confianza del entorno militar de Betancourt. Privados así de un factor tan importante como Morales y de una de las guarniciones que debían servir de puntal a la acción conspirativa, las consecuencias de ello se harán visibles cuando meses después ocurra el levantamiento de Carúpano, en el contexto del cual el apoyo de los infantes de Marina del litoral habría sido clave. De hecho, por paradójico que resulte afirmarlo, será del batallón

63 Citado por Sanoja, 2007, II: 67. Sanoja agrega que, para fortuna suya, fueron a parar al retén de El Junquito, pues habrían podido ser víctimas propiciatorias de una aventura sin futuro. Sanoja, 2012: 6.

64 Ibíd.

65 Blanco Muñoz, 1994: 20.

Simón Bolívar de donde saldrán los tiradores de la Infantería de Marina quienes, lejos de plegarse a sus pares de Carúpano, tendrán a su cargo combatirlos en primera fila.

Otra de las consecuencias que tuvo el Guairazo, pero en este caso para el bando contrario, fue que el gobierno tuvo que lidiar con un poderoso elemento psicológico fácilmente explotable por parte de sus opositores: la presencia de menores de edad detenidos a consecuencia de aquella acción, así como lo que significaba juzgarlos por el delito de rebelión, algo que en todos los casos comportaba implicaciones de carácter militar, según lo establecía el Código de Justicia Militar entonces vigente[66]. En efecto, a raíz de este suceso que condujo a la cárcel a varios centenares de militantes de la Juventud Comunista (entre ellos a dos hijas del dirigente del PCV Pompeyo Márquez, quienes habían deambulado también por los alrededores del cuartel de la Infantería de Marina a la espera de la señal para entrar y tomar el control de sus instalaciones[67]), la izquierda le sacaría hábil provecho a la idea de que el régimen de Betancourt no discriminaba frente a la minoridad de los implicados. Al llamarlos «simples estudiantes», pero sin ir al fondo del asunto, la izquierda intentaría hacer ver que Betancourt era un represor que no vacilaba en recomendar que fuesen juzgados por el delito de rebelión pese a que, por su corta edad, aquellos liceístas debían tener derecho a que la calificación de los hechos corriese a cargo de sus jueces naturales.

A la hora de encarar el ruido provocado por la aprehensión de los jóvenes militantes del PCV, Betancourt tuvo dos tipos de respuesta. La primera, y más inmediata, fue la de tipo legal, la cual estaba naturalmente exenta de la emotividad que en cambio habría de conferirle a la segunda. En este último caso, Betancourt no estaba dispuesto a que se le juzgara como si fuese una especie de Juan Vicente Gómez dispuesto a clavarles las garras a los miembros de una generación levantisca como

66 El artículo 486 del Código de Justicia Militar expresaba, textualmente, que la rebelión era un delito militar, aun para los no militares (N. del A.).

67 Martínez, 2013: 26; entrevista con Pompeyo Márquez. En Blanco Muñoz, 1980: 130.

la del 28. Obligado a responder sobre la suerte que le esperaba al lote de jóvenes comunistas que había participado en el frustrado ataque militar de La Guaira, el presidente puntualizaría lo siguiente durante una gira oficial al estado Anzoátegui:

> Se [...] ha señalado que hombres que formamos [...] la Generación del 28 y quienes hoy tenemos responsabilidades de gobierno, nos olvidamos de que fuimos jóvenes. Hay una diferencia fundamental. Nosotros en 1928 luchábamos contra una tiranía implacable que existía en nuestro país, que aherrojaba las libertades públicas y mantenía La Rotunda llena de presos políticos y sacaba a subasta la riqueza del subsuelo nacional para el enriquecimiento ilícito del déspota y sus sicarios. Hoy se está luchando, con métodos violentos, contra un régimen democrático. Hay otra diferencia. Nosotros luchábamos respondiendo a nuestra pasión y a nuestra angustia venezolanas, y no éramos instrumentos de gobiernos extranjeros. Y, por último, no procedíamos como los jefes de los grupos extremistas, quienes envían a pelear a adolescentes, como carne de cañón, sino que íbamos nosotros mismos a asaltar los cuarteles de Miraflores y San Carlos[68].

Justamente por tratarse de su compañero de cárcel tras los sucesos de febrero del 28, Betancourt quiso traer a colación la forma tan distinta como Jóvito Villalba había juzgado aquel intento de la juventud del PCV por participar del levantamiento de La Guaira. Lo hizo para cuestionar así la «ligereza» con que el líder máximo de URD, ahora en plan de ahondar su perfil oposicionista, se había expresado al respecto:

> Eso que mi amigo Jóvito Villalba califica de «travesuras de estudiantes» fue el envío de 300 universitarios a infiltrarse en un cuartel de La Guaira, con el propósito de tomarlo y utilizar luego el aeropuerto de Maiquetía como base para que vinieran desde Cuba aviones cargados de armas para Venezuela. Si esos muchachos entran al cuartel les hubiera acontecido lo mismo que les

68 *El Nacional*, 23/02/62: 23.

sucedió a quienes se infiltraron en el «Pedro María Freites», de Barcelona, porque las Fuerzas Armadas de Venezuela están conscientes de que sirven a la Constitución y a un régimen legítimo[69].

Si la juventud suele ser la principal cuestionadora del orden imperante, cuando no la yesca para la movilización espontánea, Betancourt estaba dispuesto a insistir en que la rebelión planteada contra su gobierno obedecía más a una matriz internacional que nacional. Además, en este caso y como no se cansaría de reiterarlo, la juventud actuaba a su juicio como un cardumen del cual los dirigentes del PCV y del MIR pescaban fáciles presas para conducirlas al sacrificio. Por ello, situando la cuestión en un plano directamente accesible a la opinión pública, el presidente formularía una interpretación muy significativa del asunto a la hora de volver a afrontar las críticas:

> [F]allan en sus cálculos los estrategas del extremismo, controlados desde cierta zona del Caribe, cuando dicen que la juventud venezolana ha dado la espalda a este gobierno; ha dado la espalda a este gobierno un sector minoritario de la juventud venezolana, cuya mente de adolescentes ha sido perturbada con una prédica de violencia, de odio a lo nacional, de creencia de que fórmulas y sistemas extranjeros, como los que están practicando en la Unión Soviética, en la China continental y en la Cuba comunista, son superiores a las fórmulas y a las normas que nos hemos dado por propia y autónoma decisión los venezolanos[70].

Y también dirá, en alusión a uno de los jefes máximos del PCV, Gustavo Machado: «Los jóvenes, los adolescentes, sí son ciegos; pero los

69 Citado por Fuenmayor, 1988, XIV: 59. El propio historiador se pregunta con extrañeza acerca del supuesto plan, mencionado por Betancourt, de que se pretendiera tomar el aeropuerto en el contexto del Guairazo y, en tal sentido, afirma: «[N]o sabemos a ciencia cierta hasta dónde pudo haber sido invento del orador. Nos referimos a esa versión según la cual la toma del aeropuerto de Maiquetía se realizó para permitir la llegada de aviones cubanos repletos de armas para los insurrectos de Venezuela. [...] ¿De dónde sacó Betancourt esa nueva especie, que nadie antes había mencionado? Al parecer, todo salió de su propio magín, nada más». Ibíd.

70 [Diario sin especificar], 28/02/62. ASGS.

otros, los adultos, no son locos sino fríos instrumentos de una acción anti-venezolana y criminal. Ellos, los jefes, cuando llega la hora de las dificultades, piden permiso indefinido al Congreso para irse a Rusia y quedarse en Rusia»[71].

Como parte de aquel duelo, en medio del cual la mecha irresistible de la juventud pretendía enfrentar mediante métodos violentos a una dirigencia nacional a la que acusaba de «anquilosamiento» e «inmovilismo», Betancourt ofrecería su propia radiografía en estos términos al pretender desmentir la idea de que los jóvenes acompañasen exclusivamente al PCV y el MIR:

> Son unos cuantos centenares de jóvenes clasificables en tres grupos: unos, ingenuos, idealistas, atraídos por una literatura fácil, leída en folletos baratos o regalados. Otros, los «rebeldes sin causa», parte en Venezuela de esa adolescencia y juventud desorbitada de nuestro tiempo. Y por último unos cuantos hijos de millonarios [...], los cuales concilian perfectamente las contorsiones del *twist* en los clubes elegantes y en los cabarets de moda con la fabricación en sótanos de suntuosas residencias (que ellos los llaman *basement*, porque son bilingües) de bombas Molotov [...] para ir a matar por la espalda a hombres uniformados [...]
>
> Es el trasplante a Venezuela de los métodos del Justorrigorismo, del personaje Justo Rigores de aquella novela «La brizna de paja en el viento» de Rómulo Gallegos. Y son los métodos de Fidel Castro. Fidel Castro nunca tuvo contacto con los libros y jamás se preocupó por los problemas de América. Cuando yo vivía en Cuba entre 1950 y 1952, y esto lo recordaba ayer con Rómulo Gallegos, este señor, ahora «cruzado de la liberación de los humildes», era sólo un jefe de pistoleros de la Universidad de La Habana, siempre en un filo de cuchillo entre el Robin Hood de la leyenda inglesa y el simple atracador de bancos[72].

71 *El Nacional*, 19/05/62: 21.

72 Ibídem.

En el fondo, enfrentarse de manera pública a la juventud que lo adversaba seguramente llegó a colocar a Betancourt en un trance agónico. Ello debió haber sido así no solo a raíz de los desvelos de su propia edad juvenil que se remontaban a los tiempos del combate contra el *gomecismo* sino, como bien lo ha observado el historiador Germán Carrera Damas, por la alta valoración que el propio presidente hizo del papel que les tocó desempeñar a los jóvenes durante la lucha clandestina contra el régimen de Pérez Jiménez. El haber tenido que enfrentarse, en lo humano y lo político, a quienes vio formarse en las filas democráticas o que, desde el exilio, pudo atestiguar su aguerrida resistencia a la dictadura, debió entrañar para Betancourt un costo que no pudo ser más alto[73].

Sin embargo, el presidente se mantuvo resuelto en su actitud pese a que el estudiantado conformara, más de lo que él estaba dispuesto a admitirlo, uno de los elementos básicos del aparato de violencia establecido por la izquierda[74]. Sobre este mismo punto sobresale un comentario de Blanco Muñoz, justo donde el periodista creía advertir cierta contradicción en el discurso presidencial. A su juicio, para demostrar por un lado que la izquierda insurreccional estaba desprovista de apoyo obrero, Betancourt había señalado ante la opinión pública que quienes permanecían presos a raíz de los más recientes hechos de violencia eran intelectuales y estudiantes; pero ahora, ocurrido el Guairazo, el presidente aseveraba, de manera interesada, que habían sido apenas algunos centenares de jóvenes los que secundaron tal acción y, entre tales centenares, muchos que no pasaban de ser simplemente «rebeldes sin causa»[75].

En todo caso, Betancourt pretendió zanjar la polémica insistiendo en que no se trataba de un abismo generacional entre él y la juventud militante de izquierda, como muchos pretendían hacer ver,

73 Carrera, 2013: 449.
74 Blanco Muñoz, 1994: 138.
75 Ibíd., 114.

sino de la gravedad de lo que significaba que esta actuase como «instrumento» de los comandos adultos del PCV y del MIR quienes, a su vez, respondían al «movimiento extranjerizante y anti-nacional del fidelo-comunismo»[76]. Esto fue lo que, en última instancia, llevó a que el presidente se inclinara más por lo legal que por lo emotivo cuando resolvió ponerle punto final al episodio que involucró a los estudiantes que habían intentado infiltrarse en el cuartel de la Infantería de Marina en el litoral. Por ello dijo:

> Se ha argumentado que hay entre ellos menores de edad. A este respecto di una respuesta muy categórica a un ciudadano venezolano, el Fiscal General de la República: un menor de edad disparando una ametralladora sobre un policía o sobre cualquier ciudadano es un menor de edad delincuente, y no se puede adoptar la actitud de avalar y respaldar como muchachadas o como «travesuras» acciones de un definido carácter criminal.

Pero al mismo tiempo quiso ser claro en otro sentido: «A los detenidos no se les está sometiendo a ninguna clase de atropellos en su persona física ni en su integridad moral. Nosotros no gobernamos a la cubana, sino democráticamente, a la venezolana»[77].

LA HUELGA DE TRANSPORTE

El jueves 18 de enero, en San Cristóbal, a mil kilómetros de la capital, una protesta de automóviles de alquiler y de carga que había sido convocada contra el carácter obligatorio con que el gobierno pretendía implementar un seguro de responsabilidad civil aisló al estado andino del resto de la República, obligando a las Fuerzas Armadas a sitiar aquella ciudad en previsión de mayores desórdenes. Juan Bautista

76 *El Nacional*, 13/07/62: 21.
77 AD, n.º 194, 03/03/62: 12.

Fuenmayor resume muy bien, en su *Historia de la Venezuela política contemporánea*, el origen del reclamo gremial:

> Tal sistema [de seguro de responsabilidad civil], en una época de prosperidad y bienestar general, hubiese sido más o menos tolerada o bien recibida [*sic*], pero habida cuenta del estado crítico en que vivía el país, aquella medida resultaba una pesada carga para los trabajadores del volante y para la ciudadanía en general. De aquí, la tremenda impopularidad de ella y, como consecuencia, el estallido de una combativa huelga destinada a rechazarla[78].

Para colmo, según lo observa el propio historiador, el carácter altamente polémico que suele cobrar el ajuste del precio del combustible hizo que, como detonante de la huelga, se sumara en este caso el malestar que había provocado un reciente incremento de la gasolina decretado por el gobierno con el fin de aumentar los ingresos del fisco nacional, disminuidos a causa de la crisis económica[79].

Cuarenta y ocho horas más tarde, lo que comenzó siendo una huelga local de conductores tachirenses sin filiación partidista ni motivos políticos devendría en un movimiento expansivo que abarcó las principales ciudades del país y que desencadenaría una cadena de respuestas por parte del gobierno[80]. La situación cobraría alarmante gravedad como resultado, por una parte, de que el gobierno la calificara como una huelga ilegal y, por la otra, de la irreductible actitud asumida por el gremio transportista de no reintegrarse a sus labores hasta tanto se reconsiderase la decisión de aplicar la Ley de Seguro de Responsabilidad Civil. Con ritmo de explosión en cadena, el movimiento se extendió vertiginosamente a catorce (otros sostienen que

78 Fuenmayor, 1988, XIV: 19.

79 Ibíd., 20. Agustín Blanco Muñoz también se expresa en términos similares sobre este punto: «Hay que recordar que las medidas impositivas acordadas a mediados del año 61 inciden fundamentalmente sobre este tipo de servicio: el alza en los precios de la gasolina significó un golpe apreciable». Blanco Muñoz, 1992(b): 121.

80 Sanoja, 2007, II: 66.

19[81]) ciudades, cobrando un sesgo político y, según el gobierno, sin que la injerencia extremista dejara de desvirtuar el carácter puramente gremial del movimiento y convertirse en el verdadero estimulante de la protesta fuera del Táchira. Se trató en todo caso de una de las huelgas más prolongadas de las que el país tuviera noticia, con implicaciones aún más graves de las que había tenido la huelga telefónica padecida poco antes por el gobierno. Desde ese punto de vista, la huelga de los transportistas del Táchira no tenía antecedentes[82]. El movimiento, en su momento más álgido, se había extendido hasta cubrir casi el cincuenta por ciento del territorio nacional[83].

Lo que por un lado puede afirmarse con casi absoluta certeza, también se puede decir con casi absoluta certeza por el otro: según Agustín Blanco Muñoz, la huelga no obedeció a una decisión político-partidista, es decir, no estalló como parte de un plan por encima de su carácter meramente reivindicativo; pero el hecho de que el sindicato de transporte de San Cristóbal hubiese establecido desde el principio un hilo de contactos con otros sindicatos del rubro –en Mérida, Trujillo, Lara, Zulia y Falcón– antes de lanzarse a la huelga obliga, a juicio de este autor, a revisar el calificativo de «espontánea» que ha tendido a atribuírsele[84].

Al mismo tiempo, un nuevo elemento pareció añadirse al conflicto iniciado en San Cristóbal: el caso de Cuba y lo que hubo de significar la inminente celebración en Punta del Este, Uruguay, de la VIII Reunión de Consulta de Cancilleres de la OEA que debatiría acerca de la permanencia o exclusión de la isla del sistema interamericano. De acuerdo

81 Pompeyo Márquez habla en este caso de catorce ciudades, mientras que Simón Sáez Mérida se refiere a una situación de parálisis en 19 ciudades a raíz de la huelga de transporte. Entrevista con Pompeyo Márquez. En Blanco Muñoz, 1980: 128; Roo, 1982: 26. Según Juan Bautista Fuenmayor, «Las ciudades en donde se produjo el paro, parcial o totalmente, fueron éstas: Barcelona, Acarigua, San Juan de los Morros, Coro, Cumaná, San Felipe, Punto Fijo, Barquisimeto, Los Teques, Barinas y Mérida, y además, Caracas, lo cual significaba, más o menos, el cincuenta por ciento de toda la República, es decir, una fuerza de gran consideración». Fuenmayor, 1988, XIV: 32.

82 *Élite*, n.º 1.906, 07/04/62: 9; entrevista con Pompeyo Márquez. En Blanco Muñoz, 1980: 132.

83 Blanco Muñoz, 1992(b): 131.

84 Ibíd., 123.

con el historiador Juan Bautista Fuenmayor, la huelga de transporte y la reunión en Punta del Este representaron una simple coincidencia de fechas y, en tal sentido, resulta dudoso atribuirle a esta última alguna incidencia sobre el conflicto huelguista; antes bien –a su entender– fue el gobierno de Betancourt el que pretendió vincular ambos sucesos y atribuirle la «desnaturalización» de la huelga al empeño de las «fuerzas extremistas» por repudiar la conferencia de cancilleres. Con el propósito de demostrarlo, el historiador llama la atención sobre un comunicado del Ministerio de Relaciones Interiores mediante el cual se pretendía establecer una relación causa-efecto entre ambos sucesos como parte de una maquinación dirigida a darle un carácter «subversivo» a la acción gremial[85]. Agustín Blanco Muñoz estima lo ocurrido en otros términos y por ello sostiene que la izquierda sí intentó aprovecharse de tal circunstancia puesto que «Cuba seguía siendo lo que podría denominarse como una de las cuestiones de fondo de la contienda»[86]. Ello explicaría, según quienes comparten este mismo parecer, que la Embajada de EE. UU. fuera blanco de una bomba que estalló en el interior de su sede, aunque sin causar mayores daños, al comenzar los combates en Caracas[87].

En todo caso, el lunes 22, a cuatro días de iniciarse el reclamo –y a un día de conmemorarse el cuarto aniversario del 23 de enero–, el termómetro de los sucesos subió de punto y la onda del movimiento alcanzó a la capital de la república. La ciudad amaneció aparentemente tranquila pero, hacia el mediodía, los 40 000 autos de alquiler y por puesto, así como los 1 100 autobuses que cubrían las líneas de la ciudad, dejaron

85 Fuenmayor, 1988, XIV: 28-30.

86 Blanco Muñoz, 1992(b): 135.

87 Según el testimonio de Teodoro Petkoff, «Ese fue el día en que se puso la bomba en la Embajada Americana, que fue una acción muy arriesgada que hizo este muchacho, 'Cara é loco', que después murió en Portuguesa. Era un combatiente excepcional, un muchacho sumamente inteligente, muy bien dotado, que hizo una acción formidable. Fue a la Embajada y puso la bomba en el baño, en el cuarto piso. Además fue el segundo día de combate. Yo incluso recuerdo [que] le dije [a un compañero del partido]: hoy hubo 18 muertos en Caracas y la bomba en la Embajada. Y todavía éste me respondió: *esa bomba la pusieron ellos*. Imagínate, decirme eso a mí, que yo había despedido al muchacho [...]. Le respondí: ¡cómo la van a haber puesto ellos, chico, tú estás loco, fuimos nosotros!». Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 206-207.

de prestar servicio[88]. Llegado el día 23, «la fecha gloriosa del democratismo se [celebraría] con un impresionante número de muertos y heridos, vehículos incendiados, bombas molotov y disturbios callejeros»[89].

Sumados tres días adicionales de paro, para el viernes 26 quedaría claro el balance de aquellas jornadas en la ciudad capital: treinta muertos, entre ellos algunos efectivos de la Guardia Nacional y agentes de policía, 150 heridos y más de 400 detenidos[90]. Los daños materiales se calculaban en 14 000 000, incluyendo 1 400 000 bolívares por la pérdida de autos de alquiler y por puesto que no se plegaron a la huelga[91].

Un dirigente como Teodoro Petkoff ofrecería su propio testimonio acerca de aquella jornadas, aunque lo haría en todo caso muchos años antes de que adviniera el 27 de febrero de 1989 o las protestas callejeras de febrero de 2014, y lo que ambos hechos significaran en términos de conmoción colectiva. No obstante, a su parecer, la magnitud de lo acontecido en enero del 62 era digno de memoria:

> [E]n Caracas se vivió una verdadera insurrección urbana. Duró casi una semana. La magnitud de lo que pasó en Caracas la da la cifra de los muertos. No fue como algunas confrontaciones que se han dado en otros países con dos muertos, aquí hubo en esta semana algo así como 34 muertos. Fue realmente una semana de insurrección[92].

Así como podría afirmarse por un lado que la huelga no estalló como parte de un plan premeditado, puede sostenerse por el otro que, llegado el momento, los sectores insurreccionales no supieron cómo capitalizarla. Tan poco premeditada fue, al menos en el caso de la

88 *Élite*, n.º 1.897, 03/02/62: 48.

89 Blanco Muñoz, 1992(b): 130. Por su parte, y no sin cierta ironía, Juan Bautista Fuenmayor apunta lo siguiente: «En el día siguiente, 23 de enero, fecha aniversaria del derrocamiento de Pérez Jiménez, se producen igualmente innumerables hechos violentos, muertos y heridos, incendios de vehículos, desórdenes callejeros, bombas 'Molotov', etc., algo como para conmemorar aquella fecha gloriosa». Fuenmayor, 1988, XIV: 31.

90 *Élite*, n.º 1.897, 03/02/62: 52.

91 Ibíd.

92 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 205.

izquierda, que un opinante cercano al gobierno dirá, desde las páginas del oficioso diario *La República*, que la huelga originada en el Táchira podía ser calificada como de «perezjimenista» solo que, agregaba de seguidas, «secundada por los bolcheviques criollos, sirvientes de Fidel Castro en otros lugares del país»[93]. Los dardos que en este caso iban dirigidos contra el perezjimenismo, o los deudos del 23 de enero, no parecían ser un disparatado invento de aquel columnista afín al gobierno. Para corroborarlo figura el testimonio que aportaría más tarde Jorge Dáger, líder del MIR, para quien la «huelga estuvo dirigida por gente que no tenía nada que ver con la izquierda, ahí había, incluso, perezjimenistas y gente de derecha»[94]. Y agregaba: «esa huelga de transporte [...] se dio inicialmente manejada por la derecha»[95].

De hecho, aquellos dirigentes de la izquierda que, a diferencia de Dáger, sí alentaban planes de tipo insurreccional, ni siquiera visualizaron en el horizonte la posibilidad de una huelga de tal magnitud; y menos que, luego de tornarse tan violenta y extenderse durante una semana sobre buena parte del territorio nacional, concluyera simplemente con la satisfacción de los reclamos exigidos por el gremio de transportistas. A tal punto llegó a desenvolverse aquella huelga más allá de las previsiones y rebasar todos los esquemas político-partidistas que, según lo observa Juan Bautista Fuenmayor, «[t]an inesperado hecho trae consecuencias fatales [...] porque la izquierda entiende que ha llegado el momento de lanzarse a la acción, aun cuando no estaban listos los preparativos, contactos y la debida coordinación»[96]. Agustín Blanco Muñoz comparte ese mismo parecer del siguiente modo:

> Las fuerzas de izquierda no supieron qué hacer, hacia dónde ni cómo canalizar aquella manifestación sociopolítica cuyo contenido espontáneo no era del todo captable por una conducción política que esperaba otro tipo de acción, otro desarrollo de los acontecimientos. De allí que, más adelante, se haya querido replantear, por no decir reimponer o reproducir, la huelga del transporte. Su momento había pasado[97].

93 Guillermo Feo Calcaño, «La concentración de 'El Silencio'». *La República*, 18/02/62: 6.
94 Entrevista con Jorge Dáger. En Blanco Muñoz, 1981(b): 246.
95 Ibíd., 247.
96 Fuenmayor, 1988, XIV: 17.

A juicio del propio Blanco Muñoz, será justamente a partir de esta inesperada huelga que desbordaría a la izquierda cuando se inicie la secuencia de desventuras que habría de caracterizar al resto del año 62:

> Un suceso no previsto y hasta cierto punto espontáneo precipita los hechos: la huelga de transporte que estalla en San Cristóbal al inicio de la segunda quincena de enero. La «conspiración político-civil» vio así llegado el momento de alzarse. No había, sin embargo, la coordinación ni preparación que exigía un proyecto de esta naturaleza. De allí que comenzara una mezcla de improvisación, desbandada, aventurerismo y mala utilización de fuerzas políticas y militares, que se extiende desde el abortado levantamiento de La Guaira [...] en enero-febrero, hasta la derrota que experimentan las fuerzas «progresistas-revolucionarias» en Carúpano, el 4 de mayo, y en Puerto Cabello, el 2 de junio de 1962[98].

Por su parte, Domingo Alberto Rangel concuerda en afirmar que el movimiento huelguístico de los choferes en enero del 62 «sorprende por completo a las direcciones del MIR y del PCV cuando se propaga como un reguero de pólvora por todo el país»[99]. Y agrega:

> Esa huelga la prepararon los choferes de San Cristóbal, al margen del MIR y del PC. Y los demás choferes del país se plegaron, lo cual demuestra el grado de efervescencia que existía. [...] O sea que el gremio de choferes, sin organización alguna, y sin consignas claras, fue a la huelga y la mantuvo por espacio de una semana en toda Venezuela»[100].

97 Blanco Muñoz, 1994: 21-22.
98 Blanco Muñoz, 1992(b): 117.
99 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. En Blanco Muñoz, 1981(b): 73.
100 Ibíd., 73-74.

Si bien la huelga adquirió visos insurreccionales una vez que los enfrentamientos con la policía y el levantamiento de barricadas le dieron un cariz totalmente distinto a una situación que había comenzado localmente en San Cristóbal y, al parecer, con un contenido extraño a lo político, Pompeyo Márquez sostiene que si esas acciones callejeras se hubiesen combinado con iniciativas militares en La Guaira, Carúpano y Puerto Cabello –focos en los que la izquierda insurreccional ya venía meditando con fuerza– se hubiese producido algo distinto «a lo que nos pasó en el curso del año 62»[101].

Lo cierto del caso es que se trataba de la segunda vez en menos de dos años que al gobierno se le planteaba un reto desde ese costado del país: primero, la incursión y fugaz toma del cuartel Bolívar en San Cristóbal por parte de Jesús María Castro León en abril de 1960; ahora, entre el 21 y el 29 de enero de 1962, una huelga devenida en conflicto nacional cuyo epicentro se originó en aquella misma ciudad. Durante una visita oficial, en gira por el estado Táchira, Betancourt diría lo siguiente aludiendo a ambas situaciones:

> San Cristóbal ha sido el escenario de dos episodios dramáticos [...]: un día, en una madrugada de 1960, un grupo de militares facciosos, retirados de las Fuerzas Armadas, lograron infiltrarse en el batallón Ricaurte y tomar esta plaza. Pretendían iniciar desde aquí una nueva invasión, no ya de los 60, sino que hubiera podido ser de muchos más muy bien armados, pero se encontraron con que el Táchira, Venezuela y sus Fuerzas Armadas son hoy fundamentalmente distintos de lo que eran [en 1898]. [...]
> Ningún cuartel de la República atendió el llamado de los facciosos de San Cristóbal. [...] Ese episodio terminó en forma lamentable, porque hubo heridos y muertos, y con la prisión del jefe de los facciosos por un grupo de campesinos en los alrededores de su pueblo natal. Y más recientemente [...] se han vivido horas de alteración pública en San Cristóbal y otros lugares del país, protagonizado este movimiento de subversión por la seudo-izquierda.

101 Entrevista con Pompeyo Márquez. En Blanco Muñoz, 1980: 128.

> Saben bien ustedes que se utilizó una protesta mal planteada, mal expresada, de los choferes de esta población con motivo de la Ley de Responsabilidad Civil. Y digo mal planteada porque debió [*sic*]elevarse al Congreso las observaciones cuando se discutía esa Ley, la cual fue aprobada por todos los partidos políticos. En todo caso, fueron a la huelga sin intención política los dueños de autos de alquiler de San Cristóbal, y la dinámica de los acontecimientos determinó que al frente de las gentes que salían a la calle se pusier[a]n los extremistas [...] y desde allí se olvidaron de la huelga de los choferes para pedir el derrocamiento del gobierno y para cantar loas y elogios al gobierno comunista del Sr. Fidel Castro[102].

Las fuentes coinciden en señalar que, para lograr el cese del paro, la intervención de Carlos Andrés Pérez, como representante personal del presidente Betancourt, fue clave en las negociaciones[103]. El gobierno fue claro en argumentar ante los huelguistas que se hallaba dispuesto a diferir la aplicación de la nueva Ley de Responsabilidad Civil pero que, en cuanto a su derogación, solo cabía esperar que, al haberla aprobado en primer lugar, fuese el propio Congreso el que procediera a decidir sobre su futura suerte. De allí que el negociador oficial instara a los dirigentes gremiales a que aguardaran hasta la instalación del próximo Congreso, en marzo de ese año, para someter el destino de dicha ley a la última palabra del Poder Legislativo, bien derogándola, reformándola o reglamentándola[104]. En todo caso, la negociación entre los huelguistas y el sector gubernamental concluyó varios días más tarde con el compromiso, por parte del gobierno, de lograr a través de su representación parlamentaria que se eliminara totalmente la obligatoriedad del Seguro de Responsabilidad Civil[105]. A raíz de este activo papel cumplido por Pérez no habría nada de extraño en suponer que a tal circunstancia pudo deberse en buena medida su elevación al cargo

102 *AD*, n.º 194, 03/03/62: 12.
103 *Élite*, n.º 1.897, 03/02/62: 34.
104 *El Nacional*, 19/01/62: 35. Citado por Blanco Muñoz, 1992(b): 125.
105 Blanco Muñoz, 1992(b): 135.

de ministro de Relaciones Interiores, hecho que tendría lugar antes de que, a principios de mayo de ese mismo año, la base naval de Carúpano se declarara en rebelión[106]. Curiosamente, en sus *Memorias*, Pérez no alude en ningún caso a los dramáticos acontecimientos vividos en San Cristóbal y el resto del país durante la segunda quincena de enero, ni tampoco lo hacen sus biógrafos[107].

Así como Jorge Dáger sostuvo que «la huelga del Táchira se realizó completamente al margen de la dirección de la izquierda»[108], Domingo Alberto Rangel llegaría a señalar que «los choferes fueron a la huelga para derribar a Betancourt. Lo del Seguro de Responsabilidad Civil fue un pretexto»[109]. No obstante, cada cual a su manera, ambos testimonios concuerdan en que los sectores insurgentes de la izquierda se vieron completamente extraviados ante tales circunstancias. Pero eso no era todo. De acuerdo con otros testimonios, al deshilacharse el levantamiento de La Guaira y fracasar el carácter insurreccional que intentó imprimírsele a la huelga de transporte, el gobierno tuvo mucha más facilidad para dominar, a partir de entonces, el cuadro conspirativo urdido por la izquierda[110]. Sin embargo, por lo que aguardaba a la vuelta de la esquina, resulta un tanto difícil creer que ello fuese así. Porque lo cierto del caso es que aún faltaba que Betancourt pasara y saliese ileso de las pruebas que habrían de depararle las asonadas de Carúpano y Puerto Cabello durante ese mismo aciago año 62.

106 Pérez se integraría al Gabinete a partir del 12 de marzo de 1962 como Ministro de Relaciones Interiores luego de haberse desempeñado como Director General de ese mismo despacho. Fuenmayor, 1988, XIV: 163.

107 Hernández y Giusti, 2007. La biografía a la cual aludimos es fundamentalmente la de Ramón Hernández. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana. El Nacional/Banco del Caribe, 2012.

108 Entrevista con Jorge Dáger. En Blanco Muñoz, 1981(b): 246.

109 Entrevista con Domingo Alberto Rangel. En ibíd., 73.

110 Tal es, por ejemplo, la opinión de Pompeyo Márquez: «La huelga [de transporte] es solucionada por el Gobierno y queda todo el movimiento insurreccional desnudo. Todos los movimientos pro-alzamiento militar también quedaron al desnudo y eso permite que Betancourt actúe». En Blanco Muñoz, 1992(b): 144.

LA CHISPA Y LA PRADERA

> Yo les dije: a Carúpano lo tomo en diez minutos. Y efectivamente así lo hice. Entonces estos locos, estos desesperados, dijeron, bueno, muy bien, tomaremos a Carúpano.
>
> Capitán de corbeta Jesús Teodoro Molina Villegas, Jefe Militar del Movimiento de Recuperación Democrática[1]

> [P]ara la chispa se escogió Carúpano, un sitio verdaderamente aislado. Yo no conocía a Carúpano. Después cuando fui y conocí el sitio, dije, pero bueno…, los que conocían a Carúpano cómo no dijeron… aquello, chico, le ponían un buque allí y quedaba aislado del resto. Paralizando la carretera de Carúpano a Cumaná, ya no había nada que hacer. Si yo hubiera conocido antes a Carúpano.
>
> Guillermo García Ponce, Jefe del Aparato Militar del PCV[2]

EL MILITAR QUE DEBIÓ HABER LEÍDO A CLAUSEWITZ

Es probable que el Carupanazo sorprendiera a mucha gente de la izquierda que, al igual que el periodista y simpatizante por aquel entonces del PCV, Jesús Sanoja Hernández, no tenía información directa ni indirecta de lo que se estaba tramando[3]. El nivel de secretismo con el cual se movilizaron algunos elementos del PCV y del MIR a la hora de lanzar el golpe de Carúpano fue tal que incluso Jorge Dáger, miembro del Directorio Nacional del MIR, confesaría años más tarde no haber estado informado absolutamente de nada[4]. Y también pareció sorprender al gobierno, a pesar de ciertas sospechas que rondaban en torno a aquel cuartel de la Infantería de Marina.

1 Entrevista con J.T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 112.

2 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 362-363.

3 Sanoja, 2007, II: 76.

4 Entrevista con Jorge Dáger. En Blanco Muñoz, 1981(b): 245.

Menos de dos semanas antes de los sucesos de Carúpano, el ministro de la Defensa, Antonio Briceño Linares, fue instruido por Betancourt para que revelara ante el Congreso la existencia de núcleos guerrilleros detectados en la sierra del Turimiquire (Sucre), Santa Cruz de Bucaral (Falcón), La Azulita (Mérida), Biscucuy (Portuguesa), Agua Viva (Trujillo), Vigirima (Carabobo) y Humocaro (Lara), cuyo objetivo era a fin de cuentas –a juicio del ministro– la diseminación de focos insurgentes en todo el territorio nacional[5]. Sin limitarse a ello, Briceño Linares se refirió también a ocho acciones que habían tenido lugar contra instalaciones militares durante los primeros meses de ese mismo año, las cuales habían comprendido desde el asalto a simples alcabalas hasta el ataque a la base Mariscal Sucre, en Boca del Río, y la base del Escuadrón Aéreo de los B-40 en Maiquetía, aclarando que en ningún momento se trató de brotes internos ni de insubordinación de elementos de tropa, sino de ataques perpetrados por comandos guerrilleros[6].

Descontando que la prensa exagerara en algunos casos al hablar por aquellos días acerca de las «bandas extremistas», no hay duda de que durante los primeros meses del 62 la actividad guerrillera se había hecho visible en algunas zonas del país[7]. El Charal y Araure en los estados Barinas y Portuguesa, La Azulita en Mérida, el Páramo de Chejendé en Trujillo y el sector montañoso del estado Lara, particularmente Humocaro Alto, donde operaba el comandante insurgente Argimiro Gabaldón, empezaban a revelarse como focos capaces de sostener choques con unidades del Ejército, mientras que en otras regiones, fundamentalmente en la capital, tendían a intensificarse las llamadas «expropiaciones revolucionarias» con atracos a oficinas bancarias, sella-

5 Ibíd; *El Nacional*, 25/04/62: 25; Fuenmayor, 1980, XIV: 56.

6 *El Nacional*, 25/04/62: 25.

7 El testimonio suministrado años más tarde por Teodoro Petkoff confirma la información que manejaba el gobierno: «[P]ara el primer trimestre del 62 se produce la implantación de otros grupos guerrilleros [El primero se establece hacia noviembre del 61 en El Charal, Barinas]. Es el grupo de Humocaro con Argimiro Gabaldón [...] El grupo de Aroa con Lubén Petkoff, el grupo que primero se monta en La Azulita, en Mérida [...] Se produce la implantación del grupo guerrillero de Falcón, que lo fundamos Douglas [Bravo] y yo, en marzo-abril del 62». Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 198. 199.

dos del 5 y 6 e incluso fábricas, como Telares Los Andes, en el sector de El Cementerio[8].

Por si fuera poco, el gobierno denunciaba la cada vez más frecuente circulación de pasquines subversivos, como lo recogía un comunicado de la Dirección General de Policía (Digepol) publicado en el diario *El Nacional*:

> Entre los panfletos habían [*sic*] algunos que tenían los siguientes impresos: «Las guerrillas defienden el pan y los derechos del pueblo»; «Las heroicas guerrillas que han abierto operaciones en las montañas de Falcón, Trujillo, Lara y Yaracuy, Portuguesa y Mérida, están combatiendo con las armas en la mano la dictadura de Betancourt; NUESTRAS TAREAS REVOLUCIONARIAS: si no tenemos armas las conquistaremos. Y podemos fabricar armas. No es difícil encontrar explosivos, no es difícil preparar bombas. Además contamos con las armas del ejército y la policía que podemos conquistar, quitárselas al enemigo, volverlas contra él. A las pequeñas patrullas, a los elementos aislados armados de fusiles no es difícil, con un grupo audaz, atacarlos y desarmarlos.

El comunicado se referiría igualmente a la proliferación de «pequeños cartones» con la figura de un brazo rojo sosteniendo un fusil sobre el mapa de Venezuela con esta leyenda en el reverso: «El pueblo hacia la conquista del Poder. Yo contribuí con medio día de salario para derrocar al gobierno traidor de Betancourt-Copei»[9].

A fin de que tal denuncia se viera respaldada por una imagen de seriedad, determinación y fuerza, Briceño Linares agregó lo siguiente ante los parlamentarios: «Yo no soy Tabernilla», aludiendo así al general Francisco Tabernilla Dolz quien, el 1 de enero de 1959, huyó de La Habana en compañía de Fulgencio Batista; luego anunció que los guerrilleros capturados en combate serían puestos a la orden de

8 *El Nacional*, 28/02/62: 39,40; 03/03/62: 43; 04/03/62: 33,34; 03/04/62: 32; 04/04/62: 33,34; 05/04/62: 30.32; 07/04/62: 35,36; 08/04/62: 34; 09/04/62: 30; 15/04/62: 34,35,36; 21/04/62: 22,30.

9 *El Nacional*, 21/04/62: 23.

los tribunales militares[10]. Al cabo de casi cuatro horas de preguntas y respuestas ante las comisiones de Defensa de las Cámaras de Diputados y el Senado, el ministro de la Defensa sentenció lacónicamente lo siguiente: «Estamos casi en una guerra de carácter revolucionario»[11].

El 2 de mayo, o sea, apenas dos días antes de la asonada de Carúpano, Domingo Alberto Rangel, diputado por el MIR, ampliaría en un artículo para *El Nacional* las palabras con las que increpó al ministro Briceño durante aquella comparecencia en el Parlamento. Quien lo lea a la distancia de poco más de cincuenta años podrá percatarse de la asombrosa sangre fría con que en esa oportunidad, y ante la máxima autoridad militar del país, fue capaz de expresarse quien se guardaba el secreto de la rebelión que estallaría cuarenta y ocho horas más tarde en Carúpano.

> El general Briceño Linares –señaló el diputado– consumió su tiempo frente a los diputados en una curiosa diatriba contra dos partidos de la oposición que no menciono porque ya están clavados en la mente de todos los venezolanos. Afirmó, desenvolviendo sus cargos, que el país está en plena guerra revolucionaria, desatada sobre nuestro suelo por las dos organizaciones políticas que constituyen el nudo de sus desvelos.

¿Qué guerra revolucionaria podía existir?, se preguntaba el diputado. De haberla, la política tendría que procesarse por medios exclusivamente violentos, al menos así lo habría sostenido Carl von Clausewitz, invitando al ministro a que leyera la obra del gran teórico prusiano de la guerra para que encontrase en sus páginas algún apoyo que le sirviera de guía. «El cuadro de la Venezuela actual no concuerda con el diagnóstico del general Briceño Linares. […] En Venezuela, la de hoy, [lo que] existe [es] una afanosa represión contra todos los sectores que manifiestan críticas o discrepancias frente al gobierno y al sistema que lo enmarca»[12].

10 Velásquez, 1980: 77.

11 *El Nacional*, 25/04/62: 19.

12 Rangel, D. «El estado de guerra del general Briceño». *El Nacional*, 02/05/62: 4.

Pero el diputado que con tanta sorna desestimara las denuncias del gobierno, al punto de sugerirle al ministro Briceño que se instruyera en la lectura de Clausewitz, no estaba solo a la hora de exhibir una buena dosis de sangre fría. Apenas dos años antes, y también a través de la prensa, Guillermo García Ponce había hecho por su parte una condena pública del golpismo y sus instigadores en estos términos:

> Con elementos en posiciones dentro de las Fuerzas Armadas no son –sin embargo– sino una minoría […] que puede ser rápidamente aniquilada por el Gobierno si éste procediera con la energía y la firmeza que demanda nuestro pueblo. Pero tampoco se debe subestimar su capacidad de causar daño a nuestro país y al proceso democrático. […] Es preciso que, al lado de una severa represión que sirva de escarmiento a los que amenazan la vida democrática de la nación y un castigo sin clemencia, se tomen medidas decididas para fortalecer la democracia venezolana[13].

Resulta curioso que el propio Domingo Alberto Rangel asumiera un tono similar cuando, desde las páginas del diario *La Esfera* en enero del 60, condenara la amenaza militarista y, además, cuestionara de esta forma lo que definía como la inercia tolerante de la democracia:

> Cuando los gobiernos democráticos vacilan o dejan en suspenso la actuación que preserve el orden público se encabrita el ánimo para el desafío. En Venezuela hemos permitido, por negligencia, que democracia se confunda con lenidad e inepcia. […] La conducta del gobierno tiene que cambiar drásticamente. No estoy pidiendo que se instrumente una regresión dictatorial que atropelle […] Pero no puede mantenerse por más tiempo la blandura que ha adoptado el gobierno sin que proporcione el caldo de cultivo para que crezca su apetencia y se haga insolente su provocación[14].

13 Guillermo García Ponce. «Respuesta al terrorismo». 09/01/60. ASGS.

14 Rangel, D. «La inercia, elemento esencial del terrorismo». *La Esfera*, 05/01/60. ASGS.

En principio podría argumentarse que tanto el dirigente del PCV como el diputado por el MIR escribían en un contexto distinto, es decir, en medio de los «golpes reaccionarios» como el que, en abril de 1960, había amenazado a Betancourt a través de la intentona protagonizada por Jesús María Castro León en el Táchira. Pero luego cabría preguntarse: ¿podía eximirse a Carúpano de la categoría de «golpe»? Para los teóricos de la izquierda en armas, al parecer sí, a pesar de que el PCV y el MIR asumieran la tarea de vincularse a los cuarteles del mismo modo como lo habían hecho antes los exponentes de la violencia reaccionaria. Carúpano sin embargo, a juicio de tales teóricos, tenía una connotación distinta a todo cuanto, hasta ese momento, podía ser calificado de política golpista; gracias a las infinitas posibilidades de la palabra, y a la elasticidad de los conceptos, se trataría en realidad de una «insurrección», no de un «golpe». Allí, donde había fracasado el clásico esquema de los conatos cuartelarios, radicaba la opción de triunfo de un movimiento que se gestaba en secreto. Era, a fin de cuentas, la «chispa» que debía incendiar la pradera en nombre de una rebelión popular-militar.

Si acaso hiciera falta buscar más pruebas de lo que se afirma, existe el testimonio de alguien que, desde las filas del PCV, no fue precisamente partidario de la lucha insurreccional que se planteaba al estilo de Carúpano, pero que tampoco dudó a la hora de establecer las diferencias:

> Nosotros fuimos antigolpistas, es cierto, pero de golpes de contenido reaccionario [...] Ahora, después nosotros entramos en la época insurreccional y allí sí establecimos contacto con los militares pero para dar *golpes progresistas*. Para realizar acciones militares que ayudaran al pueblo a derrocar a Betancourt y a establecer un gobierno popular»[15].

Pompeyo Márquez también era partidario de que la línea insurreccional tomara en cuenta a las fuerzas armadas en un momento determinado. Y también deslindaría la frontera que separaba el «golpismo» que tuvo lugar del 58 en adelante de la «insurrección» que se plantearía en cambio en 1962, no sin dejar de observar que el rechazo mecánico a todo cuanto fuera golpismo les había llevado a no comprender las razones que animaban el descontento militar. A la hora de plantarse ante su entrevistado, Agustín Blanco Muñoz repasaría de este modo el cuadro histórico del PCV:

15 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 52-53.

> En un primer momento, el Partido Comunista fue el gran adversario de las asonadas militares que insurgieron contra la estabilidad de la naciente democracia. Sin embargo, más adelante, el Partido va a iniciar contactos militares e incluso va a desarrollar toda una política golpista. [...] [T]engo la impresión de que la lucha armada en este país tuvo muy en cuenta el elemento Fuerzas Armadas Nacionales. Es decir, que se contó con esas fuerzas como algo básico y fundamental. Incluso, que una gran parte del emotivismo, de la aventura estaba dado por el hecho de haberse apoyado más en las Fuerzas Armadas que en las propias fuerzas populares.

A esto Pompeyo Márquez habría de terciar ofreciendo su propia explicación acerca del origen de la alianza cívico-militar que se gestó a partir del Carupanazo:

> [P]ienso que nosotros no supimos comprender bien, en los años 58-60, las razones que existían para el descontento militar. [...] Esa incomprensión nos conducía a una actitud como la que adoptamos en el 58. Una actitud mecánicamente anti-golpista, a partir de una idea que en verdad influyó en nuestra política y que no era totalmente acertada. Un golpe militar en ese momento podía retroceder a una nueva dictadura. Íbamos saliendo de una dictadura militar y existían condiciones en el país para que un grupo de militares torcieran el rumbo.
>
> [N]osotros entramos en relación con estos grupos militares en la propia lucha contra la dictadura y en el propio año 58. Nuestros planteamientos democráticos, y la tradición que traíamos a lo largo de la resistencia, nos acercaba desde el punto de vista personal y político a un conjunto de oficiales. [...]

> Nosotros acuñamos toda una frase en cuanto a la unión cívico-militar, la unión de civiles y militares, pero no por capricho. Creo que son aciertos. Concebir en nuestro país un desarrollo democrático en el cual la participación de las Fuerzas Armadas es importante, tanto para alcanzar la victoria como para consolidarla y desarrollarla. Esto nos lleva a algunas variantes, porque nosotros, por ejemplo, no planteamos la disolución de las Fuerzas Armadas. [...] Había quienes pensaban que la M de Militar era M de mierda. Y nosotros sosteníamos que en Venezuela no se podía pensar en ningún desarrollo revolucionario, democrático, sin contar con el recurso de las Fuerzas Armadas. Ese es un hecho que nos conduce a estas relaciones [...] Por supuesto, si nosotros estábamos enfrentados a Betancourt y había un movimiento militar promoviendo el mismo enfrentamiento, era lógico que se produjera [tal] acercamiento[16].

Visto así, se trataba entonces de una modalidad insurgente que exigía a la vez un nuevo lenguaje y una lógica diferente. Y, de algún modo, la tentativa popularmente conocida como el Carupanazo serviría para deslindar el campo entre «putchismo» e «insurrección». Además, cabe ver aquí lo que observa Blanco Muñoz, quien es rotundo en su parecer:

> [E]l nivel ideo-político que se pone en evidencia en el Carupanazo no podía ser distinto al que registraba la izquierda en su conjunto. Y no es cuestión sólo de acusar el desconocimiento de la teoría revolucionaria. Hay que ir más lejos: la propia insuficiencia teórica lleva a estas organizaciones a una supuesta práctica revolucionaria que no podía menos que revelarse en sus justos y precisos términos. De este modo, «movimientos revolucionarios» como el del Carupanazo no son otra cosa que simples intentos de golpes de Estado. En este caso, un golpe «distinto» en tanto cívico (partidista)-militar y por su inspiración izquierdista[17].

16 Entrevista con Pompeyo Márquez. En ibíd., 123-126.
17 Blanco Muñoz, 1994: 94.

Volviendo a García Ponce, y a través de una reflexión profundamente autocrítica que ofreciera a la vuelta de los años, el otrora jefe del aparato armado del PCV diría lo siguiente a propósito de aquel primer intento por lograr que la insurgencia hiciera efecto con el apoyo de los cuarteles:

> Se aprobó una línea que yo hoy creo que no fue correcta: la línea de la chispa, la teoría de la chispa, de que la chispa encendería la pradera, de Lenin. Y entonces dijimos: lancemos a Carúpano como una chispa porque eso va a ser sólo el comienzo. Pero nada ocurrió. A Carúpano lo liquidaron. La chispa se extinguió. Y no sólo se extinguió sino que debilitamos las fuerzas[18].

García Ponce, como se ha dicho, no sólo era el máximo responsable del aparato armado del PCV, sino que integraba el comando político que, desde Caracas, tenía a su cargo coordinar con los militares el alzamiento de Carúpano en mayo de 1962. Había empero un detalle infranqueable a la hora de lanzarse a la acción y que, a última hora, debió contribuir a que el comando del PCV dudase seriamente de la efectividad de la asonada: Carúpano misma. Años más tarde, el veterano dirigente también le confiaría lo siguiente al periodista Blanco Muñoz: «Para ese momento yo no conocía a Carúpano, si lo hubiese conocido tal vez hubiese hecho todo lo posible para que aquello no se diera porque esa es una ciudad encerrada»[19].

Ahora bien, la pregunta acude con todo rigor: ¿quién decide el alzamiento de Carúpano? Revisando los testimonios surge por un lado la idea de que pudo tratarse de un acto de «lealtad» del jefe de la Infantería de Marina hacia la causa insurreccional, ofreciendo levantar por su cuenta el cuartel Antonio José de Sucre que estaba bajo su comando; por el otro, que se trató de una decisión tomada por el Buró Político del PCV: es decir, que el máximo órgano de dirección del partido decidió

18 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 362.
19 Blanco Muñoz, 1981(a): 113.

el alzamiento. Pero, entre una y otra, ronda una tercera versión: la que hace ver que fueron los militares quienes decidieron lanzarse a la aventura por el simple temor de verse descubiertos[20]. Esto se ve confirmado por la opinión que ofrece Pedro Ortega Díaz: «[V]ino la cuestión de Carúpano [...] [y] el argumento central era que Molina Villegas estaba descubierto y que en consecuencia lo iban a trasladar a uno de esos cargos administrativos y quitarle el mando»[21]. Frente a tan disímiles versiones, el periodista Blanco Muñoz se permite señalar de seguidas lo siguiente: «Dado que no ha sido posible orquestar el alzamiento, se impone forzar la barra, presionar, materialmente obligar a la gente con la cual se ha hablado (y ha quedado 'comprometida') a sublevarse»[22].

LILA DEBUTA Y CARÚPANO TAMBIÉN

A diferencia de García Ponce, quien admitía no haber pisado nunca aquella localidad del oriente del país, el cabecilla militar de la rebelión de Carúpano –el capitán de corbeta Jesús Teodoro Molina Villegas– tenía a su favor la ventaja de ser oriundo del lugar. Apodado popularmente entre sus paisanos como «Chuchú», el comandante del batallón de Infantería de Marina n.º 3 gozaba del aprecio general de los moradores de la comarca. Como militar tampoco era extraño a su ciudad de origen: dedicado a la especialidad de infante de Marina, la mayor parte de sus años cumplidos en esa rama habían sido precisamente con el batallón acantonado en Carúpano[23]. Tal vez esa simpatía fue lo que lo llevó a concluir que la ascendencia natural de la cual gozaba facilitaría que aquella pequeña ciudad portuaria sirviera de punto inicial para desafiar al gobierno de Betancourt. Pero además de contar con la simpatía de los lugareños, «Chuchú» tenía a su favor

20 Blanco Muñoz, 1994: 24. 45.
21 Entrevista con Pedro Ortega Díaz. En Blanco Muñoz, 1980: 54.
22 Ibíd., 22.
23 *El Universal*, 05/05/62: 18.

el hecho de no despertar sospechas entre sus superiores ni, tampoco, por parte del gobierno. En ese sentido, a su entender, el plan no corría peligro. Dicho en sus propias palabras:

> Una semana antes, el Presidente de la República había mandado al Comandante General de la Marina a decirme que tuviera mucho cuidado porque había una conspiración. Y yo le había dicho que no se preocuparan, que allí no había nada. Y, por la confianza que los adecos tenían en mí [*sic*], nos dejaron tranquilos[24].

Este dato se ve confirmado por Carlos Andrés Pérez, quien habiendo actuado por aquel entonces como ministro de Relaciones Interiores, ofrecería años más tarde el siguiente testimonio:

> Obtuvimos informaciones muy ciertas de que iba a estallar el golpe en Carúpano, vinculado al Partido Comunista y al MIR. Lo participé al presidente Betancourt y convocamos una reunión [en su residencia de Los Núñez], con [Luis Augusto] Dubuc y [Martín] Márquez Áñez, que era el jefe del Servicio de Inteligencia Militar. Se acordó que Márquez Áñez y el jefe de la Marina, almirante [Ricardo] Sosa Ríos, se apersonaran en Carúpano. Los dos se fueron tranquilamente por barco para Carúpano, pasaron dos o tres días en Carúpano y regresaron afirmando que no pasaría nada[25].

Con Carúpano era la tercera vez –luego de San Cristóbal y Barcelona– que la provincia le disputaba a Caracas ser asiento de las intentonas protagonizadas hasta entonces contra el guatireño o contra su antecesor Larrazábal, durante la etapa del gobierno provisional. Pero, en esta oportunidad, la protagonista sería una ciudad con vista al mar que, sin saberlo quienes se harían cargo de alzarla, serviría de escenario al primer enfrentamiento directo que se librara entre tropas

24 Entrevista con Jesús Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 113.
25 Hernández y Giusti, 2007: 141.

desde los tiempos finales de la Revolución Libertadora[26]. De hecho, Carúpano había visto metralla por última vez en 1902, cuando los generales Nicolás Rolando, Pedro Ducharne y otros jefes orientales se enfrentaron y derrotaron a las fuerzas de Cipriano Castro, resultando herido de un balazo en el muslo el gobiernista Juan Vicente Gómez cuando se disponía a formar parte de una carga por las calles centrales de la ciudad. Según lo refirió en una oportunidad el propio Gómez, el futuro presidente hizo trece disparos con su máuser antes de recibir aquel impacto que lo colocó al borde de la muerte o, al menos, de sufrir una mutilación en Carúpano[27].

A fin de cuentas, en mayo de 1962, Caracas se asombraría de que una pequeña localidad situada a más de seiscientos kilómetros de distancia le disputara el derecho de producir movimientos de agitación y sucesos violentos[28]. Por ello, transcurrido el primer día de la asonada, en los cafés, fuentes de soda, bares y restaurantes de la capital la pregunta obligada que resumía el desconcierto sería esta: «¿Qué pasa en Carúpano?»[29]. A su vez, los cuarenta y cinco mil habitantes de Carúpano verían de cerca, por primera vez en medio siglo, una acción violenta en la misma ciudad de la cual era oriundo también el expresidente de la Junta, contralmirante Wolfgang Larrazábal, quien servía entonces como embajador de Venezuela en Chile. Por extraña paradoja, se trataba de la ciudad que le había negado la mayoría de sus votos al exmarino durante la contienda electoral de 1958 para dárselos, en cambio, a Betancourt[30].

Respecto a la forma como se registraron las acciones, y la sorpresiva toma del cuartel de la Infantería de Marina, existen dos versiones que prácticamente no concuerdan en ningún punto. La primera es la que ofrece el historiador Juan Bautista Fuenmayor en su *Historia de la*

26 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 36.
27 *Élite*, n.º 1.912, 19/05/62: 72; Mannarino, 2006: 32.
28 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 38.
29 Ibídem.
30 Ibíd., 38.

Venezuela política contemporánea. En ella se palpa el esfuerzo por darle una coherencia dramática a los sucesos y, fiel a su empeño por desmerecer de Betancourt y del régimen por él representado, de imprimirle al Carupanazo cierto tono de hazaña frustrada:

> El alzamiento de Carúpano se inició por la tarde a eso de las cinco, momento en el cual empezaron a llegar al cuartel donde se hallaba alojado el Batallón de la Infantería de Marina, grupos de personas de la vida civil, las cuales fueron de inmediato provistas de armamento. Al parecer, se esperaba que Carúpano sería el primero en alzarse y que luego se alzarían otras unidades en diversos lugares del país. [...]
> El acto del alzamiento fue, en realidad, muy sencillo porque no existían otras fuerzas militares capaces de poder enfrentar a la infantería de marina. Sin embargo, faltó agilidad, imaginación y suficientes conocimientos tácticos en la oficialidad para dirigir las operaciones, en espera de que otras guarniciones pudieran secundarlos. Este hecho no se produjo en realidad y los alzados de Carúpano quedaron solos, a merced de las acciones agresivas del gobierno[31].

Frente a esta versión que exhibe el decoro, la pulcritud y la claridad propios de la épica, figura en cambio la versión recogida en media docena de periódicos donde el ambiente y el clima es otro, más prosaico y menos homérico si se quiere. Según se desprende de una de las fuentes consultadas, en este caso, del oficioso diario *La República*, dos celebraciones recientes habían hecho que el capitán Chuchú Molina se metiera en el bolsillo el corazón de sus paisanos: el 1.º de mayo, apenas días antes de producirse la asonada, el capitán ofreció en la sede de su comando una gran ternera para conmemorar el Día del Trabajador[32] mientras que había aprovechado la presencia del tenor Mario Suárez y la vocalista Lila Morillo, quienes se hallaban de paso por Carúpa-

31 Fuenmayor, 1988, XIV: 194-195.
32 *La República*, 07/05/62. ASGS.

no cumpliendo contrato en un hotel de la ciudad, para invitarlos a que ofrecieran un recital de música criolla en el cuartel a su cargo. La función tendría lugar la noche del jueves 3, en vísperas de iniciarse la acción militar. Según una crónica de la prensa, «después de la sesión de música criolla, los artistas se retiraron y quedaron los invitados, quienes empezaron una celebración»[33].

Por cierto que ese año 1962, inflamado en lo político, sería también año triunfal para la popular cantante zuliana, quien justamente había comenzado a darse a conocer en el patio nacional de la mano de su promotor Mario Suárez; ese mismo año, por ejemplo, circularía su LP *Lila en Broadway*, que recogía su actuación en el teatro Astoria de Nueva York. Lamentablemente, entre las docenas de entrevistas ofrecidas a la prensa haciendo el recuento de su vida, Lila jamás reveló ningún detalle –ni los periodistas tampoco le preguntaron nada– acerca de las horas que debió verse atrapada en medio de aquella insurrección contra el gobierno de Betancourt. «Ha sido una dura experiencia», fue al parecer lo único que comentó al conversar con los reporteros apenas unos días después de los sucesos[34]. Sin embargo, luego de recuperada la ciudad, sus discos fueron escuchados con profusión a través de Radio Carúpano, estación que, en manos de los rebeldes, fue clave durante parte de las cuarenta y dos horas que duró la acción rebelde[35]. De Mario Suárez, el cantante y «descubridor» de Lila, sobrevive en cambio un fugaz testimonio. El tenor asegura que, en plena asonada, resolvió acudir ante el comando insurgente para gestionar un salvoconducto, alegando urgencia por volver a Caracas. «Me negaron los facciosos el permiso, explicándome que era un peligro cruzar la vía hacia Casanay por temerse la voladura de cerros que debían obstaculizar el camino». Según sus palabras, solo pudo salir de Carúpano cuando la ciudad se halló de nuevo en poder del gobierno[36]. Suponemos que tal fue la

33 Ibídem.
34 *Últimas Noticias*, 07/05/62: 6.
35 Ibídem.
36 *El Nacional*, 07/05/62: 29.

misma suerte que corrió Lila Morillo y el resto de los músicos que los acompañaron a lo largo de la gira.

LA HORA DE LAS BRUJAS

La acción de Carúpano, desatada entre la noche del jueves 3 de mayo y la madrugada del viernes 4, le daría pleno sentido a lo que Betancourt solía llamar la «hora de las brujas» para describir así la predilección que sentían los golpistas venezolanos por actuar al filo de la medianoche. El diario *La República*, en su edición del día 7, se refería justamente a una «celebración» que había tenido lugar en el cuartel Antonio José de Sucre luego de que concluyera la velada de música criolla. ¿De qué celebración podía tratarse una vez que Lila Morillo y Mario Suárez abandonaran aquel cuartel sin que se hubiesen desvanecido aún aquellos aires tallados al ritmo del arpa y del canto?

La pregunta viene a propósito de si la inocente velada pudo haber servido como un factor distractor a la toma de la ciudad que habría de producirse apenas unas horas más tarde[37]. En esta misma línea cabría preguntarse si los promotores del levantamiento habían calculado de antemano la efectividad de una celada como la que tuvo lugar al cabo de marcharse los músicos. Ello es así puesto que, según un cable de la agencia oficial INNAC, el inicio de la acción se dio de tal forma que las autoridades de la ciudad se vieron sorprendidas dentro del cuartel en estado de total indefensión, mientras celebraban junto a sus anfitriones militares. El brindis, según se desprende de esta información cablegráfica, sirvió para detener *ipso facto* a los representantes locales del gobierno de coalición, dirigentes sindicales, funcionarios del distrito y

37 Según Carlos Soto Tamayo, quien trascribe unas notas que en fecha posterior a los sucesos le suministrara el escritor y periodista José Vicente Abreu, Molina Villegas tenía instrucciones de tomar el cuartel Antonio José de Sucre antes de las 10 de la noche, pero que –según su propia confesión– se vio impedido de hacerlo porque aún, a esa hora, Mario Suárez y Lila Morillo se hallaban ofreciendo su «acto cultural» en las instalaciones del cuartel. Soto, 1986: 289.

personalidades «representativas de Carúpano». Calificándolo de «táctica realista», el despacho del INAAC puntualizaba lo siguiente: «Según las versiones recogidas en esta ciudad, la guarnición de la Infantería de Marina de Carúpano invitó a un brindis a todas estas personalidades y, después de que todos estaban presentes, les dieron la voz de arresto, dejando así a la ciudad sin su fuerza viva»[38]. El único que, según el cable, pudo evadirse de aquella «táctica realista» fue el presidente del Concejo Municipal que huyó hacia Cariaco[39]. «¿Táctica realista?». ¿En qué estaría pensando el corresponsal al utilizar semejante expresión? Seguramente en José Tomás Boves y sus famosas encerronas al son del *Piquirico*.

Aparte de un inicio tan sorpresivo y lleno de dramatismo como lo describía el cable en cuestión, cabe la posibilidad de pensar que fue más bien la circunstancia de aquella fiesta improvisada lo que, a su manera, precipitó las acciones. En otras palabras, ¿estaba previsto que el cuartel se alzara al concluir Mario Suárez y Lila Morillo su función, o mucho de lo que ocurrió a partir de ese momento fue, simplemente, producto de la improvisación?

Según Carlos Fermín Castillo, quien participaría un mes más tarde en los sucesos del Porteñazo como teniente de fragata, no hubo nada de azaroso en la escogencia del 4 de mayo de 1962. A su juicio, la fecha había sido cuidadosamente calculada a fin de que las acciones de Carúpano y Puerto Cabello tuvieran lugar de forma simultánea. En entrevista para este libro, Fermín Castillo expresó lo siguiente:

> Dentro del marco político del que te estoy hablando, y de la decisión firme de ir contra el gobierno por la vía armada, se asienta la conspiración. Hubo una reunión que poca gente supo que tuvo lugar. ¿Quiénes estaban presentes en esa reunión? Eduardo Machado, por el PCV, Simón Sáez Mérida, por el MIR, el capitán Víctor Hugo Morales, el médico Arnaldo Ochoa, yo, y

38 *El Universal*, 06/05/62: 13.
39 Ibídem; *Últimas Noticias*, 06/05/62: 25.

> un señor que era del aparato militar del Partido Comunista. Allí se analizó la situación, se hizo una evaluación de las fuerzas militares, y se llegó a la conclusión de que teníamos fuerzas suficientes para derrocar al gobierno. Se tomó la decisión de que fuese el 4 de mayo. Ahora, ¿por qué el 4 de mayo? Porque ese día Betancourt iba a estar en la zona de Guarenas-Guatire, y la idea era volarlo para dar inicio al movimiento.
> ¿Por qué Carúpano se va adelante? –le preguntamos.
> De acuerdo ya el movimiento, cada quien regresa a su sitio y yo vuelvo a Puerto Cabello. Yo era el teniente de fragata más antiguo de Puerto Cabello. Entonces allí hacemos una nueva revisión con los oficiales de la infantería de marina y, en realidad, todos eran alféreces de navío y se concluyó que hacía falta incorporar a oficiales superiores. El 3 de mayo en la noche, para amanecer el 4, nos dimos cuenta de que no podíamos salir. De todas maneras, anteriormente, yo vine a Caracas y dije que la infantería de marina de Puerto Cabello no podía salir. Ese mensaje de que no podíamos salir jamás le llegó a «Chuchú» Molina. El PCV lo cortó porque eran ellos quienes manejaban las comunicaciones, y sacrificaron a Molina[40].

A pesar de que la fecha estuviese acordada de antemano, o con todo y que el mensaje trasmitido por los conspiradores que actuaban en Puerto Cabello no llegara a tiempo a fin de que los responsables del alzamiento en Carúpano abortaran la acción, hay algo que no deja de ser curioso. Aun suponiendo que todo marchara según lo previsto, los rebeldes de Carúpano, al parecer, se lanzaron al complot antes –incluso– de haber afinado ciertos detalles logísticos. ¿Y a qué pudo deberse semejante circunstancia? Según llegó a reseñarlo el diario *El Nacional*, fue justamente durante la celebración de aquella fiesta con los invitados especiales de Caracas que «a uno de los oficiales implicados se le pasaron las copas y habló demasiado. Otro oficial no comprometido le oyó y, ante el temor de ser descubiertos, se adelantaron»[41].

40 Entrevista con Carlos Fermín Castillo. Caracas, 30 de julio de 2013.
41 *El Nacional*, 07/05/62: 23.

La declaración de este testigo, según la cual uno de los comprometidos «soltó la lengua»[42], puede que solo forme parte del mundo de fábulas, fantasías y exageraciones que suele caracterizar situaciones tan confusas como una asonada militar. Lo cierto es que, apenas horas después del jolgorio, tropas de la Infantería de Marina, armadas de ametralladoras, tomaron posesión de algunos sitios estratégicos de la ciudad. Pasadas las dos de la mañana, cuando ya estaban en control de los puntos fuertes, los rebeldes lograron adelantar el inicio de la transmisión matutina de Radio Carúpano a fin de leer el «Manifiesto de la Guarnición de Carúpano», repetido varias veces por la estación local[43]. De tal forma, el alzamiento salió al aire por las ondas de Radio Carúpano cuando aún faltaban horas para que clareara el día[44]. A partir de ese momento, aquella emisora local, con banda de 940 metros, que de ordinario cerraba sus emisiones a las diez de la noche y cuya programación se mantenía principalmente a base del orgullo local, pasaría a convertirse de pronto, y durante veinticuatro horas, en la radiodifusora más importante del país[45].

Al referirse a Radio Carúpano, propiedad del Circuito Nacional Rumbos, una crónica publicada por *El Nacional* describiría la toma de la planta en estos términos:

> La emisora local salió al aire bajo el mando de los protagonistas de la asonada a las dos y 15 minutos de la madrugada. [...] En el «Estudio A» se encontraba el capitán de corbeta Jesús Teodoro Molina Villegas, cabecilla de la insurrección, quien leyó las proclamas y anunció iniciar una nueva etapa para derrocar al régimen actual. Luego repitió las proclamas el mayor [Pedro] Vegas Castejón, segundo comandante de los insurrectos, quien advirtió a los oyentes que en el golpe estaban comprometidas muchas guarniciones militares del país. [...] El empleado de la emisora, quien actuaba como operador de estudio, durante 10 horas estuvo encañonado con fusiles y ametralladoras por varios soldados para que a todo momento mantuviera en el aire la estación[46].

42 Ibídem.
43 *La República*, 07/05/62. ASGS.
44 *El Nacional*, 05/05/62: 35; 06/05/62: 33; 07/05/62: 30.
45 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 38.

En medio de lo ocurrido existe un detalle que, sin embargo, no se ajusta a un ritmo tan trepidante, signado además por la improvisación y, sobre todo, ante la presencia de un ambiente caracterizado por el jolgorio de una fiesta criolla. Se trata del testimonio de los propios insurrectos quienes, rememorando más tarde lo ocurrido, se refieren al hecho de que incluso hubo tiempo para que los jefes del «movimiento-chispa» formaran a los elementos de tropa en el patio del cuartel a fin de comprometerlos en la sublevación mediante una arenga dirigida por el comandante Jesús Molina Villegas y otra a cargo del mayor Pedro Vegas Castejón, quien actuaba como segundo al mando[47]. Por cierto que, en materia de discursos, debieron haber ocurrido pocos momentos tan extraños como el que suscitó la toma de la localidad de San José de Aerocuar, situada a pocos kilómetros de Carúpano. Capturada por los rebeldes durante aquellas altas horas de la madrugada, el teniente que tuvo a su cargo la operación levantó a los lugareños y los convocó frente a la jefatura civil con el fin de dirigirles una arenga de elevado tono salvacionista y rusoniano, a juzgar por el testimonio que de ella ha sobrevivido. Para los habitantes de San José de Aerocuar había llegado el momento de que vieran decretada su felicidad a las tres de la mañana:

> Pueblo de San José: hoy es para mí un momento inolvidable al tener la oportunidad de invitarlos a *que me acompañen a esta lucha por el derecho de ser felices.* [...] Señores: en este país no existe libertad. [...] *Nosotros* [...] *tenemos como deber el de salvar a nuestra Patria, desnaturalizada por un grupo de traidores, para vivir en ella como una sola familia, donde no existan egoísmos*[48].

46 *El Nacional*, 08/05/62: 24.
47 Blanco Muñoz, 1994: 49-51.
48 Héctor Fleming Mendoza, *La batalla de Carúpano*, pp. 44-45. En Blanco Muñoz, 1994: 56-57. Énfasis nuestro.

Poco menos de dos horas después de que el autocalificado Movimiento de Recuperación Democrática cumpliera el objetivo de radiar su proclama, Betancourt llegaría a Miraflores pasadas las 4:00 a. m. luego de ser informado telefónicamente a su residencia de Los Núñez acerca del alzamiento de los infantes de Marina[49]. La prensa, sin embargo, no lo vio hasta horas del mediodía. El presidente había pasado la mañana reunido con sus principales ministros –Carlos Andrés Pérez al frente de Relaciones Interiores; Antonio Briceño Linares, a cargo del Ministerio de la Defensa y Ramón J. Velásquez en la Secretaría de la Presidencia– procesando la información de lo que ocurría y evaluando el tipo de respuesta que debía dársele a la asonada[50]. La ironía, que siempre suele ser fértil en sus acometidas, quiso que ese viernes 4 de mayo de 1962 Betancourt tuviese programado recibir las credenciales del nuevo embajador dominicano. Se cumplía exactamente un año desde que su archienemigo Rafael Leónidas Trujillo cayera abatido en una emboscada nocturna, dando lugar a que, desde enero del 62, Venezuela restableciera relaciones con la isla, las cuales habían permanecido rotas desde el fin de la dictadura de Pérez Jiménez. Mientras el presidente recibía así al representante de un país que estrenaba su primer ensayo de democracia en el siglo xx, una guarnición en Carúpano se pronunciaba cuestionando las credenciales democráticas de Betancourt en el poder.

El protocolo duró exactamente siete minutos y, según los reporteros, el presidente solo rio en una oportunidad durante la ceremonia. Cuando el diplomático se retiró y mientras aguardaba junto al canciller Marcos Falcón Briceño por el regreso de su edecán militar, Betancourt encendió su pipa. Se veía tranquilo aunque preocupado. Luego se volvió a un grupo de periodistas y dijo: «Mañana nos vemos en la gira a Barinas y Portuguesa»[51]. Aparte de ser quizá la forma más adecuada en ese momento de trasmitir seguridad y confianza ante los periodistas, Betancourt efectivamente se había hecho el propósito de llenar la agenda del 62 con una serie de actos por el interior del país, como lo evidenciaba el hecho de haber regresado apenas el día antes de una gira que lo había llevado hasta Guárico y, de paso, a su pueblo natal de Guatire, luego de hacer entrega de viviendas construidas por el Banco Obrero en la zona industrial Guarenas-Guatire y de inaugurar un centro ambulatorio de los Seguros Sociales en compañía del expresidente Rómulo Gallegos[52]. Ocasión por cierto que, según el testimonio de Carlos Fermín Castillo antes citado, debió haber servido para atentar contra Betancourt y dar inicio al plan insurreccional[53]. Cabe aclarar que tal circunstancia la hemos escuchado solamente de este testimoniante, sin que hasta ahora haya sido posible contrastarla con alguna otra fuente. De haber sido así se habría tratado de una repetición, aunque esta vez desde la izquierda, y al parecer sin auxilio extranjero, del plan tramado por quienes llevaron a cabo el fallido magnicidio contra el presidente, casi dos años antes en la avenida Los Próceres, con el apoyo del dictador dominicano Trujillo, su irreconciliable enemigo en la *vendetta* política caribeña[54].

La relativa tranquilidad del mediodía contrastaba con el natural nerviosismo que se había apoderado de Miraflores durante las primeras horas de esa mañana cuando las noticias eran todavía alarmantes y contradictorias. Por un lado, no había duda de que los infantes sublevados dominaban puntos clave de Carúpano, incluyendo el aeropuerto y algunos cerros vecinos que harían lenta y comprometedora la labor de las fuerzas leales a la hora de recuperar el control de la ciudad. Además se tenía noticia de que, aparte de tomar posiciones de combate, los insurrectos habían alistado a civiles desafectos y jóvenes liceístas[55]. Según la prensa, los rebeldes proveyeron de armas a más de ochenta estudiantes del liceo local, confiriéndoles a algunos de ellos presillas

49 *El Nacional*, 05/05/62: 21; *El Universal*, 05/05/62: 1.
50 *El Nacional*, 05/05/62: 21.
51 Ibídem.
52 *El Universal*, 04/05/62: 10; *El Nacional*, 04/05/62: 21.
53 Entrevista con Carlos Fermín Castillo. Caracas, 30 de julio de 2013.
54 Mondolfi, 2013; Sierra, 2006: 98.
55 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 38.

de «distinguidos» y «sargentos»[56]. Aunque el dato no figurara reseñado por los medios de prensa nacionales, existía una circunstancia propicia para que los estudiantes del único liceo existente en la localidad resolvieran actuar en ese momento como protagonistas de su propia historia y sus propias reivindicaciones: después de todo, el pronunciamiento de Carúpano coincidió con el hecho de que se hallaran en huelga, como protesta contra una medida recientemente dictada por el Ministerio de Educación[57].

El gobierno confirmó que los rebeldes tenían bajo su mando la estación de Radio Carúpano y que, a través de sus transmisiones, aseguraban haber comenzado a distribuir armas entre grupos de civiles[58]. También se tenía información de que habían logrado apoderarse de un Fokker F-27 de la línea comercial Avensa que se hallaba aparcado en el aeropuerto la madrugada de la insurrección, con el aparente propósito de utilizarlo en maniobras de reconocimiento aéreo de la zona. Más importante aún, según las versiones que se manejaban hasta ese momento en el Palacio de Gobierno, los rebeldes se habían adueñado de Casanay y que avanzaban hacia Caripito, noticia que al cabo terminó viéndose desmentida por los hechos. Sin embargo, según la radio en poder de los sublevados, la dirección del Movimiento 4 de Mayo amenazaba con avanzar y abrir operaciones contra los campos petroleros de Caripito y Quiriquire[59]. Si bien esto tampoco ocurrió, puesto que los rebeldes optaron más bien por sostener una guerra de posiciones dentro de Carúpano a la espera de que reaccionaran otras guarniciones del país, algunos de sus líderes fueron partidarios de librar «la guerra del petróleo», lo cual podía provocar una situación difícil e incómoda para el gobierno. De hecho, ocupar alguna propiedad en la zona petrolera habría implicado producir el secuestro o la toma de

56 *Últimas Noticias*, 07/05/62: 5.
57 Blanco Muñoz, 1994: 86.
58 *La República*, 05/05/62. ASGS.
59 *El Nacional*, 05/05/62: 21.

rehenes entre el personal técnico de las compañías estadounidenses[60]. Uno de los proponentes de semejante estrategia llegó a ofrecer su explicación de este modo:

> Los oficiales del Movimiento 4 de mayo [...] llegamos a la conclusión de que el objetivo estratégico fundamental de la zona era Caripito. La toma de Caripito significaba la inmovilización de la producción petrolera de Oriente. [...] Se garantizaba una salida al mar –en condiciones de defender [nuestras unidades] de los ataques navales–. Al mismo tiempo, las instalaciones petroleras obligarían al gobierno a mantener consideraciones «humanitarias» con los bienes y ciudadanos norteamericanos, lo que impediría la aplicación de todo su poder de fuego[61].

Pero ya a esa hora –mediodía del viernes 4– también corrían noticias que, en sentido contrario, le daban aliento al gobierno. Rato antes, el presidente había sido informado de que la V División de Infantería, que controlaba las guarniciones de Monagas, Sucre y Anzoátegui, había sido chequeada y que sus unidades se mantenían leales a Caracas. A partir de ese punto la orden fue que todo su material rodante fuera puesto en situación de combate para dirigirse a Carúpano. Luego de coordinar el plan de acción con otros contingentes que procederían de Ciudad Bolívar, Guárico y 1 500 fusileros de la Infantería de Marina aerotransportados desde Maiquetía, el objeto era lanzar una operación convergente sobre la ciudad sublevada que llevaría el nombre de Operación Rescate, según algunas fuentes, y Operación Tenaza, según otras[62].

Ese viernes, día del alzamiento, el primer encuentro que sostuvieron los golpistas con las fuerzas leales al gobierno se produjo cuando un avión sobrevoló la ciudad en labores de reconocimiento y fue alcanzado por descargas de ametralladora desde las posiciones tomadas

60 Entrevista con J. T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 116; Blanco Muñoz, 1994: 26.
61 Citado por Blanco Muñoz, 1993: 44.
62 *El Nacional*, 05/05/62:35; 06/05/62: 33; *Últimas Noticias*, 06/05/62: 4,6.

por los rebeldes. El aparato, en retaliación, lanzó una ráfaga contra los sitios claves de los alzados provocando la primera baja que, en este caso, no fue un militar sino un civil que se encontraba en las inmediaciones de la plaza principal observando lo que acontecía[63]. Según la prensa, la incursión de la aeronave enardeció a los rebeldes al punto de anunciar, a través de Radio Carúpano, que los funcionarios locales del gobierno de coalición que permanecían en calidad de prisioneros corrían el riesgo de ser víctimas de la furia popular a raíz del «bombardeo» del que fuera objeto la ciudad por parte de la Aviación[64]. El ministro Carlos Andrés Pérez admitiría desde Miraflores que un avión de reconocimiento había sobrevolado Carúpano para informar sobre la situación, pero negó que hubiese ametrallado desde el aire, como insistía en denunciarlo la emisora local[65]. Otra versión aseguraba que, efectivamente, el ataque aéreo había sido efectuado por tres bombarderos B-25 que llevaban instrucciones de volar sobre Carúpano con la misión de ametrallar el cuartel sublevado y otras posiciones rebeldes, y que la prueba fue que las naves regresaron a Maiquetía portando huellas de la riposta que habían recibido de las baterías antiaéreas rebeldes[66], viéndose una de ellas forzada a efectuar un aterrizaje de emergencia por el estado de avería en que se hallaba su sistema hidráulico[67]. Al parecer, el hostigamiento aéreo era una maniobra para mantener a los alzados dentro de Carúpano con el fin de facilitar el avance, a la mañana siguiente, de los efectivos leales que pretendían converger sobre la ciudad alzada[68].

Sin embargo, las noticias del ataque aéreo se hacen un tanto contradictorias si, en lugar de recurrir como fuente a los periódicos capitalinos, se acude al testimonio ofrecido por uno de los insurrectos. Tal es el caso del entonces teniente Héctor Fleming Mendoza quien,

63 *El Nacional*, 07/05/62: 30.
64 *El Nacional*, 08/05/62: 19.
65 *La República*, 05/05/62. ASGS.
66 *El Universal*, 05/05/62: 18.
67 *Últimas Noticias*, 06/05/62: 9.
68 Roo, 1982: 27.

hallándose recluido en prisión, escribió un recuento de lo ocurrido que terminó hallando su camino hasta las prensas clandestinas. En parte de ese material editado en tiempos apenas posteriores al Carupanazo se lee lo siguiente:

> Las operaciones militares del gobierno empiezan a desarrollarse [...] apareciendo sobre Carúpano el primer avión de bombardeo, tipo *Canberra*, que inicia el ataque de las instalaciones militares, zonas de concentración de tropa y zonas no militares de la ciudad, entre estas últimas, el Liceo [...], el aeropuerto de Carúpano y sus alrededores, el mercado público y zonas adyacentes. Estos bombardeos se iniciaron sin previo aviso y con la población civil desprevenida, por lo que el comando revolucionario ordenó la evacuación de la población civil de las zonas adyacentes a las instalaciones militares fundamentalmente. [...] Cinco ametralladoras antiaéreas punto cincuenta y tres ametralladoras ZB-37 acondicionadas para el fuego anti-aéreo respondieron el ataque. Desaparece el peligro aéreo durante el resto de la mañana. En las primeras horas de la tarde toma la ofensiva de nuevo el gobierno; esta vez tres aviones tipo B-25 inician el ametrallamiento y bombardeo de la población; de nuevo nuestras armas anti-aéreas entran en combate. Cae la noche y desaparece el peligro de la aviación[69].

Agustín Blanco Muñoz, quien observa de manera muy crítica lo señalado por Fleming Mendoza, apunta lo siguiente:

> Parece fácil detectar las exageraciones en este testimonio. Es evidente que el cuartel [de la Infantería de Marina] fue ametrallado, pero no es cierto que haya ocurrido igual en el liceo [...], el mercado público y zonas adyacentes. Nadie puede concebir que una operación (y ni siquiera ametrallamiento sino bombardeo) de esta naturaleza pued[a] reducirse en cuanto a sus resultados a un muerto[70].

69 Héctor Fleming Mendoza, *La batalla de Carúpano, pp. 38-39.* En Blanco Muñoz, 1994: 63-64.
70 Ibíd.

Además, el aparente fracaso de la misión que llevaban los B-25 coincidió con que, aparte de metralla, los aviones lanzaran volantes sobre la ciudad (llamados «mariposas») intimando a los rebeldes a que se rindieran. Haciendo caso omiso a las amenazas, Radio Carúpano no le daría tregua a sus mensajes: «[N]i con bombardeos, ni con ametrallamientos, *ni con papelitos*, van a bajar un ápice nuestra moral y la moral de este pueblo». Sin embargo, como lo notarían los reporteros de *Élite* al escribir desde los alrededores de aquella ciudad que se aprestaba para la batalla:

> ... las voces de los locutores son improvisadas y sin ese dinamismo característico del que inició [las transmisiones en la madrugada]. Ni siquiera la dicción es normal. Un estudiante, que parece estar bajo la influencia de alguna coacción, se expresa de manera absurda, para titularse dirigente de una facción estudiantil revolucionaria[71].

Al día siguiente, cuando el avance de las fuerzas leales era ya profundo, los volantes volvieron a caer del cielo, esta vez con el propósito de que sirvieran de salvoconducto para evacuar la zona. «Consérvala y preséntala ante nuestros efectivos», decían las hojas[72]. Al parecer, cayeron justo cuando los oficiales rebeldes se disponían a celebrar un mitin en la plaza principal de la ciudad para explicarles a los lugareños que habían resuelto entregarse a las fuerzas del gobierno con el fin de evitar un mayor derramamiento de sangre[73].

Entrada la noche del viernes 4 de mayo, y desde el propio Palacio de Gobierno, Betancourt dirigió una alocución radiotelevisada a nivel nacional para informar acerca del alcance y naturaleza de la asonada, así como sobre las medidas que se tomarían para aplastarla. Calificándolo de «movimiento cubanizante», el presidente exigía la rendición

71 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 30. 32.
72 *El Nacional*, 07/05/62: 29.
73 Ibídem.

incondicional de los sublevados y recalcó, en términos de ultimátum, que las fuerzas leales tomarían por asalto la ciudad si los rebeldes no deponían las armas al día siguiente. Dirigiéndose al país a través de este «lacónico pero conciso discurso» como lo calificaría la prensa luego de que el Gabinete aprobara una suspensión parcial de las garantías constitucionales, restituidas apenas un mes antes[74], el presidente señaló:

> En las primeras horas de mañana será tomado por asalto el cuartel *ad hoc* en que están los efectivos del Batallón de Infantería de Marina. Ellos me están oyendo; que se rindan en las primeras horas de mañana porque las instrucciones y las órdenes que llevan las tropas son precisas y claras. Contra quien insurja frente al orden legítimamente constituido, frente a aquéllos que hagan armas contra el Gobierno legítimamente constituido, la respuesta del Gobierno es la respuesta de las armas[75].

Betancourt reconoció sin embargo que los rebeldes habían sido ametrallados desde el aire y así lo expresó: «Se ametralló el cuartel N. 3 y sus oficiales hicieron que los insurgentes se trasladaran al Liceo de Carúpano a sabiendas de que se vacilaría para ametrallarlo»[76]. De

74 Dos meses antes –según lo informara el diario *Últimas Noticias*– Betancourt había dejado en manos del Congreso la decisión de restablecer las garantías constitucionales, lo cual finalmente tuvo lugar en el marco de una sesión conjunta de ambas cámaras. El tema se saldó tras un largo debate, lográndose restituir las garantías apenas veintinueve días antes de que ocurriera el Carupanazo. *Últimas Noticias*, 09/05/62: 7; Castillo, 1998: 277.

Por su parte, el politólogo Hernán Castillo anota lo siguiente: «Durante casi la totalidad del período de gobierno 1959-1964 en Venezuela estuvieron suspendidas las garantías constitucionales, sobre todo aquellas [...] relativas a la libertad física de los venezolanos; a la inviolabilidad del hogar y de la correspondencia; al libre tránsito por el país; a la libre expresión del pensamiento; a la libertad de reunión y manifestación; al rechazo a la propaganda de guerra y el anonimato. Ahora bien, la relación entre la suspensión de este tipo específico de garantías constitucionales y los sucesos que motivaron los Decretos del Ejecutivo se encuentran básicamente en que el ejercicio de estas garantías civiles por parte de los venezolanos colocados en la oposición política y en la subversión durante esta época le impedía al Ejecutivo controlar adecuadamente estos sucesos de tal manera que no llegasen a alcanzar una magnitud que pudiese representar una amenaza grave contra la seguridad del sistema político, la estabilidad del gobierno y la vida de los venezolanos». Castillo, 1998: 275.

75 *El Nacional*, 05/05/62: 21; *El Universal*, 05/05/62: 18.

76 *El Universal*, 05/05/62: 18.

acuerdo con lo registrado por la prensa, tan pronto como terminó la alocución presidencial, los rebeldes –por medio de una voz poco acostumbrada a los micrófonos– comenzaron a expresarse de modo mucho más desafiante a través de las ondas de Radio Carúpano[77]. Se trataba, de alguna forma, de la primera fase de la guerra, o sea, la que se libraría a través de los micrófonos: Betancourt, desde Miraflores, y a través de las ondas de Radio Nacional en horas de la noche, intimando a los alzados a que se rindieran; los rebeldes, a través de Radio Carúpano, desafiando al gobierno mediante comunicados, incitando a la insurrección nacional y proclamando la supuesta adhesión de otros cuarteles. De hecho, cuando no se hallaba difundiendo mensajes que afirmaban que el país estaba siendo vampirizado por una política entreguista y antinacional, o insistiendo que el gobierno de Betancourt se había colocado al margen del espíritu del «23 de enero» al incurrir en desviaciones y vicios como los que habían dado pie al alzamiento, la estación se mantenía ocupada trasmitiendo música popular venezolana[78].

A pesar de todo, Caracas no desconfió en mantener el ritmo ordinario de sus actividades. El dinero, que suele ser cobarde, no tuvo miedo en esta oportunidad: ese viernes, las operaciones de la Bolsa de Caracas fueron normales[79]. En todo caso, a pesar de noticias aparentemente alentadoras, a lo largo de ese día se fueron presentando brotes de violencia en la capital; como siempre, las primeras víctimas serían algunos autobuses que terminaron reducidos a chatarra (obra de lo que el gobierno solía llamar la «piromanía extremista»), acompañado de disturbios en zonas de Lídice, Catia, El Guarataro, La Charneca, el 23 de Enero, La Pastora, Lomas de Propatria, Simón Rodríguez y la avenida San Martín, lo que obligó a un transitorio descuartelamiento de la policía[80]. En la zona de Los Chaguaramos, aledaña a la UCV, donde también hubo quema de vehículos, los bomberos fueron recibidos a

77 *El Nacional*, 08/05/62: 19.
78 *El Nacional*, 07/05/62: 29.
79 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 38; *El Nacional*, 05/05/62: 29.
80 Ibídem; *El Nacional*, 05/05/62: 34.

tiros desde la ciudad universitaria, lo que les imposibilitó la labor de rescatar lo que aún quedaba entre las llamas[81].

El Nacional envió al teatro de la rebelión a los reporteros Absalón José Bracho y Ezequiel Díaz Silva quienes, desde Cumaná, actuaban como corresponsales de ese diario para la región oriental del país. Según los periodistas, una vez que la plaza cayó en poder de los alzados, estos comenzaron a emitir una serie de comunicados a través de Radio Carúpano en los que señalaban los objetivos del movimiento. A tenor de tales comunicados, el gobierno pretendía transformar a las Fuerzas Armadas en «un cuerpo represivo a su favor» y, aún más, que al designar al expresidente Wolfgang Larrazábal y al comandante Hugo Trejo en cargos diplomáticos en el exterior, el régimen de Betancourt había resuelto alejarlos convenientemente, propiciando de esta forma el exilio simulado de algunos altos oficiales que se habrían opuesto a lo que los rebeldes calificaban como el distanciamiento entre el pueblo y las Fuerzas Armadas[82]. No obstante, contrario al deseo de quienes invocaban el nombre de Larrazábal como emblema de la rebelión, este fue rápido en cablegrafiar desde Chile expresando su repulsa a la asonada. Para desengaño de los rebeldes, el expresidente de la Junta de Gobierno afirmaría que la Marina «nunca será foco de rebeldía»[83].

Aparte de la actividad radial, los sublevados –como se ha dicho– comenzaron a tomar posiciones fuera del cuartel de la Infantería de Marina que había servido de asiento a la asonada. Entre la propia madrugada del alzamiento y el curso de la mañana siguiente se apoderaron del destacamento de la Guardia Nacional, del aeropuerto y algunas dependencias oficiales, incluyendo el liceo de la localidad y el Concejo Municipal. Aunque el movimiento era jefaturado por Molina Villegas, quien pertenecía a la Armada y actuaba como cuadro militar del MIR, lo acompañaba, como segundo jefe del movimiento, el mayor

81 *El Universal*, 05/06/62: 48.
82 *El Nacional*, 05/05/62: 35.
83 *El Universal*, 06/05/62: 6; *El Nacional*, 05/05/62: 1.

Pedro Vegas Castejón, de la Guardia Nacional y ficha cercana al PCV. La prensa de la época recoge versiones contradictorias según las cuales, por un lado, algunos de los líderes civiles y militares del movimiento aconsejaban mantenerse confinados a Carúpano a la espera de que otras guarniciones se sumaran a la acción; por el otro lado sin embargo, y aquí la opinión de quienes pertenecían a la Guardia Nacional era determinante, el propósito, a partir de ese momento, debía ser que el alzamiento se desbordara hacia otros puntos estratégicos del estado, comenzando por Caripito y Casanay, los cuales se hallaban justamente bajo control de la GN. Para los rebeldes que pensaban de esta manera, ambas localidades podían servir de puntos de contención, especialmente la última –Casanay– que actuaba como importante enclave para el control y vigilancia del tráfico carretero de oriente.

Decidida la respuesta que el gobierno daría en términos militares, un convoy de cuarenta y seis camiones, varias unidades de artillería sin retroceso y media docena de *jeeps* comenzaron a desplazarse desde distintas guarniciones de oriente hacia la población en armas. Sin embargo, ante la ligereza con que ciertos periodistas especulaban sobre la falta de rapidez con que se había efectuado la movilización, y al mismo tiempo también frente aquellos que –por el contrario– daban por cierta la noticia de que las tropas leales habían alcanzado el perímetro de Carúpano casi por arte de magia, Carlos Andrés Pérez saldría al paso diciendo: «Un camión militar no se mueve a 80 kilómetros por hora, se mueve muy despacio y tienen que ir primero avanzadas porque allí hay una fuerza indudable de cuatrocientos hombres bien armados»[84].

Según informaba la crónica de Absalón Bracho y Ezequiel Díaz Silva, quienes cubrían parte del avance, «[La] caravana [...] llegó a Cariaco [durante la madrugada] luego de un recorrido de ciento diez kilómetros. Al amanecer siguieron la marcha hasta el burgo de Casanay, donde se reunieron los oficiales [de los distintos batallones]

84 *Últimas Noticias*, 06/05/62: 5.

a organizar el plan militar para entrar a Carúpano»[85]. Algo que, por cierto, habría de tener mucha incidencia en el desarrollo de las acciones fue que estos oficiales, siguiendo instrucciones del Ministerio de la Defensa, dispusieran que fuesen los efectivos del batallón n.º 1 de la Infantería de Marina Simón Bolívar transportado desde La Guaira, los que formaran la avanzada para sofocar el alzamiento[86]. A juicio de quienes tomaron tal decisión, se trataba del modo más efectivo de minar la moral de los rebeldes, teniendo que verse obligados a enfrentar a sus propios pares. Según se colige de los resultados de la acción, esa parte del plan, que consistió en colocar a los contingentes de la Infantería de Marina en la primera fila de combate, fue algo que terminó surtiendo un efecto contundente en términos de emotividad y compañerismo[87].

Además, si algo –según las crónicas– facilitó el avance de los atacantes a partir de las primera horas del sábado fue que los rebeldes no ejecutaron el plan de obstaculizar adecuadamente las vías o, al menos, de volar parte del tramo carretero que separaba a Casanay (uno de los puntos de concentración de las fuerzas leales) de Carúpano, o la vía que conectaba a Caripito con Maturín, por donde debía transitar también parte de la tropa que había sido enviada a la zona insubordinada. Más tarde, el propio jefe del levantamiento –Molina Villegas– admitiría que si las cargas dinamiteras hubiesen estado mejor dispuestas, las fuerzas leales al gobierno habrían demorado al menos un día más en llegar a Carúpano, circunstancia que les habría dado a los rebeldes un precioso margen de tiempo a fin de que otras guarniciones se plegaran al levantamiento[88]. Lo cierto es que en uno de aquellos puntos por donde debía desplazarse la fuerza atacante apenas estalló un cartucho de dinamita cuando pasaba un *jeep* de reconocimiento, y ello sin que

85 *El Nacional*, 07/05/62: 30.29.
86 *El Nacional*, 05/05/62: 1.
87 Blanco Muñoz, 1994: 77.
88 Entrevista con J. T. Molina Villegas. Blanco Muñoz, 1981(a): 120.

se reportara más que un herido entre sus tripulantes[89]. Al parecer, el plan de las voladuras corría a cargo, no de los militares rebeldes, sino de algunos cuadros políticos venidos desde Caracas.

El caso es que, según se desprende de las entrevistas efectuadas por Agustín Blanco Muñoz, la tarea de minar la zona por donde debían transitar las fuerzas leales fue una responsabilidad no cumplida por la impericia o improvisación de aquellos civiles, principalmente por el filósofo y dirigente político Pedro Duno Heres[90]. El propio Duno se hizo cargo de aclarar alguna vez que ellos hicieron bien su trabajo; pero que, una vez colocada la carga, esta fue desmontada por uno de los infantes rebeldes que se vio presa del pánico[91]. Sin embargo, dos de los jefes militares –el marino Molina Villegas y el capitán de la GN, Omar Echeverría– difieren de esa versión. Según Molina Villegas, «eso no fue así»[92], en tanto que Echeverría fue más rotundo a este respecto al confiarle lo siguiente a Blanco Muñoz en 1978:

> Pedro Duno, por ejemplo, era el encargado de meter la dinamita, y no colocó ninguna, parece que un cartucho, y por ahí entraron todas las tropas. Después lo mandaron con la misión de darles comida a todos los que estábamos cuidando la costa [...] y hasta ahora estoy esperando esa comida. Cuando pasaron los primeros aviones, Pedro Duno se desapareció y hasta ahorita no lo he vuelto a ver[93].

Ese sábado, 5 de mayo, Caracas amaneció sembrada de rumores pero con el presidente en Miraflores quien, como era de esperarse, se vio obligado a suspender su proyectada gira a Barinas y Portuguesa con el fin de hacerse personalmente cargo de la situación. Carúpano también amaneció confusa pero, además, con el anuncio de que su

89 *El Nacional*, 07/05/62: 29.
90 Entrevista con J. T. Molina Villegas. Blanco Muñoz, 1981(a): 120.
91 Ibídem.
92 Ibídem.
93 Entrevista con Omar Echeverría. En ibíd., 159.

emisora podría ser silenciada por efecto de nuevos ataques aéreos. Ya desde las siete de la mañana, los rebeldes informaban sobre la posibilidad de que se repitiera una incursión de la Aviación gubernamental y que la torre trasmisora de Radio Carúpano fuese ametrallada una vez más, como lo había sido en dos oportunidades durante el primer día de la asonada. El anuncio hubo de cumplirse: hacia las diez a. m., la voz de los facciosos desapareció del aire[94].

MACHETES SOBRE CARÚPANO

Entre el gobierno y los rebeldes hubo varias guerras, aparte de aquella que se libró con plomo. Hubo la guerra de los micrófonos y las proclamas, pero también otra que fue importante: la guerra que sirviera para confirmar de qué lado estaba el pueblo en esta contienda. El capitán Molina Villegas aseguraría años más tarde que «el pueblo respondió muy bien, el pueblo estaba valiente, decidido»[95]; el capitán Omar Echeverría también aportará un juicio en este sentido al hablar de Carúpano como el «[primer] movimiento que arma al pueblo y le dice: tome armas para que pelee ahí, estudiantes, obreros. Y les dimos armas para que nos acompañaran»[96]. Algo similar opinaría el maestre Armando Arcila Pérez, quien igualmente formó filas del lado rebelde: «[L]a impresión mía es que había una parte del pueblo que respaldaba ese movimiento. Y la prueba evidente es que, en este movimiento, toman parte una cantidad de civiles, muchos, sobre todo una cantidad

94 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 36. 39; *El Nacional*, 06/05/62: 1. El diario *Últimas Noticias* dio prácticamente dos noticias contradictorias en su edición de un mismo día. Por un lado, sostenía que la torre de Radio Carúpano había sido bombardeada la mañana del día 5, «interrumpiendo así la voz facciosa»; al mismo tiempo, en otra página de esa edición del 6 de mayo, señalaba que la planta trasmisora de Radio Carúpano, situada a dos kilómetros de la ciudad, había sido tomada, no bombardeada, por las fuerzas leales. *Últimas Noticias*, 06/05/62: 4,9.
95 Entrevista con J.T. Molina Villegas. Blanco Muñoz, 1981(a): 114.
96 Entrevista con Omar Echeverría. En ibíd., 164-165.

de estudiantes y gente del pueblo»[97]. Por su parte, a la pregunta de si la acción de Carúpano llegó a contar con respaldo popular, Simón Sáez Mérida, responsable del ala militar del MIR, respondería lo siguiente, al cumplirse veinte años de la asonada:

> Cuando controlamos la plaza se organizaron los civiles: estudiantes, portuarios, militantes y, con ellos, las unidades militares [...] [D]esde el amanecer se desató febrilmente la incorporación y entrenamiento de los civiles: estudiantes del liceo de la localidad, obreros, espontáneos de la calle y militantes partidistas[98].

A fin de subrayar la confianza que el «pueblo» debía tener en los promotores de la asonada, Radio Carúpano difundió un comunicado de este tenor durante sus trasmisiones del primer día de operaciones:

> El llamado del Gobierno al pueblo quedará en el vacío porque el Gobierno le ha negado su respaldo a ese pueblo y porque la gestión del Gobierno ha estado contra él y sus más sentidos intereses. Por el Gobierno saldrán bandas armadas irregulares, incondicionales y soplones [...] [N]adie puede respaldar al Gobierno, nadie cree en sus calumnias, el pueblo está con nosotros[99].

Pero el gobierno también tendrá su «pueblo»: la clase obrera organizada a través del partido y los sindicatos que saldría en defensa del régimen constitucional. José González Navarro, presidente de la CTV y diputado por AD, aseguraba desde Caracas que cincuenta mil trabajadores afiliados a la central obrera se disponían a marchar sobre Carúpano para «liberarlo» junto a las Fuerzas Armadas. Además, precisaba que los obreros de la zona industrial sardinera de Cumaná y Cariaco se habían declarado en huelga como medida de apoyo al Gobierno

97 Entrevista con Armando Arcila Pérez. En ibíd., 138.
98 Roo, 1982: 26-27.
99 *El Mundo*, 04/05/62. ASGS.

Constitucional[100]. Según lo puntualizaba el diario *El Universal*, los dirigentes de los gremios locales aseguraban que las fuerzas obreras del estado Sucre se hallaban «en pie de guerra para defender el régimen de garantías y libertad sindical»[101]. Desde una órbita similar, la Federación Nacional de Transporte, frente a lo que tildaba de «aventura regresionista» y de amenaza a la libertad sindical, insistiría en que los insurgentes habrían de vérselas con brigadas obreras dispuestas a movilizarse desde las poblaciones vecinas a Carúpano[102].

Calificándolo de «nueva insurgencia antinacional», la propia AD-Vieja Guardia giró instrucciones a su militancia con el propósito de que se movilizara bajo la conducción de sus comandos regulares para responder a las contingencias planteadas por la rebelión[103]. Fiel a la nomenclatura derivada de sus orígenes leninistas, el partido, como «vanguardia organizada del pueblo», debía hacer frente a lo que un comunicado de su Dirección Nacional calificaba de «contubernio reaccionario-comunista»[104]. Como socio de la coalición gubernamental, aunque sin manejar el mismo lenguaje aguerrido de los adecos, la Dirección Nacional de Copei hizo llamados similares a fin de que sus cuadros permanecieran en estado de alerta y movilización[105].

Los líderes campesinos, por su parte, alertaron a su militancia a objeto de que actuasen contra «las fuerzas sediciosas de la base naval»[106]. Una circunstancia fortuita para el gobierno fue que los dirigentes agrarios de Sucre, Monagas y Anzoátegui se hallaban reunidos en Cumaná, donde debían participar de una Convención Campesina, lo cual facilitó que la Federación Campesina de Venezuela, dominada por AD, coordinara acciones e hiciera que sus miembros se movilizaran a la zona de

100 *El Nacional*, 05/05/62: 21.
101 *El Universal*, 05/05/62: 48.
102 Ibíd., 34.
103 *El Nacional*, 05/05/62: 27.
104 Ibídem.
105 Ibíd., 28.
106 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 38.

los acontecimientos en respaldo de Betancourt[107]. Según la prensa, la actuación campesina fue clave a la hora de evitar cualquier avance de los insurrectos fuera de la ciudad rebelde, colocando obstáculos en la vía desde la propia Carúpano hasta Caripito[108]. Mientras *El Nacional* reseñaba al calor del combate que diez mil campesinos se habían plegado a las tropas que avanzaban hacia Carúpano para dominar a los insurrectos, una crónica publicada por el mismo diario dos días más tarde, y ya en un tono más sereno, le daba contenido a la gesta campesina en estos términos: «En Marigüitar, San Antonio del Golfo y Cariaco, los campesinos armados de machetes que habían invadido sus calles [...] aplaudieron y dieron vivas al ejército leal. Todos querían acompañar a las fuerzas militares en su avance a Carúpano»[109].

Otro diario –en este caso, *El Universal*– redondearía la crónica con estos colores:

> Los campesinos de este estado se han puesto a las órdenes de las fuerzas leales al gobierno y, machete en mano, se dirigen hacia Cariaco. Desde todos los rincones de este estado, los campesinos han venido afluyendo por todos los caminos de Sucre a fin de dirigirse masivamente hacia la ciudad de Cariaco en donde se pondrán a disposición del ejército leal a la constitucionalidad. Muchos de estos campesinos son diestros en el manejo de armas de fuego de tipo militar, ya que la gran mayoría de ellos han servido en el servicio militar obligatorio[110].

El propio Rómulo Betancourt, con su peculiar lenguaje, pero coincidiendo con lo que apuntaran por su parte los reporteros de *Últimas Noticias*, hablaría no solo de machetes sino de las «primitivas *básculas*» [*sic*] que los campesinos habían blandido como armas de guerra[111].

107 *El Nacional*, 05/05/62: 28.
108 *La República*, 07/05/62. ASGS.
109 *El Nacional*, 06/05/62: 33; 08/05/62: 19.
110 *El Universal*, 05/05/62: 48.
111 Betancourt, 1962, III: 97.

Para Miraflores, la movilización de campesinos representaba un elemento emblemático de sumo valor al cual podía sacársele provecho; pero más allá de sembrar la vía de obstáculos, podía convertirse también en un estorbo, y hasta en un riesgo innecesario para la vida de muchos de ellos a la hora de enfrentarse directamente a las fuerzas rebeldes dentro de la zona del alzamiento. Después de todo, desde Miraflores se estimó que el Ejército tenía suficiente dominio de la situación como para hacer innecesario, desde todo punto de vista, que sus operaciones dependiesen de refuerzos voluntarios de tal naturaleza:

> [M]iles de campesinos de todo el estado Sucre se habían concentrado en Casanay, Cariaco, San José de Aerocuar y otros lugares cercanos a Carúpano pidiendo que se les armara para entrar a la ciudad y sofocar a los rebeldes; sin embargo, los planes del Ejército para completar su operación y dominar el brote sedicioso no les permitió continuar su marcha hasta la población[112].

Con todo, aquellas huestes campesinas contarían –y mucho– desde el punto de vista propagandístico. Para la gente de la izquierda, con su inveterado desdén, esto sería simplemente la confirmación de que AD ejercía, en el mejor de los casos, un cacicazgo rural. Pero el gobierno al menos podía preciarse de anunciar que contaba con bases de apoyo que no tenían los insurgentes entre el venezolano común. Y, específicamente en cuanto a los campesinos, se permitiría informar a través de sus boletines que un grupo de estos había logrado capturar a uno de los infantes sublevados junto con las armas que portaba[113]. De forma similar correría el anuncio hecho por el gobierno sobre la deserción de soldados y clases que se había producido entre los alzados, o sobre el personal de tropa que se negaba a obedecer órdenes

112 *El Universal*, 06/05/62: 1; *El Nacional*, 06/05/62: 32.
113 *El Universal*, 06/05/62: 1; *El Nacional*, 06/05/62: 32; *Últimas Noticias*, 06/05/62: 3.

de la oficialidad insurrecta[114]. En igual sentido, rendida ya la plaza, el gobierno insistiría en señalar que el movimiento se había caracterizado por contar con escaso apoyo local, como lo demostraba el hecho de que la ciudad inerme hubiese optado por replegarse ante el llamado de los rebeldes. Carlos Andrés Pérez, ministro de Relaciones Interiores, se haría cargo de resumir de esta forma el espíritu de los victoriosos: «La ciudad heroica de Carúpano cerró las puertas de sus hogares, y sus comercios y sus industrias, a los invasores»[115].

Si la primera descalificación había apuntado hacia la «falta de pueblo» entre las filas insurgentes, la segunda se vio dirigida en cambio a poner de bulto la falta de arraigo local de la insurrección. Para darle mayor sustancia a este segundo ataque contra el movimiento armado, Miraflores insistiría en señalar que se trató de un movimiento ajeno a los lugareños, gestado desde afuera. Como muestra de ello, el texto de un comunicado del Ministerio de Relaciones Interiores precisaría que en ningún momento se oyó «la voz de ningún carupanero a través de la emisora controlada por los rebeldes»[116].

Pero como ya se mencionó anteriormente, los obreros también se constituyeron en instrumentos de propaganda durante esa coyuntura. El diputado y presidente de la CTV, José González Navarro, no solo informó que los trabajadores de los sindicatos filiales de Sucre, Maturín, Anzoátegui y Nueva Esparta se habían movilizado «en actitud hostil» contra los militares insurrectos sino que, a su juicio, el hecho de que los rebeldes se vieran obligados a imponer la Ley Marcial (dato que, por cierto, solo figura suministrado por el propio González Navarro) indicaba el nulo compromiso obrero con el movimiento armado. El dirigente sindical llegaría a insinuar de paso que, a modo de castigo complementario, los oficiales comprometidos debían ser degradados en acto público[117].

114 *El Universal*, 06/05/62: 1; *El Nacional*, 06/05/62: 32; *Últimas Noticias*, 06/05/62: 3.
115 *El Universal*, 11/05/62: 10.
116 *El Universal*, 06/05/62: 1; *El Nacional*, 06/05/62: 1.
117 *El Universal*, 06/05/62:10; *El Universal*, 07/05/62: 44.

Este despliegue ordenado por la CTV, el movimiento sindical agrario y la Federación Campesina de Venezuela le permitiría al propio Betancourt afirmar lo siguiente a los dos días de verse sofocado el brote insurreccional: «Una vez más los obreros y campesinos organizados han demostrado que son sólido valladar frente a cualquier intento subversivo del totalitarismo de la extrema izquierda o de la extrema derecha»[118].

Para el presidente, siempre hábil en el manejo retórico de situaciones extremas, la solidaridad que el gobierno había recibido de parte de obreros y campesinos era la prueba que venía a demostrar, una vez más, que las masas venezolanas no estaban al servicio de doctrinas extrañas. Mientras el PCV y el MIR habían tirado los dados sobre la mesa apostando a que la «chispa» surtiera efecto contra la democracia «formal» representada por Betancourt, comprometiendo con ello parte del activo militar que había amasado hasta entonces, el presidente emprendería una intensa campaña comunicacional centrada en la solidaridad Gobierno-Fuerzas Armadas-sindicatos-fuerzas campesinas que, con la formidable ventaja que supone estar en el gobierno, llevaría todas las de ganar. Incluso, el 17 de mayo, al comentar públicamente la intervención de Guillermo García Ponce en la Cámara de Diputados, en la que este había reivindicado «el programa democrático de las Fuerzas Armadas del 4 de mayo en Carúpano», Betancourt lanzaría estas palabras en tono de mofa: «En esta misma declaración, pronunciada en el Congreso, el diputado del Partido Comunista dice 'que los acompaña la juventud' y traicionado por el subconsciente no dijo que los acompañaban los obreros. Y un Partido Comunista sin obreros es como un arroz con pollo, sin pollo»[119]. Con la misma sorna, en cuyo uso llegó a sobresalir, Betancourt diría algo similar al referirse poco tiempo después a la falta de apoyo campesino: «guerrillas sin campesinos es [...] como mazamorra sin masa»[120].

118 *El Nacional*, 07/05/62:1; *La República*, 07/05/62. ASGS.
119 Betancourt, 1968, III: 134.
120 *El Nacional*, 13/06/62: 9.

A la hora de buscarle alguna explicación a la falta de arraigo que la insurgencia de Carúpano pudo tener entre los campesinos de la zona, podría acudirse al testimonio de uno de los propios dirigentes de la rebelión. Tal testimonio, dicho sea de paso, le hace flaco servicio a la idea de que el elemento rural hubiese podido obrar con alto grado de conciencia ante el compromiso que significaba alzarse contra Betancourt: «Tú sabes que el campesino tiene poco nivel, es ganado a una idea y a lo mejor el primero que le picó adelante fueron aquellos. Hay un golpe contra el gobierno y como ésa era una zona campesina con una base adeca muy *arrecha*, se hacen sentir»[121]. Quizá esta desalentadora conclusión coincidiera en algo con lo que alguna vez, hacia la década de 1930, le confiara Mariano Picón Salas al propio Betancourt cuando intercambiaban ideas sobre lo que debía ser una efectiva organización campesina: «Sería una tontería predicarles a gente tan arraigada al suelo y de imaginación tan concreta, la abstracción comunista, esa especie de álgebra espiritual que ellos no pueden entender»[122].

EL GOBIERNO DE CARÚPANO

Más allá de las proclamas difundidas a través de las ondas hertzianas, las evidencias documentales resultan poco claras a la hora de entender qué clase de proyecto de poder se erguía detrás de aquel movimiento que se proclamaba vagamente como de inspiración «progresista» y «de avanzada». A juzgar por lo que llegó a recoger la prensa durante los días de la asonada, el plan de gobierno se fundamentaba en la idea de que los dirigentes del Movimiento de Recuperación Democrática formasen un Ejecutivo provisorio que tendría su asiento principal en la propia Carúpano, el cual gobernaría de forma interina en nombre del Congreso Nacional con el apoyo de la Cámara de Diputados, mayoritariamente

121 Entrevista con Eufrasio Silva Mata. En Blanco Muñoz, 1994: 87.

122 Mariano Picón Salas a Rómulo Betancourt. Santiago de Chile, 15/10/31. En: Yoris, 2004: 86.

opuesta al régimen de Betancourt[123]. Al menos así quedó evidenciado a través de los comunicados leídos por Radio Carúpano[124]. Por ello, Molina Villegas, como cabecilla del movimiento insurgente, anunció a través de la radiodifusora que se había constituido ese comité gubernamental que tendría bajo su control todo el «territorio libre», el cual –según lo expresaba el comandante– ya comprendía a Carúpano y se esperaba que próximamente abarcara también la vecina población petrolera de Caripito[125]. Como dato curioso, la primera medida tomada por el gobierno provisional fue la prohibición del expendio de licores[126]. El semanario *AD* haría mofa de la escogencia de Carúpano como base del Gobierno Provisorio expresando lo siguiente: «[L]os comunistas [...] hicieron cálculos alegres. Tomaron para centro de sus operaciones una plaza eminentemente acciondemocratista como Carúpano»[127].

LA ESTAMPA DEL DIABLO

Se tratara de un manejo tendencioso por parte de la prensa o de hechos comprobables, o de ambas cosas a la vez, lo cierto es que si algo quiso ponerse de relieve ante la opinión pública fue la secuencia de desmanes ocurrida a partir de la madrugada del viernes 4 de mayo como una forma de mostrar la catadura de los protagonistas de la asonada y descalificar la naturaleza del movimiento.

En este sentido, la prensa informaba del asalto del cual habían sido objeto las oficinas del Ministerio de Obras Públicas en Carúpano, de donde los responsables del hecho se habían alzado con el contenido de una caja fuerte donde estaba depositado el pago de los obreros. También se reseñó que, en medio de la toma armada de la ciudad, fue

123 *Últimas Noticias*, 05/05/62: 14.

124 Ibíd., 29.

125 Ibíd., 12.

126 Ibíd., 29.

127 *AD*, n.º 203,12/05/62: 1.

violentado un depósito que albergaba un cuantioso contrabando de cigarrillos norteamericanos y cajas de whisky, producto de un decomiso practicado días antes por la Guardia Nacional a una lancha procedente de Curazao y que aguardaba a ser transferido al Ministerio de Hacienda en Caracas. Según esta versión, los rebeldes distribuyeron el botín como una forma de granjearse la simpatía de la localidad[128].

Para colmo de desmanes –según la prensa– los insurrectos dispusieron que una de sus ametralladoras calíbre .50 fuera emplazada en la torre de la iglesia matriz de Carúpano, lo que les valió la reprimenda pública del obispo de Cumaná, quien condenó que la insurgencia utilizara el templo parroquial como trinchera de combate[129]. Incluso, respecto a los valores que supuestamente fueron hurtados por los rebeldes al asaltar las oficinas del MOP, el propio titular del despacho, Leopoldo Sucre Figarella, se haría cargo de aclarar días más tarde que la caja fuerte de ese Ministerio, trasladada del MOP al cuartel de la Infantería de Marina, fue hallada intacta en los alrededores de Carúpano debido a que los insurgentes, o quienes actuaron en su nombre, no habían podido forzar su sistema de seguridad a pesar de haber dañado la combinación[130]. El corresponsal de *Últimas Noticias* agregaría por su parte que una gran cantidad de dinero, joyas y armas fue robada de las casas de los dirigentes políticos de la localidad[131].

Frente a tales denuncias existe el testimonio contrario que proviene de los insurgentes, según los cuales había cierta organización dentro del desorden. No solo, a juicio de ellos, se prohibió la venta de alcohol para evitar excesos sino que, de acuerdo con uno de los comprometidos:

> … [Lo] primero que hicimos fue buscar la manera de preservar los bienes de las personas que tenían dinero. Pusimos guardias en los bancos, en las estaciones de servicio, en las tiendas, hicimos todo lo posible por mantener

128 *El Nacional*, 07/05/62: 23.
129 Ibídem.
130 *Últimas Noticias*, 09/05/62: 2.
131 *Últimas Noticias*, 07/05/62: 8.

> el orden. Un alzamiento *sui generis*. Y casualmente ese alzamiento coincide con la ocupación del liceo por parte de los estudiantes. Es el principio de lo que se dio en llamar «las tomas». Entonces, una comisión de oficiales […] canalizó esos sentimientos hostiles de los estudiantes. Entonces fuimos allá, les dijimos lo que estaba pasando y los armamos. Cambiamos nuestros infantes que estaban de guardia en las estaciones de servicio, en los comercios, en los bancos, en el telégrafo, correo, hospitales, etc., por estudiantes[132].

Para añadirle más color a esa estampa mediante la cual se buscaba desmerecer de la seriedad de los insurrectos, los corresponsales de *El Nacional* intentaron abordar al capitán Molina Villegas cuando este ya se había entregado. Esquivando preguntas que, según el leal saber y entender del oficial rebelde, solo debía responder ante un juez militar, los periodistas aprovecharon para subrayar la observación, hecha por el propio capitán de Corbeta, de que era un apasionado de la riña de gallos; que el Domingo de Resurrección, que ese año había caído dos semanas antes de la asonada, había estado en una gallera de la población vecina de Casanay donde apostó la –por entonces– astronómica suma de diez mil bolívares por un gallo al que le salió al paso un digno rival.

–¿Y ganó? –fue la pregunta de los periodistas.

–Más o menos –atajó el oficial rendido en batalla[133].

HORAS DE COMBATE

Por desgracia para sus promotores, aquel movimiento de Carúpano, concebido como la chispa que debía producir el incendio cuartelario en varios puntos del país, no pasaría de conato, al verse sofocado luego de cuarenta y dos horas de tensión. O tal vez, para verlo de manera más descarnada, podría concedérsele la palabra a Agustín

132 Entrevista con Epifanio Fernández Requena. En Blanco Muñoz, 1994: 42.
133 *El Nacional*, 07/05/62: 23.

Blanco Muñoz en este punto: «Se produjo la chispa, pero no incendió ni un milímetro de pradera»[134].

El avance de los cuatro mil efectivos leales al gobierno, junto a los noventa oficiales que los comandaban[135], comenzó desde la mañana, y se prolongó hasta tempranas horas de la tarde de ese sábado 5 de mayo. Fue solo a partir de entonces cuando las fuerzas gubernamentales pudieron apostarse a la entrada de Carúpano y dominar los cerros vecinos al aeropuerto. De este modo, el intento por recapturar la ciudad de manos de los rebeldes había comenzado tras un intenso combate librado en las inmediaciones y que, según informaba el cálculo hecho por los reporteros, había durado varias horas desde que las fuerzas leales que avanzaban sobre Carúpano hicieron contacto con los sublevados a las afueras de la ciudad[136].

Parte de una crónica sobre este enfrentamiento directo por el control de Carúpano, que duraría en total doce horas y que se libró entre soldados venezolanos, recoge los hechos vívidamente así:

> Por los flancos, las alturas y quebradas, serpentean los infantes hasta perderse, apretados a un suelo reseco y espinoso que araña las caras y destroza las manos. Los rebeldes, desde su privilegiada situación, vierten todo su poderío, regando metralla por todas partes. Los primeros heridos son retirados en perfecto orden. Parece un ejercicio táctico de entrenamiento, más que una batalla auténtica [...] Han transcurrido tres horas y el nutrido fuego de las temibles ametralladoras «Punto cincuenta» se abre paso entre la infantería de ambos bandos, para [competir] con las ligeras FAL que no han cesado durante todo ese tiempo de enviar su mensaje de muerte[137].

Si bien el combate se extendió prácticamente hasta que la luz de la tarde se hizo mezquina, las fuerzas leales lograron concentrarse con

134 Blanco Muñoz, 1994: 83.
135 *El Nacional*, 07/05/62: 1.
136 *El Nacional*, 07/05/62: 23; *La República*, 07/05/62 (ASGS); *Últimas Noticias*, 06/05/62: 9.
137 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 36.

éxito en dos de sus principales objetivos desde que se apoderaron de las inmediaciones de la ciudad. En primer lugar, en la toma definitiva del aeropuerto que había estado bajo control de los rebeldes, los cuales se habían hecho fuertes tanto allí como en los cerros circunvecinos. Según la prensa, la toma del aeropuerto vino a constituirse en objetivo principalísimo de las fuerzas leales con el fin de impedir que siguiesen efectuándose los vuelos de reconocimiento que los rebeldes habían realizado hasta entonces a bordo del avión comercial de Avensa que había caído en su poder desde la madrugada del alzamiento[138]. Pero, por curioso que suene, el gobierno –al parecer– también había resuelto considerar esa acción como prioritaria en previsión de que pudiera producirse el aterrizaje de alguna nave procedente del exterior[139].

El otro objetivo consistió en silenciar las ametralladoras calíbre .50 que los rebeldes habían colocado en tres puntos clave: una sobre la torre de control del propio aeropuerto; otra en el campanario de la iglesia y, la última, en el cerro El Vigía, justo desde donde se dominaba totalmente el panorama de la ciudad. Como lo apuntó uno de los corresponsales de la revista *Élite*, «en la historia de nuestros golpes de Estado e insurrecciones armadas, la palabra la llevaron ahora los cañones por primera vez»[140]. En efecto, lo que en buena medida decidió el nudo de la acción fue la andanada de artillería que hizo estragos sobre los nidos de las calíbre .50 mientras que dos unidades navales, que habían esperado la oportunidad de acercarse al puerto, se mantuvieron en actitud intimidatoria, simplemente limitándose a apuntar hacia el objetivo situado sobre el cerro El Vigía, sin entrar en acción[141].

El avance global de las fuerzas leales, cubriendo todas las calles y reductos que habían permanecido en manos de los insurrectos, le permitió al gobierno retomar el control casi total de Carúpano y liquidar prácticamente la acción insurreccional hacia las primeras horas de la

138 *El Nacional*, 06/05/62: 1.
139 *El Nacional*, 05/05/62: 35.
140 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 11.
141 *El Universal*, 01/04/2009.

noche de ese sábado 5, pese a que persistieran focos de francotiradores. Recuperada la ciudad, fueron puestos en libertad todos los funcionarios públicos, dirigentes políticos y sindicales que, desde altas horas de la noche del jueves 3, luego del baile en el cuartel, habían permanecido en manos del bando rebelde[142].

El combate continuó así, aproximadamente, hasta las siete y media de la noche cuando se recibió comunicación del capitán Molina Villegas, quien deseaba parlamentar sobre su rendición[143]. Según lo refiere una crónica escrita al momento de los hechos, la capitulación de los alzados se dio de esta manera:

> La respuesta [dada a Molina Villegas] fue terminante: entrega incondicional [...] Más tiroteo y lucha a continuación, aproximadamente un cuarto de hora, cuando se recibió una llamada del capitán Molina diciendo el sitio donde se entregaría. Allí se apostaron los oficiales y soldados con todas las precauciones y apareció el cabecilla con varios oficiales más con las manos en alto y sin armas. Prosiguió la operación contra los tiradores aislados y el reconocimiento de la zona. Unos elementos de tropa de los insurrectos, por temor a la oscuridad, se internaron en Carúpano para rendirse a pleno día. La oscuridad en que quedó sumida Carúpano por el corte de la línea de luz impedía la toma de la ciudad de inmediato. Sólo estuvo tomada completamente en la madrugada, pero ya sin resistencia. Los detenidos fueron de inmediato puestos a recaudo. Posteriormente [fueron] trasladados a bordo del *Aragua,* uno de los principales destructores surtos frente al puerto, a fin de que fuesen llevados a Puerto Sucre, cerca de Cumaná[144].

De acuerdo con otra versión, en este caso procedente del diario *El Nacional* y que en buena medida coincide con la que suministrara el propio Molina Villegas, la rendición no resultó tan fácil e, incluso,

142 *El Nacional*, 07/05/62: 23.
143 *La República*, 07/05/62. ASGS.
144 Ibídem; *Últimas Noticias*, 06/05/62: 10.

comportó el riesgo de un desenlace indeseado[145]. Si bien, al principio, el capitán de Corbeta vio frustrada su intención de negociar una entrega condicionada, admite, a fin de cuentas, que la actitud poco agresiva de su interlocutor del lado de las fuerzas leales facilitó el trámite de la capitulación. «Después de finalizar la conversación –señala esta crónica de *El Nacional*–, el jefe del movimiento insurreccional parlamentó con los oficiales que tenía [a] su alrededor. La mayoría se pronunció por reconocer el fracaso y decidieron entregarse a las fuerzas leales. Sin embargo, el mayor Vegas Castejón y el capitán Omar Echeverría, de la Guardia Nacional no estaban de acuerdo con caer prisioneros y abandonaron el comando rebelde»[146]. Ambos sin embargo –el segundo jefe insurreccional Vegas Castejón y su colega de la GN, Omar Echeverría– no tardaron en ser capturados al verse completamente sofocada la revuelta[147]. En total, el número de civiles y militares involucrados, incluyendo los cabecillas del movimiento, pasaría de cuatrocientos, entre ellos cien militantes locales del PCV, del MIR y del llamado «sector negro» de URD[148]. Un corresponsal, particularmente duro a la hora de juzgar la conducta de los alzados, apuntó que cuando Molina Villegas y otros oficiales eran conducidos en un *jeep* «una voz del pueblo gritó *¡paredón!*»[149]. Más adelante, a raíz de la supuesta promesa hecha por Molina a través de la radio en el sentido de que él y sus compañeros habían resuelto inmolarse al pie del fortín de Carúpano antes que rendirse a las fuerzas enemigas, el mismo corresponsal anotaría, en tono de sarcasmo, que no solo incumplió su promesa, sino que se vio privado del honor de perecer con un heroísmo similar al de Antonio Ricaurte en San Mateo[150].

145 *El Nacional*, 07/05/62: 29; entrevista con Jesús Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 115.
146 *El Nacional*, 07/05/62: 29.
147 Ibídem.
148 *El Nacional*, 07/05/62:1; *Últimas Noticias*, 08/05/62: 29; Sierra, 2006: 99.
149 *Últimas Noticias*, 07/05/62: 5.
150 Ibídem.

LLUVIA DE BALAS

Tomando en cuenta la intensidad del tiroteo, que se prolongó durante toda la mañana del 5 de mayo en las inmediaciones de la ciudad, más las restantes horas de enfrentamientos que se libraron hasta la rendición de los alzados al anochecer de ese día, sorprende que el número de bajas haya sido tan limitado. Entre el recuerdo de quienes actuaron del lado rebelde durante los acontecimientos y las cifras ofrecidas por las fuerzas leales al gobierno, los incidentes de Carúpano registraron alrededor de cuarenta víctimas mortales y cincuenta heridos, número aún más asombroso si se toma en cuenta el riesgo de que la artillería dirigida contra el aeropuerto hiciera blanco en algún punto de la ciudad. Por mayores que fueran las precauciones tomadas por las fuerzas gubernamentales a fin de evitar que el fuego cerrado de ametralladoras y cañones fuera a dar contra el centro urbano, no hay que perder de vista la magnitud de esta operación, que involucró a cuatro mil efectivos de la Infantería de Marina, el Ejército y la Guardia Nacional contra trescientos cincuenta reclutas, once suboficiales profesionales, tres oficiales y un número indeterminado, aunque pequeño, de civiles armados del lado contrario.

Según una crónica publicada por *El Nacional*, lo que más contribuyó a pensar que ambos bandos protagonizarían un encarnizado enfrentamiento por el control de Carúpano eran las frecuentes arengas dirigidas por los insurrectos a través de la radio.

> Los jefes de la revuelta –apuntaba la crónica–, tan pronto como terminó la alocución del presidente Betancourt [la noche del viernes 4], trasmitida por la radio y la televisión, se comenzaron a manifestar más desafiantes. El propio jefe de la revuelta, capitán de corbeta Jesús Teodoro Molina Villegas, dijo poco después que estaban dispuestos a defender la ciudad casa por casa. Y hasta llegaron a pedir a los personeros del gobierno que se fugaran para evitar la venganza popular de que iban a ser objeto[151].

151 *El Nacional*, 08/05/62: 30.

A partir del dato recogido por otra crónica de *El Nacional*, según el cual solo durante las cinco horas que duró la parte gruesa del enfrentamiento se efectuaron «más de noventa mil disparos», Agustín Blanco Muñoz ha sacado la cuenta de sus equivalencias: «Más de noventa mil disparos en cinco horas, en 300 minutos [son] 300 disparos por minuto, cinco disparos por segundo»[152]. A su juicio, los efectos muy relativos o menores de esta descomunal descarga revelarían una de dos cosas: o que la ofensiva de parte de las fuerzas gubernamentales fue cuidadosa o que, en último caso, no hubo necesidad de pasar a una fase de asedio prolongado o de amenaza violenta frente al escaso número del adversario[153].

Pero otras cosas, según algunos testimonios, podrían explicar también que el número de víctimas no fuese mayor a las cifras registradas. Por un lado, a pesar de que los rebeldes habían puesto armas en manos de grupos civiles, estos en realidad no llegaron a actuar contra las tropas leales como habría podido esperarse que lo hicieran durante los momentos más decisivos del combate. «Los estudiantes comprometidos, convencidos de que todo estaba perdido, huyeron con las armas mucho antes de rendirse el capitán Molina Villegas y los otros jefes insurrectos»[154]. Por otro lado, no hay duda de que también tuvo peso la poca convencida disposición con que debieron actuar los infantes de Marina rebeldes al verse en el trance de abrir fuego, en primer lugar, contra otros infantes de Marina. Así se desprende del testimonio ofrecido por Armando Arcila Pérez, quien participó en el Carupanazo con el rango de maestre. Arcila tenía a su cargo accionar una de las ametralladoras calíbre .50 operadas por los rebeldes. Obligado a mudar la ametralladora del aeropuerto en vista del ataque gubernamental, y emplazándola en una de las colinas adyacentes, esto fue lo que confesó algún tiempo después: «Fue cuando me llevé mi ametralladora [...] para un cerro [...] Cuando llegué allá, ya la gente [o, sea las fuerzas leales]

152 Blanco Muñoz, 1994: 80.
153 Ibídem.
154 *El Nacional*, 08/05/62: 19.

había entrado al aeropuerto. Vi una cantidad de infantes de marina y, sinceramente, cuando los vi no me salían ganas de dispararles»[155].

Este dato se ve confirmado por el propio jefe del alzamiento, el capitán Molina Villegas, quien llegó a estimar que la baja moral combativa de las fuerzas defensoras se debió, en buena parte, a que el gobierno resolviera tomar como guía a los efectivos de la Infantería de Marina de La Guaira para que iniciaran el combate. Hablando justamente del caso de Arcila Pérez dirá: «[U]n maestre que tenía bajo su responsabilidad una [calíbre .50] dejó la ametralladora al mando de otro, y se me presentó y me dijo que él no iba a seguir disparando porque quien venía avanzando era la Infantería de Marina y que él no quería dispararles a sus propios hermanos»[156]. Pero, al parecer, hubo también gestos de sensatez por parte de quienes tuvieron a su cargo obtener la rendición de los insurrectos. En este sentido, el enviado especial del diario *El Nacional* señalaba haber sido testigo de las órdenes dadas por un capitán a su unidad de artillería una vez que divisaron en posición de tiro a un *jeep* repleto de soldados rebeldes que se desplazaba en las inmediaciones del aeropuerto. «[E]l artillero preguntó al Capitán si podía disparar y la respuesta fue negativa. Poco después, cuando el disparo del cañón hizo blanco muy cerca, el *jeep* fue abandonado y sus ocupantes escaparon corriendo»[157].

La explicación que sobre este mismo asunto ofreciera Ricardo Sosa Ríos, quien servía por aquel entonces como comandante general de la Marina, también pretende poner de relieve el comedimiento con que actuaron las fuerzas gubernamentales. A la pregunta de Agustín Blanco Muñoz de por qué, siendo tan vulnerable el planteamiento militar de los rebeldes, se tardó tanto en recapturar la ciudad, el marino respondió:

155 Entrevista con Armando Arcila Pérez. En Blanco Muñoz, 1981(a): 134.
156 Ibíd., 120.
157 *El Nacional*, 08/05/62: 19.

> Nosotros hubiéramos podido tomar eso más rápidamente. Hubiéramos podido desbaratar el batallón de Carúpano con los cañones de la escuadra en unos diez minutos. Yo le pongo los fuegos de una división de destructores y eso no está ni un minuto en pie, con los cañones de cinco pulgadas. Pero eso no se puede hacer. Y ese es el problema que tiene un gobierno constitucional cuando se está en presencia de la condición humana. Por eso es que nosotros preferimos cercarlos [...] tomar [Carúpano] y [...] preparar todo ello para llevarlos por convicción a que se rindieran[158].

A fin de cuentas, a la hora de evaluar las acciones, el mando leal a Betancourt observó que se había tratado de una campaña sin precedentes desde el punto de vista militar: no bastó con que actuara la artillería de campaña o que se efectuaran cinco incursiones aéreas que tuvieron como objetivo ametrallar el cuartel de los rebeldes; a ello debían sumarse –según estos mismos oficiales– los vuelos rasantes realizados por aviones Canberra que completaron el «pánico» de las fuerzas rebeldes[159].

Una vez más, tomando en cuenta la intensidad del plomeo, la cifra de muertes ocurridas en Carúpano fue bastante baja. Con todo, persiste la duda de si el número de caídos –al menos del lado rebelde– pudo ser mayor, si se juzga por el hecho de que el edificio del aeropuerto, donde se atrincheraron los alzados, fue blanco de la artillería gubernamental, cuya torre de control sufrió tantos daños que prácticamente quedó reducida a un amasijo de hierros retorcidos[160]. También habría que agregar la sospecha, de la cual se hicieron eco los diarios *El Universal* y *Últimas Noticias* de que, como resultado de los combates librados en los cerros cercanos a Carúpano, pudieron quedar tendidos allí algunos rebeldes malheridos mientras eran ayudados por sus compañeros a huir de la región. La hipótesis parecía tener asideros, tomando

158 Entrevista con Ricardo Sosa Ríos. En Blanco Muñoz, 1981(a): 91.
159 *Últimas Noticias*, 07/05/62: 5.
160 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 37; *El Nacional*, 07/05/62: 23.

en cuenta que fue justamente en los cerros vecinos a la ciudad donde se libraron los combates más fuertes[161].

Al mismo tiempo cabe la posibilidad de pensar que la simple buena suerte se hizo cargo de que las bajas entre insurrectos, fuerzas leales y población civil no pasaran de cálculos modestos ante la magnitud del combate que llegó a registrarse. Después de todo, según estimaciones de la prensa y como ya se mencionó, aproximadamente noventa mil disparos, incluyendo cañones de ciento seis y ciento cincuenta milímetros, fueron utilizados durante el combate que duró buena parte del día[162]. El dato es importante puesto que habla, en todo caso, de lo bien apertrechados que debieron estar los rebeldes a fin de poder resistir el intenso tiroteo. Sin embargo, dos versiones se contradicen en este punto: aquella dada muchos años después por el propio jefe de la revuelta, quien asegura que «nosotros no teníamos municiones suficientes, las armas semi-pesadas, que eran cinco Punto cincuenta [*sic*], apenas tenían mil tiros cada una, o sea, cinco mil tiros. Armas anti-aéreas no teníamos. Las provisiones de armamento liviano también escaseaban»[163], así como aquella proporcionada por el Ministerio de la Defensa, según la cual el destacamento acantonado en Carúpano era el mejor dotado del país en armas largas, con un enorme poder de fuego[164]. En respaldo de esta segunda versión, la revista *Élite* estimaba a los pocos días del alzamiento que la guarnición de Carúpano había llegado a contar con cien mil cartuchos, trescientas setenta ametralladoras, cuatro ametralladoras antiaéreas calíbre .50 y una dotación de fusiles suficiente para setecientos cincuenta efectivos[165].

Los corresponsales del diario *El Nacional* coincidían con los redactores de *Élite* y de *El Universal* en que el fin de la acción no se debió tanto a la falta de pertrechos, puesto que los rebeldes contaban con

161 *El Universal*, 08/05/62: 20; *Últimas Noticias*, 08/05/62: 29.
162 *El Nacional*, 07/05/62: 1.
163 Entrevista con J.T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 114.
164 *El Universal*, 06/05/62: 1.
165 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 36.

aprestos suficientes para pelear durante algunas horas más; en realidad –sostenían los periodistas–, los insurrectos habrían podido cumplir la voluntad de resistir que habían proclamado por la radio si no hubiese sido por la desmoralización que cundió entre ellos a raíz de las incursiones realizadas por aviones Canberra al sobrevolar Carúpano[166]. Días más tarde, agregándole un toque distinto a la información, aquellos mismos corresponsales de *El Nacional* argumentaban que los rebeldes no habrían podido resistir mucho tiempo más debido al poder de fuego que debieron experimentar también de parte de la artillería con que contaban las fuerzas leales[167]. Por su parte Simón Sáez Mérida, quien desempeñó un papel apreciable durante la asonada de Carúpano, dudaría años más tarde de versiones como la ofrecida por el capitán Molina Villegas. A su juicio, «en materia de armamentos, la dotación del batallón era buena. [Estaba] formada por fusiles FAL, algunos FN-30; 12 o 15 [*sic*] ametralladoras pesadas, calíbre .50 [*sic*], que fueron el arma anti-aérea de que dispusimos durante los días del sitio y asedio aéreo, [además de] buena provisión de dinamita»[168].

A partir de este punto se imponen dos clarificaciones que resultan pertinentes. La primera es que la importancia de una batalla no puede medirse exclusivamente en función del número de bajas que deje sobre el terreno. En tal sentido, razón no le faltó a José Vicente Abreu cuando llegó a sostener alguna vez lo siguiente ante Agustín Blanco Muñoz: «Se quiere juzgar la importancia de Carúpano [...] a través de la cantidad de muertos que hubo en [ese lugar]. Eso es absurdo. [...] Yo considero que una batalla es más importante en la medida en que haya menos muertos. Hay quienes piensan incluso que los muertos son el error de los generales»[169]. Pero de inmediato acude la siguiente clarificación: una cosa es una batalla y otra, muy diferente, un combate. De esas 42 horas que duró el dominio de los sublevados sobre

166 *El Nacional*, 06/04/62: 33.
167 *El Nacional*, 08/05/62: 19.
168 Roo, 1982: 27.
169 Blanco Muñoz, 1994: 78.

Carúpano entre el 4 y 5 de mayo de 1962, resulta difícil concluir que se tratara de una «batalla» cuando todo allí fue incoherencia y donde no hubo planificación para acometer la fase de enfrentamiento o tan siquiera planes ante el caso de una eventual retirada.

De allí que si, por un lado, el número de bajas reportado durante una acción de armas no es el único requisito para juzgar su importancia, ocurre que, por el otro, la falta de coherencia o de algún grado de organicidad llevan a dudar de que en el caso específico de Carúpano se librara una «batalla» en toda regla. Insistir en esa noción equivaldría a exagerar lo ocurrido durante el Carupanazo, sobre todo a la hora de definir su naturaleza dentro de la historia militar venezolana. Ahora bien, si nada permite hablar con propiedad de una «batalla», tampoco hay razón alguna para subestimar que en realidad hubo combates, y que los sublevados se sintieron seguros a la hora de mantener sus posiciones, más aún cuando las fuerzas leales al gobierno debieron, con todas las desventajas del caso, adentrarse en un terreno que les era desconocido. Además, si algo llegó a retardar la toma de Carúpano fue que las fuerzas leales temieron tropezar con la presencia de francotiradores y otros elementos opuestos a la rendición, especialmente a oscuras, puesto que todo el suministro eléctrico de la ciudad había sido cortado el día antes, por órdenes del gobierno, a fin de complicarles la acción a los rebeldes[170].

LA HORA DE LAS CUENTAS

Pocas veces ha dejado de ser cierto aquello que supuestamente dijo alguna vez Napoleón Bonaparte o, al menos que llegó a atribuírsele, según lo cual la victoria tenía cien padres mientras que la derrota era siempre huérfana. Aun así, la opinión de los derrotados destila cierta arrogancia que parece más propia de vencedores. Por ejemplo, al hacer un repaso de los eventos que tuvieron lugar entre el 4 y 5 de

170 *La República*, 07/05/62 (ASGS); *El Nacional*, 05/05/62: 21.

mayo de 1962, el testimonio ofrecido por Molina Villegas, jefe máximo del movimiento, no se caracteriza por ser un examen mayormente autocrítico en torno a lo ocurrido. Su análisis parece más bien hecho desde afuera, y si bien admite que se cometió alguno que otro error de tipo militar, estos lucen menores ante su convicción fundamental de que, si hubiesen resistido al menos un día más, otros cuarteles del país habrían podido responder a favor de Carúpano[171]. Si tal no llegó a ser el caso fue debido a que, a su entender –y como ya se citó–, escaseaba el armamento necesario para prolongar el combate.

Esa convicción se repetiría incluso a la hora de referirse al modo como se concertó su rendición ante las fuerzas gubernamentales, afirmando que si «nosotros hubiésemos resistido hasta la mañana [siguiente, aunque] en una forma muy precaria [...] la aviación de combate se hubiese plegado»[172]. Además, precisamente porque los rebeldes se veían en franca desventaja numérica (algunos cientos de militares y un número indeterminado de civiles frente a cuatro mil efectivos del lado contrario) era natural, a juicio de Molina, que el entusiasmo inicial se eclipsara a las pocas horas, y que el muy humano miedo se apoderara de sus subordinados. Así lo reconocería ante el periodista Blanco Muñoz: «[H]abía mucha gente que se había acobardado, incluso civiles. La euforia del primer día se fue perdiendo, incluso entre los combatientes. Y nosotros teníamos muy poca gente»[173].

Lejos de cualquier justificación dada en estos términos figura en cambio el testimonio ofrecido por otro de los jefes de la revuelta, el entonces capitán de la GN, Omar Echeverría. Según se colige de sus palabras, hubo varios factores que condujeron a la derrota, algunos ciertamente atribuibles a la debilidad numérica de los rebeldes, pero otros que apuntaban más bien a la falta de planificación que habría permitido aventajar a las fuerzas gubernamentales cuando estas se vieron actuan-

171 Entrevista con J. T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 113.
172 Ibíd., 115.
173 Ibíd., 114.

do ya sobre las condiciones que ofrecía el terreno. En primer lugar, los insurrectos no esperaban que la respuesta de los contrarios fuera tan numerosa, contundente y decidida; en segundo lugar, se impuso el choque de pareceres entre quienes estimaban que debía salirse de Carúpano y quienes consideraban en cambio que el objetivo consistía, única y exclusivamente, en alzar y controlar la plaza a la espera de que el «chispazo» surtiera efecto. Sumado a ello, la impericia: «Quizá el mismo hecho de que nosotros nunca habíamos combatido contó de manera terminante»[174]. Luego, el miedo: «[P]arece que [algunos] no querían llegar al combate. Yo vi muchas cosas, hasta oficiales llorar, otros se fugaron. Hubo cosas raras. Hasta [uno de] los más comprometidos, cuando llegó el momento de lanzar un ataque, dijo: 'cuidado que están disparando de verdad'»[175].

Por último, a su juicio, si la decisión más conveniente había sido la de permanecer dentro de la ciudad y esperar el ataque siguiendo la tesis del «chispazo», los sitiados debieron haber tomado en cuenta al menos ciertos principios que «ordenaba la elemental táctica» como, por ejemplo, hacer de Carúpano y sus inmediaciones una posición fortificada. Así lo explica:

> Ahora, si nosotros hubiéramos adelantado nuestras posiciones a los cerros, a las colinas [...], a hacer puestos de ametralladoras, puestos de fusilería, en los colegios, si tomamos en cuenta que Carúpano era un valle, rodeado de dos montañas, por ahí no hubiera entrado ni coquito [...] Y hoy hago una autocrítica: reconozco que [...] si hubiéramos organizado una posición defensiva todavía estaríamos peleando[176].

Echeverría lo decía tomando en cuenta una observación que, un mes más tarde, se le haría de nuevo al gobierno al ocurrir el Porteña-

174 Entrevista con Omar Echeverría. En ibíd., 161.
175 Ibíd., 159.
176 Ibíd., 160.

zo, puesto que las tropas leales corrieron un riesgo similar en ambas ocasiones, especialmente en vista de que, en Puerto Cabello, también emprenderían un avance frontal, sumamente arriesgado, dentro de la ciudad ocupada: «Betancourt y las Fuerzas Armadas [...] lanzaron [en Carúpano] un ataque descabellado incluso. [S]i te pones a ver, eso de lanzarse a campo abierto, por toda la llanura, sin saber si los estaban esperando con fuego cruzado de todas las colinas, era arriesgado. Eso podía haber sido una encerrona[177]. Si por algo, entre otras cosas, vale la conclusión que ofrece el capitán Echeverría es por los ribetes tan venezolanos que contiene su testimonio:

> Vimos la cosa desde un punto de vista alegre, con mamadera de gallo, y creíamos que eso iba a prosperar fácilmente. [...] Creímos que, escogiendo a Carúpano, ganábamos la guerra, y estábamos equivocados. La guerra es un asunto serio para un fin serio. Betancourt y las Fuerzas Armadas sí lo tomaron en serio[178].

Sin duda que la calidad de la tropa dispuesta a combatir del lado rebelde fue un elemento limitante a la hora de lanzar la acción. Lo peor, cuando de un análisis retrospectivo se trata, es que esa debilidad figuraba en un Plan de Operaciones que fue discutido antes de llevarse a cabo el alzamiento. Tal reza el punto, al referirse a la naturaleza bisoña de la tropa: «Nuestro personal, en un setenta por ciento, carecía de conocimientos militares; siendo reclutas, no habían cumplido el período básico de entrenamiento»[179]. A lo cual agrega Blanco Muñoz con su siempre acerada capacidad para la crítica: «[S]i se admite que el 70% del personal militar carecía de entrenamiento básico es de suponer que el 99% de los estudiantes estaba en iguales o peores condiciones»[180].

177 Ibíd., 161.
178 Ibídem.
179 Héctor Fleming Mendoza, *La batalla de Carúpano*, pp. 33-35. Citado por Blanco Muñoz, 1994: 35.
180 Blanco Muñoz, 1994: 39.

Por último, la infidencia pudo ser también otro factor que determinara la suerte de la rebelión, como se desprende de este pasaje ofrecido por Juan Bautista Fuenmayor:

> A pesar de haber cambiado la ubicación del comando que pasó al liceo de la localidad y posteriormente al recinto del Concejo Municipal, el enemigo estaba bien enterado, porque un oficial de los alzados, amigo y compañero de Molina, informaba sobre la posición de los jefes alzados y de otros por menores[181].

EXPLICANDO LAS COSAS CON FRIALDAD

No solo los militares que integraron la dirección del Movimiento 4 de mayo ofrecieron al cabo de los años, y con mayor o menor acento autocrítico, un balance de lo ocurrido durante aquel cuartelazo que debió convertirse en la espita para alcanzar el poder. También lo hicieron los civiles, especialmente dos de ellos: Guillermo García Ponce, quien actuó por el PCV, y Simón Sáez Mérida, quien lo hizo por parte del MIR. De ambos, el primero se caracteriza por exhibir un tono de franco pesimismo respecto a las acciones y, sobre todo, frente a las condiciones que llegó a ofrecer Carúpano desde el punto de vista militar. Incluso, a la hora de repasar los eventos del año 62, García Ponce expresaría una opinión relativamente más favorable al alzamiento que se registró un mes después en la base naval de Puerto Cabello, al menos comparado a todo cuanto, en sus declaraciones al periodista Blanco Muñoz, dijo acerca del Carupanazo[182].

181 Fuenmayor, 1980, XIV: 197. En este punto se habla de la «traición» de un maestre de segunda «a quien se había ordenado mantenerse en escucha para conocer el tráfico del enemigo» y quien «puso al gobierno en conocimiento de nuestros planes y movimientos». Testimonio del capitán Julio Bonnet Salas, recogido por Héctor Fleming Mendoza, *La batalla de Carúpano*, pp. 20-21. Citado por Blanco Muñoz, 1994: 45.

182 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 362-364.

Alejado en cambio de los territorios de la duda, el testimonio ofrecido por Sáez Mérida tiende a exhibir un tono justificativo de la acción de Carúpano, donde los errores suelen verse atribuidos casi siempre a variables difíciles de controlar y que, por ello mismo, escaparon de las manos de sus promotores. Por ejemplo, a su parecer, la asonada no fue producto de la improvisación, como llegaron a señalarlo muchos de sus críticos, sino que funcionó como un reacomodo del plan que debió gestarse en enero de ese mismo año 62 junto a la huelga nacional de transporte. En ese contexto fue como, según sus palabras, llegó a darse el primer acercamiento entre los partidarios de la insurgencia y los militares, con la mala suerte de que, al no tener lugar una acción de tipo insurreccional en el marco de aquella huelga, se desajustó la organización, haciendo que se perdieran ciertos cuadros y el comando de algunas unidades[183].

A juicio de Sáez Mérida, otra prueba de que el plan conspirativo-insurreccional era mucho más sólido de lo que comúnmente llegó a creerse radicaba en el hecho de que siempre se pensó que sus promotores solo habían confiado en el levantamiento de los batallones de la Infantería de Marina de Maiquetía y Puerto Cabello cuando en realidad, en el análisis de Sáez Mérida, el movimiento iba más allá de esas unidades de las fuerzas navales: «En Caracas, La Guaira, Maracay y Valencia, en algunas unidades de oriente y San Fernando [de Apure] había ramificaciones importantes. Caracas, La Guaira, Maracay, Valencia y Puerto Cabello resumían, entonces, en 1962, las unidades militares más neurálgicas de las Fuerzas Armadas»[184]. Al mismo tiempo, aunque refiriéndose ya específicamente al fallido propósito de que los infantes de Carúpano, Puerto Cabello y Maiquetía conformaran el núcleo del levantamiento y fuesen la pieza central del proceso, la explicación de Sáez Mérida apuntaba a poner de bulto el efecto expansivo que pretendía obtenerse obrando del siguiente modo: en primer lugar, Carúpano

183 Roo, 1982: 26.

184 Ibídem.

haría que la onda expansiva se extendiera hacia Maturín y Caripito, Anaco y El Tigre, con la eventualidad de una operación sobre Puerto La Cruz; luego, alzar a Puerto Cabello implicaba no solo el control de la Infantería de Marina, la base y las unidades de la flota sino de Valencia y, especialmente, del Batallón Carabobo allí acantonado; en tanto que el alzamiento de los marinos de Maiquetía significaba una posible radiación sobre la Escuela Naval de Mamo, así como sobre el destacamento de la GN que controlaba el litoral y el aeropuerto internacional[185].

Si todo terminó como lo hizo, es decir, forzando a que Carúpano asumiera el riesgo de alzarse sola fue porque el gobierno –a juicio de Sáez Mérida– había librado una orden de acuartelamiento general durante la madrugada del 4 de mayo, la cual se hizo efectiva en todas las guarniciones del país; pero que si en Carúpano no tuvo efecto fue porque el jefe de aquella unidad era Molina Villegas, justamente quien fungía al mismo tiempo como jefe de la asonada. Esto explicaría dos cosas a la vez: por un lado, que los complotados de Puerto Cabello no pudiesen actuar porque estaban bajo la orden de oficiales leales al gobierno que tenían acuarteladas a sus unidades y vigilados a sus subalternos y, por el otro, que la situación del batallón de Infantería de Marina acantonado en La Guaira fuera parecida y hasta más difícil: allí, desde enero de ese año, los rebeldes se habían visto privados de contar con una de sus piezas más valiosas, el capitán Víctor Hugo Morales quien, por las sospechas que se cernían sobre él, había sido separado del mando de aquella plaza a raíz del llamado Guairazo. Así lo explica Sáez Mérida: «[L]a orden de acuartelamiento se hizo en ausencia de Víctor Hugo Morales a quien, con el acuartelamiento, se le hacía difícil entrar en el propio cuartel. En esas condiciones sólo Carúpano pudo alzarse»[186]. Por último, lo que llevó con firmeza a la derrota, de acuerdo con el inventario ofrecido por Sáez Mérida, fue la calidad de la tropa, algo que también había escapado al cálculo de algunos de sus

185 Ibídem.
186 Ibíd., 27.

planificadores, al menos de los dirigentes del PCV y del MIR comprometidos en la acción de Carúpano: «Los efectivos del batallón [rebelde] llegaban apenas a los trescientos, con el agravante de que la mitad eran reclutas en proceso de adiestramiento y ni siquiera habían tenido prácticas de tiro»[187]. Existe algo que llama la atención a este respecto. El hecho de que existiera un Plan de Operaciones como el que se mencionó anteriormente, elaborado y discutido por los mandos castrense antes de llevarse a cabo el alzamiento y que, justamente, ponía de relieve la dudosa preparación para el combate de quienes iban a ser sublevados, lleva a pensar que privó, en más de un punto, la falta de comunicación entre militares y civiles comprometidos en la asonada.

Por otra parte, si hubo alguien que llegó a ser muy crítico al juzgar aquel alzamiento como producto de una decisión ligera y poco afortunada, fue Juan Bautista Fuenmayor. El historiador coincidía con García Ponce en calificar a Carúpano como una ciudad «de tercer orden en importancia»; pero en cuanto al calibre de sus críticas, iría más allá de cuanto habría podido hacerlo el propio García Ponce. Incluso, dándole cabida a cierto prurito a la hora de evaluar los riesgos a los cuales se había visto expuesta la población civil, Fuenmayor sentenció en tono implacable lo siguiente:

> En los sucesos de Carúpano, como en todas las acciones violentas realizadas en aquellos tiempos por la izquierda, hubo mucho de improvisación y desesperada actitud por parte de quienes las dirigieron que, por lo demás, carecían de la necesaria experiencia en cosas de tanta gravedad. Parecía más bien como si se tratase de niños dedicados a jugar a la guerra revolucionaria, con una despreocupación e impaciencia, como si no estuviese de por medio la vida de multitud de personas[188].

187 Ibídem.
188 Fuenmayor, 1980, XIV: 195.

EL CARUPANAZO Y SUS SECUELAS

LOS HOMBRES DEL 4 DE MAYO

En teoría, los catorce oficiales y suboficiales de la Infantería de Marina y de la Guardia Nacional responsables de la acción de Carúpano debieron haber enfrentado juicio ante un Consejo de Guerra Permanente. Se trataba, a fin de cuentas, de la instancia llamada a procesarlos por los delitos de amotinamiento, sublevación y rebelión, tal como figuraban tipificados en el Código de Justicia Militar. Y, justamente, por tratarse de la sede más próxima a Carúpano, el Consejo de Guerra localizado en Maturín, capital del estado Monagas, fue el que debió haber servido de asiento en este caso. Sin embargo, por considerar que tal Consejo se hallaba «a una distancia que no [permitía] su intervención sin perjuicio de la rapidez del proceso», el gobierno resolvió, mediante un decreto del 9 de mayo, o sea, cinco días después de la asonada, que los rebeldes fuesen juzgados por un tribunal militar de urgencia, especialmente creado para conocer de los sucesos de Carúpano[1].

Por disposiciones expresas de Betancourt –según lo reseñaba el diario *El Mundo*– el juicio debía ser sumarísimo y el fallo del tribunal, inapelable[2]. A pesar del argumento de la distancia, dicho tribunal terminó instalándose, no en Carúpano –sitio donde el grueso de los rebeldes había permanecido detenido desde su rendición– sino en el

1 *El Nacional*, 11/05/62: 1.
2 *El Mundo*, 24/05/62. ASGS.

cuartel Tomás de Heres. El detalle estriba en que dicho cuartel se hallaba ubicado en Ciudad Bolívar, es decir, a 507 kilómetros de distancia, en lugar de los 173 kilómetros que separaban a Carúpano de Maturín[3]. Para efectuar el traslado, los prisioneros debieron ser conducidos bajo fuerte custodia policial hasta el maltrecho aeropuerto, cuya pista quedó averiada durante la asonada, y, de ahí, a la capital guayanesa a bordo de un transporte de la Fuerza Aérea[4].

Según lo reseñaba la prensa, el domingo 21, en la biblioteca del cuartel Tomás de Heres de Ciudad Bolívar, donde estaba instalado el Consejo de Guerra Accidental, comenzó el juicio contra los catorce mandos de la Infantería de Marina y de las FAC que encabezaron la sublevación de Carúpano. Tan sumario fue el procedimiento que, según los abogados que se hicieron cargo de asumir la defensa de los implicados, se trató del juicio más breve en la historia judicial de Venezuela[5]. Además, aduciendo razones que a su entender llevaban a dudar de la legalidad del proceso, los mismos abogados señalaron que existía un Consejo de Guerra Permanente en la vecina Maturín y que, por ello mismo, era desde todo punto de vista incomprensible la creación de un Tribunal Especial por mandato del presidente de la República. Aparte de que, de acuerdo con su parecer, solo militares con competencia en el ámbito judicial-militar podían recomendar la creación de un tribunal de tal naturaleza, y no que esa instancia emanara de un decreto del cual el ministro de la Defensa, como representante de los militares en el Gabinete, actuaba como parte interesada[6]. Por ello declararon: «Este juicio no tiene precedentes en el procedimiento extraordinario del Código de Justicia Militar, pues

3 Ibídem.

4 *El Nacional*, 07/06/62: 24. A diferencia del grueso de los insurrectos que fue aerotransportado de esta manera desde Carúpano hasta Ciudad Bolívar, los mandos más importantes de la asonada –entre ellos, Jesús Teodoro Molina Villegas, Pedro Vegas Castejón, Omar Echeverría y Héctor Fleming Mendoza– fueron confinados a Maturín para ser trasladados luego, por vía terrestre, hasta la propia Ciudad Bolívar a bordo de un transporte militar. *El Nacional*, 09/05/62: 32.

5 *El Nacional*, 25/05/62: 22.

6 Ibídem.

existiendo un Consejo de Guerra Permanente en Maturín es inexistente el Consejo Accidental de Guerra que conoce del caso»[7].

Empero, quienes componían ese tribunal *ad hoc* bautizado como Consejo de Guerra Accidental hicieron caso omiso del reparo sobre la competencia que el presidente y sus ministros pudieran tener en el asunto. Para ello invocaron otro artículo del Código de Justicia Militar, a tenor del cual, en casos de que existiese un estado de guerra o para la suspensión de las garantías constitucionales, los procedimientos extraordinarios podían ser perfectamente implementados cuando así lo decretare el propio presidente[8]. En apoyo de esta opinión se sumaría la de Carlos Andrés Pérez, en su condición de ministro de Relaciones Interiores. «El procedimiento extraordinario –dirá CAP– es aplicable en estado de suspensión de garantías», agregando lo siguiente en socorro del decreto presidencial: «Con este procedimiento se simplificará la actividad de los tribunales militares y las sentencias contra los responsables de estos delitos serán dictadas en lapso breve, aun cuando les quede a los sentenciados el recurso de apelación que señalan las leyes»[9]. De hecho, luego de emitirse el veredicto, el expediente de Carúpano halló camino hasta la Corte Suprema de Justicia, donde los abogados defensores confiaban en la posibilidad de promover un recurso de casación, ello a pesar de que –a juicio de los entendidos– no era mucho lo que cabía esperar de semejante iniciativa ante el calibre de las sentencias dictadas por el Consejo de Guerra Accidental[10]. Efectivamente, anunciado tal recurso, la Corte Suprema de Justicia dictó su fallo el 7 de agosto de 1962, tres meses después de la asonada, dejando firme la sentencia recurrida[11].

En su empeño por restarle mayor validez aún al proceso, los abogados alegaron que sus defendidos se vieron sometidos incluso a una

7 Ibídem.

8 Ibídem.

9 *El Universal*, 11/05/62: 10.

10 *El Mundo*, 10/08/62 (ASG); *La Religión*, 01/06/62. ASGS.

11 Fuenmayor, 1980, XIV: 199.

incomunicación rigurosa, a raíz de lo cual se les impidió que designasen a los defensores que más les conviniera[12]. Al mismo tiempo señalaban que algunos indicios tendían a confirmar la presencia de vicios de carácter procedimental como, por ejemplo, que órganos ajenos a la jurisdicción castrense como la Dirección General de Policía –Digepol- hubiesen tenido el poder de actuar en un juicio que correspondía única y exclusivamente al ámbito de la justicia militar[13].

Los reparos, empero, no fueron suficientes. El 30 de mayo de 1962, luego de haber escuchado a los acusados durante treinta y seis horas, a lo que se sumaría el interrogatorio efectuado días antes a más de un centenar de testigos en Carúpano, el Consejo de Guerra Accidental, bautizado formalmente como Consejo Supremo de Guerra Extraordinario, dictó sentencia contra los catorce oficiales y suboficiales. Entre penas mínimas de cuatro años y máximas de quince, los condenados recibieron un total de ciento diez años de cárcel[14].

A la hora de juzgar el carácter sumario del proceso y la conformación de un tribunal de emergencia, Blanco Muñoz observa, con toda razón, lo siguiente: «En esto tal vez tuvo incidencia la situación militar que reinaba en el país, alguna duda de la más alta magistratura con respecto a aquel tribunal [el Consejo de Guerra Permanente en Maturín] o alguna circunstancia que no estaba del todo clara»[15]. Acto seguido, agrega algo que conviene retener a fin de calibrar las implicaciones y alcances que comportaría la severidad de las sentencias:

> No sólo se temía el avance de la lucha insurreccional «extremista» sino que se advertía el peligro en la posible unidad de militares con la extrema izquierda. Una unidad peligrosa que había que enfrentar. No estaba oculto a los partidos de gobierno que tanto el PCV como el MIR tenían algunos vínculos con militares descontentos. Carúpano había sido el gran alerta.

12 Ibídem.
13 Ibídem; *El Mundo*, 24/05/62. ASGS.
14 *Últimas Noticias*, 26/05/62. ASGS.
15 Blanco Muñoz, 1994: 99.

> Así había que adelantar todo un proceso de orden jurídico-político destinado a limitar cada vez más la acción de los partidos de la llamada extrema izquierda[16].

Concedida la palabra a fin de que aquellos acusados que así lo desearen presentaran sus propios descargos, el capitán Omar Echeverría fue uno de los que aprovechó la oportunidad para justificar el derecho a la rebelión y la naturaleza de la asonada de Carúpano. Lo hizo a través de una curiosa exposición en la cual entremezcló referencias al filósofo Oswald Spengler y al fusilamiento de Manuel Piar, haciendo un alto en la Roma Julio-claudiana para detenerse luego en los vericuetos del derecho medieval y en la Alemania nazi. Echeverría afirmó:

> Decía Spencer que la historia, en vez de una simple narración de hechos ocurridos, debe considerarse como una ciencia con las características primordiales de que los hechos contemplados en sus páginas se repetían a través de los tiempos en forma inexorable pero con variantes ambientales. Por medio de la historia, todos conocemos aquellos juicios neuróticos de la Roma de los Calígula y Nerones. Conocemos los juicios medioevales donde el déspota, basado en el derecho de vida o muerte sobre su gleba y en su derecho de pernada, imponía su justicia.
> Adelantamos hasta Alemania y nos encontramos con la justicia racial que costó al mundo millones de inocentes; y si abrimos la historia nuestra, nos encontramos con tres fechas que manchan los anales jurídicos ante el país y ante las naciones y, lo que es más, manchan también el mismo uniforme militar que vistieron nuestros Libertadores. Esas tres manchas son el fusilamiento de Piar, el fusilamiento de Matías Salazar y el monstruoso juicio a los hombres del 4 de mayo.
> Queremos que quede entendido y asentado para la historia jurídica del país que los hombres del cuatro de mayo consideramos este juicio como una farsa. [...] Hemos aceptado nuestra responsabilidad ante nuestro pueblo

16 Ibíd., 100-101.

y ante las Fuerzas Armadas. Nuestra causa es justa, nadie puede ni podrá mancillarla, porque es la causa de un pueblo[17].

Cuando llegue el turno de los civiles, más sorprendente aún será la declaración rendida por el exredactor de *Tribuna Popular*, José Vicente Abreu. Frente a sus jueces militares dirá haber acudido al escenario de los enfrentamientos no como combatiente sino en calidad de «periodista en ejercicio»:

> Como periodista en ejercicio [...] apenas tuve la primera noticia de los sucesos del cuatro de mayo en Carúpano, me trasladé al lugar de los acontecimientos para informar a mi pueblo de toda la verdad, sin regateos, sin escamoteos, sin miedo. El gobierno había inventado la historia de que se trataba de un movimiento reaccionario que ocultaba profundas ambiciones de un grupo de oficiales descalificados. Eso no fue lo que yo encontré en Carúpano. Al contrario, encontré oficiales de nuestro Ejército respetuosos de las leyes, de la Constitución, del Congreso [...]
> Encontré a valiosos oficiales de nuestras Fuerzas Armadas dispuestos a morir si fuera necesario para recuperar para Venezuela la democracia perdida, desnaturalizada, manchada de sangre que pretende sostener en sus manos el presidente Betancourt Bello. Fui como periodista en busca de la verdad. Y tal vez se me quiere cobrar mi rebeldía. Mi condición de defensor del pueblo. Mi condición de testigo de los mejores heroísmos del pueblo[18].

De hecho, el mismo Consejo de Guerra que dictó sentencia contra los militares del Carupanazo haría otro tanto contra los civiles implicados en el alzamiento, entre ellos, el dirigente del PCV, Pedro Duno, y el ya aludido José Vicente Abreu. Al mismo tiempo, el Consejo de Guerra solicitó a la Cámara de Diputados, por intermedio de la Corte Suprema de Justicia, el allanamiento de la inmunidad parlamentaria de Eloy Torres, del PCV, y Simón Sáez Mérida, por el MIR[19]. En el caso de ambos, Sáez Mérida correría mejor suerte que su colega Torres. Este es su relato:

17 *El Nacional* 30/05/62: 35.
18 *Tribuna Popular*, 20/07/62, N. 15: 4-5. Citado por Blanco Muñoz, 1994: 106.

> Estuve en Carúpano, siendo diputado por el MIR [...] y el MIR me ordenó irme para Carúpano y el PCV le ordenó a Eloy Torres ir a Carúpano también. [...] Estábamos peleando en el Parlamento y nos estábamos alzando en Carúpano. Y en el Parlamento defendimos el Carupanazo y el Parlamento nos ilegalizó. Pidieron mi allanamiento y no pudieron hacerlo porque yo me escapé de Carúpano. Agarraron a todo el mundo menos a mí, porque fui el único que logró escaparse. Entonces, como no me agarraron *infraganti* [*sic*], fracasó el intento de allanamiento[20].

Torres en cambio, quien como dirigente metalúrgico y desde el retorno de la democracia formó parte de las más altas jerarquías en la conducción del movimiento obrero, fue apresado cuando se disponía a fugarse de Carúpano en compañía de dos oficiales rebeldes y varios miembros del MIR y del PCV, entre ellos, Duno y Abreu[21]. Tanto la revista *Élite* como el diario *Últimas Noticias* brindaron en su momento una versión incorrecta según la cual el diputado y miembro de la Dirección Nacional del PCV había sido apresado cuando la lancha de pescadores en la que había logrado escapar fue interceptada por el destructor D-22 Morán[22]. En realidad, tanto Torres como sus acompañantes fueron sorprendidos por una partida de campesinos en un caserío cercano a Carúpano mientras se disponían a huir. Solo luego fueron trasladados a esa lancha de pescadores y, de allí, a bordo del destructor *Morán*[23].

19 *El Mundo*, 10/08/62. ASGS.
20 Entrevista con Simón Sáez Mérida. Blanco Muñoz, 1981(b): 144,148.
21 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 39; *El Nacional*, 07/05/62: 1.
22 *Élite*, n.º 1.911, 12/05/62: 39; *Últimas Noticias*, 07/05/62: 7.
23 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 9 de mayo de 1962, n.º 22: 770.

El propio hijo del diputado, el escritor y diplomático Eloy Torres Román, se ha hecho cargo de aclarar de este modo ciertos pormenores en torno a su captura:

> Mi padre [...] capturado *in fraganti*, con las manos en una «ametralladora», luego de haber sido derrotado por las fuerzas leales a la democracia, fue tratado muy responsablemente por sus adversarios. El mismo presidente Betancourt exigió un trato cortés. Primero, fue capturado [...] el 6, no el 4 de mayo. Luego, los oficiales, al ver su camisa roída por las condiciones en las que fue encontrado, le facilitaron una de grumete[24].

Tratándose de un diputado que había actuado en una situación de guerra, pero a quien le protegía su condición de parlamentario, el gobierno debió verse en el trance de decidir qué hacer con Torres. Así, con el voto favorable de las fracciones de las dos AD, Copei y URD, la Cámara de Diputados aprobó la proposición hecha por Miraflores de mantenerlo bajo custodia domiciliaria (lo cual no era sino una forma eufemística de someterlo a un régimen de detención preventiva) para que, luego de las averiguaciones y hechas las tramitaciones de ley, la Corte Suprema de Justicia solicitara el allanamiento de su inmunidad antes de iniciar el juicio correspondiente[25]. Sin embargo, así como Copei insistiría «en la sanción de ejemplo» que supondría la aplicación de tal medida[26], la tolda de AD-Oposición, comandada por Raúl Ramos Giménez, aprobó aquella detención preventiva no sin dejar de hacer gala de un tono vacilante, dubitativo y lleno de prevenciones:

> Esto no quiere decir que estemos respaldando la política del gobierno de Betancourt [...] sino que simplemente confiamos en la consolidación del sistema democrático. [...] Las asonadas de cualquier índole no son propiamente las salidas que aspiran los venezolanos al problema actual de Venezuela[27].

24 Eloy Torres Román. Testimonio. Octubre de 2013.
25 *Últimas Noticias*, 10/05/62: 7.
26 *Últimas Noticias*, 09/05/62: 33.

Al tiempo que Torres, bajo amparo de la inmunidad que le concedía su condición de diputado, era sometido a ese régimen de confinamiento hasta que la Cámara de Diputados decidiera del caso[28], los restantes activistas del PCV y del MIR sorprendidos tras la asonada fueron trasladados a Caracas donde permanecerían detenidos en la sede de la Digepol hasta verse enjuiciados por el mismo Consejo de Guerra que dictó condena en contra de los catorce oficiales insurrectos[29]. Frente a quienes alegaban que los civiles debían ser procesados por tribunales ordinarios, se contraargumentó que la gravedad de los hechos exigía que fuesen sometidos a la jurisdicción castrense con arreglo a lo que estipulaba el Código de Justicia Militar. A tal punto, que el Ministerio de la Defensa se vio llevado a encartar en el diario *Últimas Noticias* un aviso que reproducía los artículos de ese código referidos a las causas de rebelión, motín y sublevación con el fin de aclarar el asunto ante la opinión pública[30].

Luego del juicio, algunos de estos civiles, como Abreu y Duno, fueron internados en la cárcel de Ciudad Bolívar, el mismo presidio donde Abreu había sido huésped en tiempos del régimen militar. Por fortuna, en esta segunda oportunidad, se dedicó al repaso memorístico que lo llevaría a escribir, al salir de ella, su novela testimonial sobre la dictadura perezjimenista, *Se llamaba SN*[31]. Duno, en cambio, fingien-

27 Ibídem.
28 *El Nacional*, 08/05/62: 22.
29 *El Nacional*, 27/05/62: 33.
30 *Últimas Noticias*, 09/05/62: 6; 12/05/62: 27.
Por ejemplo, el artículo 486 del Código de Justicia Militar establecía que la rebelión era un delito militar aun para los no militares si concurrían, juntas o por separado, las siguientes condiciones: que los rebeldes fuesen dirigidos por militares, que el movimiento se iniciara, se sostuviera o se viera auxiliado por las FAN, o que los rebeldes formaran partidas militares organizadas. Al mismo tiempo, dicho código contemplaba entre veintidós y treinta años de prisión para los insurgentes o responsables de rebelión (N. del A.).
31 Sanoja, 2007, II: 78.

do enfermedad, sería trasladado al Hospital Universitario de Ciudad Bolívar, desde donde lograría fugarse[32].

Por cierto que, dentro de la valoración hecha por algunos de los militares rebeldes acerca de la actuación de los cuadros civiles, Eloy Torres y José Vicente Abreu son los que salen mejor conceptuados. Así lo señala, por ejemplo, Omar Echeverría:

> Eloy Torres [y] José Vicente Abreu [...] actuaron como un soldado más, no como dirigentes políticos en un combate, o como comisarios políticos en un momento dado. Simplemente echaron plomo como cualquiera de nosotros. Y siempre te saco a esos dos, Eloy Torres y José Vicente Abreu, porque a los demás no se les puede ni nombrar. Porque eso de meterse en un cuartico de hotel a hacer proclamas en una guerra, eso está demás. Y a eso, por ejemplo, fue Sáez Mérida, a nada más[33].

Ello, para no hablar de Duno, a quien –de acuerdo con Echeverría– no se le vio luego de iniciarse el combate. Así se lo expresaría a Blanco Muñoz: «Ése [refiriéndose a Duno] fue uno de los que se escondió y se fue. Otros que se habían venido con Sáez Mérida también se perdieron, se escondieron y se fueron. Bueno, yo no les echo la culpa, el miedo es libre»[34].

CÁRCEL Y FUGA

De alguna forma, la suerte corrida por los oficiales sentenciados a raíz de los sucesos de Carúpano fue tan diversa como los sitios de reclusión a los cuales se vieron destinados. En todo caso, el tránsito fue complejo y debieron ser mudados varias veces de presidio, entre otras

32 Ibíd., 79.
33 Entrevista con Omar Echeverría. En Blanco Muñoz, 1981(a): 162.
34 Ibíd., 164.

cosas, por el riesgo de que despertasen simpatía entre otros reclusos[35] o por la posibilidad de que estimularan algún nuevo brote conspirativo[36]. Iniciaron su peregrinaje en la propia Carúpano y en la penitenciaría de Maturín (donde se creyó que serían juzgados) hasta que, a resultas del juicio llevado a cabo en Guayana, fueron trasladados al pabellón político de la cárcel de Ciudad Bolívar. La siguiente escala fue el cuartel San Carlos, en Caracas. Allí se hizo una repartición del grupo, a raíz de lo cual algunos fueron a dar a Maracaibo mientras que a otros se les confinó en la cárcel de Trujillo. Los que purgaban condena en Maracaibo también fueron transferidos más tarde a Trujillo pero, a causa de una fuga masiva que se registró en este último penal, la permanencia se hizo tan incómoda que el resto de los reos que no participaron en la evasión solicitaron cambio para otra cárcel, con la mala suerte de que fueron destinados a la isla del Burro, en la Laguna de Tacarigua, donde las condiciones eran comparativamente más adversas.

Con todo, y según confesión de ellos mismos, su estatus de militares les fue respetado en todo momento. Molina Villegas, jefe de la asonada, recordaría lo siguiente al hablar de su reclusión en Trujillo: «[N]os asignaron un pabellón aparte, con mucha consideración. Estudiábamos, hacíamos cursos, iban amigos a visitarnos, la familia, etc.»[37]. Otro tanto sería el parecer del maestre Armando Arcila Pérez quien, en este caso, hablaría de sus recuerdos desde la peor de todas aquellas prisiones, la isla del Burro:

> Teníamos un patio cercado con alambre por el cual andábamos hasta que nos recogían y nos trasladaban para el calabozo. Siempre nos estábamos reuniendo, discutiendo, estudiando. [...] Aparentemente nos trataron bien. Una vez nos trataron de desnudar y nosotros no aceptamos eso. Nos saca-

35 Ibíd., 138.
36 Ibíd., 122.
37 Entrevista con J.T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 123.

> ron a un patio en pleno sol y allí estuvimos hasta que el Teniente [a cargo de nosotros] vino y se convenció de que no lo íbamos a aceptar y finalmente se fue. Ahí tuvimos una huelga de hambre de siete días por el maltrato que les daban a nuestros familiares. Eso sí era desastroso. Las mujeres llegaban a las ocho de la mañana y eran las diez y todavía estaban ahí. Después era que pasaban y les requisaban todo. Viendo eso, nosotros nos levantamos en huelga por siete días. Y después vino una comisión y pedimos la destitución de algunos vigilantes que eran demasiado exagerados en el trato, lo cual finalmente se logró[38].

Por su parte, el recuento que ofrece el capitán Echeverría acerca de su estancia carcelaria en Trujillo es, incluso, sorprendente:

> [L]os malos recuerdos que tengo no son de los carceleros ni de la cárcel en sí (porque teníamos hasta billar) sino de mis propios compañeros. […] [L]legó incluso el momento en que yo quería fugarme no tanto por la cárcel sino por librarme de la presión fuerte que tenía dentro por culpa de algunos compañeros. Porque, te digo, en la cárcel teníamos televisión, radio, tocadiscos, billar, comida a la carta, mujeres: nuestras esposas podían ir dos veces a la semana y hasta convivir dos días con nosotros[39].

«Aunque la jaula sea de oro no deja de ser prisión» y «preso es preso y su apellido es calabozo» rezan dos conocidos refranes en lengua española. De eso no cabe duda. Lo interesante es que lo que acaba de citarse habla de ciertas condiciones relativamente benignas que, al menos en lo que se refiere a los militares presos y juzgados a raíz de la asonada de Carúpano, no pueden ser desmentidas por la sencilla razón de que provienen de sus propios testimonios. Además, resulta fácil advertir que, a pesar de los abusos a los cuales se vieron sometidos, no se trataba ni del rigor ni de los tormentos que, hasta hacía

38 Entrevista con Armando Arcila Pérez. En ibíd., 139.
39 Entrevista con Omar Echeverría. En ibíd., 169.

apenas cuatro años, padecieran los presos políticos que habían caído en manos de la Seguridad Nacional, incluyendo los militares desafectos al régimen de Pérez Jiménez.

Independientemente de las razones que tuviera cada uno para intentar evadirse, lo cierto del caso fue que la fuga se verificó, permitiendo que del penal de Trujillo saliera el grupo más numeroso y significativo del alzamiento, encabezado por el jefe de la Infantería de Marina, Molina Villegas, el mayor de la Guardia Nacional, Pedro Vegas Castejón, y el también capitán de la GN, Omar Echeverría. Molina Villegas había recibido la pena máxima de quince años, por ser el cabecilla de los rebeldes, en tanto que Vegas Castejón recibió catorce y el capitán Echeverría, trece[40].

Fugados en septiembre de 1963 junto al comandante guerrillero Lubén Petkoff y el expresidente de la Junta Patriótica y dirigente de URD Fabricio Ojeda, quien había abandonado la Cámara de Diputados para irse también a la guerrilla, los tres oficiales llegaron a cumplir apenas poco más de un año de sus respectivas condenas. Además, no se trató de una fuga con ribetes románticos, tampoco de una evasión espectacular, ni mucho menos llevada a cabo al estilo de Edmond Dantès en *El conde de Montecristo*. El propio Molina Villegas se hizo cargo de referirlo de esta manera: «La fuga fue preparada a través de un preso común […] que estaba vinculado a la Guardia Nacional. Se le pagó, arregló todo y salimos como Pedro por su casa»[41]. Con apenas una ligera y poco significativa variante, otro testigo, el maestre Armando Arcila Pérez, lo rememoraría así: «Esa fuga fue como salir de aquí… tranquilo, porque fue una fuga combinada con algunos guardias. El grupo se había encargado de ganarse una cantidad de guardias, por eso fue una fuga sumamente fácil»[42].

40 *Últimas Noticias*, 26/05/62. ASGS.
41 Entrevista con J. T. Molina Villegas. En Blanco Muñoz, 1981(a): 123.
42 Entrevista con Armando Arcila Pérez. En ibíd., 139.

entonces se vivía, tuvo esto que decir al referirse al viaje de Machado: «El jefe máximo de la insurrección comunista salía para Rusia a dar la buena nueva. Allá ha recibido las noticias del fracaso inevitable»[48]. Frente a una izquierda de peligrosas desviaciones como la que ahora combatía a Betancourt, y más allá de que aquellos jóvenes militares, aliados en la aventura de alcanzar el poder, estuviesen efectivamente iniciados en el catecismo marxista, no tenía nada de extraño que el gobierno le buscara explicaciones a la revuelta de Carúpano y, más tarde, a la de Puerto Cabello, dentro del generalizado contexto de la Guerra Fría.

Tan extendida era la posibilidad de que los sucesos del Carupanazo respondiesen a los implacables dictados de aquellas tensiones bipolares recalentadas ahora en la cuenca del Caribe, que en Caracas había circulado la especie según la cual Betancourt había solicitado privadamente del gobierno de Kennedy el envío de ayuda militar en el caso de que la asonada de Carúpano revistiera implicaciones más graves. El Departamento de Estado simplemente desestimó el rumor señalando que, si tal solicitud hubiese sido realizada, Washington habría respondido, facultada como se veía de hacerlo, en función de sus obligaciones interamericanas. No obstante –aclaraban los voceros de la diplomacia estadounidense–, ni para Betancourt ni para Washington estaba planteada la hipótesis de una amenaza directa por parte de Cuba o de la URSS que hubiese ameritado la activación de los mecanismos previstos en el Tratado Interamericano de Alianza Recíproca, TIAR[49].

LA BATALLA POR LA PRENSA

Como cabía esperarlo, el conato carupanero generó de inmediato percepciones encontradas a través de la prensa. Mientras la mayoría de los periódicos de circulación nacional se mantuvo en sintonía

48 *El Universal*, 11/05/62: 10.
49 *Últimas Noticias*, 08/05/62: 30.

con la línea gubernamental de insistir que el movimiento se hallaba circunscrito a Carúpano y que en el resto de las guarniciones privaba total normalidad, *Tribuna Popular* fue rápido en difundir noticias que hablaban de intranquilidad en otras zonas del país. Al enfatizar el clima de zozobra, y aparte de referirse en su primera entrega sobre los sucesos del 4 de mayo al «incesante tráfico telefónico [que] despertó a la población caraqueña», el órgano periodístico del PCV comentaba que «Carúpano se había alzado y, por la radio, oficiales y civiles daban lectura a la proclama del movimiento rebelde contra el gobierno del presidente Betancourt. Entrada la mañana, la confusión era total. Se hablaba de un movimiento que envolvía a todo el oriente»[50].

Frente al primer boletín del MRI informando que «el Presidente de la República, a través del Ministerio de la Defensa [había] tomado ya las medidas para reducir a la obediencia al grupo faccioso», el órgano pecevista comentaba en tono de ironía: «Para terminar el comunicado, el clásico 'broche de oro': en el resto del país reina absoluta normalidad». Puntualizaba, entre otras informaciones de su página de apertura, que Radio Carúpano se hallaba en poder de la Infantería de Marina, que un avión de Avensa había sido apresado por los rebeldes, que reinaba confusión entre los efectivos del Ejército que se hallaban en Guárico a la espera de ser movilizados a oriente, y que el destructor *Aragua* –el buque de custodia presidencial– no respondía a las instrucciones de sus respectivos comandos[51].

Además, en su edición del lunes 7 de mayo, la propia *Tribuna Popular* se referiría en términos elogiosos a la participación del diputado y miembro del Buró Político Nacional del PCV, Eloy Torres, en los sucesos de Carúpano:

> Eloy Torres cumplió con su deber. Si al estallar el movimiento se trasladó inmediatamente a Carúpano, manifestando su acuerdo con las bases pro-

50 *Tribuna Popular*, 04/05/62. ASGS.
51 Ibídem.

gramáticas del Movimiento, Eloy no hizo otra cosa que cumplir con sus deberes de dirigente revolucionario al lado del pueblo, sin importarle las consecuencias que ello acarrea. Protestamos por la detención del diputado Eloy Torres y pedimos su inmediata libertad[52].

Al cabo de los días, la batalla informativa habría de extenderse también a las páginas de opinión. Después de todo, en torno al reciente suceso convergían acusaciones y consecuencias de toda índole: la participación directa del PCV y el MIR en la acción militar; el decreto ejecutivo que habría de provocar la suspensión de ambos partidos y, no por último menos noticioso, la respuesta que las restantes fuerzas del frente oposicionista –URD, AD-Oposición y los grupos uslaristas– debían darle al caso del diputado Eloy Torres, sometido entretanto a un régimen de arresto domiciliario y bajo amenaza de ver allanada su inmunidad a raíz de su participación en los sucesos de Carúpano.

Desde las páginas de *El Nacional*, el dirigente y parlamentario de AD, Gonzalo Barrios, introduciría la tesis del «neo-golpismo», refiriéndose así a la forma como, por primera vez, el llamado «fidelismo venezolano» se había propuesto penetrar sin excusas en los cuarteles, inaugurando una nueva etapa en la gramática insurreccional. Dirá Barrios:

> Por primera vez –nos dijo en la Cámara de Diputados, con otras palabras, el vocero autorizado del Comité Central del PCV– un cuartel se levanta con estímulo político rojo y admite asesoramiento del mismo color. El intento fracasó. Pero los responsables [...] [r]emovieron tabús y disiparon leyendas, como la de cierta mutua e invencible repulsión entre los que comandan tropas y los que «conducen» masas. Otras aventuras sobrevendrán –aprovechables en el futuro a la luz del revisado marxismo de Sierra Maestra– y ya no habrá obstáculos insuperables para que togados del Partido sean algún día llamados a redactar el «acta constitutiva» o el programa de un *putch* afortunado[53].

52 Citado en *El Universal*, 11/05/62: 10.

53 Gonzalo Barrios. «Antes y después de Carúpano». *El Nacional*, 19/05/62: 4.

Dentro del juego criollo de las conspiraciones de cuartel –aseguraba el político y articulista–, el país se hallaba frente a una novedad acerca de la cual aquellos partidos o sectores que habían expresado hasta entonces opiniones ambiguas y vacilantes como URD y AD-Oposición debían, a su juicio, definir posiciones antes de terminar deslizándose hacia una pendiente peligrosa que podría provocar su exclusión de las filas de la oposición democrática. Por ello dirá:

> A partir de esta crisis [...] se acentuará cada día más la necesidad de la diferenciación entre las dos mitades [...] del erizado organismo de la oposición [...] [L]legamos a la convicción de que hemos entrado [...] a una más definida decisión de apartar las vacilaciones y tanteos que debilitaban la defensa [del sistema democrático] mientras persistía la ficción de hallarnos ante meras hipótesis[54].

En contrapartida, apuntaría lo siguiente acerca de las dos organizaciones –AD y Copei– que hacían vida dentro del aparato gubernamental:

> Por lo que respecta a los partidos de la coalición, el reciente suceso también ha originado cambios, especialmente en el sentido de una defensa más audaz y más libre del régimen democrático y de una interpretación más dinámica de su filosofía constitucional. El Decreto del Ejecutivo, que suspendió las actividades del PCV y del MIR, cuenta con el respaldo de Acción Democrática y de Copei, y bien puede ser considerado como exponente de la actual orientación del gobierno en el campo de la acción política directa[55].

Pero no solo los voceros de AD sino algunos opinantes independientes, como Guillermo Feo Calcaño, también cuestionarán la actuación de aquellas agrupaciones democráticas que «un tanto de perfil, han venido combatiendo las ansias insurreccionales de los comunistas criollos». Al

54 Ibídem.

55 Ibídem.

tachar a URD, a la disidente AD-Oposición y al pro-uslarista Movimiento Republicano Progresista dirigido por el senador Ramón Escovar Salom de mantener una actitud ambigua, cuando no condescendiente ante sus «semi-aliados comunistas», Feo Calcaño se expresará en estos términos, como consecuencia del Carupanazo, en las páginas del diario *La República*:

> Es necesario e imperativo que deslindemos las fronteras ideológicas entre democracia representativa [...] y el totalitarismo presuntamente humanizado del comunismo. [...] Hasta ahora los comunistas han sido los únicos que han sabido hacerlo, sin abandonar en ningún momento sus trincheras, mientras los dirigentes democráticos, acomplejados y espantados de que los bolcheviques criollos les cuelguen el membrete de «macartistas», salen a pasear por allí con su amplitud intelectual y con los medio-abrazos de un mal entendido compadrazgo político [...] cuando ya los rojos les han echado arena en los ojos y les han tomado sus propias trincheras[56].

A través de este artículo titulado «El aviso de Carúpano», y asumiendo un tono crítico ante la política de coexistencia y tolerancia ideológica, Guillermo Feo Calcaño agregaba lo siguiente, sin eximir de la crítica al partido gobernante o sus socios copeyanos:

> A este respecto nadie puede negar [...] que la propia Acción Democrática ha cometido grandes errores en este «dejar hacer» y en esa falsa complacencia intelectual con los comunistas [...] Es hora de acabar con jueguitos de esa especie. Es hora de que altos dirigentes de AD –y también de Copei, que en muchos aspectos incurren en complacientes blanduras frente a los rojos– hagan una revista cuidadosa en toda esta ya larga etapa de una presunta coexistencia ideológica en que los comunistas, cabilla y ametralladora en mano, han sacado las mejores tajadas, que de la sencilla bomba «molotov» los ha llevado al Carupanazo [57].

56 Guillermo Feo Calcaño. «El aviso de Carúpano». *La República*, 12/05/62. ASGS.
57 Ibídem.

Por otra parte, y a propósito del debate que se desarrollaba de manera simultánea en el Congreso, Feo Calcaño apuntaría lo siguiente:

> El Senado condenó esta última conspiración castrense-marxista. La Cámara de Diputados ha guardado silencio, y esto es grave. El país íntegro está en estos momentos de pie para observar cuál va a ser la conducta de la mayoría oposicionista respecto al allanamiento del diputado conspirador rojo Eloy Torres. En la resolución de Diputados verán los sectores democráticos de la coalición de Gobierno si URD –que tampoco sacó un comunicado oficial repudiando el cuartelazo– merece seguir siendo conceptuada, siquiera en una pequeña parte, como la agrupación oposicionista de signo democrático que hasta ahora apenas se ha ganado a medias [...] De los diputados comunistas y miricos ya nada puede esperarse por las vías del civismo. La defensa de *Tribuna Popular* al Carupanazo y a la intervención en él del camarada Torres ha sido el réquiem definitivo en el progresivo descrédito de los comunistas[58].

El periodista y diputado por AD, Rigoberto Henríquez Vera, también quiso dejar sentado en las páginas del diario *La República* los elementos que, a su juicio, incriminaban al PCV y al MIR frente a los sucesos de Carúpano. Comentando las intervenciones de Guillermo García Ponce, Pedro Ortega Díaz y Eduardo Machado por parte del PCV en la Cámara de Diputados y de Domingo Alberto Rangel, de parte del MIR, el diputado adeco observó:

> Cuando mucha gente se hacía la ilusión [...] de que los grupos extremistas comprometidos en el movimiento subversivo de Carúpano tratarían al menos de aplicar su vieja táctica de «tirar la piedra y esconder la mano», con miras a escurrir el bulto y eludir responsabilidades en un hecho grave que causó lamentable saldo de muertos y heridos [...], hemos visto –no sin sorpresa– que los camaradas y sus aliados del MIR, por lo contrario, esta

58 Ibídem.

vez no han ocultado su participación en un hecho insurreccional de tal naturaleza[59].

Luego agregaría estas palabras en referencia directa a García Ponce:

> Con la mayor jaquetonería [...] correspondió en primer lugar a Guillermo García Ponce hacer en la Cámara de Diputados [...] la encendida defensa de un cuartelazo que, según sus propias palabras, «no se levantaba contra el pueblo sino para enarbolar las banderas de la democracia».
> Con un cinismo político de desconcertantes proporciones, el líder comunista relató allí a su modo y manera las causas que, a su juicio, han creado la actual situación política del país. Repitió la vieja y manida argumentación de que la culpa de la violencia existente la tiene exclusivamente el gobierno y no la oposición extremista, haciendo calurosa apología de los golpistas y elogiando el pronunciamiento cuartelario del cuatro de mayo. No tuvo recato alguno en reconocer enfáticamente que la participación del Partido Comunista en este hecho subversivo correspondía a la política del Comité Central de su organización para la fecha, expresando como consecuencia de esa línea táctica su adhesión total al fallido movimiento y el apoyo comunista al programa de la subversión.
> Muy claro fue García Ponce al afirmar que ellos recogían el programa del cuatro de mayo y que su partido «continuará ahora luchando por hacer valer el programa de las fuerzas armadas de Carúpano»[60].

Más adelante, haciendo mención a la forma como García Ponce hubo de referirse a su camarada Eloy Torres, el diputado Henríquez Vera observaría lo siguiente:

> [García Ponce] fue categórico al decir que ni éste ni su partido rehusaban ninguna responsabilidad en los hechos acaecidos: que Torres había acudido

59 Rigoberto Henríquez Vera. «Consecuencias del 'Carupanazo'» *La República*, 15/05/62. ASGS.
60 Ibídem.

> a Carúpano a «cumplir con su deber, como hubiera acudido cualquiera de nosotros si se nos hubiera presentado la oportunidad de hacerlo». En igual tono justificaron el alzamiento Pedro Ortega Díaz y Eduardo Machado: todos en lenguaje encendido, saturado de provocación y altanería, coincidieron en considerar como a unos «héroes» a los autores materiales del tristemente célebre Carupanazo. Y, en igual sentido, con su ya característica audacia oratoria, lo hizo el jefe del MIR [Domingo Alberto Rangel], quien aventajó a los propios camaradas en una oceánica manifestación de elogios a los militares sublevados[61].

No resulta extraño que Henríquez Vera hiciese mención de dos «duros» del PCV como García Ponce y Eduardo Machado; pero sí llama la atención que mencionara con igual énfasis a Pedro Ortega Díaz al hablar de quienes emprendieron la ardorosa defensa del Carupanazo en la Cámara de Diputados. Puede que, por disciplina partidista, a Ortega Díaz no le quedara otro remedio que asumir esa defensa; sin embargo, existían los desacuerdos en el seno del PCV con respecto a la línea insurreccional y, de todos los miembros de su alta dirigencia, Ortega Díaz fue quizá uno de los que más descollaron en su oposición a cualquier aventura militar o alianza cuartelaria contra Betancourt. Así lo recuerda Guillermo García Ponce:

> Nosotros sabíamos que Pedro Ortega Díaz estaba en contra de la guerra porque lo decía en los corrillos [...] Ahora, claro, en la práctica había tres tendencias. Había quienes no sólo participaban en las decisiones y promovían las decisiones fundamentales de la guerra, sino que también en la práctica estaban incorporados a las tareas de la lucha armada. Y había quienes no se incorporaban a las tareas de la lucha armada. Y había quienes no se incorporaban a esas tareas y en la práctica no compartían las responsabilidades de la lucha armada y se dedicaban a sabotearla [...] La incorporación del partido a las tareas de la lucha armada era, en este sentido, desigual. Una

61 Ibídem.

parte estaba incorporada con entusiasmo, otra parte veía las cosas así y otra, sencillamente, no participa o saboteaba[62].

A fin de poder apreciar con más claridad que existían quienes, dentro del PCV, desconfiaban de este tipo de acción o la juzgaban como simple *putchismo* y otros que –incluso– eran acusados de exhibir pruritos o reticencias a la hora de declararle una guerra sin cuartel a Rómulo Betancourt, conviene extenderse un poco más en este testimonio ofrecido por García Ponce:

> El partido estaba lleno de tendencias. Unos opinaban que no era prudente violar la Constitución, que teníamos que esperar [un] golpe de derecha y, contragolpeando el golpe de derecha, hacer la revolución. Otros camaradas le tenían un gran miedo a las balas. Por ejemplo, Jesús Faría. Él decía en el [Buró Político del partido] que él pagaba cinco bolívares por cada tiro que dispararan nuestros militares. Imagínate tú, el Secretario del Partido. Entonces, por supuesto, sembraba una gran desconfianza. Nosotros decíamos: los militares quieren y él decía: pago cinco bolívares por cada tiro[63].

Volviendo al artículo del diputado Henríquez Vera, luego vendrá lo que a su juicio llevó a que los dirigentes del PCV y del MIR transitaran la ruta de una suspensión provocada por ellos mismos:

> El hecho, pues, cierto y no desmentido por los comunistas y los miristas, es el de que sus respectivos grupos políticos participaron activamente

62 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 354.

63 Ibíd., 365.

Según lo observa Agustín Blanco Muñoz: «Desde el inicio mismo del período de la violencia, en el PCV había todo un grupo que se había manifestado contrario a este tipo de lucha y como tal trabajaba en el seno del partido por el regreso a la lucha de masas, a la lucha legal. Era un grupo que no veía en la contienda planteada ninguna posibilidad de triunfo para las fuerzas de izquierda y que consideraba además que era necesario entablar una lucha democrática por el poder. […] Esta era […] la posición de Pedro Ortega Díaz, Jesús Faría, Rodolfo Quintero, Héctor Mujica y otros calificados dirigentes. Pero la gran mayoría del Comité Central y del Buró Político estaba por la respuesta violenta al gobierno». Blanco Muñoz, 1993: 162-163.

> en los sucesos de Carúpano. Luego, cuando el gobierno constitucional, en acatamiento a expresas disposiciones legales y en resguardo de su propia estabilidad como régimen democrático, procede a sancionar a estos dos partidos lo ha hecho en fuerza de las mismas circunstancias que se derivan del acto sedicioso proclamado y admitido por los propios partidos sancionados. Nuestra Constitución es muy clara al garantizar a todos los venezolanos […] el derecho de asociarse en partidos políticos para participar, POR MÉTODOS DEMOCRÁTICOS, en la orientación de la política nacional, y jamás podrá admitirse como «métodos democráticos» de lucha la asonada cuartelaria, el tumulto callejero, la violencia desatada en sus más variadas manifestaciones de primitivismo político […] Por ello, a la luz de los principios constitucionales y las conveniencias mismas de la estabilidad democrática del país, está plenamente justificado el decreto ejecutivo que suspende en su funcionamiento y prohíbe las actividades de los partidos Comunista de Venezuela y Movimiento de Izquierda Revolucionaria[64].

Henríquez Vera concluiría diciendo lo siguiente en respaldo a la opinión de la bancada de su partido AD:

> Pero como bien lo anotara en la Cámara de Diputados Gonzalo Barrios, son los propios comunistas y sus aliados […] los que han decidido «despojarse de su condición de partido político»; son ellos mismos quienes se ilegalizan y «dejan de ser ya partido, fuerza política que está actuando dentro de ciertos sistemas y obligada a respetar ciertas reglas del juego, para convertirse en agentes inmediatos, confesos, activos y decididos de una intentona permanente de subversión».
> Son los propios comunistas y miristas los que, con sus hechos cumplidos, a la vista de todos y cuya responsabilidad ellos mismos admiten, se han declarado como enemigos jurados de la constitucionalidad. Ellos no ocultan ya su decisión de derrocar al gobierno a como diere lugar y en su desesperación por lograrlo llegan hasta el cinismo de proclamar la peligrosa tesis de que los

64 Rigoberto Henríquez Vera. «Consecuencias del 'Carupanazo'» *La República*, 15/05/62. ASGS.

alzados de Carúpano «representaban la legalidad y la voluntad del pueblo», desconociendo que es esencia de la democracia sustituir gobiernos mediante la limpia consulta popular y jamás con el expediente del cuartelazo y el golpe de estado.

[J]amás pensamos que sus rencores y resentimientos del presente pudiera colocarles en el plano inclinado de malbaratar alegremente el porvenir de sus respectivas trincheras partidistas en la primera aventura putchista que se les presentara en cualquier amanecer[65].

Por su parte, el diario *La Religión* habría de terciar en este debate a raíz de lo que calificaba como «miri-comunismo» (para bautizar así el maridaje de violencia entre el MIR y el PCV), señalando que entre sus partidarios imperaba una lógica dúctil y maleable, según la cual los «golpes malos», condenados en su momento por la izquierda, habían hecho que el gobierno de Betancourt tomara drásticas medidas contra «militares pundonorosos», quienes habían sido aventados al exilio «con el remoquete a todo trapo de golpistas y traidores», mientras que había bastado entonces que ese mismo gobierno procediera «rectamente contra la dictadura castrista para que el Partido Comunista y el MIR se declararan en guerra contra la Constitucionalidad»[66].

Luego de citar la célebre expresión cervantina de «¡Cosas veredes, Sancho amigo!», el diario en cuestión, en su nota editorial, continuaba apuntando lo siguiente:

Pero todavía se dudaba de su intromisión directa en los golpes de lo que hoy no se puede dudar. En efecto, el diputado comunista Guillermo García Ponce en su intervención en la Cámara, señaló que el pronunciamiento [de Carúpano] es uno de los acontecimientos políticos y militares más importantes de este país. Recalcó que la posición del Partido Comunista frente a los sucesos en cuestión responde, en parte, a los lineamientos de su organización y expresó su adhesión al programa de los insurgentes. ¿Qué más puede pedirse? A confesión de partes, relevo de pruebas. [...]

Domingo Alberto Rangel [por el MIR] habla en el mismo tono y vota con su camarada García Ponce. ¿El plan de Carúpano es el que ha de seguir el Partido Comunista y el MIR? ¿Nos veremos envueltos en continuos golpes? Ante esta enfática declaración de los líderes extremistas y hechas en un sitio como la Cámara de Diputados, huelgan los comentarios. Es un reconocimiento de la decidida participación de las huestes rojas en el alzamiento de Carúpano y la demostración palpable de algo todavía más peligroso que en más de una ocasión se ha denunciado: la infiltración comunista en las filas del Ejército. ¿Habrá dudas a estas alturas, cuando los mismos líderes se han declarado abiertamente partidarios de la rebelión?

El asunto está claro. Los mismos líderes del miricomunismo lo han reconocido. Entonces, ¿para qué dudar? ¿Es posible [que] se dude de la participación del PCV y el MIR en todos esos movimientos subversivos de los cuales ha sido víctima la constitucionalidad? ¿Es posible que se siga estudiando y en cierta forma se dude de la responsabilidad que corresponde a esas agrupaciones en la fracasada conspiración de Carúpano?[67]

Hubo por supuesto las opiniones que pretendieron conciliar los extremos y, también, las que se plantaron ante el terreno de las disyuntivas. José Ángel Ciliberto, desde las filas de AD-Oposición, estimaba que la solución a la violencia debía pasar por una actitud más sensata de parte del gobierno, y así lo expresó:

Sangre, mucha sangre se ha podido evitar que corriera si, a tiempo, voces autorizadas [...] no hubieran rechazado el diálogo o, si desde el poder, éste se hubiera impuesto. [...] Pero, ¿cuál de las Venezuela está más obligada a establecer el vínculo armonizador? Sin duda que la que tiene mayor responsabilidad, la que dispone de mejores recursos para intentarlo: la Venezuela oficial. [...] [S]i la situación continúa o empeora, el gobierno cargará casi

65 Ibídem.
66 *La Religión*, 11/05/62. ASGS.
67 Ibídem.

con toda la responsabilidad. Porque no quiere entender, porque no quiere escuchar las voces de quienes, pese a estar en leal y abierta oposición a su conducta, a diario le señalan las formas de devolverle al país la calma. [...] [El Gobierno] desde ya debe dejar de serlo para una porción de Venezuela y esforzarse en convertirse en un gobierno de todos[68].

Menos condescendiente en su papel de opinante, pero significativamente preocupado por los valores en juego, Juan Liscano dirá por su parte:

[S]i se contempla la vida política se constata [...] que a los partidarios del estado de derecho les falta acción, en tanto que a los partidarios de la insurrección, ésta les sobra. Por lo tanto, para resumir: sobra de razones pero falta de acción entre los defensores de las instituciones republicanas, carencia de razones pero sobra de acción, en la oposición activista [...]. Lo cierto es que admitido el hecho [...] de que la acción política de gran parte de la oposición derivó hacia el activismo, con la finalidad inequívoca de derrocar al presidente Betancourt, pese a que le eligió la mayoría de los venezolanos, cabe preguntarse cómo se podrán conciliar la lucha contra el activismo, el terrorismo y la insurgencia, y los principios republicanos. Todo liberalismo blandón [...] resultaría suicida. Y, por otra parte, la voluntad represiva en defensa del orden leal puede desbordarse e incurrir en los mismos excesos que pretende combatir. [...] Las mejores defensas de un régimen democrático frente a una oposición insurgente [*sic*], es el ataque. Las discusiones en las cámaras tienen un efecto paralizante. Para luchar contra el activismo hay que actuar. Esa acción debe ser de tipo represivo y de tipo ideológico. Se requiere para lo último argumentación, análisis, consideraciones emocionales y, por sobre todo, determinación irreductible de realizar reformas que mejoren la vida de la clase trabajadora[69].

68 José Ángel Ciliberto, «Una cruzada nacional». *El Nacional*, 07/05/62: 4.
69 Juan Liscano, «Frente al activismo». *El Nacional*, 07/05/62: 4.

CORTINA DE HUMO EN EL CONGRESO

Si el alzamiento de Carúpano había significado para los militares rebeldes una forma antagónica y violenta de interpretar la realidad, no todas las fuerzas opositoras que hacían vida en el Congreso asumieron un tono que pudiera catalogarse de enérgico y frontal a la hora de repudiar los sucesos. Tal vez fuera mucho pedir que quienes, a la vuelta de los años, se habían reintegrado a la política como representantes de una posición raigalmente antiadeca comulgaran plenamente con los planes económicos y sociales que proponía Betancourt. Pero el juego democrático habría exigido de ellos un apoyo menos vago, ambiguo o sembrado de condicionamientos a la hora de enfrentar la nueva amenaza insurreccional. Por ejemplo, en la Cámara del Senado, una moción condenatoria propuesta por Rómulo Henríquez (AD) durante la misma tarde de la asonada, terminó propiciando un debate de dos horas y media capitaneado por Arturo Úslar Pietri y en el cual, si algo privó de parte del escritor, fue el empeño de hallarle errores, defectos y debilidades al régimen democrático. «AUP –reseñaba *El Nacional*– hizo una exposición concreta sobre la situación nacional, llegando a la conclusión de que en el país existe actualmente un estado de deterioro de la democracia»[70].

Para un régimen que había advenido apenas tres años antes, y además en medio de las complejidades que supuso el tránsito de una Junta de Gobierno a elecciones libres en diciembre de 1958, la palabra «deterioro» resultaba ser, en el mejor de los casos, una definición un tanto caprichosa de parte del senador Úslar para calificar a la democracia venezolana de 1962. Si algo pareció quedar retratado en aquel debate fue más bien la intención de mirar de lejos a Betancourt y los problemas que lo aquejaban en su confrontación con la izquierda. Según la misma nota publicada por *El Nacional*, Úslar «añadió [...] que lo fundamental [...] no es una limitación a condenar el golpe de Carúpano,

70 *El Nacional*, 05/05/62: 21.

sino que es necesario adentrarse en esa situación de deterioro de la vida democrática»[71]. Los senadores de AD-Oposición coincidieron en opinar que «La situación de Carúpano no se [podía] juzgar aisladamente», en tanto que el senador Ramón Escovar Salom, desde la agrupación MRP, aliada de Úslar, calificaría el acuerdo propuesto por AD como «inodoro e insípido», agregando que «Venezuela tenía 150 años hablando [...] vaguedades sobre la democracia»[72] .

Con todo, los votos del sector AD-Gobierno (o Vieja Guardia, como solía llamársele en los corros periodísticos) hizo posible que, a pesar de su precaria mayoría en la Cámara Alta, la moción de rechazo al Carupanazo propuesta por el senador Henríquez fuera aprobada sin traspiés ni modificaciones de mayor envergadura. Aun así, el uslarismo y AD-Oposición insistirían en su tesis de que la asonada debía leerse como parte de un mapa mucho más complejo y que, por tanto, el acuerdo debió haber comprendido diferentes aspectos de la situación nacional[73].

EL DEBATE ENTRE LOS DIPUTADOS

Una situación distinta habría de plantearse en la Cámara de Diputados, donde el debate, que debió centrarse también en la sedición de Carúpano, cobró otro rumbo gracias a las intervenciones de José Vicente Rangel por URD y Jorge Dáger por el MIR. Ambos parlamentarios, junto a sus pares de AD-Oposición, llevaron la sesión a un terreno distinto, centrándose en denunciar el allanamiento practicado contra los talleres de la editorial Vanguardia donde se editaban no solo el semanario *URD*, del mismo partido, y *Acción Democrática*, de AD-Oposición, sino los diarios *La Tarde* y *Clarín*, el primero dirigido

71 Ibídem.
72 Ibídem.
73 Ibídem.

por Diego Heredia y, el segundo, por Luis Miquilena[74]. La denuncia de Rangel comprendía también la orden de detención dictada contra Heredia, director del vespertino *La Tarde* y militante de URD, por la publicación de una nota alusiva a la entonces reciente conmemoración del 1.° de mayo que el gobernador del Distrito Federal había calificado de tendenciosa («Con sangre obrera celebró Caracas el 1.° de Mayo»).

El asalto a los talleres donde se editaban los diarios *Clarín*, *La Tarde* y los semanarios *URD* y *Acción Democrática* fue reconocido por el gobierno como una acción inoportuna, por decir lo menos. De hecho, mientras se proponía clarificar lo ocurrido en Carúpano y establecer responsabilidades, el bloque parlamentario de la coalición vería enturbiada su actuación debido a que durante la misma tarde del 5 de mayo, al tiempo que las fuerzas leales a Betancourt avanzaban para recuperar el dominio de la ciudad sublevada, una comisión de la Digepol había irrumpido de forma violenta en el edificio donde funcionaban aquellas cuatro publicaciones, provocando destrozos en sus instalaciones y disparando armas de fuego[75]. Rangel hablaría entonces de un hecho «sin antecedentes en la historia política del país» al referirse al asalto «en forma vesánica y violenta» de los talleres y oficinas de la editorial Vanguardia. A tanto montaba el desmán que, a su juicio, solo era posible hallar puntos de comparación fuera de Venezuela: «Repito que quizá no exista en la historia política del continente un hecho que pueda compararse a esta agresión incalificable; si acaso, en años ya lejanos, la agresión de que fuera víctima *El Tiempo* de Bogotá por las hordas fascistas de Laureano Gómez, entonces en el poder»[76].

Si bien, desde el Ministerio de Relaciones Interiores, Carlos Andrés Pérez fue rápido en aclarar que se trató de un acto de insubordinación

74 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 7 de mayo de 1962, n.° 21: 734, 736.
75 Blanco Muñoz, 1994: 158.
76 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 7 de mayo de 1962, n.° 21: 739.

que el gobierno se haría cargo de castigar, el asalto a los talleres, cuyos propietarios eran altos personeros de Unión Republicana Democrática, llevó a que Rangel pusiera todo el calor posible en afirmar que, en realidad, esa acción había sido ordenada por el despacho de Pérez con el objeto de silenciar a dos órganos de la prensa opositora e, incluso, para liquidar físicamente a Miquilena, director de *Clarín*. Por ello, el periodista y diputado volvería a la carga con estas palabras al hablar de las explicaciones ofrecidas por el ministro y responsable directo de la Digepol:

> [La] «equivocación» de que habló Carlos Andrés Pérez [...] se transforma al día siguiente [en virtud del lenguaje de un parte policial] en un acto de «insubordinación» de los policías del Gobierno. ¿En qué mente cabe, quién puede creer que se pudiera presentar un acto de insubordinación de esta naturaleza, protagonizado por cerca de setenta efectivos de la Dirección General de Policía [...]?[77].

Por su parte, Rigoberto Henríquez Vera, diputado por el oficialismo, respondería en dos sentidos al hacer uso de su derecho de palabra: primero, para aclarar el motivo por el cual se había intentado ejercer una acción contra el director del vespertino *La Tarde;* luego, para referirse a la «insubordinación» de los agentes policiales que tuvieron a su cargo dirigir el asalto denunciado por José Vicente Rangel. En tal sentido, comenzaría diciendo:

> La libertad de pensamiento constituye, sin lugar a dudas, uno de los pilares fundamentales de la democracia. Es indudable la influencia que la prensa ejerce en las sociedades contemporáneas como modeladora de la opinión pública. De aquí que se le haya llamado «el cuarto Poder» y también de que alguien afirmara también que la prensa era «el instrumento más diabólico que la técnica moderna haya puesto en manos del hombre», ya fuera para aprovecharlo en bien de la sociedad o en contra de ella. Esto indica cómo la prensa tiene una elevada función de orientación pública.
> [...] Pero hay que tomar en cuenta qué debemos nosotros entender por libertad de prensa. Libertad de prensa no puede ser otra cosa que la expresión del pensamiento para crear, para construir, no para derribar instituciones ni para sembrar confusión colectiva. Cuando una prensa cae en el terreno del amarillismo, en el terreno del sensacionalismo, sin duda [...] se está apartando de los linderos de su función creadora. [...] En Venezuela hemos visto que determinado sector de la prensa [...] cae precisamente en el terreno de lo insurreccional[78].

En segundo lugar, haciéndose eco de la opinión del gobierno según la cual los autores de tal allanamiento actuaron como «agentes insubordinados de la Digepol»[79], el diputado Henríquez Vera sería rápido en aclarar que, tan pronto como el gobierno estuvo en conocimiento del hecho, procedió a aprehender a los responsables de los allanamientos. Fue un caso –a su juicio– de individuos que actuaron de su cuenta. Tan de su cuenta –agregó, dirigiéndose con ironía a Rangel– «como el [...] setenta por ciento de los [civiles] detenidos en Carúpano, que aparecen como militantes del mismo partido del doctor José Vicente Rangel», sin que «esos hombres que realizaron esa acción subversiva lo hicieran bajo el mandato de la dirección de ese partido»[80]. Y ya en cuanto a que «hombres investidos por la representación popular participaran activamente en asonadas militares» (aludiendo de ese modo al diputado Eloy Torres del PCV y Sáez Mérida del MIR), el mismo Henríquez Vera diría lo siguiente: «No es posible que todavía continúen personas distinguidas en el ámbito político nacional bailando la cuerda floja o pretendiendo navegar entre dos aguas». Además, en clara alusión a URD, agregó, dejando aflorar viejas

77 Ibíd., 742.

78 Ibíd., 746.
79 *El Universal*, 08/05/62: 18.
80 *La República*, 08/05/62. ASGS.

heridas que se remontaban a la caída de Rómulo Gallegos en 1948: «[N]o vengan a hablarnos de democracia mucha gente que fueron los sepultureros de nuestro primer ensayo democrático»[81]. Por último, plantearía este reto ante sus pares en la Cámara: «Se dice que este es un Gobierno dictatorial, que es un Gobierno divorciado de la confianza de toda la Nación. Entonces, ¿por qué no se tiene la suficiente paciencia para esperar que la próxima consulta electoral sea la que diga si tiene o no respaldo este Gobierno?»[82].

Por su parte, creyendo hallar en la intervención de Henríquez Vera un costado por el cual colarse, el diputado Jorge Dáger respondería con estas palabras a lo expresado por su colega:

> Aquí ha dicho el honorable diputado Rigoberto Henríquez Vera que *Clarín* y *La Tarde* abusan de la libertad de prensa. Yo quiero preguntar si esto significa que el diputado Henríquez Vera justifica por estos abusos el atropello que se cometió contra los periódicos *Clarín* y *La Tarde*. Yo quisiera saber si es que el diputado [...] considera que, por abusar de la libertad de expresión, *Clarín* y *La Tarde* son merecedores de este castigo[83].

Octavio Lepage, correligionario de Henríquez Vera en las filas parlamentarias de AD-Gobierno, señaló que el debate planteado en torno a los diarios *Clarín* y *La Tarde* solo pretendía desviar la atención de los atentados contra la constitucionalidad que, a su juicio, venían desarrollándose desde la oposición, especialmente para «arrojar una cortina de humo sobre el acontecimiento político más importante» (o «suceso-límite», como lo llamara también) «como [era] el alzamiento cuartelario de Carúpano»[84].

81 Ibídem.
82 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 7 de mayo de 1962, n.º 21: 748.
83 Ibíd., 753.
84 Ibíd., 757.

Aun cuando no pretendiera eludir lo concerniente a los diarios *Clarín* y *La Tarde*, o dejar de calificar lo ocurrido como de «atentado repudiable», Lepage dirá lo siguiente dirigiéndose a los diputados urredistas Rangel y Miquilena:

> Imaginándose, posiblemente, que los millares de venezolanos que no estamos en la oposición padecemos de debilidad mental, que somos tan torpes en la observación de las realidades políticas como para ser engañados con trucos infantiles, la oposición, o algunos sectores de ella, vienen utilizando, cada vez que preparan una acción violenta, la estratagema pueril de hacer una denuncia previa diciendo más o menos [que] «el Gobierno prepara hechos sangrientos para tal día»[85].

Sin embargo, contra los deseos de Lepage, la agenda del día daba prioridad a la denuncia del periodista y diputado José Vicente Rangel. Discutir a fondo los sucesos de Carúpano, así como la detención del diputado Eloy Torres, quedaría postergado para otra sesión de la Cámara. Se trataba –dirá el presidente– de una cuestión de orden respecto a la materia tratada y la forma en que fuera solicitado el derecho de palabra[86].

MIENTRAS LOS VIENTOS SOPLAN, LAS CAMPANAS REPICAN

El 9 de mayo, justo cuando los diputados debían reabrir el debate en torno a los sucesos de Carúpano, y a solo ciento veinte horas de haber ocurrido el alzamiento de la Infantería de Marina en aquella localidad, Betancourt ordenaría una acción sin precedentes contra el PCV y el MIR dentro de la –aún– incipiente era de la democracia recobrada[87].

85 Ibíd., 758.
86 Ibíd., 762.
87 Castillo, 1998: 261.

En respuesta directa «a la rebelión armada de Carúpano» (y tal reza su segundo considerando), el gobierno procedió ese día 9 de mayo a dictar el decreto n.º 752 mediante el cual se suspendían las actividades públicas del PCV y el MIR al tiempo que se ordenaba la ocupación de sus locales y archivos[88]. La situación era, en todo caso, extraña y ambigua: según el decreto en cuestión, la actividad parlamentaria de ambos partidos se mantendría intacta, pero ninguna de las dos organizaciones podría celebrar actos públicos; al mismo tiempo, sus locales serían allanados en todo el país, en tanto que el semanario del MIR –*Izquierda*– y el diario del PCV –*Tribuna Popular* – saldrían de circulación.

Juan Bautista Fuenmayor no dudaría en conferirle a esta medida tintes que remitían a las épocas más sombrías en la historia del PCV:

> Y, por si fuere poco, el 9 [de mayo de 1962, el gobierno] dictó [un] decreto con el objeto de suspender en su funcionamiento y prohibir sus actividades al Partido Comunista de Venezuela y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y la ocupación de sus locales, archivos y demás efectos de dichos partidos. Algo similar a lo que ya anteriormente habían hecho los gobiernos del general Eleazar López Contreras en 1937, y más tarde el del general Marcos Pérez Jiménez en 1948 y 1950 respecto a Acción Democrática y al Partido Comunista, como una demostración de la dureza del nuevo y democrático gobierno del señor Betancourt[89].

AD-Oposición, en su férreo enfrentamiento al gobierno, no comulgará con la medida y, al respecto, sus voceros dirán: «El Decreto [...] que suspende al Partido Comunista y al MIR muestra una ausencia total de justificación legal». De forma similar a como lo haría años después el ya citado Fuenmayor en su *Historia de la Venezuela política contemporánea*, la Dirección Nacional de AD-Oposición trataría de buscarle algún precedente a la medida. Así, hurgando en el cajón del pasado,

88 *Últimas Noticias*, 11/05/62: 1. Para el texto completo del Decreto, véase la p. 4 de esta edición.

89 Fuenmayor, 1988, XIV: 172.

terminó enrostrándole al gobierno de Betancourt un proceder semejante al que tuvieron los militares en 1948:

> El triunvirato faccioso que derrocó en 1948 al Gobierno Constitucional de don Rómulo Gallegos comenzó ilegalizando a Acción Democrática y, posteriormente, al Partido Comunista, [y] sin necesidad de apelar a nuevos decretos inició [...] una represión contra URD y Copei que culminó con una ilegalidad *de facto* para esos dos partidos. [...] [L]as experiencias citadas llevan a la conclusión inexorable de que la ilegalización o persecución de un partido político conduce a la persecución, el atropello y la ilegalización de los demás[90].

Al mismo tiempo, los propios voceros de AD-Oposición daban por sentado que si las pruebas de la participación de Eloy Torres en el complot de Carúpano terminaban siendo conclusivas, ello no era motivo para que, como un todo, la organización en la que formaba filas fuese proscrita:

> [E]stimamos también que la responsabilidad individual de uno o varios miembros dirigentes no puede invalidar a un Partido como institución y que se puede sancionar legalmente a los dirigentes que resulten culpables sin necesidad de arrojar a la clandestinidad y la violencia a sectores ciudadanos que tienen derecho a organizarse[91].

AD-Oposición partía de suponer que una cosa eran los dirigentes y militantes incursos en hechos de violencia y otra muy diferente los partidos como instituciones esenciales del régimen democrático. También suponía que la responsabilidad penal era individual, no colectiva. Ahora bien, resultaba difícil determinar en este caso hasta

90 «Ni dictadura fidelista ni dictadura militar son soluciones para la crisis venezolana». Documento presentado ayer en la Cámara de Diputados por la Dirección Nacional de Puente República. Caracas, 16 de mayo de 1962. [Diario sin especificar], 24/05/62. ASGS.

91 Ibídem.

dónde esa responsabilidad individual, disociada del partido, podía ser un argumento válido, tomando en cuenta las entusiastas expresiones de endoso que tanto los diputados del PCV, como el órgano de prensa del partido –*Tribuna Popular*–, dieron a los hechos de Carúpano. Sin embargo, AD-Oposición persistiría en sostener que el Carupanazo había generado acciones penales dentro de la jurisdicción militar y, por tanto, ninguna acción de ese tipo dejaba de calificar como una responsabilidad individual, no pudiéndose por tanto enjuiciar a toda una organización partidista en virtud de un hecho penal[92]. La posición de AD-Oposición, al dar su voto favorable a fin de que Eloy Torres continuase bajo custodia, parecía ser clara entonces: el hecho de que uno o algunos individuos pertenecientes a un partido determinado trasgredieran los límites de su conducta política no significaba que la institución como tal incurriese en el mismo error[93].

En todo caso, AD-Oposición insistiría en calificar la medida de proscripción contra ambos partidos como resultado de un «decreto dictatorial»[94]. En su condición de titular de Relaciones Interiores será a Carlos Andrés Pérez a quien le toque enfrentar este paisaje erizado de críticas. Su argumento central era que el gobierno actuaba ante una situación que, aunque paradójica, debía ser apreciada a partir de la falta de compromiso democrático que acusaban las dos organizaciones proscritas. Y lo resumió en estos términos: «[Resulta] un contrasentido inexplicable reconocerle los derechos y privilegios de organización política [al PCV y el MIR] y, al mismo tiempo, tener que utilizar las armas para combatirlas»[95].

Sin rodeos de ninguna especie, Pérez continuaría sentando la posición del gobierno frente al reclamo de sus opositores a través de

92 Hernández, 2012: 41.

93 Blanco Muñoz, 1994: 146.

94 «Ni dictadura fidelista ni dictadura militar son soluciones para la crisis venezolana». Documento presentado ayer en la Cámara de Diputados por la Dirección Nacional de Puente República. Caracas, 16 de mayo de 1962. [Diario sin especificar], 24/05/62. ASGS.

95 *Últimas Noticias*, 11/05/62: 5.

una alocución nacional el día 10 de mayo. Por ser rica en detalles, conviene citarla extensamente:

> Caracas y las principales ciudades del país han recibido el azote de las actividades terroristas. Bombas molotov, incendios de vehículos de servicio público y particulares, saqueo de casas comerciales, asesinatos de policías y más de un centenar de vidas inocentes sacrificadas en los motines callejeros. Todos los medios de sembrar pánico en la ciudadanía han sido utilizados alevosa y premeditadamente en esfuerzos desesperados por crear un clima propicio a la descocada empresa subversiva. [...]
>
> En exposición complementaria hecha por mí, di cuenta pormenorizada de los hechos terroristas y subversivos llevados a cabo por el Partido Comunista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Leí documentos. Mostré los bonos que se estaban vendiendo clandestinamente para «la compra de armas para la revolución»; otro que decía «yo contribuí con medio día de salario para derrocar al gobierno Betancourt-Copei. [...]
>
> Quienes creyeron de buena fe que la restitución de garantías podría contribuir a la pacificación de los ánimos, muy pronto han recibido la respuesta artera de quienes aparentan ser también defensores de la legalidad democrática y sólo cumplían maniobras de distracción, preparando lo que estimaron el golpe de gracia al régimen constitucional. El jefe máximo de la insurgencia comunista [Gustavo Machado] salía para Rusia a dar la buena nueva. Allá ha recibido las noticias del fracaso inevitable. [...]
>
> Estoy refiriéndome a la sublevación de Carúpano. Última etapa del plan insurreccional. Dramáticamente ha quedado en evidencia todo lo que el Gobierno Nacional venía denunciando ante el país. [...]
>
> Pero la nación no puede satisfacerse ya con medidas de emergencia que el gobierno adopta en estas cíclicas manifestaciones de la violencia subversiva del extremismo comunista, en el obstinado empeño de derrocarlo y crear otro a imagen y semejanza del cubano. [...]
>
> En esta prueba a que el Partido Comunista de Venezuela y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria sometieron al país, logrando la acción combinada de una unidad de las Fuerzas Armadas sublevada contra la Constitu-

ción, por la acción de un pequeño núcleo de oficiales comprometidos con el extremismo, el crudo rostro de los hechos ha magnificado la gran verdad venezolana. Ni una sola aldea, ni un solo pueblo, ni una sola ciudad se sumó a la aventura extremista. [...]

Se ha tenido la paciencia del constructor. Las heridas infligidas al país en los diez años de dictadura ameritaban un lapso de espera, de buscar por todos los medios la convivencia pacífica de todas las ideologías y de todos los partidos. Así lo imponía la filosofía democrática del gobierno que preside el señor Rómulo Betancourt. [...]

No se ha vacilado. No nos hemos estado enfrentando a una tormenta de fuerza desconocida. Ya se ha creado una conciencia colectiva. Obedeciendo al sentir de esta poderosa corriente [...] se ha decidido en Consejo de Ministros la suspensión en su funcionamiento y prohibida las actividades del Partido Comunista de Venezuela y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. [...] Determinación que fue ampliamente discutida en el seno del Consejo de Ministros y de los partidos de la coalición. Así lo ameritaba la trascendencia de una medida que apaciblemente podría afectar el crédito democrático nacional e internacional de un gobierno [...] como el de Venezuela. [...]

No se trata igualmente de una medida contra la libre organización de la ciudadanía en partidos políticos. Ha quedado demostrado que aunque con las apariencias de partido político, el Partido Comunista de Venezuela y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria son instancias de una conspiración para derrocar el orden constitucional de la República y no pueden reclamar los derechos y privilegios otorgados a los partidos políticos porque la Constitución manda a participar en la vida nacional con métodos democráticos[96].

Pérez, en esta alocución trasmitida en cadena nacional para anunciar la suspensión de los dos principales partidos de izquierda, no desaprovechó la oportunidad que le había ofrecido la intervención de los diputados del PCV el día antes en el Congreso Nacional haciendo público y manifiesto su apoyo al programa de Carúpano. Y tales fueron sus palabras: «Ayer, en el debate de la Cámara de Diputados sobre la detención del dirigente comunista [Eloy Torres], voceros suyos y voceros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria reconocieron paladinamente su participación en el golpe subversivo y ratificaron [su] decisión de derrocar por la violencia el orden constitucional»[97]. Para Pérez era sencillamente un contrasentido que ambas organizaciones trabajaran para desestabilizar el experimento democrático mediante la violencia y la conspiración militar y, al mismo tiempo, aspiraran a preservar su cobertura legal[98].

96 Ibídem.

Acercándose ya a los últimos giros de su mensaje radiotelevisado, CAP creyó necesario subrayar, una vez más, lo siguiente: «Se ha obrado en cumplimiento de un deber constitucional al prohibirse el funcionamiento de partidos que no están participando por métodos democráticos en la orientación de la política nacional»[99]. Finalmente, a la espera de que fuese la Corte Suprema de Justicia la que decidiera si ambas organizaciones debían ser ilegalizadas o no[100], el ministro de Relaciones Interiores cerró su mensaje de esta forma: «Los considerandos del Decreto [...] llevan la justificación legal de la medida. Quienes se sientan afectados tienen [el] camino expedito y abierto para recurrir a la Corte Suprema de Justicia. A su fallo definitivo someterá siempre sus actos el Gobierno Nacional»[101].

A pesar del enfático mensaje del ministro Pérez, la Dirección Nacional de AD-Oposición expresaría –como ya se ha dicho– su rechazo a la suspensión de las actividades del PCV y del MIR decretada por el gobierno mientras que, al mismo tiempo, daba su respaldo al allanamiento del diputado Torres. Pero además, llegada la hora de cuestionar y salvar su voto frente a la suspensión de aquellos dos partidos, lo hará aclarando que no por ello debía entenderse que los adecos disidentes

97 Ibídem.
98 Castillo, 1998: 280.
99 *Últimas Noticias*, 11/05/62: 5; *El Universal*, 11/05/62: 10.
100 Lieuwen, 1965: 190.
101 *El Universal*, 11/05/62: 10.

estuvieran ofreciéndole un apoyo irrestricto a la política adelantada por el PCV y el MIR[102]. Visto de este modo, y según lo entiende Agustín Blanco Muñoz, en cada uno de los partidos de la oposición aumentaban y se hacían sentir las contradicciones en relación con estas materias. Y agrega:

> No hay partido de oposición que tenga plena unidad de criterios: en AD-OP y en URD hay sectores proclives a la hermandad plena con el extremismo y que en la práctica siguen sus lineamientos. [...] Pero son sensibles las grietas y enfrentamientos. [...] [D]espués de Carúpano la reflexión se hizo obligada: [...] para la oposición legal, marcar lo más claramente posible la diferencia con los sectores extremistas[103].

Esto es lo que lleva a suponer que en tales momentos al menos, cuando la coyuntura era tan difícil, AD-Oposición intentara eximirse de cualquier sospecha de afinidad con el «extremismo» y las movilizaciones armadas que venía planteando[104].

Ello también explica que otra de las principales fuerzas del arco opositor –Unión Republicana Democrática– se viera jalonada, incluso con mucha más fuerza, por tensiones internas a causa de esta ambigua situación. Así lo sintetizaba la revista *Élite* en un artículo publicado bajo el sugestivo título de «Crisis amarilla», aludiendo así al color emblemático del partido de Jóvito Villalba. Tocando justamente el punto central que tenía que ver con el posible desafuero de Eloy Torres y, de ser el caso, su consiguiente enjuiciamiento por parte de la Justicia Militar, la revista en cuestión no dudaba en darle visos de crisis a la situación que se vivía dentro de aquel partido:

> Unión Republicana Democrática, como se sabe, está integrada por dos corrientes, una liberal, acaudillada por el Maestro [Villalba], y otra definidamente izquierdista, jefaturada por Luis Miquilena. Mientras que la corriente que sigue al líder de Pampatar está decidida a votar por el allanamiento de la inmunidad del diputado arrestado, el bando miquilenista se opone terminantemente a ello. [...] Las dos corrientes se han cruzado palabras violentas, y mientras una defiende con calor a Torres, la otra lo condena tajantemente. Para el momento de escribir esta nota [...] la balanza estaba inclinándose hacia el lado de Villalba[105].

Dándole un carácter ominoso a lo que las medidas promovidas por Betancourt podrían tener para el futuro de la organización acaudillada por Villalba, la revista concluía su nota del siguiente modo: «Los vientos de fronda siguen soplando en el partido amarillo, ahora con fuerza de huracán. Y los observadores políticos estiman que ha llegado para URD la hora [...] de la división. Mientras los vientos soplan, las campanas repican»[106].

Como se ha dicho, la actitud beligerante de la llamada «ala negra» de URD (o de la «corriente dura del amarillismo», o del «ala roja», como se le conocía igualmente) se haría extensiva al caso de la suspensión del PCV y del MIR decretada por el gobierno de Betancourt. Al igual que frente al allanamiento de Torres, la situación vendría a ser reflejo de la dinámica que se libraba al interior del partido, donde cohabitaban sectores influidos por el marxismo y la revolución cubana. Al mismo tiempo, las diferencias desatadas en las filas de URD frente al tema del PCV y del MIR respondían también a ciertos abismos generacionales planteados entre la dirigencia y la juventud del partido. Formada esta por quienes pertenecían a lo que podría denominarse la Generación del 58, fueron a parar al partido URD sin mucha mística urredista, sin mucho sentimiento «jovitero», arrastrados más bien por la candidatura de Wolfgang Larrazábal, que contaba entonces con la simpatía tanto de URD como del PCV y que

102 Blanco Muñoz, 1994: 147.
103 Ibíd., 146.
104 Ibíd., 147.
105 *Élite*, n.º 1.912, 19/05/62: 15.
106 Ibídem.

venía aureolada por la popularidad del marino a su paso por la Presidencia de la Junta de Gobierno en 1958. La prensa se preguntaría: «¿Cuál de las dos líneas –la democrática o la extremista– privará en definitiva [dentro de URD]?»[107].

Sin embargo, contra todos los pronósticos de la prensa, el conflicto no adquirió de momento un carácter definitivo, a pesar de que durante el levantamiento de Carúpano, al igual que como había ocurrido durante la asonada de Barcelona en 1961, se vieron implicados numerosos militantes de URD. Es por ello que el politólogo Juan Carlos Rey se permite observar que la situación de aquel partido se caracterizó por una marcada ambigüedad durante la etapa 1960-1962, explicable no solo porque en su interior hubiese sectores influidos por el marxismo y la Revolución cubana, sino por el hecho de que las relaciones evitaban cobrar un carácter antagónico sobre la base de transacciones y compromisos entre las distintas tendencias en pugna que convivían dentro de URD[108].

Será más bien cuando, planteada una segunda candidatura presidencial de Wolfgang Larrazábal, en 1963, ya con el apoyo de otro partido –el FDP–, Villalba se lance a la conquista del poder como abanderado de su propia tolda. A la hora de captar el voto independiente, Villalba se verá obligado a adoptar, frente al panorama planteado dentro del urredismo, mayores definiciones respecto a la izquierda, lo cual –más temprano que tarde– lo llevaría a enfrentar la rebelión de la joven militancia amarilla y a exponerse a que, de una vez por todas, ocurriese el desgarre que tanto se temía, tal como había ocurrido con AD cuando las tendencias disidentes pasaron a conformar el MIR y AD-Oposición[109].

Por otra parte, no bastó con que el PCV, reivindicara abiertamente la acción de Carúpano en plena Cámara de Diputados, como

107 *Élite*, n.º 1.934, 20/10/62: 33.
108 Rey, 1999: 144. 145.
109 *Élite*, n.º 1.933, 13/10/62: 10.

más tarde lo haría también en relación con el Porteñazo. En esa misma Cámara, pero ya en actitud de rechazar que su propio partido –el MIR– fuera suspendido también mediante decreto presidencial, y al tiempo de solicitarles a las demás fuerzas opositoras que apoyaran la impugnación de semejante medida, Domingo Alberto Rangel dirá que fue el gobierno quien más bien les regaló a ambas organizaciones «la causa de Carúpano». En esa oportunidad, al calificar de «genocidio jurídico» la prohibición de actividades de las cuales eran víctimas el PCV y del MIR, Rangel expresaría lo siguiente:

> Se dice que hemos reconocido nuestra participación en lo de Carúpano. Ya lo dije cuando hablé sobre ese tema, que en Carúpano intervinieron todos los demócratas venezolanos. No fue el MIR quien dirigió la insurrección, ni las consignas de Molina Villegas respondían a las consignas del MIR. Pero la bandera de Molina Villegas fue la bandera del respeto al Congreso, a los derechos populares. Fue la bandera del restablecimiento pleno de las fórmulas democráticas. Finalmente en Carúpano levantaron una bandera que es de casi todos los venezolanos: realizar una política que sustituya la ineficacia y ponga algo que signifique perspectiva de progreso seguro. Esas banderas no son del MIR ni del PCV, son de toda la nación. Son las banderas del 23 de enero[110].

Con cierto sentimentalismo agregó: «A los partidos políticos no se les liquida con decretos [...] Podríamos recordar las palabras de Andrés Eloy Blanco cuando se intentó destruir a Acción Democrática: 'Disolver a AD es como decir se disuelve una conciencia, se disuelve una fe'»[111]. Luego haría particular mención al hecho de que Gonzalo Barrios, dentro de la Vieja Guardia, se opusiera a la medida, reconociendo además que algunos dirigentes de Copei mostraban igual

110 *El Nacional*, 19/05/62: 21.
111 Ibídem.

actitud, al punto de retrasar su aprobación[112]. En todo caso, tanto URD como AD-Oposición impulsaron un acuerdo en la Cámara de Diputados que, visto como fuere, se limitaba a expresar su repudio al decreto de suspensión, dejando entrever así que su carácter indefinido y ambivalente confirmaba las dudas que tenían ambas organizaciones a la hora de ir más allá de asumir una «enérgica protesta», como rezaba su enunciado. Agustín Blanco Muñoz se propone observar lo ocurrido así:

> Se supone que el Poder Legislativo, en este caso representado por la Cámara de Diputados, [pudo] dirigirse a la Corte Suprema de Justicia acusando la trasgresión a la Constitución y a la vez solicitar la nulidad del decreto. Pero esto no ocurre. Es una protesta que se queda en consideraciones generales. [...] Se trata de manifestar desacuerdo, desaprobación con la ilegalidad ejercida por el gobierno, pero sin que el mismo pudiera entenderse como un apoyo, una aprobación de la política extremista. Se cumple el requisito político a la vez que [...] se señalan de nuevo las diferencias, los objetivos de los dos «bandos»[113].

Y concluye diciendo: «En términos jurídicos sólo hay una suspensión de actividades, pero en la práctica ya se ha producido la ilegalización»[114].

Algo quedaba claro, y es lo que tal vez explique el tono altamente polémico que cobró el debate sobre este tema: Betancourt pisaba, legalmente hablando, un terreno frágil. En un principio, la medida de suspender al PCV y el MIR podía interpretarse como una intrusión indebida en los predios de otro poder, y así lo conceptuaba uno de los principales argumentos esgrimidos en repudio del decreto, según el cual no existía, constitucionalmente hablando, ninguna facultad

112 Ibídem.
113 Blanco Muñoz, 1994: 152-153.
114 Ibíd., 153.

que autorizase al presidente a suspender las actividades de un partido determinado. Será sin embargo la propia Constitución sancionada apenas un año antes –en 1961–, la que le ofrezca al gobierno la fórmula para circunvalar el problema y, en último término, actuar de manera contundente. A tenor de dicha Constitución, e independientemente de que el presidente estuviese directamente facultado –o no– para suspender el funcionamiento de alguna organización política, Betancourt podía tomar las medidas que creyese necesarias con el fin de garantizar la seguridad y defensa del país. De allí que el funcionamiento legal de ambas organizaciones, a la luz de su cercana participación en el Carupanazo y la abierta «apología» que de la rebelión hicieran sus representantes en el recinto de Diputados, calificaba como una amenaza que le permitía al presidente justificar la implementación de tal decreto[115].

LA MORFINA DEL DECRETO 752

Si bien la suspensión del PCV y del MIR debía leerse como el primer paso hacia su eventual ilegalización (pedido que solo vendría a tener lugar algunos meses más tarde, en octubre de ese año 62[116]), hubo quienes, situándose a la derecha del decreto, calificaban a Betancourt de «guabineo», considerando el 752 como una solución tibia frente a los sucesos de Carúpano y otras muestras, entonces recientes, de amenaza insurreccional. Tal será por caso la opinión del inveterado y furibundo anticomunista Germán Borregales, quien hablaría del decreto en cuestión como una especie de «morfina». De hecho, llama la atención que desde las páginas de *Últimas Noticias*, diario usualmente poco dado a esta clase de polémicas, tres artículos en el lapso de dos días dieran cuenta de una visión similar y recurrieran prácticamente a los mismos símiles: llevaban la firma del propio Borregales, del pres-

115 Castillo, 1998: 285-286.
116 Carrera, 2013: 296.

bítero Jesús Hernández Chapellín y del escritor Luis Felipe Bellorín que, cuando no hablaban de «morfina» simplemente concluían que el tumor se extraía con bisturí[117].

Según Luis Felipe Bellorín, a la izquierda se le condenaba tardíamente cuando, en realidad, tal suspensión debió tener lugar mucho antes, prácticamente –según el parecer del articulista– desde que Rómulo Betancourt iniciara su gestión en febrero del 59. Lo que hacía inexcusable la tardía suspensión del PCV y del MIR era que, a esas alturas, ambas organizaciones ya se habían declarado en forma confesa a favor de las mismas aventuras golpistas de las que tanto habían abjurado. Y así lo sostenía:

> Lo que todavía mucha gente se resiste a comprender es que el comunismo está decidido a llegar al poder por el camino más corto y para ello se valdrá de todo, como ya lo hizo en la lucha contra Pérez Jiménez con el fin de aparecer como campeón de la libertad y aguerrido defensor de la democracia, cuando en verdad lo que hacían era infiltrarse hábilmente, tomar posiciones claves y, desde ahí, comenzar entonces a disparar cuando lo creyeran más conveniente. Nadie olvida la tesis anti-golpistas de aquellos días que siguieron a la caída de la dictadura. El ruido rojo estremecía de punta a punta al país. Se atacaba implacablemente a los militares y se les hacía aparecer ante los ojos del pueblo como los responsables de la inestabilidad en que se debatía la naciente democracia. [...] El tiempo, que todo lo aclara y define, cambió radicalmente las cosas. Los fracasos políticos obligaron a cambiar de táctica y entonces se enarboló la bandera del golpismo que, meses antes, se repudiaba públicamente. Lo que vino después lo saben todos: disturbios, saqueos, asaltos a plena luz del día, muertes, guerrilla y, por último, la asonada de corte fidelista[118].

El presbítero Hernández Chapellín, quien en el pasado reciente había librado su propia guerra de artículos contra Laureano Vallenilla Planchart

117 *Últimas Noticias*, 12/05/62: 13/05/62: 13.

118 Luis Felipe Bellorín. «Después de la ilegalización ¿qué?» *Últimas Noticias*, 13/05/62: 13.

hasta el punto de terminar detenido en la sede de la Seguridad Nacional, también calificaría de «morfina», al igual que Borregales, el decreto 752:

> Morfina porque producirá una especie de sueño, de adormecimiento, de anestesia en la vida pública, pues es mucho el que piensa que ya con ese decreto se terminó el problema marxista en Venezuela. [...] ¿Con el decreto cojo o mocho o defectuoso n.º 752 se van a inhabilitar los rojos para que no sigan su acción destructora dentro de los cuadros juveniles?[119].

Sin embargo, de los tres articulistas, Borregales será el más duro a la hora de opinar al respecto. Y así lo haría a través de dos entregas sobre el tema, en una de las cuales apuntaba lo siguiente:

> No me explico el optimismo de algunos políticos y de algunos industriales con ese Decreto que deja a los comunistas en el Congreso, que los deja en la calle, que los deja dirigiendo liceos, colegios, escuelas oficiales, colocados en posiciones estratégicas en el gobierno. [...] Cuando un grupo de militares hizo algo parecido [al intentar derrocar al gobierno], esos militares fueron a la cárcel y al exilio. Vea el lector la diferencia. Los comunistas conspiradores, asesinos de militares y civiles, siguen siendo senadores, diputados, maestros de liceo, etc. Los militares están en la cárcel y el exilio. El famoso decreto n.º 752 los «inhabilita». ¿Pero los inhabilita de qué y para qué? [...] Es un decreto incoloro, inodoro, de medias tintas, vacilante [...] Ese decreto no resuelve nada, al contrario, es una especie de morfina para adormecer a la gente, para dopar a la gente. [...]
> Por otra parte, el Decreto se limita a los comunistas del MIR y del PC, ¿pero cómo quedan allí [...] los emisarios de Fidel Castro acampados en URD [...]? ¿Es que el Decreto 752 les suspende las órdenes de pago de la caja del Congreso donde los comunistas reciben, todos los meses, más de cien mil bolívares que los utilizan para la [...] implantación en Venezuela del terrorismo rojo como en Hungría, como en Rusia, como en China, como en

119 Jesús Hernández Chapellín. «¿El 752 arrancará el comunismo de la educación?» Ibídem.

Cuba? Por favor, Sr. Dr. Carlos Andrés Pérez, no nos venga con esa morfina del Decreto 752[120].

Llama particularmente la atención que Borregales aludiera a la «infiltración» comunista en la educación pública, asunto que también se haría cargo de abordar el presbítero Hernández Chapellín, a la hora de enrostrarle al régimen de Betancourt una marcada debilidad frente a lo que debía ser una auténtica cruzada por depurar los planteles de educación media y las universidades de comunistas y miristas. Es curiosa la insistencia con que ambos articulistas pretendían reprocharle al gobierno cierta indolencia en ese campo. En primer lugar, puesto que Betancourt tenía claro que el aparato legal del Estado ya le había permitido obrar en tal dirección: «[L]as leyes de Venezuela prohíben explícita y categóricamente la utilización de la cátedra para difundir doctrinas políticas de cualquier clase»[121]; en segundo lugar porque, a la hora de los hechos, el gobierno no había vacilado en tomar medidas allí donde justamente sabía que la izquierda contaba con uno de sus mayores pilares de actuación. A tal punto ello era así que basta consultar lo que el propio Betancourt dijo públicamente durante la clausura del III Congreso de los Trabajadores del Petróleo:

> Se les está haciendo expedientes, para erradicarlos de la educación pública, a todos los profesores comunistas y miristas; a todos los profesores comunistas y miristas que quedan dentro de la educación [media] y primaria, porque las leyes de Venezuela prohíben explícita y categóricamente la utilización de la cátedra para difundir doctrinas políticas de cualquier clase[122].

El siguiente artículo de Borregales se vería consagrado a examinar la naturaleza frágil del decreto 752 y los efectos poco perdurables

120 Germán Borregales. «¿Qué es eso de 'inhabilitación', Señor Presidente?» *Últimas Noticias*, 12/05/62: 12.
121 Citado por Agustín Blanco Muñoz, 1994: 117.
122 Betancourt, 1969, III: 134.

que podía entrañar. Sostenía que se trataba de un decreto que se veía atado de modo circunstancial a la suspensión de garantías entonces vigente lo cual, por ello mismo, no le confería el carácter de norma con algún grado de perdurabilidad. A su juicio, tal decreto podía ser fácilmente revocado en la primera oportunidad en que se diera la restitución de las garantías:

> Con interés comprensible [...] esperábamos la anunciada decisión del Gobierno Nacional frente a los partidos de la extrema izquierda, el PCV y el MIR, cuya participación en el «alzamiento» fidelista de Carúpano [...] [está] más que [comprobada].
> [L]legó el Día D y, tras él, la hora cero. Con el acostumbrado aparato teatral, con la peculiar espectacularidad con que reviste el régimen aun hasta sus actos menos trascendentales, el ciudadano Ministro del Interior [...] descorrió el velo de la incógnita: leyó un decreto, el número 752, en el cual, tras patéticos y ampulosos considerandos, se decide [suspender en sus funciones y prohibir las actividades del PCV y del MIR]. Nada más. Nada menos.
> El pesimismo se apoderó de nosotros. Todo el aparato de que se había rodeado el anunciado Decreto, toda la espectacularidad del acto de su lectura, fueron simples medios de abultamiento y cortina de humo hábilmente tendido para ocultar la esmirriada, raquítica dimensión de su contenido. [...]
> Lo que esperaba el pueblo venezolano era otra cosa. La ilegalización del Partido Comunista y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, conjuntamente con la de sus cómplices del Urredismo; es decir, que se les colocara al margen de la ley.
> La «inhabilitación», como han dado en llamar algunos noveleros a las medidas contenidas en el Decreto 752, no puede tener bases más precarias. La inhabilitación no es otra cosa que la supresión o restricción de las libertades y derechos constitucionales a una persona jurídica. Y, por ende, mañana [...] la mayoría parlamentaria, integrada por los rojos y sus cómplices [...] buena maña se darán para [improbar] el Decreto 757 porque no es ésta una

> norma jurídica permanente [...] ¿Cuál es el resultado de esto? Que mañana, cuando la mayoría parlamentaria deje sin validez el decreto, el gobierno se lavará las manos, como Pilatos, y dirá que él quiso eliminar el peligro y que no es culpa suya si el Congreso anuló su decisión. Ilegalización, Sr. Presidente[123].

OTRA VEZ ENTRE DIPUTADOS

En una sesión de la Cámara de Diputados de la que estuvieron significativamente ausentes Jorge Dáger y Gustavo Machado (este último, por hallarse en Moscú), el Orden del Día debía centrarse en los sucesos de Carúpano y, muy especialmente, en la discusión del informe enviado por el ministro Carlos Andrés Pérez con referencia al arresto domiciliario de Eloy Torres[124]. El tema apremiaba puesto que el debate debía reabrirse formalmente a partir de las propuestas formuladas por José Vicente Rangel en la sesión anterior con motivo de la detención del director del diario *La Tarde* y el asalto a los talleres de *Clarín*. De allí que el diputado Jaime Lusinchi, por el partido eje del gobierno, propusiera que la Cámara se declarara en sesión permanente hasta tanto se agotara el tema de la asonada de Carúpano[125]. Como cosa curiosa en medio del jaleo, el presidente de la Cámara leyó una nota enviada por Cristóbal L. Mendoza, en nombre de la Academia Nacional de la Historia, invitando a los diputados a una sesión en homenaje al centenario del fallecimiento del prócer y expresidente Pedro Gual. La historia, por lo pronto, podía esperar.

Pero también había otro tema apremiante aparte de Carúpano: la suspensión de las actividades del PCV y del MIR, decretada ese mismo día por órdenes del gobierno. Según una nota publicada por el diario

123 Germán Borregales. «Ilegalización, Sr. Presidente». *Últimas Noticias*, 14/05/62: 14.

124 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes V. Caracas, 9 de mayo de 1962, n.º 22: 766.

125 Ibídem.

Últimas Noticias, hubo «absoluto silencio por parte de los parlamentarios de la oposición sobre la suspensión de los partidos Comunista y MIR». Sin embargo, a la vuelta de unas líneas, el cronista de aquel matutino observaría lo siguiente: «El debate, en los primeros momentos, se mantenía en un clima pacífico, pero luego fueron agriándose las cosas por los discursos de los diversos diputados, hasta llegar prácticamente al insulto personal»[126].

Cuando llegó sin más vueltas el turno de referirse a Carúpano, Guillermo García Ponce, por el PCV, lo hizo, en primer lugar, hablando desde una posición defensiva: «Los sucesos de Carúpano revelan [que] la política seguida por el actual Gobierno conduce inevitablemente a Venezuela a la guerra civil, a la violencia fratricida entre los venezolanos, a la lucha enconada entre los partidos. No podía esperarse otra consecuencia de la política que aplica el Gobierno»[127]. Como cabía suponerlo, su argumentación se encaminaría a desentrañar el origen de la violencia y verla ratificada en la conducta que había exhibido el gobierno: «Venezuela ha sido conducida al camino de la violencia como producto y como consecuencia de la violencia oficial. Fue el propio Gobierno quien inició la violencia y quien la ha sostenido reiteradamente»[128].

Acto seguido, el diputado pecevista cargaría directamente contra el presidente:

> Betancourt levantó la bandera de la división, Betancourt levantó la bandera de la segregación y liquidación de las fuerzas de izquierda. [...] En lugar del programa de independencia nacional, del desarrollo de una política exterior independiente, [...] el grupo de Betancourt comenzó a traficar la soberanía nacional con los negociantes norteamericanos[129].

126 *Últimas Noticias*, 12/05/62: 4.

127 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 9 de mayo de 1962, n.º 22: 771.

128 Ibíd., 777.

129 Ibíd., 771.

Además, invocando a los muertos, le enrostraría su supuesta «traición» a un legado histórico:

> Betancourt y su grupo echaron por la borda no sólo los ideales del 23 de Enero [...] sino que también echó por la borda el pensamiento propio de su partido, los ideales de Leonardo Ruiz Pineda y de Alberto Carnevali, los ideales de la primitiva y legítima Acción Democrática y volvió la espalda a los sacrificios de La Rotunda, a los ideales de la Generación del 28, a los ideales de la Generación del 36, a los ideales de la Federación de Estudiantes[130].

Llegado otro momento de su larga intervención, García Ponce pretendería conferirle al régimen de Betancourt tintes propios del Perezjimenismo al hablar de sus prácticas policíacas:

> ¿Qué esperaba el Gobierno como consecuencia de su política? El panorama que hoy vive la Patria es la respuesta a las consecuencias de la política que aplica el Gobierno. Allí tenemos en 'La Orchila' un campo de concentración que ha sucedido a los campos de concentración sostenidos por Pérez Jiménez. Allí se hacinan ahora centenares de jóvenes venezolanos en peores condiciones que las que tuvieron en la época de Pérez Jiménez los secuestrados a orillas del Orinoco. Es frecuente el fusilamiento de estudiantes [...]. Allí tenemos los atropellos a parlamentarios, el secuestro de familias enteras, los allanamientos nocturnos, como en la época de la Seguridad Nacional. Así tenemos, en resumen, que nuestro país ha regresado a las peores noches del Perezjimenismo»[131].

Lo nuevo –a juicio del diputado– no era que estudiantes y pueblo respondieran a la «violencia» engendrada por Betancourt; lo nuevo era que lo hiciesen los militares. Eso era precisamente lo nuevo del

130 Ibídem.
131 Ibíd., 772.

4 de mayo en Carúpano[132]. De allí que, acto seguido, sus palabras se vieran dirigidas a explicar que aquella asonada no había sido un *putch* sino algo orgánico:

> El movimiento del 4 de mayo no fue un *putch*, no fue una aventura. La aventura en política es aquello que no tiene ningún fundamento en la realidad nacional; la aventura en política es la realización de acciones sin una teoría política; la aventura en política es la realización de acciones políticas o prácticas que no correspondan a la correlación de fuerzas, que no correspondan al desarrollo del país.

Para mayor abundamiento, agregó una serie de razones a fin de comprenderlo mejor:

> Los oficiales del 4 de mayo no pretendían abolir la Constitución, abolida ya por el grupo betancourista: pretendían restaurar plenamente la Constitución del 23 de Enero [*sic*]. No se proponían destruir las instituciones sino sostenerlas. [...] No se proponían destruir los derechos de nuestro pueblo, sino defenderlos. Por primera vez [...] en la historia de nuestro país un grupo de oficiales no toma en sus manos la causa anti-pueblo. Por primera vez, un grupo de oficiales de nuestro Ejército no hace un pronunciamiento tradicional contra los partidos[133].

A continuación, el diputado por el PCV le daría entrada a la fórmula que venía a consagrar la nueva alianza cívico-militar y a darle su plena justificación como hecho inédito: «Los oficiales del 4 de mayo [...] con su gesto han separado [*sic*] la brecha que dividía al Ejército y al pueblo y han logrado sentar las bases para la unidad fraterna entre las Fuerzas Armadas Nacionales y el pueblo venezolano [...] contra los

132 Ibídem.
133 Ibíd., 773-774.

atropellos, los crímenes y la traición del Gobierno de Betancourt»[134]. Por si acaso faltaren elementos, García Ponce agregó que el «pueblo» estaba del lado de los protagonistas del 4 de mayo y que esa razón adicional ponía en duda que se tratara de una acción «putchista»:

> No es una política *putchista* porque el *putch* es una asonada cuartelaria que no toma en consideración las masas populares, porque el *putch* es un levantamiento armado en el cual no participa el pueblo. En el pronunciamiento del 4 de mayo participó el pueblo de Carúpano; participaron también las masas en las jornadas de solidaridad y de apoyo que se realizaron en todo el país por parte de los estudiantes y las fuerzas de vanguardia[135].

Hubo, en medio de su larga andanada, un aspecto que –a juicio de García Ponce– redundaba en descargo de los oficiales insurrectos cuando de su conducta humanitaria se trataba y el cual creyó conveniente mencionar a esas alturas:

> Los militares del 4 de mayo no se proponían utilizar el «paredón» como sanción política y militar. Lo demuestra el hecho de que tuvieron en su poder a numerosos prisioneros cuya vida respetaron, que adoptaron frente a ellos una actitud de respeto a la vida humana, y que hasta ahora, a pesar de la propaganda oficial, ninguno de los prisioneros puede quejarse del trato que les dieron los oficiales del Batallón de Infantería de Marina y del Destacamento de la Guardia Nacional acantonados en Carúpano[136].

Entre tantos y tan hábiles argumentos para granjearse la simpatía de la Cámara, García Ponce manejó otro tan cargado de efectismo como los anteriores: que el gobierno de Betancourt, electo en los comicios del 7 de diciembre de 1958, había perdido su legitimidad de

134 Ibíd., 774.
135 Ibíd., 776.
136 Ibíd., 775.

ejercicio una vez que la creación del MIR –y, recientemente, del ARS– le retiraran su apoyo a la «Vieja Guardia y la camarilla oficialista». Y así lo puntualizaría:

> Al ocurrir estos importantes desprendimientos el Gobierno ha dejado de representar los resultados electorales, ha dejado de ser expresión legítima de esos resultados para convertirse en una minoría que usurpa los resultados del 7 de diciembre [...] Los victoriosos del 7 de diciembre están hoy en la oposición y, en el Gobierno, sólo los que usufructuaron y usurparon esa victoria[137].

No podía faltar desde luego, como parte de este discurso, una mención a la pugna generacional que, a su entender, se había planteado entre Betancourt y la juventud insurgente:

> [N]uestro partido tiene en su seno sangre fresca y joven que es capaz de reemplazar a los que caigamos en el combate [...] La Vieja Guardia y la camarilla oficialista no podrán decir lo mismo. [...] [D]esde el punto de vista físico, la camarilla betancourista es un grupo deshecho, un grupo al que no le acompaña la juventud, un grupo del cual ha huido la juventud, un grupo que no tiene sangre joven y fresca que pueda reemplazar la dirección política del país. [...] También, desde el punto de vista físico, la camarilla betancourista tiene que dejar paso a las nuevas generaciones, a las nuevas ideas, a los nuevos cuadros que están tocando las puertas en la vida nacional[138].

En algún momento, García Ponce apelaría también a la historia y al carácter absolutorio que esta solía reservarle a las causas «justas»:

> Por eso, el camarada Eloy Torres, así como cualquiera de los miembros de nuestro partido, [...] nos sometemos, más que al voto de este Cuerpo, al

137 Ibíd., 776.
138 Ibíd., 777.

veredicto de la historia de nuestro país. [...] Sabemos que tarde o temprano el veredicto de la historia será a nuestro favor. Sabemos que, tarde o temprano, como decía también [ante] un gran juzgado en Cuba Fidel Castro, «la historia nos absolverá». También la historia absolverá a Eloy Torres[139]

Por último, no faltó tampoco la forma de entender la participación del diputado Torres en los hechos de Carúpano y, por extensión, del PCV; sin embargo, el tono de bravura con que asumió la defensa de su colega tal vez llevó a que el orador dijese ante la Cámara más de lo que en realidad debió haber dicho:

Eloy Torres y nuestro partido no rehúyen ninguna responsabilidad. El camarada Eloy Torres está dispuesto a correr la misma suerte que corran todos y cada uno de los oficiales que dirigieron el movimiento. El camarada Eloy Torres está dispuesto a sufrir todas las consecuencias que sufran los oficiales que dirigieron el movimiento del 4 de mayo. El camarada Eloy Torres no es ni el inspirador ni el dirigente, ni el organizador del movimiento del 4 de mayo. Si lo fuera, nos sentiríamos orgullosos de ello: porque el movimiento del 4 de mayo es un movimiento patriótico, democrático, que cuenta con el apoyo de nuestro pueblo. [...]

Pero el camarada Torres no rehúye ninguna responsabilidad. Acudió a Carúpano a cumplir con su deber de revolucionario, como hubiera acudido cualquiera de nosotros si se hubiera presentado la oportunidad de hacerlo, como hubiera acudido cualquier miembro del Comité Central si hubiera tenido medios materiales para hacerlo [...] Por eso, tanto el camarada Eloy Torres, como nuestro partido, estamos dispuestos a afrontar las consecuencias de esa lucha. El camarada Eloy Torres está dispuesto a afrontar la responsabilidad de su adhesión a los principios proclamados por el movimiento 4 de mayo [...]

Nosotros nos sentimos orgullosos de que nuestro camarada Eloy Torres pueda correr la misma suerte que puedan correr el capitán [Jesús] Teodoro

139 Ibíd., 778-779.

Molina Villegas, o el mayor Pedro Vegas Castejón, o cada uno de los oficiales del 4 de mayo, porque a la hora de asumir responsabilidades [...] ni Eloy Torres ni ninguno de nosotros puede rehuir esa responsabilidad, y porque sería indigno de nuestra parte presentarnos ante el país no asumiendo la responsabilidad que la política del Comité Central, que las acciones de nuestro partido, que la lucha de nuestro partido [...] nos demanda y nos exige[140].

Para García Ponce, la detención de Torres y los repetidos señalamientos en su contra obedecían al claro propósito, por parte del gobierno, de desnaturalizar la «amplitud» del Programa del 4 de mayo con el objeto de poner exclusivamente de relieve el protagonismo del PCV en la asonada de Carúpano. Por ello dirá:

[A]l Gobierno le interesa señalar a Eloy Torres como el organizador y el líder del movimiento del 4 de mayo; le interesa, políticamente, para tratar de presentar este movimiento amplio [...] como un movimiento sectario, obediente a las consignas del Partido Comunista. Nada más falso. [...] El intento de presentar al camarada Torres como el inspirador y conductor de ese movimiento es una maniobra política del Gobierno; [...] es una maniobra dirigida a provocar en algunos sectores de oposición [...] celos de la presunta participación del Partido Comunista en la jornada del 4 de mayo[141].

De estas últimas expresiones de García Ponce, propaladas a los cuatro vientos desde la tribuna de oradores, se desprenden dos lecturas distintas: la primera, según la cual el vocero del PCV le hizo al gobierno el enorme favor de evitarle el trabajo de tener que demostrar ante la opinión pública que no era un militante sino el partido en pleno el que estaba implicado en el levantamiento de Carúpano[142]; la segunda,

140 Ibíd., 778.
141 Ibídem.
142 Blanco Muñoz, 1994: 113.

según la cual García Ponce no dijo lo que dijo por simple ingenuidad, sino porque su temeraria declaración obedecía a un motivo: en este caso, para comprometer al resto de la gente del PCV que no estaba de acuerdo con la lucha armada[143].

La respuesta más contundente del oficialismo provendrá de Gonzalo Barrios quien, hablando en nombre de la Vieja Guardia, dirá lo siguiente:

> Entre las sorpresas que podía reservarnos el desenvolvimiento de la política venezolana creo, sinceramente, que no puede ser [sino] una de las mayores [la] de ver a un diputado comunista haciendo aquí la defensa encendida de un alzamiento militar, de un fallido golpe cuartelario destinado a cortar la existencia legítima de un Gobierno que tiene [...] un origen inobjetable y se encuentra sujeto a normas de conducta, normas que no solamente señalan sus procedimientos sino que también prevén [...] la manera como puede terminar, como puede entregar todos sus poderes en manos amigas o adversarias, por procedimientos también lícitos, y que todos hemos reconocido y jurado acatar[144].

Vendrá luego la acusación de apátridas:

> [T]odos sabemos, diputado García Ponce, todos sabemos algo que es un lugar común en Venezuela y en el mundo: y es que a ustedes no les interesa el país donde nacen como entidad nacional, como pueblo que tiene un destino que quiere realizar y que quiere defender. A ustedes les interesa su país como pieza de un ajedrez internacional, y están dispuestos a apoyar [...] todos los medios y todos los hechos que se les presenten [...] y que ustedes consideren convenientes para los fines de su estrategia, para los fines [...] que tienen contraídos [...] con aquellos de quienes dependen[145].

143 Blanco Muñoz, 1980: 133.

144 *Diario de Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Mes v. Caracas, 9 de mayo de 1962, n.º 22: 779.

145 Ibídem.

Solo por «circunstancias políticas [particularmente] nuestras» –dirá a continuación Barrios–, el PCV formaba parte de un frente oposicionista «donde se hallan ubicadas fuerzas que de ninguna manera tienen compromisos [...] con la rebelión, con la insurgencia»; lo que –a su juicio– hacía inconcebible que un diputado, hablando nada menos que en nombre del Comité Central como la más alta autoridad de su propio partido, al tiempo de reconocer la participación de éste en la asonada, pretendiera invocar la solidaridad irrestricta de aquel frente opositor:

> Yo creo que eso no podrá ocurrir porque [...] tengo la absoluta convicción de que partidos políticos como [URD] del Dr. Jóvito Villalba o [AD-Oposición] del Presidente de la Cámara, doctor Ledezma, han visto claro en este momento [...] hasta donde pueden llevar los convenientes entendimientos [...] con fuerzas que, como el Partido Comunista, se guían principalmente [...] por necesidades que tienen [...] toda la naturaleza de una aventura[146].

Frente al enfoque útil, desde el punto de vista táctico, según el cual la izquierda se había visto impelida a la violencia por obra de las agresiones del gobierno, Barrios puntualizará lo siguiente:

> Como siempre, se ha pretendido que esos hechos [de violencia], en gran parte, o todos ellos, se deben a la conducta del Gobierno; que son consecuencia de violencias gubernamentales previas. Nosotros, por nuestra parte, hemos sostenido [...] que esos hechos obedecen simplemente a que el movimiento comunista y quienes lo siguen consideran que ha llegado el momento histórico para Venezuela, el cual les obliga a promover por todos los medios el derrocamiento de un régimen que ya no responde, o que creen ellos que no responde, a sus intereses inmediatos y que, en todo caso, está condenado, desde el punto de vista de ciertos aliados y rectores internacionales o extranjeros de la conducta y de la línea del Partido Comunista[147].

146 Ibídem.

147 Ibíd., 779-780.

Al cabo de otros comentarios, el diputado Barrios volvería a referirse al tema de la violencia en un intento por contrarrestar los argumentos manejados en ese sentido por la izquierda; pero, sobre todo, para distinguir entre el alzamiento de Carúpano y la explicación que el gobierno creyó necesario ofrecer en torno al asalto del que fuera objeto el taller de los diarios *Clarín* y *La Tarde* denunciado por José Vicente Rangel:

> [H]emos visto cómo se recurre de nuevo al argumento de las violencias oficiales. Nosotros aquí hemos reconocido muchas veces que se pueden cometer y que se han cometido violencias exageradas de parte de los organismos policiales; pero es psicológicamente inverosímil que puedan los organismos policiales desencadenar automáticamente una represión o que el Gobierno pueda ordenarla con el fin de promoverse y suscitarse enemistades y resistencias, si no existen motivos ciertos de conmoción y desorden que justifican y autorizan la utilización de esos medios de coacción y de violencia. Se han cometido excesos, repito, y los hemos condenado. Hace apenas dos días se puso aquí en evidencia la aceptación, por parte del Gobierno, de un hecho insólito cometido por agentes de policía, desde luego sin ninguna autorización oficial, y también se puso de relieve la reacción legítima y legal de parte del Gobierno, como fue la destitución, la detención y sometimiento a juicio de esos responsables[148].

Sin embargo, al diputado adeco se le escapará una declaración provocadora, probablemente a raíz de referirse en ese instante a los «excesos» que, «en todos los sentidos», se cometían en Venezuela: «No podemos exigirle [*sic*] a nuestros policías que sean modelo de civismo [*sic*] en un país donde hasta los profesores universitarios merecen y requieren lecciones en esa materia»[149].

148 Ibíd., 780.
149 Ibíd., 780.

Llegado el momento de responderle a García Ponce respecto al tema de la juventud, Barrios hará un paralelismo con el caso de Argelia, pero no precisamente en el sentido de asociar a la juventud militante de la izquierda venezolana con los combatientes argelinos sino con sus adversarios del lado francés:

> Los muchachos que lanzan bombas en Caracas, en nombre de la Revolución, en nombre de Fidel Castro, para seguir directrices del Partido Comunista, no difieren sicológicamente en nada de esos que lanzan bombas en Argel para matar a musulmanes, inspirados por las fuerzas del fascismo francés que está preparando la conquista del poder en aquella ilustre nación[150].

Por otro lado, a fin de confrontar el argumento según el cual el gobierno de Betancourt había perdido su base de sustentación e, incluso, la legitimidad de su gestión desde que entrara en un proceso de restas consecutivas, primero tras la separación del MIR y luego de AD-Oposición, Barrios dirá lo siguiente:

> Desde luego que el diputado García Ponce considera que los alzados de Carúpano representan la Constitución [...] [y] que ya llegó un momento en que el régimen o el Gobierno constituido no sigue representando orígenes legítimos [...], no sigue mereciendo [...] el acatamiento de los gobernados. Esa es una afirmación [...] no sólo temeraria y aventurada sino típicamente comunista. Sólo a un comunista, es decir, a alguien a quien no le importa arriesgar a Venezuela inclusive a caer de nuevo en una etapa de dictadura militar, sólo a un político endurecido en esa doctrina de esperanza siniestra que aquí nos ha expresado el diputado García Ponce [...] podría ocurrírsele sostener esa doctrina según la cual debiéramos despedirnos de toda posibilidad de estabilidad democrática en este país y resignarnos [...] a vivir siempre a salto de mata, esperando que el más fuerte, el más audaz, el más inescrupuloso decida cuándo llega la hora del golpe, la hora del zarpazo. [...]

150 Ibídem.

> Sencillamente, el diputado comunista está elevando a una potencia casi infinita esa dificultad que existe en Venezuela para saber perder en política[151].

Más adelante llegaría para Barrios el turno de hablar, concretamente, sobre el caso de Eloy Torres. Y, cuando lo haga, será para denunciar que el diputado del PCV, ahora sujeto a reclusión domiciliaria, se viera convertido en una pieza «sacrificable» dentro del objetivo mayor de mantener la alianza con los militares rebeldes a fin de intentar una nueva insurrección; sólo que –a juicio de Barrios– para que, a fin de cuentas, la izquierda se viera engullida por ese maridaje de conveniencia y convertida en reo de sus socios militares:

> [T]iene aun mucha más importancia el discurso del diputado García Ponce, discurso que no trata de defender a Eloy Torres [...] porque Eloy Torres resulta indefendible; al contrario, en cierto modo, trata de agravar su situación para obtener por este medio la ventaja política de aparecer ligado con un sector del Ejército y con una perspectiva abierta hacia el porvenir. [...] [Es] posible que en el Ejército se encuentren elementos a quienes la ambición les aconseja seguir el camino de un transitorio avenimiento con las prácticas que ustedes hayan podido ofrecerles. Nosotros tenemos la convicción, la convicción sincera, de que si triunfa un golpe como el de Carúpano [...] es posible que en los primeros momentos logren ustedes la satisfacción de ejecutar algunos militantes de Acción Democrática y de Copei; es posible que de esa manera logren en cierto modo bautizar revolucionariamente el movimiento que inician; pero a la larga yo tengo la convicción de que la verdad militar del hecho volvería a sus cauces normales, que son los tradicionales, y que ustedes se harían reos de estar colaborando en el nacimiento de una nueva dictadura militar, [...] así se llame de izquierda y así lance programas nacionalistas[152].

151 Ibíd., 781.
152 Ibíd., 781-782.

Respecto a la inhabilitación de ambos partidos, que sería la gran noticia de ese día tan acontecido en la Cámara de Diputados, el representante de la Vieja Guardia dirá:

> [U]stedes han decidido hoy [...] despojarse de su condición de partido político. Ustedes están temiendo algún acto ejecutivo, algún decreto que los ilegalice. Son ustedes quienes se ilegalizan de esa manera. Son ustedes quienes se proclaman y dejan de ser ya partido, fuerza política que está actuando dentro de ciertos sistemas y obligada a respetar ciertas reglas de juego, para convertirse en agentes inmediatos, confesos, activos y decididos de una intentona permanente de subversión.

Y sobre este mismo punto rematará expresando: «Ustedes se han declarado un peligro nacional. [...] Y allá las responsabilidades que ustedes asuman cuando creyendo realizar un acto de valentía están, sencillamente, realizando una insolente manifestación de irrespeto para las leyes y para la democracia de este país y para los intereses de esta patria venezolana»[153].

Esta larga intervención, en respuesta a la no menos larga intervención de García Ponce, concluiría con el deseo del diputado adeco de recabar «el apoyo de las fracciones parlamentarias no comprendidas en esta situación», o sea, con el alzamiento de Carúpano, a fin de hacer buena la propuesta, formulada por el gobierno, «de establecer las condiciones [...] para discutir en un porvenir próximo [...] la indudable solicitud de allanamiento del diputado Eloy Torres»[154].

Así como Copei, sin tropiezos de ninguna especie, daría su voto a favor de que se ratificase la medida de prisión preventiva propuesta por la fracción parlamentaria del gobierno, URD, al igual que lo había hecho AD-Oposición, dirá lo siguiente desde los predios de la ambigüedad respecto al alzamiento en Carúpano y la medida punitiva contra el

153 Ibíd., 782-783.
154 Ibíd., 783.

diputado Torres: «Nuestro voto [no] constituye calificación de fondo sobre los hechos ocurridos en Carúpano, ni rectificación de ninguna índole a la línea de oposición que URD ha sustentado, sustenta y continuará sustentando ante la política del presente Gobierno»[155].

Hablando en nombre de ese partido, el diputado Omar Rumbos dirá que si URD fuese una organización amiga de la violencia «tendríamos nosotros [...] que apoyar a todos los que se alcen contra el Gobierno constitucional» como respuesta a dos hechos: primero, al asalto de la empresa, propiedad de urredistas, que editaba los diarios *Clarín* y *La Tarde*; segundo, a la detención «artera» de cien militantes urredistas en Carúpano y la ocupación del local del partido en esa ciudad «a pesar de que nuestro partido no tomó parte en el Movimiento del 4 de Mayo»[156].

Cuando pida la palabra en nombre del MIR, Domingo Alberto Rangel no solo hará un caluroso elogio de la Marina de Guerra, considerándola el componente de las FF. AA. que mejor había sabido interpretar, mediante las acciones de Carúpano, la crisis derivada de la «aparatosa dictadura» en ciernes de Rómulo Betancourt, sino que tratará de conferirles características muy singulares –e incluso inéditas– a los oficiales que protagonizaron la asonada. Para comenzar dirá lo siguiente:

> La prensa oficial ha calificado de vulgares golpistas a quienes en Carúpano se pronunciaron en armas la madrugada del 4 de mayo. En primer término, pusieron sus nombres sobre una proclama y la leyeron a los cuatro vientos del país. Los golpistas venezolanos se caracterizan por su doblez y por su equívoco. Ningún golpista estampa su firma debajo de una proclama dirigida al pueblo de Venezuela. Al contrario, la primera precaución que toman los golpistas cuando insurgen es la de que no se conozca la identidad de quienes aparezcan como dirigentes del brote o movimiento que se inicia. En cambio, los hombres que en Carúpano se pronunciaron dieron a conocer sus nombres, uno por uno, asumiendo entera responsabilidad frente al país[157].

155 Ibídem.
156 Ibíd., 784.

Este argumento, en defensa de los alzados de Carúpano, no puede menos que resultar curioso. Por ejemplo, no faltaron los nombres ni las rúbricas de los tenientes coroneles Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Felipe Llovera Páez cuando insurgieron contra Rómulo Gallegos en noviembre del 48 aunque, en honor a la verdad, las firmas de los golpistas no se materializaron en los primeros comunicados del propio día de la asonada sino al día siguiente –25 de noviembre– al constituirse el Gobierno provisorio de la Junta Militar. Pero, para Rangel, era un punto de honor que los alzados del 4 de mayo hubiesen revelado sus nombres a través de aquella proclama inicial. Y he aquí la explicación que a ello atribuía el diputado:

> ¿Por qué revelaron sus nombres? ¿Sería por audacia o exhibicionismo? [...] No. Porque no era vergonzoso poner la firma debajo de un documento, cuyos principios son irrefutablemente democráticos e indiscutiblemente patrióticos. Esa proclama leída en Carúpano tiene frases que aquí han pronunciado todos los oradores de la oposición. Cuando en la madrugada del 4 de mayo escuché por primera vez la alocución de Radio Carúpano, recordé debates parlamentarios, porque había en esa Proclama frases casi literalmente entresacadas de nuestro «Diario de Debates»[158].

De seguidas vendría la tesis según la cual «algo nuevo» debían de tener los alzados de Carúpano cuando resolvieron ofrecer combate entre las once de la mañana y las siete y media de la noche del sábado 5 de mayo contra las fuerzas que habían tenido a su cargo tender un cerco sobre la ciudad rebelde. Así lo explicaba el diputado, no sin que dejara de vibrar en sus palabras el tono épico al hablar de quienes

157 Ibíd., 790.
158 Ibídem.

pudieron dar el ejemplo heroico, si tal hubiese sido el caso, de resistir hasta el último hombre frente a fuerzas superiores:

> Ustedes saben que en Venezuela los golpes se dan y se reciben por teléfono. El jefe insurrecto, que tiene garantizado el apoyo del grueso de las Fuerzas Armadas, se dirige al Presidente de la República para comunicarle que desde ese momento es su prisionero en Palacio. [...] O si los golpistas no tienen éxito, cuando constatan que no hay guarniciones que los acompañen, inmediatamente deponen las armas, izan la bandera blanca y entran en negociaciones para liquidar allí el brote que haya estallado.
> Así ocurrió en San Cristóbal hace dos años cuando [Jesús María] Castro León, abandonado por quienes probablemente se habían comprometido con él, al constatar su aislamiento en los murallones que rodean a San Cristóbal, cerró la puerta del cuartel y se marchó por los campos de ese estado en busca de la frontera colombiana. Y así ocurrió de nuevo en Barcelona en 1961: los golpistas se desmoralizaron al constatar que el mecanismo de las solidaridades que ellos habían venido tejiendo no operaba y que, expuestos a combatir solos [...], la suerte de las armas les sería adversa. [...]
> Los hombres de Carúpano no procedieron así. [...] [L]ejos de organizar la desbandada, los hombres de Carúpano organizaron la resistencia y estuvieron combatiendo durante ocho horas contra fuerzas numérica y técnicamente superiores. [...] Eran cuatro mil hombres contra los seiscientos que defendían la plaza. Y entre los asaltantes había cañones de ciento cinco y ciento cincuenta y cinco milímetros, los famosos «Howitzer» que, según entiendo, se han utilizado en varias guerras mundiales con un éxito demoledor [...] Los defensores de Carúpano –según entiendo– apenas tenían fusiles y ametralladoras; y eran superados en proporción de diez a uno por las fuerzas leales al Gobierno. Pero aun así resistieron hasta que, agotadas las municiones y rodeados absolutamente, no les quedaba más remedio que negociar la capitulación de la plaza[159].

159 Ibíd., 791.

Aparte de describir la situación en estos términos, y no satisfecho con todo lo dicho hasta entonces, el diputado Rangel invocaría un elemento que se creía dejado muy atrás, desde que las tropas de Juan Vicente Gómez entraran a Ciudad Bolívar disparando los últimos cartuchos de las guerras civiles: la pasión venezolana por la valentía guerrera. Tratándose de un dirigente civil, de origen adeco por demás y, por tanto, a quien se le habría dado por convencido de que las cuestiones de la política debían dirimirse sin recurrir a la revuelta y quien, por ello mismo, habría visto en la violencia militarista aspectos puramente negativos, sorprende que Domingo Alberto Rangel haya dicho lo siguiente a ese respecto:

> Desde 1902 no se peleaba en Venezuela. Ciudad Bolívar cerró el ciclo de nuestras guerras civiles. Allí Juan Vicente Gómez, con la victoria que obtuvo sobre la Revolución Libertadora, dio media vuelta a la llave para clausurar sesenta o setenta años conmovidos de guerras civiles en nuestra historia. Eran sesenta años de paz continua los que había vivido la República. Pero en Carúpano, y así debo decirlo, brilló de nuevo el coraje venezolano. [...] [L]o importante para nuestro país, lo definitivo como venezolanos, es constatar que [...] el cachorro del león que en nuestra tierra sacudió muchas veces la melena, sigue vivo y que ya ese cachorro de león no se le puede desafiar impunemente. Es la lectura que el Gobierno debe recoger [...] [N]o se engañen por los sesenta años de paz que el país ha vivido, que no sigan desafiando descaradamente la dignidad de las mayorías democráticas del país, porque en cualquier rincón de Venezuela puede aparecerles, tarde o temprano, ese viejo cachorro que, dormido, también despierta cuando se le sacude o se le ofende[160].

Aparte de esta poco disimulada apología de la violencia que –según el diputado– dormía en las entrañas históricas del país, vendrá también, con sus palabras, la confesión de quien abiertamente sentía

160 Ibíd., 792.

que la insurrección de Carúpano era también la causa del MIR y del resto de las fuerzas opositoras que hacían vida en el Congreso y en cuyo nombre creía estar hablando en ese momento:

> Las banderas del 23 de Enero fueron las que flamearon sobre el Batallón de Infantería de Marina, las banderas que rescató el capitán Molina y las levantó ante sus conciudadanos. Por eso es que hombres de todos los partidos, de URD, del MIR, del Partido Comunista, de Acción Democrática [*sic*], hombres del pueblo de esos partidos, estuvieron haciendo causa común con los rebeldes de Carúpano durante los días viernes y sábado de la semana pasada[161].

A la hora de glosar los discursos pronunciados por García Ponce y Domingo Alberto Rangel en la Cámara de Diputados luego de los sucesos de Carúpano, el semanario *AD*, en su página editorial, apuntaría lo siguiente:

> Guillermo García Ponce y Domingo Alberto Rangel, hablando en nombre de sus respectivas organizaciones, en la oportunidad de discutirse en la Cámara de Diputados la detención del asesino comunista Eloy Torres no sólo admitían, sino que se vanagloriaban de la filiación extremista del golpe de Carúpano y de las acciones de las brigadas estudiantiles del MIR y el PCV. Y declaraban allí, sin pudor y sin recato, que continuarían en tal línea [...] Las palabras de Guillermo García Ponce y de Domingo Alberto Rangel deben ser tomadas como una declaración de guerra de la escasa minoría anti-venezolana que integran sus partidos contra el sistema democrático[162].

Por otra parte, frente a la forma como URD y AD-Oposición terminaron reaccionando en desaprobación de la medida de suspender al PCV y el MIR, Acción Democrática creyó necesario no solo cuestionar

161 Ibídem.

162 *AD*, n.º 203, 12/05/62: 3.

esa conducta sino darle pleno respaldo a la decisión gubernamental. De allí que desde las páginas del mismo semanario de AD, y mediante un comunicado suscrito por Raúl Leoni en calidad de presidente del partido, se reaccionara de este modo:

> [E]l asalto actual no se libra solamente en los montes y en las calles, sino que también tiene como teatro la misma Representación Nacional, algunos de cuyos miembros utilizan descaradamente los privilegios que les concede su investidura para declararse en rebeldía frente a la Constitución y las leyes. [...] En tales circunstancias [en efectiva defensa del sistema], el Ejecutivo Nacional dictó el Decreto que suspende el funcionamiento del PCV y del MIR. [...] [A]gentes de los citados grupos lograron infiltrarse en sectores de las Fuerzas Armadas y es obvia su complicidad con los responsables de Carúpano. Un diputado comunista, participante en el hecho, fue aprehendido en el lugar del acontecimiento. La injerencia de otros parlamentarios es objeto de investigación. Y cuando en la Cámara de Diputados se debatió el asunto, las representaciones de los partidos complicados asumieron abiertamente la defensa de la sublevación y proclamaron sus vinculaciones con el movimiento. [...]
>
> El acto del Ejecutivo comienza, no obstante, a ser impugnado en las filas de la oposición. Frente a semejante actitud, Acción Democrática declara respaldar resueltamente la medida, así como respaldará todas aquellas que interpreten la Constitución en el sentido de su defensa y preservación[163].

FRUSTRADO ALLANAMIENTO

En una carta escrita desde París, a propósito de varios temas que les inquietaban a ambos, el historiador Caracciolo Parra Pérez le hizo observar a Rómulo Betancourt que Vicente Amengual, ministro de Hermógenes López quien se hallaría provisionalmente a car-

163 *AD*, n.º 204, 19/05/62: 4.

go de la Presidencia entre 1887 y 1888, mandó a prisión a varios diputados agitadores porque, a su juicio, «inmunidad no equivalía a impunidad»[164].

De hecho, dentro de las cifras que ofrece la historia política venezolana desde el siglo XIX, los allanamientos al fuero parlamentario figuran sobre todo durante el mandato de dos presidentes: Antonio Guzmán Blanco y, curiosamente, del propio Rómulo Betancourt, cuando este presidía la Junta Revolucionaria de Gobierno. La cota más alta la cosechó Guzmán, con cinco casos de desafuero durante sus distintas presidencias, seguido por Betancourt cuando, en plena gestión de la JRG, dos diputados copeyanos fueron despojados de su inmunidad por habérseles sorprendido participando supuestamente en la aventura insurreccional que tuvo lugar el 11 de diciembre de 1946. Entretanto, solo un caso llegó a registrarse durante el breve mandato de Rómulo Gallegos cuando, en julio de 1948, y en conexión con otro conato, fue despojado de su inmunidad el senador Manuel Pulido Villafañe, a quien se le sindicaba de actuar de manera cercana a los planes conspirativos de Eleazar López Contreras. Las cifras venezolanas eran en realidad modestas si se las comparaba con la experiencia de otros países durante esa misma década o de la década siguiente: en Italia, por ejemplo, entre 1956 y 1959, hubo 317 peticiones de allanamiento, de las que solo prosperaron veintidós[165].

Los allanamientos volverían a aflorar durante el gobierno –ya constitucional– de Betancourt cuando, acusado de estimular la agitación universitaria, la Corte Suprema de Justicia estimó que Teodoro Petkoff por el PCV (bautizado más tarde por el propio Betancourt como «el diputado de apellido extraño»[166]) había estimulado y dirigido una serie de incidentes ocurridos en la Universidad Central de Venezuela entre octubre y noviembre de 1960. Entretanto, Domingo Alberto

164 Caracciolo Parra Pérez a Rómulo Betancourt. París, 7 de junio de 1962. ARB. 1962. Tomo XXXIX, 1962. Doc. n.º 138.

165 *Élite*, n.º 1.932, 06/10/62: 48-49, 53.

166 Betancourt, 2007, VII: 320.

Rangel, por el MIR, afrontaría la acusación de ser autor de un editorial publicado por el semanario de esa agrupación política –*Izquierda*- en el cual se hacía un llamamiento a la insurrección popular. Ambos casos dieron lugar a que la propia Corte solicitara ante la Cámara de Diputados que se les suspendiese la inmunidad parlamentaria a Rangel y Petkoff para su posterior enjuiciamiento[167].

En mayo de 1962, con motivo de la asonada ocurrida en Carúpano, los diputados Eloy Torres (PCV) y Simón Sáez Mérida (MIR) afrontarían un trance similar. Sin embargo, a pesar de que la Corte Suprema de Justicia –a solicitud del gobierno– reclamaría el allanamiento de ambos diputados con el fin de que fuesen sometidos a la justicia militar, semejante recurso no podía prosperar sin el consentimiento previo de la Cámara de Diputados. Además, el caso se ventiló durante parte del tiempo en que el Congreso permaneció en receso, siendo reemplazado en sus funciones por una Comisión Delegada bicameral que tuvo a su cargo iniciar el debate sobre tan espinoso asunto. Gonzalo Barrios, diputado por la Vieja Guardia, fue quien motorizó la ofensiva[168], a partir de lo cual se conformó una comisión investigadora integrada, entre otros, por el senador Arturo Úslar Pietri y el entonces diputado Luis Herrera Campíns, jefe de la fracción parlamentaria de Copei.

En vista de que la detención de Torres, por su calidad de diputado, debía ser ratificada por esa Cámara, tanto URD (con la reserva de su sector radicalizado) como el difícil e impredecible ARS dieron su voto a favor de que se mantuviera al diputado pecevista bajo arresto domiciliario. Blanco Muñoz resume de esta forma la disyuntiva que afrontaban ambos partidos:

167 Quintero, Inés. «1961: Año sesquicentenario». Analítica.com www.analitica.com/biblioteca/independenciadevenezuela/7885319.asp; Fuenmayor, 1987, XIII: 250-252; Castillo, 1998: 268.

Según lo precisa Hernán Castillo al hablar acerca del dirigente estudiantil y diputado por el estado Miranda: «Teodoro Petkoff para la época sólo era un diputado suplente en el Congreso, por lo tanto no era una figura de gran relieve». Ibíd., 270.

168 *Élite*, n.º 1.932, 06/10/62: 52.

> URD y AD-Oposición se hallaban en una situación difícil por cuanto el gobierno presentaba evidencias de la participación del diputado Torres en los sucesos de Carúpano. [...] Era algo temerario y absurdo intentar desconocer que el diputado estaba implicado [...]; pero, a la vez, votar por la prisión domiciliaria significaba votar con el gobierno, con AD y Copei[169].

A pesar de las dudas y reticencias iniciales, el semanario *AD* terminaría celebrando la decisión de ambos partidos, reseñándolo de este modo:

> [E]xistía el temor de que en la llamada oposición democrática, formada por ARS y la porción mayoritaria de URD, privaran más intereses circunstanciales que la defensa misma de la democracia venezolana. [...] No obstante, la oposición constitucionalista, forzada por los hechos y por las pruebas, asumió la posición que le correspondía.

Y agregaba:

> La conducta de urredistas y arsistas en la Cámara de Diputados a propósito del caso del asesino comunista Eloy Torres se toma como el comienzo de la ruptura definitiva del frente de oposición. Los extremistas han iniciado ya feroz campaña contra URD y contra el ARS, acusándolos de partidos decadentes y entreguistas, de «enemigos de la revolución». Pero URD y ARS no hicieron otra cosa que defender la subsistencia democrática venezolana y, de soslayo, arrinconar a los comunistas y a los miricos como fuerza antisocial y antinacional. Se espera que, a la hora de que se discuta el allanamiento del asesino Eloy Torres, los votos urredistas y arsistas en la Cámara de Diputados contribuirán a aprobarlo[170].

Durante los diecisiete días en los que deliberó la comisión, los diputados del PCV y del MIR, o sea los pares de quienes estaban siendo investigados, apelaron al recurso de prolongar sus intervenciones y estirar lo más posible el debate a fin de ganar tiempo y hacer que el caso fuese remitido de vuelta a la Cámara de Diputados al reiniciar sus sesiones. En efecto, aunque los miembros de la comisión investigadora concluirían recomendando que se despojara a Torres de su fuero, la decisión coincidió con el fin del período de la Comisión Delegada y el comienzo del período legal de sesiones de la Cámara de Diputados que, por su parte y en control mayoritario de la oposición, demoró en hallar pruebas suficientes para desaforar al diputado comunista[171].

El senador Úslar Pietri, cuyo voto había sido decisivo en tales circunstancias[172], se inclinó por darle apoyo a la medida de despojar a Torres de su inmunidad, justificando tal decisión a través de un comunicado de prensa. El hecho de que el llamado «hombre-congreso» por su condición de fiel de la balanza[173] se alineara con las fracciones oficialistas a favor del allanamiento del diputado por el PCV, le valió un duro reproche por parte de Luis Miquilena quien, como representante del «ala negra» de URD, sentenciaría públicamente lo siguiente: «[Con esta decisión] Úslar se ha convertido en un cadáver político»[174].

Desde el 9 de mayo, es decir, a menos de una semana de ocurridos los sucesos de Carúpano y mientras duró el debate parlamentario, Eloy Torres permaneció bajo custodia policial, sometido –como se ha dicho– a un régimen de arresto domiciliario. Sorprendido en plena flagrancia, nada pudo hacer el diputado para verse protegido por su inmunidad. Frente a la comisión investigadora que acudió a interrogarlo, Torres admitió compartir «ideológica y políticamente el Programa de Carúpano». Agregó que los sucesos del 4 y 5 de mayo «no fueron ningún *putch*, ni estuvieron inspirados por los extremistas o comunistas, sino que constituyeron la rebelión de un grupo de oficiales ante la situación que viv[ía] el país»[175].

169 Blanco Muñoz, 1994: 97, 98.
170 *AD*, n.º 203, 12/05/62: 1.
171 Roo, 1982: 26-27.
172 *Élite*, n.º 1.929,15/09/62: 10.
173 Arráiz: 2001: 27; Castillo, 1998: 271.
174 *Élite*, n.º 1.932, 06/10/62: 52.
175 Ibíd., 51.

Torres admitiría haberse hallado en Puerto La Cruz junto a un grupo de sindicalistas cuando supo del levantamiento; pero también insistiría en haber viajado a Carúpano con el único propósito de enterarse de los acontecimientos que allí ocurrían. Naturalmente, por el tenor de sus explicaciones, el diputado hizo cuanto fuera posible para eximirse de toda sospecha:

> Fui [a Carúpano] y hablé con mucha gente, lo cual no quiere decir que yo era el jefe del Movimiento. Después, cuando supe que las fuerzas del gobierno estaban a las puertas de Carúpano, resolví irme porque la gente de Acción Democrática ha tratado dos veces de matarme, y si me encontraba allí podrían hacerlo de verdad. Por lo tanto, me fui [...] y en el camino me encontré con los tipos con quienes más tarde fui detenido.

Por último agregaría: «Se me acusa por ser comunista, ser de la oposición y por haber ido a Carúpano. Ninguno de los tres hechos constituyen delito»[176]. Esta declaración rendida por Torres contradice sin embargo el testimonio de quienes sí lo vieron metido en la refriega, tales como el capitán Echeverría y el maestre Armando Arcila Pérez[177]. Echeverría, por ejemplo, afirmaría lo siguiente al referirse al diputado pecevista: «[S]implemente [echó] plomo como cualquiera de nosotros»[178].

A la hora de hacer el recuento de lo sucedido, su hijo, Eloy Torres Román, ofrece un dato de interés:

> Durante cinco meses estuvo en casa. Hubo posiciones diversas. Fue mucho el tiempo discutido. No obstante, cuando se negociaba una salida, el propio PCV, particularmente uno sus más connotados dirigentes, en una absurda audacia, reconoció la participación de mi padre en la asonada militar. Los diputados no podían menos que suspender su inmunidad de conformidad con el artículo 145 de la Constitución de 1961: mayoría absoluta. El voto de Uslar no podía desconocer la realidad. Votó por allanarle[179].

176 Ibídem.
177 Entrevista con Armando Arcila Pérez. En Blanco Muñoz, 1981(a): 135; entrevista con Omar Echeverría. En ibíd., 162.
178 Ibíd., 162.

Para Torres, aquella bizantina discusión en torno a su responsabilidad en la asonada de Carúpano se prolongaría durante algunos meses más. Su caso, si bien iniciado en junio del 62, quedaría saldado el 18 de octubre de ese mismo año cuando, luego de un largo proceso parlamentario, la Cámara de Diputados acordó despojarlo de su inmunidad a fin de que respondiese a los cargos como presunto responsable de los hechos insurreccionales del Carupanazo, decisión adoptada con los votos favorables de AD-Vieja Guardia, Copei, URD y AD-Oposición[180]. Su hijo, Eloy Torres Román, concluye recapitulando lo siguiente:

> El 21 de junio [de 1962] la Corte Suprema de Justicia había solicitado a la Cámara de Diputados el allanamiento de la inmunidad de Eloy Torres y Simón Sáez Mérida, y finalmente se acordó el allanamiento de Torres el 18 de octubre, negándose el de Sáez el día 23, luego de cumplirse todos los extremos legales[181].

Sáez Mérida corrió en cambio con una suerte distinta, no solo porque no fue sorprendido en flagrancia como lo sería Torres sino que, a la hora de discutirse su responsabilidad en el asunto, tanto URD como AD-Oposición, que sí votaron a favor de la decisión que despojaba a Torres de su inmunidad, se pronunciaron contra la misma medida que afectaba a Sáez Mérida. Para ello alegaron que en el sumario instruido contra Torres aparecían pruebas que lo condenaban mientras que su negativa de apoyar el allanamiento de Sáez Mérida descansaba en que el expediente había sido instruido por la Digepol, organismo sin competencia para ello. Un parlamentario que no reveló su identidad,

179 Eloy Torres Román. Testimonio. Octubre de 2013.
180 *El Nacional*, 19/10/62: 1.
181 Eloy Torres Román. Testimonio. Octubre de 2013.

pero que debió pertenecer a una de aquellas dos toldas en disenso, lo resumió así: «Nosotros sabemos que Sáez Mérida estuvo en Carúpano, pero por ningún respecto podemos aceptar como bueno el sumario instruido por Digepol porque, de admitirlo así, estaríamos sentando un precedente que podría resultar de funestas consecuencias para la oposición democrática»[182].

Como queda dicho, el caso de Sáez Mérida corrió otra suerte. Para comenzar, logró eludir su captura, pese al hecho de haber sido señalado por el gobierno (incluso mediante el uso de pruebas grafológicas que se practicaron sobre papeles incautados en Carúpano, según el ministro Carlos Andrés Pérez) como participante activo en el hecho insurreccional. Al romper el cerco y vagar hasta San José de Aerocuar, el diputado del MIR se salvó –como se ha dicho también– de ser capturado *in fraganti*. Mucho después, rememorando lo ocurrido, afirmaba haberse despojado de casco, chaqueta, fornitura y ametralladora y, así aligerado de peso, haber pasado por el trance de permanecer oculto durante veinticuatro horas entre el mar y los matorrales hasta retornar a Caracas el lunes 7, «chola a fondo y con placas de diputado» con el tiempo justo para descansar un poco, vestirse y concurrir a la sesión de la Cámara prevista para ese día sin despertar la más mínima sospecha[183].

Aparte del coraje que implicaba tamaña peripecia, Sáez Mérida precisó de una abundante dosis de sangre fría para reintegrarse al Congreso como si nada hubiese ocurrido. La tarde de ese mismo lunes 7 de mayo, el diputado fue abordado por varios periodistas en las vecindades del Palacio Legislativo. Ante la pregunta, disparada a quemarropa, sobre su participación en la asonada, se limitó a responder: «Las especulaciones de prensa con base en unas declaraciones atribuidas a un funcionario policial de Carúpano son falsas». Luego añadió haberse visto imposibilitado durante varios días consecutivos mientras se recuperaba de un ataque amibiano. Frente a la insistencia –o la impertinencia– reporteril, agregó:

182 *Élite*, n.º 1.929,15/09/62: 10.
183 Roo, 1982: 27.

> Por lo demás no me sorprenden semejantes especulaciones. Nosotros [refiriéndose a su grupo político], por antipatía ideológica con cierto sector de [la] prensa, somos víctimas a menudo de infundios frecuentes. Estas especulaciones han ocurrido innumerables veces. En anteriores oportunidades, estando Domingo Alberto Rangel hospitalizado en una clínica, convaleciendo de una operación de vesícula, se le atribuyó estar en determinado sitio [...] patrocinando acciones insurreccionales[184].

El semanario *AD*, siempre rápido para la sorna en sus enfrentamientos con la izquierda, diría lo siguiente acerca de las amibas que aquejaran al dirigente del MIR y, de paso, sobre su proverbial bigote que resolvió afeitarse para evitar el riesgo de una detección:

> Algunos señalaban que lo observaron cómo se sacaba el bigote, se lo arrancaba, ante la carencia de máquina de afeitar, por considerar que el bigote facilitaba su identificación [...] Por acá [en Cumaná] llaman a los campesinos «amibas» porque fueron ellos, junto con los militares democráticos, quienes «enfermaron» al teniente Simón de Sáez de Carúpano[185].

¿EL ÚLTIMO GOLPE CONTRA EL SR. BETANCOURT?

Durante ese mes de mayo, en que por lo general el calor resuelve cederle el paso a la lluvia, el gobierno de Betancourt, asediado por mil oposiciones, logró apartarse momentáneamente del paredón para colocarse más bien del lado de la espada. Menos de treinta días bastaron para dejar un saldo trepidante: una asonada asumida por sus propios

184 *El Nacional*, 08/05/62: 28.
185 *AD*, n.º 206, 02/06/62: 6.

protagonistas como ejemplo de «fusión cívico-militar revolucionaria» acabaría derrotada en cuarenta y dos horas y durante la cual, por primera vez, ocurrían enfrentamientos directos entre distintas unidades de las Fuerzas Armadas; catorce oficiales procesados; cuatrocientos detenidos; un diputado sometido a confinamiento domiciliario y a la espera de que se le despojara de su fuero; dos partidos políticos inhabilitados y la obvia decisión oficial de prolongar el estado de suspensión de las garantías, restituidas apenas veintinueve días antes de que estallara el Carupanazo.

Quizá, para algunos, aquel saldo hablaba apenas de una tregua; pero, para otros, había cierto motivo para cultivar el optimismo, al menos si se partía de suponer que, frente a una asonada caracterizada por una intensidad y magnitud como jamás había llegado a experimentarse antes, la respuesta del régimen había sido rápida y efectiva. Además, los días transcurridos entre el 4 y 5 de mayo montaban a un tiempo apreciable en términos de combate y enfrentamientos[186]. Por si fuera poco, tan contundente fue la respuesta gubernamental que, durante la alocución dirigida por Betancourt al país durante la noche del 4 de mayo, quedó claro que no había titubeos de su parte. Hubo –sí– la advertencia, el ultimátum y el llamado a la rendición incondicional, es decir, nada que insinuara la posibilidad de que el gobierno estuviese dispuesto a facilitar alguna clase de negociación con los rebeldes. Lo más fue confiar, como lo hizo Betancourt, en que las ondas hertzianas trasmitieran el mensaje que debía servir para arredrar a los sublevados: «Ellos me están oyendo; que se rindan en las primeras horas de la mañana porque las instrucciones y las órdenes que llevan las tropas son precisas y claras»[187].

Como lo ha observado Blanco Muñoz, de las palabras de Betancourt se desprendía una especie de «jactancia democrática» a la hora de enumerar ante el país el cúmulo de fuerzas con que contaba el

186 Blanco Muñoz, 1994: 49.
187 *El Universal*, 05/05/62: 18.

gobierno[188]. Pero, al mismo tiempo, a juzgar por el tono de los anuncios presidenciales, era evidente que el oficialismo se hallaba ante una doble situación: la necesidad de presentar una imagen de control absoluto mientras persistía la idea de que, en el fondo, no había sido posible liquidar completamente la acción subversiva[189].

En todo caso, tan terminante fue la respuesta dada al Carupanazo (si se mide por el poder de fuego con que se enfrentó la insurrección), que este hecho parecía haber arrancado a la izquierda del sueño de creer que el país se hallaba en presencia de lo que ella misma, con mucho desdén y poca objetividad, calificara de «gobiernito» sustentado en la tríada Betancourt-Briceño Linares-Fedecámaras[190]. Ante el alzamiento de la Infantería de Marina de Carúpano, y mientras los editoriales y columnas de opinión de los principales diarios le daban curso a las primeras y más diversas conjeturas acerca de lo que podría deparar el futuro, hubo quienes se aventuraron, aunque con cierto tono de cautela, a referirse al Carupanazo como la acción que definitivamente aquietaría los cuarteles. ¿El último golpe contra el Sr. Betancourt?, se preguntaban los reporteros Gabriel Vílchez y Manuel Lugo, enviados especiales de *Últimas Noticias* a Carúpano, al titular parte de una de sus crónicas entre signos de interrogación. Y se daban a sí mismos la respuesta:

> En los medios políticos se comentaba ayer –en Carúpano– que el «golpe» de Carúpano puede que sea el último contra el Presidente Betancourt, asediado por hechos de esta índole de tiempo en tiempo desde que inició su período constitucional. El respaldo definitivo que recibió su régimen en las acciones desplegadas por los militares en el estado Sucre así lo confirma[191].

188 Blanco Muñoz, 1994: 61.
189 Ibid., 118.
190 Lo de «Briceño Linares» era en alusión al entonces ministro de la Defensa, Antonio Briceño Linares (N. del A.).
191 *Últimas Noticias*, 07/05/62: 9.

Sin embargo, el *annus horribilis* no había concluido. A Betancourt bien pudo haberle ocurrido lo mismo que a Julio César cuando, en camino al Senado, tropezó con un vidente que le había pronosticado peligros y catástrofes durante los idus de marzo. A los pocos días César se encontró de nuevo al vidente y, con cierta tranquilidad, le dijo: «Los idus de marzo han llegado»; a lo que este respondió, compasivamente: «Sí, César, pero aún no han pasado».

FIN DE SEMANA EN PUERTO CABELLO

Ayer, Juan Domínguez [uno de los tantos padres de familia que habitan en el barrio «Trinchetón» de Puerto Cabello] pudo bajar al mercado. La ciudad se movilizaba normalmente. Pero había en las calles el espectro de una pesadilla. En las ventanas, en las puertas de las casas y de los almacenes, en el malecón, la gente habla en voz baja. Diríase que no acaban de creer que vivieron ese fin de semana[1].

[R]ecuerdo que Perucho [Pedro Medina Silva] me dijo: esto fracasó. ¿Qué hacemos? Bueno, vamos a resistir, vamos a darle un sentido revolucionario a este alzamiento.

Manuel Quijada,
al referirse a la acción de Puerto Cabello, a media mañana del 2 de junio de 1962[2]

No recurrí al socorrido medio de telegrafiarle mis congratulaciones por el triunfo de Puerto Cabello porque sé tanto como usted que entre patriotas conscientes no puede haber motivo para «felicitarse» en esta terrible tragedia, ante la cual la rebelión de Carúpano me parece juego de niños.

Caracciolo Parra Pérez a Rómulo Betancourt. París, 7 de junio de 1962[3]

¿Dónde está Víctor Hugo? Ya va, Presidente del Parlamento Andino, camarada, compañero (El diputado Víctor Hugo Morales saluda desde el palco al Presidente).

Allí está entre los militares, claro, está donde debe estar. Víctor Hugo Morales, Capitán de Navío [*sic*], de los líderes de El Porteñazo, acción revolucionaria de la Fuerza Armada, de la Marina de Guerra (aplausos).

Hugo Chávez Frías, 15 de agosto de 2007[4]

Según lo sostiene Agustín Blanco Muñoz, quienes se hicieron cargo de alzar la base naval de Puerto Cabello durante la madrugada del sábado 2 de junio de 1962 eran gente sobre la cual pesaba un sentimiento de

1 Carlos Delgado Dugarte. «Erguida sobre su martirio Puerto Cabello regresa a la normalidad». *El Nacional,* 06/06/62: 27,28.

2 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 35.

3 ARR. 1962. Tomo XXXIX, 1962. Doc. n.º 138.

4 Discurso de orden pronunciado por Hugo Chávez Frías en la conmemoración del duodécimo segundo aniversario del juramento del Libertador Simón Bolívar en el Monte Sacro y tercer aniversario del referendo aprobatorio de su mandato constitucional. http://www.aporrea.org/actualidad/n99758.html Énfasis nuestro.

responsabilidad por no haber concurrido veintiocho días antes a respaldar la sublevación de Carúpano[5]. El argumento luce convincente, sobre todo si se tiene en cuenta un testimonio como el del entonces teniente de fragata Carlos Fermín Castillo, citado a propósito del Carupanazo, según el cual las acciones de Carúpano y Puerto Cabello estuvieron calculadas para que ocurrieran de forma simultánea pero que, al hacerse una revisión entre los oficiales complotados –todos ellos alféreces de navío–, se concluyó que faltaban mandos de mayor jerarquía que pudiesen estar comprometidos con la acción[6]. La pregunta que luce obligada entonces era si, apenas un mes más tarde, los responsables de promover el nuevo intento insurreccional podían preciarse de contar con semejante dotación de oficiales, no solo lo suficientemente motivados en términos ideopolíticos sino ganados a alzarse en Puerto Cabello contra el gobierno presidido por Rómulo Betancourt.

Si se revisa la tríada responsable del alzamiento, los oficiales que terminarían haciéndose cargo de las operaciones estaban ciertamente ganados, por distintas razones, a retar a Betancourt en el campo militar; pero, al mismo tiempo, eran casi por completo ajenos a las instalaciones y rutinas de aquella base, sin duda la más importante del país. Encabezaba la nómina, como oficial de mayor rango, el capitán de navío Manuel Ponte Rodríguez, exagregado naval en Italia[7] y quien hasta hacía poco había jefaturado la II Sección del Estado Mayor Naval, cargo del cual fue destituido por discrepar del supuesto carácter «comunista» del Carupanazo o por el hecho de que existiesen serios indicios en su contra que lo vinculaban a la rebelión de Carúpano»[8]; en segundo lugar, figuraba el capitán de fragata Pedro Medina Silva, quien apenas poco antes había sido transferido a Puerto Cabello en calidad de segundo comandante

5 Blanco Muñoz, 1996: 27.

6 Entrevista con Carlos Fermín Castillo. Caracas, 30 de julio de 2013.

7 *Élite*, n.º 1.916, 16/06/62: 37.

8 *Élite*, n.º 1.915, 09/06/62: 33. Un comunicado del Ministerio de la Defensa precisaba que Ponte Rodríguez se hallaba, para la fecha del alzamiento, «sin cargo alguno por haber sido sometido a Consejo de Investigación». *El Nacional*, 03/06/62; *La Esfera*, 03/06/62. ASGS.

de la base[9]. Por último, el capitán de corbeta y oficial de la Escuela de Guerra Naval Víctor Hugo Morales, quien luego de verse bajo sospecha tras los confusos sucesos del Guairazo de enero de ese mismo año 62, fue puesto a las órdenes de la Comandancia General de la Marina[10].

A diferencia, pues, de Carúpano, los cabecillas de la insurrección no solo eran extraños al entorno, sino que el cuadro que debían enfrentar dentro de la base misma era francamente adverso si se toma en cuenta que, solo para comenzar, debían sorprender a los oficiales que custodiaban esa guarnición –el capitán de fragata Guillermo Ginnari Troconis, comandante de la base naval; el capitán de fragata Porfirio Delgado Colmenares, comandante del batallón de Infantería de Marina Urdaneta n.º 2, y el capitán de navío Andrés Moreno Piña, jefe de la Primera División de Destructores–, con todos los riesgos que ello entrañaba. Por si fuera poco, el reto comprendía poner también bajo arresto a un oficial cuyas funciones eran sensibles dentro del escenario general de la Marina: el capitán de navío Jesús Carbonell Izquierdo, quien fungía nada menos que de comandante de la escuadra y quien, en vísperas del Porteñazo, había recibido órdenes de trasladarse de Caracas a Puerto Cabello en el término perentorio de unas pocas horas, en previsión de que pudiese ocurrir un alzamiento combinado que tuviese por epicentro aquella base[11]. De hecho, según lo reseñó más tarde un reportaje, fue por simple casualidad que el capitán Carbonell se hallara aún en el país cuando recibió las terminantes instrucciones de movilizarse hasta Puerto Cabello. En realidad, a partir del día siguiente –día en que estallaría la asonada–, el jefe de la escuadra debía encontrarse en Trinidad tomando parte de una maniobra conjunta con la Marina de los Estados Unidos[12].

Sin embargo, al decir de Blanco Muñoz existían otras diferencias, incluso más sustantivas, respecto a la insurrección de Carúpano. En primer lugar, así como el Carupanazo estuvo concebido para servir de

9 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 28.

10 Blanco Muñoz, 1996: 22.

11 Morales, 1971: 54.

12 *Élite*, n.º 1.916, 16/06/62: 28.

«chispa» o detonante a fin de que espontáneamente se sumaran otros levantamientos, la acción de Puerto Cabello debía contar con el apoyo, ya acordado de antemano, de otras guarniciones, independientemente del hecho de que quienes debían pronunciarse no lo hicieran o, en otras palabras, que la sublevación de Puerto Cabello quedase, a fin de cuentas, tan aislada del resto del país como ocurrió en Carúpano. Si la situación se repitió no era esto, desde luego, lo que estaba previsto que ocurriera[13]. De hecho, la mejor confirmación de que no se trataba de una insurrección concebida simplemente a la espera de que Puerto Cabello tomase la delantera para que otros se alzaran es lo que se desprende del testimonio de sus principales protagonistas.

Víctor Hugo Morales, por ejemplo, insiste en que tal fue el principal error del Carupanazo que esta vez, un mes más tarde, trató de corregirse: confiar en que fuera una sola fuerza la que tuviese la iniciativa en el campo insurreccional, sobrestimándose así la capacidad de la Marina de provocar una reacción en cadena de levantamientos militares. De allí que, en esta nueva oportunidad, fuera necesario esquivar la engañosa ilusión de la «chispa», evitando presumir que si Puerto Cabello se mantenía firme durante 24 horas el país se agitaría de tal manera que el resto de las guarniciones dispondría del tiempo suficiente para pronunciarse, tal como se había calculado que sucediera en Carúpano. Según lo sostiene el testimoniante, ese revés, esa experiencia negativa ya asimilada, fue lo que les llevó a estrechar contactos con los restantes componentes de las FF. AA. y hacer que toda la acción confluyera en torno a un «Directorio Patriótico Nacional» que no solo existía a nivel subterráneo sino que agrupaba a los sectores más decididos de la oposición clandestina[14]. Aparte de todo figuraba el valioso dato según

13 Blanco Muñoz, 1996: 19.
Según el general Carlos Soto Tamayo, el más grueso error de la asonada, aparte de calcular mal la rapidez con que respondería el gobierno, fue confiar demasiado en los ofrecimientos de apoyo de otras guarniciones, sin que sus promotores se hubiesen detenido a examinar seriamente la confiabilidad de tales compromisos. Soto, 1986: 310.

14 Morales, 1971: 42.

el cual, al decir de Morales, se contaba «con la promesa de que las tropas del estado Zulia no saldrían a combatir en defensa del gobierno»[15].

También valdría la pena citar el testimonio de Manuel Quijada como confirmación de que, efectivamente, existían otras unidades comprometidas. Quizá luzca un tanto exagerada su estimación de que treinta y dos guarniciones estaban ganadas para la rebelión en Puerto Cabello; pero algo revela su confesión según la cual, luego de fracasado el golpe, «nos enteramos de todas las peripecias que hubo en Maracay [sede de importantes unidades de la Fuerza Aérea, artillería y blindados] entre alzarse o no alzarse, las indecisiones que hubo. El nuestro era un movimiento vastísimo»[16]. Por confesión de otros protagonistas sabemos también que no se trató de un movimiento exclusivamente militar[17]. Pero, a diferencia de Carúpano, estas conexiones se mostrarían mucho más evidentes y amplias y, debido justamente a tal amplitud, la presencia civil estaba llamada a darle un tono distinto al segundo intento insurgente. A ello se refiere Blanco Muñoz cuando subraya que el plantel rector de la conspiración de Carúpano lucía más coherente en teoría, es decir, que había llegado a contar con gente mucho más «identificada» con la izquierda.

Es probable entonces, como lo deduce este autor, que los responsables de la acción de Puerto Cabello introdujesen un nuevo dispositivo, en tono de modificación, a fin de darle un mayor horizonte «ideológico» a esta asonada, cuidándose de insistir así en que se trataba de un movimiento «democrático», «nacionalista» y «patriótico». La vaguedad de tales enunciados tenía el propósito de no «enrojecer» el movimiento, partiendo de la convicción de que la tonalidad «roja», que supuestamente había caracterizado la sublevación de Carúpano, fue lo que a fin de cuentas terminó alejando a otros cuarteles de insurgir en apoyo de los comprometidos[18].

15 Ibíd., 45.

16 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 36.

17 Brett, 1970: 69, 73.

18 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 24.29.

Aun así, la percepción del común, al menos por lo que puede colegirse de la prensa de la época, fue que el «tinte rojo» permeó también al Porteñazo[19]. Por otra parte, ni qué decir tiene que el propio Betancourt satanizaría este segundo intento en términos aún más enérgicos de lo que lo hizo al darse la insurrección de Carúpano[20]. Incluso, el sector leal de las FF. AA. insistió en subrayar que «la sublevación [de Puerto Cabello] fue incitada e inspirada en doctrinas extremistas [y] que los militantes de base de los partidos Comunista de Venezuela y MIR, quienes eran los cabecillas, [eran los que] dirigían las acciones dentro de la población»[21].

Lo curioso es que, descontando a Víctor Hugo Morales, quien tenía afinidades con el PCV[22], buena parte de los oficiales considerados cabecillas del Porteñazo no se hallaban plenamente identificados con la izquierda como sí lo estarían después del fracaso: tal sería el caso de Pedro Medina Silva, quien luego de fugarse de la cárcel en 1963 pasó a integrar el directorio de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), peripecia que incluyó algunos cursos de entrenamiento en Vietnam y China, así como el hecho de actuar como representante en varias comisiones durante la Conferencia Tricontinental celebrada en La Habana en 1966

19 Buen ejemplo de ello es un artículo de Héctor Stredel titulado «El crimen de Puerto Cabello», en uno de cuyos pasajes se lee lo siguiente: «[L]a noche anterior al estallido se entrevistaba en el hotel Cumboto [de Puerto Cabello] el comandante Ponte Rodríguez, jefe militar del intento, y Raúl Lugo Rojas, diputado mirico, [revelando] que las fuerzas extremistas […] continúan apelando incluso a las formas más execrables de la violencia». *La República*, 07/06/62. ASGS. Por otra parte, el vespertino *El Mundo* denominaría una de las secciones del primer reportaje que publicara sobre el alzamiento con el título de «El golpe es rojo». *El Mundo*, 02/06/62. ASGS.

20 Según Alí Brett Martínez, «El gobierno de 1962 señaló este levantamiento militar como de 'inspiración marxista', y así lo dijo a la nación el presidente Betancourt en un discurso pronunciado en Los Caracas, en una reunión sindical, a las pocas horas de los sucesos». Brett, 1970: 7.

21 Ibíd., 42.

22 Para mayor prueba, transcribimos de seguidas un fragmento de la entrevista que Blanco Muñoz sostuviera con Víctor Hugo Morales:

ABM: *¿Cuándo se inician tus contactos con el PCV?*

VHM: En el mismo año 58 […]

ABM: *¿Se podría decir que tú eras un oficial marxista?*

VHM: Sí lo podría decir. Pero no era militante, nada más que marxista y amigo y aliado de la gente del partido. Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 211.

con el objeto de estimular la reorganización guerrillera en algunas zonas del mundo emergente[23]. Esa creciente simbiosis con la izquierda caracterizará también el caso de Ponte Rodríguez, quien falleció en el Cuartel San Carlos dos años después de dirigir el Porteñazo, pero que tuvo a su cargo organizar y darle vida a las FALN desde su sitio de reclusión.

Al margen de que los propios responsables del movimiento de Puerto Cabello apostaran a ampliar el espectro ideológico para evitar verse marcados a hierro como «comunistas», Blanco Muñoz insiste en poner de bulto las diferencias que cree advertir en lo que toca al elenco de civiles comprometido en el curso de ambas acciones. En este caso, no en cuanto a su calidad individual puesto que, si por un lado en el Carupanazo sobresalieron activistas como José Vicente Abreu, Eloy Torres y Simón Sáez Mérida, en el caso del Porteñazo también estarían involucradas figuras conocidas del mundo civil como Germán Lairet, Manuel Quijada y Gastón Carvallo. Blanco Muñoz lo dice sobre todo (y en ello le daría la razón a Betancourt) en relación con el compromiso mucho más efectivo que demostraron tener el PCV y el MIR durante el intento golpista de Puerto Cabello[24]. Ello, a su juicio, fue quizá la forma que tuvieron ambos partidos de superar las vacilaciones que aún habían sido visibles por parte de algunos de sus dirigentes al darse la sublevación de Carúpano. Pero también –siguiendo de cerca a Blanco Muñoz–, podría calificar dentro de esa calidad superior del elemento civil el hecho de que, a diferencia de los inexpertos liceístas que participaron del Carupanazo, los comprometidos en Puerto Cabello llegaron a contar (aunque a raíz de una decisión que solo se tomó al calor de las acciones) con el apoyo de unos sesenta u ochenta «cimarrones» o guerrilleros que se hallaban presos en el castillo de Puerto Cabello y quienes, en medio del clima de confusión reinante, prácticamente

23 *Correo del Orinoco*, 21/03/12. http://www.correodelorinoco.gob.ve/nacionales/fallecio-capitan-pedro-medina-silva; Sanoja, 2007, II: 102.

24 También vale como prueba lo dicho por Juan Bautista Fuenmayor, al menos en el caso específico del Partido Comunista, cuando señala que «el PCV se había jugado el todo por el todo en esta acción militar de Puerto Cabello». Fuenmayor, 1988, XIV: 231.

lucharon por su cuenta en defensa de la ciudad sublevada sin hacer caso a las disposiciones de los oficiales rebeldes[25].

Existe también otra diferencia entre Carúpano y Puerto Cabello, aunque esta vez planteada en el terreno militar, la cual tiene que ver fundamentalmente con la diversidad de componentes que participaron durante ambas asonadas. En tal sentido vale subrayar que, en el caso de Carúpano, la acción se resumió en un enfrentamiento librado entre los insurrectos de la Infantería de Marina y sus pares que se mantenían leales al gobierno junto a algunas unidades de fusileros y artilleros del Ejército. Aparte de ello, solo hubo una mínima presencia de la Fuerza Aérea mientras que la Marina de Guerra apenas se mantuvo expectante a la distancia, haciendo que su intervención fuese prácticamente nula. El Porteñazo involucró en cambio, del lado gubernamental, la presencia de una poderosa combinación de fuerzas de Infantería del Ejército, un grupo de artillería de campaña provisto de cañones de 75 y 105 milímetros, una compañía de blindados AMX-13, dos compañías de paracaidistas de la Escuela de Palo Negro, efectivos de la Guardia Nacional y una significativa participación de la Fuerza Aérea en la forma de dos escuadrillas de aviones de combate –Sabres F86, Venom, Vampiros y Canberras– que sobrevolaron y artillaron posiciones rebeldes en el puerto y las colinas alrededor de la ciudad, y cuyo efecto psicológico contribuyó a desalentar a los insurrectos[26].

Además, a la hora del alzamiento y, sobre todo, del aplastamiento de la asonada, mucho habría de significar la actuación, por primera vez en la historia de las insurrecciones venezolanas, de los buques de la Armada. Algo más cabría decir en este sentido en vista del poder de fuego que involucraba semejante elemento. Al servicio de Puerto Cabello se hallaban adscritos varios destructores que conformaban el núcleo de la fuerza venezolana de superficie, incluyendo el *Zulia* D-21 que, aunque permanecía inoperante en tales circunstancias, sujeto a reparaciones,

25 Blanco Muñoz, 1996: 28,30,36.

26 *Élite*, n.º 1.915, 09/06/62: 33; Soto, 1986: 310; Sanoja, 2007, II: 86.

era una de las unidades flotantes de mayor calibre con que contaba la Marina de Guerra. A este respecto, como en muchos casos referidos al grado de combates y enfrentamientos que se registraron en el contexto de las insurrecciones contra Betancourt, las fuentes difieren a la hora de los detalles. Y lo que hace el análisis más complejo en este punto es que, de un total de cinco destructores adscritos a esa base naval, solo dos se hallaban completamente operativos mientras que los tres restantes –incluyendo el mencionado *Zulia*– estaban en estado de mantenimiento[27]. La única nave ajena a esa circunscripción que participó en las acciones era el D-31 *Aragua*, adscrito a La Guaira, pero al cual el gobierno dio órdenes de zarpar para que fondease en la rada exterior de Puerto Cabello ante la eventualidad de servir de contención a los insurrectos[28].

En todo caso, según el testimonio ofrecido un año después por los tres jefes rebeldes desde su sitio de reclusión, los buques que salieron a disparar a favor del gobierno «hicieron fuego contra las instalaciones de la Base Naval y el Castillo 'Libertador', causando daños de consideración»[29]. Esto se contradice con lo que asegura otro de los testigos, quien sostiene que fue apenas un solo destructor el que intervino del lado leal mientras que el resto de los buques se mantuvo en actitud de no disparar durante el desarrollo de la sublevación[30]. En cambio, según el vicealmirante Ricardo Sosa Ríos, quien se hallaba a cargo de la Comandancia General de la Marina desde febrero de ese mismo año 62, todos los destructores leales hicieron fuego contra las posiciones rebeldes, aclarando que se trató de un fuego calculado, «bien dirigido, bien hecho para causar mínimo daño [...], más bien para [atemorizar]»[31]. De acuerdo con Quijada, se trató en

27 Así lo asegura Víctor Hugo Morales al señalar que el D-11 Nueva Esparta estaba en dique seco y sin municiones, en tanto que el D-13 Flores y el propio D-21 Zulia se hallaban en mantenimiento. Solo los destructores D-22 Morán y D-12 Clemente permanecían operativos. Morales, 1971: 55. Sin embargo, ha sido difícil hallar confirmación de ello en otras fuentes; lo más que se insiste es en el hecho de que el D-21 Zulia se hallaba sujeto a reparaciones. *El Nacional*, 05/06/62: 22.

28 *El Nacional*, 05/06/62: 22.

29 Brett, 1970: 68.

30 Citado por Blanco Muñoz, 1996: 35.

31 Entrevista con Ricardo Sosa Ríos. En Blanco Muñoz, 1981(a): 93.

realidad de un fuego agresivo: «los barcos tiraban a pegar. Vi caer a varios infantes en las playas. [...] Después continuaron, pero disparando hacia la costa. Lo estuvieron haciendo todo el día y hasta el día siguiente»[32].

Por otra parte, cercano a la épica se halla el tono que Guillermo García Ponce quiso imprimirle a su testimonio, según el cual el destructor *Zulia* se había declarado a favor de la rebelión y, aunque no pudiese salir del muelle, elevó la torre de sus cañones y disparó al aire en señal de estar dispuesto a abrir fuego si el resto de las naves no cesaba de hostigar a la infantería rebelde. García Ponce remataba su recuento acerca de «aquel episodio de lo más heroico y hermoso» con la bombástica imagen del *Zulia* convertido, por obra de su tripulación insurrecta, en el *Aurora* o el *Potemkin* venezolano[33]. Más realista o descarnado en ese sentido resulta ser Manuel Quijada cuando reconoce que el hecho de que el destructor *Zulia* fuese a tener a manos de los rebeldes no era garantía de nada, puesto que una nave de ese calibre, pero imposibilitada de darse a la mar a causa de sus averías era, en el mejor de los casos, un blanco fijo para los restantes destructores que se mantuvieron leales a Betancourt[34]. Aunque Quijada no lo agregue, el *Zulia* tampoco podía maniobrar ni defenderse de los ataques aéreos en tales condiciones[35]. A su condición de inactividad habría que agregar también que aquella nave, sujeta a reparaciones, contaba con escasa tripulación y pocos oficiales a bordo[36]. Hay quien sostiene en todo caso que esa concentración de fuego desarticuló la cadena de mando rebelde desde que los destructores comenzaron a disparar sobre las instalaciones de la Infantería de Marina, afectando las operaciones insurgentes y, sobre todo, aislando a los que se mantenían alzados dentro de la base naval de sus partidarios que combatían en la ciudad[37].

32 Entrevista con Manuel Quijada. En ibíd., 38.
33 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 363.
34 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 37.
35 Blanco Muñoz, 1996: 50.
36 *El Nacional*, 05/06/62: 22.
37 Citado por Soto, 1986: 303-304.

En resumidas cuentas, la magnitud de la operación llevada a cabo para dominar al bando insurrecto alimentó la idea de ver lo ocurrido como una «masacre», una «operación genocida», una acción «sin elemental ética de lucha», como rezan algunos de los calificativos que, junto a otros de similar tenor, corrieron en la prensa clandestina de la izquierda luego de los sucesos de Puerto Cabello[38]. Ahora bien, quizá quepa darle una explicación en otro sentido al hecho de que el gobierno no multiplicara considerablemente el número de unidades que salieron a combatir a los rebeldes. Y aquí habría que hacer una distinción: en Carúpano intervinieron alrededor de cuatro mil efectivos del lado leal cuando en Puerto Cabello, según la estimación de los entendidos, fue entre dos mil quinientos y tres mil[39]. El total de efectivos no pudo ser, pues, lo que en este caso determinó que la capacidad bélica del gobierno fuera sensiblemente superior a la utilizada en Carúpano. Se trató, más que del número de soldados, de la diversidad de fuerzas que intervino, incluyendo tanques pesados y aviones de combate. En este caso, a la hora de las explicaciones, llama la atención lo que sostiene Blanco Muñoz. A su juicio, frente a la gravedad del conflicto que se había vivido a raíz del Carupanazo, al gobierno no le interesaba negar su poder de fuego sino todo lo contrario. «La intención –apunta– [era] la de hacer ver que su poderío militar, además de homogéneo, [era] verdaderamente fuerte»[40].

Algo revela también en este sentido el hecho de que, si bien Betancourt acudió ante nada al recurso del ultimátum, como lo hizo al darse la insurrección de Carúpano, esta vez su tono fuera más severo e implacable. De modo que podría concluirse que, además de un despliegue mucho mayor contado a partir de la diversidad de las fuerzas de ataque que intervinieron, lo que se perseguía era un aplastamiento *ipso facto* de esta segunda revuelta. Alí Brett Martínez, del diario *El Nacional*, quien

38 Nos referimos fundamentalmente a *Tribuna Popular*, órgano periodístico del PCV, ya por entonces en situación de ilegalidad.
39 Morales, 1971: 77; Brett, 1970: 78. Soto Tamayo es quien se inclina por la cifra de 2 500 efectivos. Soto, 1986: 299.
40 Blanco Muñoz, 1996: 41.

actuó como periodista-testigo, buscó darle una explicación similar a la magnitud del despliegue: «Las órdenes de la Presidencia indicaban que era necesario recapturar la ciudad a la mayor prontitud y de cualquier manera, dado el alto riesgo de que el movimiento se extendiese a otras guarniciones»[41]. La conveniencia de hacer semejante demostración de fuerza –señalaría por su parte un actuante cercano al gobierno– era disuadir a posibles comprometidos que habrían podido estar aguardando la oportunidad para apoyar la rebelión[42]. Por si acaso quedasen dudas, una breve descripción rescatada por Blanco Muñoz de las páginas de la revista *Momento* da buena cuenta del poder de fuego combinado con el cual se intentó someter a los rebeldes: «Mientras cazas 'Camberra' y 'Venom' bombardeaban ininterrumpidamente [...], destructores leales reforzaban el ataque desde la bahía con trepidantes cañonazos que sacudían los cimientos de la ciudad. Los tanques comenzaron a avanzar lentamente [...] junto con varios pelotones de infantería»[43].

Como resultado de los cómputos que arrojó la acción, los propios mandos leales no dejaron de admitir el exceso de poder destructivo que se puso en práctica dentro de la ciudad porteña al emplearse equipos combinados de infantería-tanques durante el combate realizado en las distintas localidades de Puerto Cabello, lo cual produjo un alarmante número de bajas, especialmente entre civiles no combatientes[44]. Para Víctor Hugo Morales se trató de una política de tierra arrasada[45]. Irónicamente sentenció: «Parece que había un entusiasmo grande por el uso de las armas»[46].

Tampoco pareció imperar en este caso el grado de relativa prudencia que se manifestó en Carúpano a la hora de buscar, ya sobre el terreno de combate, que los rebeldes depusieran su actitud o se convencieran de lo inútil que resultaba toda resistencia. En cambio si algo asemejó ambas acciones fue que, en lugar de poner sitio a Carúpano y Puerto Cabello, el alto mando optara por dar la orden de que las tropas efectuasen el grueso de la penetración por el centro de ambas ciudades, poniendo a las fuerzas leales a riesgo de verse expuestas a peligrosos ataques por los flancos, como en efecto ocurrió. Esta estrategia arrojaría los saldos más sangrientos del Porteñazo.

41 Brett, 1970: 19-20.
42 Soto, 1986: 310.
43 *Momento*, 10/06/62: 44. Citado por Blanco Muñoz, 1996: 47.
44 Soto, 1986: 310; Sanoja, 2007, II: 86.
45 Morales, 1971: 10.
46 Citado por Blanco Muñoz, 1996: 41.

«LOS DEJAMOS GUARALEAR Y DESPUÉS TEMPLAMOS»

Existen dos preguntas que acuden con fuerza a la hora de compulsar los testimonios generados por el Porteñazo. La primera es si hubo precipitación, es decir, si luego de apenas un mes de ocurrida la revuelta de Carúpano, no hubiese sido más conveniente retardar las acciones hasta poder estar en control del mayor número posible de variables. De acuerdo con Víctor Hugo Morales –y el razonamiento luce convincente– se hacía imposible esperar mucho tiempo. Ello, por dos razones: primero, porque se aproximaba el mes de julio, y es normal que en ese tiempo ocurran cambios y rotaciones dentro del estamento militar; segundo: la vigilancia del gobierno se había estrechado con motivo de los sucesos de Carúpano y, particularmente, sobre él y el jefe máximo de la asonada, Ponte Rodríguez, quien ya había sido relevado de su cargo en el Estado Mayor Naval. Entretanto, otros oficiales de la Marina fueron pasados a condición de «disponibilidad» sin responsabilidades efectivas, o habían recibido instrucciones terminantes de salir al exterior. Este último había sido su propio caso, según lo refiere Morales: «Recibí orden de viajar a Inglaterra como ayudante del Agregado Naval, lo que significaba [...] que se romperían los enlaces que [...] habíamos establecido, [retardando] los planes indefinidamente»[47].

47 Morales, 1971: 44.

La otra pregunta que acude en este caso es si la delación jugó parte importante en la suerte adversa que corrió la rebelión de Puerto Cabello. Guillermo García Ponce contesta de manera afirmativa[48]; Manuel Quijada, en cambio, no dice nada al respecto[49]. Por su parte, Morales, a la hora de referirse a lo que pudo comprometer al movimiento y haber hecho que se perdiera el factor sorpresa, sostiene que no fue tanto que se hubiese registrado alguna delación sino que algunos de los comprometidos se retractaron de participar, como lo apunta al aludir a un oficial que contaba con una alta cuota de responsabilidad dentro del esquema de la asonada pero quien, al parecer, le ordenó al resto de los oficiales que integraban su unidad que no se plegaran porque se trataba de una rebelión «de inspiración comunista»[50]. A modo de contraste, uno de los oficiales alzados, a la hora de los recuentos y balances, no dudaría en sostener (utilizando una popular alocución pesquera) que las filtraciones e infidencias eran lo único que en realidad podía explicar que el gobierno los dejara «guaralear» para luego «templar»[51].

Que el gobierno les permitiera a los complotados «guaralear» a sus anchas parece ser también la conclusión a la que se arriba luego de revisar la opinión de quienes estuvieron llamados a enfrentar la insurgencia. Según se deduce de lo dicho por el vicealmirante Ricardo Sosa Ríos, el Porteñazo era un «golpe avisado» puesto que si «nadie sospechaba» él, en cambio, incluso sabía que el segundo comandante de la base, Pedro Medina Silva, se hallaba metido en la conjura. «Yo sí lo sabía y por eso me dediqué a develar la conspiración de la manera que consideré más positiva», remata afirmando quien fuera para entonces el comandante general de la Marina. Cabe hacerse una pregunta: ¿No

48 Entrevista con Guillermo García Ponce. En Blanco Muñoz, 1980: 363.

49 Valdría la pena mencionar lo que por su parte señala Carlos Andrés Pérez, quien al rememorar aquella coyuntura en la que se desempeñó como ministro de Relaciones Interiores, observa que el gobierno contaba con una infiltración importante de los cuadros insurgentes, aunque sin poder determinar a ciencia cierta quiénes eran los jefes, ni el sitio donde podía estallar la asonada, ni cuáles sus ramificaciones más importantes. Hernández y Giusti, 2007: 141.

50 Morales, 1971: 54.

51 Citado por Blanco Muñoz, 1996: 35.

calificaba acaso como una temeridad dejar de intervenir a sabiendas de lo que se estaba tramando? ¿Cómo quedaban entonces dentro de este cuadro aquellos oficiales y tropa que, habiendo mantenido su lealtad al régimen constitucional, se veían expuestos, a riesgo de sus propias vidas, a sufrir un asalto insurreccional acerca del cual sus propios superiores sí tenían conocimiento? Al parecer, sin embargo, la lógica del comandante Sosa obedecía a otras premisas. A su juicio, existía la primera vía: «agarr[a]s a los cabecillas, [p]ero ese es ya un proceso [...], una espina irritativa a la conspiración, que te queda abajo». La otra, la segunda, fue la que en realidad se impuso, la que consistía en develar lentamente el grueso del movimiento y enfrentarlo[52].

AL TANTO, PERO EN BARINAS

A diferencia del momento en que ocurrieron las insurrecciones de San Cristóbal, Barcelona y Carúpano, Betancourt se hallaba fuera de la capital al darse la asonada de Puerto Cabello durante la madrugada del 2 de junio del 62. Desde el día antes, el presidente, a quien no le gustaba viajar en avión[53], se hallaba en ruta a Mérida con el fin de asistir a la Convención Anual de Fedecámaras y, de creerle a uno de los testimoniantes –en este caso, Carlos Andrés Pérez, su ministro de Relaciones Interiores–, el plan consistía, entre otros objetivos, en atentar contra Betancourt. «La Escuela de Policía Militar [en Mérida] estaba encargada de liquidar a Rómulo», sentenciaría CAP en sus *Memorias*[54].

Según el propio Pérez, la Dirección General de Policía manejaba información de que algo podría ocurrir durante ese fin de semana del 2 o 3 de junio pero que, alertar a Betancourt y hacerlo desistir del viaje previsto para que tomara parte en la instalación de la asamblea de Fede-

52 Entrevista con Ricardo Sosa Ríos. En Blanco Muñoz, 1981 (a): 93.

53 Hernández y Giusti, 2007: 141.

54 Ibídem.

cámaras habría podido convertirse, a juicio de Pérez, en una señal a los conspiradores de que el alto Gobierno se hallaba alerta, pese a no saber exactamente dónde podría darse el inicio de la asonada y aunque Puerto Cabello luciera, hasta ese momento, como la conjetura más creíble[55]. Por la calidad del testimonio convendría darle una cabida más extensa a la voz del propio Pérez acerca de lo que ocurrió a partir de ese punto: «Le dije 'Váyase a Barinas' y ahí espera que yo le dé información para continuar. Mientras él [Betancourt] espera en Barinas sigo recibiendo noticias». No obstante, y sin que sepamos con claridad qué lo hizo mudar de opinión, Pérez apunta de seguidas que le insistió a Carlos Soto Tamayo, jefe de la Casa Militar, que retornasen cuanto antes a Caracas, de ser posible, la tarde de ese mismo viernes 1 ante la posibilidad de que el movimiento estallara en serio. Tales son sus palabras: «[Soto Tamayo] no creía mucho. Le hice saber que debía regresar de inmediato, pero no estaba muy seguro y se quedó allá»[56].

Acto seguido, Pérez rememoraría la forma que halló para escabullirse hábilmente, ese mismo viernes 1 de junio, de una de las recurrentes e interminables interpelaciones a las cuales era sometido ante la Cámara de Diputados junto al ministro de la Defensa, a fin de poder actuar en sintonía con las novedades que le reportaban desde el MRI:

> Yo tenía ese día una interpelación en el Congreso. Comenzó a las 10:00 de la mañana y todavía seguía a la 1:30 de la tarde. Me llegó un papelito del MRI [que traía] los últimos datos. [...] En vista de que no terminaban la intervención, le mandé a decir al Presidente de la Subcomisión de Defensa de la Cámara de Diputados, Ignacio Arcaya, que ya llevaba cinco horas en la interpelación y que había recibido un papelito en el que mi mujer me informaba que mi hija menor estaba muy mal y tenía que ir a ver qué estaba pasando. Llamó a [Jesús] Faría o a Gustavo Machado y los convenció de que terminara la comparecencia.

55 Ibíd., 142.
56 Ibídem.

> Salí a reunirme con [el Ministro de la Defensa Antonio] Briceño Linares [y] con [el capitán de navío Jesús Carbonell Izquierdo]. Les dije que el MRI tenía la absoluta seguridad de que en la madrugada del día siguiente se iba a alzar la base de Puerto Cabello[57].

En tono agónico, como no podía ser de otro modo ante la gravedad de lo que ello suponía, Pérez evoca en sus *Memorias* las primeras decisiones que tanto él, como ministro del Interior, como su homólogo Briceño al frente del despacho de Defensa, debieron tomar, o tomar a medias, en ausencia de Betancourt:

> El ministro Briceño Linares me pregunta qué sugiero. Le contesté que dos cosas: que los oficiales tomen la guardia de la base toda la noche, que no se acuesten a dormir. «Sé que están desarrollando [...] una táctica de darles la mayor confianza, de no dar la sensación de que se está preparando una insurrección». La otra sugerencia –le dije al Ministro- era que en Valencia, el jefe de la guarnición [...], prepar[ase] las fuerzas y un plan para tomar Puerto Cabello. [...] Esa noche estaba preparado para lo que pudiera pasar. Era imposible abortar el golpe. Se tenían datos, pero no se sabía quién ni cómo. Debíamos estar preparados para ver por dónde reventaba. [...] Rómulo prefirió esperar hasta el día siguiente. Cuando estalló el golpe, le mandamos desde Maracay un avión a buscarlo. Le pedí a Briceño Linares que diera la orden de movilizar Valencia. Me respondió que sin la orden del Presidente no podía ordenar esa movilización. Briceño insistía en que todo estaba preparado, pero que no podía dar la orden. [...] Llegó Rómulo, y empezó la movilización de Valencia a Puerto Cabello[58].

Disponemos también del testimonio de Carlos Soto Tamayo, quien actuaba justamente como edecán de Betancourt. Soto puntualiza que la noticia del alzamiento los agarró en pleno desayuno, en Barinas, la

57 Ibídem.
58 Ibíd., 142-143.

mañana del 2 de junio, y que fue CAP quien les informó mediante un radiograma acerca de la novedad ocurrida en la ciudad porteña:

> A las 7 y 30 am., terminábamos de desayunar cuando el presidente [Betancourt] recibió un radiograma firmado por Carlos Andrés Pérez. Se participaba al Primer Magistrado el estallido de un golpe militar, a las 5 de la mañana, en el Batallón de Infantería de Marina N. 2 en Puerto Cabello. Agregaba que la Guardia Nacional permanecía fiel en sus instalaciones inmediatas al aeropuerto y mantenía el control del punto crítico. [...]
> El Presidente estaba sereno. Sus gestos no revelaban nerviosidad alguna. Pidió mi opinión sobre la situación. Considero –le dije– que si la Guardia Nacional resiste en sus posiciones actuales, los sublevados no podrán avanzar más allá de Puerto Cabello y las tropas leales tendrán tiempo de llegar a las inmediaciones de esa plaza y evitar cualquier movimiento fuera de ella. [...]
> Se recibió otra información sobre aviones que sobrevolaban la base naval de Puerto Cabello. «¡Qué difícil es gobernar este país!», dijo el Presidente. Después fue aclarada la situación: la Fuerza Aérea, en su totalidad, permanecía leal al Gobierno[59].

Aunque breve, su versión es más pormenorizada que la de Pérez, al menos en el punto referido a la movilización que la comitiva presidencial debió efectuar de vuelta a Caracas en medio de la urgencia planteada por la situación. El edecán rememoraba haberse visto en el trance de suspender el aterrizaje en Maracay para seguir, más bien de largo hasta La Carlota y encontrarse con que no había un solo vehículo en el aeródromo que estuviese a la orden para trasladar al presidente hasta Miraflores, luego de lo cual se utilizó el que pudo ofrecerle uno de sus ministros mientras que, para integrar la caravana, dos escoltas civiles debieron acercarse hasta la cercana autopista en busca del apoyo que pudieran hallar[60].

59 Soto, 1986: 293.
60 Ibíd., 295.

ATRAPADOS EN PLENO SUEÑO

Conocido desde el siglo XVIII como el Apostadero de Puerto Cabello, la base naval Agustín Armario se erige aún sobre el recodo más apacible de la bahía. Se trataba, al decir de un opinante, de una ensenada tan estratégica para la guerra como para el contrabando[61]. Tan antiguo como su posición de «apostadero» y como centro de los principales almacenes de la Real Compañía Guipuzcoana, era el hecho de que aquel punto celosamente fortificado por el régimen borbón en Venezuela se viera rodeado de ciénagas tupidas, manglares pútridos y aguas malsanas que pervivieron sin perturbación hasta que, avanzado el siglo XIX, ya en tiempos de la república, se ordenó el dragado y saneamiento del puerto.

La base naval y sus terrenos forman parte de una península donde se yergue el castillo de data colonial que estuvo a cargo de Simón Bolívar en 1812 y en cuya explanada tuvo lugar, seis años antes, el ajusticiamiento de diez reclutas estadounidenses que arribaron junto a la fracasada expedición de Francisco de Miranda. Además de servirle de prisión al propio Miranda en 1813, el castillo sería tomado por José Antonio Páez en 1823 y bombardeado por naves alemanas y británicas durante la culminación del bloqueo de 1902. Este mismo castillo que le da relieve a la base también terminó convirtiéndose en el sitio de reclusión de la leva estudiantil de 1928 y, apenas dos años antes del Porteñazo, fungió como una de las estaciones del tránsito carcelario de Jesús María Castro León luego de su fallido alzamiento en San Cristóbal. En junio de 1962, para la fecha del Porteñazo, se hallaban recluidos en sus bóvedas alrededor de sesenta «cimarrones» o guerrilleros, capturados en distintas acciones libradas en Humocaro, La Azulita y la Sierra de Aroa, acusados de delinquir en el campo de la violencia armada[62].

Por efecto del cinturón de montañas que se levanta a espaldas de la base, pareciera como si en esa zona el sol cayese siempre de forma

61 Brett, 1970: 5.
62 Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 63.

vertical. Pero en este caso, por ser el mes de junio, el sol solo alcanza a golpear las nubes para luego quedarse recostado encima, sin poder traspasarlas. A causa de tal efecto, la humedad suele ser enervante. Y el 1.º de junio del 62, como todo junio, un panorama de nubes lluviosas latió a lo largo del día por debajo del sol. Esa noche del viernes 1.º de junio, al igual que el resto de las guarniciones del país, la base naval Agustín Armario se hallaba en condición de acuartelamiento ordenado por el Ministerio de la Defensa debido a la posibilidad de que se desarrollara un plan insurreccional y, específicamente, al hecho de que Puerto Cabello pudiese haber sido escogido como puntal para la acción. Pero también cabe aclarar que aquellas alertas se habían repetido con mayor o menor intensidad desde que se temiera un «coletazo» (palabra muy del gusto de Betancourt) de la rebelión que tuvo lugar apenas tres semanas y media antes en Carúpano[63].

Será por cierto ese acuartelamiento «al cien por cien», dispuesto por el Ministerio de la Defensa a través de una orden general girada a todas las guarniciones, lo que explique que el batallón Carabobo, acantonado en Valencia y llamado a protagonizar las acciones del lado leal, estuviese listo para movilizarse y actuar con tal prontitud para sorpresa de los propios rebeldes quienes, entre sus planes, calculaban que a las fuerzas leales les tomaría un mayor número de horas realizar cualquier desplazamiento hacia el sitio de los sucesos. Además de permanecer en alerta, la circunstancia adicional de que su cuartel se hallase ubicado justo a la salida de la carretera que conduce de Valencia a Puerto Cabello fue lo que aseguró la rápida movilización efectuada por el Carabobo[64].

Esa misma noche del viernes, según lo reseñaba una crónica de los hechos, el capitán de navío Jesús Carbonell Izquierdo, jefe de la escuadra, y el capitán de fragata, Guillermo Ginnari, jefe de la base,

63 Carlos Soto Tamayo, testigo cercano, sostiene lo siguiente: «Se vivía un estado de alerta y se activó la búsqueda de información para evitar una sorpresa. [...] El 27 [de mayo], el Ministro de la Defensa envió una circular a las diferentes dependencias militares, alertando sobre la posibilidad de un golpe militar». Soto, 1986: 292.

64 Morales, 1971: 57.

habían prolongado las horas entre cigarrillos y sorbos de café. La ausencia de Pedro Medina Silva, segundo comandante de la base y al mismo tiempo uno de los principales complotados, solo podía explicarse porque, apenas días antes, había dispuesto de una licencia que lo había apartado discreta y oportunamente de sus obligaciones[65].

Tarde en la noche, habiendo ordenado que todas las unidades navales permanecieran en estado de RDI (Rol de Defensa Inmediata) en previsión de posibles ataques aéreos y, por tanto, habiéndolas puesto a dos horas de alerta, ambos oficiales realizaron un último chequeo de rutina por las instalaciones de la base sin advertir ninguna novedad. Alrededor de las cuatro y media de la madrugada, en vista de que nada ocurría, Carbonell y Ginnari resolvieron retirarse a sus dormitorios en la residencia de oficiales. Una hora más tarde, el sueño de los superiores permitió que los tres mandos insurgentes, quienes aguardaban en la zona del muelle a fin de ser trasladados hasta la base, entrasen y constituyesen de inmediato el Comando Revolucionario. Los rebeldes arrestaron a Carbonell y a Ginnari cuando estos aún estaban en la cama, y enseguida procedieron a detener a unos diez oficiales más de la base que no estaban con el movimiento o se negaron a sumarse, dando inicio así al Porteñazo mediante una acción de sorpresa[66].

Según la declaración rendida días más tarde ante el Consejo de Guerra, Carbonell –futuro ministro de la Defensa de Rafael Caldera y golfista aficionado– fue levantado de su sueño por el cañón de varias subametralladoras. Se le notificó que estaba preso y «que se trataba de un 'Movimiento Nacionalista' tendiente a corregir las injusticias sociales y la moralización de las Fuerzas Armadas». También aseguraba Carbonell que, hallándose bajo arresto, conversó con Víctor Hugo Morales, «quien le informó que se trataba de un 'Movimiento de Liberación Nacional', continuación del anterior de Carúpano y en el cual estaban compro-

65 Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 6.61; Fuenmayor, 1988, XIV: 238.

66 *Élite*, n.º 1.915, 09/06/62: 30. 33; Morales, 1971: 56.

metidas todas las fuerzas y todos los buques»[67]. En opinión de Manuel Quijada no había otra alternativa que correr ese riesgo. Según su testimonio, «cuando llegamos a reunirnos allá, en Puerto Cabello, a la una de la mañana con los [marinos rebeldes], éstos le dicen a [Manuel Ponte Rodríguez] que la única manera de alzarse era esperar que se hubiesen acostado todos los que estaban de guardia y hacerlos presos»[68].

Como no podía faltar a la hora de darle un sentido «cívico-militar» a aquella acción que se abatía sobre una ciudad despertada en plena madrugada, el capitán Morales apunta lo siguiente en su libro sobre el Porteñazo:

> Al comenzar a movilizarse nuestras tropas [...], fueron recibidas con alborozo por el pueblo y, como por arte de magia, en poco tiempo desfilaban miles de personas por las calles luciendo brazaletes con los colores de la bandera. Los vivas a la revolución y la alegría en los rostros infundieron ánimo a las tropas [...] y no hubo necesidad de patrullaje armado ya que cada hombre, mujer o niño [*sic*] se constituyó en un guardián del orden. Puerto Cabello gozó tres horas de fiesta popular[69].

Así es como lo resume el sentido épico que el autor quiso brindarle a ese amanecer del 2 de junio: orden, fiesta popular, revolución.

Luego, el tono de «resistencia popular» se hará visible en sus páginas al darse inicio a la refriega: «Había por lo menos 50 hombres de todas las edades armados con los más disímiles instrumentos, pues mientras unos poseían modernos fusiles, otros tenían rústicas escopetas de fabricación casera y un gran número sólo disponía de machetes, bates y hasta palos de escoba»[70]. Visto como se vea, esta predisposición a darle un carácter de fiereza al pueblo que había resuelto salir espontáneamente armado con lo primero que tuviese a mano con el fin de combatir al

67 Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 2.
68 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 34.
69 Morales, 1971: 58.
70 Ibíd., 73-74.

régimen de Betancourt luce como un remedo de las estampas que circularon en el verano de 1936 al darse el estallido de la guerra civil en España o, incluso, en la misma España pero de 1808, en respuesta a la intervención napoleónica.

Volviendo a la primera de las dos imágenes ofrecidas por Morales, y tratándose de uno de los principales actores de la asonada, se hace preciso reparar en un pequeño detalle: ¿de dónde salieron los brazaletes que terminaron reluciendo en tales circunstancias? En este caso habría que preguntarse también, ¿eran «miles» de personas, como lo afirma el autor, o esto pretendía ser una simple hipérbole? Se trata, en resumidas cuentas, del tipo de dato difícil de confirmar frente al carácter encontrado de las fuentes. Y esta situación se aplica por igual en ambos sentidos, puesto que así como no queda claro en realidad si los vecinos se hallaban en estado de insurrección[71], tampoco lo es verificar –como lo pondría de relieve la prensa– que la población civil de Puerto Cabello «le hizo frente valientemente a los insurgentes contra el orden democrático[72]. Con todo, por tratarse de un testimonio emanado del lado leal, convendría retener la siguiente observación. Quien así hablaba era el entonces coronel Carlos Soto Tamayo, jefe de la Casa Militar de Betancourt y quien, además, llegaría a ser alto funcionario castrense durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez: «Inicialmente, parte de la población civil demostró respaldo al movimiento y cooperó con el mismo»[73].

«LA NOVEDAD ES QUE AQUÍ TODO EL MUNDO ESTÁ ALZADO»

Más allá de que el propósito de los insurrectos fuera asumir el control total de la base, movilizar el Batallón de Infantería de Marina

71 Morales sostiene que «La gente se agolpaba en las puertas de las casas dando vivas a la revolución» e, incluso, que «en pocos minutos se reunieron centenares de hombres, mujeres y niños [...] pidiendo armas para combatir a nuestro lado». Ibíd., 69, 70.
72 *La República*, 04/06/62. ASGS.
73 Soto, 1986: 300.

n.º 2 y tomar el centro de la ciudad[74], hubo dos circunstancias que redujeron al mínimo las posibilidades de éxito del alzamiento. La primera era que los marinos rebeldes creyeron contar con el apoyo del destacamento de la Guardia Nacional que se hallaba destinado al servicio de los muelles de Puerto Cabello, cuya misión principal –dentro de los cálculos hechos de antemano– era que bloquease las carreteras que conducían hacia Valencia y Barquisimeto para retardar la entrada de las fuerzas leales. Al no responder como se esperaba, esa posibilidad se frustró, permitiendo que todos los batallones de Infantería y material rodante adicto al gobierno se desplazaran a sus anchas hasta Puerto Cabello por la vía principal[75]. La opinión del historiador Juan Bautista Fuenmayor es tajante en este punto:

> Bien fuese por escasez de elementos, por descuido o negligencia, es lo cierto que las fuerzas del gobierno encontraron abiertas las puertas de la ciudad sublevada. Al parecer, la misión que se le encomendara al destacamento de la Guardia Nacional, consistente en bloquear la vía de Valencia, no había sido realizada todavía, de modo que las fuerzas gubernamentales llegaron con gran antelación a lo que se esperaba»[76].

74 De hecho hay quienes sostienen que los insurrectos actuaron rápido. Tal es al menos la opinión del corresponsal de la revista *Élite* destacado en el sitio de los acontecimientos: «La ocupación sistemática de diversas dependencias oficiales [por parte de tropas del Batallón de Infantería de Marina n.º 2] (Digepol, Oficina de Telégrafos, Estación Emisora, Comandancia de la Policía, etc.) puso de manifiesto las intenciones del mencionado Batallón. […] [L]a rapidez de los movimientos tácticos realizados impidieron [*sic*] la actuación inmediata de los efectivos seccionales de Acción Democrática que esa misma madrugada se habían reunido en el local del Partido para tomar medidas sobre lo que pudiera suceder». *Élite*, n.º 1.915, 09/06/62: 30. Además de ello, el expediente cursado contra los responsables del alzamiento precisaba lo siguiente: «A todo esto, oficiales y suboficiales de la base […] fueron con tropas a la ciudad, donde unos tomaron oficinas públicas y detuvieron a terceras personas, y otros tomaban posiciones defensivas en la población. A este grupo de militares se unió una gran cantidad de civiles, casi todos de tendencia extremista, quienes fueron armados y en todo instante prestaron su decidido apoyo a los rebeldes». Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 62-63.

75 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 204.

76 Fuenmayor, 1988, XIV: 235.

El otro elemento adverso fue que, aparte del destructor *Zulia*, que yacía sin poder moverse del puerto dada su inoperante condición, los alzados no contaron con el respaldo de la escuadra, lo cual no solo limitaba el campo de acción naval de la revuelta sino que colocaba a la base, el castillo y demás posiciones controladas por los rebeldes a merced de que fuesen hostilizadas por el resto de la flota. El hecho cierto es que la escuadra no permitió que ninguno de sus buques fuese tomado, logrando fondear fuera de la rada y activar su artillería en apoyo del gobierno[77].

Otra circunstancia digna de subrayarse es que la recaptura de la base por parte de los oficiales leales al gobierno, lo cual se dio como resultado de un contragolpe que Blanco Muñoz califica como «la máxima expresión del absurdo»[78], hizo que entre la noche de ese sábado 2 de junio, día inicial de la asonada, y la madrugada siguiente, estuviesen detenidos Víctor Hugo Morales y Pedro Medina Silva, así como los principales conjurados civiles, Quijada, Carvallo y Lairet. Basta revisar las declaraciones rendidas por cada uno de los principales implicados ante el Consejo de Guerra para confirmar que ya, para entonces, no quedaba ninguno de ellos al frente de las operaciones, ni terrestres ni navales, incluyendo al jefe principal del movimiento, Manuel Ponte Rodríguez, quien fue apresado a las cuatro de la maña-

77 *Élite*, n.º 1.916, 16/06/62: 37; *El Nacional*, 05/06/62: 22; *La República*, 04/06/62. ASGS. Como otra evidencia de lo que aquí se comenta existe también la declaración rendida por el capitán de navío Miguel Ángel Benatuil ante el Consejo de Guerra, según la cual los destructores «Clemente» y «Morán» fueron sacados de la bahía y comenzaron luego a hostigar las instalaciones de la Infantería de Marina. Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 7.

78 Blanco Muñoz, 1996: 36.
La revista *Élite* resumiría lo ocurrido así: «En la tarde del mismo día del alzamiento, el teniente de fragata Justo Pastor Márquez concibió un audaz y original plan para rescatar a los capitanes Carbonell y Ginnari Troconis, quienes permanecían encerrados en una habitación del comando naval. El teniente Márquez se vistió de sacerdote y se presentó al comando. Numerosos infantes de marina montaban guardia alrededor de la pieza donde estaban detenidos los jefes leales. Márquez habló con ellos en plan sacerdotal. Los infantes no sospecharon. Cuando el teniente los invitó a pasar a un sitio adyacente, donde esperaban unos oficiales que estaban en acuerdo con él, los infantes fueron encañonados por las ametralladoras y desarmados. De inmediato se procedió a la liberación de los capitanes Carbonell y Ginnari». *Élite*, n.º 1.915, 09/06/62: 30, 69.

na en el Castillo Libertador, donde se había establecido el centro de operaciones del comando rebelde[79]. Esto quiere decir que, descontando el propio castillo, a las once de la noche del 2 de junio todos los edificios de aquella dependencia naval se hallaban nuevamente en poder de los oficiales leales[80]. La conclusión que ofrece Blanco Muñoz a este respecto es implacable: «Esto significa que la Base y el Castillo apenas estuvieron en manos de los rebeldes unas doce horas y que éstos, en su mayoría, no llegan materialmente a salir del lugar donde se origina el movimiento»[81].

Aun así, antes de darse la rendición de los cabecillas, hubo tiempo para las consabidas proclamas radiales, como las que invariablemente habían sido libradas durante las insurrecciones de San Cristóbal, Barcelona y Carúpano. Al parecer, en este caso, fue el capitán Medina Silva quien se dedicó a trasmitir por Radio Puerto Cabello los primeros manifiestos de los sublevados[82]. De forma no muy diferente a las que fueron difundidas durante las anteriores insurrecciones, la tónica de estas proclamas se refería al derecho de rebelión, a la usurpación del poder por parte de Betancourt en demérito del pueblo venezolano y al hecho de que el gobierno «Betancourt-Copei» derogara la democracia mediante una interminable sucesión de decretos suspendiendo las garantías constitucionales[83]. Sin embargo, una explícita referencia al «imperialismo yanqui» vendría a constituirse tal vez en elemento de novedad dentro del contenido retórico habitual de tales proclamas[84]. De acuerdo con el corresponsal despachado por la revista *Élite* al sitio de los sucesos, «Radio Puerto Cabello [se había convertido en] un pregón de consignas confeccionadas días antes en cintas magnetofónicas»[85].

79 Morales, 1971: 85.

Víctor Hugo Morales fue detenido a las 18:00 horas del 02/06/62; Pedro Medina Silva, a las 20:00 o 20:45 horas de ese mismo día. Ponte Rodríguez fue capturado, como se ha dicho, en la madrugada del 03/06/62. Declaraciones rendidas por el capitán de navío Jesús Carbonell Izquierdo y el capitán de navío Guillermo Ginnari Troconis. Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 3,4,5.

80 *Élite*, n.º 1.916, 16/06/62: 36.

81 Blanco Muñoz, 1996: 49.

82 Declaraciones rendidas por el capitán de navío Guillermo Ginnari Troconis y el maestro de segunda Reinaldo Planas. Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 6. 10. El radiodifusor Miguel Ángel Mendoza Rivas agregaría, por su parte, lo siguiente: «[E]l capitán Medina Silva grabó una proclama [...] y ordenó que se pusiera de inmediato la cinta magnetofónica que él había grabado en compañía de otros y [...] que a las dos de la tarde [del sábado 2 de junio] dejó de funcionar la emisora por haber sido bombardeadas sus trasmisiones». Ibíd., 17.

83 Fuenmayor, 1988, xrv: 234.

Mientras esto ocurría, el oficialismo, por medio de la cercana estación de Radio Morón, ponía en duda el tono «nacionalista» de la asonada e insistía en que se hallaba circunscrita solamente a la base naval. Por su parte, la Radio 810 de Valencia retrasmitía la información de Radio Morón y, de tanto en vez, radiaba el bolero «Puerto Cabello» como tratando de significar lo que allí estaba sucediendo[86]. Según lo sostiene Juan Bautista Fuenmayor, el gobierno no solo había urgido a intensificar el ataque sobre las posiciones rebeldes sino a sacar del aire la estación porteña, cuyas trasmisiones estaban causando confusión en el país[87]. La radioemisora fue finalmente inutilizada por la Fuerza Aérea con bombardeos a sus antenas[88].

HASTA EL ÚLTIMO CARTUCHO

El hecho de que para la noche del sábado 2 de junio la mayor parte de la oficialidad rebelde estuviese apresada debía verse, técnicamente hablando, como indicio de que la insurrección había sido descabezada por el bando gubernamental. Ahora bien, descontando el acentuado ametrallamiento que la Fuerza Aérea practicó sobre la base naval durante ese mismo sábado y las primeras acciones calleje-

84 «El imperialismo yanqui ultraja la dignidad de los pueblos latinoamericanos pretendiendo negarle[s] el derecho a la autodeterminación de los pueblos». En Brett, 1970: 90.

85 *Élite*, n.º 1.915, 09/06/62: 33.

86 Brett, 1970: 14-15, 50.

87 Fuenmayor, 1988, xrv: 238.

88 *El Nacional*, 04/06/62: 34.

ras libradas entre los bandos antagónicos, los combates más intensos, así como el mayor número de bajas, se registraron en realidad al día siguiente, incluyendo el –fotográficamente– célebre episodio ocurrido en el sector conocido como La Alcantarilla, donde los soldados leales al gobierno, apiñados detrás de una columna de tanques destinada a entrar al puerto, fueron blanco del fuego cruzado de los insurgentes.

¿Quién tenía para entonces el mando de la insurrección si los principales jefes del alzamiento habían sido arrestados el día antes? Esto permitiría suponer que quienes habían manejado hasta la víspera un plan de acción más o menos coherente se vieron relevados por unos doscientos fusileros de la Infantería de Marina y civiles armados –jóvenes liceístas y trabajadores del puerto– quienes, sin ningún mando directo y junto a los «cimarrones» liberados del Castillo de Puerto Cabello al desarrollarse la contienda, siguieron combatiendo por su cuenta en distintos frentes, sin orden ni concierto. Lo que se planteaba entonces era una línea espontánea de resistencia, falta de toda dirección, y en medio de la cual la «justeza de la causa» (hasta donde es dable utilizar tal expresión) prácticamente fungía como el único puntal de defensa.

Esto es quizá lo que ayude a explicar el caos derivado de una acción que, durante todo el día domingo, obligó a las fuerzas del gobierno a enfrentar focos rebeldes encerrados dentro de la ciudad, cuyos combatientes se mantenían agazapados en zaguanes, esquinas, azoteas y ventanas, o atrincherados dentro de algunos edificios públicos como el liceo Miguel Peña y el hospital del Seguro Social, o situados en las instalaciones de la fábrica de jabón Las Llaves, la Ford e, incluso, apostados sobre los tanques de la Creole, convirtiendo a Puerto Cabello, durante un día completo de plomo y torrencial aguacero, en un infierno de trescientos o cuatrocientos muertos, así como de unos setecientos heridos, de acuerdo con el cálculo hecho por los protagonistas[89]. Como

89 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 38; entrevista con Ricardo Sosa Ríos. En Ibíd., 94; entrevista con Víctor Hugo Morales. En Ibíd., 205; Morales, 1971: 98.

lo apuntarían más tarde los corresponsales de la revista *Élite*, el 80 % de las viviendas del centro de la ciudad fue tocado de una u otra forma por las balas, lo que revela la magnitud de los daños provocados por la refriega[90]. Y como asimismo lo observara otra crónica escrita casi una semana después de los acontecimientos, la policía continuaría buscando cadáveres en los montes y cerros próximos, guiada en tan terrible tarea por los zamuros que trazaban círculos en el aire[91].

¿Por qué no fue revocada la orden de combatir? ¿Acaso los cabecillas detenidos no pudieron gestionar una salida buscando que sus propias fuerzas aceptaran capitular luego de que ellos mismos hubieran sido apresados la noche del 2 de junio? O, en términos similares, ¿no pudieron haber sido conminados a dar la orden para que todos aquellos que habían resuelto continuar la rebelión por su cuenta depusieran las armas en un plazo perentorio? Al parecer, esa posibilidad estuvo planteada según un testimonio que, en este caso, implicaba a Morales como el actor más capacitado para dar semejante orden debido al grado de responsabilidad que había ostentado durante las acciones insurreccionales. Conminado a ello por Carbonell Izquierdo, quien ya tenía bajo su poder a los principales cabecillas de la rebelión (incluyendo al propio Morales), el testimonio al cual hacemos referencia se hace cargo de transformar en epopeya para la posteridad lo que, fríamente, podría verse como un acto brutal:

> [C]uentan que el capitán Morales le respondió al capitán Carbonell cuando éste exigió la rendición, lo siguiente: «Capitán, usted está equivocado. Esto no es una asonada tradicional. Es un movimiento revolucionario. *Cada hombre sabe por lo que está luchando y nosotros no podemos pedirles que se rindan*»[92].

90 *Élite*, n.º 1.916, 16/06/62: 26.

91 *El Nacional*, 08/06/62. ASGS.

92 Citado por Fuenmayor, 1988, XIV: 242. Énfasis nuestro.

El mismo Morales, a la hora de presentar sus descargos ante el Tribunal que tendría a su cargo juzgarlo, diría lo siguiente en tono desafiante y sin ambages: «No hubo rendición: nuestras tropas combatieron hasta el último proyectil»[93].

Lo que hace terca y poco comprensible la actitud de negarse a aceptar una rendición, al menos desde el punto de vista de la racionalidad militar, era que, desde que se produjo la retoma de la base, y con el perímetro de Puerto Cabello ya bajo control de las fuerzas leales, los rebeldes que aún ocupaban posiciones dentro de la ciudad tenían cortadas las comunicaciones y tampoco podían recibir refuerzos ni pertrechos desde el exterior. Simplemente habían quedado reducidos a combatir entre dos fuegos. De modo que esa «heroica oposición», como la bautizara el propio Morales, llevó a que el grupo de resistencia, ya huérfano de toda dirección, prolongara los combates durante treinta y seis horas más[94].

Otra versión, en este caso autorreferencial, a cargo del propio Morales en su libro sobre el Porteñazo, corre de este modo:

> [C]uando el capitán Carbonell me apremió para que diera la orden de rendición, mal podía yo darla si en el Comando del Movimiento quedaban el capitán de navío Ponte Rodríguez y el capitán de fragata Medina Silva. Asimismo, cuando éstos también fueron apresados, no pasó por sus mentes ordenar el cese de las acciones porque todos estábamos unidos por el mismo ideal y teníamos la convicción común de que el Comando existiría hasta que el último combatiente quedara con un arma para defender el movimiento[95].

Por último, bastaría citar otra vez al propio Morales a fin de agotar las evidencias:

93 *Élite*, n.º 1.918, 30/06/62: 36.
94 Soto, 1986: 307.
95 Morales, 1971: 98, 99.

> [E]l capitán Carbonell Izquierdo [...] me dijo [...] que esa misma noche entraría en acción el batallón blindado «Bravos de Apure» y viera si era posible evitar la masacre que, con toda seguridad, ocurriría. Le contesté que los infantes habían ido a combatir a sabiendas de que se trataba de una revolución, que yo estaba seguro de que salieron dispuestos a combatir hasta el último cartucho y que, siendo así, no daría orden de rendición; que, en todo caso, quien podía detener la masacre o asumir la responsabilidad era [el jefe de las fuerzas leales], para lo cual tenía un camino: unirse a las fuerzas de la revolución[96].

Mayor alucinación frente a la realidad, imposible: hallándose vencidos, el capitán Morales creía que la única salida era que las fuerzas leales se declarasen partidarias de la rebelión.

Persiste no obstante una duda, en el sentido de que las palabras de Morales pudieron estar concebidas para encubrir una debilidad del propio mando rebelde. En otras palabras, como lo advierte Blanco Muñoz, que ni él, ni Medina Silva, ni Ponte Rodríguez podían gestionar la rendición de un alzamiento que no estaba en sus manos, que ya no dirigían, sobre el cual no tenían auténtico control, que se veía desprovisto de todo comando organizado y que se hallaba falto de cualquier tipo de comunicación entre los jefes derrotados y los elementos que persistían en seguir combatiendo por las calles de la ciudad[97]. Como sea, y por contraste, la actitud asumida por Jesús Teodoro Molina Villegas, quien tuvo a su cargo la jefatura máxima del Carupanazo, pareciera lucir más sensata y realista a la hora de haber procurado poner a salvo el mayor número posible de insurrectos y ahorrar bajas innecesarias cuando ya la intentona se había quedado sin liderazgo.

Por otra parte, al compulsar los testimonios del Porteñazo, existen tres detalles en torno a los cuales la visión de vencedores y derro-

96 Ibíd., 81-82.
97 Blanco Muñoz, 1996: 51.

tados luce radicalmente encontrada. Y cuando tal no es el caso, ocurre que ambos bandos omiten darles la importancia necesaria o bien los pasan por alto casi con idéntico empeño. El primero es que no todos los oficiales rebeldes fueron partidarios de la estrategia de liberar a los guerrilleros detenidos en el Castillo Libertador y proveerlos de fusiles FN-30 para incorporarlos al combate; al parecer, se trató de una decisión mediante la cual se impuso Víctor Hugo Morales, con la consecuencia de dividir pareceres acerca de la insurgencia, sus propósitos y métodos, a partir de ese momento[98].

El segundo detalle tiene que ver con el esfuerzo de mistificación con que, del lado rebelde, quedaría expresado para la posteridad el grado de compromiso del personal de tropa. Al menos así se colige de este pasaje a propósito de la reacción que suscitó la arenga dirigida por un teniente insurrecto a clases y soldados reunidos en el patio de la base naval antes del inicio de la asonada: «[E]l sargento se adelanta y dice: Nosotros estamos con la revolución [...] Después de lo cual los infantes de marina levantan los fusiles mientras todos juntos quieren hablar, y uno afirma: 'Ya había hablado con nosotros el Sargento, cuente conmigo, mi Teniente, nosotros somos del pueblo'»[99]. De acuerdo con una versión opuesta, los efectivos de la Infantería de Marina rebelde, o buena parte de ellos, habían sido movilizados bajo engaño. De tal forma, quienes se inclinaban por esta opinión insistían en que, a fin de que se aprestaran para el combate y salieran a tomar la ciudad, se les hizo creer que había sido más bien la flota surta en el puerto la que se había insurreccionado contra el gobierno

98 Declaraciones rendidas por el capitán de navío Guillermo Ginnari Troconis y el maestro de segunda José Eustaquio Bastidas. Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 6, 11-12. Por otra parte, el expediente, en una sección titulada «Los Hechos», refiere que «el capitán Morales Monasterio *y contra el criterio de algunos oficiales rebeldes,* puso en libertad a más de sesenta detenidos que en el castillo se encontraban por imputárseles haber formado parte de la guerrilla». Ibíd., 63. Énfasis nuestro.

Si bien Víctor Hugo Morales no habla de tales diferencias entre los oficiales rebeldes, reconoce que fue él quien decidió liberar a los guerrilleros para que salieran a combatir. Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 207.

99 Citado por Fuenmayor, 1988, XIV: 232.

o que se trataba de un brote que había estallado en Valencia y cuyos efectivos avanzaban hacia el litoral[100].

Finalmente, y lejos de pretender que esto deba interpretarse como un gesto de bondad por parte del gobierno (que tal no era el caso) sino de responsabilidad a la hora de iniciar las acciones, pocas fuentes mencionan que, antes de abrir operaciones, el campo leal hizo reiterados intentos por perifonearles a los rebeldes, mediante altoparlantes, acerca de la inutilidad que implicaba su resistencia. Otro tanto hizo la Fuerza Aérea, dejando caer una lluvia de volantes y practicando pases rasantes a modo de advertencia, conminándolos a entregarse antes de verse expuestos a fuego de metralla[101]. Sin embargo, para la izquierda, se trataría simplemente de un intento por ablandarlos y desmoralizarlos sobre la base de un repudiable «trabajo psicológico»[102].

LA FOTO Y LA ALCANTARILLA

En un estupendo reportaje publicado en la revista *Clímax* al conmemorarse el cincuentenario del Porteñazo, la periodista Milagros Socorro hizo un recuento de la peripecia protagonizada por el fotógrafo Héctor Rondón Lovera, «cuya vida –como lo anota la autora– sería transformada por el estruendo de los disparos en que estaba a punto de tomar parte»[103]. A partir de datos entresacados de una tesis del ucabista Juan Carlos Solórzano, quien tuvo la oportunidad de entrevistar a Freddy Martínez Rey, quien para 1962 se desempeñaba como jefe de fotógrafos del

100 *Élite*, n.º 1.916, 16/06/62: 85; *Élite*, n.º 1.918, 30/06/62: 43.
Por su parte, en la declaración rendida ante el Consejo de Guerra, el coronel Alfredo Monch Siegert, jefe único de la Zona Militar durante la sublevación, diría lo siguiente: «[P]arece ser que la tropa de infantería fue llevada bajo engaño a la insurrección, haciéndosele ver que los alzados eran tropas del Ejército que atacarían la Base Naval, por lo que el Batallón de Infantería de Marina ocuparía Puerto Cabello y no debería rendirse pues, si alguno lo hacía, los alzados lo fusilarían». Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 13.

101 *Élite*, n.º 1.915, 09/06/62: 36.

102 Blanco Muñoz, 1996: 39.

103 Socorro, 2012: 25.

diario *La República*, Socorro apunta lo siguiente a partir del testimonio de Martínez: «Mandé a Rondón porque era el fotógrafo de sucesos y yo sabía que él era perfecto para eso porque no le tenía miedo a ese tipo de cosas»[104]. Héctor Rondón Lovera –continúa observando Socorro– había nacido en Bruzual, estado Apure, en 1933. Había sido taxista, artesano del vidrio, plomero y jugador de ligas menores de béisbol hasta que un cuñado lo inició en la fotografía. En 1961, cuando se funda el diario *La República*, Rondón era fotógrafo de la Policía Técnica Judicial. «Qué mejor credencial para ingresar al naciente rotativo como reportero de sucesos», señala Socorro en su reportaje[105]. Fue así como, un año después, cuando se desató el plomo en Puerto Cabello, Rondón llegó entre los primeros con ese fervor que despierta la cercanía de la noticia[106].

Sin embargo, como lo observa también la periodista, Rondón Lovera no fue el único en desplazarse hasta Puerto Cabello con su cámara Leica. Al parecer, la prensa se hallaba atenta a la posibilidad de que en algún momento se produjese una réplica del Carupanazo porque lo cierto fue que los reporteros llegaron al lugar de los hechos prácticamente pisándoles los talones a los uniformados. La revista *Élite*, por ejemplo, comisionó para esta cobertura a Paco Ortega, Luis Scotto y José Luis Blasco, mientras que el vespertino *El Mundo* envió a Rodolfo Serrada Reyes y a los hermanos Romero. Entretanto, la agencia United Press International (UPI) contó con los despachos de Antonio Valbuena[107]. Por cierto que dos de los tres fablistanes enviados por *Élite* –Paco Ortega y Luis Scotto– parecían aventajar a sus colegas criollos, incluyendo a Rondón Lovera, quien pronto se consagraría como fotógrafo de combate. Tanto Scotto como Ortega habían visto metralla de cerca: el primero, como italiano, durante la II Guerra Mundial; el segundo, como veterano de la guerra civil española[108].

104 Ibíd., 25-26.
105 Ibíd., 26.
106 Ibídem.
107 Ibíd., 25.
108 *Élite*, n.º 1.916, 16/06/62: 35.

Tal como lo observa Blanco Muñoz, los sucesos de La Alcantarilla constituye uno de los episodios más difundidos (justamente por obra de la célebre gráfica tomada por Héctor Rondón) y, por ende, más debatidos de la acción de Puerto Cabello[109]. Entre las descripciones disponibles tal vez convenga citar la que ofrece Juan Bautista Fuenmayor, cuyo registro del acontecimiento luce bastante objetivo:

> [Los pesados tanques] se mueven con lentitud, cautelosamente, haciendo un gran estrépito. Los rebeldes permanecían en completo silencio, a tal punto que el lugar parecía desierto. El primer tanque pasó la esquina [de La Alcantarilla] y el silencio parecía indicar que los rebeldes se habían evaporado. Todo era quietud y soledad, pero una soledad ominosa. Sólo se oía la voz del capitán [de la compañía] ordenando que siguieran adelante.
>
> Así continuaron las cosas hasta que pasó el último tanque. Es el instante en que se escucha el tableteo de una ametralladora, poco después las detonaciones de los fusiles automáticos, de modo que llovían balas de todas partes. [...] Los soldados aglomerados detrás del tanque recibían fuego por todos lados, causando un crecido número de bajas, y otro tanto ocurría con el siguiente tanque. Ordena entonces el capitán que los tanques disparen sus cañones, los cuales fueron puestos en posición horizontal. Los tiros estaban dirigidos contra las puertas y ventanas de las casas, pero todo es inútil porque a lo largo de la calle se encuentran 40 muertos y heridos, mientras el resto de la tropa se encuentra en el suelo sin atreverse a mover un dedo. [...] Los rebeldes abandonan el lugar huyendo por los tejados para ponerse a salvo[110].

Para el periodista Alí Brett, testigo de la balacera planteada en aquel céntrico sector de Puerto Cabello, lo ocurrido en La Alcantarilla fue una batalla según lo estimaría cualquier entendido en cuestiones de

109 Blanco Muñoz, 1996: 46.
110 Fuenmayor, 1988, XIV: 240-241.

guerra[111]. Sin embargo, a la hora de calificarlo, todo ha dependido de la óptica del testimoniante y del tono emocional que le haya conferido al suceso. Para los rebeldes, se trató de un «encuentro», de un «enfrentamiento»; por ello, luego de comentar que la acción de La Alcantarilla atrajo dos pelotones de refuerzo que «entraron a las casas, iniciando una auténtica carnicería contra los que habían opuesto las balas de sus fusiles a los cañones y corazas de los tanques», Víctor Hugo Morales se preguntará, por ejemplo, lo siguiente: «¿Acaso era cobardía librar un combate de fusiles contra cañones?[112]. En cambio, para el régimen de Betancourt y buena parte de la prensa capitalina, fue «una acción desventajosa», «una emboscada», «una masacre» o, fríamente, «un asesinato» de los soldados que avanzaban al amparo del último tanque que había traspuesto el campo rebelde sin calcular que el fuego podría provenir de otras direcciones[113].

A pesar de estas contradictorias percepciones, nada de ello la eximió, desde el lado gubernamental, de ser vista como una acción mal concebida y peor ejecutada al no tenerse en cuenta la limitación que ofrecían las unidades blindadas en semejante tipo de escenario. Ricardo Sosa Ríos, a pesar de que era oficial naval y no tanquista, se atrevió a discutir los méritos de la acción y calificar lo ocurrido como una estrategia torpe. Cuanto afirma al respecto debe tenerse como válido en la medida en que el vicealmirante se planteó cuestionar a sus propios pares del lado leal:

> «[E]so fue un desastre, eso fue una torta. […] [El] batallón […] fue materialmente masacrado porque es contraproducente meter unos blindados a una ciudad. Tú tomas el tanque más poderoso y cualquiera te lo toma desde los edificios altos, etc. […] Un blindado tiene que estar en campo abierto.

111 *El Nacional*, 15/01/71. ASGS.

112 Morales, 1971: 92.

113 *La República*, por ejemplo, hablaría de «asesinato», mientras que *La Esfera* lo haría de una «emboscada». *El Nacional* utilizará la expresión «celada». *La República*, 04/06/62; *La Esfera*, 04/06/62; *El Nacional*, 04/06/62. ASGS.

> Son tácticas de campo de batalla […] Ellos [los blindados] no han debido entrar, han debido quedarse afuera […], bloquear las carreteras, etc. Nunca meterse en la ciudad»[114].

Este tipo de reflexión crítica no está presente, desde luego, en los testimonios que proceden de los actores de la izquierda ni en el análisis de quienes, historiográficamente, se han hecho cargo de colocar todo el peso de los combates en la actitud agresiva y supuestamente sin piedad asumida por las fuerzas adictas al gobierno. Tal el caso de Juan Bautista Fuenmayor, quien califica lo ocurrido durante el sábado 2 y el domingo 3 de junio como «una guerra a muerte como si se tratara de enemigos pertenecientes a una nación extranjera»[115]. Si se lee con cuidado este pasaje, puede advertirse fácilmente que Fuenmayor no hablaba de una «guerra a muerte» en ambas direcciones. Vale la pena preguntarse, por ejemplo, cómo podían las fuerzas leales proceder a reducir una situación como la descrita por este testimonio de Víctor Hugo Morales:

> Los tanques realizaron un mortífero fuego destructivo contra el Liceo [Miguel Peña], que se había convertido en una verdadera fortaleza [rebelde], con dos secciones de ametralladoras y una escuadra antitanque en apoyo de los infantes, marineros y civiles. Más de una hora duraron los tanques sin poder acercarse debido al lanzamiento de granadas que les impedían llegar a menos de 300 metros[116].

Por otra parte, llegado el momento de recurrir al recurso extremo del combate callejero con intervención de tiradores rebeldes escondidos entre las casas o colocados en las calles más estratégicas, y que también causaron bajas entre la población civil, el propio Fuenmayor no dice

114 Entrevista con Ricardo Sosa Ríos. En Blanco Muñoz, 1981(a): 94.

115 Fuenmayor, 1988, XIV: 242.

116 Morales, 1971: 92-93.

una sola palabra, como en cambio sí lo subraya Sosa Ríos[117]. Aún más, Fuenmayor asegura que la foto de Rondón Lovera, que permitió captar la imagen del combatiente malherido en brazos del capellán de la base naval, se prestó a ser utilizada por «la muy poderosa maquinaria propagandística del imperialismo yanqui [que] reprodujo y agrandó dicha fotografía, que [le] dio la vuelta al mundo con el objeto de testimoniar el 'salvajismo' comunista»[118].

Tal como prosigue la crónica de Milagros Socorro acerca de la célebre foto de La Alcantarilla, los reporteros que habían acudido desde la capital se vieron impedidos de seguir adelante en vista de que el puerto carabobeño se hallaba rodeado. Debido a que aún se registraban combates en las calles, los oficiales del Ejército y la Guardia Nacional al mando de la situación consideraron imposible garantizarles la seguridad mientras estuviese en marcha la operación militar. «Mientras evalúan cómo entrar a la ciudad, los periodistas deciden permanecer en el comando de operaciones establecido por el Ejército. Allí observan la gran movilización de tanques y soldados que se alistan para retomar la ciudad»[119]. Más adelante agrega Socorro:

> Confundidos con los hombres que avanzaban detrás de los tanques blindados, en desacato de la interdicción, algunos periodistas ingresaron a Puerto Cabello, aun cuando aquello era un infierno por el estruendo de los disparos y los ayes de los heridos. Podemos estar seguros de que dos de ellos lo hicieron: José Luis Blasco [de la revista *Élite*] y Héctor Rondón Lovera [del diario *La República*]. Ambos harían sendas fotos del mismo estremecedor episodio. Pero solo uno alcanzaría la gloria[120].

Los fotógrafos Rondón y Blasco continuarían avanzando detrás de uno de los tanques pero, al llegar al céntrico sector de La Alcantarilla, un oficial del Ejército les advirtió nuevamente acerca del inminente peligro. Haciéndole caso al oficial, Héctor Rondón se replegaría en el umbral de una sastrería desde donde logró un primer registro fotográfico extraordinario. Posteriormente testimoniaría que «luego de que habían pasado cerca de diez tanques, empezaron a disparar de todos lados. Los muertos iban cayendo. No se veía a quienes disparaban ocultos en las casas. Los masacraron a todos. Cayeron diez en la esquina, los que iban conmigo»[121]. Durante media hora –apunta Socorro– el fuego se hizo cerrado en La Alcantarilla. Los insurrectos no se veían, lanzaban hasta granadas. Los tanques se fueron finalmente, dejando a los muertos. Fue entonces cuando apareció un cura por la acera derecha. «El cura frente a nosotros se puso a revisar los heridos. Uno en el medio de la calle levantó la cabeza. El cura trató de socorrer a otro. Lo levantó. Trató de cargarlo. Yo tomé la foto»[122].

De acuerdo con Socorro, cuando Fredy Martínez Rey, jefe de fotógrafos de *La República*, recibió la imagen en la redacción, se quedó pasmado. No tuvo duda de que aquella era la foto del siglo. El 4 de junio de 1962, dos periódicos pusieron en su primera plana la imagen del cura sosteniendo al soldado moribundo que estaba de rodillas. *Últimas Noticias* utilizó la de José Luis Blasco y *La República*, la de Rondón, que era ligeramente distinta. Pero ambas mostraban al sacerdote Luis María Padilla, capellán de la base naval de Puerto Cabello y párroco de Borburata, de pie en medio del área de la refriega, como tratando de ayudar a levantar al joven uniformado, acerca de cuya identidad existieron al menos dos versiones distintas: quienes sostenían que se trataba del subteniente Luis Antonio Rivera Sanoja, del Batallón Carabobo, y quienes aseguraban más bien que era el cabo Andrés de Jesús Garcés, de la Primera Compañía de Fusileros del Batallón Piar[123]. A propósito de aquella imagen convertida instantáneamente en una especie de *Piedad*

117 Entrevista con Ricardo Sosa Ríos. En Blanco Muñoz, 1981(a): 94.
118 Fuenmayor, 1988, XIV: 241.
119 Socorro, 2012: 26.
120 Ibídem.
121 Ibíd., 27.
122 Ibídem.
123 Ibíd., 27, 28.

venezolana, la periodista Socorro concluye su reportaje refiriéndose al porvenir de la foto, comparándola inclusive con algunas expresiones sucedáneas dentro y fuera de su género:

> La foto de Rondón en blanco y negro fue distribuida por la Associated Press. Y no hubo medio en el planeta que no la reprodujera o comentara. Ese mismo año se alzó con los galardones a la Mejor Fotografía de Prensa del Año y al Reportaje Fotográfico del Año, otorgados por la organización World Press Photo, con sede en Holanda. Un año después, en junio de 1963, Rondón se convirtió en el primer latinoamericano –y único venezolano hasta la fecha– en obtener el premio Pulitzer por su foto, que entonces fue llamada *Ayuda del padre* (años más tarde sería renombrada *Absolución final*).
>
> Además, la imagen inició muy rápidamente una carrera de reproducciones. En la Comandancia General del Ejército de Venezuela se puso un cuadro que recogía la escena; en la propia esquina de La Alcantarilla en Puerto Cabello, se puso un mural; se hizo una estatua en el fuerte militar Tiuna que conmemora los militares venezolanos caídos en combate. En su película *La quema de Judas* (1974), Román Chalbaud calcó el episodio y contrató al cura Padilla para que hiciera su propio rol.
>
> En [el año] 2005, con motivo del 50 aniversario de la Fundación World Press Photo, el correo nacional holandés emitió una edición especial de estampillas mostrando las fotos que han obtenido el premio a Mejor Foto del Año, incluida, naturalmente, la del cura y el soldado.
>
> Pero quizá la secuela más notable de la fotografía de Héctor Rondón es la obra del artista norteamericano Norman Rockwell, quien, en 1965 pintó [...] el cuadro titulado *Asesinato en Mississippi*, que muestra un hombre de pie sosteniendo a otro que está de rodillas y en tránsito de muerte. La pieza reconstruye los últimos minutos en la vida de Michael Schwerner, judío de 20 años, luchador por los derechos civiles, asesinado por el Ku Klux Klan. Héctor Rondón falleció el 21 de junio de 1984. Nadie sabe dónde están los originales de las fotos que tomó aquel fin de semana en Puerto Cabello[124].

124 Ibíd., 28.

EL SAGRADO DERECHO A LA INSURRECCIÓN

Nada tuvo de extraño que, desde Santiago de Chile, el contralmirante Wolfgang Larrazábal condenara el alzamiento como lo hizo al darse la faena conspirativa, un mes antes, en su pueblo natal de Carúpano. Pero sí llama la atención que a la vista de los cuatrocientos muertos, setecientos heridos y la detención de poco más de quinientos infantes de marina, liceístas, obreros portuarios y «cimarrones» implicados en la asonada[125], el tono de sus declaración fuese tan desaprensivo. «El levantamiento no tiene ninguna importancia», sentenció el veterano marino[126].

Al margen de lo que pudiera opinar el expresidente de la Junta, y como era de esperarse, el pronunciamiento armado de Puerto Cabello generó una amplia discusión parlamentaria en la que, como también era de esperarse, cada fracción sacó a relucir sus tesis[127], no muy distintas a las visiones que ya habían sido expresadas un mes antes por cada uno de los partidos del gobierno y la oposición legal al registrarse los sucesos de Carúpano. Por tanto, sería redundante volver sobre esas mismas posiciones. Bastaría señalar que mientras en la Cámara del Senado, bajo control de la coalición oficialista, hubo sintonía con el diagnóstico ofrecido por Betancourt y su gobierno, en la Cámara Baja, centro y eje de la oposición dominada por URD, AD-ARS, PCV, MIR y grupos minoritarios, se aprobó un acuerdo alusivo a la insurrección de Puerto Cabello que colidía en sus puntos esenciales con el leal saber y entender de los senadores[128].

Básicamente, tales discrepancias se contraían al hecho de saber dónde radicaba el origen de la violencia que se había apoderado del

125 El coronel Alfredo Monch Siegert, jefe militar de la zona, habla exactamente de 529 detenidos en la declaración que rindiera ante el Consejo de Guerra. Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 12.

126 *El Nacional*, 31/06/62. ASGS.

127 Blanco Muñoz, 1996: 61.

128 Cabe aclarar no obstante que los senadores de URD expresaron su disentimiento con algunos conceptos contenidos en el texto del acuerdo y procedieron a abandonar el Hemiciclo. La fracción del PCV, por medio del senador Jesús Faría, hizo constar su voto negativo. *El Nacional*, 05/06/62: 1.

país (si del lado de la izquierda o de la política gubernamental) y si en realidad, a la hora de proclamar duelo nacional, como lo había dispuesto el presidente Betancourt y el Senado, y como también pretendía hacerlo la propia Cámara de Diputados, tal duelo no debía abarcar a todos los caídos, sin distingo entre leales e insurrectos[129]. Obviamente, el intercambio de juicios cargados de acrimonia cobró un nivel significativo y representó –al decir del politólogo Hernán Castillo– el punto máximo de la confrontación entre la Cámara de Diputados y el Senado que equivalía, simplemente, al enfrentamiento entre Gobierno y oposición[130]. Según lo observa Castillo, el Senado respondió duramente a lo que consideraba una no muy velada aprobación, hecha por la Cámara baja, al pronunciamiento militar[131].

De hecho, el diputado Gonzalo Barrios expresará que el acuerdo aprobado por la propia Cámara a la cual pertenecía apenas sí contenía «una condena retórica y abstracta de la violencia». Al propio tiempo, para el diputado por AD, había un problema que iba más allá de no compartir el empeño con que la mayoría opositora pretendía establecer una relación de causa y efecto entre la asonada de Puerto Cabello y la situación «de la cual se dice que el Gobierno provoca con su conducta o no sabe corregir por su ineptitud». Ese problema de fondo era, a su juicio, el siguiente:

> [S]i fuéramos a atribuirle [...] sinceridad a ese considerando en el cual se dice que circunstancias de la crisis económica, etc., son las que determinan los alzamientos militares, estaríamos reconociendo, casi de manera expresa, un derecho que tengan las Fuerzas Armadas para pronunciarse de la manera que les es propia, es decir, mediante las armas, cuando haya sobre el tapete de la realidad nacional situaciones controversiales, situaciones discutibles, cuando esas situaciones se estén discutiendo, y se estén discutiendo con cierta violencia. Así, pues, este considerando, al decir que es como consecuencia de la situación económica, social y política que parte de las Fuerzas Armadas irrumpen para tratar de derrocar al gobierno, está reconociendo a esas Fuerzas un derecho que no les acuerda ni la Constitución, ni la filosofía, ni la doctrina que forman nuestras convicciones[132].

129 Blanco Muñoz, 1996: 62-63.
130 Castillo, 2013: 100.
131 Ibídem.

El propio Hernán Castillo, quien le ha seguido la pista a la actuación parlamentaria registrada durante 1962, se pregunta si el Congreso llegó a cumplir un papel efectivo frente a aquellos dos alzamientos que marcaron para siempre, históricamente hablando, el primer semestre de aquel año fatídico para Betancourt. Su respuesta es a la vez sí y no. En el caso afirmativo, el politólogo considera que la confrontación de ideas fue el mejor papel que le cupo desempeñar a AD y Copei como partidos enfrentados a la insurrección en tan difíciles circunstancias, tomando en cuenta que ese Congreso también se hallaba conformado por factores que no solo pretendían adversar al Gobierno y el Presidente sino combatir la esencia misma del sistema democrático liberal. En este sentido, el hecho de que tanto AD como Copei rechazaran las posiciones y refutaran los argumentos de sus antagonistas dentro de las reglas del juego parlamentario indica que, a la larga, ambas agrupaciones cumplieron el cometido de fortalecer la democracia en condiciones de máxima confrontación[133].

Sin embargo, de seguidas viene su apreciación en clave negativa. El planteamiento de Castillo no deja de ser valioso e interesante a este respecto: a su juicio, con motivo del Carupanazo y el Porteñazo, el oficialismo se limitó a propiciar un debate coyuntural sobre el problema. En tal sentido, luego de que la solución inicial de ambos alzamientos fuera asunto de la estricta competencia del presidente Betancourt y su alto mando militar, los partidos de la coalición debieron haber impulsado una acción preventiva, promoviendo leyes y reglamentos

132 *El Nacional*, 10/06/62: 20.
133 Castillo, 2013: 97. 98.

que, en el orden jurídico, hubiesen permitido reforzar la ideología y la cultura democrática dentro de la institución armada. Escuchémoslo:

> En las sociedades democráticas, la contribución del Parlamento en el campo de la educación ideológica y doctrinaria democrática puede ser excepcional para superar algunas insuficiencias importantes e ideas dañinas y equivocadas en el campo de las relaciones civiles y militares, particularmente para superar algunas tradiciones que favorecen el personalismo y el mesianismo expresado en manifestaciones pretorianas[134].

Ahora bien, en descargo de tal omisión, Castillo agrega que no puede perderse de vista que las exigencias de la lucha guerrillera, la cual se acentuaría inmediatamente después, hacía difícil darle prioridad a esos otros aspectos más bien teóricos, jurídicos, conceptuales y filosóficos orientados a erradicar la tentación pretoriana dentro del mundo militar[135].

En sus ediciones del 23 y 30 de junio de 1962, la revista *Élite* desplegó extensos reportajes acerca del juicio al que se vieron sometidos los civiles y militares responsables de los hechos ocurridos en Puerto Cabello. Según sus corresponsales, el Consejo de Guerra Accidental se instaló en los salones del Casino de Oficiales de la propia base naval, frente al cual desfilaron varios centenares de declarantes, entre enjuiciados y testigos directos[136]. Por considerárseles motivo de especial cuidado, los jefes militares del movimiento –Ponte, Morales y Medina Silva– fueron trasladados primero al cuartel San Carlos de Caracas y recluidos después en el cuartel Anzoátegui de Valencia, sede del batallón Carabobo, que fue el que más fieramente combatió a los insurrectos y que mayor número de bajas reportó del lado leal. Esto fue lo que llevó a Morales a calificarlo como una «maniobra criminal»

134 Ibíd., 100-101.

135 Ibíd., 101. 102.

136 *Élite*, n.º 1.917, 23/06/62: 30. Eventualmente, el Consejo de Guerra sería trasladado de Puerto Cabello a la sede del cuartel «Anzoátegui» de Valencia, donde tendría lugar el resto del proceso (N. del A.).

de Betancourt y del ministro de la Defensa, Antonio Briceño Linares, a sabiendas del clima de odio y represalia que prevalecía en ese cuartel, así como de la zozobra psicológica que, en consecuencia de ello, se cernía sobre los reos[137]. Morales, siempre memorioso, agregaría más tarde:

> [E]l hecho de encerrarnos en el cuartel que fue la fuerza principal con que el gobierno contó para dominar el movimiento y el que tuvo mayor número de muertos, es una evidencia clara de que nuestra reclusión allí nos constituía en rehenes «particulares» del régimen y que nuestras vidas corrían peligro en caso de producirse otra rebelión[138].

Ajustando el cálculo de la pena a la magnitud de los hechos, el fiscal militar, quien un mes antes había tenido a su cargo ejercer idénticas funciones contra los insurgentes de Carúpano, recomendó que a quienes se les hallase más directamente involucrados en la asonada se les aplicara el doble del castigo impuesto a los principales sublevados del Carupanazo, es decir, en este caso, «treinta años en fortaleza», como figuraba previsto en el Código de Justicia Militar, el cual –dicho sea de paso– había sido reformado en octubre de 1958, en tiempos de la Junta de Gobierno, para aumentar tales penas[139]. A juicio del fiscal, las pruebas consignadas en el expediente fundamentaban tal solicitud[140]. En el balance de la asonada, y a la hora del acto de cargos, el número de víctimas fatales sería sin duda un factor de mucho peso: 400 caídos, en comparación con los cuarenta que perecieron en Carúpano. No menos grave era el caso de los «cimarrones» recapturados y conducidos de nuevo al Castillo Libertador y que, habiendo sido sometidos ya a la justicia militar, se veían sujetos a que se les imputasen nuevas responsabilidades que serían sumadas a la condena anterior[141].

137 Morales, 1971: 88; entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 208.

138 Morales, 1971: 115.

139 *Élite*, n.º 1.917, 23/06/62: 30; Morales, 1971: 121.

140 Morales, 1971: 36.

141 Ibídem.

Si la principal defensa de los acusados consistió en subrayar que las fuerzas leales habían extremado el ataque, que hubo enfrentamientos desiguales y que el potencial de fuego con que contaba el gobierno no solo era elevado sino que se utilizó en forma incontrolada, el principal alegato de la Fiscalía consistirá en subrayar que, dentro y fuera de la base naval, los insurgentes permitieron que los «procesados civiles» (o sea, los guerrilleros) comandaran avanzadas de tropa dejadas a su suerte por sus propios oficiales, viéndose estos relevados de sus responsabilidades o, peor aún, haciendo que personal militar actuase bajo la orden de civiles, lo cual calificaba como grave delito según el mismo código en función del cual se hallaban siendo enjuiciados[142]. Amén de sindicárseles a tales oficiales la responsabilidad de abandonar a sus tropas y dejar que fuesen guiadas por combatientes irregulares, el hecho de haber utilizado bajo engaño a los efectivos de la Infantería de Marina, haber empleado canales de radiodifusión (en este caso, Radio Puerto Cabello) para «soliviantar los ánimos» contra las autoridades legítima y constitucionalmente establecidas y, no por último menos importante, haberse guarecido en la sede del edificio del Seguro Social, escudándose los rebeldes detrás de enfermos y hospitalizados, fueron otros de los principales alegatos expuestos por la Fiscalía Militar[143].

Siendo imposible que tal cosa faltara en estos menesteres, el nombre del Libertador salió a relucir durante el juicio, tanto por parte de los rebeldes como de los leales, como si se tratara de un evangelio al que fuera preciso recurrir para aclarar de qué lado radicaban los mayores créditos de ambas partes. En primer lugar, tal será el caso cuando el fiscal militar, dirigiéndose al tribunal y aludiendo a la caída de Puerto Cabello en 1812, se refiriera a la pérdida del castillo al mando de Bolívar por obra de «un oficial indigno del nombre venezolano», aludiendo así a Francisco Fernández Vinoni, frustrándose «ab-initio nuestra vida republicana [e] hiriendo a Venezuela en el corazón según el Generalísimo Precursor [Francisco de Miranda]». Los Fernández Vinoni de 1962 –remató diciendo el acusador– «recibieron con justeza y para dignidad de nuestra historia, el rechazo violento de la oficialidad y de la población civil»[144]. Junto a esta alusión a Bolívar figuraba naturalmente el compromiso de las FF. AA. con el sentir nacional frente a doctrinas «exóticas» o «foráneas», como ya se había hecho cargo de recalcarlo en muchas oportunidades el propio Betancourt. De allí que el fiscal se expresara de esta manera en uno de los giros finales de su acusación: «Se pretende llevar al seno de la Institución Armada doctrinas internacionales que quiebran su esencia a nuestro tradicional sistema de vida»[145].

142 *Élite*, n.º 1.918, 30/06/62: 34-35.
143 Ibídem.

Al hacer uso de la palabra para refutar las apreciaciones del fiscal, uno de los acusados alcanzó a preguntar en voz alta cuál de las dos etapas había sido más sanguinaria en la historia de Venezuela, si la de Gómez o la de Betancourt, solo para ser interrumpido por la campanilla que hizo sonar el presidente del tribunal, quien lo conminó a que su declaración se limitase a los hechos de la asonada del 2 de junio[146].

Según lo testimonia Víctor Hugo Morales, y tomando en cuenta este y otros ejemplos, las opiniones de los acusados o sus defensores eran tenidas como improcedentes o fuera de lugar cada vez que intentaban profundizar en las causas de la rebelión[147]. Ese pudo ser el caso, pero no lo fue en todos y, menos, en el suyo, si se observa la libertad con la que el propio Morales se desenvolvió a lo largo de su defensa, a través de un persuasivo escrito en respuesta a los cargos imputados por el fiscal militar. De hecho, de todo el elenco de rebeldes que compareció a formular sus respectivos descargos, no hay duda de que Morales se distinguió por ser el más elocuente, mucho más incluso que su propio superior militar, Ponte Rodríguez. A fin de sortear hábilmente los reparos del tribunal, Morales apuntó lo siguiente al comienzo de su defensa: «[N]o puedo evitar que la índole del delito imputado, por

144 Ibíd., 42.
145 Citado por Morales, 1971: 123.
146 *Élite*, n.º 1.918, 30/06/62: 44.
147 Morales, 1971: 124.

ser objetiva y subjetivamente política, requiera alusiones a la situación histórica que vive Venezuela»[148].

Comenzando así con un recuento que se remontaba a la Guerra a Muerte, el acusado terminaría aterrizando en su propia época con los consabidos cuestionamientos al gobierno de Betancourt. Pero además, en algún momento, le daría entrada al tono salvacionista y providencial que los había llevado a actuar:

> Ganó el señor Betancourt las elecciones y el pueblo [...] esperó con paciencia que no fueran simple demagogia electoral las promesas del gobernante de turno. Fueron vanas las ilusiones. La amargura de un nuevo engaño y una nueva traición le imprime caracteres de drama a la realidad histórica de Venezuela. *Ante tal acontecer, precisa la patria de nuestra presencia en el escenario histórico*»[149].

Luego, Morales continuaría desmereciendo del gobierno sobre la base de una serie de lugares comunes:

> Venezuela [está] peligrosamente afectada por la desatinada política de empréstitos hipotecarios sin beneficios reproductivos [...] [Se precisa] la Reforma Agraria como redención efectiva [de] las grandes masas campesinas afectadas por la inicua explotación medieval de relaciones esclavistas [...] [Se precisa] de medidas de gobierno que reivindiquen al pueblo de Venezuela [ante] la incapacidad y la negación de los valores nacionales, como expresión cierta del entreguismo oficialista a los intereses negadores de la nacionalidad [...] El gobierno actual devino en negador de la legitimidad nacional [...] Este gobierno, nacido del ejercicio constitucional del sufragio, se halla hoy afectado de antinacionalismo por cuanto no representa ya el sentimiento e intereses populares ni ejecuta la voluntad nacional[150].

148 Ibíd., 126-127.
149 Ibíd., 133. Énfasis nuestro.
150 Ibíd., 134-135.

Después de insistir que el gobierno de Betancourt había «contravenido en forma sistemática» su origen legítimo e «interrumpido» el ejercicio de los derechos políticos de sus opositores, el cerebro de las operaciones terrestres del Porteñazo justificaría la rebelión en estos términos: «Se han cerrado sistemáticamente todos los caminos viables para la lucha cívica [...], lo cual conlleva el legítimo derecho del pueblo de alterar la forma de gobierno cuando éste llega a ser destructor de los fines mismos del poder político que les fue otorgado»[151]. Cabría preguntarse sin embargo si el Congreso, donde hacían vida las fuerzas políticas de la izquierda, o las elecciones del 63, previstas en el calendario, eran señal de que los caminos estaban definitivamente cerrados. Confirmación más que elocuente de que el único camino «viable» o disponible, a juicio de quien así hablaba, era el de la violencia.

Como si la andanada no fuera suficiente, e invocando a su turno al Bolívar del Congreso de Angostura cuando se refería a la necesidad de «una perfecta igualdad política», Morales redondearía su cuadro anti-betancourista en estos términos:

> Los partidos políticos no oficialistas son coartados en su libre funcionamiento. Los hogares son allanados a cualquier hora. Obreros y estudiantes son asesinados en todas las ciudades de Venezuela. Se clausuran liceos y escuelas. La libre expresión del pensamiento se detiene ante el lápiz rojo de los censores, así como las turbas agavilladas destruyen talleres de periódicos democráticos[152].

Visto así, sus expresiones prácticamente no dejaban traslucir ninguna diferencia entre Betancourt y Pérez Jiménez.

Llegado a la parte gruesa del discurso, referida específicamente a los hechos del 2 y 3 de junio, Morales contrajo sus argumentos a lo que significó la desigualdad de fuerzas registrada durante el combate

151 Ibíd., 136.
152 Ibíd., 137.

y, especialmente, al hecho de que el gobierno pudo haberle puesto sitio a la ciudad en lugar de tranzarse por la alternativa de un asalto directo:

> Nuestras tropas tenían fusiles y ametralladoras livianas. Contra ellas fueron enviadas fuerzas que contaban con los elementos de guerra más poderosos con que puede contar un ejército [...]
> Se pretende hacer creer que se le negó auxilio a los heridos y hasta se les remató. Todo esto es absolutamente falso. Nuestros hombres combatieron valerosamente y con lealtad y honor [...] Se trata de ocultar con ello los actos de salvajismo efectuados por el ejército de ocupación, siendo éste el nombre que mejor le cuadra a las fuerzas designadas para combatir la insurrección patriótica, porque su comportamiento no fue el más aconsejable, ya que [...] los cañones de los tanques fueron disparados indiscriminadamente contra una ciudad indefensa, cuyo sólo delito fue el de acoger en su seno a un grupo de hombres que trataron de restablecer la vigencia de la Constitución. [...]
> Cabe preguntar, ¿por qué el Comandante de las Fuerzas de Represión [...] no hizo lo que aconsejaba la prudencia, ya que se trataba de una ciudad sin defensas adecuadas y [cuando] en todo caso, debía proceder con sentimientos humanitarios? [...]
> En ese momento, si el Comando de las fuerzas atacantes hubiera actuado con prudencia, si hubiera actuado con verdadero espíritu castrense, perfectamente ha podido ponerse sitio a la ciudad y tratar de hacer ver a los marineros, a los civiles insurrectos y a los infantes de Marina que ya era inútil e innecesaria toda resistencia[153].

Existe algo que convendría mencionar a la vista de algunos de los argumentos esgrimidos por el capitán Morales hasta este punto de su defensa. Quienes días después del suceso, y en sintonía con el gobierno, llegaron a expresarse a través de la prensa, pretendieron hallarle explicación a la forma como Betancourt, y las Fuerzas Armadas bajo su mando, obraron como lo hicieron. En primer lugar, consideraban que Puerto Cabello había sido una acción de guerra, pues intervinieron dos bandos militares con todas sus dotaciones reglamentarias, con el agravante, para el lado leal, de que no hubo una declaración previa de hostilidades. Segundo, que se recurrió al ultimátum, independientemente de que tal recurso fuese desestimado por los sublevados; tercero, que al gobierno no le quedó otra alternativa que avanzar sobre una ciudad ocupada por fuerzas oponentes y que, por vía marítima, podía estar en capacidad de recibir refuerzos; cuarto, que ponerle sitio, militarmente hablando, a Puerto Cabello (como lo argumentaba Morales), habría significado someter a la ciudad a fuego atacante de artillería hasta obtener la rendición de los contrarios; quinto, haberle puesto sitio a la ciudad habría requerido también la medida accesoria de cortar suministros y servicios básicos con todo el rigor con que esto afectaría por igual a los no combatientes, y sexto: habría resultado desde todo punto de vista imposible estimar el efecto de tales privaciones sobre la población civil en la medida en que ninguna operación ofensiva, que implicara poner una ciudad bajo sitio, podía llevarse a cabo sobre la base de calcular su duración[154].

En algún momento, Morales también haría buena la tesis del último proyectil acerca de la cual ya se ha puntualizado algo:

> También contradigo al señor Fiscal en cuanto a que hubo rendición: nuestras tropas no se rindieron, nuestras tropas combatieron hasta el último proyectil. Un hombre que combate en esa forma [...] no es persona que comet[a] actos de crueldad contra el enemigo. Digo enemigo no porque los consideremos como enemigos, porque el soldado venezolano no puede ser nuestro enemigo. Sentimos mucho, nos duele en el alma, haber tenido que combatir contra nuestros compañeros de armas. Desgraciadamente, fueron utilizadas

153 Esta cita conjuga pasajes trascritos del libro del propio Víctor Hugo Morales y la versión taquigráfica de la defensa recogida en su momento por la revista *Élite*. Morales, 1971: 140-141; *Élite*, n.º 1.918, 30/06/62: 43.

154 Fonseca, J. «¿Por qué no fue sitiado Puerto Cabello?» *La República*, 19/06/62. ASGS.

sus armas contra nosotros que, en nuestras conciencias, *estábamos seguros de defender la Constitución y procurar su restablecimiento*[155].

Tal como estaba de moda hacerlo desde que Fidel Castro apelara al mismo emotivo recurso ante sus acusadores en 1953, Morales cerraría su descargo con la grandilocuente expresión de dejar lo ocurrido en Puerto Cabello «al juicio de la historia»[156].

Entretanto, uno de los veintiún abogados defensores con que contaron los enjuiciados alegó que el contenido del Código de Procedimiento Militar lucía «anticuado» cuando, a su entender, y el de muchos tratadistas del Derecho, la mayoría de las legislaciones modernas había erradicado de la órbita militar el llamado «delito de rebelión» para calificarlo más bien como «delito político»[157]. Pero aparte de este erudito y académico comentario que poco podía hacer para alterar el curso del juicio, otro de los defensores quiso cuestionar, en términos muy similares a como se hizo en Ciudad Bolívar al seguírsele juicio a los responsables del Carupanazo, la validez de un Consejo de Guerra Accidental cuando en esa jurisdicción existía un Consejo de Guerra Permanente cuya competencia, según el leal saber de este defensor, le había sido arrebatada por una instancia *ad hoc*[158]. Consideraba por tanto que ese tribunal, constituido conforme a un decreto inconstitucional, había actuado con abuso de poder y usurpado funciones y, para colmo, que el proceso había sido concebido deliberadamente para condenar a los acusados a como diere lugar[159]. Al mismo tiempo, y junto a tales reparos, la defensa expresaría su protesta ante el trato recibido por sus clientes en prisión, asegurando que «agentes de la Digepol vigilan a los procesados, les ponen y quitan las esposas, y

155 *Élite*, n.º 1.918, 30/06/62: 43. Énfasis nuestro.
156 Ibídem.
157 Ibídem.
158 El Tribunal respondería diciendo: «Observa este Consejo de Guerra Accidental [...] [que] el hecho de que en Caracas tenga su sede un Consejo de Guerra Permanente, el cual, según la defensa, tiene todas las facilidades para evacuar este procedimiento por la vía ordinaria, no es materia a decidir por este Tribunal Accidental». Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 54.
159 Morales, 1971: 144.

aún durante su permanencia en el cuartel del batallón 'Carabobo' son maltratados, como ocurrió recientemente a los detenidos Dr. Manuel Quijada y Gastón Carvallo, quienes fueron golpeados salvajemente»[160].

Esto último da pie para referirnos a un aspecto escabroso del Porteñazo, como lo supone la tortura o la ejecución sumaria dentro de un régimen de derecho. En algunos de los testimonios sobresale la impresión de que hubo fusilamientos y que se aplicó la tortura después de que las fuerzas del gobierno consolidaron su objetivo de recapturar la ciudad. Según el periodista Alí Brett, quien acude como prueba de ello al testimonio aportado por los vecinos de la localidad, algunos infantes de Marina insurrectos fueron víctimas de ejecuciones practicadas a sangre fría por la policía política de Puerto Cabello[161].

Sin embargo, el afán de cierta literatura por mitologizar el Porteñazo ha hecho que, en muchos casos, no se le atienda con los colores adecuados a la hora de evaluar los excesos y desmanes cometidos de ambas partes. Ello es así porque, por ejemplo, en la misma medida en que se llegó a presumir que el bando leal había practicado ajusticiamientos una vez que se verificó la recaptura de la ciudad sublevada, un periódico como *El Nacional*, que no actuaba precisamente como vocero gubernamental ni como un diario conservador en el tratamiento de la noticia, mencionaba que un soldado herido en los sucesos de La Alcantarilla fue arrastrado por un grupo de rebeldes y rematado en una calle próxima[162]. Lo mismo se aplica a que en ninguna parte se mencione que, luego de ser tomada sorpresivamente la sede local de la Digepol y la Prefectura de Policía, los agentes de ambos cuerpos –en idéntica procesión– fuesen conducidos hasta el liceo Miguel Peña, donde tras ser

160 Ibídem.
161 Brett, 1970: 28. Esta acusación se equipara en cierta forma a la que hiciera a su vez el coronel Alfredo Monch Siegert, jefe de la IV División del Ejército con sede en Maracay y jefe único de la Zona Militar durante la sublevación, según la cual agentes de la Digepol, hechos prisioneros durante la asonada, fueron maltratados y amenazados de muerte, agregando que los rebeldes efectuaron ataques contra ambulancias plenamente identificadas como tales en momentos en que estas recogían heridos.
162 *El Nacional*, 04/06/62: 34.

amarrados con las manos a la espalda y obligados a tenderse en el patio central, se les amenazó con que serían fusilados sin fórmula de juicio, al amanecer del día siguiente, por órdenes de un Consejo de Guerra que funcionaba en las propias instalaciones del liceo. Los testimonios en este sentido son bastante dramáticos, y todos, o casi todos, coinciden en aclarar que fue el personal militar, que compartía funciones de custodia con los liceístas y «cimarrones» atrincherados en el edificio, el que se opuso terminantemente a que tales ejecuciones tuviesen lugar[163].

Ya con respecto a las torturas practicadas contra los rebeldes, existe el testimonio que se desprende de una carta escrita por el Dr. Temístocles Carvallo Hernández y dirigida al entonces ministro de Justicia, Miguel Ángel Landáez. Se trataba del padre de Gastón Carvallo, quien fuera capturado y desarmado en horas de la noche del sábado 2 de junio dentro del Comando Naval una vez que el edificio se vio nuevamente en poder de las fuerzas leales. Si por algo llama la atención el documento es por lo que allí expresaba el padre de Gastón Carvallo al negarse a compartir las convicciones políticas de su hijo y al declararse enemigo del «extremismo» que, según confiaba, sería derrotado en el país. Lo que no compartía en cambio era el hecho de que pretendiera combatirse al «comunismo» aplicando «métodos de violencia inhumana [...] que nos iguala a las bestias»[164]. Llama todavía más la atención el hecho de que en esa carta, escrita por quien no comulgaba

163 Tales son, por caso, dos de los testimonios: Eladio Antonio Vargas (agente de Policía): «[H]abíamos caído en manos de los cimarrones y ellos eran los que estaban mandando y en voz alta decía[n] que seríamos fusilados antes del amanecer del día domingo [...] Como a las cinco de la mañana [del día siguiente] llegó un grupo de cimarrones 'a sacarnos tal vez para el fusilamiento', pero los infantes que estaban custodiándonos se opusieron diciéndoles que esos funcionarios y civiles que estaban allí no los podían fusilar porque estábamos bajo las órdenes de un teniente». Tirso José Barceló (funcionario de Digepol): «[Declaró] que fueron llevados al Liceo donde fueron amarrados con las manos hacia atrás y quedaron desnudos en la grama del patio de ese liceo custodiados por cimarrones armados; después los introdujeron a uno de los sanitarios y cuando iban entrando les dijeron [...] que todos los detenidos serían fusilados el domingo a las cinco de la mañana; [...] que al día siguiente los sacaron del liceo [...] y [los trasladaron] para el Seguro [Social], y cuando iban llegando [se les] dijo que [tenían] órdenes de fusilarlo[s] [...] pero como las tropas leales no le habían dado tiempo, que otro día sería». Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 17, 18, 21, 22.

164 Citado por Brett, 1970: 60.

precisamente con las ideas del hijo, su autor se permitiera dirigirse en estos términos a un ministro de Betancourt: «[U]n tirano que tortura hace menos mal que una Democracia que incurre en tal defecto»[165]. Así se expresaría al informarse que a su hijo, Gastón Carvallo, se le tuvo sometido durante dos días a un régimen de tormento dentro de un calabozo en Puerto Cabello, «sumergiéndosele la cabeza en agua hasta que perdía el conocimiento y luego, al volver en sí, se repetía el proceso, sucesivamente, intercambiándolo con golpes y vejámenes»[166]. Aclaraba el angustiado padre de Carvallo que tales torturas no habían sido practicadas por militares sino por personal civil de Puerto Cabello[167]. Más esquivo a la hora de hablar de ello, Quijada admite en su propio testimonio que fue torturado durante sus primeros días de reclusión, debiéndosele solo a una circunstancia fortuita que ni él ni otro de los civiles involucrados –Germán Lairet– fuesen golpeados. En su caso se vio expuesto más bien a un juego de tortura psicológica que consistía en ser amenazado de muerte, entre un intervalo y otro del interrogatorio al que estuvo sometido en la sede local de la Digepol, por un individuo que portaba una ametralladora[168].

Volviendo a los pormenores del juicio seguido ante el Consejo de Guerra, y también, a semejanza de las impugnaciones escuchadas al darse el proceso contra los responsables del Carupanazo, los defensores insistieron en argumentar que el ministro de la Defensa, «como órgano político de las Fuerzas Armadas en el Gabinete Ejecutivo», era incompetente para promover una causa como la que se llevaba a cabo en contra de sus representados[169]. Conminados a corregirse ante esta apreciación, y luego de que el tribunal aclarase que el ministro sí era en realidad competente para ordenar tales averiguaciones según lo disponía

165 Ibíd., 59.

166 Ibídem.

167 Ibíd., 61.

168 Entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 39,40.

169 *Élite*, n.º 1.918, 30/06/62: 43.

el Código de Justicia Militar[170], los abogados defensores recurrieron al argumento, ya frecuente en estos casos, de declarar que los autos formulados en el expediente condenatorio adolecían de vicios y defectos[171].

Más tarde tocaría el turno para que los civiles presentaran sus propios descargos. El primero en hablar sería Manuel Quijada[172] quien, entre otras cosas, hará gala de cultura al equiparar al tribunal que los juzgaba con aquel que había pasado sentencia contra el escritor Oscar Wilde[173]. Al igual que Morales, Quijada esquivará diestramente cualquier acusación de hallarse mitineando en medio del proceso a la hora de darle todo el peso posible a la esencia política del juicio que enfrentaban: «[E]ste Tribunal no puede dejar de reconocer [...] que la esencia de este pretendido delito es eminentemente político, nosotros somos unos procesados políticos y el Movimiento del 2 de Junio estaba destinado a cambiar el status político existente en este país». Acto seguido, no solo refutaría la acusación de «comunistas» o «extremistas» dirigida contra los cabecillas de la asonada, o que se les tachara de ser «instrumento de países extranjeros y de doctrinas exóticas», sino que aprovecharía la circunstancia para enfocarse, como no lo haría ningún otro de los procesados, en el estado del «mundo emergente» y la relación que ello guardaba con las dos rebeliones de Carúpano y Puerto Cabello.

170 El Tribunal observaría, a tal respecto, lo siguiente: «[E]ste Consejo de Guerra Accidental fue designado por el ciudadano Ministro de la Defensa, dándole cumplimiento al Decreto Ejecutivo N. 765, de fecha 4 [de junio de 1962], a objeto de juzgar a militares y civiles comprendidos en el auto de detención dictado por dicho Ministro, por considerárseles implicados en los sucesos ocurridos el día 2 de este mes en Puerto Cabello. Es en estos instrumentos legales donde está fijada la competencia de este Consejo de Guerra y su correspondiente jurisdicción, lo cual excluye, por tanto, toda posibilidad jurídica de que pueda declararse incompetente». Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 55.

171 *Élite*, n.º 1.918, 30/06/62: 43.

172 Según lo precisa el expediente del Tribunal, Quijada fue detenido sin oponer resistencia durante la madrugada del 3 de junio en compañía de Ponte Rodríguez, cuando el castillo fue recapturado. Se le decomisó un revólver que llevaba encima, «cuyo examen, diseño y fotografías cursan en los autos». Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 10, 41, 63. Agrega el expediente que en la habitación del hotel *Cumboto* de Puerto Cabello donde se alojaba, fueron halladas «hojas mimeografiadas de carácter subversivo». En su declaración indagatoria, Quijada negó toda responsabilidad en los hechos que se averiguaban. Ibíd., 45, 50, 78.

173 Morales, 1971: 148.

Si bien no exactamente marxista en su enfoque, el suyo estaba muy cerca de verse en sintonía con el discurso en boga por aquel entonces acerca de las desigualdades existentes dentro de la llamada «periferia» del mundo moderno:

> La mayoría de estos pueblos, conscientes de que sólo conquistando su independencia política pueden iniciar su desarrollo económico e industrializarse, hoy tratan de [...] afirmarla en la lucha revolucionaria contra quienes sostienen la sumisión [...] Su posición neutral los aísla del conflicto internacional de las grandes potencias permitiendo así concentrar todos sus esfuerzos en su propio desarrollo. Esta lucha revolucionaria hoy la presenciamos en los países subdesarrollados del Asia, del África, del Medio Oriente. La lucha de estos países es la inspiración de nuestro movimiento revolucionario[174].

Quijada insistirá en su tesis de la «neutralidad» ante el conflicto bipolar para demostrar que quienes habían actuado en Puerto Cabello no eran elementos consulares de la URSS y que, si algo los caracterizaba, era el hecho de representar un «nacionalismo progresista» como el que había colocado en el camino de la redención y el desarrollo a realidades tan disímiles como Egipto y Ghana, Indonesia y la India, Irak y Mali[175]. Habrá otro argumento que, a su juicio, conjuraba toda sospecha de comunismo: el papel que los alzados en Puerto Cabello o, más formalmente, el ahora autoproclamado Movimiento del 2 de Junio, pretendía conferirle al empresariado como elemento «revolucionario»:

> La propaganda ha querido crear el terror con nuestro movimiento a los industriales y productores, cuya prosperidad económica es también la de Venezuela. [...] Ellos deben saber que en los países subdesarrollados [...] esa clase está al lado de la revolución porque de ella, de su prosperidad,

174 Ibíd., 151.

175 Ibíd., 153.

> depende el éxito del desarrollo económico. [...] El temor que se les crea de que un país libre comercie con todos los países del mundo [...] es el efecto de la propaganda de una mente sumisa. ¿Por qué los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, Suiza, etc., pueden comerciar con la Unión Soviética, China y todos los estados socialistas; en cambio nosotros [...], no podemos hacerlo, sabiendo que los mercados de los países socialistas son indispensables para nuestro desarrollo [...]?[176].

Por otra parte, llegado el momento de hablar como exponente de un proyecto fusionista militar-civil, Quijada enfilará sus baterías contra el recurso electoral tantas veces argüido por el oficialismo como una forma de hacer injustificables las rebeliones:

> Muchos políticos y personas de buena fe nos preguntarían con el candor propio de los ingenuos: ¿Por qué acudir a la rebelión [...] y no esperar, con un poco de paciencia, el proceso electoral e imponerla por los medios que consagra la Constitución? [S]ólo los ilusos, los que ignoran la importancia de Venezuela para el imperio del gran capital [...] y desconocen las fuerzas poderosas que dirigen nuestra política, tanto nacional, como internacional, pueden soñar [con] que en este país el poder pued[a] conquistarlo un movimiento nacionalista a través de un proceso electoral libre[177].

Su razonamiento, en este caso, partía de supuestos que lucen debatibles. En primer lugar, ¿tenía necesariamente que ser el ventajismo lo que impidiera un eventual triunfo electoral de lo que él mismo calificara como un movimiento nacionalista o, por extensión, de la izquierda misma? Descontando que el sistema no ofreciera igualdad de oportunidades a todos los partidos y agrupaciones políticas, ¿no cabe la posibilidad de suponer que el mensaje de la izquierda, o del nacionalismo progresista, no fuera convincente en términos electorales? Por

176 Ibíd., 155.
177 Ibídem.

último, su defensa acusa un defecto capital: admitía «impaciencia» ante los medios consagrados por la Constitución. Ergo: lo actuado era, sin más, constitucionalmente injustificable.

Por último, Quijada quiso dejar claro que este discurso, lleno de referencias al mundo exterior y a lo que podía significar el desarrollo de una nación económicamente independiente con el apoyo del empresariado criollo, era lo único de lo que podía prevalerse a la hora de cuestionar «las monstruosidades que en esta sala nos imputó el ciudadano Fiscal [...], y que sirvió de fundamento a la sentencia que se nos aplicó y que pasará a la historia, más que por injusta, por ridícula»[178]. De darse –agregaba– la confirmación de la sentencia, sería timbre de orgullo para él compartir la cárcel con los jefes militares de Carúpano y Puerto Cabello[179].

Otro civil cuyo descargo pervive entre las evidencias documentales es Germán Lairet quien, a la hora de cuestionar las imputaciones dictadas por el Consejo de Guerra, concentraría su defensa en lo que, históricamente hablando, entendía como el derecho a la rebelión. Invocando otros episodios de martirio que les precedían, Lairet estaba convencido de haber actuado en una causa llamada a triunfar al final del camino:

> Recuerden Uds. [...] la represión desatada contra el movimiento libertador de Gual y España, contra José Leonardo Chirinos. Sus cabezas fueron colocadas como escarmiento en carreteras y caminos. Sin embargo, ese sacrificio no fue inútil y pronto dio magníficos resultados. [...] Como ya no es posible cortar nuestras cabezas, se nos condena a muchos años de presidio. Pero, una vez más, será infructuosa toda medida punitiva. El pueblo continuará su lucha y, a la larga, el triunfo será nuestro[180].

178 Ibíd., 156.
179 Ibídem.
180 Ibíd., 157, 158.

Más sorprendente será escuchar a este marxista convencido invocar a santo Tomás y san Agustín:

> Cuando un gobierno deviene en el principal enemigo de la libertad [...], la rebelión se justifica plenamente. Santo Tomás [...] afirmaba que la rebelión es un derecho natural que todo el pueblo tiene para insurgir contra un gobierno ilegítimo. [...] Y San Agustín iba más allá. Decía [...] que el delito de rebelión lo cometían quienes se hacían cómplices de un gobierno usurpador, no el pueblo que se rebelaba contra aquél[181].

A juicio de Lairet, hasta el caso de la insurgencia de los colonos estadounidenses calificaba como buen argumento a favor de la rebelión de Puerto Cabello. Así lo subrayará, incluso con cierta dosis de humor negro, ante sus acusadores:

> [L]a Declaración de Filadelfia, consagratoria de la independencia de los Estados Unidos, [reconoció] el derecho del pueblo a insurgir contra un gobierno tirano. Y cuando se discutía la independencia de los Estados Unidos, tan sólo un clérigo reaccionario, Jonathan Boucher –especie de padre Maya norteamericano [aludiendo así a Manuel Vicente de Maya, quien votara en disenso al proclamarse la Independencia venezolana en 1811]– se opuso a la insurgencia. Este clérigo consideraba que la rebelión era un hecho sacrílego y venía de Lucifer. Hoy este hombre tiene pocos seguidores, pero no me cabe duda alguna que entre ellos se encuentra el Fiscal Militar[182].

Luego vendría de su parte la tesis, puesta a circular por los partidarios de la lucha armada, según la cual la única respuesta posible a la violencia era la violencia misma:

181 Ibíd., 159-160.
182 Ibíd., 160.

> El gobierno fue el iniciador de la violencia en este país. [...] A las aspiraciones de los obreros, de los campesinos, y ahora también de los oficiales y soldados, el gobierno responde con la violencia del fusil y la metralla. Se trata de acallar todo movimiento de protesta. [...] De allí que a las fuerzas democráticas [...] no les haya quedado otro camino que responder a la violencia oficial con la violencia popular»[183].

Lanzando el desafío a los cuatro vientos, el acusado dirá, embriagado por las citas de santo Tomás y san Agustín: «Hoy, rebelarse significa el más sagrado derecho y el más imperioso deber de todo venezolano honesto y progresista»[184].

La actitud altiva de Lairet coincidirá con la de alguno de sus colegas al dejar caer lo siguiente hacia el final de su escrito de defensa: «Al condenarme, me harán un inmenso honor. Me sentiré orgulloso de estar al lado de los mejores oficiales de nuestro Ejército. [...] Me someto al juicio inexorable de la historia»[185]. Empero, el dirigente del PCV no querrá darle descanso a sus palabras sin antes hacer una oportuna referencia tomada de la Biblia. En este duelo entre el Bien y el Mal como sujetos de la historia, el ateo y materialista Lairet apelará al *Libro de los macabeos* para referirse al lema que había distinguido a esa estirpe de libertadores del pueblo judío: «Quien combate a los tiranos obedece a Dios»[186].

Una vez que el Tribunal Colegiado calificara lo ocurrido como una «rebelión», conforme a como figuraba previsto en el Código de Justicia Militar, los 51 acusados (30 militares; 21 civiles) recibieron en total nueve siglos de condena, calculados a partir de cada categoría: 30, 25, 22, 16, 12 y 4 años de cárcel. Comenzando por Ponte, Morales y Medina Silva, quienes fueron calificados como «iniciadores, directores y jefes de la rebelión» y sentenciados a treinta años, pasando luego por los «coope-

183 Ibíd., 161.
184 Ibídem.
185 Ibíd., 163.
186 Ibídem.

radores» y los «incursos», hasta llegar a quienes serían objeto de la pena más leve de todas en calidad de simples «adherentes», a los procesados luego de aquel largo fin de semana en Puerto Cabello les aguardaba, en teoría, el equivalente a 874 años y cuatro meses de presidio[187].

Ese mismo 28 de junio del 62 en que recibieron sentencia, los reos anunciaron a través de sus abogados que interpondrían un recurso de casación ante la sala penal de la Corte Suprema de Justicia[188]. El recurso no prosperó.

187 *Rodríguez*, 2001: 129.
188 *El Nacional*, 29/06/62. ASGS.

EPÍLOGO

I

Al igual que el grueso de los jefes del Carupanazo, que llegaron a escapar de la cárcel de Trujillo en septiembre de 1963, un militar y dos civiles de los seis responsables de mayor jerarquía que tuvo la acción insurreccional del Porteñazo –el capitán Pedro Medina Silva, Gastón Carvallo y German Lairet– lograron evadirse en diciembre de ese mismo año de la isla de Tacarigua gracias a una operación planificada y ejecutada por el PCV[1]. Medina Silva, como se ha dicho en páginas anteriores, se incorporó a otras aventuras armadas luego de darse a la fuga; Germán Lairet, por su parte, continuaría vinculado al «frente militar» del PCV y sería el encargado de la misión de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) en Cuba[2]. Al cabo de agudas confrontaciones internas, pasaría a constituirse, junto a Pompeyo Márquez, Eloy Torres, Teodoro Petkoff y otros dirigentes del PCV en miembro fundador del Movimiento al Socialismo (MAS). Luego de ello, aparte de su labor como parlamentario en las filas del MAS, se desempeñó como ministro del Trabajo de Carlos Andrés Pérez y embajador de Venezuela en Uruguay y en la antigua Yugoslavia durante la presidencia de Jaime Lusinchi[3]. Gastón Carvallo, hasta donde ha sido posible averiguar, terminó consagrándose, desde que salió de prisión, a labores

1 http://cstytdc.blogspot.com/2012/03/qepd-capitan-de-fragata-pedro-medina.html
2 Jesús Sanoja, «A 40 años de la aventura militar que desembocó en la subversión». *El Nacional*, 02/06/12: 6.
3 http://www.noticias24.com/actualidad/noticia/146945/muere-german-lairet-uno-de-los-fundadores-del-mas/

investigativas en el Centro de Estudios del Desarrollo (Cendes) de la Universidad Central, con particular dedicación al tema de los conflictos sociopolíticos en Venezuela.

Los tres restantes corrieron suertes distintas: Manuel Ponte Rodríguez, jefe máximo de la asonada de Puerto Cabello, falleció dos años más tarde víctima de un infarto durante su reclusión en el cuartel San Carlos, aunque una tradición muy del gusto de la izquierda tiende a hablar de ello como si aquella muerte hubiese sido inducida[4]. Por otra parte, Víctor Hugo Morales permaneció seis años en prisión, casi todos ellos confinado a la isla de Tacarigua, hasta que en 1968, por disposición del presidente Raúl Leoni, le fue conmutada la pena por extrañamiento del país, radicándose a partir de entonces en Alemania. En 1970 regresó a Venezuela[5].

Entre fugas y sustitución de cárcel por exilio, y descontando desde luego el caso de Ponte Rodríguez, quien falleció en el cuartel San Carlos a los dos años de ocurrido el Porteñazo, Medina Silva pasó apenas un año y unos meses en prisión mientras que Víctor Hugo Morales terminaría purgando solo seis de los treinta años de condena que, en teoría, cada uno debió cumplir por sentencia del Consejo de Guerra que tuvo a su cargo la causa.

Por otra parte, Manuel Quijada, enjuiciado y recluido también en el cuartel San Carlos a raíz del Porteñazo[6], se vio igualmente beneficiado por la medida acordada en tiempos de Leoni, lo cual le llevaría a exiliarse, primero en Londres y luego en Milán, donde se dedicó a ampliar sus estudios de abogacía. Quijada cumplió de esa forma seis de los dieciséis años y ocho meses que se le habían imputado y, al igual

4 Por ejemplo, esto es lo que apunta Víctor Hugo Morales al referirse a Manuel Ponte Rodríguez como «oficial noble [...] y de gran preparación profesional [...] *asesinado por el régimen en los calabozos del cuartel San Carlos*». Morales, 1971: 13 (énfasis nuestro).

5 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981 (a): 208.

6 La pena originalmente propuesta por la Fiscalía Militar en el caso de Manuel Quijada fue de veinticinco años de presidio, rebajada por el propio Tribunal a una tercera parte en función de una serie de circunstancias previstas en el Código de Justicia Militar. Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza, 28/06/62: 87.

que Víctor Hugo Morales, regresó a Venezuela en 1970[7]. Más tarde se desempeñó como ministro de Fomento en el gobierno de Luis Herrera Campíns[8] quien, si de paradojas se trata, fue uno de los dirigentes civiles que, en 1962, como diputado por Copei, se expresó más duramente en repudio a los sucesos del Porteñazo[9].

«Sobreviviente de la IV República y testigo crítico de la V» (como lo bautizó Jesús Sanoja Hernández[10]), el capitán Medina Silva se fue apartando cada vez más de la actividad política, no así Manuel Quijada, quien acompañaría a Hugo Chávez en la propuesta de convocar una Asamblea Nacional Constituyente, de la cual fue miembro, y de cuyo gobierno llegaría a ser, primero, presidente de la comisión que tuvo a su cargo la reestructuración del Poder Judicial y, luego, embajador en Portugal[11]. Con un poco menos de visibilidad aunque no de protagonismo, el capitán Víctor Hugo Morales terminaría actuando también como diputado a la Asamblea Nacional Constituyente de 1999 y como presidente del ya extinto Parlamento Andino, creyendo haber advertido siempre una cadena de causalidades entre el Porteñazo de junio del 62, el 27 de febrero de 1989 y el 4 de febrero de 1992[12].

De los restantes jefes insurrectos que estuvieron al mando de las distintas asonadas previas al Porteñazo cabría recordar que, al igual que Ponte Rodríguez, el general Jesús María Castro León falleció en presidio militar a los cinco años de ocurrido el levantamiento de San Cristóbal. Por otra parte, Tesalio Morillo, quien fue el único oficial activo que capitaneó el Barcelonazo a su más alto nivel, salió del cuartel San Carlos más pronto de lo que –según su confesión– él mismo

7 Morales, 1971: 145; entrevista con Manuel Quijada. En Blanco Muñoz, 1981(a): 40.

8 http://www.el-nacional.com/politica/Murio-ex-constituyente-Manuel-Quijada_0_228577148.html

9 «[E]sas quinientas personas que en Puerto Cabello murieron de uno o de otro bando, pesan sobre la conciencia del extremismo venezolano» sentenció, entre otras cosas, LHC. Discurso en la Cámara de Diputados. *Diario de Debates*. Citado por Blanco Muñoz, 1996: 58.

10 Sanoja, 2007, II: 83.

11 http://www.el-nacional.com/politica/Murio-ex-constituyente-Manuel-Quijada_0_228577148.html

12 http://www.noticias24.com/venezuela/noticia/111282/villegas-conversa-con-el-capitan-victor-hugo-morales-sobre-los-50-anos-del-portenazo/

esperaba, sin que haya habido forma alguna de precisar la fecha en que ello terminó ocurriendo[13].

También convendría decir algo acerca de Jesús Teodoro Molina Villegas, quien fungiera como máximo jefe militar del Carupanazo en mayo de 1962. Luego de verificarse su fuga de la cárcel de Trujillo, Molina Villegas pasó por una breve experiencia guerrillera, cayó preso de nuevo y fue encarcelado en el cuartel San Carlos. En 1968 se acogió a la medida de conmutación de penas dispuesta por Leoni para luego ser plenamente indultado pocos días antes de que el presidente concluyera su período constitucional en marzo del 69. Al igual que el resto de los oficiales sublevados en Carúpano, Molina Villegas se quedó sin sueldo, pero tuvo derecho a una pensión por antigüedad. Los oficiales alzados en Puerto Cabello tampoco dejaron de percibir ese mismo beneficio. Su único lamento en tal sentido era que la pensión que se les acordó resultaba inferior a la de los que combatieron durante el Porteñazo[14].

Distinta a la suerte de muchos quienes, desde una posición protagónica, terminaron coronando su carrera en el escenario nacional o la administración pública, fue la que corrió el personal de tropa o de baja graduación comprometido en las asonadas contra Betancourt. Hablamos en otras palabras de aquellos que obedecieron por simples razones de disciplina o que actuaron por lealtad personal e incluso amistad hacia sus superiores en armas, sin haber tenido forma alguna de intelectualizar su compromiso en términos políticos. No es mucho lo que a este respecto pueda entresacarse de la oscuridad de los registros excepto quizá por el caso, vívida y dramáticamente testimoniado por el maestre Armando Arcila Pérez, hombre aguerrido del pueblo, quien tuvo a su cargo manejar una ametralladora calibre .50 durante la defensa de Carúpano. Su tono de decepción es más que evidente: a los cuatro meses de ocurrido el Carupanazo fue despojado de su sueldo como efectivo de la Infantería de Marina sin poder ser beneficiado

13 Entrevista con T. Morillo. En Blanco Muñoz, 1981(a): 313.
14 Entrevista con J.T. Molina Villegas. En ibíd., 124, 125.

con una pensión ya que ni siquiera sumaba el número de años exigido para ello por los reglamentos de las Fuerzas Armadas. Ilusionado con la posibilidad de obtener en cambio una «pensión de gracia», el maestre Arcila insistió hasta cansarse de la inutilidad de sus diligencias. Luego de lo cual se dedicó a la venta de bebidas y, ocasionalmente, a la cría de gallos de riña en su Carúpano natal. Para colmo de decepciones agregaría con justicia –o no– lo siguiente: «Muchos que para aquella época eran de izquierda y que participaron en aquello, hoy pertenecen a partidos de derecha»[15].

II

A la hora de efectuar el balance, el historiador Juan Bautista Fuenmayor observa que a partir de los hechos de Carúpano y Puerto Cabello, en mayo y junio de 1962, la situación no registra ningún otro acontecimiento de tipo militar que implicara el riesgo de un desplazamiento de las fuerzas gobernantes en Venezuela[16]. Y agrega algo más: junto a la derrota de las dos conjuras alentadas por la izquierda, las ilusiones de un cambio de rumbo, el ansiado «viraje» con el cual tantas veces se había pretendido presionar al gobierno desde la calle, y cuyo punto culminante sería el mes de enero de ese mismo año 62 que tan aciago se le presentara a Betancourt, habían caído definitivamente por el suelo[17]. Su conclusión es terrible al hablar sobre aquella experiencia:

> En esto de los golpes militares lo más fácil es el fracaso. De cada cien golpes triunfa uno, porque se trata de coordinar personas y fechas, lo que resulta muy aleatorio. [...] Por eso, la política tradicional del PCV fue contraria a los golpes militares [...] Lo único seguro y cierto es la actividad de las

15 Entrevista con Armando Arcila Pérez. En Blanco Muñoz, 1981(a): 131, 132, 138, 140.
16 Fuenmayor, 1988, XIV: 18.
17 Ibíd., 15.

masas populares, cuya actuación es insustituible. Pero como ya hemos visto, en esa etapa, el PCV optó por la política de los golpes militares y descuidó totalmente la movilización del pueblo. El resultado fue la derrota, cuyos nefandos resultados todavía son tangibles[18].

Fuenmayor consignaría estas líneas en 1988.

En otras palabras, la izquierda se quedó sin el santo y sin la limosna: es decir, sin el capital militar y, también, sin el capital político que había supuesto la movilización y el auge de masas. Fue a raíz de ello que las izquierdas –PCV, MIR y sectores radicales de URD– comenzaron a utilizar en forma autocrítica la siguiente expresión: «Echamos todo por la borda»[19]. Con palabras similares a las del historiador Fuenmayor, el periodista Agustín Blanco Muñoz aprecia los resultados así: «A partir de estos hechos no ocurre ningún otro acontecimiento que haya significado una real amenaza para el gobierno»[20].

Cabe preguntarse si más allá de la información personal-testimonial que muchos de ellos ventilaran en sus conversaciones con Blanco Muñoz, los propios protagonistas de aquellas asonadas fueron capaces de producir un análisis de los sucesos o intentasen emprender siquiera una discusión sincera y organizada en torno a las causas de la derrota o los errores cometidos. En otras palabras: un verdadero balance político e histórico de los hechos del 62 sin cargarle todas las tintas al régimen de Betancourt. En realidad, con muy contadas excepciones, la izquierda no pareció tener nunca una visión clara ni una interpretación convincente acerca del Carupanazo o el Porteñazo. Tómese por caso al capitán Víctor Hugo Morales, cuyas apreciaciones asumen un tono invariablemente dogmático y heroico. El suyo es siempre el lenguaje del convencido como, por ejemplo, cuando ofrece el siguiente balance:

18 Ibíd., 249.

19 Blanco Muñoz, 1996: 14.

20 Blanco Muñoz, 1992(b): 118.

> Las rebeliones del 4 de mayo y 2 de junio de 1962 [...] tuvieron una orientación clara y distinta a los ojos de la nación, demostrando que en Venezuela muchos militares han adquirido una conciencia que los identifica con los ideales populares, nacionalistas y revolucionarios puestos en práctica con éxito por algunos ejércitos del Medio Oriente, en especial en Egipto, sin que eso significara que se trataría de actuar en Venezuela [con base en] un esquema «nasserista», puesto que los problemas de nuestro país sólo pueden ser resueltos con métodos ajustados a la realidad nacional. Ambas rebeliones abrieron una brecha tremenda en los adictos al régimen, alarmó a los que alientan la política de entreguismo de nuestras riquezas y marcó [*sic*] un nuevo camino a las generaciones jóvenes de las Fuerzas Armadas de América Latina[21].

Alejado de semejante clase de hipérboles o de cualquier entonación cuasirreligiosa como la que se desprende de las líneas antes citadas, hubo quienes, como Guillermo García Ponce, tendieron más bien a ubicarse en una posición cercana al escepticismo, la autocrítica y la reflexión severa a la hora de hacer un repaso testimonial o autobiográfico de los hechos. Ese mismo fue también el caso del profesor universitario Pedro Duno quien, en una entrega escrita especialmente para la revista *Élite* a nueve años de ocurrido el Carupanazo, tuvo la honestidad y el coraje de expresarse de este modo:

> Hoy, a nueve años del alzamiento, es evidente que la izquierda venezolana se propuso una tarea para la cual no estaba preparada política o ideológicamente. La dirección de los partidos llamados revolucionarios [abordó] la insurrección sin un método, sin responsabilidades, sin estudiar seria y detenidamente las posibilidades, sin una moral firme y definitiva de combate, sin conocimientos militares, sin dominar los elementos básicos de la insurrección. Es decir, en la dirección de los partidos revolucionarios [...] se tenía una mentalidad aventurera, se practicaba una política aventurera, y

21 Citado por R.D. en «A diez años del Porteñazo». *El Nacional*, 02/06/72. ASGS.

> se fue a una aventura, se fue a buscar qué salía. La oficialidad que participó no estaba mejor preparada ni en lo militar ni en lo político. Hubo un malentendido: los militares sospechaban que había una sabiduría política en los políticos y los políticos sospechaban el conocimiento profundo del arte militar en los militares. No existía ni lo uno ni lo otro[22].

Sus palabras son aún más duras al señalar que la «izquierda [perdió] totalmente la cabeza» a partir de las acciones de Carúpano y Puerto Cabello para verse situada, frente a la apuesta insurgente guerrillera, en un plano donde –a su juicio– «la aventura domina el pensamiento [y] la razón; el análisis y el cálculo son desterrados; la imaginación y la fantasía desplazan el sentido de la realidad»[23].

Américo Martín, quien atestiguó la mudanza a lo que sería definitivamente la ruta guerrillera asumida a partir del año 63, sentenciaría por su parte lo siguiente:

> La derrota del alzamiento [de Puerto Cabello en junio de 1962] le pone fin a la esperanza revolucionaria de lograr una victoria cívico-militar. Se produce otra vuelta al torniquete y viene ahora el desplazamiento de la lucha hacia las montañas, el desarrollo de frentes guerrilleros y el intento de repetir la experiencia cubana o la china. Vale decir, una mecha de combustión rápida dando paso a una de combustión lenta[24].

Muchos de quienes comparecieron con su testimonio ante la grabadora de Blanco Muñoz concuerdan a la hora de ofrecer su visión sobre ese tránsito entre dos formas de violencia que, si en algún momento convivieron y se solaparon, terminaron decantando hacia el lado del foquismo y la guerrilla. De acuerdo con Héctor Pérez Marcano, aquel cambio de escenario fue producto de una meditación profunda:

22 Pedro Duno, «A 9 años del Carupanazo». *Élite*, n.º 2.380, 07/05/71: 57.
23 Ibídem.
24 Martín, 2013, II: 108-109.

> Es entonces cuando se acepta que el cortoplacismo ha sido un error y se plantea lo que se llamó la estrategia de la «guerra prolongada», que fue decidida por el MIR en su Pleno de enero de 1964 y ratificada en su Segunda Conferencia de abril de 1965. Se hace un análisis y se concluye [que] ha habido toda una etapa de cortoplacismo, de política *putchista* equivocada, que ha desgastado al movimiento popular. Ahora vamos a desarrollar el «largoplacismo», y se señala que la estrategia tiene que ser de guerra prolongada, que el acento debe ponerse en [...] los frentes guerrilleros[25].

Algo similar opinaba quien fuera militante del PCV –Teodoro Petkoff– al desvanecerse el inmediatismo luego de transcurrida la acción de Puerto Cabello y plantearse la 'guerra larga y prolongada' copiada de la experiencia china:

> Se había acabado todo el infantilismo de los primeros meses del 62. La idea ahora era la de un trabajo provocado, la creación de una base campesina, etc., mucho más acento en aquello que en el combate inmediato. Y así se habían ordenado las cosas. [...] [L]as guerrillas rurales, después de los descalabros del primer semestre del 62, se rehacen durante todo el segundo semestre de ese año y el primer semestre del 63. [...] Por ejemplo, ya para finales del 63, las guerrillas de Lara, Falcón, Oriente, eran grupos que estaban en condiciones de operar con bastante eficacia[26].

Resulta oportuno puntualizar que, aunque de forma breve, se dio al cabo de la última derrota (la de Puerto Cabello) una modalidad de convivencia entre comandantes guerrilleros procedentes del mundo civil y aquellos mandos militares que, luego del fracaso de las asonadas del 62, se incorporaron a la lucha armada irregular para proveerla de orientación y experticia. A la hora de referirse a este aspecto específico, los historiadores Domingo Irwin e Ingrid Micett apuntan lo siguien-

25 Entrevista con Héctor Pérez Marcano. Blanco Muñoz, 1981(b): 320.
26 Entrevista con Teodoro Petkoff. Blanco Muñoz, 1980: 215.

te: «La experiencia militar, que evidentemente poseían [los oficiales derrotados en sus intentos golpistas en Carúpano y Puerto Cabello], se pone al servicio de tratar de vertebrar una supuesta organización armada revolucionaria de inspiración doctrinal marxista-leninista y cubana fidelista»[27].

Tal fue el origen de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) y de su organismo político directivo –el Frente de Liberación Nacional–, fundados ambos en enero-febrero del 63, pero cuyo embrión preexistía a raíz del revés sufrido con el Porteñazo[28]. Así lo resume Jesús Sanoja Hernández: «Si el Carupanazo había impulsado al gobierno de Betancourt [...] a inhabilitar a los partidos de izquierda, PCV y MIR, el Porteñazo selló toda posibilidad de paz o de conciliación entre el bando gubernamental y la oposición extremista. Después de Puerto Cabello, el nacimiento de las FALN se hizo inevitable»[29].

Lo que significó tal experiencia se desprende del testimonio de Molina Villegas, quien, de capitán de Corbeta, pasó a convertirse en líder guerrillero:

> [U]no [que estaba] acostumbrado a la organización militar, a las cosas tradicionales [*sic*], me pareció que aquella era una guerrilla desasistida, que era una guerrilla muy romántica con unos saltimbanquis. Había además ese delirio de grandeza, de todo el mundo creerse un Fidel Castro. Yo no tenía ni tengo vocación para la guerra de guerrillas, pero la verdad es que observé ciertas cosas que no entendía[30].

Por su parte, al aludir a esta simbiosis que vino a darse en el plano de la lucha insurgente, Petkoff quiso poner de relieve las consecuencias aún más perjudiciales que tuvieron las FALN en el intento

27 Irwin y Micett, 2010: 222.

28 Sanoja, 2007, II: 89. El politólogo e historiador Hernán Castillo está entre quienes se inclinan por considerar el mes de julio de 1962 como fecha fundacional de las FALN. Castillo, 2013: 43.

29 Jesús Sanoja, «A 40 años de la aventura militar que desembocó en la subversión». *El Nacional*, 02/06/12: 6.

30 Entrevista con J.T. Molina Villegas. Blanco Muñoz, 1981(a): 123.

por combatir lo que aún le restaba de tiempo a Betancourt al frente de la Presidencia: «Su intención era hacer aparecer un grupo militar importante como dirigentes meramente formales. Era una operación política, por cierto muy discutida y muy cuestionada también, porque de seguro contribuyó más a irritar que a producir simpatías en el seno de las Fuerzas Armadas»[31]. El propio Molina Villegas coincide con Petkoff en esa apreciación:

> Se quiso crear un organismo donde participaban civiles y militares, y darle un carácter más nacional con la integración y participación de oficiales. Tan es así que la idea que se tuvo originalmente fue la de no atacar, no ir contra las Fuerzas Armadas, sino contra la Digepol, contra los cuerpos represivos tradicionales. Sin embargo, pienso que esto también es producto de un trasplante, creo que argelino. Porque eso de Fuerzas Armadas de Liberación Nacional creó cierta alerta, cierto temor en las Fuerzas Armadas Nacionales, valga la redundancia, en el Ejército. Se pensaba en la sustitución de una cosa por otra. [...] Y esto [...] produjo una reserva peligrosa y fue creando un instinto combativo en contra nuestra[32].

Con ambos coincidiría también Víctor Hugo Morales aunque, en este caso, desde la perspectiva de quien pasó a formar parte del directorio de las FALN sin haberse podido mover de la prisión: «[Esa participación de los oficiales es] más bien formal, más simbólica que real, porque el que está preso no puede hacer nada. Esa era una cuestión más que todo de impacto [...] era una cuestión de tipo publicitario[33]. A juicio de Irwin y Micett, las FALN seguirían siendo, doctrinalmente hablando, un intento por desarrollar el fusionismo civil-militar; ahora bien, al hacer el balance de aquella experiencia, la habitual claridad de Irwin se impone también en este punto: «Para cualquier observador

31 Entrevista con Teodoro Petkoff. Blanco Muñoz, 1980: 211.

32 Entrevista con J.T. Molina Villegas. Blanco Muñoz, 1981(a): 127.

33 Entrevista con Víctor Hugo Morales. En Blanco Muñoz, 1981(a): 209.

imparcial de la época era fácil prever una segura derrota de las FALN. Estaban mirando hacia atrás, al pasado. Buscando su inspiración en el siglo XIX venezolano, no en el ya bien entrado siglo XX»[34].

III

¿Resulta posible pensar que las dos últimas y mejor desarrolladas de todas las asonadas contra Rómulo Betancourt –Carúpano y Puerto Cabello– fracasaron en buena medida por el hecho de haber sido protagonizadas por la Marina? La pregunta remite a una reflexión hecha por el politólogo Luis Alberto Buttó, quien estima que ha sido el Ejército el que tradicionalmente ha llevado la ventaja dentro de los esquemas golpistas o insurreccionales. Ello se explica a su juicio por la sencilla razón de que cualquier intento de tal naturaleza debe contar al menos con tres elementos a favor: primero, el despliegue de unidades operativas dentro del territorio; segundo, la suma suficiente de oficiales o elementos de tropa adiestrados en faenas de control interno; por último, la necesidad de disponer de un sistema de armamento adecuado a las acciones de control previstas[35]. Según sostiene de seguidas y en líneas generales, en la Marina y la Fuerza Aérea, a falta de enormes contingentes como los que caracterizan al Ejército, priva un tipo de componente tecnológico que se impone sobre el número de efectivos, componente a su vez diseñado para un tipo de combate preferentemente vinculado a misiones alternas de control territorial[36].

Algo más agrega Buttó que vale la pena subrayar: a lo largo de su carrera, aviadores y marinos tienden a concentrarse más en la realización de estudios estrictamente relacionados con su desempeño profesional, dada la complejidad del sistema de armas bajo su manejo y

34 Irwin y Micett, 2010: 222.
35 Buttó, 2014 (en prensa), s/p.
36 Ibídem.

responsabilidad[37]. Esto, por lógica, conllevaría a que se vean en cierta forma alejados de la posibilidad de incurrir en «veleidades» políticas. Ahora bien, Buttó admite que este esquema teórico se rompió dos veces durante 1962, a lo que se agregaría lo que tratamos de explicar, muy al comienzo de este libro, sobre las particulares circunstancias que hicieron posible que, tras la caída de Pérez Jiménez, la Marina se convirtiera en la principal cantera conspirativa. Aun así, ni un aviador como Jesús María Castro León, un oficial del Ejército como Tesalio Morillo, otro de la Guardia Nacional como Luis Alberto Vivas Ramírez ni marinos como Molina Villegas, Ponte Rodríguez, Morales o Medina Silva pudieron comandar una revuelta exitosa contra el régimen de Betancourt. Manuel Caballero, quien siempre se distinguió por ser uno de los críticos más acerbos que tuvo la experiencia insurreccional de los años sesenta, observó en una oportunidad que aquellos fallidos alzamientos ocurridos entre 1960 y 1962 se tradujeron en un auténtico regalo para el presidente en funciones[38].

En ello concuerdan Irwin y Micett al señalar que la democracia representativa habría de afianzarse a partir de cada revés pretoriano. Al mismo tiempo, bien fueran catalogados a nivel superficial como de izquierda o derecha, lo importante para estos autores es que aquellas asonadas ponían de manifiesto la pervivencia de la tentación «pretoriana» por parte de un sector de oficiales altamente motivado desde el punto de vista político. Que al cabo fuesen definidas historiográficamente como asonadas de derecha o de izquierda importa menos que calificarlas a la luz de lo que significaba el pretorianismo ingenuo y burdo de los primeros frente al relativamente más sofisticado de los segundos. Ese tránsito de uno a otro caso lo explican así:

> Los movimientos del más ingenuo y burdo pretorianismo fueron relativamente dominados con facilidad. El Ministro de la Defensa, General Jesús

37 Ibídem.
38 Caballero, 2007: 16.

> María Castro León, parecía creer que todavía ese despacho era la antesala de la Presidencia de Venezuela. Con derrota, exilio y prisión pagó el precio de su ingenuidad política. [...] Ante la debilidad numérica del sector pretoriano dentro de la realidad militar, éste busca aliados fuera de ese medio, es decir, entre las organizaciones políticas civiles. [Al mismo tiempo] en medios civiles, pero no civilistas, se procura encontrar aliados militares para sus proyectos desestabilizadores»[39].

Ambos autores concluyen observando lo siguiente al referirse a lo que había significado ese sector cuya actuación se basaba en un visible protagonismo político: «Lo verdaderamente importante del llamado Porteñazo [...] es que [...] marca la derrota del sector pretoriano manifiesto, como uno destacado en la realidad venezolana de ese entonces. Señala también el predominio del segmento de oficiales militares de auténtica orientación profesional desde los años de la década de 1960»[40]. Se trata, en otros términos, de la fortaleza que hubo de ir adquiriendo la institucionalidad por encima de la participación política[41].

Ahora bien, llegados a este punto, toda explicación sobre la dimensión que cobró la política de Betancourt hacia las Fuerzas Armadas se quedaría corta si limitásemos cualquier análisis al hecho de que su gobierno batiera aquellas insurrecciones al estilo de las que tuvieron lugar en San Cristóbal (1960), Barcelona (1961), Cumaná y Puerto Cabello (1962) y que, como resultado de tales acciones, le diera curso a un gradual proceso de purgas y depuraciones hasta finalmente aquietar los cuarteles. Si bien fue así, el proceso resultó en realidad más complejo de lo que tiende a creerse, no solo por el papel que en tal sentido le tocó jugar al poder civil sino por lo mucho que costó que los propios militares «institucionalistas» lograran, al fin y al cabo, consolidar su predominio dentro de la institución castrense. Hasta entonces, como

39 Irwin y Micett, 2010: 212.
40 Ibíd., 213.
41 Ibídem.

lo resumió Petkoff, había sido una institución desgarrada por terribles contradicciones, reflejo a su vez de un país convertido en hervidero tras el fin de la dictadura de Pérez Jiménez y dentro del cual todo era posible[42]. Irwin y Micett coinciden con Petkoff al redondear el punto así:

> La verdad verdadera era que la realidad militar venezolana estaba, en 1957-1962, por segunda vez en su historia del siglo xx, seriamente fracturada. Entre la oficialidad de más alta graduación existía un importante componente de orientación pretoriana, los oficiales de orientación profesional no controlaban efectivamente todavía la estructura militar. Se evidenciaban rivalidades, por darle un nombre, inter-fuerzas [*sic*], ante el protagonismo de la Armada y la Fuerza Aérea. Se desarrollaba un proceso novedoso entre los militares y los partidos políticos[43].

De hecho, uno de los aspectos de más difícil tránsito que se le presentaron a la gestión constitucional de Betancourt fue tomar medidas estructurales que permitiesen afianzar un control efectivo y eficiente sobre el sector militar. En otras palabras, el reto planteado era que la institución militar, enervada hasta entonces por factores propios y externos, se acogiera definitivamente a la profesionalización y actuara como cooperante en defensa de la institucionalidad democrática. Por «profesionalización» entendemos aquí lo que sostiene el politólogo e historiador Hernán Castillo: que el elemento armado complemente sus funciones naturales de seguridad y defensa con un conjunto de convicciones y creencias, valores y principios, de contenido e inspiración democrática[44].

A tanto monta el predominio que tuvo el primer presidente constitucional pos-1958 en estos menesteres que el propio Castillo no duda en hablar específicamente del «estilo Betancourt» de control

42 Entrevista con Teodoro Petkoff. En Blanco Muñoz, 1980: 188.
43 Irwin y Micett, 2010: 211.
44 Castillo, 2013: 31.

sobre los militares, el cual no solo fue útil durante esa coyuntura sino que funcionó históricamente, a pesar de que a la larga se petrificó, con efectos muy perjudiciales debido a la falta de mecanismos complementarios de control civil[45]. Con todo, el autor insiste en subrayar lo mucho que hicieron Acción Democrática y su fundador para modelar los límites, parámetros, tipo y características del sistema de relaciones civiles-militares que, en términos generales, habría de preponderar en Venezuela a partir de entonces[46].

Castillo no exime de este análisis una medida necesaria a la coyuntura pero altamente polémica, como lo supuso la reincorporación de muchos militares pasados a situación de retiro durante la dictadura de Pérez Jiménez, algunos de ellos visiblemente vinculados a Acción Democrática, convirtiéndose así en uno de los principales medios para la lucha interna que se libraba en la institución militar y, por tanto, para contrarrestar el peso e influencia de los sectores potencialmente adversos a la política oficial[47]. Tampoco se sustrae Castillo de observar, como lo hizo con tanta dureza la izquierda en su momento, que Betancourt tendió a ser menos severo a la hora de imputar responsabilidades a elementos asociados a la administración perezjimenista a causa de extralimitaciones o tentaciones insurreccionales; ello, hasta el punto de dejar de aplicar, o aplicar a medias, las sanciones que merecían ciertos casos de desafección y rebeldía vinculados a figuras que fueron obedientes a aquel régimen, lo cual pudo interpretarse en su momento como una forma de amnistía, perdón o relativo olvido[48].

Claro está que el desafío, cada vez más creciente, que implicó la modalidad guerrillera a partir de 1963 tendió a estabilizar los cuarteles y a contribuir a su manera a cohesionar la institución militar y fortalecer su compromiso con la democracia. Pero el hecho se mantiene, pues, de lo contrario –como se ha dicho–, toda explicación quedaría corta: el

45 Ibíd., 48.
46 Ibíd., 40.
47 Ibíd., 45.
48 Ibíd., 46.

camino hacia la profesionalización militar fue largo; consumió tiempo, esfuerzos y recursos, y solo dio frutos visibles a partir de la década de 1970[49]. Aun así, se trató de un camino sembrado de accidentes. A raíz de esto último es que resultaría un grueso error suponer que el aparente predominio del sector civil sobre el militar, basado en las premisas de la profesionalización, condujo a que las Fuerzas Armadas se apartaran totalmente de las tentaciones de poder ilegítimo. De hecho, a este respecto, y a la hora de analizar la trayectoria política venezolana pos-1958, el historiador Domingo Irwin sostiene que lo más lejos a lo que se llegó fue a un nivel medio de control civil[50]. Al insistir al respecto en otro texto, el propio Irwin, en compañía de la historiadora Ingrid Micett, le da mayor colorido a esa condición no consolidada del control civil:

> Cotejando la información teórica con el caso concreto venezolano y el profesionalismo militar se propone que el profesionalismo militar, como proceso histórico en Venezuela, no presenta evidencias irrebatibles de estar plenamente consolidado ni en ese entonces ni hoy en día. En consecuencia, el proceso democratizador y el efectivo control civil sobre el sector militar, en el siglo xx venezolano, ni concluye como proceso ni se materializa efectiva y definitivamente. [...] Difícilmente se podría defender con éxito la tesis de la existencia de un auténtico control civil durante los años 1960-1990. Así como la realidad democrática criolla presentaba imperfecciones, otro tanto se puede decir del control civil en Venezuela durante estos años. [...] Lo interesante de toda esta situación es el esfuerzo, con logros ciertos, por parte de la dirigencia civil gobernante de enmascarar, disimular y esconder la influencia política del sector militar durante 1970-1990. La opinión pública de la época, tanto en el exterior como en Venezuela, reflejaba, voceaba y expresaba un control civil que, en la práctica, no existía en la Venezuela de esos tiempos[51].

49 Irwin y Micett, 2010: 214, 216.
50 Irwin, 2005: 321.
51 Irwin y Micett, 2010: 214. 231, 232.

En este sentido, y ante el difícil reto que suponía tal profesionalización, no hay duda de que el propio sector civil estuvo en falta al estimular al menos una grande y visible distorsión en el camino de intentar que, además de verse mejor organizado desde el punto de vista técnico, el componente armado se despojara de la tentación de intervenir como protagonista político. Dicho en otras palabras: en la misma medida en que ese sector civil incorporó al sector castrense como un componente esencial (por potencialmente hostil) a los acuerdos de gobernabilidad emanados del Pacto de Puntofijo, tendió por otra parte a «tribalizarlo», permitiendo que los principales partidos del sistema vulneraran la estructura de las Fuerzas Armadas hasta el punto de estimular fricciones (y crear fracciones) dentro de las mismas.

Ante esa recurrente y abusiva intromisión de los partidos en la institución militar, Manuel Caballero fue claro al señalar lo siguiente:

> Comencemos por lo más importante de todo: el control civil. [...] Eso funcionaba muy bien en el papel, mientras el temor de la dictadura todavía estaba fresco. Pero los partidos no iban a dejar de hacer dentro lo que con tanto entusiasmo y sobre todo con tanto provecho practicaban fuera de los cuarteles: el clientelismo. Así, en la realidad y principalmente en la percepción de los bajos mandos y en la calle, los más altos oficiales no eran tales sino fichas de partidos: había generales adecos, almirantes copeyanos. El control civil se volvió control partidista[52].

Hernán Castillo ha sido igualmente claro en este sentido: frente a la politización, las manipulaciones e influencias, resultaba muy difícil que el profesionalismo militar, por sí mismo y solo, fuese garantía suficiente para mantener al sector militar dentro de los parámetros institucionales[53].

Aun así, la tesis de Caballero podría ser discutida a la luz de lo que sostiene otro especialista. El autor de quien hablamos, el politólogo estadounidense Gene Bigler, uno de los iniciadores extranjeros de los estudios académicos sobre las relaciones civiles y militares venezolanas[54], no duda de que pudo darse una «partidización de las Fuerzas Armadas», pero que esta tendió a exagerarse a nivel de la opinión pública en desmedro del esfuerzo de institucionalización llevado a cabo por los gobiernos pos-1958. Bigler no solo considera excepcional el caso de ministros de la Defensa o de altos mandos que tuvieron como «antecedente de mérito» haber mantenido vínculos partidistas que se remontaran a la época de la resistencia contra Pérez Jiménez, sino que argumenta que el 95 % o más de todos los ascensos y asignaciones se habían visto tradicionalmente libres de cualquier injerencia partidista directa[55]. Incluso, a juicio del propio Bigler, si bien podría sostenerse que ciertas formas de injerencia llegaron a repercutir negativamente en el sistema de relaciones civiles-militares, una vigilancia discreta de los partidos se hacía necesaria, y tal vez deseable, en la medida en que ello colaborara a mantener cierto control jerárquico, contribuyera al cuidado de las necesidades institucionales expresadas por el cuerpo de oficiales e, incluso, permitiera una efectiva recaudación de inteligencia política al interior de los cuarteles[56]. Tal vez, para combinar las tesis de Caballero y Bigler, podría argumentarse que el problema radicó entonces al pasar de lo «deseable» a lo «abusivo» al darse la penetración de los partidos en los asuntos internos de las Fuerzas Armadas.

Al mismo tiempo, como lo ha observado Ramón Guillermo Aveledo, hubo de parte de los civiles de la izquierda elementos irredentos que se mostraron dispuestos a seguir conspirando en la medida en que no se sumaron con sinceridad a los usos del debate democrático o que, simplemente no lo hicieron, o lo hicieron de forma incompleta. Fueron estos precisamente los que avistaron el malestar que había

52 Caballero, 2007: 22.
53 Castillo, 2013: 31.

54 Ibíd., 69.
55 Bigler, 1981: 123. Tal vez, en descargo de Bigler, quien ofreció esta apreciación a comienzos de los años ochenta, valdría observar que la tendencia a la «injerencia directa» de los partidos se hizo particularmente notoria a partir de mediados de esa misma década (N. del A.).
56 Ibíd., 83.

generado la supuesta partidización dentro de las FF. AA. y el potencial provecho que podía derivarse de tal situación en términos insurreccionales, o quienes, incluso, volvieron a utilizar la Academia Militar como incubadora para estimular entre sus filas cuadros potencialmente afines, dispuestos a alzarse[57]. Fueron estos mismos quienes, lejos de reinsertarse a cabalidad en el juego político luego de la experiencia de los años sesenta, prefirieron guardarse una carta bajo la manga hasta que supuestamente estuviesen dadas las condiciones para volver a tocar a la puerta de los cuarteles[58].

Así lo entiende también Hernán Castillo:

> [C]uando el modelo en su conjunto hace crisis, también e igualmente hacen crisis las relaciones civiles y militares. Pero con relación a la crisis específica de las relaciones civiles y militares, hay que señalar que ésta se ve estimulada por otra parte debido a la existencia en el seno de la institución armada de logias conspirativas [y también debido] a la propensión de grupos militares, junto con civiles, al protagonismo político. […] Entre otras de las manifestaciones de [esa] crisis de las relaciones civiles y militares podemos contar el fallido alzamiento del 4 de febrero y 27 de noviembre de 1992[59].

Sin ir muy lejos, grupos o subgrupos que ya en la década de los sesenta actuaron sin perspectiva alguna, y a veces con desviaciones francamente peligrosas, jugaron un papel importante en la fragua de las conspiraciones de 1990. Tal es la opinión de Jesús Sanoja Hernández al referirse específicamente al Partido de la Revolución Venezolana (PRV) liderado por Douglas Bravo:

57 Esta percepción según la cual hubo una «infiltración» de la izquierda en los predios de la Academia Militar durante la década de 1970 no es compartida por todos los académicos que han consagrado su mirada a las relaciones civiles-militares en Venezuela. Por ejemplo, Hernán Castillo, en conversaciones con el autor, sostiene que es muy difícil determinar con certitud que esta labor de penetración se haya llevado a cabo de manera consciente.

58 Aveledo, 2007: 97.

59 Castillo, 2013: 39.

> [Existían rumores] insistentes acerca del golpe en marcha que, para los voceros oficialistas, tenía conexión con la «ultra» y los residuos guerrilleros de los años 60. Y en eso no andaban tan despistados, pues tanto el grupo ARMA como el MBR-200 habían sostenido contactos con miembros del PRV de Douglas Bravo, transformado en «movimiento rupturista», en su segunda etapa, y en Tercer Camino en la siguiente[60].

La opinión de los historiadores Irwin y Micett va por el mismo camino a la hora de reconstruir el ADN de los intentos fallidos del 92 a partir de los contactos subterráneos establecidos entre la oficialidad joven y los sectores de la extrema izquierda. Por lo mucho que revelan acerca de este punto conviene, una vez más, cederles la palabra:

> [A partir de mediados de los años 70] hay un renacer de proyectos político-militares clandestinos. Los paradójicos acuerdos de los años 1960-1970, entre civiles de orientación marxista-leninista, opositores a los gobiernos presididos por Betancourt o Leoni, y militares en proceso de politización, tienen una segunda edición, mejorada, corregida y aumentada.
> […] Los movimientos subterráneos insurreccionales de naturaleza militar, o civil y militar, se fortalecen durante la década de 1980. […] [La] situación de descalabro y decadencia guerrillero-subversiva lleva a los sobrevivientes políticos de estas organizaciones a tratar de fortalecerse en los institutos de educación superior por un lado, y de intensificar sus esfuerzos para establecer algunas relaciones con jóvenes oficiales militares por el otro. […]
> [En el] caso de [William Izarra], al igual que se reporta sobre [Hugo] Chávez, surgen relaciones entre [la] izquierda radical y la joven oficialidad militar vía la realidad familiar. En los casos de Izarra y Chávez, hermanos de los oficiales en cuestión eran decididos activistas de movimientos radicales de izquierda. […] Izarra señala que existía, ya [a mediados de los años 70] una organización militar subterránea coordinada por él [que] contaba con el apoyo del «minipartido» político dirigido por el antiguo co-

60 Sanoja, 2007, II: 154.

> mandante guerrillero Douglas Bravo: PRV. [...] Las diferencias entre ambos movimientos subterráneos militares [liderados respectivamente por Izarra y Chávez] parecen provenir de las fuerzas involucradas. [El primero] tiene su epicentro en la Fuerza Aérea, [el segundo] en el Ejército. [...] También en ambos casos tenemos vinculaciones con los sectores de izquierda radicales. Son repetitivas la figura de Douglas Bravo y su PRV, con Ruptura, así como el movimiento político Causa R[61].

Solo como resultado de una combinación de abusos por parte de los civiles afines al sistema, y de los civiles que lo antagonizaban estimulando inquietudes de carácter conspirativo entre jóvenes oficiales, es que puede explicarse lo que Ramón Guillermo Aveledo expresó tan gráficamente en su momento: que después de tantos años de aparente tranquilidad castrense, el movimiento conspirativo del MBR-200 se iniciara y operara en el seno de las Fuerzas Armadas en medio de una asombrosa permisividad[62]. Frase tan clara como esta no precisa exégesis.

En ningún momento obedeció al propósito de este libro incursionar en otras aguas, igualmente cenagosas, que también hicieron lo suyo por construir y darle forma al cuadro de violencia que caracterizó la década de 1960. Pero si por alguna razón apostamos al intento de llevar el tema de la forma en que lo hicimos fue porque mucho de cuanto supuso la difícil faena de reemprender el ensayo democrático a partir de 1959 se vio puesto a prueba por el amasijo de insurrecciones –algunas abortadas, otras efectivas– que tuvieron lugar, y fueron derrotadas una tras otra, bien por simple suerte para el gobierno, bien por mala planificación de los conjurados, bien por una correcta anticipación de las fuerzas leales, bien por una marcada subestimación del adversario, o bien por la fronda de contradicciones y la falta de coordinación entre los cuadros insurgentes, durante la segunda Presidencia, esta vez constitucional, de Rómulo Betancourt.

61 Irwin y Micett, 2010: 240, 241, 245, 246.
62 Aveledo, 2007: 87.

ABREVIATURAS

ARB. Archivo de Rómulo Betancourt. Fundación Rómulo Betancourt, Caracas.
ASGS. Archivo de Santiago Gerardo Suárez (recortes de prensa). Departamento de Investigación. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
DHV. Diccionario de Historia de Venezuela. Fundación Polar.
PVSXX. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX.*

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Blogs

(2013) Consejo de trabajadores y trabajadoras del Distrito Capital. En línea: http://cstytdc.blogspot.com/

Entrevistas y testimonios

Blanco Muñoz, A. (1980). *La lucha armada: hablan 5 jefes.* Testimonios violentos n.º 2. Caracas: Ediciones FACES-UCV.

_____. (1981 a). *La conspiración cívico-militar: Guairazo, Barcelonazo, Carupanazo y Porteñazo.* Testimonios violentos n.º 4. Caracas: Ediciones FACES-UCV.

_____. (1981 b). *La lucha armada: la izquierda revolucionaria insurge.* Testimonios violentos n.º 5. Caracas: Ediciones FACES-UCV.

Roo G., M. (1982). «El Carupanazo no fue una aventura, fue un plan que no se desarrolló. Entrevista a Simón Sáez Mérida». *El Diario de Caracas,* 7 de mayo de 1982: 26-27.

Entrevista a Carlos Fermín Castillo. Caracas, 30 de julio de 2013.

Testimonio de Eloy Torres Román. Caracas, octubre de 2013.

Colecciones documentales

Congreso de la República (1989). *El Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX.* Caracas: Ediciones del Congreso de la República, tomo X, vol. 5, 67.

Contribuciones a obras colectivas

VELÁSQUEZ, R.J. (1980). «Proyección histórica de la obra de Rómulo Betancourt». En: Velásquez, R.J.; Sucre Figarella, J.F.; Bruni Celli, B. *Betancourt en la historia de Venezuela del siglo XX.* Caracas: Ediciones Centauro.

Diccionarios y obras de referencia

VV.AA. (1988). *Diccionario de Historia de Venezuela.* Caracas: Fundación Polar. Primera edición, tomo I, A-D.

Fuentes documentales en formato electrónico

Discurso de orden pronunciado por Hugo Chávez Frías en la conmemoración del duocentésimo segundo aniversario del juramento del Libertador Simón Bolívar en el Monte Sacro y tercer aniversario del referendo aprobatorio de su mandato constitucional. [En línea]. Disponible: http://www.aporrea.org/actualidad/n99758.html

Libros y folletos

ARRÁIZ LUCCA, R. (2001). *Arturo Uslar Pietri. Ajuste de cuentas.* Caracas: Los Libros de *El Nacional.* Colección Ares.

AVELEDO, R.G. (2007). *La Cuarta República, la virtud y el pecado. Una interpretación de los aciertos y errores de los años en que los civiles estuvieron en el poder en Venezuela.* Caracas: Editorial Libros Marcados.

BETANCOURT, R. (1962). *Tres años de gobierno democrático, 1959-1962.* Caracas: Imprenta Nacional, tomo III.

_____ . (1969). *La revolución democrática en Venezuela, 1959-1964. Documentos del Gobierno Presidido por Rómulo Betancourt.* Caracas: Imprenta Nacional, tomos I y III.

_____. (2007). *Antología Política.* Caracas: Fundación Rómulo Betancourt/Universidad Pedagógica Experimental Libertador, volumen VII.

_____. (2013). *Venezuela, política y petróleo.* Caracas: Editorial Alfa, tomo I.

BLANCO MUÑOZ, A. (1991). *Venezuela 1958. Otra derrota popular.* Caracas: UCV/ Cátedra Pío Tamayo. Colección Historia Actual. Proyecto La violencia en la Venezuela reciente, 1958-1980, tomo I.

_____. (1992a). *Venezuela 1960. ¡La lucha armada va!* Caracas: UCV/ Cátedra Pío Tamayo. Colección Historia Actual. Proyecto La violencia en la Venezuela reciente, 1958-1980, tomo II.

_____. (1992b). *Venezuela 1961. ¡Disparar primero y averiguar después!* Caracas: UCV/ Cátedra Pío Tamayo. Colección Historia Actual. Proyecto La violencia en la Venezuela reciente, 1958-1980, tomo III.

_____. (1994). *Venezuela 1962. El Carupanazo. La chispa que no incendió la pradera.* Caracas: UCV/ Cátedra Pío Tamayo. Colección Historia Actual. Proyecto La violencia en la Venezuela reciente, 1958-1980, tomo IV.

_____. (1996). *Venezuela 1962-1963. El Porteñazo, trágica expresión de una aventura.* Caracas: UCV/Cátedra Pío Tamayo. Colección Historia Actual. Proyecto La violencia en la Venezuela reciente, 1958-1980, tomo V.

BRETT, A. (1970). *Porteñazo: historia de una rebelión.* Caracas: Ediciones Adaro.

CABALLERO, M. (2007). *La peste militar. Escritos polémicos, 1992-2007.* Caracas: Editorial Alfa.

_____ (2008). *Rómulo Betancourt, político de nación.* Caracas: Editorial Alfa. Tercera edición.

CARRERA DAMAS, G. (2013). *Rómulo histórico. La personalidad histórica de Rómulo Betancourt vista en la instauración de la República popular representativa y en la génesis de la democracia moderna en Venezuela.* Caracas: Editorial Alfa.

CASTILLO, H. (2013). *Militares y control civil en Venezuela.* Mérida: Universidad de los Andes/ Universidad Simón Bolívar.

FUENMAYOR, J.B. (1985/1987/1988). *Historia de la Venezuela política contemporánea 1899-1969.* Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Ángel García e hijo, Tomos XII, XIII y XIV.

GÓMEZ, C. A. (2006). *Eugenio Mendoza.* Biblioteca Biográfica Venezolana. El Nacional/Banco del Caribe.

GUARDIA, I. & OLIVIERI, G. (2005). *Estudio de las relaciones civiles militares en Venezuela desde el siglo XIX hasta nuestros días.* Caracas: Centro Gumilla.

HENRÍQUEZ V., R. (1989). *Memorias. De la tiranía a la democracia, 1958-1983.* Caracas: Ediciones Centauro, volumen II.

Hernández, R. & Giusti, R. (2007). *Carlos Andrés Pérez: memorias proscritas*. Caracas: Los Libros de *El Nacional*.

Hernández, R. (2012). *Carlos Andrés Pérez*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana. *El Nacional*/Banco del Caribe.

Irwin, D. (2000). *Relaciones civiles-militares en el siglo xx*. Caracas: Ediciones Centauro.

_____Ingrid Micett. (2010). *Caudillos, militares y poder. Una historia del pretorianismo en Venezuela*. Caracas: Universidad Pedagógica Experimental Libertador/ Universidad Católica Andrés Bello.

Jiménez, I. D. (1996). *Los golpes de Estado desde Castro hasta Caldera*. Caracas: Corporación Marca, s.a.

Lieuwen, E. (1965). *Venezuela*. Londres, Nueva York y Toronto: Oxford University Press. Segunda edición.

López C., E. (1949). *El triunfo de la verdad. Documentos para la historia venezolana*. México: Edición Genio Latino.

Mannarino, C. (2006). *José Antonio Ramos Sucre*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana. *El Nacional*/Banco del Caribe.

Marín, C. (2011). *Dos islas, un abismo. AD a MIR (1948-1960)*. Caracas: Fundación Celarg. Colección Nuestra América.

Martín, A. (2013). *La terrible década de los 60. Memorias II, 1960-1970*. Caracas: Editorial Libros Marcados.

Martínez, R. (2013). *Conversaciones secretas. Los primeros intentos de Cuba por acabar con la democracia en Venezuela*. Caracas: Editorial Libros Marcados.

Mayobre, E. (2009). *José Antonio Mayobre*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana. *El Nacional*/Banco del Caribe.

Medina A., I. (1963). *Cuatro años de democracia*. Caracas: Pensamiento Vivo Editores.

Mondolfi, E. (2009). *General de armas tomar. La actividad conspirativa de Eleazar López Contreras durante el trienio (1945-1948)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Libro Breve.

_____. (2013). *El día del atentado. El frustrado magnicidio contra Rómulo Betancourt*. Caracas: Editorial Alfa.

Morales, V.H. (1971). *Del Porteñazo al Perú*. Caracas: Editorial Domingo Fuentes.

Page, J. (1999). *Perón. Una biografía*. Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori.

Pérez, O. (2008). *Wolfgang Larrazábal*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana. *El Nacional*/Banco del Caribe.

Quevedo, N. (1963). *El Gobierno provisorio, 1958*. Caracas: Ediciones Conjuntas Pensamiento Vivo.

Rodríguez, A. (2001). *Golpes de Estado en Venezuela, 1945-1992. Crónicas, testimonios, reportajes y fotografías de la época publicados en el diario El Nacional*. Prólogo de Jesús Sanoja Hernández. Caracas: Los Libros de *El Nacional*.

Sanoja Hernández, J. (2007). *Entre golpes y revoluciones*. Bogotá: Editorial Debate. Colección Actualidad, tomo II.

Sierra, M. (2006). *Gustavo Machado*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana. *El Nacional*/Banco del Caribe.

Sosa Ríos, R. (1979). *Mar de leva*. Caracas: Edreca Editores.

Soto T., C. (1986). *Rómulo: democracia con garra*. Caracas: Editorial Texto.

Yoris, C. (2004). *18 de octubre de 1945: legitimidad y ruptura del hilo constitucional*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/Academia Nacional de la Historia.

Publicaciones oficiales

Gobierno del General López Contreras. Servicio Secreto de Inteligencia (2005). *Libro Rojo 1936*. Caracas: El Centauro ediciones, quinta edición facsímil.

Congreso Nacional (1962). *Debates de la Cámara de Diputados de la República de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, Mes v (mayo).

República de Venezuela (1962). *Consejo de Guerra Accidental de Puerto Cabello. Sexta Pieza. Sumario*.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

Artículos académicos

Bigler, G. (1981). «La restricción política y la profesionalización militar en Venezuela». *Politeia*, n.º 10: 85-142.

Castillo, H. (1998). «El Congreso de la República y la política de seguridad y defensa del Estado venezolano durante el gobierno de Rómulo Betancourt». *Politeia*, n.º 21: 257-315.

Irwin, D. (2005). «Sencillamente complicado: ¿Reformulando las relaciones civiles y militares en Venezuela; un decálogo de buenas intenciones?». En: Domingo Irwin G. y Frédérique Langue (coordinadores). *Militares y poder en Venezuela. Ensayos históricos vinculados con las relaciones civiles y militares en Venezuela.* Caracas: Universidad Pedagógica Experimental Libertador/Universidad Católica Andrés Bello: 311-375.

Rey, J.C. (1999). «El sistema de partidos venezolano». En: *12 Textos fundamentales de la ciencia política venezolana.* Caracas: ucv/Instituto de Estudios Políticos: 99-159.

Stambouli, A. (1999). «La crisis y caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez». En: *12 Textos fundamentales de la ciencia política venezolana.* Caracas: ucv/Instituto de Estudios Políticos: 225-279.

Artículos en periódicos, revistas y sitios electrónicos

Álvarez del V., J. (1960). «Emoción por Venezuela». *El Nacional*, 25/04/60: 4.

Barrera, C. L. (1961). «Otra intentona fracasada». *La Esfera*, 01/07/61: 11.

_____. (1961). «¿Golpe militar o golpe urredista?». *La Esfera*, 06/07/61:11.

Barrios, G. (1961). «La lección de Barcelona». *El Nacional*, 01/07/61: 4.

_____. (1962). «Antes y después de Carúpano». *El Nacional*, 19/05/62: 4.

Bellorín, L. (1962). «Después de la ilegalización ¿Qué?». *Últimas Noticias*, 13/05/62: 13.

Borregales, G. (1962). «¿Qué es eso de 'inhabilitación', Señor Presidente?». *Últimas Noticias*, 12/05/62: 12.

_____. (1962). «Ilegalización, Sr. Presidente». *Últimas Noticias*, 14/05/62: 14.

_____. (1989). «Carnaval político». *El Gráfico*, 15/10/48: 12. En: *Pensamiento Político Venezolano del Siglo xx. Documentos para su estudio. Gobierno y época de la Junta Revolucionaria. Opinión política a través de la prensa, 1945-1948.* Caracas: Congreso de la República, tomo x, vol. 51, 67. Doc. 187:169-173.

Buitrago, L. (1962). «Llega el fin del mundo». *Venezuela Gráfica*. n.º 538, 26/01/62: 10.

Buttó, A. (2014). «*El Porteñazo*: el golpe *Pulitzer*». *El desafío de la historia* (en prensa).

Calvani, A. (1960). «Complejo de frustración». *La Esfera*, 25/04/60: 11.

Canache M., C. (1963). «La polémica sobre el Barcelonazo». *La República*, 02/09/63. asgs.

Cárdenas, R.J. (1960). «El golpe de Castro León, la dirección de Miraflores». *La Esfera*, 27/04/60: 13.

_____. (1960). «Por qué fracasó Castro León». *Élite*, n.º 1.805, 30/04/60: 34-43.

_____. (1962). «El pcv prisionero de la violencia». *La Esfera*, 30/01/62. asgs.

Cienfuegos, C. (1960). «Nombres nuevos». *La Esfera*, 27/04/60: 14.

_____. (1961). «Otro *match*». *La Esfera*, 01/07/61: 11.

Ciliberto, J. A. (1962). «Una cruzada nacional». *El Nacional*, 07/05/62: 4.

Delgado D., C. (1962). «Erguida sobre su martirio Puerto Cabello regresa a la normalidad». *El Nacional*, 06/06/62: 28.

Díaz Sosa, C. (1960). «Preguntas a Colombia». *El Nacional*, 23/04/60: 4.

Duno, P. (1960). «El Golpe de Estado». *La Esfera*, 26/04/60: 13.

_____. (1971). «A 9 años del *Carupanazo*». *Élite*, 07/05/71: 54-57.

Feo C., G. (1962). «La conspiración en marcha». *La República*, 04/10/62. asgs.

_____. (1962). «La concentración de 'El Silencio'». *La República*, 18/02/62: 6.

_____. (1962). «La palabra del Presidente». *La República*, 18/03/62: 6.

Fonseca, J. (1962). «¿Por qué no fue sitiado Puerto Cabello? *La República*, 19/06/62. asgs.

Gallegos O., R. (1961). «El odio como sistema político». *El Nacional*, 30/06/61: 4.

García Maldonado, A. «Reflexiones sobre la intentona». *El Nacional*, 26/04/60: 4.

García Ponce, G. (1960). «Respuesta al terrorismo» [Diario sin especificar] 09/01/60. asgs.

_____. (1960). «Peligran las libertades democráticas». *La Esfera*, 29/04/60: 14.

Hernández Chapellín, J. (1962). «¿El 752 arrancará el comunismo de la educación?». *Últimas Noticias*, 13/05/62: 13.

Henríquez V., R. (1962). «Consecuencias del 'Carupanazo'» *La República*, 15/05/62. asgs.

Herrera C., L. (1958). «La era de los almirantes». *El Nacional*, 11/06/58. asgs.

Herrera O., J. (1959). «El recurso del Ejército». [Diario sin especificar], 28/01/59. ASGS.
Jatar D., B. (1961). «El golpismo contra la recuperación económica». *El Nacional*, 29/06/61: 4.
Leiva, F. (1965). «Se murió El Cabito». *El Nacional*, 14/07/65: C-1.
Liscano, J. (1960). «Balance». *El Nacional*, 22/04/60: 4.
_____. (1960). «La respuesta de Sanabria o poder de fuego y poder del pueblo». *El Nacional*, 23/04/60: 4.
_____. (1962). «Frente al activismo». *El Nacional*, 07/05/62: 4.
Machín, J.M. (1960). «La crítica golpista y demagógica». *La Esfera*, 27/04/60: 13.
Mendoza, E., M. (1960). «Paredón». La Esfera, 27/04/60: 14.
Mujica, H. (1960). «La asonada». *El Nacional*, 22/04/60: 4.
_____. (1960). «Paredón». *El Nacional*, 28/04/60: A-4.
_____. (1961). «La conjura». *El Nacional*, 06/07/61: 4.
Quintero, I. «1961: Año sesquicentenario». *Analítica.com* [En línea]. Disponible: www.analitica.com/bitblioteca/independenciadevenezuela/7885319.asp
Rangel, D. A. (1960). «Los misterios de Castro León». *La Esfera*, 26/04/60: 13.
_____. (1962). «El estado de guerra del general Briceño». *El Nacional*, 02/05/62: 4.
_____. (1962). «La inercia, elemento esencial del terrorismo». *La Esfera*, 05/01/60. ASGS.
Rangel, J.V. (1971). «El Porteñazo en la historia». *Últimas Noticias*, 17/05/71: 51.
R.D. (1962). «A diez años del *Porteñazo*». *El Nacional*, 02/06/72. ASGS.
Rey, L.E. (1960). «Las conclusiones de San Cristóbal». *El Nacional*, 26/04/60: 4.
Selser, G. (1964). «Militarismo y educación». *¿Qué pasa en Venezuela?*, 08/12/64. ASGS.
Socorro, M. (2012). «La ayuda del padre». *Clímax*, junio de 2012, n.º 62: 25-28.
Stredel, H. (1961). «Otra vez el golpismo». *El Nacional*, 28/06/61: 4.
_____. (1962). «El crimen de Puerto Cabello». *La República*, 07/06/62. ASGS.
Turuhpial, H. (1961). «Política Universitaria». *La Esfera*, 03/07/61: 12.

Compilaciones hemerográficas

Rivas R. J., (1965). *Gobierno de Rómulo Betancourt.* Caracas: Pensamiento Vivo Editores, tomo IV.

Diarios y revistas

AD (Órgano Central del Partido Acción Democrática)
Clímax
Correo del Orinoco
El Diario de Caracas
El Mundo
El Nacional
El Universal
Élite
La Esfera
La Religión
La República
Noticias 24 (en línea)
SIC
Tribuna Popular
Venezuela Gráfica

Crónicas y reportajes

Apuleyo M., P. (1958). «Operación limpieza». [Diario sin especificar], 28/07/58. ASGS.
Jordán H., A. (1987). «Castro León casi liquida una democracia naciente». *El Diario de Caracas*, 23/07/87: 30.
Mendoza, E. (1960). «Castro León a la vista». *El Mundo*, 23/04/60. ASGS.
Pérez, O. (1958). «Castro León niega que exista un movimiento perezjimenista en el Ejército». *El Nacional*, 26/07/58. ASGS.
Sanoja, J. (2002). «El Barcelonazo», 14/10/2002. [En línea]. Disponible: http://impresodigital.el-nacional.com/ediciones/archive/default.asp?d=14&m=10&a=2002&archivo=pc2s4.htm&searchstring=Barcelonazo
_____. (2012). «A 40 años de la aventura militar que desembocó en la subversión». *El Nacional*, 02/06/12: 6.

Esta edición de
TEMPORADA DE GOLPES
se terminó de imprimir en el mes de abril 2015,
en los talleres de Editorial Melvin, C.A.
Caracas, Venezuela

TEMPORADA DE GOLPES
EDGARDO MONDOLFI GUDAT

Temporada de golpes analiza en profundidad uno de los aspectos de más difícil tránsito en la gestión constitucional de Rómulo Betancourt: tomar medidas estructurales que permitiesen afianzar un control efectivo del sector civil sobre el sector militar, de suerte que la institución castrense se acogiera definitivamente a la profesionalización y actuara como soporte de la institucionalidad democrática.

En sus páginas, Edgardo Mondolfi demuestra que la dura faena de reemprender el ensayo democrático a partir de 1959 se vio acorralada por múltiples alzamientos acaecidos entre 1960 y 1962 y que tuvieron como protagonista a una institución desgarrada por terribles contradicciones. Elabora asimismo un análisis profundo de ese país convertido en hervidero tras el fin de la dictadura de Pérez Jiménez, en el cual prácticamente todo era posible.

El autor nos muestra que el camino hacia la profesionalización militar fue largo, consumió tiempo, esfuerzos y recursos y solo dio frutos visibles a partir de la década de 1970, si bien no concluyó como proceso ni se materializó de manera definitiva. Otros peligros se abrirían paso: la partidización, las manipulaciones e influencias impidieron que la profesionalización, por sí misma, fuese garantía suficiente para mantener al sector militar dentro de los parámetros institucionales. Los episodios de 1992 vendrían a demostrarlo.

ISBN 978-980-354-391-4
9 789803 543914

EDITORIAL ALFA